

BIBLIOTECA MISTICA CARMELITANA

OBRAS DE STA. TERESA DE JESUS

BIBLIOTECA MISTICA CARMELITANA

— 4 —

OBRAS

DE

STA. TERESA DE JESUS

EDITADAS Y ANOTADAS POR EL

P. SILVERIO DE SANTA TERESA, C. D.

TOMO IV

MORADAS. CONCEPTOS. EXCLAMACIONES



BURGOS:
Tipografia de «El Monte Carmelo»
1917.

APROBACIONES

Imprimi potest:

Fr. Ezechiel a S. C. Jesu, *Provincialis*

Prov. S. Joachim Navarrae.

Imprimatur:

† Josephus, *Archp. Burgensis.*

INTRODUCCION A «LAS MORADAS»

Por los ateridos campos castellanos, y al atardecer de su vida (1), viajaba en plena estación invernal Santa Teresa con tres hijas suyas camino de San José de Avila. Quiso la buena fortuna, o cristianamente hablando, Dios, que tanto amaba por aquellas alturas a su buena sierva, darle el consuelo de encontrarse con un antiguo amigo suyo, Fray Diego de Yepes, que por haber llegado antes al pueblo ocupaba la habitación *más confortable* del mesón de Arévalo, cual a su dignidad y respeto convenía, cuando acertaron a entrar en él las cuatro Descalzas, transidas de frío seguramente, aunque alegres, porque viajando con Teresa no se sabía de penas. La sorpresa de encontrar al docto y piadoso jerónimo, no pudo serles más grata, en especial a la Santa, que de años atrás sostenía amistosa comunicación espiritual con él. Fray Diego, extremo de cortesanía religiosa, cedió su habitación a las Descalzas y se nombró, *motu proprio,* portero y servidor de ellas. Al día siguiente amaneció nevado, por lo cual no les fué posible a ninguno de los forasteros de Arévalo continuar su camino, y hubieron de estar, por lo menos, un día más de lo convenido. Yo bendigo al cielo por la oportunidad de aquella nieve, que dió ocasión a que la Santa, entretenida en amena y edificante conversación con su antiguo confesor, *para matar el tiempo,* como suele acontecer en casos análogos, se escurriese de lengua más de lo que acostumbraba, y entreabriendo un poco la puerta de su alma, dejara ver parte de sus riquezas espirituales al embelesado religioso, que no acababa de salir de su asombro ante la magnificencia y esplendor de la obra de Dios en aquella criatura. Entre otras maravillas de espíritu, explicóle la que fué causa de que escribiese *Las Moradas,* una de las obras más bellas que ha producido la inteligencia humana.

El caso es tan excepcional y ha reportado beneficios tan grandes a los hombres, que bien merece oigamos la historia de él al clásico es-

---

1 Probablemente, a fines de 1579.

critor y biógrafo benemérito de la Santa, que lo relata *in extenso* por estas palabras. Viene hablando Yepes del encendido celo de Santa Teresa por la conversión y santidad de las almas, y dice: «De esta caridad suya hay infinitos testimonios; pero yo tengo una muy buena prueba, porque siendo yo ruin y ella tan recatada en el contar las mercedes que Dios la hacía, que si no era con necesidad para no ser engañada, mil años tratara con una persona sin que se entendiera que era más que las otras mujeres comunes, salvo en lo que tocaba al ejemplo de su virtud, porque en esto todos lo echaban de ver. Con todo este recato, tuvo por bien de comunicarme una muy grande merced de Nuestro Señor, que aunque en el libro de su *Vida y* el de *Las Moradas* la significa, en ninguno está tan especificada como a mí me la comunicó, y es para mí muy grande encarecimiento de su caridad haber querido ir en esto contra su costumbre, por aprovecharme en algo. Y fué que, pasando yo de camino de Medina del Campo para Zamora, acertó ella a ir de Medina a Avila, con tres monjas, y quiso Dios que llegó a posar al mismo mesón donde yo estaba. Díle mi aposento, que era el mejor que había en la posada, y fuí su portero, porque ellas estuviesen con mayor libertad en su recogimiento, y después que hobieron tenido sus horas de oración, pasamos muy gran parte de la noche en pláticas del cielo. Concertóse que a la mañana las dijese misa y las comulgase en San Francisco; y amaneció aquel día tanta nieve, que no pudimos partirnos los unos ni los otros. Oyeron misa y comulgaron, como estaba concertado; y vueltas a la posada, pasaron todo aquel día con el recogimiento que en sus monesterios. Dióme licencia a la tarde para que la entrase a hablar; vídome con algún deseo y necesidad de reformación, y estuvo conmigo tan liberal, que me dijo cosas tan admirables, que me parecía que me hablaba un ángel. La más llana, y la que me atrevo a referir, es la que sigue.

»Había deseado esta Santa Madre ver la hermosura de un alma que está en gracia, cosa harto de cobdicia para verla y poseerla. Estando en este deseo, le mandaron escribir un tratado de oración, la cual tenía ella muy bien sabida por experiencia. Víspera de la Santísima Trinidad, pensando qué motivo tomaría para este tratado, Dios, que dispone las cosas en sus oportunidades, cumplióle este su deseo, y dióle el motivo para el libro. Mostróle un globo hermosísimo de cristal, a manera de castillo, con siete moradas, y en la séptima, que estaba en el centro, el Rey de la gloria con grandísimo resplandor, que ilustraba y hermoseaba aquellas moradas hasta la cerca; y tanto más luz participaban, cuanto más se acercaban al centro. No pasaba esta luz de la cerca, y fuera de ella todo era tinieblas e inmundicias, sapos y víboras y otros animales ponzoñosos. Estando

ella admirada de esta hermosura, que con la gracia de Dios mora en las almas, súbitamente desapareció la luz, y sin ausentarse el Rey de la gloria de aquella morada, el cristal se puso y cubrió de oscuridad, y quedó feo como carbón y con un hedor insufrible; y las cosas ponzoñosas, que estaban fuera de la cerca, con licencia de entrar en el castillo. Esta visión quisiera esta Santa Madre que vieran todos los hombres, porque le parecía que ninguno de los mortales que viese aquella hermosura y resplandor de la gracia, que se pierde por el pecado, y se muda súbitamente en estado de tanta fealdad y miseria, sería posible atreverse a ofender a Dios. Esta visión me dijo aquel día; y estuvo en esto y en otras cosas tan liberal, que ella misma lo echó de ver y me dijo a la mañana: «¡Cómo me descuidé anoche con vos; no sé cómo ha sido! Estos mis deseos y amor que os tengo, me han hecho salir de medida; plega a Dios que me hayan aprovechado». Yo le prometí de no decirlo mientras ella viviese; mas, después que murió, no querría dejar hombre a quien no lo publicase» (1).

Días antes de esta maravillosa visión, había tenido la Santa en Toledo una conversación muy íntima y espiritual con el P. Jerónimo Gracián, de la cual salió concertado que Santa Teresa compondría nuevo libro en que trasladase las provechosas doctrinas de perfección que había escrito en el de la *Vida*, el cual estaba en la Inquisición. Así lo asegura el mismo P. Gracián en una nota manuscrita que puso al capítulo VI del libro IV de la *Vida* de la Santa, escrita por el P. Ribera, la cual nota copia el P. Antonio de San Joaquín en el *Año Teresiano* (2), y es como sigue: «Lo que pasa acerca del *Libro de las Moradas* es, que siendo yo su perlado y tratando en Toledo una vez muchas cosas de su espíritu, ella me decía: «Oh, qué bien escrito está ese punto en el libro de mi vida, que está en la Inquisición!» Yo le dixe: pues que no le podemos haber, haga memoria de lo que se le acordare, y de otras cosas, y escriba otro libro, y diga la doctrina en común, sin que nombre a quien le haya acaecido aquello que allí dixere. Y así le mandé que escribiese este *Libro de las Moradas*, diciéndole, para más la persuadir, que lo tratase también con el Doctor Velázquez, que la confesaba algunas veces, y se lo mandó» (3). Aunque se rindió a

---

1 Cfr. t. II, p. 493. Aunque más brevemente, cuenta esto mismo el P. Yepes en la vida que escribió de la Santa, lib. II, c. XX. Es de advertir que la visión de cómo se halla el alma en gracia y cómo cuando comete pecados graves, ya la tuvo muchos años antes, cuando escribía su vida, según puede verse en el capítulo XL, (t. I, pág. 361). La visión con que fué favorecida la vigilia de la Santísima Trinidad, hirió más vivamente su inteligencia y es más comprensiva del estado de perfección a que puede llegar un alma salida de pecado e iluminada por los dones del Espíritu Santo, en el ejercicio perenne de la meditación y contemplación mística.

2 T. VII, día 7 de Julio, p. 149.

3 Vid. t. II, Relación VI, p. 39.

la obediencia, no dejó de oponer a este mandamiento del P. Gracián algunos reparos que su humildad le sugería y abultaba, replicándole, según el mismo Padre: «¿Para qué quieren que escriba? Escriban los letrados que han estudiado, que yo soy una tonta y no sabré lo que me digo. Hartos libros hay escritos de cosas de oración. ¡Por amor de Dios! que me dejen hilar mi rueca y seguir mi coro y oficios de religión como las demás hermanas, que no soy para escribir, ni tengo salud y cabeza para ello» (1). Tal fué el origen de *Las Moradas,* donde el ingenio de la Santa culmina entre los más celebrados libros de la Teología Mística. Gracias a la Inquisición, que prohibió el *Libro de la Vida,* y al P. Gracián, que utilizó muy suavemente y con afortunada habilidad su ascendiente sobre la ínclita Doctora, poseemos esta obra admirable, en que vació lo más hermoso y sublime que encerraba su alma portentosa.

El *Castillo Interior* es el libro más ordenado y cabal de la Santa. La alegoría o simbolismo místico de las moradas en que el castillo se distribuye, da cierta unidad a esta obra, de que carecen las otras suyas. Las líneas arquitectónicas de la mística fortaleza están admirablemente trazadas, y la distribución de piezas también la hallamos proporcionada y armónica. Donde no se ve riguroso método, sino que campea el bello y gracioso desorden que aplaudimos en los demás escritos de Santa Teresa, es en los conceptos secundarios, en los muebles de adorno, por decirlo así, que coloca en cada mansión. Un escolástico, un hombre cualquiera de ciencia, habríalos distribuído, sobre todo en algunas moradas, con más acordada sucesión lógica. Pero esta distribución, fría y calculada, bien puede cambiarse por la espontánea de la Santa, que no creo que la mística experimental deba ajustarse a reglas científico inflexibles, sin estropear lo que tiene de más ingenuo, natural y hermoso. Libre es Dios en sus inefables comunicaciones con las almas perfectas; libres han de ser ellas también en manifestarlas tal como las experimentaban, sin reformar la obra divina, por sacrificarla a cierto orden lógico y superficial. El lenguaje es más correcto, y más suelto y desembarazado el estilo en este libro que en el *Camino de Perfección.*

La concepción de esta obra es sencilla, como todas las creaciones del genio. Después de breve preámbulo en que su humildad pide a los lectores benevolencia de juicio por escribir de materias tan elevadas hallándose muy ocupada y achacosa, expone en estos términos el pensamiento capital de la obra, que luego desenvuelve magistralmente en el curso de ella: «Estando hoy suplicando a Nuestro

1 *Dilucidario del verdadero espíritu,* c. V.

Señor hablase por mí, porque yo no atinaba a cosa que decir ni cómo comenzar a cumplir esta obediencia, se me ofreció lo que ahora diré, para comenzar con algún fundamento: que es considerar nuestra alma como un castillo todo de un diamante u muy claro cristal, adonde hay muchos aposentos, ansí como en el cielo hay muchas moradas». Estas moradas no deben suponerse enhiladas en rigurosa sucesión ascendente, sino «unas en lo alto, otras en bajo, otras a los lados, y en el centro y mitad de todas éstas, tiene la más principal, que es adonde pasan las cosas de mucho secreto entre Dios y el alma». Esta comparación genial y hermosa, sabia y discretamente aplicada, sirve a la Santa para escribir un tratado de vida interior en que vemos transformarse el alma, a su paso por diversas mansiones o moradas, de imperfecta y pecadora que es en sus comienzos, en esposa de Jesús, cuando abrumada ya por el peso de virtudes maduras, y seductora a la vista del Amado por la albura de una vida inmaculada y por las ráfagas de encendida caridad que iluminan su rostro, consuman en la más recóndita morada, entre ósculos de suavidad indecible, la unión sagrada, íntima y secretísima que, por no hallar vocablo adecuado para significarla, es llamada matrimonio espiritual. Como la llave para ir abriendo estas moradas es la oración (1), explica los diversos grados de ella y sus propiedades y efectos místicos con gran riqueza de comparaciones, hermosura de imágenes y sublimidad de pensamiento. Es tanto lo que la Santa ha profundizado en los misteriosos senos del corazón humano y nos ha dicho cosas tan delicadas y primorosas del contacto de Dios con la substancia del alma, que le han valido a su autora el magisterio espiritual tal vez más espontáneo, dilatado y efectivo de las almas que a escritor ninguno, ascético o místico, y que los más profundos filósofos acudan a ella como a reveladora de misteriosos y sutiles fenómenos anímicos que en vano se buscarían en otros tratadistas.

Santa Teresa, en este admirable libro, da por sabida toda la economía divina en lo que se refiere a la justificación del hombre por la gracia, y explica los progresos del alma, justificada ya, en el amor deífico mediante los crecimientos de esta misma gracia, de los dones del Espíritu Santo en ella, de las virtudes sobrenaturales y demás perfecciones que integran la vida espiritual de los grandes amadores de Jesús. El hombre, por el pecado mortal, se hace reo de muerte eterna, corta bruscamente su amistad con Dios, macula su alma con la culpa, tornándola según dice Santa Teresa, fea y denegrida, como espejo recubierto de pez, incapaz, por lo tanto, de reflejar el rostro

---

1 *Moradas Primeras*, c. I, p. 10, y *Moradas Segundas*, p. 29.

de Dios, como le reflejan las almas buenas. Pero el alma puede volver de su acuerdo, solicitar de nuevo la amistad de su Criador, en mal hora perdida, suplicarle perdón de sus infidelidades, someterlas al tribunal de la penitencia, y lavarse de sus manchas mediante la infusión de la divina gracia, que por el sacramento recibe, y recobrar su tersura antigua, donde, como en muy limpia y cristalina fuente, reaparezca de nuevo la cara de Dios, de quien el alma humana debe ser bella imagen.

Cumplida esta reconciliación, de todo en todo imprescindible para ulteriores adelantamientos de perfección espiritual, supone la Santa en las almas que han de habitar estas moradas, anhelos de vida mejor, deseos de allegarse a Dios por la práctica de las virtudes, y el ejercicio de la oración; descuidada e imperfectamente en las primeras moradas, cuando tanto las potencias interiores del alma, como los apetitos y sentidos externos, bravíos aun y derramados por las afueras del castillo, se entretienen en discreteos poco edificativos con las profanidades y peligros del mundo, o séase con las sabandijas ponzoñosas que por aquellos aledaños se arrastran y merodean; más cuidadosa y perfectamente después, a la medida que los apetitos y pasiones son domeñados, el alma se recoge dentro de sí misma, las virtudes crecen y se acendran, y la oración progresa en grados de más subido y regalado trato con Dios, causados por la mayor lumbre de gracia, y la más intensa participación de los dones del Espíritu Santo.

Según las enseñanzas de la Santa, los grados de oración, no deben separarse de los grados de perfección, sino que han de correr paralelos; ni la perfección ha de limitarse o condensarse sólo en lo que especialmente se denomina oración y contemplación, sino que la mística ha de abarcar toda la vida cristiana de estas almas, cuyos progresos en las virtudes y en la oración sobrenatural extensamente declara en esta obra. Los grados de oración infusa, espléndidamente descritos en las cuatro últimas moradas, en manera alguna deben considerarse solos, sino íntimamente unidos al brillante cortejo de virtudes, que la Santa pone en las almas que tan de cerca participan de los dones altísimos de Dios. Idea pobre, inexacta y restringida tendría quien ciñese la vida mística de Santa Teresa únicamente a los grados infusos de contemplación, como si ese solo fuera su propósito en este libro. Estos grados contemplativos son la rica techumbre, si se quiere, de este artístico edificio, la parte que más relumbra; pero requieren las virtudes, al crecimiento de las cuales contribuyen por modo eficaz y decisivo, lo mismo que la vida en Dios del alma contemplativa, que es como el decorado de todo el interior del castillo.

Por eso, a cada grado de contemplación, une la Santa las virtudes, tanto más adelantadas, cuanto más alta y eminente es la contemplación de que el alma goza. Suponer a la autora del *Castillo interior*, o al místico que en él describe, esplendorados por extáticas reverberaciones, vaporosos, etéreos, imponderables, entre rompientes de gloria, despreciadores y casi insensibles a las cosas que aquí abajo ocurren, será suposición más o menos poética y sugestiva; pero hay que decir, que Santa Teresa *no fué así*, ni lo será tampoco quien entre en las más recónditas moradas de su *Castillo*. Al místico ideal de la Doctora de Avila hay que contemplarlo con la rica vestidura de muchas y muy macizas virtudes, recamadas del oro purísimo de los dones más eminentes del Espíritu Santo y de cuanto contribuye a completar la vida cristiana, sana y robusta. Quien desee tener cabal idea de Santa Teresa en el tiempo que compuso *Las Moradas*, lea su correspondencia epistolar de la misma fecha, y verá que aquella pluma de serafín, que por tan sublime manera habla del amor extático y de los arrobos místicos, desciende sin violencia a los negocios más rutinarios de la vida y los resuelve con una llaneza, prudencia y acierto, que para sí quisieran los más discretos y entendidos varones en el arte de gobernar. Antes de pasar adelante, daremos aquí breve noticia de cada una de las moradas del castillo teresiano.

Moradas primeras.—Comienza en la primera morada encareciendo la excelencia del alma humana, que le proviene principalmente, además de su propia intrínseca condición, de ser semejanza e imagen de Dios. Difícilmente se cuidará con esmero una cosa si de ella no se hace el debido aprecio. Santa Teresa se lamenta de que no se tenga de esta «perla oriental» del alma la conveniente estima, que nos induciría a perfeccionarla, como aprovechado lapidario, que conociendo la piedra preciosa, procura labrarla para aumentar en muchos quilates el valor de ella. Por desgracia, dice Santa Teresa, lejos de apreciar esta piedra en su justo valor, la desdeñamos, o tenemos en poco; «todo se nos va en la grosería del engaste, u cerca deste castillo, que son estos cuerpos». La piedra se entalla por la oración, la cual tiene la misteriosa virtud de tornar el alma pecadora, sucia como cristal tiznado de pez, en limpio diamante, transparentado por luces divinas que, partiendo del centro del castillo, la embisten y tornasolan.

En esta primera pieza o morada del castillo, coloca la Santa a las almas en gracia, pero muy distraídas y desaprovechadas, que andan aún jugando con las bestias fieras y los reptiles venenosos que cercan la fortaleza, expuestas a recibir sus dentelladas y mordeduras. Por reptiles y bestias fieras, entiende Santa Teresa las ocasiones de pecado y cuanto induce a la vida disipada que se desea corregir, re-

cogiéndose al interior del castillo. El alma debe comenzar ya con esa serie de purgaciones o purificaciones, así de la parte sensitiva como de la espiritual, necesarias para llegar a la unión con Dios, por transformación de amor, en las últimas moradas. Debe ejercitarse en la mortificación de apetitos, hasta que se vayan «desenrudeciendo», como dice San Juan de la Cruz (1), y en la negación de gustos propios de los principiantes en la vía purgativa, y continuar por los ejercicios de los aprovechados y perfectos. A conseguirlo, pueden ayudar eficazmente la lectura de muchos capítulos del *Libro de la Vida* y *Camino de Perfección*, y los escritos del discípulo más aventajado de la ínclita Doctora, San Juan de la Cruz, muy particularmente en la *Subida del Monte Carmelo*, donde con claridad, profundidad y ordenado método expone el modo de adelgazar y purificar los apetitos, pasiones y potencias del alma para que puedan ser embestidos por el espíritu de Dios y transformarlos en él.

A estas almas, si tienen algún deseo de mejorar de vida mediante la oración, alienta a que con humildad y temor de Dios emprendan el largo camino que se abre a sus esperanzas, y termina en la mansión apacible donde Dios se manifiesta y une a ellas en ayuntamiento inefable. Pero adviértase bien, que el conocimiento aconsejado por la Santa a estas almas novicias en perfección, no ha de ser «ratero y cobarde», sino franco y generoso; porque Dios no gusta de espíritus encogidos, mojigatos y desconfiados. Y explícalo con el siguiente gracioso símil. La abeja no labra la miel permaneciendo oculta en la colmena, sino que levanta con frecuencia su vuelo y liba en las pintadas florecillas las materias que ha de transformar en sabrosos panales; del mismo modo, el alma, no ha de labrar solamente la miel del propio conocimiento en la consideración de su miseria, sino que a menudo ha de subir con las alas de la consideración hasta las divinas perfecciones, y formar de ellas el misterioso jugo que, mezclado con el de la propia inutilidad y bajeza, fabrique esa miel de humildad y propio conocimiento, sincero y alentador, muy acreditado en la ascética teresiana, que no gusta de almas melindrosas e irresolutas. La luz, sin embargo, que a esta morada llega del interior del castillo, es muy débil y difuminada, ni la vista se halla todavía en disposición de percibir otra más clara e intensa. En esta mansión se siente frío, y como se goza de escasa claridad, el enemigo natural de la hermosura del alma, emboscado en la penumbra, le tiende lazos en que con facilidad se enreda.

Moradas Segundas.—Así y todo, reconoce el alma la convenien-

---

1 *Subida del Monte Carmelo*, lib. II, c. XV.

cia de allegarse más a Dios, y aunque tiene pocas fuerzas, y las ocasiones de pecar son continuas, las baterías que contra ella enfila el demonio muchas y poderosas, resiste con más energía y constancia, cae en menor número de imperfecciones y venialidades, gusta de oír sermones y conversaciones edificativas, busca la compañía de personas que aspiran a la perfección, alcanza ánimo más resuelto para lo bueno, no quiere ser de los soldados que beben de bruces; sino que, a pesar de ser frecuentes aún las caídas en faltas leves, suspira por vida más interior y perfecta y hace generosos esfuerzos para lograrla. Las almas de tan buenos deseos animadas, han entrado ya en la segunda morada. Aun no están seguras de las sabandijas que se arrastran por las cercanías del castillo y penetran hasta ellas; pero la fuerza de resistencia es mayor, y la esperanza de vencerlas, más vigorosa y justificada. El alma siente ya más calor de caridad que en la morada primera.

Moradas Terceras.—El alma continúa internándose en el místico castillo, y penetra en la tercera morada. Santa Teresa, previendo los peligros de vanidad, orgullo y propia satisfacción a que está expuesta el alma que conoce sus adelantos de espíritu, comienza estas moradas con una lección muy severa de desconfianza en las propias fuerzas y en las virtudes adquiridas, muy endebles aún. No hay todavía seguridad firme en estas mansiones; y siempre debe temer la persona virtuosa las caídas morales, de las cuales no le libran en absoluto, ni las mortificaciones, ni el encerramiento de una celda, ni el hábito religioso. Las almas que en esta morada residen, ejercítanse en obras de caridad con los prójimos, y son muy amigas de hacer penitencia, recogidas y «muy concertadas en su hablar y vestir y gobierno de casa, las que le tienen».

Son espíritus mesurados y discretos, temerosos de Dios hasta evitar los pecados veniales deliberados; pero con un apegamiento tenaz a su método ajustado de vida, sin impulsos generosos de actos heroicos de virtud, y proceden con demasiado seso en la práctica de la perfección. Como la misma Santa dice, «no está aún el amor para sacar de razón». Almas delicadas, que por nada cometerían una incorrección con sus prójimos, enemigas de todo exceso, aun en lo bueno, ecuánimes, afables, complacientes, y de exquisito trato social. Pudieran entrar, con la ayuda de Dios, en las cuartas moradas, pues tienen, según la Santa, muy linda disposición; pero se advierte en ellas, a pesar de su vida metódica y virtuosa, falta de generosidad con el Amado. No hacen la renuncia o entregamiento total de sí mismas a Dios, se reservan algo, se asustan, como el mancebo del Evangelio, de la práctica de la perfección en toda su plenitud y completo desenvolvimiento.

La falta de dejación total en Dios, es castigada con sequedades, y estas almas no pueden soportarlas, ni llevar en paciencia que Jesús no las trate con más mimo y regalo. Tan pagadas están de sus cosas, que fácilmente las canonizan, y desean que los demás las canonicen también. Con ligereza suma se espantan de las faltas de otras personas, de vida exterior menos ordenada que ellas, pero tal vez de más intensa y perfecta vida de espíritu. Su celo por la gloria de Dios es inexperto y poco sacrificado. No es tarea ardua para un confesor celoso, prudente y sabio, introducir a las almas en esta morada. Cualquiera que tenga un poco de práctica de dirección de espíritus, habrá observado que no son raras las personas, sobre todo en los claustros, que viven en ella, pero con muchos de los defectos que la Santa indica. Lo difícil es pasar a las siguientes, para lo cual se requiere una dejación completa en manos de Dios, un olvido absoluto de las comodidades y cuidados del cuerpo, y una obediencia rendida al director espiritual, que no debe ser «de su humor», es decir, de la misma condición de la persona dirigida, dice la Santa; porque algunas procuran buscarlo de carácter blando y acomodaticio, que fácilmente se pliegue al suyo, y lejos de contradecirla y probarla cuando es necesario, fomente sus gustos y caprichosas inclinaciones espirituales. Esto que dice Santa Teresa de que el maestro de espíritu no sea «del humor», de la persona que dirige, es muy transcendental en la dirección de las conciencias. Para algunas almas, el mejor director no es aquel que más las lleva a Dios, aunque sea con cauterios de fuego; sino el que más las regala y condesciende con sus voluntariosos apetitos espirituales, con aquellos apetitos que San Juan de la Cruz tan vivamente reprende en los principiantes. Estas almas son, por lo ordinario, eternos candidatos a la perfección.

Moradas Cuartas.—Lo que experimenta el alma pasando a las cuartas moradas «comienzan a ser cosas sobrenaturales» (1), dice la Santa; sobrenaturales en el sentido de que, hasta ahora, cuanto el alma ha podido alcanzar y gustar, débelo a su propia industria y a la ayuda ordinaria de la gracia. En adelante, el propio esfuerzo nada puede para la consecución de las grandes mercedes e inefables secretos que Dios reserva a las almas contemplativas; sino únicamente dispone a recibirlas, para cuando Dios, por libre voluntad suya, tenga la dignación de otorgárselas. No son fáciles de declarar las mercedes divinas que en estas moradas se reciben, si no se conocen por experiencia; aunque no faltan místicos experimentales (entre ellos de-

1 Cuartas Moradas, c. I, p. 46.

bemos poner en primer lugar a Santa Teresa), que poseen el don de explicar con llaneza y claridad afectos subidos y secretísimos de espíritu.

Una de las primeras cosas que establece la insigne Doctora, es la diferencia de los efectos más inmediatos de ambas contemplaciones, bajo el nombre de *contentos* y *gustos*. Entiende por contentos los que el alma puede adquirir por sus fuerzas propias y los auxilios comunes de la gracia; los gustos proceden exclusivamente de Dios, sin que el alma tenga influencia decisiva en su consecución. Los contentos, dice Sta. Teresa, «comienzan de nuestro natural mesmo y acaban en Dios; los gustos comienzan en Dios y siéntelos el natural». Los primeros parece que brotan de la misma obra buena que hacemos, y tienen mucha semejanza con los que recibimos de cualquiera noticia agradable que nos dan; los segundos nacen de Dios, y superan y transcienden todo modo humano de conseguirlos: tienen origen exclusivamente sobrenatural, o, como se lee en estas moradas, «no son de nuestro metal, sino de aquel purísimo oro de la sabiduría divina». Los primeros son propios de la oración discursiva; los segundos de la infusa. Según la santa Doctora, gozan particularmente de los contentos las almas de las tres moradas precedentes, «que van casi contino con obra de entendimiento»; los gustos resérvalos Dios a las almas que viven en las moradas siguientes, para llegar a las cuales «no está la cosa en pensar mucho, sino en amar mucho». Los contentos espirituales llevan consigo algunos alborotos y molestias, como encogimiento de pecho, apretamiento de corazón, excesiva abundancia de lágrimas. Los gustos son de más alto y rancio abolengo, y causadores de más honda y plácida alegría. Contentos y gustos son como dos fuentes que vierten sus aguas en dos hermosas pilas. La parte de los contentos «hinche el pilón» por medio de aguas tumultuosas que corren por arcaduces, dejando oir ruido y confusión de cascadas. La fuente de los gustos brota allí mismo, en abundante y claro manantial, que con grandísima paz, quietud y suavidad, va agrandando la concha, es decir dilatando los senos del alma, hasta formar ancho, profundo y tranquilo remanso, donde se dibuja el rostro del Amado con fiel y pasmoso parecido.

También encarece mucho la diferencia que hay entre pensamiento o imaginación y entendimiento, para evitar a los espirituales los daños que provienen de no distinguirlos bien. Entiende la Santa por pensamientos, los actos de la imaginación; y por entendimiento, los que proceden de la inteligencia. Sucede a veces a las almas estar muy recogidas y quietas en Dios, y al mismo tiempo sentir cerca de ellas ruidos y alborotos grandes. Estos fenómenos traían a la mística Doctora un poco confusa y desatinada, hasta que comprendió la

posibilidad de que las potencias intelectuales estén muy sosegadas y recogidas, y la imaginación, verdadera «tarabilla de molino» según frase de la Santa, se manifieste al mismo tiempo inquieta y desparramada. Para dificultades semejantes, frecuentísimas en las almas de oración, aconseja consulten a buenos letrados, y si a las letras añaden experiencia, mejor todavía (1).

Los sentidos y potencias, que son la gente inquieta del castillo, desengañados del género de vida disipado que llevan, oyen el silbo suave del castellano que les llama al interior de la fortaleza, y, dejando el trato de las criaturas, se recogen a esta morada. A este repliegue de potencias al interior, no debe poner obstáculos el alma, sino dejar que sean llevadas dócilmente por la suave moción de Dios, hasta que las recoja en quietud dulce y sabrosa. Aquí reprende la Santa lo que acerca de este recogimiento enseñan algunos libros devotos, diciendo que las potencias, antes de sentir la influencia divina, deben abandonar todo discurso y trabajo, a fin de escuchar en silencio lo que el Señor les pide; y esto adrede y por medios harto violentos y, a juicio de ellos, convenientes para acelerar el estado de quietud. Tal era el proceder de muchas personas espirituales en tiempo de Santa Teresa; pero ella no se resigna a que el entendimiento esté allí «hecho un bobo»; sino que si debe cesar el discurso, en manera alguna debe suspender su actividad, hasta el punto de que no se acuerde que se halla delante de Dios. No entraba la Santa por esas violencias naturales de suspender la respiración o el huelgo, como ella dice; porque las obras interiores sobrenaturales son suaves y pacíficas. «Yo no puedo persuadirme, escribe, a industrias humanas en cosas que parece puso Su Majestad límite, y las quiso dejar para Sí». Huyamos de medios ridículos para atraer el espíritu de Dios, que desciende sobre el alma cuando quiere y en forma muy suave y regalada.

Las almas habitadoras continuas de estas moradas hacen con mucha libertad y desembarazo las cosas del servicio de Dios, sin las ataduras antiguas: no se oprimen con el temor del infierno (su amor no es ya servil), sienten grandes deseos de penitencias, no temen los trabajos y van adquiriendo un señorío grande de las cosas de la tierra, si bien aun no es total y definitivo. Así y todo, pasan con cierta rapidez de la oración ordinaria a la infusa, y al contrario, de la infusa a

---

1 Advierte la Santa en el capítulo II de estas moradas, que a los gustos sobrenaturales de que aquí habla, llamó en otro lugar oración de quietud. En el *Libro de la Vida*, (c. XIV y XV), y en el *Camino de Perfección*, (c. XXX y XXXI), trató extensamente de ella. En éste, habla de la de recogimiento infuso, expuesta también en las dos obras indicadas, que de ordinario es antes que la oración de quietud, a la cual dispone. Estas dos oraciones de recogimiento y quietud son propias de las almas que habitan las Moradas Cuartas. Acerca del ejercicio de ellas, da muy sabios consejos.

la ordinaria; por no estar todavía influída el alma y sus potencias por los elevados dones del Espíritu Santo con la intensidad y fuerza que en las restantes moradas, y los peligros de volver atrás aun son muchos. Porque, según la Santa afirma, como en ella «es también natural junto con lo sobrenatural, puede el demonio hacer más daño; que en las (moradas) que están por decir, no le da el Señor tanto lugar» (1).

Moradas Quintas.—En las Moradas Quintas trata de la oración de unión, que es un nuevo grado de contemplación infusa; unión incipiente, al principio, de Dios con el alma por amor de caridad, el cual se va estrechando y perfeccionando hasta consumarse en el matrimonio espiritual. La Santa coloca y encumbra esta oración entre las mercedes más grandes que Dios concede a la criatura. Como los demás grados de oración infusa de que viene hablando, no es dable al alma ganarlo con los propios esfuerzos; es merced gratuita de Dios; únicamente cabe disponernos como cera blanda. Esta disposición o preparación que puede hacer el alma, explícala Santa Teresa por medio del bonito e ingenioso símil del gusano de seda, que comenzando por alimentarse con hojas de moral, teje su capullito, donde se encierra luego, para salir de allí transformado en leve y blanca mariposa. También el alma, que comienza a vivir vida de gracia, y se aficiona a lo bueno, crece y va labrando su capullo con el desasimiento grande de todas las cosas del mundo y la práctica de virtudes aventajadas, y en el capullo se encierra, repitiendo lo de San Pablo: *Mi vida está escondida con Cristo en Dios* (2); y de esta unión dulcísima e inefable con Jesús, sale transformada de feo gusano en ágil mariposa; que no manchará sus alas, a poco cuidado que tenga, en las cosas de la tierra, sino que se remontará a regiones purísimas y abundantes de luz, por esplender muy cerca el Sol divino. La mariposilla siente grandes deseos de servir a Dios, mucho más intensos que antes; las obras que hacía

---

1 Cuartas Moradas, c. III, p. 67. Se habrá observado, que la Santa comienza en estas moradas por la oración infusa de recogimiento y quietud, sin hacer mención explícita de aquella otra oración sobrenatural que escribe al P. Rodrigo Alvarez en la relación que le hizo de su espíritu en 1576 (t. II, pág. 38), y allí considera como la primera de orden sobrenatural que experimentó, anterior a la de recogimiento. Sin duda, mucho de lo que dice en el capítulo III de estas moradas, tiene grande analogía con la oración sobrenatural de que habla al citado Padre Rodrigo, principalmente en estas palabras: «Paréceme que nunca lo he dado a entender como ahora, porque para buscar a Dios en lo interior (que se halla mejor y más a nuestro provecho que en las criaturas, como dice San Agustín que le halló, después de haberle buscado en muchas partes), es gran ayuda cuando Dios hace esta merced. Y no penséis que es por el entendimiento adquerido, procurando pensar dentro de sí a Dios, ni por la imaginación imaginándole en sí. Bueno es esto, y ecelente manera de meditación, porque se funda sobre verdad, que lo es estar Dios dentro de nosotros mesmos; mas no es esto, que esto cada uno lo puede hacer, con el favor del Señor, se entiende todo». Así lo afirma el P. Gárate en unos muy doctos y discretos artículos publicados en *Razón y Fe*, (t. XX, p. 188).

2 *Ad Coloss.*, III, 3.

cuando tejía el capullo, le parecen imperfectas, y siente una sed de virtud, que sólo permaneciendo siempre junto a la fuente de cristalinas aguas, podrá apagarla. Sufre mucho con las ofensas de Dios; desearía que todos tuviesen entrañado el amor divino que a ella le consume.

Esta unión dulce y sabrosa, ha de ir acompañada de otra, que consiste en «no tener voluntad, sino atada con lo que fuere la voluntad de Dios», la cual podemos adquirir por nuestra industria y los auxilios comunes de la gracia. A esta conformidad absoluta de ambas voluntades, atribuye la Santa la merced de esta unión infusa, no porque de justicia se deba la sobrenatural infusa a la activa o adquirida; sino porque la gran bondad de Dios galardona con premio tan elevado a los corazones que incondicionalmente se rinden al suyo. «Pues yo os digo, escribe, y lo diré muchas veces, que cuando lo fuere, que habéis alcanzado esta merced (la conformación de la propia voluntad con la de Dios), y ninguna cosa se os dé de estotra unión regalada que queda dicha, que lo que hay de mayor precio en ella es por proceder de ésta que ahora digo, y por no poder llegar a lo que queda dicho, si no es muy cierta la unión de estar resinada nuestra voluntad en la de Dios». Explica luego cómo esta conformidad de voluntades ha de consistir en amor de Dios y del prójimo, y hace acerca del último consideraciones muy útiles y hermosas para las personas sedientas de perfección espiritual.

Moradas Sextas.—Vistas de esposos puede ser llamada la unión incipiente de las Quintas Moradas, que es preparación para el desposorio espiritual, si el alma no pierde el amor que en esta unión tiene a Jesús «y pone la afición en cosas que no sea El». Antes de celebrar el desposorio espiritual, de que en las Moradas Sextas se ha de hablar, el Esposo prueba al alma de muy distintas y dolorosas maneras, ya con enfermedades, ya con murmuración y persecución de gentes que reprueban su virtud, ya con directores demasiado cuerdos, asustadizos y poco experimentados, que en todo lo que se sale un ápice del camino trillado de las almas vulgares, ven peligros y escándalos, atribuyéndolo a ilusión, engaño demoniaco o soberbia disfrazada de humildad. Al mismo tiempo, Dios permite que estas almas sean mortificadas con grandes escrúpulos y apretamientos de conciencia, tan «sentibles» e intolerables, que, en decir de la Santa, sólo hallan comparación adecuada con los que se padecen en el infierno.

Por todas estas terribles purgaciones ha de pasar la mariposilla antes que remonte su vuelo, y herida por certera saeta, venga a caer en las dulces manos del divino cazador. La herida le causa una inflamación sabrosísima, mucho más dulce y deleitosa que el embebe-

cimiento de la unión de que nos habló en las Cuartas Moradas; y aunque le ha penetrado las entrañas, está regalándose con esta pena y no quiere que desaparezca. El esposo le comunica sus deseos por diversas, misteriosas y muy sabrosas palabras, que la embelesan y hacen caer en dulces deliquios de amor; y perdidos los sentidos, en aquel suave arrobamiento se celebran los místicos desposorios del alma y Dios. De gozar en estos momentos sublimes de la acción expedita de las potencias, «no era posible, por ventura, afirma la Santa, quedar con vida».

Los secretos que el alma aprende en esta suspensión, no son para dichos, ni al volver en sí, se acuerda por menudo de ellos, sino sólo conserva una reminiscencia vaga y universal de la maravillosa hermosura de aquel mundo nuevo y suprasensible, que Dios reserva a sus escogidos. Esta imprecisión o falta de recordación exacta y circunstanciada, la da a entender Sta. Teresa con lo que a ella misma le acaeció en el castillo de la Duquesa de Alba. Penetrando la Santa en una de sus suntuosas estancias, fué tanta la multitud de ricos y artísticos vidrios, barros, lámparas, tapices y todo género de muebles, admirablemente dispuestos, que allí vió, que al salir no le quedó memoria particular de ninguno de ellos, sino sólo el recuerdo confuso de que aquello era magnífico y asombroso.

Verificado ya el desposorio, trata Santa Teresa de las diversas mercedes que recibe el alma: visiones imaginarias e intelectuales, raptos, éxtasis, suspensiones, vuelos de espíritu, que explica con extensión en diversos capítulos; pues son las moradas en que más se alarga, ya que sólo ellas componen casi la mitad del libro. Los efectos del desposorio son, sin comparación, más subidos que los señalados hasta aquí. La memoria ocúpase sólo en cosas de Dios; ama la voluntad con inflamación más intensa y deleitosa; es penetrada con más fuerza la substancia del alma por los rayos de la caridad divina; las potencias inferiores, no dan ya apenas guerra, y el alma queda inclinada a Dios, si bien con inclinación menos firme y persistente que en el matrimonio espiritual. Algunas veces desearía morirse para gozar de él; otras esconderse en los desiertos para evitar toda ocasión de ofenderlo; otras querría irse a las plazas públicas a predicar sus grandezas; otras, es tal el gozo que inunda el alma, que se iría por calles y despoblados como San Francisco, tocado de la locura sublime de la Cruz, pregonando las maravillas del gran Rey que en ella murió por los hombres.

Moradas Séptimas.—Mucho ha explicado ya de esta unión interior y sobrenatural del alma con Dios, pero aun queda más por decir a la Santa, y da la razón ella misma por estas palabras: «Pues la grandeza de Dios no tiene término, tampoco le ternán sus obras». Con haber aprendido tanto de los inefables misterios divinos, y tener

grande facilidad en declararlos, un miedo indefinible se apodera de ella para tratar de las operaciones, acercamientos y contactos de Dios y el alma en la más íntima morada del castillo, en el *sancta sanctorum,* donde la majestad de Dios se siente más cerca que nunca, adonde no penetra el alma sino después de haberse limpiado de las imperfecciones de la vida que aun le quedan, si bien leves y sutiles, con el sabroso y eficaz cauterio de las grandes purgaciones del espíritu, y vuelto a una especie de inocencia semejante a la que gozaron en el paraíso nuestros primeros padres. Ya no es sólo la unión afectiva y transitoria del desposorio espiritual; sino la efectiva, fruitiva, transformativa y estable del matrimonio, último grado de unión que cabe en esta vida entre la criatura y su Criador.

Dos hermosísimas comparaciones de la Santa explican a maravilla la distinción entre el desposorio y matrimonio espiritual. Oigámoslas: «Digamos que sea la unión (de desposorio espiritual) como si dos velas de cera se juntasen tan en extremo, que toda la luz fuese una, u que el pábilo, y la luz y la cera es todo uno; mas después bien se puede apartar la una vela de la otra, y quedan en dos velas, u el pábilo de la cera. Acá (en el matrimonio espiritual) es como si cayendo agua del cielo en un río u fuente, adonde queda hecho todo agua, que no podrán ya dividir ni apartar cuál es el agua del río, ni lo que cayó del cielo; o como si un arroico pequeño entra en la mar, no habrá remedio de apartarse; u como si en una pieza estuviesen dos ventanas por donde entrase gran luz; aunque entra dividida, se hace todo una luz». No es posible topar comparaciones más bellas, inteligibles y adecuadas para explicar la más sublime e inefable operación de espíritu de que habla la Teología Mística. Admiremos estas iluminaciones del genio, y rindamos homenaje y veneración a ese *don* sublime y bienhechor del Espíritu Santo, que por la pluma de una mujer se complace en hacer tan entendederos y transparentes, fenómenos que hasta ella parecían desenvolverse en augusta e impenetrable obscuridad.

Los efectos que aquí se sienten, por fuerza han de ser más nobles y levantados que en las demás moradas. El árbol plantado cabe las corrientes de las aguas, refrigera sus raíces en ellas, y está siempre más fresco y frondoso que el que crece en secano. Siendo aquí los toques divinos tan suaves y penetrativos, unida el alma habitualmente a su Dios por esa unión de matrimonio, que con más frecuencia que en ningún otro estado se actúa por medio de muy subidas operaciones místicas, los deseos de amarlo han de ser más vehementes, los temores de perderlo más sentidos, los anhelos de padecer por el que ama su alma más eficaces y obradores. En las Sextas Moradas el alma quería morir o padecer; en éstas sus anhelos son padecer por

el amado, aunque de la muerte no tiene ya más miedo que tendría de un suave arrobamiento, como dice la Santa. Las aguas que abrevan aquí a esta cervatilla herida, son abundantes y frescas, y las bebe casi siempre en quietud reposada, porque la gente maleante que rodea el castillo no penetra en esta morada; y por gozar de paz, hasta los arrobamientos, en cuanto tienen de violento y arrebatado, se le quitan, si bien continúa saboreándolos en lo que encierran de íntimo y deleitoso. En suma: introducida el alma en la Séptima Morada, la inteligencia se esclarece por intensa y divina lumbre y se ilustra con particular y altísimo conocimiento de los profundos misterios y verdades de la fe, y la voluntad disfruta de un bienestar suave e inalterable, muy semejante al del Esposo con quien vive unida por íntimo y sabroso abrazo de amor, domeñadas todas las pasiones, mansos todos los apetitos, reducida a mandamiento la imaginación, y extasiadas las potencias por el suave y apacible centelleo de las ricas preseas sobrenaturales que ya poseen. Tal era el estado de la Santa cuando escribía este libro. Gozaba de grande paz interior y de una especie de incoación o principiación, como diría uno de nuestros mejores hablistas ascéticos, de la gloria beatífica, sin que por eso cesasen los padecimientos exteriores, la tremenda baraúnda de los negocios de su naciente Reforma y las enfermedades, cada día más graves y mortificativas.

Sintetizando, diremos que por la célebre metáfora del Castillo, que encierra siete moradas principales, ha logrado Sta. Teresa dar a conocer el camino, de suyo poco explorado y muy obscuro, que recorren los espirituales, desde los grados más ínfimos de perfección a los más perfectos y encumbrados. En las tres moradas primeras, que es el cuerpo de edificio menos artístico del Castillo, trata de los grados más rudimentarios de la vida espiritual, que se adquieren mediante nuestra industria, la luz ordinaria de la fe y auxilios comunes de la gracia. En la primera morada entran las almas distraídas, que incurren con frecuencia en pecados veniales, pero que sienten deseos de mejoramiento de vida por medio de la oración. Pasan a la segunda las que ponen más esmero en huir de ocasiones peligrosas y de evitar las faltas leves, aunque todavía son combatidas de muchas y diversas tentaciones de pecado. Un sincero deseo de limpiarse de culpas voluntarias y allegarse a Dios por amor, introduce al alma en las Terceras Moradas, y la dispone a penetrar en el otro cuerpo de edificio mucho más rico y hermoso. Ya aquí, no puede dar un paso por sus propias fuerzas y la ayuda ordinaria de la gracia; entra en un mundo sobrenatural, donde la industria humana sólo puede disponerse y no poner óbice, para que Dios, por sus magníficos dones y sobre nuestro modo humano y connatural, obre en el alma por manera subida e inefable,

que la eleve a esos grados sublimes de contemplación infusa que constituyen las cuatro últimas estancias del Castillo. La cuarta es la primera de oración sobrenatural o infusa. Menos poderosas las pasiones que en las moradas anteriores, las potencias se recogen suavemente al interior, sugestionadas por el silbo amoroso del pastor, que oyen distintamente. No se trata ya del recogimiento de sentidos y potencias que podemos nosotros procurar con nuestra diligencia e industria, sino de otro más noble, todo sobrenatural, que da Dios cuando quiere y como quiere. A este recogimiento infuso, se sigue frecuentemente una quietud deleitosa y apacible de la voluntad y enajenamiento dulce de las potencias, que causa grandes bienes espirituales. De esta cuarta morada sale el alma ya para juntarse a su Amado por oración de unión, débil todavía é incompleta en la quinta, por ser sólo de voluntad o entendimiento, la cual se robustece en la sexta por medio del desposorio espiritual, que también liga las potencias, aunque efímera o transitoriamente, y se comunica y hace estable en la última mediante el matrimonio místico.

Estas son las principales etapas que recorre el espíritu hacia su centro nativo, que es Dios. Pero debe advertirse que no son las únicas, ni Santa Teresa se propuso fijar un número preciso y exacto de las estancias que el alma debe pasar antes que llegue a la que habita el Señor del Castillo, sin que las señaladas por ella no tengan muchas otras contiguas. Cada morada puede contar un millón de piezas, advierte la Santa, y ya en la primera recomienda que las cosas del alma han de considerarse «con plenitud, y anchura y grandeza», y no se han de medir y trazar a compás, ni ponderar en proporciones matemáticas; porque la acción de Dios es libre y gusta de conducir a los espíritus hasta las cumbres de la santidad por muy diversos caminos. Santa Teresa describe la perfección según la evolución progresiva que observó en sí misma; y en lo fundamental, todos los místicos están conformes con ella y con las profundas gradaciones que establece de la vida espiritual, aunque discrepen en pormenores o modalidades accesorias. Ni tuvo pretensión jamás la insigne Doctora de que las demás almas, en la práctica de la vida perfecta, se ajustasen a la suya con absoluto y rígido acoplamiento. Esto sería encadenar el espíritu de Dios y obligarlo a obrar de una sola manera. Tal suposición no puede hacerse de un alma, que sin ser inquieta y bulliciosa, no soportó jamás en los métodos de oración y contemplación reglamentaciones menudas y detalladas (1).

1 Acerca de la libertad que ha causado a las almas que se dan al ejercicio de la oración, recomendamos la lectura del capítulo II de las Moradas Primeras.

El gran mérito de esta obra consiste en explicar en ella por conceptos más hondos y sublimes y con más claridad y precisión que en otros libros, la oración ordinaria y sobrenatural con el brillante cortejo de dones, virtudes y favores extraordinarios de Dios de que van comúnmente acompañadas, y de haber señalado diversos grados contemplativos en la ordenada y sólida clasificación que acabamos de mencionar (1). En *Las Moradas* no sólo se dan a conocer operaciones psíquicas de exquisita delicadeza, no advertidas siquiera por los más doctos observadores de nuestro ser, no sólo se precisa la existencia de toques divinos en la substancia del alma recónditos y sutiles, y apenas perceptibles aún a los espíritus más aventajados en perfección; sino que se descorre el velo de ese mundo interior, maravilloso y encantado, que encierra todo místico, y facilita su conocimiento con metáforas sublimes y la claridad de exposición, que son de valor y mérito incomparables en esta abstrusa ciencia del amor. En tal concepto, el *Castillo Interior* es quizá la de más valor entre las obras experimentales de esta ciencia escritas, sin exceptuar las de la misma santa Doctora. Escribió *Las Moradas* años después que las demás, en plena madurez de espíritu, cuando el platero sabía más de su arte y tenía sobre estas grandes mercedes de Dios más luz de experiencia (2). Los divinos grados de contemplación están mejor descritos y explicados que en la *Vida* y *Camino de Perfección*; y de los últimos y más sublimes, sólo en esta obra nos hace relación detallada de su opulencia y maravillosas riquezas sobrenaturales.

Concluye la Santa su admirable libro invitando a todas sus hijas, ya que sus conventos son pobres y sin comodidades, se lleguen a este

---

1 Escribe el erudito P. Arintero en su reciente obra *Cuestiones Místicas* (Salamanca, 1916, pág. 532) de la división que hace Santa Teresa de los grados de contemplación, comparándola con la de otros autores: «Esta clasificación teresiana, sobre todo tal como figura en su pleno desarrollo en las *Moradas*, ilumina vivísimamente lo que parecía un caos, y así ha venido a servir de norma y de base a casi todos los autores que posteriormente han tratado de penetrar en los íntimos secretos de la psicología sobrenatural y declarar los verdaderos progresos de la vida mística, que antes parecían enigmas indescifrables. Pues las gradaciones que se establecían, correspondían tan sólo a ciertos fenómenos particulares, o a lo sumo, a ciertas virtudes, mas no al conjunto de la vida espiritual. De ahí que esa luminosa y magistral clasificación haya venido a ser al fin comunmente admitida en el fondo, si bien ciertos autores suprimen o añaden algo, y otros, con más acierto, tratan de simplificarla, reduciéndola a los grados fundamentales». No de otro modo se expresan Saudreau en *Les Degrés de la Vie Spirituelle* y otros muchos autores, según vimos ya en el primer tomo de esta BIBLIOTECA, pp. XXIII-XXXVII.

2 En carta al P. Salazar, escrita en Avila el 7 de Diciembre de 1577, ocho días después de haber dado remate a *Las Moradas*, dícele a propósito de ellas: «Sábese cierto que está en poder del mesmo aquella joya (la *Vida*, que tenía el inquisidor Quiroga), y aun la loa mucho; y ansí, hasta que se canse de ella, no la dará, que él dijo se la miraba de propósito; que si viniese acá el señor Carrillo (el propio P. Salazar), dice que vería otra (el *Castillo Interior*), que, a lo que se puede entender, le hace muchas ventajas, porque no trata de cosa sino de lo que es El, y con más delicados esmaltes y labores; porque dice que no sabía tanto el platero (la Santa) que la hizo entonces, y es el oro de más subidos quilates, aunque no tan al descubierto van las piedras como acullá».

castillo, donde brotan muchas fuentes de aguas saltadoras, lindos jardines y otras maravillas de arte divino, en que podrán recrearse, aun «sin licencia de las superioras», como ella festivamente dice. A todas, indistintamente, convida a la gustación sabrosa de las delicias inefables de la contemplación mística de estas moradas; porque todas, o casi todas, si debidamente se disponen, podrán entrar en la mayor parte de ellas, y hasta en la más secreta, donde mora el dueño del castillo. Bien terminantemente lo asegura en el capítulo IV de las Moradas Sextas: «Mucho me he divirtido sin entenderlo. Perdonadme, hermanas, y creed que llegada a estas grandezas de Dios, digo a hablar en ellas, no puede dejar de lastimarme mucho ver lo que perdemos por nuestra culpa. Porque, aunque es verdad que son cosas que las da el Señor a quien quiere, si quisiésemos a Su Majestad como El nos quiere, a todas las daría. No está deseando otra cosa, sino tener a quien dar, que no por eso se desminuyen sus riquezas» (1).

Tan lejos se halla la Santa de ofuscarse por los resplandores de la contemplación mística, que todos los capítulos de *Las Moradas* están

---

1 Es afirmación constante en las obras de la Santa, que todas sus hijas, para quienes escribe, pueden gustar de las dulzuras de la contemplación mística. Lo asentó en el *Camino de Perfección* (cap. XIX), y lo sostiene en los demás escritos suyos, en particular en éste de *Las Moradas*, muy reiteradamente (Moradas Terceras, c. I; Moradas Cuartas, c. II; Moradas Quintas, c. I; Moradas Sextas, c. IV; Moradas Séptimas, c. II y en el Epílogo). Los textos son tan claros y terminantes, que no parece den lugar a razonadas disputas sobre su verdadero pensar en esta cuestión. No se han de interpretar, sin embargo, en un sentido tan universal y comprensivo, que no se den o puedan darse almas, que aun haciendo cuanto esté de su parte para disponerse a la contemplación infusa, no lleguen a saborearla, por causas que la Santa ignora, y remite la explicación de este hecho a los secretos juicios de Dios. Carmelitas descalzas había en su tiempo de vida muy ajustada y observante, que a juicio de la seráfica Madre hacían cuanto estaba en ellas para pasar de la oración ordinaria a la contemplación, y no lo lograban. La Santa juzgó deber suyo tranquilizarlas, como lo hace en el capítulo XVII del *Camino de Perfección*, asegurando que por eso no dejarían de ser muy perfectas. Y adelantándose a los que hallan contradicción entre esta doctrina y la anterior, explica de nuevo su pensamiento en el capítulo XX del mismo libro. Según Santa Teresa, la contemplación infusa, mística o sobrenatural, es medio ordinario para ganar las altas cimas de la perfección, y a ella invita a sus hijas, asegurándoles, que si se disponen por los medios que les aconseja, Dios no se la negará, y las conducirá hasta la mansión misma donde El habita. Si por excepción, alguna no gozare de la contemplación sobrenatural, acháquelo a falta de disposición, que no remueve los óbices que la dificultan, o a providencia extraordinaria de Dios, que por otros caminos, de la inteligencia humana ignorados, la subirá al mismo o superior grado de perfección. Tal parece ser la doctrina de la Santa en esta cuestión transcendental de la Teología Mística. Se podrá estar de acuerdo o desacuerdo con la Doctora de Avila: es cuestión opinable, y, por lo mismo, discutible y discutida; a lo que no hay derecho es a suponer contradicción en la Santa, como opinan algunos escritores de ultrapuertos. Puede equivocarse, y aun contradecirse S. Teresa, como toda inteligencia humana, por clara y poderosa que sea; pero es muy duro poner contradicción en doctrinas suyas que tan reiteradamente afirma, y sobre argumentos de tan capital importancia, y más apresurándose ella a desvanecer juicios errados que de la inteligencia superficial de sus palabras pudieran hacerse. Ninguno de los profundos tratadistas místicos de la sana escuela tradicional ha visto estas flamantes contradicciones, y hoy mismo la defienden de semejante acusación, con razones muy sólidas, aventajados escritores. (Véanse los artículos que bajo el epígrafe *Un punto de Teología mística* publicó el P. Manuel Gárate en *Razón y Fe*, t. XVIII, p. 59; tomo XIX, p. 71; t. XX, p. 185, y t. XXI, p. 318; y al P. Seisdedos: *Principios fundamentales de la Mística*, t. V, sección tercera, c. I).

llenos de sentencias austeras en que el desasimiento, el amor de Dios y del prójimo, la afición a la cruz y a los desprecios y humillaciones, se anteponen, con marcadísima predilección, a los favores extraordinarios de la gracia y a los tiernos consuelos que se reciben en estas moradas. «Abrazaos con la cruz que vuestro Esposo llevó sobre sí, y entended que ésta ha de ser vuestra empresa; la que más pudiere padecer, que padezca más por Él, y será la mejor librada. Lo demás, como cosa acesoria, si os lo diere el Señor, dadle muchas gracias» (1). «Toda la pretensión de quien comienza oración (y no se os olvide esto, que importa mucho), ha de ser trabajar y determinarse y desponerse, con cuantas diligencias pueda, a hacer su voluntad conformar con la de Dios; y, como diré después, estad muy cierta que en esto consiste toda la mayor perfeción que se puede alcanzar en el camino espiritual» (2). En otra parte afirma, que para subir a las moradas más altas, «no está la cosa en pensar mucho, sino en amar mucho». Previniendo la pregunta que pudiera hacérsele acerca de lo que entiende por «amar mucho», dice: «no está en el mayor gusto, sino en la mayor determinación de desear contentar en todo a Dios, y procurar, en cuanto pudiéremos, no le ofender, y rogarle que vaya siempre adelante la honra y gloria de su Hijo y el aumento de la Ilesia católica» (3). «No pensemos que está todo hecho en llorando mucho, sino que echemos mano del obrar mucho, y de las virtudes, que son las que nos han de hacer al caso, y las lágrimas vénganse cuando Dios las enviare, no haciendo nosotras diligencias para traerlas» (4). Habla en el capítulo IX de las Moradas Sextas, de las visiones imaginarias y otras mercedes, y dice: «Hay muchas personas santas, que jamás supieron qué cosa es recibir una de aquestas mercedes, y otras que las reciben, que no lo son. Y no penséis que es contino, antes, por una vez que las hace el Señor, son muy muchos los trabajos» (5). Sería, según la iluminada Doctora, grande yerro suponer que el Señor hace estas mercedes sólo para regalar las almas, «porque no nos puede Su Majestad hacérnosle mayor, que es darnos vida que sea imitando a la que vivió su Hijo tan amado; y ansí tengo yo por cierto, que son estas mercedes para fortalecer nuestra flaqueza, como aquí he dicho alguna vez, para poderle imitar en el mucho padecer» (6). «¿Sabéis qué es ser espirituales de veras? Hacerse esclavos de Dios, a quien, señalados con su hierro que es el

1 Moradas Segundas, c. único, p. 27.
2 Ibid.
3 Moradas Cuartas, c. I, p. 48.
4 Moradas Sextas, c. VI, p. 141.
5 Moradas Sextas, c. IX, p. 167.
6 Moradas Séptimas, c. IV, p. 202.

de la cruz, porque ya ellos le han dado su libertad, los pueda vender por esclavos de todo el mundo, como El lo fué...; y si a esto no se determinan, no hayan miedo que aprovechen mucho» (1).

Pero las disposiciones que con particular encarecimiento recomienda la Santa para andar las moradas del castillo, son humildad y propio conocimiento. «Es cosa tan importante este conocernos, que no querría en ello hubiese jamás relajación, por subidas que estéis en los cielos; pues mientra estamos en esta tierra, no hay cosa que más nos importe que la humildad» (2). Por la humildad, se lee en las Cuartas Moradas (3), «se deja vencer el Señor a cuanto dél queremos; y lo primero en que veréis si la tenéis, es en no pensar que merecéis estas mercedes y gustos del Señor». Por ser de capital importancia la humildad para la vida de contemplación, en la Séptima Morada dice que de todo este castillo es cimiento sólido esta virtud (4). Así es de austera y sana la mística de Santa Teresa.

Conveniente nos ha parecido traer estas autoridades suyas, porque es muy general la costumbre de considerar a la Virgen de Avila envuelta en divinos abrasamientos, o abismada en espirituales dulcedumbres y regalos de Dios, como si ya no le quedase memoria de la cruz, y conocimiento de la propia miseria. Ni siquiera al alma a quien tiene el Señor en la misma morada que él habita (la séptima), jamás, por encumbrada que esté, le cumple otra cosa que el propio conocimiento (5). Para Santa Teresa los grados de oración mística no son creación ingeniosa de una imaginación febril, que sueña cosas encantadas, sin realidad posible; sino frutos dorados producidos por los dones del Espíritu Santo en el jardín del alma justa, que ella cuida con singular esmero, y al propio tiempo cultiva, con su ayuda, rica variedad de virtudes, que el mismo Espíritu hermosea y depura a medida que aquellos grados místicos crecen y se perfeccionan. En la mística teresiana, entre los grados de oración y la práctica de la virtud existe correspondencla bien clara y definida; las esbeltas y airosas agujas que embellecen su castillo místico, asiéntanse en solidísimos cimientos de humildad, abnegación, austeridad, caridad fraterna, y otras virtudes a este tenor, que tal como la Santa las quiere en las almas místicas, nada tienen de aparatosas, superficiales y enfermizas.

Hay, sin duda, en este maravilloso mundo interior de las almas, favores de Dios regaladísimos, suavidades indecibles, que a vida eterna

---

1 *Moradas Séptimas*, c. IV, p. 204.
2 *Moradas Primeras*, c. II, p. 17.
3 C. II, p. 56.
4 C. IV, p. 204.
5 *Moradas Primeras*, c. II, p. 17.

saben, como diría el extático San Juan de la Cruz, tan nobles, de tan soberana grandeza y tan sobre todo lo que el demonio y la fantasía del histérico más rematado pueden inventar, que sólo a los modernos negadores del orden sobrenatural ha podido ocurrírseles el mazorral dislate de no reconocer realidad objetiva, ni acción de ninguna causa superior externa en tales fenómenos, atribuyéndolos a la fuerza creadora de la imaginación del iluminado, influído por la idea que tiene de Dios. Contra tan absurda afirmación protesta la Doctora de Avila en muchos capítulos de esta obra, en los cuales, reconociendo las extrañas fuerzas de la imaginativa en embelecos místicos (1), asegura que se dan efectos de orden tan subido, que sólo de Dios pueden proceder, ya porque vienen de súbito y con ímpetu irresistible, cuando el alma está más ajena y distraída en adquirirlos, ya porque son de tal magnitud, que no hay fuerzas creadas capaces de producirlos. Habla, v. gr., de ciertos favores o mercedes de espíritu muy principales, y dice terminantemente: «Aquí no hay que pensar si es cosa movida del mesmo natural, ni causada de melencolía, ni tampoco engaño del demonio, ni si es antojo; porque es cosa que se deja muy bien entender ser este movimiento de adonde está el Señor» (2).

Sin embargo de este reconocimiento explícito y repetido de la procedencia exclusivamente divina de muchos efectos de espíritu, son muy de encomiar en Sta. Teresa la sobriedad de sus gustos místicos, el temor de que sus hijas se apeguen a ellos demasiado y la sencillez con que hace relación de los favores extraordinarios que le concedió Dios en los grados más altos de oración. Tan moderados y ajustados a las reglas de la más exquisita discreción hallamos estos grados, que extrañan si se los compara a los de muchísimas otras almas, que no saben hablar de ellos sin hacernos una descripción hinchada, muy rica en pormenores, que frecuentemente salta los linderos de lo verosímil, y penetra a campo traviesa por los dominios de la fantasía. Léanse así las locuciones, apariciones, visiones, éxtasis y otras mercedes divinas que de la Santa publicamos en el tomo II, y las que describe en *Las Moradas*, y se verá, que con haber sido una de las almas que más gustaron del vino embriagador de las bodegas místicas, es también la más parca y mesu-

---

1 Véase, entre otros, el c. III de las *Moradas Sextas*. Menester es gran cautela y cuidado en la clasificación de los fenómenos místicos, o que por tales se nos refieren, por ser mucha la fuerza de la imaginación y de la voluntad en su estado extrafisiológico, como hoy se dice; ni Santa Teresa anda corta en reconocer el dinamismo de nuestro sistema nervioso y de otras energías ignotas de la naturaleza; pero así y todo, afirma que en ciertos grados de unión mística se experimentan tales efectos, que es imposible negarles procedencia sobrenatural, contra lo que muy ahincadamente pretenden las escuelas racionalistas.

2 *Moradas Sextas*, c. II. Pueden verse también los capítulos V, VIII, IX, y el II y III de las *Cuartas*.

rada en hablar de él, y nunca desciende a esa literatura empalagosa y de mermelada de los que apenas les fué dado catarlo. Repugnaba Santa Teresa todo lo que podía tener dejos de afectación; y si esto le sucedía en las cosas corrientes de la vida, mucho más había de disgustarla en las de Dios, sobre todo en las expuestas a tan fáciles engaños como las místicas. En este *Libro de las Moradas* continuamente está avisando a sus hijas se prevengan contra los peligros de las complexiones flacas de las mujeres, que con frecuencia tienen por arrobamiento lo que en realidad de verdad es un simple abobamiento de las potencias (1). Tan débil es la imaginación a veces, o tan viva, que todo lo que imaginan, les parece que lo ven con absoluta certeza (2). Llaneza y verdad, aconseja la Santa, sobre todo con los confesores; porque Dios es la Verdad Suma, y la humildad es andar en verdad (3).

Quien proceda según las enseñanzas de la Santa, difícilmente se perderá, por mucho que en mística teología se suba y encumbre. Siguiéndolas con fidelidad y rendimiento, bien pueden determinarse las almas a entrar en estas moradas, donde no es todo regalo y bienestar de vida, sino que hay también cruces y espinas, a veces muy dolorosas y punzantes. No compuso Sta. Teresa *Las Moradas* para dar a conocer al mundo las maravillas de Dios en el alma de ella. Esto, que de suyo es muy bueno, no habría logrado sacar a su humildad de la contemplación secreta de las grandezas divinas. Las escribió para que fuesen enseñanza de sus hijas, pues eran muchas las que en su tiempo gustaban de vivir recogidas en estas moradas, y no es justo suponer que el Carmelo de nuestros tiempos ha de ser menos rico en flores místicas, ni ha de estar vigorizado por menos savia de vida interior, que en los tiempos primeros de la Reforma. Y lo mismo podemos afirmar de las muchas personas buenas, que en los claustros de otras Ordenes, y en el mundo, han escogido a la Doctora de Avila por guía de perfección religiosa, y día y noche meditan sus escritos con grande contento y aprovechamiento. Hoy, como en otros tiempos, suele haber penuria

---

1 Escribe la Santa en las Cuartas Moradas, capítulo III, pág. 66: «De un peligro os quiero avisar, aunque os lo he dicho en otra parte, en que he visto caer a personas de oración, en especial mujeres, que como somos más flacas, ha más lugar para lo que voy a decir; y es, que algunas, de la mucha penitencia y oración y vigilias, y aun sin esto, sonse flacas de complexión. En tiniendo algún regalo, sujétales el natural; y como sienten contento alguno interior, y caimiento en lo exterior, y una flaqueza, cuando hay un sueño que llaman espiritual, que es un poco más de lo que queda dicho, paréceles que es lo uno como lo otro, y déjanse embebecer. Y mientra más se dejan, se embebecen más; porque se enflaquece más el natural, y en su seso les parece arrobamiento. Y llámole yo abobamiento, que no es otra cosa más de estar perdiendo tiempo allí, y gastando su salud».

2 Moradas Sextas, c. IX, p. 163-4.

3 Moradas Sextas, c. X, p. 171.

grande de conductores expertos de espíritu, por lo cual muchas almas se estacionan en las primeras moradas; para ellas, este libro puede servirles de excelente ayuda. Deplorable sería que sólo se solicitasen *Las Moradas* por las profundas observaciones psicológicas que contienen, por los hermosos símiles y metáforas con que aclaran misterios abstrusos del alma, por la galanura y originalidad de muchas frases, que visten pensamientos sublimes, o por la confirmación que en estas páginas bellas encuentran los místicos especulativos de sus doctrinas, científicamente expuestas. Incumplido quedaría el fin principal para que fueron escritas, que es el aprovechamiento espiritual de esas almas predilectas de Jesús, las cuales cifran su gloria y bienestar en este mundo en vivir abrazadas a la cruz y abismarse en la contemplación amorosa de sus adorables perfecciones.

AUTOGRAFO DE «LAS MORADAS».

Venérase esta preciosa joya de Santa Teresa en las Carmelitas Descalzas de Sevilla, adonde por fortuna para todos los devotos de la insigne Doctora, fué a parar en fecha ya muy remota, como veremos luego. Hace un tomo de ciento trece hojas escritas, de 310 por 210 mm. En el reverso de la primera vienen cuatro líneas de la Santa y una larga observación acerca de las enmiendas y adiciones que se hicieron al autógrafo por algunos correctores. Antiguamente debieron de seguirse a esta hoja las dos en que la Santa hace breve epílogo de la obra y consigna la fecha en que la terminó; aunque Fray Luis de León, muy acordadamente, la publicó al fin, que es su lugar propio. A continuación se lee el prólogo que la Santa pone al libro, y lo demás del texto. Al escribir esta obra, no tuvo intención de dividirla en capítulos, sino sólo en moradas (1); pero luego, o de propio marte, o por ajeno consejo, cambió de parecer, cuando el libro estaba ya terminado, y aprovechó algunos espacios marginales, o de fin de línea, para poner los capítulos allí donde le parecía mejor. Por falta de lugar, hubo de suprimir los títulos a ellos correspondientes, pero los escribió aparte, aunque, por desgracia, se han perdido. De los títulos autógrafos copió los suyos el traslado antiguo

1 La división en varias moradas se deduce de la idea capital del libro. La Santa, sin embargo, no puso al principio los títulos que las encabezan, sino después de escrita la obra, utilizando los blancos que hay, entre la morada que termina y la que comienza. Para hacerlos resaltar más, los encierra en una línea a modo de círculo, que traza en derredor de ellos, con la particularidad de que en unas, la palabra *moradas* precede al *número* de orden (moradas primeras, moradas segundas, moradas quintas, moradas sextas); y en otras le sigue (terceras, cuartas y sétimas moradas).

de *Las Moradas* que hicieron, en vida misma de la Santa, las Carmelitas Descalzas de Toledo, y también debieron de conocerlos Fr. Jerónimo Gracián y Fr. Luis de León. La redacción de estos títulos es tan teresiana, que a nadie debe caber la menor sospecha de su venerable origen (1).

Por hojas hace la paginación Santa Teresa en números romanos, según su costumbre, con algunos pequeños errores de cuenta que no alteran el número final, que es el cx, último folio de la Morada Séptima (2). En la foliación de la Santa no entran el título ni el epígo, que hace algo más de una hoja, porque, a mi juicio, los escribió después de foliado el manuscrito (3). El P. Jerónimo Gracián numera el autógrafo por páginas y cifras arábigas. Cuando Gracián paginó el manuscrito, el epílogo que hoy está al fin de él, se hallaba al principio, y está numerado con las cifras 2, 3 y 4. Hasta la página 50, el P. Gracián pone los números en el margen superior e inferior de las hojas; a partir de aquí, sólamente en el inferior (4). Que la numeración sea del Padre Jerónimo Gracián, se convence fácilmente comparándola con la de otros manuscritos suyos. La procedencia es evidente.

---

1 Perdidos los autógrafos, los publicamos según vienen en la edición príncipe, que apenas se diferencian de los que trae la copia de Toledo, y otras muy antiguas que hemos examinado.

2 En cuadernos, de dieciséis hojas cada uno, escribió S. Teresa *Las Moradas*, que después se unieron para formar libro. Van señalados con las letras del abecedario, puestas al principio, en el margen inferior de la hoja, excepto el primero que la trae en la última. Al folio XCVII le falta la *g*, que le correspondía por ser la primera hoja del séptimo cuaderno. Precisamente es la que, por causas que ignoramos, rehizo Santa Teresa arrancando la antigua. La *g* se puso en el cuaderno siguiente, último del autógrafo.

3 Acerca de la foliación de la Santa, dice muy acertadamente el P. Tomás de Aquino, C. D., en las copias de que se hablará más adelante: «Está el original numerado por folios, y no por páginas, de mano de la misma Santa; pero con estas particularidades notables: primera, que no numera ni computa la Santa la hoja en que está el título, ni las dos hojas, que alcanza el prólogo pospuesto en las ediciones, porque como se escribió después de escrita y numerada la obra, no se le pudo dar número antes de la unidad; segunda, que no numera la Santa Madre la hoja en que comienza la introducción, pero la computa, pues a la siguiente, en que se concluye aquella pieza y se empieza la primera Morada, le pone el número ij, haciendo número con la antecedente, en que omitió la unidad; tercera, que falta número al folio que debía ser 97, y esta hoja se conoce ser añadida, ya por estar pegada artificiosamente a la que antecede, ya porque es de papel distinto, así en lo delgado como en el sello, que he mirado con atención prolija para certificarme, y ya porque en su principio repite dos palabras de la plana anterior, y en su fin no concluye la línea última de la vuelta, sino la deja a la mitad en la palabra *de q̄ sus*, que es la que correspondía a la dicción co*sas*, con que comienza la hoja ya escrita 98. Pero el número que falta a esta hoja añadida no altera la cuenta, porque en la siguiente pone el número 98, suponiendo el antecedente; cuarta, que pone la Santa Madre dos veces el número 47, y esto altera la cuenta de su foliación hasta el folio 54, que omitió la Santa, con lo que sale al fin su cuenta bien; quinta, también repitió la Santa Doctora el número 63, pero falta el siguiente, donde folió la Santa 65, con lo que corre la cuenta; sexta, que falta al folio 74 su número, cortada por aquella parte la hoja, pero no altera esto la cuenta, porque en la siguiente está el que le corresponde, con lo que sale al fin el número 110, no numerados el folio del título y los dos que alcanza el prólogo».

4 Corrige, además, Gracián los folios 90 a 99, que la Santa escribe así: *LXL, LXLI*, etc., expresándolos como ahora se hace: *XC, XCI*, etc.

Por la conocida nota del P. Gracián a la vida que de Santa Teresa escribió el P. Francisco de Ribera, que ya copió el *Año Teresiano* (1), sabemos que el *Libro de las Moradas* fué sometido al minucioso estudio de dos teólogos tan calificados como el dominico P. Yanguas (2) y el propio Jerónimo Gracián. El examen, según este Padre, se hizo en la siguiente forma: «Después leímos este libro en su presencia el P. Fr. Diego de Yanguas y yo, arguyendo yo muchas cosas de él, diciendo ser malsonantes, y el P. Fr. Diego respondiéndome a ellas, y ella diciendo que las quitásemos. Y así quitamos algunas, no porque fuese mala doctrina, sino alta y dificultosa de entender para muchos; porque con el celo que yo la quería, procuraba que no hubiese cosa en sus escritos en que nadie tropezase». Celebráronse estas doctas reuniones, en que tanto se aquilataron las doctrinas místicas de la Santa, en el locutorio de las Carmelitas Descalzas de Segovia, por los meses de Junio y Julio de 1580. Lástima grande que Gracián no nos haya conservado más pormenores de estas entrevistas con la Madre Teresa, y sus respuestas a los reparos de letrados de tanto tomo, ya que la confianza que con ellos tenía, daba libertad a la Madre para replicarlos y, de seguro, confundirlos en más de una ocasión. Santa Teresa, que en despejo de mente no era inferior a ellos, les llevaba inconmensurable ventaja en mística práctica o experimental; así que aun no dominando el tecnicismo de escuela como ellos, ni conociendo tan a fondo las cuestiones especulativas de ambas Teologías, dogmática y mística, sabía mucho más en las cuestiones prácticas, por la luz sobrenatural que ardía en su alma, la cual las iluminaba con destellos más claros que los que puede proyectar el talento teológico mejor cultivado.

Las correcciones hechas al autógrafo no son muy frecuentes, y ninguna en puntos fundamentales de doctrina, sino sobre otros de muy escasa importancia. Es de admirar que en tiempos muy difíciles para la exposición de enseñanzas místicas tan elevadas como se tratan en este libro, y que con fundamento se podía temer el juicio de la Inquisición, que se veía obligada a extremar el rigor por los falsos místicos que entonces pululaban por todas partes, no sin grave daño de las almas, se limitasen a la corrección de unas cuantas palabras y frases; no porque estuvieran disconformes con ellas, sino por

---

1 T. VIII, p. 150.

2 El aventajado concepto que Santa Teresa tenía del P. Yanguas puede conocerse por las palabras que escribe en una carta a D. Teutonio de Braganza, desde Valladolid, a 22 de Julio de 1579, anunciándole la traducción de la vida latina de San Alberto que acababa de hacer el Padre. En ella le dice que Yanguas era «de los buenos letrados» que por allí había y «harto siervo de Dios».

evitar torcidas explicaciones de ingenios sutiles y descontentadizos, fáciles al escándalo pusilánime, que con cierta delectación maliciosa habrían ridiculizado a la célebre monja, a título de cancerberos incorruptibles de la fe de Cristo. Digámoslo en elogio de estos dos claros varones, contra los modernos pedantes que afean y recriminan el proceder discreto y comedido de ellos.

Algunas correcciones, tachaduras, adiciones y acotaciones que se leen en el autógrafo, están hechas por la misma Santa, que añade, ya entre líneas, ya al margen, ciertas frases o palabras, y como consecuencia de ellas, borra, adiciona o modifica otras en determinados casos. Las demás adiciones y enmiendas son todas del Padre Jerónimo Gracián. Aun las pocas que se han venido atribuyendo al Padre Yanguas, sin más fundamento que el de haber asistido con Gracián al examen del manuscrito en el locutorio de las Carmelitas de Segovia, según es dicho, se deben a la pluma del P. Jerónimo. Tenía éste muy linda variedad de letras, como hemos podido observar en muchos autógrafos suyos; pero hay ciertos rasgos que perseveran con rara uniformidad en todos. Examinadas con algún cuidado las pocas apostillas que por tener en el trazado caligráfico alguna leve diferencia con las demás se han asignado al P. Yanguas, se advierte que son de la misma mano que las restantes. Si en las conferencias de Segovia se hicieron enmiendas en el autógrafo de *Las Moradas*, al mismo tiempo que sus capítulos se sometían a madura y docta deliberación, debiéronse al P. Gracián, que actuaba de juez y de secretario, con aprobación y fruición grande de Santa Teresa. Yanguas, como teólogo profundo, hacía sus reparos, y lo mismo el P. Gracián; terciaba luego la Santa, y una vez uniformados los pareceres acerca del punto discutido, Gracián escribía en el autógrafo la enmienda o adición acordada.

Algunos años más tarde hubo un corrector de estos correctores, que en observación previa que hace en la primera hoja del original, donde la Santa escribió el título del libro (1), juzga inútiles las enmiendas hechas al venerable escrito, y aconseja se consideren como no hechas, y lo borrado por ellos como no borrado; porque estaba mejor como la Santa lo escribía. El mismo censor cancela todas las adiciones de Gracián, y en muchos lugares advierte que se publique lo que de la Santa se halla tachado. Esta discretísima nota y las demás de la misma letra, se han atribuído a Fr. Luis de León, así por los antiguos como por los modernos editores, sin excepción. Realmente, el contenido de la nota no puede estar más conforme con el modo de

1 Vid. pág. 3, nota.

pensar del insigne Maestro, bellamente expuesto en su carta a las Carmelitas Descalzas de Madrid (1); pero la letra en nada se parece a la de Fr. Luis. Las notas de que venimos hablando son del P. Francisco de Ribera, docto y piadoso biógrafo de la Santa, y muy celoso de la pureza de su doctrina y de la reproducción fiel de sus escritos. Recuérdense sus lamentos acerca de lo mendosas que habían salido las ediciones del *Camino de Perfección* en la carta que escribe a la vicaria de las Carmelitas Descalzas de Valladolid, María de Cristo (2).

Hemos dicho en otra parte, que este Padre intentó publicar una edición esmerada de las obras de Santa Teresa, y llevó muy adelante los trabajos para realizarla. Aun se conservan copias suyas, corregidas de su mano o bajo su dirección, de los principales libros de la mística Doctora, y el traslado de *Las Moradas* se guarda en la Universidad de Salamanca, como diremos adelante. Así como Ribera pidió a María de Cristo el original del *Camino de Perfección* que se veneraba en las Descalzas de Valladolid, también se procuró el autógrafo de *Las Moradas*, y cuando lo tuvo en su poder para el cotejo que con él hizo, puso, a lo que creo, estas notas. Suya es la letra, sin género de duda, como puede comprobarlo cualquiera comparándola con otros escritos que del Padre se conservan en la Universidad de Salamanca, en la Real Academia de la Historia, en las Carmelitas Descalzas de Valladolid y en otros lugares. Creemos haber resuelto definitivamente estas minucias de crítica teresiana, que, sin embargo, no carecen de interés (3).

Comenzó la Santa este libro el día de la Santísima Trinidad (2 de Junio) de 1577, como ella lo indica en el prólogo. Hallábase en Toledo desde fines de Junio del año anterior, hecha ya la fundación de Sevilla. Salió de Toledo promediado el mes de Julio del citado año para el convento primitivo de San José de Avila, con lo cual hubo una interrupción de cerca de cinco meses en la continuación del *Castillo Interior*. Así lo hace constar su autora al principio del capítulo IV de las Quintas Moradas. Terminó la obra en San José de Avila, el 29 de Noviembre de este mismo año de 1577. La interrupción, no corta, por cierto, fué debida probablemente a los muchos y muy graves negocios en que entonces hubo de entender

---

1 Cfr. t. II, p. 466.
2 Cfr. t. I, p. LXXXVIII, y t. III, p. XIX y 487.
3 En los propios lugares del texto en que se hicieron las correcciones por la Santa, Gracián y Ribera, se ponen notas que las dan a conocer; y aunque el último borró las glosas del P. Jerónimo, según se ha dicho ya, hemos podido descifrarlas todas, menos una o dos de escasa importancia.

como reformadora. Al llegar a Avila, una de las primeras cosas que hizo fué poner el convento de San José, que dependía del Ordinario, debajo de la jurisdicción de la Orden, como estaban los demás que hasta aquella sazón había fundado. Respecto del epílogo, diremos, que hablando de las cosas muy agradables a la vista, como fuentes y lindos jardines, que contiene el Castillo, con extraña unanimidad añaden todas las copias antiguas, y también la edición príncipe, la palabra *laberintios* o *laborintios*. Como no se halla en el autógrafo de Sevilla, da margen a sospechar si la Santa lo escribiría dos veces, con alguna pequeña diferencia de redacción.

Ya por este tiempo había llegado de Italia el M. Jerónimo Tostado, carmelita calzado, poco afecto a la naciente Reforma, con poderes extraordinarios de su P. General. El nuncio Ormaneto, grande favorecedor de los Descalzos, acababa de morir, y en su lugar vino Sega, harto mal dispuesto al principio con la Santa y su obra de reformación. Cabalmente en los meses en que se suspendió la obra, estaba forjándose en las alturas la terrible tormenta que se desencadenó luego contra la Descalcez y dió en prisiones conventuales con la Santa, San Juan de la Cruz, Gracián y otras cabezas de ellas. Lo admirable es que en Octubre, cuando el horizonte de la Reforma estaba obscurísimo y a punto de zozobrar la barquilla al impulso de revuelto y bravo oleaje, tuviera serenidad de ánimo bastante para dejarnos, en poco más de un mes, las páginas más bellas que salieron de su pluma, y quizá las más admirables que se han escrito sobre los grados más perfectos de la contemplación mística. Pasma, verdaderamente, que ideas tan sublimes y que manifiestan una grandeza y tranquilidad de alma casi sobrehumanas, hayan podido escribirse en momentos de tan ruda y violenta persecución.

Los Procesos de Canonización de la Santa contienen algunas noticias curiosas acerca de la composición de este libro. Dice a este propósito María del Nacimiento en las Informaciones de Madrid: «Al tiempo que nuestra santa Madre escrebía el libro de *Las Moradas* en Toledo, la vi muchas veces con mucho resplandor estándolo escribiendo, que de ordinario era después de comulgar; y lo hacía con mucha velocidad, estando tan embebida en ello, que aunque hiciésemos ruido por allí, nunca por eso lo dejaba, ni decía la estorbábamos». La Madre Mariana de los Angeles amplía en las Informaciones de Talavera de la Reina, hechas en 1610, con pormenores curiosos, lo dicho por la M. María. «Y asimismo digo, que me dijo la madre María del Nacimiento, monja de nuestra religión, viniendo entrambas en nuestro convento de Madrid, la cual dicha madre fué supriora en Toledo, viviendo nuestra santa Madre, la cual decía, cómo

estando escribiendo la dicha Santa el libro que se intitula *Castillo interior,* en el monasterio de Toledo, entrando una noche a darle un recado, vido cómo comenzando a escrebir un cuaderno que estaba en blanco, acertó a llegar a las primeras letras que escrebía en él, y quitándose los antojos (1) para oir el recado, antes de abajar las manos, se quedó arrobada en aquella postura que le cogió el recado, y estuvo algunas horas en aquel arrobamiento, y que la dicha madre María del Nacimiento estuvo presente sin apartarse un punto ni de mirarla, asombrada de ver tan gran arrobamiento; y a cabo dél, cuando volvió en sí, vido que el papel que antes estaba blanco, le tenía escrito de su misma letra; y como la Santa vido que la dicha María del Nacimiento la había visto, porque no echase de ver lo escrito, al descuido arrojó en una arquilla el dicho cuaderno». Lo mismo dice en las Informaciones de Consuegra la M. María de San José, hermana del P. Gracián, y otras religiosas Descalzas (2).

Por lo que acabamos de ver, el tiempo empleado por la Santa para el *Libro de las Moradas*, no pasó de tres meses, bien corto ciertamente para una persona tan ocupada en diversos y no fáciles menesteres, y la misma observancia regular, que le consumía buena parte del día. Aun prescindiendo de su valía intrínseca, que es imponderable, sería prueba de rara fecundidad intelectual la composición en tan breve espacio de un libro de materias tan difíciles. En Toledo escribió hasta el capítulo IV de las Quintas Moradas, algo más de la mitad del tomo, y lo restante en Avila (3).

Confió la Santa el *Libro de las Moradas* a su buen amigo y padre espiritual Fr. Jerónimo Gracián, para que lo guardase con el recato y sigilo que las materias en él expuestas pedían en aquellos tiempos, y más teniendo el de la *Vida* denunciado a la Inquisición; Gracián lo confió, a su vez, a la M. María de San José, priora de Sevilla, y muy querida de la Santa. Por Noviembre de 1581, no obstante

---

1 Anteojos.

2 Estas declaraciones pueden leerse en la obra *Escritos de Sta. Teresa,* t. II, *Apéndices,* Sección IV.

3 En los comienzos del c. IV de las Moradas Quintas, dice la Santa: «Y aun plega a Dios se me acuerde, u tenga lugar de escribirlo; porque han pasado casi cinco meses desde que lo comenzé hasta ahora». El testimonio de Ana de la Encarnación en las Informaciones de Canonización hechas en Granada, en que afirma haber visto escribir a la Santa *Las Moradas* en Segovia, no descansa sobre sólido fundamento; porque hacia ya muy cerca de dos años que esta religiosa había salido para la fundación de Carmelitas Descalzas de Caravaca. Sus palabras deben necesariamente referirse a otro escrito. Pudo la Santa, en su viaje de Toledo a Avila, escribir algún capítulo de *Las Moradas* en aquellos puntos donde paraba, aunque no nos consta con certeza por autoridad alguna escrita, que yo sepa, ni parece muy verosímil; porque la Santa tenía deseos de llegar cuanto antes a su convento primitivo. Además, la primera amanuense de Toledo, que probablemente trasladó antes de salir de allí Santa Teresa lo que tenía ésta escrito del *Castillo Interior,* como diremos luego, copia hasta el capítulo II, inclusive, de las Moradas Quintas. En este caso, sólo pudo escribir en el viaje el c. III.

el secreto en que el libro debía ser tenido, autoriza Santa Teresa a la priora para que pueda leer a su antiguo confesor, P. Rodrigo Alvarez, la Séptima Morada. He aquí como la Santa se expresa: «Tornando a lo que decía, si a vuestra reverencia (María de San José) le parece, pues nuestro padre (Jerónimo Gracián) me dijo había dejado allá un libro de mi letra, que a usadas que no está vuestra reverencia por leerle, cuando vaya allá (el P. Rodrigo), debajo de confesión, que ansí lo pide él con harto comedimiento, para sola vuestra reverencia y él, léale la postrera morada, y dígale que en aquel punto llegó a aquella persona, y con aquella paz que ahí va; y ansí se va con vida harto descansada, y que grandes letrados dicen que va bien. Si no fuere leído ahí, en ninguna manera le dé allá, que podría suceder algo». Fielmente cumplió María de San José el encargo de la Santa, como es de ver por el juicio que de esta morada escribió el P. Rodrigo en la última hoja del postrer capítulo de ella, previa la lectura que hizo la M. Priora (1).

Por raros caprichos de la fortuna, las Carmelitas Descalzas de Sevilla, que en vida de la Santa guardaron ya cariñosamente esta joya, habían de ser también depositarias fieles de ella en el curso de los siglos, a pesar de haber salido de su convento al poco tiempo de poseerlo por vez primera. No se conocen las vicisitudes todas porque el autógrafo de *Las Moradas* pasó. Es cierto que Gracián lo veneraba como legado preciadísimo de Santa Teresa, que, en verdad, no podía tener otro más valioso el afortunado guardador de sus secretos de conciencia. Más tarde, en 1587, lo daría el P. Gracián a la V. Ana de Jesús, cuando reunía los autógrafos de la Santa para la edición que, a petición de dicha V., preparaba Fr. Luis de León. Por este tiempo lo tuvo también el P. Francisco de Ribera, como ya dejamos insinuado. Hecho por éste el trabajo de compulsación, de nuevo pasó a manos de Gracián, que lo dió a Pedro Cerezo Pardo, principal y acaudalado caballero de la opulenta ciudad del Betis, y gran benefactor de la Reforma de Santa Teresa. El año de 1617 entró en las Carmelitas Descalzas de Sevilla D.ª Catalina Cerezo Pardo, hija de D. Pedro, que llevó, además de pingüe dote, como correspondía a su calidad y posición, el autógrafo de *Las Moradas*, que había heredado de su padre, y quedó en propiedad definitiva del convento. Así consta del Libro primitivo de Profesiones y Elecciones, que guarda con veneración la comunidad (2).

---

1 Véase la nota segunda de la página 208.

2 Dice el acta de profesión de la M. Catalina: «En 6 días del mes de otubre del año de 1618, siendo general de la horden de los descalços carmelitas el muy R. P. Fr. Joseph de Jesús María, y provinçial desta provinçia de san angelo el R. P. Fr. Joan de Jesús María, hiço

El día 18 de Diciembre de 1614 tomó el hábito en el Carmelo de Sevilla otra religiosa insigne, D.ª Juana de Mendoza, hija de los Duques del Infantado, y viuda del Duque de Béjar, que, por varias causas, no pudo profesar hasta el 19 de Abril de 1624 con el nombre de Juana de la Trinidad, y fué más tarde fundadora del convento de las Carmelitas Descalzas de Ecija. Hasta esta fecha, el *Libro de las Moradas* debió de estar encuadernado, pero con encuadernación menos rica de lo que el gran mérito de tal joya reclamaba. La mucha devoción y ducal munificencia de la Duquesa de Béjar remedió la falta, y novicia aún, lo encuadernó muy primorosamente con planchas de plata, broches de la misma mataria, perfiles dorados y hermosos esmaltes. El trabajo hízose en Córdoba, célebre entonces por sus labores de orfebrería y esmalte, de las cuales aun conserva pálidas reminiscencias. Acabóse a tiempo para que el libro, tan hermosamente dispuesto, pudiera ser llevado en procesión por las calles de Sevilla durante las fiestas solemnísimas que la ciudad celebró en la canonización de la Santa (1).

---

profesión en este monesterio de carmelitas descalças de seuilla la hermana catalina de Jesús María, que en el siglo se llamaua doña catalina çereço pardo, natural de seuilla, hija de pedro çereço pardo y de doña costancia de ayala. Trujo de dote dos mil ducados. Renunçió las erençias paternales, mas no renunçió las transuersales. Fiço su profesión en la forma siguiente». A continuación, en el espacio en blanco que había entre estas líneas y la fórmula, se añadió después: «Fué este dote en plata, y de vna erençia de vna tía suya que murió en flandes, eredó el convento 3.000 ducados en plata. Trujo al convento el libro de las moradas, que escribió de su letra nuestra madre santa teresa que se le dió a su padre, pedro çereço pardo, el padre Fr. gerónimo gracián de la madre de dios, siendo provincial de la orden, en agradeçimiento de las grandes limosnas que hacía a toda la orden, y en particular a esta casa de sevilla, a quien dió para conprar esta casa 6.000 ducados en plata, y doçientos en la lánpara que arde delante del santísimo sacramento, y 300 que le costó la cruz de reliquias y el pie de la custodia, y otras grandes limosnas que hiço a esta casa; y para la fundaçión de la de lisboa dió 3.000 ducados, y a tres monjas desta casa dotó: a la una dió mil ducados y a las 3 a quinientos ducados.

»Yo, catalina de Jesús m.ª, hago mi profesión, y prometo obediencia, castidad y pobreza a dios nuestro señor, y a la bienauenturada virgen maría del monte carmelo, y al muy R. P. nuestro Fr. Joseph de Jesús maría, general, y a sus sucesores, sigún la regla primitiua de la horden, que es sin mitigación hasta la muerte.—*catalina de Jesús maría.—María de san josef*, Priora.—*María de san pablo.—María de Jesús María.*

A continuación se lee: «Juebes, 26 de otubre de 1656 años, murió la Madre Catalina de Jesús María. Tenía de edad 55 años, y de ávito 38. Abía sido vna bez Priora desta casa de Nto Padre San Josef de Carmelitas descalzas de Seuilla».

1 Véase la *Historia del Carmen Descalzo*, por Fr. Jerónimo de San José, t. I, lib. V, c. XI, p. 870. De aquí tomó lo que acerca de esto dice el Padre Francisco de Santa María, en su *Reforma*, t. I. p. 885. En nuestro Archivo de la casa generalicia de Madrid existía una relación extensa referente a la encuadernación de *Las Moradas* y cómo fueron llevadas procesionalmente en las solemnidades dichas. Fué su autor, el P. Luis de San Jerónimo. (Cfr. *Memorias Historiales*, letra O, n. 95). En el Libro de Profesiones de las Carmelitas Descalzas de Sevilla se lee la de esta insigne religiosa, y dice: «En 19 de abril del año de 1624, siendo general de la horden de los descalços carmelitas el muy Revedo. pe. fr. alonso de Jhus ma., y provinçial desta provincia de San angelo el Redo pe. fr. po. de la me. dios, y priora deste convento de Sevilla la me. ysabel de la presentación, hiço profesión la herna. Juana de la Sma. trinidad en este convento del glorioso San Joseph de descalças carmelitas. En el siglo se llama-

Por desgracia, al dorar las hojas, no tuvo escrúpulo el encuadernador en recortar las márgenes, llevándose con los recortes algunas letras de las adiciones de la Santa y del P. Gracián. Pocas letras faltan a las notas de Santa Teresa, y de fácil reconstitución por lo que hace al sentido de las frases; pero del P. Gracián se llevó bastantes, y en alguno que otro caso es harto dificultoso suplir el sentido mutilado por la irreflexiva cuchilla. Quizá en esta ocasión, las dos hojas del epílogo o conclusión de *Las Moradas,* que por la paginación que les puso el P. Gracián sabemos que estaban al principio de la obra, se trasladaron al fin, como hoy se hallan.

COPIAS ANTIGUAS DE «LAS MORADAS».

Copia de Toledo.—De todas las que conozco, tengo a la de Toledo por la más antigua, al menos por lo que atañe a lo que en la primera época escribió la Santa de este libro. Perteneció a las Carmelitas Descalzas de Toledo hasta el siglo XVIII, en que lo donaron al Archivo General que la Reforma de Sta. Teresa tenía en San Hermenegildo de Madrid. Hoy pertenece a la Biblioteca Nacional (Ms. 6.374). Es un tomo de 30 por 21 cm., de letra de fines del siglo XVI, muy bien encuadernado en piel. La copia de *Las Moradas* hace 112 hojas. De letra del siglo XVII se puso a este códice la siguiente portada: *Moradas de Nuestra Gloriosa Madre Santa Teresa de Jesús. Trasladadas fielmente de los escritos originales de la Santa Madre por una Venerable religiosa hija suya. Año de 1577.* No sabemos si el autor de estas líneas quiso decir que la copia se hizo en 1577, o sólo significar la fecha en que la Santa compuso el libro.

Cuatro carmelitas descalzas hicieron este traslado de Toledo. La primera copió hasta el fin del capítulo II de las Moradas Quintas. Desde el capítulo III se copia por tres plumas distintas, que al-

---

va doña Juana de mendoça, hija de los duques del infantado. Llamávase su pe. don yñigo diego lópez de mendoça, y su madre doña luisa enríquez de cabrera. Dotóse en dos mil ducados, sin otros ocho mil que dio en limosnas al convento, y trujo dos mil de renta por su vida. Renunció en el duque de véjar, su hijo, y fué muger del duque de véjar, que sea en gloria. Hiço su profesión en la forma siguiente. Fue esta profesión a las çinco de la tarde, en el dicho día de abril, en diez y nueve días del mes, del dicho año de mil y seisçientos y veinte y cuatro años.

»Yo, Juana de la Sma. trinidad, hago mi profesión y prometo obediençia, castidad y pobreça a dios ntro. Sor. y a la bienaventurada virgen ma. del monte carmelo, y al Revedo. pe. nro. Fr. alonso de Jhus. ma., general, y a sus sucesores, sigún la regla primitiva de la dicha horden, que es sin mitigaçión hasta la muerte.—*Juana de la Sma. trinidad.—† Isabel de la presentaçión,* pra. — *† blanca de Jesus ma. — Mariana de Jhus.,* clavaria. — *Ma. de la encaron.,* clavaria». Después de las firmas, en la misma hoja, se lee: «En 21 de Setienbre de 1653 años murió nra. me. Juana de la Santísima Trinidad, en el convento q. fué a fundar a la ciudad de éçija. Tenía de edad 77 años y 34 de ábito».

ternan en el traslado. El título que la Santa pone a la obra, se copia al fin del último capítulo de las Moradas Séptimas, y termina con la tabla de capítulos y sus argumentos o sumarios. La primera amanuense no hizo división de capítulos en lo que copió, porque tampoco los tenía entonces el autógrafo. Esto parece indicar que a medida que Sta. Teresa escribía en cuadernos *Las Moradas,* esta religiosa las iba trasladando; así que bien pudo ocurrir, que cuando la Santa salió de aquella casa, llevándose la parte escrita del libro, se quedasen ya con una copia las Carmelitas Descalzas de la ciudad imperial, que más tarde completarían.

Las amanuenses incluyeron en el texto las adiciones que la Santa puso entre líneas, o al margen, aunque no todas, porque quizá algunas son posteriores al traslado. Tampoco copian las correcciones y glosas del Padre Gracián. Esto nos infunde bastantes y muy fundadas sospechas de que aún no las había hecho; porque autorizadas como estaban por la misma Santa y conocida la mucha veneración que las religiosas primitivas tenían al primer Provincial de los Descalzos, no se habrían atrevido ellas a reprobarlas. Dijimos que las correcciones del P. Gracián fueron hechas hacia el 1580. Entre el 78 y el 80 se terminaría la copia de Toledo.

Esta copia difiere bastante del autógrafo, sobre todo en lo trasladado por la primera amanuense que, como es dicho, comprende hasta el capítulo III de las Quintas Moradas. Lo restante está copiado con más fidelidad, si bien no faltan variantes, aunque no de mucha consideración. El P. Tomás de Aquino, que hizo sobre el *Libro de las Moradas* y algunas copias de él notables y prolijos trabajos de crítica, como diremos luego, cree que algunas correcciones de esta antigua copia son de letra de Santa Teresa (1). De la misma opinión fueron algunos otros padres carmelitas, que la examinaron. Hemos visto detenidamente estas correcciones, y no nos parecen de ella. Pudo ver, y acaso vió, Santa Teresa este traslado hecho por sus hijas; pero no puso en él la mano para corregir ninguna de las muchas variantes que contiene, ni introducir adiciones o enmiendas, como lo hizo en las tres copias que del *Camino de Perfección,* de Valladolid, se ve-

---

1 También opina el Padre Tomás que las variantes de la copia toledana han de atribuirse, no a las copistas, sino a indicaciones de la misma Santa. Aunque así fuera, que no lo creemos, no debe considerarse este traslado cómo definitiva manifestación del pensamiento de la Santa, con más autoridad que el autógrafo mismo, como insinúa el P. Tomás y algún otro escritor del siglo XVIII. Para esto habríamos necesitado un testimonio explícito y concluyente de la Santa, que diese a la copia de Toledo honores tan excesivos. El cuidado con que, hecha ya esta copia, se corrigió el autógrafo, el haberlo confiado a Gracián, la recomendación que el año anterior a su muerte hace la Santa a María de San José para que lea al P. Rodrigo Alvarez las Séptimas Moradas, persuaden con toda evidencia, que el autógrafo del *Castillo Interior* gozó siempre autoridad de tal en el aprecio de su autora.

neran todavía. Sin amenguar nada el mérito que este códice pueda tener, no le damos tanta importancia como el citado P. Tomás de Aquino, sobre todo existiendo el autógrafo en perfecto estado de conservación (1).

A continuación de *Las Moradas,* transcribe el Padre Manuel de Santa María, en unas hojas añadidas al códice, un largo estudio que, a petición de los superiores de la Descalcez, había hecho el Padre Tomás de Aquino de esta copia de Toledo, y le pone oportunas notas, que corrigen algunos yerros de cronología e historia en que el P. Tomás incurre. Fírmanlo el P. Manuel y el P. Jacinto de Sta. Teresa en Segovia, a 30 de Abril de 1792. El error más digno de nota, es afirmar que las conferencias de los PP. Gracián y Yanguas con la Santa para la corrección de *Las Moradas,* se celebraron en Avila. En el mismo error cayó el P. Francisco de Sta. María (2) y otros muchos escritores. Pero su autoridad no puede prevalecer contra la afirmación definitiva del Padre Gracián, que en ellas intervino y actuó de juez y secretario, el cual las coloca en Segovia, donde el Padre Yanguas era a la sazón lector de Teología en su convento de Santa Cruz. Es muy extraño que el P. Francisco hiciese caso omiso de las palabras del P. Gracián, cuando su antecesor en el cargo de historiador de la Reforma de Santa Teresa, afirma que estas conferencias tuvieron lugar en la ciudad de Segovia (3).

Copia de Córdoba.—En las Carmelitas Descalzas de la ciudad de los Califas, existe otro traslado antiquísimo de *Las Moradas,* singularmente grato a los hijos de la insigne Reformadora. Débese al venerable P. Fr. Jerónimo Gracián, que no sabía dar paz a la pluma cuando se trataba de conservar y dilatar la gloria de aquella mujer, cuyas relevantes cualidades conoció y apreció mejor que otro ninguno. Solamente un amor tan entrañado como él tenía a la Santa, pudo darle vagar y gusto para hacer, a dos tintas (negra y encarnada), una copia de *Las Moradas,* que es un verdadero primor caligráfico y que hubo de llevarle mucho tiempo. Bonita letra tenía Gracián, pero bien podemos decir que en esta copia se excedió a sí

1 Hállanse también en este códice algunas palabras portuguesas puestas al margen, como: *O amirabel dito; per caridade mire benesto q diz aqui nostra santa madre.* El P. Manuel de Sta. María sospecha si serán de D. Teutonio de Braganza. A esta copia se refiere el mismo Padre Manuel cuando dice, hablando de los informes que pensaba dar acerca de *Las Moradas,* (Ms. 12.703 de la B. N.): «con otra gran noticia, no esperada, de nuevo posterior autógrafo de esta obra, descubierto en el día». Ya hemos dicho que no es posible conceder a este traslado tan exorbitante autoridad. El autógrafo de Sevilla ha sido y será el cofre de oro que encierra los últimos pensamientos de Santa Teresa acerca de la Teología Mística.

2 *Reforma de los Descalzos de Nuestra Señora del Carmen,* t. I, lib. V, c. 37.

3 Fr. Jerónimo de San José: *Historia del Carmen Descalzo,* t. I, lib. V, c. XI, p. 869.

mismo: es redondilla, menuda, igual y muy lindamente hecha. Sin iluminaciones y miniaturas, apenas es inferior en el texto a los celebrados códices de los antiguos escribas monacales. ¿Cómo un hombre tan atareado en el gobierno de la Reforma, predicando siempre, y con los amargores de incesante persecución, doméstica y forastera, tuvo todavía humor para realizar trabajo tan artístico? Bastaría esta sola prueba para demostrar el cariño y veneración profunda de Gracián a Santa Teresa.

Es un tomo de 200 por 145 milímetros, y 116 hojas de texto, que Gracián no pagina, encuadernado en tabla, forrada de seda. La primera hoja está en blanco. En la segunda, que hace de portada, se lee este título, a tinta negra y encarnada: *Libro / de las / Moradas / de la / Sancta Madre There- / sa de Jhus / fundadora de Carmelitas Descal- / zas* (1). En la siguiente, en negro y encarnado también, dice: *Castillo / de / Magdalo / Libro / de las siete Moradas del spu / compuesto por la felicissima madre / Theresa de / Jesvs / fundadora de los Monesterios de / las Monjas Carmelitas Descalças. / Intravit Jesus in quoddam Castellum / et mulier quaedam Martha no- / mine excepit illum in domum suam* (2). Comienza por el capítulo I, omitiendo el prólogo, verosímilmente porque lo creyó innecesario, pues se limita en él a decir que emprende la obra obligada por quien podía mandarla, es decir, por el mismo P. Gracián. Con los capítulos, copia los títulos correspondientes, que, según hemos visto, escribió la Santa en hojas aparte, después de concluído el autógrafo (3). Tampoco traslada el epílogo, sino que concluye con el capítulo IV de la Séptima Morada.

Importunado con insistencia por Santa Teresa para retocar sus escritos, sobre todo si algún día habían de darse a la estampa, introduce en esta copia muchas alteraciones, aunque, en general, no cambian substancialmente el sentido. Algunas palabras menos usadas entre la gente culta, modificaciones de ciertas frases, que si bien estaba conforme con ellas, podían interpretarse torcidamente, son los principios a que suele sujetar las variantes que introduce, de acuerdo con el criterio manifestado en la relación de las célebres reuniones de Segovia, que ya conoce el lector. La mayor parte de las adiciones y enmiendas que el mismo Padre puso al autógrafo, pasan

---

1 De letra antigua, que no conozco, se lee: *De este convento de Carmelitas Descalzos de S. Joseph de Córdoba. De la hermita.* Y en el margen inferior, el P. Juan del Santísimo Sacramento, escribe: *De la Hermita.*

2 Luc. c. X, v. 38.

3 Por distracción, no traslada ni el título del capítulo II de las Moradas Cuartas, ni el del III de las Séptimas.

a esta copia, y como se advierte en notas puestas en los lugares en que fueron hechas, excusamos mencionarlas ahora. El traslado debió de hacerlo siendo provincial, y antes de dar el original a D. Pedro Cerezo Pardo. Supone el P. Tomás de Aquino, a mi juicio, con fundamento, que puesto en limpio y corregido el autógrafo como Gracián creía lealmente que debía corregirse a fin de evitar tropiezos con espíritus puntillosos, destinó la copia para las futuras impresiones de esta obra, considerando el original únicamente como reliquia de gran estima. Como tal lo regaló a aquel bienhechor de la Reforma (1). Pero si tal propósito hizo el Padre Gracián, no logró verlo cumplido; porque los superiores de la Descalcez, y en particular la venerable Ana de Jesús, con acierto que todos alabamos, trabajaron por allegar los autógrafos de la Santa y dirigir por ellos la edición de sus escritos. Fray Luis de León, encargado de este honroso cometido, hizo caso omiso de las enmiendas de Gracián al autógrafo, y menos aun de la copia cordubense, si acaso la conoció.

¿Dónde fué a parar esta hermosa copia del célebre superior de los Descalzos? Una vez hecha la primera impresión de las obras de la Santa, la copia perdió el valor que hasta entonces pudo dársele, y se tendría sólo como un recuerdo estimable para los amigos del P. Gracián. Quizá el mismo Padre, generoso y desprendido en extremo, la diese a algún religioso o seglar devoto, como prenda de gratitud y amistad. Hasta principios del siglo XVIII, no sé que exista particular noticia sobre su paradero. Por esta fecha, un hermano del P. Bartolomé de Santa Teresa, la dió a los Carmelitas Descalzos de Córdoba, y aquí se tuvo en gran estima hasta la exclaustración del año treinta y seis del pasado siglo (2). Arrojados los religiosos de

---

1 Véase la pág. XXXVIII, nota segunda.

2 Acerca de esta copia, nos dejó el Padre Juan del Santísimo Sacramento, en unas hojas en blanco que preceden al título de ella, las siguientes curiosas noticias: «La letra de este libro, se dice en él, es de N. V. P. Gracián. — Aplicado por N. P. Provincial Fr. Pedro de Jesús María, año de 1740, a esta librería i convto. de carm. descalzos de Córdova: que está en la Hermita p.a los PP. exercitantes, por cierta duda que se ofreció, la que cesa con su aplicación.—Este libro lo tenía un h.o del P. Fr. Bartholome de Sta. Theresa. Dióle a este convento de Córdova de Carmelitas Descalzos, cuyo ya es. Dicho Padre Fr. Bartholomé de S. Theresa, auiendo uiuido muchos años conuental de Anduxar, obtubo patente para el Convento de San Juan Bautista. Llegó aquí día 20 de Marzo, miércoles, año de 1715. El día siguiente, auiendo estado bueno, riendo, chanceando, salió por la tarde a despedirse de su hermana; y al uolverse a casa, repentinamente se cayó muerto, un poquito más aca de essa torre que llaman Mal-Muerta, sin tener más lugar que para apretarle el compañero la mano. Dicen fué el accidente Aplopexía y perlesia. Sucedió esta desgracia Juebes a las aue Marías, día de S. Benito, de 1715, lloviendo a cántaros.—*Requiescat in pace.—Fr. Juan del SSmo. Sacr.*» Pasadas dos hojas en blanco, dice el mismo Padre Juan: «J. M. J. Este libro es de nuestro convento de Carmelitas descalzos de S. Joseph de Córdoba, y le aplicó a la Hermita de Nazareth N. P. Por. F. Juan del SSmo. Sacramento, para que se conserve en ella por memoria, prenda o reliquia de nro. Docto, Ve. y Apostólico Padre Fr. Gerónimo Gracián de la Me. de Dios, que lo escriuió». En el mismo folio (vuelto) en que escribe el título de *Las Moradas* el P. Gracián, se pone, de

su convento de San Cayetano, entregaron esta preciosa reliquia del venerable Padre, a las Carmelitas Descalzas de la misma ciudad, persuadidos de que en ninguna parte había de estar tan segura ni más venerada, como así ha ocurrido felizmente, siendo por ello estas religiosas dignas de perdurable gratitud (1).

Copia de Salamanca.—De no conservarse el autógrafo, importante sobre todo encarecimiento sería la copia que de *Las Moradas* corrigió en Salamanca el P. Francisco de Ribera, y terminó el 10 de Febrero de 1588 en el Colegio que allí tenía la Compañía, de donde pasó a la Universidad. Es un tomo de 210 por 150 mm., sin foliar. Consta de 158 hojas, que contienen la copia de *Las Moradas,* hasta el folio 130; a continuación, las *Exclamaciones,* que hacen 20, y por fin, un traslado de una carta de San Ignacio de Loyola, de la misma letra que lo restante de la copia (2). En la portada del manuscrito se lee de puño y letra del P. Ribera: *Este libro está fielmente enmendado por el original de la sta. me. Teresa de jesus.* Y un poco más abajo: *Antes del prologo tenia estas palabras*: «Jhs. Este tratado llamado Castillo interior, escriuio Teresa de jesus monja de nra. señora del Carmen a sus hermanas y hijas las monjas carmelitas descalzas». Por fin, en la misma página, pero no de letra del P. Ribera,. se dice: *Enmendaron le el Pe. Franco. de Ribera, y el H.º An.º Arias. acabose de enmendar a 10 de Febrero de 1588. en seruicio de la Santa Madre.* Las enmiendas hechas a la copia por el P. Ribera y el H.º Antonio Arias son bastantes, sobre todo en las primeras y últimas moradas. Algunas son de letra del Padre Ribera; las más, del H.º Antonio, que las escribiría a indicación del primero. Bien se nota que las hicieron a la vista del autógrafo, pues es rarísima

---

letra que bien pudiera ser del siglo XVII: «Este libro es de grande estimación, porque está todo escrito de letra del Benerable padre fray Gerónimo Gracián de la Madre de Dios, confessor de Santa Theresa de Jessús, que oy está su cuerpo colocado en el altar». Del mismo Padre Juan, que desempeñó varios oficios en nuestra Provincia de Andalucía la Baja, hemos visto algunas notas, del año 1745, en el Libro de Profesiones de las Carmelitas Descalzas de Córdoba y en otros conventos de religiosas de la misma Orden. También se conservan de él algunos escritos piadosos, cortos y de no gran importancia.

1 En este mismo año que corre, la Comunidad, apreciando en toda su valía esta reliquia, la ha forrado de terciopelo de granate obscuro y tela muy rica de gro, del mismo color, con galón de oro.

2 Al terminar las *Exclamaciones,* se lee: *Laus Deo et Mariae Virgini. — Carta de nro. Padre Ignacio que tracta de la obediencia para los padres y hermanos de la compañía de Jhesus de Portugal.* Comienza así: «La summa graçia y amor eterno de X.º nro. señor os salude y visite con sus sanctíssimos dones y graçias spirituales...» En ella da el glorioso fundador de la Compañía muy discretas enseñanzas sobre la virtud de la obediencia. Es una de las mejores cartas de S. Ignacio. Puede verse, escrupulosamente publicada y anotada, en el tomo III de *Cartas de San Ignacio de Loyola,* carta CCCIV (Madrid, MDCCCLXXVII).

la que a él no se conforma (1). No sólo suplen omisiones y rectifican equivocaciones y modificaciones del copista; sino que enmiendan la ortografía de algunas palabras, conformándolas al modo de escribir de la Santa, (si bien se limitan a muy pocas, dejando muchísimas otras como el amanuense y los propios correctores las pronunciaban y escribían. De todo esto, verán confirmación en los fragmentos que de esta copia publicamos en los Apéndices.

Vimos en los tomos I y III (2) las diligencias que ya en 1586 hacía el Padre Ribera, devoto fervorosísimo de la Santa, para sacar copia fiel de los autógrafos de sus escritos y preparar una edición ajustada de ellos. Fruto de este intento laudable de Ribera, son los traslados que se conservan en la Real Academia de la Historia y éste de Salamanca. La fecha en que, ayudado del hermano Arias, terminó la corrección, da margen a suponer que el autógrafo de *Las Moradas* pasó a sus manos cuando ya Fr. Luis de León tenía terminado el trabajo necesario para editarlo juntamente con los demás escritos que este mismo año salieron de las prensas salmantinas. Ribera no halló mácula en el libro de Santa Teresa, ni frase malsonante; sino muy bien dicho todo, con grande propiedad y seguridad de doctrina. Bien mereció de la Santa este piadoso y diligente investigador de su vida, y escrupuloso depurador de sus escritos (3).

Otra copia poseo yo, muy digna de estima por ser de una de las primitivas hijas de Santa Teresa, sacada del autógrafo poco tiempo después de terminado en Avila. Es un infolio encuadernado en pergamino, de noventa y una hojas no paginadas. La primera en blanco. Encabeza la siguiente por las palabras con que la Santa tituló esta obra, y a continuación el índice de los capítulos, que llena tres hojas. Otra ocupa el epílogo (que sin duda entonces andaba con el primer cuaderno del autógrafo), y en la que a ésta se sigue, traslada el prólogo, que comienza: *Pocas cosas me ha mandado la obediencia...* Deja la copista tres hojas en blanco, y en la décima y siguientes, hasta la primera página de la ochenta y siete, traslada el texto, quedando al fin cuatro sin escribir nada en ellas. La transcripción es más fiel que la de Toledo; sólo se notan algunos descuidos materiales de la copista, que hubieran podido corregirse fácilmente con un ligero cotejo del traslado con el original. Las po-

---

1 Además, de letra del P. Ribera, se hallan palabras o frases al margen, a modo de título o suma de lo que algunos párrafos comprenden.

2 Véase la nota segunda de la p. XXXV.

3 Varios escritores han hablado de esta copia de *Las Moradas*, entre otros, Serrano y Sanz (*Apuntes para una Biblioteca de escritoras españolas*, t. II, p. 534); Carlos Sommervogel, (*Bibliothéque de la Compagnie de Jésus*, t. VI, Bruselas, 1895), y el P. Fita (*Boletín de la Real Academia de la Historia*, t. LXVI, p. 426, y t. LXVII, p. 334).

cas correcciones que de ajena mano se ven, no se ajustan al autógrafo en la mayor parte de los casos. No copia las adiciones del P. Gracián, ni omite las palabras que éste borró en el autógrafo, por lo que parece evidente que es anterior a tales modificaciones. Hacía la amanuense el traslado en cuadernos. En la parte inferior de la primera hoja escribe: *Primer quaderno*; los restantes, lo mismo que hemos visto en la Santa, los cuenta por letras, comenzando en la *a* y terminando en la *j*.

Copias del P. Tomás de Aquino.—Algunos otros trasuntos hemos visto en diversos archivos de nuestros conventos, que por no tener nada digno de nota nos excusamos de hacer mérito de ellos. Más merecedores de recordación son los trabajos pacienzudos del modesto y laborioso P. Tomás de Aquino, carmelita descalzo, de nuestra antigua provincia de Andalucía la Baja. En la prolija tarea de investigación de escritos y documentos referentes a Santa Teresa que los superiores de la Reforma emprendieron a mediados del siglo XVIII, según en otras ocasiones hemos recordado, confióse al P. Tomás la transcripción y estudio crítico del *Libro de las Moradas,* que por residir en Sevilla, podía realizarlo mejor que ningún otro. Cumplió el P. Tomás el encargo muy a satisfacción de los superiores, como era de esperar de sus letras y capacidad. Dos copias nos quedan del P. Tomás, sacadas ambas directamente del autógrafo. Destinábase la primera (1755) a la Biblioteca Real, y hoy se halla en la Nacional (Ms. 9.767). Es un tomo de 363 folios, de 24 por 14 cm., muy bien encuadernado y dorados sus cantos. Preceden al texto dieciocho hojas de preliminares, que rectificó y amplió muchísimo, en la segunda copia terminada en 1761, que también se guarda en la Biblioteca Nacional, con la signatura 1.069. Forma un volumen de 21 por 14 centímetros, y 451 páginas de texto, seguido de un estudio crítico de doscientas veinte y nueve acerca del autógrafo y fácil uso de la copia. En general, las observaciones del P. Tomás de Aquino están muy bien hechas. Contienen, sin embargo, algunos errores, que rectifica en notas el P. Manuel de S. María, aunque no todos. Esta segunda copia, destinada al Archivo General que la Orden tenía en San Hermenegildo de Madrid, es mucho más fiel que la primera, según confiesa el mismo que las trasuntó, y se evidencia con una ligera comparación de ambas. De la segunda se valió D. Vicente de la Fuente para su edición de 1861 (*Biblioteca de Autores españoles,* t. 53). En el prólogo que precede al *Libro de las Moradas,* copia D. Vicente lo más interesante del estudio que el P. Tomás de Aquino hace al fin de su traslado, referente a foliación, división, correcciones y adiciones

del autógrafo y copias que de él se sacaron. Los traslados son de muy agradable presentación, porque el P. Tomás tenía letra redondilla, vigorosa, clara y bien formada. Así por este trabajo, como por otro análogo que hizo de las cartas que de la Santa poseen las Carmelitas Descalzas de Sevilla, merece ser contado el P. Tomás entre los más aprovechados y competentes teresianistas del siglo XVIII, y figura dignamente al lado de los P. Andrés de la Encarnación, Manuel de Santa María y Antonio de San Joaquín, autor del *Año Teresiano* (1).

ALGUNAS EDICIONES DE ESTE LIBRO.

Edición Salmantina.—La primera fué hecha en Salamanca por Fray Luis de León, año de 1588, con este título: *Libro llama- / do Castillo in- / terior, o Las Moradas / que escriuio la madre Teresa de Je- / sus, fundadora de las descalzas Car- / melitas para ellas, por manda- / do de su superior y con- / fessor.* A continuación comienza el prólogo: «Pocas cosas me ha mandado la obediencia» etc., seguido del texto, que hace 268 páginas. Con excelente acuerdo, el epílogo, que en algunas copias antiguas se pone al principio, y así debió de andar por algún tiempo en el autógrafo, lo publica al fin del último capítulo de las Moradas Séptimas. Fr. Luis de León no tiene en cuenta las adiciones y enmiendas que el P. Gracián hizo al original, sino sólo las debidas a la misma Santa. Sin embargo, en éste como en los demás escritos que de ella publicó, cambia con muchísima frecuencia palabras y modifica el giro de las frases en gracia de la corrección de lenguaje y claridad del sentido, sin alterarlo substancialmente casi nunca. También omite o mutila algunos textos. El más notado de muy antiguo, refiérese a la Compañía de Jesús y

1 En la historia de la Reforma de Santa Teresa hablaremos del P. Tomás de Aquino con la extensión que sus méritos requieren. Ahora nos contentamos con los siguientes datos biográficos que en la Biblioteca Provincial y Universitaria de Sevilla hallamos recientemente en un manuscrito inédito que el P. Tomás de San Rafael escribió para que sirviese de apéndice a la *Bibliotheca Carmelitana* del P. Marcial. Fué hijo el P. Tomás de Aquino de Pedro Caro, natural de Granada, y Rosa Serrato, natural de Córdoba, ambos nobles. Nació en Sevilla y fué bautizado en la catedral. Cursadas las Artes con gran lucimiento, pasó a Salamanca a continuar los estudios. A su regreso a Sevilla, tomó el hábito de Carmelita descalzo con el nombre de Pedro de San Agustín, que el día de su profesión (24 de Marzo de 1730) cambió por el de Tomás de Aquino. Fué un ingenio aventajado en las principales disciplinas eclesiásticas, y dominó el griego, francés e italiano. Regentó cátedras repetidas veces, y en Roma lució en muchas ocasiones sus profundos conocimientos durante los años que allí estuvo. Predicador muy elocuente y apostólico, contribuyó con su ejemplo a la reforma de la oratoria del púlpito, muy relajada entonces por la mezcla híbrida de erudición sagrada y profana, estrambóticas aplicaciones de los textos bíblicos y el estilo amanerado y gongorino. Murió en nuestro convento de Cádiz en 1779, a la edad de sesenta y siete años.

a su santo Fundador (1). En sus lugares propios advertimos algunas de estas enmiendas de Fr. Luis, pero no todas, ni mucho menos; porque tendríamos a cada paso que interrumpir la lectura con observaciones que terminarían por fatigar al paciente lector. Apesar de estos reconocidos defectos, hay que agradecer al docto Agustino el trabajo que puso en la publicación de este importante libro, que si introdujo leves modificaciones de forma, respetó las enseñanzas místicas que contiene en tiempos de criterio extremadamente rígido para ellas, y en que abundaban los teólogos enemigos de que mujeres indoctas declarasen doctrinas tan difíciles y expuestas a error. La timidez con que Gracián y Yanguas corregían algunas frases de *Las Moradas* por miedo a ingenios descontentadizos y el número de errores que entonces corrían sobre estas materias, dan la medida de la valentía y presencia de ánimo del autor de *Los Nombres de Cristo,* al remitir a la imprenta las obras de la célebre Carmelita.

La edición de Fr. Luis de León se ha reproducido, con pequeñísimas modificaciones, hasta mediados del siglo XIX, en que D. Vicente de la Fuente publicó los escritos de la Santa en la *Biblioteca* de Rivadeneyra, valiéndose de la copia que en 1761 sacó directamente del original el P. Fr. Tomás de Aquino, como ya dijimos hablando de ella. Aunque no del todo fiel al original, fué la edición de D. Vicente la mejor que se había hecho hasta aquella fecha.

Edición fotolitografiada de Sevilla.—Deseando elevar un monumento perenne que recordase las solemnes fiestas celebradas en Sevilla en 1882, centenario tercero de la muerte de la Santa, el cardenal de aquella sede, Fray Joaquín Lluch, de los Carmelitas de la Observancia, hizo autografiar *Las Moradas* en su propio palacio. Hace la edición un tomo en folio, que lleva en la portada el siguiente título: *El Castillo interior / o / Tratado de las Moradas / escrito por / Sta. Teresa de Jesús / Edición autobiografiada e impresa / según el texto original / Propiedad de sus hijas / las religiosas Carmelitas Descalzas / del Convento de S. José de esta ciudad. / Publicado con motivo del tercer Centenario de la gloriosa muerte de la Santa / por iniciativa y bajo la dirección / del Emo. y Rmo. Fr. Joaquín Cardenal Lluch Arzobispo de Sevilla / del Sagrado y Primitivo Orden de Nuestra Señora del Carmen.* (Armas del Cardenal).—«Litografía de Juan Moyano. Autografiado en la Biblioteca pública de la Dignidad Arzobispal por José M.ª Requejo y Acosta. Año de 1882».

---

1 Véase el capítulo IV de las Moradas Quintas, p. 95. Todas las copias antiguas que hemos manejado traen las palabras laudatorias para San Ignacio, que la edición príncipe suprime, y, a su imitación, las demás impresiones, hasta el siglo XIX.

D. José Alonso Morgado, en un prólogo de tres hojas, da cuenta de la edición; y Antonio Alonso Morgado, en otras tres que a este prólogo siguen, hace un estudio del retrato de la Santa que pintó en Sevilla Fray Juan de la Miseria, y veneran las Carmelitas Descalzas de allí, el cual reproduce y pone al frente de su estudio. Con el título de *La casa llamada de Santa Teresa de Jesús en Sevilla,* se hace breve historia, ya conocida, del establecimiento en ella de las hijas de Santa Teresa; y como precisamente el año mismo del tercer Centenario, de Marzo a Mayo, se derribó, para levantar otra de gusto moderno, la fachada de la casa que en la antigua calle de la Pajería, hoy de Zaragoza, compró a sus hijas la Santa, y donde vivieron hasta 1586 en que pasaron a la que actualmente habitan, el mismo señor Cardenal mandó sacar un dibujo de ella, ya que salvo ligeros detalles, se conservaba lo mismo que en tiempo de Santa Teresa. La reproducción del dibujo se ve al principio de este estudio.

Síguese el texto autografiado de *Las Moradas*, con las mismas páginas y dimensiones que el original, aunque de más extensas márgenes. La reproducción está bien hecha; con todo, alguna que otra vez se nota la falta de una letra, raya, tilde o rasgo que es necesario tener presente para no incurrir en algún error de impresión, fiándose en la fotocopia. Hasta el papel tiene cierto color de vetustez, que imita bastante bien al original. A continuación se publica, en 142 páginas, la parte impresa, reproducción de la autografiada, que si bien, generalmente hablando, es fiel, no faltan variantes de lectura, y echamos menos un número considerable de notas en que debieran haberse advertido los deslices materiales que la Santa comete en la escritura del texto, y otra porción de observaciones necesarias para su conocimiento completo, no por lo que hace a su parte doctrinal y de controversia mística, que no era de la incumbencia de los editores, sino material y literaria.

Para nuestra edición, además de la litografiada del cardenal Lluch, hemos examinado el autógrafo, que las Carmelitas Descalzas de Sevilla pusieron bondadosamente a nuestra disposición durante nuestra reciente estancia en la hermosa capital andaluza. Merced a este estudio, no sólo hemos corregido muchas variantes de las impresiones más autorizadas de este libro; sino que hemos logrado descifrar e identificar todas las glosas, tachaduras y enmiendas puestas en el autógrafo, como se verá por las notas que en el cuerpo de la obra publicamos, y rectificado no pocos errores que acerca de algunos extremos relacionados con esta obra corren muy autorizados. Dentro de nuestras escasas facultades, no hemos escatimado medio alguno, para que el más importante libro de Santa Teresa salga de las prensas con absoluta fidelidad de texto y precisa ilustración crítica.

CONCEPTOS DEL AMOR DE DIOS

SOBRE ALGUNAS PALABRAS DE LOS «CANTARES DE SALOMÓN».

Afinidad estrecha tiene este escrito con *Las Moradas* y con todos los capítulos que, así en la *Vida* como en el *Camino de Perfección,* hablan de los grados más perfectos de la contemplación. A corazón tan enamorado de Dios como el de Santa Teresa, necesariamente habían de serle dulce regalo los sublimes conceptos místicos que encierra el canto más lírico y lozano de imágenes bellas que posee la literatura universal; en el cual, enardecida la imaginación del Rey Sabio por calor de sobrenatural inspiración, celebra, envuelto en gasas espumadas e irradiaciones espléndidas de luz oriental, los eternos desposorios de Jesús y la Iglesia, y de Jesús y las almas, que entre abrasamientos de encendida caridad, se unen por eterno abrazo de amor inefable.

Como las demás obras suyas, también escribe ésta para enseñanza y aprovechamiento espiritual de sus hijas. Leía con frecuencia en el oficio divino pensamientos del *Cantar de los Cantares,* tan claros y expresivos, que sin verterlos al romance los comprendía a maravilla, por la particular ilustración que Dios le comunicaba acerca de ellos (1). Después de breve prólogo, que ha llegado algo mutilado a nosotros, expone en siete capítulos las místicas consideraciones que las palabras bíblicas le sugieren. En el primero recomienda la veneración con que las Sagradas Escrituras han de ser leídas, y pondera cuán difícil es a paladares estragados o enfermos gustar de los manjares suavísimos de este libro inspirado. Recuerda a este propósito un sermón notable que oyó a un predicador acerca de los regalos que el esposo hacía a la esposa, fundado en palabras de *Los Cantares,* el cual excitó la risa

---

1 Principalmente glosa con piadosas consideraciones las cuatro autoridades siguientes: *Osculetur me osculo oris sui, quia melicra sunt ubera tua vino.* (Cantares, c. I, v. 1).—*Sub umbra illius, quem desideraveram, sedi et fructus ejus dulcis gutturi meo.* (Ib., c. II, v. III).—*Introduxit me in cellam vinariam: ordinavit in me charitatem.* (Ibid., c. II, v. 4).—*Fulcite me floribus; stipate me malis, quia amore langueo.* (Ib., c. II, v. V).

de los oyentes, y a ella, por el contrario, le sirvió de edificación y regalo. En el capítulo segundo habla extensamente de nueve maneras de falsa paz, que tienen engañadas a las almas en una tranquilidad peligrosa, contentas con el ejercicio imperfecto de algunas virtudes, pero muy celosas de su honra, con la cual doran, como la Santa dice, las muchas imperfecciones que cometen.

Almas resueltas al sacrificio y desasimiento total pide Santa Teresa, sin lo cual jamás saborearán las dulzuras del epitalamio salomónico. La paz es guerra al egoísmo y a todas las mundanidades, dice en el capítulo siguiente, y sólo sosteniendo con gallardía esta guerra, es dado catar del vino adobado por Dios, ya que de ordinario sólo le da a quien se dispone y trabaja (1). En cuatro capítulos trata de las dulzuras de la oración de quietud y de unión, de sus efectos y de lo aprovechada que sale el alma de ella. La semejanza de esta doctrina con la expuesta en otros libros al tratar de materias análogas, es completa; sólo que aquí funda principalmente sus enseñanzas en textos de los *Cantares*. Por fin, en el séptimo habla de los desfallecimientos amorosos que siente el alma llegada aquí, y pide la sostengan con flores. El grande amor de Dios que tiene, hace que nazca a su lado un amor entrañable al prójimo, y que anden juntas Marta y María, como ella afirma. Estas flores de amor del prójimo, que brotan de la raíz misma del amor de Dios y al calor suyo se crían, «son admirables y olorosísimas», y «es olor que dura; no pasa presto, sino que hace gran operación». Es notable la persistencia con que la Santa recuerda en sus escritos que las almas muy adelantadas en amor de Dios, forzosamente han de sentir con vehemencia amor al prójimo y aprovecharlo muy bien, aunque con él no traten; porque el olor de las flores crecidas bajo la influencia de aquel divino rescoldo, se esparce por espacios muy dilatados y dura más que esas otras esencias de flores, más ostentosas que aromáticas.

---

1 Como en el *Camino de Perfección* y *Las Moradas*, afirma también en el capítulo V de este escrito, que las almas que hacen cuanto está de su parte, gozarán de la contemplación mística que Dios les otorgará benignamente, no como una gracia debida, hablando en lenguaje de las escuelas, *de condigno*, sino *de congruo*. Según dijimos en la de la página XXVI, Santa Teresa considera la contemplación infusa en sus hijas como medio ordinario, es decir, frecuentísimamente empleado por Dios para que alcancen la perfección de la vida cristiana, pero no único; pues terminantemente asegura en el capítulo XVII del *Camino de Perfección*, que «no todas las almas son para contemplación», y aunque una religiosa no sea contemplativa, no por eso «dejará de ser muy perfeta». Por donde se ve, que la Santa no identifica, ni mucho menos, la contemplación con la perfección, si bien considera a la primera como parte muy principal, de la que Dios se sirve casi siempre, para el logro de la segunda en aquellas almas que, como las Carmelitas, llevan o profesan estado contemplativo. Acerca de si todos los que debidamente se ejercitan en la meditación llegan a ser contemplativos, y las relaciones entre la perfección y la contemplación, habla extensamente el P. José del Espíritu Santo en su profunda obra *Cursus Theologiae Mystico-Scholasticae*, t. II, Disp. I, q. VI y Disp. XI, q. II-IV.

Ignórase la fecha precisa de la composición de *Los Conceptos.* Quizá no fuera seguida, sino según se lo permitían sus muchas ocupaciones y se sentía interiormente agitada por aquella especie de *furor divino,* harto más sublime que el atribuído por el pueblo griego a sus magnos poetas cuando escribían. Dice la Santa en el prólogo, que por las muchas mercedes que Dios se dignaba conceder a las almas que traía a sus monasterios, se movía a declarar algunas cosas de espíritu de positiva necesidad para ellas. No pudo, por lo mismo, comenzarlo hasta fines de 1567; porque en Agosto de este mismo año fundó el convento de Medina del Campo, segundo de la Reforma. No a dos, sino a varios más, sospecho yo, que hace referencia en estas frases. Por la apostilla final de aprobación que el P. Báñez pone a la copia de este libro, que se guarda en Alba de Tormes, no puede retrasarse la fecha de composición más allá de Mayo de 1575. En el capítulo VII menciona el favor que recibió de Dios al caer en dulce arrobo, herida por la letrilla que en la recreación cantó Isabel de Jesús, siendo novicia en las Descalzas de Salamanca, el año de 1571, por el mes de Abril (1). Observa el P. Jerónimo de San José (2), que tratando de cosas de oración, sólo alega dos libros que tenía ya escritos (*Vida* y *Camino de Perfección*), y como también habla en *Las Fundaciones* de este ejercicio, las cuales comenzó a escribir en Agosto de 1573, parece que *Los Conceptos* debían de estar ya escritos, pues de lo contrario, alegara tres, y no solamente dos libros sobre la oración. Pudo, según esto, escribir los *Conceptos* entre 1571 y 1573, bien en Avila, bien en Alba de Tormes o Salamanca. No parece probable que los compusiese en Segovia, cuando en 1574 fué a fundar un monasterio de Descalzas, como suponen las Carmelitas de París (3); porque confesándose allí con el P. Yanguas, y siendo enemigo de que las mujeres glosasen libro tan difícil como el *Cantar de los Cantares,* conforme hemos visto por las declaraciones testificales de los Procesos de Canonización, mal se allanaría a intimar a la Santa el mandamiento que ella dice le impuso el confesor, obligándola a escribirlo. Más verosímil es que, cuando la Santa fué a fundar a Segovia, llevase el cuadernillo de *Los Conceptos,* y según costumbre suya, lo diera al P. Yanguas, que allí estaba de profesor, para que lo examinase y diese su dictamen con la llaneza y verdad que tanto agradaba a Santa Teresa; y luego que lo hubo examinado, tomó la resolución de quemarlo, no porque le pa-

---

1 Cfr. t. II, Relación XV, p. 47.
2 *Historia del Carmen Descalzo,* t. I, l. V, c. XII, p. 871.
3 *Oeuvres complètes de Sainte Térèse de Jésus,* t. V, p. 639.

reciese mal la doctrina de su confesada, sino por librarla de probables denuncias a la Inquisición, si el escrito transcendía al vulgo, y llegaba a caer en manos nada cautas y discretas.

Como el original se perdió en vida misma de Santa Teresa, hay escritores que suponen compuso más capítulos; otros, por el contrario, creen que está completo. La terminación del séptimo parece indicar que allí da remate a esta obrilla, y el no hallarse otros nuevos en las diversas copias antiguas que de ella se conservaron por mucho tiempo, robustecen esta opinión; si bien ha de reconocerse que debía de ser tentador para una inteligencia como la de la Santa, tan fecunda en ingeniosos artificios amatorios a lo divino, poner glosas regaladas a los pensamientos sublimes del gran Rey de Israel. Más probable parece que la Santa escribiese dos veces, por lo menos, los *Conceptos*; porque no se explica de otro modo la diferencia notable que hay entre las antiguas copias de ellos, en palabras, frases y párrafos larguísimos, completamente omitidos en unas, que otras trasladan, y que no puede imputarse a libertad o descuido de los amanuenses.

De la existencia de este opúsculo testimoniaron varias religiosas en los Procesos de Canonización y Beatificación de la Santa. Algunas llegan a decir que mandó quemar el original el P. Yanguas con las copias que de él se habían sacado, y que lo supieron de labios del mismo padre dominico. Declara la hermana de Gracián, María de S. José, en las Informaciones de Consuegra: «También oí contar al P. Maestro Fr. Diego de Yanguas, que siendo él confesor de la Santa, le mostró un libro que había escrito sobre los *Cantares*, y el dicho padre se lo mandó quemar, por parecerle no convenía que una mujer escribiese sobre los *Cantares*. Y ella obedeció al punto, sin pedirle razón de por qué se lo mandaba quemar. Y después estaba el padre muy apesarado de que lo hubiera hecho, porque no tenía cosa ninguna contra nuestra santa fe». En las de Segovia dice otra carmelita: «Que haciéndole cargo (al P. Yanguas), o preguntándole la causa, respondió el P. Maestro se lo había mandado burlándose y en prueba de su humildad y obediencia. Y que diciéndola solamente, viéndole y leyéndole, ¿para qué se cansa en esto?; sin responderle, ni mostrar mudanza en el rostro, le quemó» (1). Coincide con estos testimonios lo dicho por la Excma. Sra. Duquesa de Alba, D.ª María Enríquez de Toledo y Colona, en las Informaciones hechas en Valladolid en 1610, estando en el convento de Dominicas de la Laura, por ella fundado: «También digo, que está en mi poder lo que escribió la dicha Madre sobre los *Cantares*, porque esta

1 Cfr. Ms. 12.703 de la Biblioteca Nacional.

copia me dieron en el convento de Alba, cuando el P. Diego de Yanguas la mandó que lo recogiesen todo y lo quemase, no por malo, sino por no le parecer decente que escribiera una mujer, aunque tal, sobre los *Cantares*» (1).

Parece que Santa Teresa cauteló a sus hijas el nombre del confesor que le mandó quemar este opúsculo. Ni siquiera su íntimo confidente el P. Gracián lo sabía, aunque no ignoraba el hecho, el cual explica en el prólogo de la primera edición de esta obrilla, que él publicó en Bruselas, por estas palabras: «Entre los libros que escriuió, era vno de diuinos conceptos y altíssimos pensamientos del amor de Dios y de la oración y de otras virtudes heroicas, en que se declarauan muchas palabras de los *Cantares de Salomón*, el cual libro, como pareciesse a un su confessor cosa nueua y peligrosa que muger escriuiesse sobre los *Cantares*, se le mandó quemar, mouido con zelo de que, como dice San Pablo, *Callen las mugeres en la Iglesia de Dios*. Como quien dize: no prediquen en púlpitos, ni lean en cathedras, ni impriman libros».

Nadie que se precie de conocedor de las costumbres religiosas de aquellos tiempos, y de los peligros que la herejía luterana tenía para España, afeará la determinación del insigne teólogo dominicano de mandar al fuego este opúsculo, cuando no sólo mujeres sencillas, sino teólogos y exegetas de tan conocida suficiencia como Fr. Luis de León, hubieron de sentir los rigores de la Inquisición por glosar en romance el *Cantar de los Cantares*. El mismo P. Gracián, al resolverse a publicarlo en Bruselas por vez primera, disculpa al autor con muy discretas palabras, diciendo: «Y el sentido de la Sagrada Escritura, principalmente de los *Cantares de Salomón*, es tan graue, profundo y dificultoso, que los muy grandes letrados tienen bien que hacer para entender dél alguna cosa, quánto más mugeres. Y como en aquel tiempo que le escriuió, hacía gran daño la heregía de Luthero, que abrió puerta a que mugeres y hombres ydiotas leyessen y explicassen las diuinas letras, por la qual han entrado inumerables almas a la heregía y condenádose al infierno, parecióle que le

1 Después de tan terminantes y reiterados testimonios, no parece pueda dudarse de este doloroso mandato del P. Yanguas a la Santa. En una hoja, de letra de fines del siglo XVI, que se conserva en el Archivo del Palacio Real (Inf. 6, leg.º 10.º, Doct.º n. 85) donde se da noticia breve del paradero de los autógrafos de la Santa, se dice: «La madre ysabel de sancto Domingo Priora de Zaragoza tiene el libro original de nra. sta. madre sobre los Cantares». (Cfr. *La Ciudad de Dios*, vol. CVIII, p. 173). Suponemos que el escrito que poseía la M. Isabel era una copia, no el autógrafo de los *Conceptos*. Ni en las Carmelitas de Zaragoza hay memoria de él, ni la misma M. Isabel dice nada de su paradero en la extensa relación que hizo para el proceso de Canonización de la Santa, en aquella ciudad. En el de Avila afirmó antes haber visto el original de los *Cantares*, pero nada dice tampoco en cuanto al extremo de que venimos hablando.

quemasse. Y assí, al punto que este Padre se lo mandó, ella hechó el libro en el fuego, exercitando sus dos tan heroicas virtudes de la humildad y obediencia.

»Bien creo yo, que si este confessor huuiera leydo con atención todo el libro y considerado la doctrina tan importante que tenía, y que no era declaración sobre los *Cantares*, sino Conceptos de espíritu que Dios le daua, encerrados en algunas palabras de los *Cantares*, no se lo huuiera mandado quemar. Porque assí como quando un Señor da a su amigo un preciossísimo liquor, se le da guardado en vaso riquíssimo; así, quando Dios da a las almas tan suaue liquor como el espíritu, le encierra, las más veces, en palabras de la Sagrada Escritura, que es el vaso que viene bien para la guarda de tal liquor, por lo qual dezía Dauid: *Confesarete, Señor, en los vasos del Psalmo*; llamando vasos a las palabras del Psalterio» (1).

DIVERSAS COPIAS DE ESTE ESCRITO.

Copia de Gracián.—Afortunadamente, si el original de los *Conceptos* desapareció entre las llamas por un acto de heroica obediencia de S. Teresa, quedan de él copias que, como ánforas de oro, conservan el riquísimo *liquor* de que poco ha nos hablaba tan discretamente el P. Gracián. A hurtadillas, sin duda, de su autora, se hicieron trasuntos de este escrito por sus hijas, y algunos se salvaron de la voracidad de las llamas, bien escondidos a los ojos escrutadores de la Santa, que, de haberlos visto, no los habría perdonado, en cumplimiento fiel de su ciego rendimiento a la voz del superior. Travesurilla santa que hemos de agradecer a las Carmelitas Descalzas, por haber librado de segura cremación estos hermosos pensamientos, que brotaron del corazón de la seráfica Virgen al calor de la suave consideración del himno salomónico. Para la publicación de los *Conceptos* se valió el P. Gracián de algunas hojas de papel, en las cuales una religiosa carmelita descalza había trasladado lo que la Santa tenía escrito, sin que sepamos más de esta copia, que acaso la destruyese el P. Gracián, hecha la edición.

Copia de Alba de Tormes.—Otra copia más completa e interesante ha llegado hasta nuestros días, cuidadosamente conservada por las Carmelitas Descalzas de Alba de Tormes. Es un cuaderno en 4.º marquilla, sin paginación, de treinta y cuatro hojas de texto. Al prin-

1 Salmo LXX, v. 22.

cipio le puso el P. Manuel de Santa María cinco hojas de observaciones críticas, muy discretas, como suyas, y cuatro al fin, las cuales amplió en la copia que el diligente Padre sacó para el Archivo de la Casa Generalicia de San Hermenegildo de Madrid, que hoy para en la Biblioteca Nacional (Ms. 1.400) (1). El mismo religioso lo mandó encuadernar en la forma que hoy está, por cuenta del Definitorio General. «Le hice, escribe, poner a su quenta con cubierta sobre cartón de raso, con diversas flores de oro y otras de diferentes colores: blancas, verdes, azules y pajizas (especie de tela adamascada)...» Lo guardaban las religiosas en el arca de tres llaves, y allí lo encontró el P. Diego del Espíritu Santo cuando, por orden de los superiores de la Reforma, fué a examinar los escritos que de la Santa había en aquel religioso convento. De los resultados de su investigación, da cuenta al Definitorio General de los Carmelitas Descalzos en carta que lleva fecha de 26 de Enero de 1756, en la villa de Alba de Tormes, la cual publicó el Padre Antonio de San Joaquín en el *Año Teresiano* (t. VII, p. 152).

La copia de Alba de Tormes tiene el valor inapreciable de la antigüedad, y de estar aprobada por dos notas del P. Domingo Báñez. La una puesta en la primera hoja (2); la otra, a la terminación del escrito (3). Es también esta copia la más completa de todas las que se conocen. La primera hoja está rota en el margen inferior, faltándole por eso al prólogo unas cuantas líneas, que no se han podido rehacer, por no hallarse copia que contenga el dicho prólogo. La rotura existía ya en el siglo XVII. Apártase la ortografía bastante de la empleada por la Santa. El copista traslada muchas palabras a la latina, v. gr.: *sancto, afflictiones, subjetar, subieto, consciencia,* etc. También hay indicios, como observa el P. Manuel de Santa María, de que el amanuense conocía la lengua italiana, porque se hallan palabras de aquel idioma, v. gr.: *che* por *que*; *di* por *de*; *come* en lugar de *como*. La traslación parece fiel, hasta el extremo de dejar el copista espacios en blanco, cuando no entiende alguna palabra, para llenarlos luego, aunque no siempre lo hace, o por olvido, o por no haber conseguido deponer la duda de lección. Algunas ligeras correcciones tiene, que no son ni del copista ni del P. Báñez. No hace división de capítulos, porque tampoco los tenía el original.

Copia de Baeza.—Entre las copias antiguas que se conservan de *Los Conceptos,* la que más semejanza tiene con la de Alba, es la que se

---

1 Firma la copia en Alba, a 10 de Enero de 1761.
2 Cfr. pág. 213, nota segunda.
3 Vid. pág. 268.

veneraba en el Colegio de San Basilio, que los Carmelitas Descalzos tuvieron en la ciudad de Baeza. Era un manuscrito en 8.º, con cubierta de tafetán pajizo, que llevaba este título, puesto por el copista: *Exposición sobre el Libro de los Cantares, en que se declaran los divinos amores de Jesu-Christo çelestial esposo con el alma fiel, su muy dulçe y chara Esposa, para las que desean alcançar estos espirituales y castíssimos amores y subir a la cumbre de la perfeçión.* La exposición comprendía veinte hojas sin foliación, seguidas de otras 299 foliadas. A continuación, dejando dos hojas en blanco, desde la 302 hasta la mitad de la 327, de la misma letra que lo demás del códice, se leía el tratado de *Los Conceptos*, titulado así: *Jesús, María. Declaración de algunos versos del libro de los Cantares de Salomón de nuestra Sancta Madre Teresa de Jesús, en que muestra, con la alteça de su buen espíritu, el amor que el celestial esposo Jesu-Christo nuestro bien tiene a las almas esposas suyas, para las que desean subir a la cumbre de la perfeçión* (1).

Esta copia se perdió, como tantos otros tesoros literarios de dicho Colegio, en la exclaustración del siglo pasado. Debemos un trasunto fiel de ella al infatigable Padre Andrés de la Encarnación, que en 1759 corrió por tierras de Andalucía buscando escritos de Santa Teresa y San Juan de la Cruz, como reiteradas veces se ha recordado en el proceso de esta edición. Este traslado se depositó en el Archivo General de los Carmelitas Descalzos de Madrid, de donde pasó a la Biblioteca Nacional (Ms. 1.400).

Es más incompleto que el de Alba de Tormes. Fáltale el prólogo que éste trae, y muchos otros párrafos, y contiene respecto de él numerosas variantes. Por muchas razones, es inferior al de Alba. El lector podrá ver en los Apéndices esta copia, fielmente reproducida de la que se conserva en la Biblioteca Nacional.

Copia de Consuegra.—En las Carmelitas Descalzas de Consuegra (Toledo), se conserva otra copia debida a la M. Ana de San José, religiosa de aquella comunidad, cuya letra conocemos, por guardarse aún muchos escritos de su pluma, extraordinariamente fecunda (2). Comprenden *Los Conceptos* las últimas dieciséis hojas de un cuaderno en 8.º, compuesto de poesías de letra de la misma M. Ana. Según la

---

1 Véase el Ms. 6.296 de la Biblioteca Nacional.

2 Era Ana de San José prima hermana del P. Jerónimo Gracián, y escritora prolífica, como casi todos los de esta numerosa y afortunada familia. Natural de Toledo, tomó el hábito en las Carmelitas Descalzas de Segovia en 1584. Pasó, por indicación de los superiores, a la fundación de Consuegra en 1597, donde desempeñó importantes cargos en la Comunidad, hasta que, llena de virtudes, murió en la paz del Señor el año 1644.

división, completamente arbitraria, de capítulos que se hace en la copia, comienza por el séptimo, que corresponde al tercero de la edición del P. Gracián (1) y termina con el noveno (VII de los impresos). Con ser traslado muy incompleto y algo descuidado, tiene, sin embargo, importancia grande por contener muchos párrafos que sólo se hallan en otra copia, de que hablaremos en seguida, los cuales no desdicen nada de este escrito de Santa Teresa, y complementan algunos de sus capítulos. Lástima que la copia sea tan fragmentaria. La última hoja lleva escritas en el reverso siete líneas, quedando en blanco el resto con algunas hojas más. Como el último capítulo está muy incompleto, de suponer es que no contenía más el códice de donde lo trasladó la M. Ana. También de esta copia hizo sacar fiel traslado el P. Andrés de la Encarnación con fecha 21 de Marzo de 1759, que hoy forma parte del Ms. 1.400 de la Biblioteca Nacional. Para su reprodución en los Apéndices, nos hemos servido del original mismo de la M. Ana de San José.

Copia del Desierto de Nuestra Señora de las Nieves.—Semejante a la de Consuegra, era la copia que se guardaba desde muy antiguo en el Desierto de Nuestra Señora de las Nieves, que la Provincia de los Carmelitas Descalzos de Andalucía la Alta tenía desde 1605 para su retiro en las abruptas fragosidades de las serranías de Ronda, en la provincia de Málaga (2). Como la de Consuegra, da comienzo por el capítulo VII (III de la edición de Gracián). Hace una división casi igual que aquélla, y con ella se conforma en lo principal, discrepando, en cambio, muchísimo de los códices de Alba y Baeza. Esta notable variedad, en modo alguno imputable a caprichos o libertades de copista, inducen a creer en la doble redacción de este escrito por la Santa, como dejamos insinuado en otra parte. Saqueado este lugar destinado a la oración y a la penitencia en la persecución religiosa del siglo XIX, se habrá perdido probablemente este manuscrito, cuyo contenido ha llegado hasta nosotros en una copia que de él se hizo, a pedimento del P. Francisco del Niño Jesús, en 1770, y se remitió luego al Archivo General de los Carmelitas. Unido a los

---

1 Antes del título del capítulo VII, se lee de letra encarnada: *Parte de lo que escribió sobre los Cantares nuestra Madre Santa Teresa.*

2 Había allí una posesión con la imagen de Nuestra Señora de las Nieves, muy venerada en aquella comarca. El obispo de Málaga, D. García de Haro, la donó en 1593 a nuestro venerable P. Fr. Antonio de Jesús, primer descalzo de la Reforma con San Juan de la Cruz, siendo provincial de Andalucía. Hasta 1605 no estuvo en condiciones para la vida eremítica, que allí hicieron luego por varios siglos, con gran edificación de los pueblos vecinos, los Carmelitas Descalzos, hasta la exclaustración del treinta y seis.

anteriores traslados, se guarda hoy en la Biblioteca Nacional. Todas estas copias de *Los Conceptos* contienen algunas notas marginales del P. Manuel de Santa María.

ALGUNAS EDICIONES DE «LOS CONCEPTOS».

Edición de Bruselas.—No se atrevió, a lo que parece, Fray Luis de León a imprimir este escrito de Santa Teresa; porque si bien, en rigor, como dice el P. Jerónimo Gracián, «no es declaración sobre los *Cantares,* sino conceptos de espíritu que Dios le daua, encerrados en algunas palabras de los *Cantares*», no estaban entonces los tiempos ni la Inquisición española para distingos ni explicaciones sutiles en materia tan grave y difícil, aun para los más doctos escriturarios. La devoción y tierno cariño que el Padre Gracián tenía a la ilustre Reformadora del Carmen, y su noble empeño en dar a conocer todos sus escritos por medio de la estampa, hicieron que al arribar a Flandes en 1607, tomase con gran interés la traducción de las obras de la Virgen de Avila a varias lenguas de Europa, como ya lo había procurado antes en Roma y Nápoles. Al mismo tiempo ayudó a la M. Ana de Jesús, que aquel mismo año había fundado en Bruselas un convento de Carmelitas Descalzas, en la impresión del *Libro de las Fundaciones,* que tampoco había publicado Fray Luis de León, y por sí mismo sacó a luz *Los Conceptos,* según la copia de la que ya hemos hecho relación.

Es un volumen de 140 por 90 mm., forrado en pergamino, de 193 páginas. Titúlase: *Conceptos / del / Amor de Dios / Escritos por la Beata / Madre Theresa de Jesvs, / Sobre algunas palabras de los / Cantares de Salomon. / Con unas annotaciones del Padre M. Fr. Geronymo / Gracian de la Madre de Dios Carmelitano.* (Escudo del P. Gracián) (1). «En Bruselas. Por Roger Velpio, y Huberto

---

1 Es un corazón, que ostenta una cruz, y en cifra, los nombres de Jesús y María. Por debajo, se ven dos pies descalzos, atados por dos gruesas cadenas que rodean el corazón, las cuales se unen en la parte superior de éste por una corona de espinas y piedras preciosas, que llevan entreveradas las letras A, C, F, R, J, C. Sobre las letras van doce estrellas, que rematan el escudo. En derredor de él se lee esta inscripción: *Bonum mihi quia humiliasti me, ut discam justificationes tuas. Psalm. 118.* El escudo comprende una breve suma de la vida del P. Jerónimo Gracián. La cruz simboliza los sufrimientos interiores que hubo de soportar; los pies, su entrada en la Descalcez; las cadenas, su cautiverio en Túnez; las letras encierran el siguiente significado, según la explicación del mismo Padre: «en la A, amor de los enemigos y aborrecimiento propio; en la C, contrición de pecados, consideración y oración; en la F, fe viva y firmeza en los propósitos; en la R, renunciación de todo lo criado y resignación en la voluntad de Dios; en la J, justicia universal y juicio final; en la C, consejo de buenos amigos, callar la boca y silencio». *(Peregrinación de Anastasio,* Diál. XI). Las doce estrellas significan la corona de la Sma. Virgen, y las doce principales obras que Gracián había escrito. (Diál. XII).

Antonio, Impressores jurados, cerca de Palacio, año de 1611». A la vuelta de la hoja se ve un grabado en madera, que representa a Jesús sentado, atando con un cordoncito el corazón que la Santa le ofrece de rodillas. En la parte superior, entre los pliegues de una especie de flámula, se lee en flamenco antiguo:

Ic sal dit hertken also wel beknoopen,
Dat my niet en sal connen ontloopen (1).

Siguen el *Prólogo,* una *Svmma* de lo que el tratado contiene (ambos hacen cinco hojas y media, sin foliar), y el texto, en el cual comienza la paginación. Divide *Los Conceptos* en siete capítulos, y al final de cada uno añade piadosas anotaciones y eruditos comentarios, breves en los tres primeros, y bastante extensos en los demás. En la página 184 hace una síntesis de lo dicho, con el título de *Epílogo y recapitulación de toda la doctrina del amor de Dios.* Termina con dos hojas de *Avisos de la Beata Madre Theresa de Jhesús, que después de muerta ha comunicado en reuelación algunas personas de la misma orden,* y otra de erratas.

El texto publicado por el P. Gracián es muy semejante a la copia de Alba de Tormes, y difiere mucho de las de Consuegra y Las Nieves. Con la facultad que tenía de Santa Teresa para modificar sus escritos, de la cual usó con demasiada largueza, modifica bastante el texto del códice que le sirvió para esta edición; porque bien se advierte, que algunas alteraciones y supresiones no han de atribuirse a la monja que lo trasladó en España, sino al P. Gracián, que sinceramente creía hacer con ello un servicio grato a la Santa (2). Pueden apreciarse estas modificaciones comparando el texto de Bru-

1 Quiere decir: «Yo ataré este corazón de suerte, que jamás podrá soltarse».

2 En varios pasajes de sus obras habla el P. Jerónimo Gracián del criterio que sustentaba acerca de la publicación de los escritos de la Santa, pero en ninguno lo expresa más claramente que en su carta a la Excma. Sra. D.ª Olimpia Ursina Cesis, duquesa de Aguasparte, donde, entre otras cosas, le dice a este propósito: «Por la mucha devoción que vuestra excelencia tiene con la Madre Teresa de Jesús y con sus libros y doctrina, y por la haber yo confesado por espacio de diez años y haber tratado conmigo mucho de lo interior de su espíritu y secretos de su corazón, como V. E. colegirá por los libros de el doctor Ribera, y por un papel que sé que ha visto, escrito de mano de la mesma Madre, estoy obligado, antes que se imprima en lengua italiana el libro que ella escribió de su *Vida,* de avisar de algunos puntos y palabras que en él se tratan, dando luz de cómo se entiende esta doctrina, y si enmendare algo de lo que está impreso en español (que será muy poco), tengo por muy cierto, que se le hace servicio a la mesma Madre allá en el cielo (donde espero en Dios que está); pues cuando vivía en la tierra me rogó muchas veces, con gran encarecimiento, que si imaginaba que aquestos sus papeles habían de venir a público, donde algunos los leyesen, los enmendase primero, y quitase cualquier palabra que de cualquier manera fuese ocasión de tropezar cualquier género de entendimiento, porque su intento había sido obedecer en escribillos, y su deseo que aprovechen a las almas, y no que den ocasión de disputas. Y si me hallara en España donde se imprimieron, y pudiera, mudara algunas palabras, y respondiera a algunas dudas que muchos han tenido acerca de esta dotrina, dando el sentido que comuniqué con la misma Madre, y supe lo entendía ella así, y agora haré lo mesmo, con la mayor brevedad que pudiere». *(Escritos de S. Teresa,* t. II, p. 452).

selas, que se lee en cualquier edición de la Santa de los siglos XVII y XVIII, con el que nosotros publicamos en este volumen.

De la edición de *Los Conceptos* da noticia el Padre Gracián a su hermana Juliana de San José, religiosa en las Carmelitas Descalzas de Sevilla, por carta fecha en Bruselas a 12 de Abril de 1611. «Ya he escrito, le dice, a V. R.ª por otras partes cómo he hablado con Diego de Aranda, el de Brujas, que vino por aquí, sobre los caxoncillos que vendrían; y dice que, en llegando la nao, me los embiará; y en pago dellos, embiaré a V. R.ª, por el mismo camino, un barrilete de libros de las fundaciones de la me. Theresa de Jhus., que la me. Priora ha hecho imprimir, y del amor de Dios sobre los Cantares, que yo he hecho imprimir, con unas annotaciones mías, que acá ha sido de mucho fruto. Hagan V. Ras. que algún amigo hable en la Inquisición para que los dexen entrar, aviéndoles examinado primero; y aun si tuviera conoscimiento, escriviera sobre ello a la inquisición y los encaminara a ella, para que no los detengan en ningún punto, sino que lleguen a Sevilla». Con fecha 18 de Agosto de 1611, dice a la misma M. Juliana: «No sé si han llegado unos libros que envié por vía de Brujas en uno de los dos caxoncillos que acá vinieron. Eran del amor de Dios sobre los Cantares, que escrivió la me. Theresa y las fundaciones». Lo mismo viene a decirle en otra carta escrita en Bruselas el 1 de Octubre de 1611, y se extraña de que aun no hubiesen llegado los libros a Sevilla. Pero en las escritas a 24 de Marzo y 1 de Mayo del año siguiente, le dice que se encuentra tranquilo porque los libros estaban ya en España.

Segunda edición.—Agotada la primera edición de *Los Conceptos del Amor de Dios*, publicó al año siguiente otra igual en Bruselas. Así se lo comunica el mismo Padre Gracián a su hermana Juliana de San José, en la carta que a 18 de Septiembre de 1612 le escribe desde la capital de Flandes: «Ya avrá llegado allá el caxoncillo que fué desde Dunquerque, encaminado por vía de Diego de Aranda a un hermano suyo. Llevaba algunos libros encuadernados de los conceptos de la me. Theresa de Jhus. sobre los Cantares. Hemos tornado a hacer otra impressión, y con ella saldrá otro tanto de conceptos míos sobre todas las palabras de los Cantares, que creo será de mucho gusto y provecho de las almas que quisieren exercitarse en el amor de Dios» (1).

---

1 La segunda edición es igual en todo a la primera y está editada en la misma imprenta. El otro libro de que habla a su hermana se titula: *Conceptos | del | divino amor, | sobre los ocho libros de los Cantares | de Salomón | Declarados por el Maestro Fray Gerony- | mo Gracián*

La Inquisición no puso obstáculos al principio para que *Los Conceptos* corriesen en manos de los fieles con los escolios del Padre Jerónimo Gracián, y permitió que en España se reimprimiesen varias veces. Más tarde, entre 1623 y 1630, mandó suprimir las glosas de Gracián, y *Los Conceptos* continuaron publicándose con el prólogo y títulos que a cada capítulo puso en la primera edición, sin más aditamentos. Dice acerca de esto el P. Francisco de Santa María: «Imprimiéronse la primera vez en Bruselas, año de mil seiscientos y doce (1), con un prólogo y unos escolios del P. Gracián, y después en Madrid y Valencia. El Santo Tribunal de España, mandó quitar los escolios de Gracián; porque está prohibido comentar los *Cantares* en romance, y nadie puede tomar la licencia que a tan gran santa se le permitió antes de este mandato. Ultimamente, Moreto nos los ha dado con el prólogo y sin los escolios, dividido en siete capítulos, con unas sumas de lo que cada uno contiene» (2). Así vino publicándose este escrito de la Santa hasta en 1861, en que D. Vicente de la Fuente, aprovechando los trabajos que en el siglo XVIII hicieron los Carmelitas Descalzos, de los que ya queda hecha relación, lo imprimió, con bastantes faltas, según la copia de Alba de Tormes, intercalando con ella alguno que otro párrafo de la de Consuegra.

En nuestra edición publicamos el códice de Alba de Tormes con toda la fidelidad posible, por ser de las copias que de *Los Conceptos* nos quedan, la más completa y exacta. Unicamente nos separamos de ella en aquellas palabras acerca de las cuales tenía la Santa pronunciación y escritura fijas, como *santo, mil, padecer, señal, sinifica*, etc., que el copista escribe: *sancto, padescer, segnal, significa*... En algunos capítulos se han incluído, haciendo las oportunas indicaciones, algunos párrafos de la copia de Consuegra, que la de Alba no tiene, y son tan devotos, que deben servir de lectura a las muchas almas que en los escritos de la Santa buscan todos los días su refección espiritual.

---

de la Madre de Dios, | *Religioso de la Orden de Nu-* | *estra Señora del Carmen. En Brvselas. Por Roger Velpio y Huberto Antonio, cerca de Palacio, año de 1612.* Hace un tomo en 8.º, de 234 páginas y ocho capítulos. Volvió a reimprimirse en el tomo en folio de obras del Padre Gracián publicado en 1616, por la viuda de Alonso Martín, en Madrid; pero la edición fué expurgada años adelante, arrancando las hojas que comprendían este libro de todos los ejemplares que pudieron haber los censores. Yo poseo uno expurgado, que lleva en la portada esta nota: *Expurgavi die 21 Ianuarii 1641. Fr. Hieronimus Frigola.* Publicaremos este libro, de cuya primera edición tengo un ejemplar, en la nueva edición de las obras completas del venerable P. Gracián.

1 El P. Francisco no conoció la edición de 1611, ni tampoco el P. Jerónimo de S. José.

2 *Reforma de los Descalzos de N. Señora del Carmen,* t. I, l. V. c. XXXVIII, p. 888.

EXCLAMACIONES DEL ALMA A DIOS

Son *Las Exclamaciones* braserillos de oro, alimentados por los ardorosos afectos de Sta. Teresa, recién comulgada, que todavía hoy calientan el corazón del que a ellos se aproxima. Ciertamente, si hay escrito de la Seráfica Doctora que al leerlo pegue fuego, es sin duda este de *Las Exclamaciones.* Escritas después de haber comulgado, parecen a modo de súbitas llamaradas de caridad, saliendo voraces por las puertas de aquel corazón, que por un momento se entreabren después del banquete eucarístico, para dar desahogo al alma que se asfixia en tan elevada temperatura de amor divino. Muy frío ha de ser el corazón que no arda al contacto de estas íntimas, familiares y encendidas aspiraciones, recalentadas en el mismo foco de fuego en que Dios perdurablemente se abrasa. Los mismos hondos suspiros de la Magdalena, de San Pablo, de San Agustín, por desatarse de las ligaduras terrenas y, vestidos de inmortalidad, unirse a Cristo, parecen resurgir con nuevo brío de estas inflamadas exclamaciones del Serafín de Avila.

No es fácil encontrar en la literatura devota lección más oportuna y eficaz para los momentos sublimes que preceden y siguen a la sagrada comunión. Aunque este género de escritos es muy expuesto a declamaciones afectadas y a hinchazones de sentimiento forzado y quejumbroso, brotan estos suspiros tan espontáneos y naturales de la pluma de la Santa, que no fatigan ni empalagan; antes se repiten con dulce embeleso, sobre todo por las almas delicadas, heridas del mismo mal de amores que la Santa. El argumento en todas ellas es el mismo, aunque de muy variada y bella forma expuesto: amor encendido a Jesús y deseos vehementes de unirse a El con unión estrecha y definitiva (1).

---

1 María de San José, hermana del P. Gracián, dice en las Informaciones de Madrid para la canonización de la Santa, «que ha visto de letra de la misma M. Teresa el *Libro de las Fundaciones* y el del *Camino de Perfección* y unas *Exclamaciones,* que están al cabo de sus obras». En estas últimas palabras, se refiere a las primeras ediciones de la Santa en que las *Exclamaciones* se publicaron a continuación de *Las Moradas.*

ANTIGUAS COPIAS DE «LAS EXCLAMACIONES»

Copia de Salamanca.—En fecha muy lejana, debieron de perderse los originales en que la Santa iba escribiendo estas exclamaciones después de la comunión, sin que hasta el presente, que nosotros sepamos, se haya descubierto ningún fragmento autógrafo de ellas. Las no escasas investigaciones que hemos hecho por hallar alguno allí donde, a nuestro juicio, había probabilidades de éxito, han dado resultados completamente negativos. Se conservan, sí, copias antiguas y fragmentos de copia, que han sido considerados como autógrafos de la Santa por algunos escritores, aunque, por desgracia, con manifiesto error. Dos merecen que por su antigüedad hagamos de ellas particular memoria: la de Salamanca y la de Granada.

El mismo manuscrito, corregido por el P. Ribera, que se guarda en la Universidad de Salamanca, según queda escrito (1), inmediatamente de *Las Moradas,* y de la misma letra, trae *Las Exclamaciones,* en diecinueve hojas y media. Salvo en la ortografía, que es la del copista, no la de la Santa, apenas discrepan de las publicadas por Fr. Luis de León. Muy pocas son las variantes advertidas, y de escasa importancia. El P. Francisco de Ribera, que tan acertadas correcciones hace en el trasunto de *Las Moradas,* aquí no pone ninguna. Sospecho que por no haber podido hacerse con el autógrafo de ellas, pues fácilmente se adivina, que a gusto tan refinado en la exquisita fidelidad de los escritos de Santa Teresa, sólo habían de contentarle para el cotejo los propios originales de ella. El lector puede ver esta copia fielmente reproducida en los Apéndices de este tomo. Es la primera vez que sale de las prensas (2).

Copia de Granada.—Otro códice, por desgracia, en estado muy fragmentario, conservan con especial veneración las Carmelitas Descalzas de Granada. Por la letra, puede ser muy bien del tiempo de la misma San-

1 Cfr. pág. XLV.

2 En la revista *La Basílica Teresiana,* se publicaron las tres primeras exclamaciones, en los números de 15 de Junio, 15 de Noviembre y 15 de Diciembre de 1916. Han pasado ya varios meses del 17 y no hemos visto más. En la Exclamación primera (pág. 189) se dice que en la publicación se respeta la ortografía de la Santa. No es la ortografía teresiana la que se reproduce, sino (bastante imperfectamente) la del copista, harto distinta de aquélla, lo que ha de tenerse en cuenta para no introducir nuevas confusiones en estos escritos. Las notas no son tampoco muy seguras. Valga por ejemplo la que trae en la segunda línea de la Exclamación III. Dice la copia: *a los que perseueran* (no *perseveran,* como se lee en el impreso). El editor pone esta nota: «En Fray Luis, Lafuente, *perseveraren.* ¿Ha leído el autor de esta nota la edición de Fr. Luis? Porque en ella, página 273, línea doce, se lee: *a los que perseueran,* lo mismo que en la copia salmantina.

ta, y la transcripción nos parece muy fiel, salvo la ortografía de algunas palabras, según puede apreciarse en la reproducción literal que damos de ella en los Apéndices. Lástima que no esté completa. Las cuatro hojas que las Carmelitas Descalzas de Granada conservan de ella (1), comprenden las exclamaciones I, X y XIII, íntegras; casi íntegras, la XI y XII; un extenso fragmento de la II, y dos líneas de la IX y XIV. Es la primera vez que esta copia sale a la luz pública. La letra no es de la Santa. Si algunos escritores han asegurado ser de ella, bien se echa de ver, o que no conocían los escritos de la Virgen de Avila, o que no habían visto por sí mismos la copia granadina.

Más fragmentos y copias.—Apenas merecen citarse aquí los tres fragmentos (el primero de la Exclamación IV y los dos restantes de la XVII) que guardan las Carmelitas Descalzas de Santa Ana de Madrid. No son autógrafos de la Santa, sino letras suyas, colocadas de arte que reproduzcan diversos pensamientos de las dichas Exclamaciones. Lo mismo decimos del fragmento de las Descalzas de Guadalajara (Carmelitas de Abajo), que hace tres líneas de la Exclamación XVII, a que añadieron la firma de Santa Teresa (2). Composiciones cortas de este género, que han engañado a autores esclarecidos, antiguos y modernos, quedan registradas muchas en esta edición, y otras habremos de mencionar también más adelante, cuando la ocasión se ofrezca. De ningún interés son también varias copias que hemos visto en diferentes archivos de España, y en la Biblioteca Nacional (Mss. 5.492, 868, 860, etc.). Débense a la piedad de personas, que las trasladaban de alguna edición para su uso particular. Generalmente, forman parte de manuscritos compuestos de asuntos devotos, ya inéditos, ya tomados de obras impresas.

Primera edición de «Las Exclamaciones».—Fr. Luis de León fué el primero que publicó este escrito de la Santa en su edición de Salamanca (1588), inmediatamente de *Las Moradas* (págs. 269-304), con

---

1 Poseían ya las Carmelitas, en el siglo XVIII, estas cuatro hojas sueltas en otros tantos relicarios (dos de plata y los otras dos de madera sobredorada), que llevan en la parte superior el escudo de la Orden, rústicamente dibujado. Hablando de ellas, dice el P. Andrés de la Encarnación: «Aunque no ha venido aún la diligencia de Granada, el P. Historiador Gral, ha enviado lo siguiente: En las religiosas descalzas carmelitas de aquella ciudad (Granada), se hallan 4.º hojas en 4.º origl. de las exclams. de la Santa. Las demás, dicen las regaló una señora, hija de la casa Baarona, a personas de distinción». (*Memorias Historiales,* letra C, n. 35, y letra O, n. 47).

2 Dice así el fragmento: «/o libre albedrio tan esclabo de tu libertad. sino vives enclavado con el temor y amor de quien te crio, o cuando será aquel dichoso día q̄ te as de ver aogado en aquel mar ynfinito de la suma berdad donde ya no serás libre p̄a pecar; /[Tere]*sa de Je*[sús]» Las letras suplidas se desprendieron, hace ya mucho tiempo, del papel en que estaban pegadas.

este título: *Esclama- / ciones o me- / ditaciones del / alma a sv Dios escritas / por la Madre Teresa de Jesvs, en / differentes dias, conforme al espi- / ritu que le comunicaua nuestro / Señor despues de auer comul- / gado, año de mil y qui- / nientos y sesenta / y nueue.* No razona Fr. Luis de León la fecha que a la composición de esta obrilla señala; pero tratándose de autor tan grave, ha de suponerse que alguna tuvo. No es costumbre suya poner a las obras de la Santa el tiempo en que fueron escritas; al hacerlo en ésta, hemos de juzgar que, o lo halló escrito así en el autógrafo (si es que el original y no alguna copia le sirvió para la impresión), o que añadió el año en que fué escrita, porque así le pareció por datos o noticias que bien pudo tener a mano, y que no han llegado hasta nosotros.

A mí no me parece improbable la fecha señalada por Fr. Luis de León, y no acierto a ver los motivos que movieron a Los Bolandos para suponerla escrita en 1579 (1); ni para retrotraerla al 1559, como las Carmelitas Descalzas del primer monasterio de París (2). La razón principal de estas últimas es la disposición de ánimo en que se encontró la Santa durante los años que precedieron a la fundación de San José de Avila. Creo que disposiciones análogas de espíritu, tuvo la insigne Doctora muchas en el discurso de su vida, desde que se dió por completo a la virtud. Admitir equivocación tipográfica, de suerte que por 1559 se pusiese 1569, es expediente fácil, pero de poca fuerza probativa, cuando otras razones no acuden en su abono. Hasta ahora no he visto documentos, ni causas intrínsecas o extrínsecas que nos induzcan a disentir en este punto de Fray Luis de León.

En la presente edición reproducimos *Las Exclamaciones* tal como vienen en la edición príncipe (3). El copista de Salamanca, como se ve por *Las Moradas*, no merece más confianza que Fray Luis de León. Si poseyésemos íntegra la copia de Granada, la hubiéramos preferido a las otras; porque la hallamos más fiel, aunque ya hemos apuntado, que la diferencia entre ellas es levísima, y podemos estar seguros de que el insigne Agustino no cambió en su impresión cosa alguna de substancia del texto teresiano.

Apéndices.—Salen a buena luz en ellos, por primera vez, las copias de los *Conceptos del amor de Dios,* que se guardaron en otro tiempo en los conventos de Carmelitas Descalzos de Baeza y Las Nieves, y en las Descalzas de Consuegra, como ya queda explicado. Aunque

---

1 *Acta S. Teresiae a Jesu,* p. 347.
2 *Oeuvres complètes de Sainte Térèse,* t. V, p. 317.
3 La palabras como *quexar, veer, baxeza, dexar, benignidad, Augustin, debaxo,* etc., se imprimen como las escribía siempre la Santa: *quejar, ver, bajeza, beninidad, Agustín, debajo,* etc. etc.

de menos importancia, publicamos, asimismo, algunos capítulos, o fragmentos de capítulo, de los códices de *Las Moradas,* que pertenecieron al P. Jerónimo Gracián y Francisco de Ribera. También insertamos dos capítulos de la edición príncipe. Así podrá apreciarse la labor y el criterio de estos tres doctos y famosos escritores de nuestro siglo de oro, en orden a la fidelidad de impresión de los escritos de Santa Teresa. Los capítulos publicados no se han escogido con intención deliberada, porque contengan más variantes que los demás. Poco más o menos, lo mismo están los restantes; de suerte que, por los aquí insertos, puédese formar juicio cabal de toda la obra. Añadimos, por último, el *Prólogo, Summa* y *Epílogo* que el P. Jerónimo Gracián compuso para la edición de los *Conceptos del amor de Dios,* que él imprimió en Bruselas, como ya saben los lectores. Es doctrina muy autorizada la que en estos documentos nos da el sabio Director de Santa Teresa, y como quedan poquísimos ejemplares de esta edición, los reproducimos en la nuestra, para que los gusten sus devotos.

Fr. Silverio de Santa Teresa, C. D.

CASTILLO INTERIOR

O

LAS MORADAS

JHS

ESTE TRATADO, LLAMADO CASTILLO INTERIOR, ESCRIBIO TERESA DE JESUS, MONJA DE NUESTRA SEÑORA DEL CARMEN, A SUS HERMANAS Y HIJAS LAS MONJAS CARMELITAS DESCALZAS (1).

---

1 En la parte superior de la segunda cara de la hoja primera del autógrafo, se leen estas líneas de letra de la misma Santa Teresa. Un poco más abajo puso el P. Francisco de Ribera la siguiente interesante nota, hasta el presente atribuída a Fr. Luis de León, como ya queda dicho en la Introducción. «En este libro está muchas veces borrado lo que escrivió la Santa Madre, y añadidas otras palabras o puestas glosas a la margen, y ordinariamente está mal borrado, y estava mejor primero como se escrivió, y veráse en que a la sentencia viene mejor, y la Santa Madre lo viene después a declarar, y lo que se enmienda muchas veces no viene bien con lo que se dize después, y ansí se pudieran muy bien escusar las enmiendas y las glosas. Y porque lo he leydo y mirado todo con algún cuydado, me pareció avisar a quien lo leyere, que lea como escrivió la Santa Madre, que lo entendia y dezía mejor, y dexe todo lo añadido; y lo borrado de la letra de la Santa délo por no borrado, si no fuere cuando estuviere enmendado o borrado de su misma mano, que es pocas vezes. Y ruego por caridad a quien leyere este libro, que reverencie las palabras y letras hechas por aquella tan santa mano, y procure entenderlo bien y verá que no hay que enmendar, y, aunque no lo entienda, crea que quien lo escrivió lo sabía mejor, y que no se pueden corregir bien las palabras, si no es llegando a alcanzar enteramente el sentido dellas; porque si no se alcanza lo que está muy propiamente dicho, parecerá impropio, y desa manera se vienen a estragar y echar a perder los libros».

EL CASTILLO INTERIOR

JHS

Pocas cosas que me ha mandado la obediencia, se me han hecho tan dificultosas como escribir ahora cosas de oración; lo uno, porque no me parece me da el Señor espíritu para hacerlo, ni deseo; lo otro, por tener la cabeza tres meses ha con un ruido y flaqueza tan grande, que aun los negocios forzosos escribo con pena. Mas, entendiendo que la fuerza de la obediencia suele allanar cosas que parecen imposibles, la voluntad se determina a hacerlo muy de buena gana, aunque el natural parece que se aflige mucho; porque no me ha dado el Señor tanta virtud, que el pelear con la enfermedad contina y con ocupaciones de muchas maneras, se pueda hacer sin gran contradición suya. Hágalo el que ha hecho otras cosas más dificultosas por hacerme merced, en cuya misericordia confío.

Bien creo he de saber decir poco más que lo que he dicho en otras cosas que me han mandado escribir, antes temo que han de ser casi todas las mesmas; porque ansí como los pájaros que enseñan a hablar, no saben más de lo que les muestran u oyen, y esto repiten muchas veces, so (1) yo al pie de la letra. Si el Señor quisiere diga algo nuevo, Su Majestad lo dará u será servido traerme a la memoria lo que otras veces he dicho, que aun

1 Omite la *y* por comenzar con la misma letra la siguiente palabra.

con esto me contentaría, por tenerla tan mala, que me holgaría de atinar a algunas cosas, que decían estaban bien dichas, por si se hubieren perdido. Si tampoco me diere el Señor esto, con cansarme y acrecentar el mal de cabeza por obediencia, quedaré con ganancia, aunque de lo que dijere no se saque ningún provecho.

Y ansí comienzo a cumplirla hoy, día de la Santísima Trenidad (1), año de MDLXXVII, en este monesterio de San Josef del Carmen en Toledo, adonde a el presente estoy, sujetándome en todo lo que dijere a el parecer de quien me lo manda escribir, que son personas de grandes letras. Si alguna cosa dijere que no vaya conforme a lo que tiene la santa Ilesia Católica Romana (2), será por inorancia y no por malicia. Esto se puede tener por cierto, y que siempre estoy y estaré sujeta, por la bondad de Dios, y lo he estado a ella. Sea por siempre bendito, amén, y glorificado.

Díjome quien me mandó escribir, que como estas monjas de estos monesterios de Nuestra Señora del Carmen tienen necesidad de quien algunas dudas de oración las declare, y que le parecía que mejor se entienden el lenguaje unas mujeres de otras, y (3) con el amor que me tienen les haría más al caso lo que yo les dijese, tiene entendido por esta causa será de alguna importancia si se acierta a decir alguna cosa; y por esto (4) iré hablando con ellas en lo que escribiré, y porque parece desatino pensar que puede hacer al caso a otras personas: harta merced me hará Nuestro Señor si a alguna de ellas se aprovechare para alabarle algún poquito más. Bien sabe Su Majestad que yo no pretendo otra cosa; y está muy claro que, cuando algo se atinare a decir, entenderán no es mío, pues no hay causa para ello, si no fuere tener tan poco entendimiento como yo habilidad para cosas semejantes, si el Señor, por su misericordia, no la da.

---

1 2 de Junio de 1577. *Trenidad* por *Trinidad.*

2 *Católica, Romana.* Estas dos palabras están puestas entre líneas por la Santa.

3 *Y que,* había escrito, y borró el *que.*

4 *Y por esta causa,* escribió primero, pero enmendó luego la frase. *Por esto,* lee también Fr. Luis de León.

MORADAS PRIMERAS

HAY EN ELLAS DOS CAPITULOS

CAPITULO PRIMERO (1)

EN QUE TRATA DE LA HERMOSURA Y DINIDAD DE NUESTRAS ALMAS. PONE UNA COMPARACION PARA ENTENDERSE, Y DICE LA GANANCIA QUE ES ENTENDERLA Y SABER LAS MERCEDES QUE RECIBIMOS DE DIOS, Y COMO LA PUERTA DESTE CASTILLO ES ORACION.

Estando hoy suplicando a Nuestro Señor hablase por mí, porque yo no atinaba a cosa que decir ni cómo comenzar a cumplir esta obediencia, se me ofreció lo que ahora diré, para comenzar con algún fundamento: que es considerar nuestra alma como un castillo todo de un diamante u muy claro cristal, adonde hay muchos aposentos, ansí como en el cielo hay muchas moradas (2). Que si bien lo consideramos, hermanas, no es otra cosa el alma del justo, sino un paraíso adonde dice El tiene sus deleites (3). Pues ¿qué tal os parece que será el aposento adonde un Rey tan poderoso, tan sabio, tan limpio, tan lleno de todos los bienes se deleita? No hallo yo cosa con que comparar la gran hermosura de un alma y la gran capacidad. Y verdaderamente, apenas deben llegar nuestros entendimientos, por agudos que fuesen, a comprehenderla, ansí como no pueden llegar a considerar a Dios; pues El mesmo dice, que nos crió a su imagen y semejanza (4). Pues si esto es, como lo es, no hay para qué nos cansar en que-

1 II, dice por equivocación el autógrafo.
2 Joan., XIV, 2.
3 *Prov.*, VIII, 31.
4 *Gen.*, I, 26.

rer comprehender la hermosura de este castillo; porque puesto que hay la diferencia de él a Dios, que del Criador a la criatura, pues es criatura, basta decir Su Majestad que es hecha a su imagen, para que apenas podamos entender (1) la gran dinidad y hermosura del ánima.

No es pequeña lástima y confusión que, por nuestra culpa, no entendamo[s] (2) a nosotros mesmos, ni sepamos quién somos. ¿No sería gran inorancia, hijas mías, que preguntasen a uno quién es, y no se conociese, ni supiese quién fué su padre, ni su madre, ni de qué tierra? Pues si esto sería gran bestialidad, sin comparación es mayor la que hay en nosotras, cuando no procuramos saber qué cosa somos, sino que nos detenemos en estos cuerpos, y ansí a bulto, porque lo hemos oído y porque nos lo dice la fe, sabemos que tenemos almas. Mas qué bienes puede haber en esta alma, u quién está dentro en esta alma, u el gran valor de ella, pocas veces lo consideramos; y ansí se tiene en tan poco procurar con todo cuidado conservar su hermosura. Todo se nos va en la grosería del engaste u cerca de este castillo, que son estos cuerpos.

Pues consideremos que este castillo tiene, como he dicho, muchas moradas, unas en lo alto, otras en bajo, otras a los lados; y en el centro y mitad de todas éstas tiene la más principal, que es adonde pasan las cosas de mucho secreto entre Dios y el alma. Es menester que vais (3) advertidas a esta comparación. Quizá será Dios servido pueda por ella daros algo a entender de las mercedes que es Dios servido hacer a las almas, y las diferencias que hay en ellas, hasta donde yo hubiere entendido que es posible; que todas será imposible entenderlas nadie, sigún son muchas: ¡cuánto más quien es tan ruin como yo! Porque os será gran consuelo, cuando el Señor os las hiciere, saber que es posible; y a quien no, para alabar su gran bondad. Que ansí como no nos hace daño considerar las cosas que hay en el cielo, y lo que gozan los bienaventurados, antes nos alegra-

---

1 *Para que apenas podamos entender, etc.* Aquí borró la misma Santa algunas palabras y corrigió otras, dejando la frase como en el texto se publica.

2 *Entendamo,* escribe distraídamente la Santa.

3 *Vayáis,* diríamos hoy.

mos y procuramos alcanzar lo que ellos gozan; tampoco nos hará ver que es posible en este destierro comunicarse un tan gran Dios con unos gusanos tan llenos de mal olor, y amar una bondad tan buena, y una misericordia tan sin tasa. Tengo por cierto, que a quien hiciere daño entender que es posible hacer Dios esta merced en este destierro, que estará muy falta de humildad y del amor del prójimo; porque si esto no es, ¿cómo nos podemos dejar de holgar de que haga Dios estas mercedes a un hermano nuestro, pues no impide para hacérnoslas a nosotras, y de que Su Majestad dé a entender sus grandezas, sea en quien fuere? Que algunas veces será sólo por mostrarlas, como dijo del ciego que dió vista, cuando le preguntaron los Apóstoles si era por sus pecados u de sus padres (1). Y ansí acaece no las hacer por ser más santos a quien las hace que a los que no, sino porque se conozca su grandeza, como vemos en San Pablo y la Madalena, y para que nosotros le alabemos en sus criaturas.

Podráse decir que parecen cosas imposibles, y que es bien no escandalizar los flacos. Menos se pierde en que ellos no lo crean, que no en que se dejen de aprovechar a los que Dios las hace; y se regalarán y despertarán a más amar a quien hace tantas misericordias, siendo tan grande su poder y majestad. Cuánto más, que sé que hablo con quien no habrá este peligro; porque saben y creen que hace Dios aun muy mayores muestras de amor. Yo sé que quien esto no creyere, no lo verá por expiriencia; porque es muy amigo de que no pongan tasa a sus obras, y ansí, hermanas, jamás os acaezca a las que el Señor no llevare por este camino.

Pues, tornando a nuestro hermoso y deleitoso castillo, hemos de ver cómo podremos entrar en él. Parece que digo algún disbarate (2); porque si este castillo es el ánima, claro está que no hay para qué entrar, pues se es él mesmo; como parecería desatino decir a uno que entrase en una pieza, estando ya dentro. Mas habéis de entender, que va mucho de estar a estar; que hay

1 Joan., IX, 2.
2 Por *disparate*.

muchas almas que se están en la ronda del castillo, que es adonde están los que le guardan, y que no se les da nada de entrar dentro, ni saben qué hay en aquel tan precioso lugar, ni quién está dentro, ni aun qué piezas tiene. Ya habréis oído en algunos libros de oración aconsejar a el alma que entre dentro de sí: pues esto mesmo es.

Decíame poco ha un gran letrado, que son las almas que no tienen oración, como un cuerpo con perlesía u tollido (1), que aunque tiene pies y manos, no los puede mandar, que ansí son: que hay almas tan enfermas y mostradas a estarse en cosas exteriores, que no hay remedio, ni parece que pueden entrar dentro de sí; porque ya la costumbre la tiene tal, de haber siempre tratado con las sabandijas y bestias que están en el cerco del castillo, que ya casi está hecha como ellas; y con ser de natural tan rica, y poder tener su conversación no menos que con Dios, no hay remedio. Y si estas almas no procuran entender y remediar su gran miseria, quedarse han hechas estatuas de sal, por no volver la cabeza hacia sí, ansí como lo quedó la mujer de Lod por volverla (2).

Porque, a cuanto yo puedo entender, la puerta para entrar en este castillo, es la oración y consideración; no digo más mental que vocal, que como sea oración, ha de ser con consideración. Porque la que no advierte con quién habla, y lo que pide, y quién es quien pide, y a quién, no la llamo yo oración, aunque mucho menee los labios. Porque aunque algunas veces sí será aunque no lleve este cuidado, mas es habiéndole llevado otras; mas quien tuviese de costumbre hablar con la majestad de Dios, como hablaría con su esclavo, que ni mira si dice mal, sino lo que se le viene a la boca y tiene deprendido, por hacerlo otras veces, no la tengo por oración, ni plega a Dios que ningún cristiano la tenga de esta suerte. Que entre vosotras, hermanas, espero en Su Majestad no la (3) habrá, por la costumbre que

---

1 Por *tullido*. *Tullidas* dirá la misma Santa un poco mas adelante.
2 *Gen.*, XIX, 26.
3 La vocal de esta palabra no está bien trazada en el autógrafo, y da lugar a diversas lecturas. Debe de ser *a*, por cuanto se refiere a la *oración* demasiado familiar y distraída de que viene hablando. *No la habrá*, leen también Jerónimo Gracián y Fr. Luis de León.

hay de tratar de cosas interiores, que es harto bueno para no caer en semejante bestialidad (1).

Pues no hablemos con estas almas tullidas, que si no viene el mesmo Señor a mandarlas se levanten, como al que había treinta (2) años que estaba en la picina (3), tienen harta mala ventura, y gran peligro; sino con otras almas que, en fin, entran en el castillo. Porque, aunque están muy metidas en el mundo, tienen buenos deseos, y alguna vez, aunque de tarde en tarde, se encomiendan a Nuestro Señor, y consideran quién son, aunque no muy despacio. Alguna vez, en un mes, rezan llenos de mil negocios, el pensamiento casi lo ordinario en esto, porque están tan asidos a ellos, que, como adonde está su tesoro se va allá el corazón (4), ponen por sí algunas veces de desocuparse, y es gran cosa el propio conocimiento y ver que no van bien, para atinar a la puerta. En fin, entran en las primeras piezas de las bajas; mas entran con ellos tantas sabandijas, que ni le dejan ver la hermosura del castillo, ni sosegar: harto hacen en haber entrado.

Pareceros ha, hijas, que es esto impertinente, pues, por la bondad del Señor, no sois de éstas. Habéis de tener paciencia, porque no sabré dar a entender como yo tengo entendido algunas cosas interiores de oración, si no es ansí, y aun plega el Señor que atine a decir algo; porque es bien dificultoso lo que querría daros a entender, si no hay expiriencia; si la hay, veréis que no se puede hacer menos de tocar en lo que, plega a el Señor, no nos toque por su misericordia.

---

1 El P. Jerónimo Gracián, borrando esta palabra en el autógrafo, escribe *abominación*.
2 *Y ocho*, añade Gracián entre líneas, y así es la verdad, como puede verse en San Juan, capítulo V, versículo 5.
3 Por *piscina*.
4 Matth., VI, 21.

CAPITULO II

TRATA DE CUAN FEA COSA ES UN ALMA QUE ESTA EN PECADO MORTAL, Y COMO QUISO DIOS DAR A ENTENDER ALGO DESTO A UNA PERSONA. TRATA TAMBIEN ALGO SOBRE EL PROPIO CONOCIMIENTO. ES DE PROVECHO, PORQUE HAY ALGUNOS PUNTOS DE NOTAR. DICE COMO SE HAN DE ENTENDER ESTAS MORADAS.

Antes que pase adelante, os quiero decir que consideréis, qué será ver este castillo tan resplandeciente y hermoso, esta perla oriental, este árbol de vida, que está plantado en las mesmas aguas vivas de la vida, que es Dios, cuando cay en un pecado mortal. No hay tinieblas más tenebrosas, ni cosa tan oscura y negra, que no lo esté mucho más. No queráis más saber de que con estarse el mesmo sol, que le daba tanto resplandor y hermosura, todavía en el centro de su alma (1), es como si allí no estuviese para participar de El, con ser tan capaz para gozar de Su Majestad, como el cristal para resplandecer en él el sol. Ninguna cosa le aprovecha, y de aquí viene que todas las buenas obras que hiciere estando ansí en pecado mortal, son de ningún fruto (2) para alcanzar gloria; porque no procediendo de aquel principio, que es Dios, de donde nuestra virtud es virtud, y apartándonos de El, no puede ser agradable a sus ojos; pues, en fin, el intento de quien hace un pe-

---

1 Por *essencia, presencia y potencia,* escribe entre líneas el P. Gracián.
2 Borra el P. Gracián la palabra *fruto*, y en su lugar pone *merescimiento*.

cado mortal, no es contentarle, sino hacer placer al demonio, que como es las mesmas tinieblas, ansí la pobre alma queda hecha una mesma tiniebla.

Yo sé de una persona (1), a quien quiso Nuestro Señor mostrar cómo quedaba un alma cuando pecaba mortalmente. Dice aquella persona, que le parece, si lo entendiesen, no sería posible ninguno pecar (2), aunque se pusiese a mayores trabajos que se pueden pensar por huir de las ocasiones. Y ansí le dió mucha gana que todos lo entendieran; y ansí os la dé a vosotras, hijas, de rogar mucho a Dios por los que están en este estado, todos hechos una escuridad, y ansí son sus obras. Porque ansí como de una fuente muy clara lo son todos los arroícos que salen de ella, como es un alma que está en gracia, que de aquí le viene ser sus obras tan agradables a los ojos de Dios y de los hombres (porque proceden de esta fuente de vida, adonde el alma está como un árbol plantado en ella; que la frescura y fruto no tuviera, si no le procediere de allí, que esto le sustenta y hace no secarse, y que dé buen fruto); ansí el alma que por su culpa se aparta desta fuente, y se planta en otra de muy negrísima agua y de muy mal olor, todo lo que corre de ella es la mesma desventura y suciedad.

Es de considerar aquí, que la fuente y aquel sol resplandeciente que está en el centro del alma (3), no pierde su resplandor y hermosura, que siempre está dentro de ella y cosa no puede quitar su hermosura. Mas si sobre un cristal que está a el sol, se pusiese un paño muy negro, claro está que, aunque el sol dé en él, no hará su claridad operación en el cristal.

¡Oh almas redemidas por la sangre de Jesucristo! ¡entendeos y habed lástima de vosotras! ¿Cómo es posible que en-

---

1 La propia Santa. Véase la Relación XXIV, (t. II, p. 55).

2 Entiéndase, no de la imposibilidad absoluta, sino de la dificultad de pecar una persona a quien Dios otorga la gracia de ver el estado de un alma en pecado.

3 *Centro del alma.* El alma como substancia espiritual, propiamente hablando, no tiene centros, ni extremos, pero de alguna manera han de explicar los místicos los toques y operaciones de Dios en ella. Al decir la Santa que Dios está en el centro del alma, quiere significar que mora en lo más íntimo y recóndito de ella, lejos de los sentidos y ruido y movimiento de las potencias. Este y otros muchos términos análogos, están ya admitidos y consagrados por los escritores de teología mística, y los han usado todas las almas perfectas al declarar la maravillosa acción de la gracia en ellas.

tendiendo esto no procuráis quitar esta pez de este cristal? Mirá que si se os acaba la vida, jamás tornaréis a gozar de esta luz. ¡Oh Jesús! ¡qué es ver a un alma apartada de ella! ¡cuáles quedan los pobres aposentos del castillo! ¡qué turbados andan los sentidos, que es la gente que vive en ellos! Y las potencias, que son los alcaides y mayordomos y mastresalas (1), ¡con qué ceguedad, con qué mal gobierno! En fin, como adonde está plantado el árbol, que es el demonio, ¿qué fruto puede dar?

Oí una vez a un hombre espiritual, que no se espantaba de cosas que hiciese uno que está en pecado mortal, sino de lo que no hacía. Dios por su misericordia nos libre de tan gran mal, que no hay cosa mientra vivimos que merezca este nombre de mal, sino ésta, pues acarrea males eternos para sin fin. Esto es, hijas, de lo que hemos de andar temerosas, y lo que hemos de pedir a Dios en nuestras oraciones; porque, si El no guarda la ciudad, en vano trabajaremos (2), pues somos la mesma vanidad (3). Decía aquella persona (4) que había sacado dos cosas de la merced que Dios le hizo: la una, un temor grandísimo de ofenderle, y ansí siempre le andaba suplicando no la dejase caer, viendo tan terribles daños; la segunda, un espejo para la humildad, mirando cómo cosa buena que hagamos no viene su principio de nosotros, sino de esta fuente adonde está plantado este árbol de nuestras almas, y (5) de este sol, que da calor a nuestras obras. Dice que se le representó esto tan claro, que en haciendo alguna cosa buena, u viéndola hacer, acudíe (6) a su principio, y entendía cómo sin esta ayuda no podíamos nada; y de aquí le procedía ir luego a alabar a Dios, y, lo más ordinario, no se acordar de sí en cosa buena que hiciese.

No sería tiempo perdido, hermanas, el que gastásedes en leer esto, ni yo en escribirlo, si quedásemos con estas dos cosas,

---

1 Por *maestresala*.
2 Ps. CXXVI, 2.
3 *La vanidad mesma*, corrige Gracián, borrando el *mesma* de la Santa y escribiéndolo de su letra pospuesto al substantivo.
4 *Personas*, había escrito, pero la propia Santa tachó la *s* final.
5 *Es*. La Santa misma borra esta palabra que había escrito en este lugar.
6 Por *acudía*.

que los letrados y entendidos muy bien las saben, mas nuestra torpeza de las mujeres todo lo ha menester; y ansí, por ventura quiere el Señor que venga (1) a nuestra noticia semejantes comparaciones. Plega a su bondad nos dé gracia para ello.

Son tan escuras de entender estas cosas interiores, que a quien tan poco sabe como yo, forzado habrá de decir muchas cosas superfluas y aún desatinadas, para decir alguna que acierte. Es menester tenga paciencia quien lo leyere, pues yo la tengo para escribir lo que no sé; que, cierto, algunas veces tomo el papel como una cosa boba, que ni sé qué decir ni cómo comenzar. Bien entiendo que es cosa importante para vosotras declarar algunas interiores como pudiere; porque siempre oímos cuán buena es la oración, y tenemos de costitución tenerla tantas horas (2), y no se nos declara más de lo que podemos nosotras; y de cosas que obra el Señor en un alma, declárase poco, digo sobrenatural. Diciéndose y dándose a entender de muchas maneras, sernos ha mucho consuelo considerar este artificio celestial interior, tan poco entendido de los mortales, aunque vayan muchos por él. Y aunque en otras cosas que he escrito ha dado el Señor algo a entender, entiendo que algunas no las había entendido como después acá, en especial de las más dificultosas. El trabajo es, que para llegar a ellas, como he dicho, se habrán de decir muchas muy sabidas, porque no puede ser menos para mi rudo ingenio.

Pues tornemos ahora a nuestro castillo de muchas moradas. No habéis de entender estas moradas una en pos de otra, como cosa enhilada, sino poné los ojos en el centro, que es la pieza u palacio, adonde está el rey, y considerad como un palmito (3), que, para llegar a lo que es de comer, tiene muchas coberturas que todo lo sabroso cercan. Ansí acá, en rededor de esta pieza, están muchas, y encima lo mesmo. Porque las cosas del alma

---

1 Por *vengan.*

2 La carmelita, según su Regla, debe estar día y noche meditando en la ley del Señor; mas como esto no sea posible en todo el rigor de la palabra, las Constituciones señalan dos horas ex profeso para la oración en comunidad, aparte de la que cada religiosa puede tener en el cumplimiento de los deberes que la obediencia le imponga, muy compatibles con una continuada y amorosa presencia de Dios.

3 Planta de la familia de las palmas y recubierta de hojas, muy abundante en las provincias de Levante y Andalucía, que contiene un tallo o médula bastante agradable al paladar.

siempre se han de considerar con plenitud y anchura y grandeza, pues no le levantan nada, que capaz es de mucho más que podremos considerar, y a todas partes de ella se comunica este sol, que está en este palacio. Esto importa mucho a cualquier alma que tenga oración, poca u mucha, que no la arrincone ni apriete. Déjela andar por estas moradas, arriba y abajo y a los lados, pues Dios la dió tan gran dinidad; no se estruje en estar mucho tiempo en una pieza sola. ¡Uh, que sí es en el propio conocimiento! Que con cuan necesario es esto (miren que me entiendan), aun a las que las tiene el Señor en la mesma morada que El está, que jamás, por encumbrada que esté, le cumple otra cosa, ni podrá aunque quiera; que la humildad siempre labra como la abeja en la colmena la miel, que sin esto todo va perdido. Mas consideremos que la abeja no deja de salir a volar para traer flores; ansí el alma en el propio conocimiento: créame, y vuele algunas veces a considerar la grandeza y majestad de su Dios. Aquí hallará su bajeza mejor que en sí mesma y más libre de las sabandijas adonde entran en las primeras piezas, que es el propio conocimiento; que aunque, como digo, es harta misericordia de Dios que se ejercite en esto, tanto es lo de más como lo de menos, suelen decir. Y créanme, que con la virtud de Dios obraremos muy mejor virtud, que muy atadas a nuestra tierra.

No sé si queda dado bien a entender, porque es cosa tan importante este conocernos, que no querría en ello hubiese jamás relajación, por subidas que estéis en los cielos; pues mientra estamos en esta tierra, no hay cosa que más nos importe que la humildad. Y ansí torno a decir, que es muy bueno y muy rebueno tratar de entrar primero en el aposento adonde se trata de esto, que volar a los demás, porque éste es el camino; y si podemos ir por lo seguro y llano, ¿para qué hemos de querer alas para volar? Mas que busque cómo aprovechar más en esto; y a mi parecer, jamás nos acabamos de conocer, si no procuramos conocer a Dios: mirando su grandeza, acudamos a nuestra bajeza; y mirando su limpieza, veremos nuestra suciedad; considerando su humildad, veremos cuán lejos estamos de ser humildes.

Hay dos ganancias de esto: la primera, está claro que parece una cosa blanca, muy más blanca cabe la negra, y al contrario la negra cabe la blanca; la segunda es, porque nuestro entendimiento y voluntad se hace más noble y más aparejado para todo bien, tratando a vueltas de sí con Dios; y si nunca salimos de nuestro cieno de miserias, es mucho inconveniente. Ansí como decíamos de los que están en pecado mortal, cuán negras y de mal olor son sus corrientes; ansí acá, aunque no son como aquellas (Dios nos libre, que esto es comparación). Metidos siempre en la miseria de nuestra tierra, nunca el corriente saldrá de cieno de temores, de pusilaminidad (1) y cobardía: de mirar si me miran, no me miran; si, yendo por este camino, me sucederá mal; si osaré comenzar aquella obra, si será soberbia; si es bien que una persona tan miserable trate de cosa tan alta como la oración; si me ternán por mejor, si no voy por el camino de todos; que no son buenos los extremos, aunque sea en virtud; que, como soy tan pecadora, será caer de más alto; quizá no iré adelante, y haré daño a los buenos; que una como yo no ha menester particularidades.

¡Oh, válame Dios, hijas, qué de almas debe el demonio de haber hecho perder mucho por aquí! Que todo esto les parece humildad, y otras muchas cosas que pudiera decir, y viene de no acabar de entendernos; tuerce el propio conocimiento, y si nunca salimos de nosotros mesmos, no me espanto que esto y más se puede temer. Por eso digo, hijas, que pongamos los ojos en Cristo, nuestro bien, y allí deprenderemos la verdadera humildad (2) y en sus santos, y ennoblecerse ha el entendimiento, como he dicho, y no hará el propio conocimiento ratero y cobarde; que aunque ésta es la primera morada, es muy rica, y de tan gran precio, que si se descabulle de las sabandijas de ella, no se quedará sin pasar adelante. Terribles son los ardides y mañas del demonio, para que las almas no se conozcan ni entiendan sus caminos.

---

1 Por *pusilanimidad*.

2 *Humiltad*, escribe distraidamente la Santa.

Destas moradas primeras podré yo dar muy buenas señas de expiriencia. Por eso digo, que no consideren pocas piezas, sino un millón; porque de muchas maneras entran almas aquí, unas y otras con buena intención. Mas, como el demonio siempre la tiene tan mala, debe tener en cada una muchas legiones de demonios para combatir que no pasen de unas a otras; y, como la pobre alma no lo entiende, por mil maneras nos hace trampantojos: lo que no puede tanto a las que están más cerca de donde está el rey. Que aquí, como aun se están embebidas en el mundo, y engolfadas en sus contentos, y desvanecidas en sus honras y pretensiones, no tienen la fuerza los vasallos del alma, que son los sentidos y potencias, que Dios les dió de su natural, y fácilmente estas almas son vencidas, aunque anden con deseos de no ofender a Dios, y hagan buenas obras. Las que se vieren en este estado, han menester acudir a menudo, como pudieren, a Su Majestad, tomar a su bendita Madre por intercesora, y a sus Santos, para que ellos peleen por ellas; que sus criados poca fuerza tienen para se defender. A la verdad, en todos estados es menester que nos venga de Dios. Su Majestad nos la dé por su misericordia. Amén.

¡Qué miserable es la vida en que vivimos! Porque en otra parte dije mucho del daño que nos hace, hijas, no entender bien esto de la humildad y propio conocimiento (1), no os digo más aquí, aunque es lo que más nos importa; y aun plega el Señor haya dicho algo que os aproveche.

Habéis de notar, que en estas moradas primeras aun no llega casi nada la luz que sale del palacio donde está el Rey (2); porque, aunque no están escurecidas y negras como cuando el alma está en pecado, está escurecida en alguna manera, para que no la pueda ver, el que está en ella digo, y no por culpa de la pieza (que no sé darme a entender), sino porque con tantas cosas malas de culebras, y víboras y cosas emponzoñosas que entraron con él, no le dejan advertir a la luz. Como si uno entrase en

---

1 *Libro de la Vida,* c. XIII; *Camino de Perfección,* c. XII y XIII y en otros lugares.

2 Aquí puso el P. Gracián una nota, que cuando se recortaron los márgenes desapareció en buena parte.

una parte adonde entra mucho sol, y llevase tierra en los ojos, que casi no los pudiese abrir. Clara está la pieza, mas él no lo goza por el impedimento, u cosas de estas fieras y bestias (1), que le hacen cerrar los ojos para no ver sino a ellas. Ansí me parece debe ser un alma, que aunque no está en mal estado, está tan metida en cosas del mundo, y tan empapada en la hacienda u honra u negocios, como tengo dicho, que aunque en hecho de verdad se querría ver y gozar de su hermosura, no le dejan, ni parece que puede descabullirse de tantos impedimentos. Y conviene mucho para haber de entrar a las segundas moradas, que procure dar de mano a las cosas y negocios no necesarios, cada uno conforme a su estado. Que es cosa que le importa tanto para llegar a la morada principal, que si no comienza a hacer esto, lo tengo por imposible; y aun estar sin mucho peligro en la que está, aunque haya (2) entrado en el castillo, porque entre cosas tan ponzoñosas, una vez u otra es imposible dejarle de morder.

¿Pues qué sería, hijas, si a las que ya están libres de estos tropiezos, como nosotras, y hemos ya entrado muy más dentro a otras moradas secretas del castillo, si por nuestra culpa tornásemos a salir a estas baraúndas, como por nuestros pecados debe haber muchas personas, que las ha hecho Dios mercedes, y por su culpa las echan a esta miseria? Acá libres estamos en lo exterior; en lo interior plega el Señor que lo estemos, y nos libre. Guardaos, hijas mías, de cuidados ajenos. Mirá que en pocas moradas de este castillo dejan de combatir los demonios. Verdad es que en algunas tienen fuerza las guardas para pelear, como creo he dicho que son las potencias; mas es mucho menester no nos descuidar para entender sus ardides, y que no nos engañen, hecho ángel de luz; que hay una multitud de cosas, con que nos puede hacer daño, entrando poco a poco, y hasta haberle hecho no le entendemos.

Ya os dije otra vez (3), que es como una lima sorda, que

---

1 *De temores y tristezas,* añade entre líneas el P. Gracián.
2 *Esta,* habia escrito aquí la Santa, y ella misma borró la palabra.
3 *Camino de Perfección,* c. XXXVIII y XXXIX.

hemos menester entenderle a los principios. Quiero decir alguna cosa, para dároslo mejor a entender. Pone en una hermana varios ímpetus de penitencia, que le parece no tiene descanso, sino cuando se está atormentando. Este principio, bueno es; mas si la priora ha mandado que no hagan penitencia sin licencia, y le hace parecer que en cosa tan buena bien se puede atrever, y escondidamente se da tal vida que viene a perder la salud, y no hacer lo que manda su Regla, ya veis en qué paró este bien. Pone a otra un celo de la perfeció[n] (1) muy grande: esto muy bueno es; mas podría venir de aquí, que cualquier faltita de las hermanas le pareciese una gran quiebra, y un cuidado de mirar si las hacen, y acudir a la priora; y aun a las veces podría ser no ver las suyas, por el gran celo que tiene de la relisión: como las otras no entienden lo interior, y ven el cuidado, podría ser no lo tomar tan bien.

Lo que aquí pretende el demonio, no es poco, que es enfriar la caridad y el amor de unas con otras, que sería gran daño. Entendamos, hijas mías, que la perfeción verdadera es amor de Dios y del prójimo, y mientra con más perfeción guardáremos estos dos mandamientos, seremos más perfetas. Toda nuestra Regla y Costituciones no sirven de otra cosa, sino de medios para guardar esto con más perfeción. Dejémonos de celos indiscretos, que nos pueden hacer mucho daño; cada una se mire a sí. Porque en otra parte os he dicho harto sobre esto (2), no me alargaré.

Importa tanto este amor de unas con otras, que nunca querría que se os olvidase; porque de andar mirando en las otras unas naderías, que a las veces no será imperfeción, sino, como sabemos poco, quizá lo echaremos a la peor parte, puede el alma perder la paz, y aun inquietar la de las otras: mirá si costaría caro la perfeción. También podría el demonio poner esta tentación con la priora, y sería más peligrosa. Para esto es menester mucha discreción; porque si fuesen cosas que van contra la Regla y Costitución, es menester que no todas veces se eche

1 Suplimos la *n*, que la Santa omite por descuido.
2 Véase el *Libro de la Vida*, c. XIII, y *Modo de visitar los conventos de religiosas.*

a buena parte, sino avisarla; y si no se enmendare, a el perlado: esto es caridad. Y también con las hermanas, si fuese alguna cosa grave; y dejarlo todo por miedo si es tentación, sería la mesma tentación. Mas hase de advertir mucho, porque no nos engañe el demonio, no lo tratar una con otra, que de aquí puede sacar el demonio gran ganancia y comenzar costumbre de mormuración; sino con quien ha de aprovechar, como tengo dicho. Aquí, gloria a Dios, no hay tanto lugar, como se guarda tan contino silencio; mas bien es que estemos sobre aviso.

MORADAS SEGUNDAS

HAY EN ELLA UN CAPITULO SOLO

CAPITULO UNICO (1)

TRATA DE LO MUCHO QUE IMPORTA LA PERSEVERANCIA PARA LLEGAR A LAS POSTRERAS MORADAS, Y LA GRAN GUERRA QUE DA EL DEMONIO, Y CUANTO CONVIENE NO ERRAR EL CAMINO EN EL PRINCIPIO PARA ACERTAR. DA UN MEDIO QUE HA PROBADO SER MUY EFICAZ.

Ahora vengamos a hablar cuáles serán las almas que entran a las segundas moradas, y qué hacen en ellas. Querría deciros poco, porque lo he dicho en otras partes bien largo (2), y será imposible dejar de tornar a decir (3) otra vez mucho de ello, porque cosa no se me acuerda de lo dicho; que si le pudiera guisar (4) de diferentes maneras, bien sé que no os enfadárades (5), como nunca nos cansamos de los libros que tratan de esto, con ser muchos.

Es de los que han ya comenzado a tener oración, y entendido lo que les importa no se quedar en las primeras moradas; mas no tienen aún determinación para dejar muchas veces de estar en ella, porque no dejan las ocasiones, que es harto peli-

---

1 La Santa sólo escribe: *capítulo;* la otra palabra es de Fr. Luis de León.

2 *Libro de la Vida,* c. XI-XIII, y *Camino de Perfección,* c. XX-XXIX.

3 *Decirlo,* había escrito, y borró el sufijo.

4 *Que si se pudiera guisar.* Esta parece ser la lectura definitiva de esta frase, tal como la dejó corregida la Santa. Fr. Luis de León la imprimió así en su edición de Salamanca: *que si lo pudiera guisar,* más correcta, sin duda, pero no conforme al autógrafo. Gracián la traslada en su copia de Córdoba diciendo: *que si lo supiera guisar,* que es lo que de primera intención parece quiso poner la Santa antes de enmendar el original.

5 Por *enfadariais.*

gro. Mas harta misericordia es que algún rato procuren huir de las culebras y cosas emponzoñosas, y entiendan que es bien dejarlas. Estos, en parte, tienen harto más trabajo que los primeros, aunque no tanto peligro; porque ya parece los entienden, y hay gran esperanza de que entrarán más adentro. Digo que tienen más trabajo, porque los primeros son como mudos, que no oyen, y ansí pasan mejor su trabajo de no hablar; lo que no pasarían, sino muy mayor, los que oyesen y no pudiesen hablar. Mas no por eso se desea más lo de los que no oyen, que, en fin, es gran cosa entender lo que nos dicen. Ansí éstos entienden (1) los llamamientos que les hace el Señor; porque, como van entrando más cerca de donde está Su Majestad, es muy buen vecino, y tanta su misericordia y bondad, que aun estándonos en nuestros pasatiempos, y negocios, y contentos y baraterías del mundo, y aun cayendo y levantando en pecados (porque estas bestias son tan ponzoñosas, y peligrosa (2) su compañía y bulliciosas, que por maravilla dejarán de tropezar en ellas para caer), con todo esto, tiene en tanto este Señor nuestro que le queramos y procuremos su compañía, que, una vez u otra, no nos deja de llamar para que nos acerquemos a El; y es esta voz tan dulce, que se deshace la pobre alma en no hacer luego lo que le manda; y ansí, como digo, es más trabajo, que no (3), no lo oir.

No digo que son estas voces y llamamientos como otras que diré después, sino con palabras que oyen a gente buena, u sermones, u con lo que leen en buenos libros, y cosas muchas que habéis oído, por donde llama Dios, u enfermedades, trabajos, y también con una verdad que enseña en aquellos ratos que estamos en la oración: sea cuan flojamente quisierdes (4), tiénelos Dios en mucho. Y vosotras, hermanas, no tengáis en poco esta primer merced, ni os desconsoléis aunque no respondáis luego al Señor; que bien sabe Su Majestad aguardar muchos días

---

1 Entre líneas escribe el P. Gracián: *algo más de.*
2 *Peligrosas,* escribió primero, pero borró la última *s.*
3 Uno de estos advervios viene entre líneas de letra de la Santa.
4 Por *quisiereis.*

y años, en especial cuando ve perseverancia y buenos deseos. Esta es lo más necesario aquí, porque con ella jamás se deja de ganar mucho. Mas es terrible la batería que aquí dan los demonios, de mil maneras, y con más pena del alma que aun en la pasada; porque acullá estaba muda y sorda, al menos oía muy poco, y resestía (1) menos, como quien tiene en parte perdida la esperanza de vencer. Aquí está el entendimiento más vivo, y las potencias más hábiles; andan los golpes y la artillería de manera, que no lo puede el alma dejar de oir. Porque aquí es el representar los demonios estas culebras de las cosas del mundo y el hacer los contentos de él casi eternos, la estima en que está tenido en él, los amigos y parientes, la salud en las cosas de penitencia (que siempre comienza el alma que entra en esta morada a desear hacer alguna), y otras mil maneras de impedimentos.

¡Oh Jesús, qué es la baraúnda que aquí ponen los demonios, y las afliciones de la pobre alma, que no sabe si pasar adelante u tornar a la primera pieza! Porque la razón, por otra parte, le representa el engaño que es pensar que todo esto vale nada en comparación de lo que pretende. La fe la enseña cuál es lo que le cumple. La memoria le representa en lo que paran todas estas cosas, trayéndole presente la muerte de los que mucho gozaron estas cosas que ha visto, como algunas ha visto súpitas; cuán presto son olvidados de todos, como ha visto a algunos, que conoció en gran prosperidad, pisar debajo de la tierra, y aun pasado por la sepoltura (2) él muchas veces, y mirar que están en aquel cuerpo hirviendo muchos gusanos, y otras hartas cosas que le puede poner delante. La voluntad se inclina a (3) amar adonde tan inumerables (4) cosas y muestras ha visto de amor, y querría pagar alguna; en especial se le pone delante cómo nunca se quita de con él este verdadero amador, acompañándole, dándole vida y ser. Luego el entendimiento acude con darle a enten-

1 Por *resistía.*
2 Por *sepultura.*
3 Esta letra no es de ningún corrector, como se dice en la edición autografiada de Sevilla, sino de la Santa.
4 Así, con una sola *n,* se lee en el autógrafo.

der, que no puede cobrar mejor amigo, aunque viva muchos años; que todo el mundo está lleno de falsedad, y estos contentos (que le pone el demonio) de trabajos y cuidados y contradiciones; y le dice que esté cierto, que fuera de este castillo no hallará siguridad ni paz; que se deje de andar por casas ajenas, pues la suya es tan llena de bienes, si la quiere gozar; que quién hay que halle todo lo que ha menester como en su casa, en especial tiniendo tal huésped, que le hará señor de todos los bienes, si él quiere no andar perdido, como el hijo pródigo, comiendo manjar de puercos.

Razones son éstas para vencer los demonios. Mas, ¡oh Señor y Dios mío, que la costumbre en las cosas de vanidad, y el ver que todo el mundo trata de esto, lo estraga todo! Porque está tan muerta la fe, que queremos más lo que vemos, que lo que ella nos dice; y, a la verdad, no vemos sino harta mala ventura en los que se van tras estas cosas visibles. Mas eso han hecho estas cosas emponzoñosas que tratamos; que, como si a uno muerde una víbora se emponzoña todo y se hincha, ansí es acá: no nos guardamos. Claro está que es menester muchas curas para sanar; y harta merced nos hace Dios, si no morimos de ello. Cierto, pasa el alma aquí grandes trabajos, en especial si entiende el demonio que tiene aparejo en su condición y costumbres para ir muy adelante: todo el infierno juntará, para hacerle tornar a salir fuera.

¡Ah, Señor mío! aquí es menester vuestra ayuda, que sin ella no se puede hacer nada. Por vuestra misericordia, no consintáis que esta alma sea engañada para dejar lo comenzado. Dadle luz, para que vea cómo está en esto todo su bien, y para que se aparte de malas compañías. Que grandísima cosa es tratar con los que tratan de esto; allegarse, no sólo a los que viere en estos aposentos que él está, sino a los que entendiere que han entrado a los de más cerca; porque le será gran ayuda, y tanto los puede conversar, que le metan consigo. Siempre esté con aviso de no se dejar vencer; porque si el demonio le ve con una gran determinación de que antes perderá la vida y el descanso y todo lo que le ofrece, que tornar a la pieza primera, muy más presto

le dejará. Sea varón, y no de los que se echaban a beber de buzos (1), cuando iban a la batalla, no me acuerdo con quién (2); sino que se determine, que va a pelear con todos los demonios, y que no hay mejores armas que las de la cruz.

Aunque otras veces he dicho esto (3), importa tanto, que lo torno a decir aquí. Es, que no se acuerde que hay regalos en esto que comienza, porque es muy baja manera de comenzar a labrar un tan precioso y grande edificio; y si comienzan sobre arena, darán con todo en el suelo: nunca acabarán de andar desgustados y tentados. Porque no son éstas las moradas adonde se llueve la maná; están más adelante, adonde todo sabe a lo que quiere un alma, porque no quiere sino lo que quiere Dios. Es cosa donosa, que aun nos estamos con mil embarazos y imperfeciones, y las virtudes que aun no saben andar, sino que ha poco que comenzaron a nacer, y aun plega a Dios estén comenzadas, ¿y no habemos vergüenza de querer gustos en la oración, y quejarnos de sequedades? Nunca os acaezca, hermanas; abrazaos con la cruz que vuestro Esposo llevó sobre sí, y entended que ésta ha de ser vuestra empresa; la que más pudiere padecer, que padezca más por El, y será la mejor librada. Lo demás, como cosa acesoria, si os lo diere el Señor, dadle muchas gracias.

Pareceros ha, que para los trabajos exteriores bien determinadas estáis, con que os regale Dios en lo interior. Su Majestad sabe mejor lo que nos conviene; no hay para qué le aconsejar lo que nos ha de dar, que nos puede con razón decir, que no sabemos lo que pedimos (4). Toda la pretensión de quien comienza oración (y no se os olvide esto, que importa mucho), ha de ser trabajar y determinarse y desponerse (5), con cuantas diligencias pueda, a hacer su voluntad conformar con la de Dios; y, como diré después, estad muy cierta que en esto consiste toda la mayor perfeción que se puede alcanzar en el camino es-

---

1 Por *bruces*, boca abajo.

2 *Con Gedeón en los Jueces*, cap. VII, 5, advierte el P. Gracián en nota marginal, mutilada en parte por las recortaduras de la encuadernación. El mismo Padre borra, aunque se leen muy bien, estas palabras del autógrafo: *No me acuerdo con quien.*

3 *Libro de la Vida*, c. XI.

4 Matth., XX, 22.

5 Por *disponerse*.

piritual. Quien más perfetamente tuviere esto, más recebirá (1) del Señor, y más adelante está en este camino. No penséis que hay aquí más algarabías, ni cosas no sabidas y entendidas; que en esto consiste todo nuestro bien. Pues si erramos en el principio, quiriendo luego que el Señor haga la nuestra, y que nos lleve como imaginamos, ¿qué firmeza puede llevar este edificio? Procuremos hacer lo que es en nosotros, y guardarnos de estas sabandijas ponzoñosas; que muchas vece[s] (2) quiere el Señor que nos persigan malos pensamientos y nos aflijan, sin poderlos echar de nosotros, y sequedades, y aun algunas veces primite que nos muerdan, para que nos sepamos mejor guardar después y para probar si nos pesa mucho de haberle ofendido.

Por eso, no os desaniméis si alguna vez cayerdes (3), para dejar de procurar ir adelante; que aun de esa caída sacará Dios bien, como hace el que vende la triaca para probar si es buena, que bebe la ponzoña primero. Cuando no viésemos en otra cosa nuestra miseria, y el gran daño que nos hace andar derramados, sino en esta batería que se pasa para tornarnos a recoger, bastaba. ¿Puede ser mayor mal que no nos hallemos en nuestra mesma casa? ¿Qué esperanza podemos tener de hallar sosiego en otras casas (4), pues en las propias no podemos sosegar? Sino que tan grandes y verdaderos amigos y parientes, y con quien siempre, aunque no queramos, hemos de vivir, como son las potencias, ésas parece nos hacen la guerra, como sentidas de la (5) que a ellas les han hecho nuestros vicios. Paz, paz, hermanas mías, dijo el Señor, y amonestó a sus Apóstoles tantas veces (6); pues creéme, que si no la tenemos y procuramos en nuestra casa, que no la hallaremos en los extraños. Acábese ya esta guerra; por la

---

1 *Recebrirá,* escribe la Santa por error material.

2 Como esta falta de concordancia no es usual en la Santa, la tenemos por errata material de su pluma.

3 Por *cayereis.*

4 *Casas,* quiso, sin duda, decir la Santa, aunque en el original se lee *cosas. Casas* leyó Fr. Luis de León, y lo mismo dice una copia antigua que poseo. El P. Gracián lo entendió también así al trasladar el texto en esta forma: «¿Puede ser mayor mal que no nos hallemos en nuestra mesma casa? ¿Qué esperanza podemos tener de hallar sosiego en *otras,* pues en las propias no podemos sosegar?».

5 *Las,* dice el autógrafo, pero como se refiere a la guerra, que acaba de mencionar, nos parece un desliz material de la Santa. *La,* puso en su edición Fr. Luis.

6 Joan., XX, 21.

sangre que derramó por nosotros lo pido yo a los que no han comenzado a entrar en sí; y a los que han comenzado, que no baste para hacerlos tornar atrás. Miren que es peor la recaída que la caída (1); ya ven su pérdida; confíen en la misericordia de Dios, y nonada en sí, y verán cómo Su Majestad le lleva de unas moradas a otras, y le mete en la tierra (2), adonde estas fieras ni le puedan tocar ni cansar; sino que él las sujete a todas, y burle de ellas, y goce de muchos más bienes que podría desear, aun en esta vida digo.

Porque, como dije al principio, os tengo escrito cómo os habéis de haber en estas turbaciones que aquí pone el demonio (3), y cómo no ha de ir a fuerza de brazos el comenzarse a recoger, sino con suavidad, para que podáis estar más continamente, no lo diré aquí más de que, de mi parecer, hace mucho al caso tratar con personas expirimentadas (4); porque en cosas que son necesario hacer, pensaréis que hay gran quiebra. Como no sea el dejarlo, todo lo guiará el Señor a nuestro provecho, aunque no hallemos quien nos enseñe; que para este mal no hay remedio, si no se torna a comenzar, sino ir perdiendo poco a poco cada día más el alma, y aun plega a Dios que lo entienda.

Podría alguna pensar, que si tanto mal es tornar atrás, que mejor será nunca comenzarlo, sino estarse fuera del castillo. Ya os dije al principio, y el mesmo Señor lo dice, que quien anda en el peligro, en él perece (5), y que la puerta para entrar en este castillo es la oración. Pues pensar que hemos de entrar en el cielo, y no entrar en nosotros, conociéndonos y considerando nuestra miseria y lo que debemos a Dios, y pidiéndole muchas veces misericordia, es desatino. El mesmo Señor dice: «Ninguno subirá (6) a

---

1 Había puesto la Santa: *que es peor la caída que la recaída,* corrigiendo ella misma la frase como se lee en el texto.

2 *De promissión de la bienaventuranza,* añade al margen Gracián. La adición está tachada por el P. Ribera.

3 *Libro de la Vida,* c. XI y XIX.

4 *Espiremientadas,* escribió; luego hizo *y* de la segunda *e* y borró la última *i*.

5 *Eccl.,* III, 27.

6 *Subrirá,* escribe la Santa por equivocación. El P. Gracián borra esta palabra y la sustituye por *viene*.

mi Padre, si no por Mí (1); no sé si dice ansí, creo que sí (2); «y quien me ve a Mí, ve a mi Padre» (3). Pues si nunca le miramos, ni consideramos lo que le debemos, y la muerte que pasó por nosotros, no sé cómo le podemos conocer, ni hacer obras en su servicio. Porque la fe sin ellas, y sin ir llegadas al valor de los merecimientos de Jesucristo, bien nuestro, ¿qué valor pueden tener? ¿Ni quién nos despertará a amar a este Señor? Plega a Su Majestad nos dé a entender lo mucho que le costamos, y cómo no es más el siervo que el Señor (4); y que hemos menester obrar para gozar su gloria, y que para esto nos es necesario orar, para no andar siempre en tentación (5).

---

1 Joan., XIV, 6.
2 El P. Gracián, después de borrar las palabras de la Santa: *No sé si dice ansí, creo que sí,* añade en nota marginal: *Lo uno y lo otro dice por S. Juan, c. 14.*
3 Joan., XIV, 9.
4 Matth., X, 24.
5 Matth., XXVI, 41.

TERCERAS MORADAS

CONTIENEN DOS CAPITULOS

CAPITULO PRIMERO

TRATA DE LA POCA SEGURIDAD QUE PODEMOS TENER MIENTRA SE VIVE EN ESTE DESTIERRO, AUNQUE EL ESTADO SEA SUBIDO, Y COMO CONVIENE ANDAR CON TEMOR. HAY ALGUNOS BUENOS PUNTOS.

A los que por la misericordia de Dios han vencido estos combates, y con la perseverancia entrado a las terceras (1) moradas, ¿qué les diremos, si no «bienaventurado el varón que teme a el Señor?» (2). No ha sido poco hacer Su Majestad que entienda yo ahora qué quiere decir el romance de este verso a este tiempo, según soy torpe en este caso. Por cierto, con razón le llamaremos bienaventurado; pues si no torna atrás, a lo que podemos entender, lleva camino seguro (3) de su salvación. Aquí veréis, hermanas, lo que importa vencer las batallas pasadas; porque tengo por cierto, que nunca deja el Señor de ponerle en siguridá (4) de conciencia, que no es poco bien. Digo en siguridad, y dije mal (5), que no la hay en esta vida; y por eso siempre entended que digo: si no torna a dejar el camino comenzado.

Harto gran miseria es vivir en vida que siempre hemos

---

1 *Segundas,* dice; pero borra esta palabra y pone al margen *terceras.*
2 Ps. CXI, 1.
3 *Derecho,* enmienda el P. Gracián, borrando la palabra del autógrafo. Es otra de las correcciones del P. Jerónimo que tachó Ribera.
4 *Buen estado,* corrige Gracián. También borró esta enmienda el P. Ribera.
5 El P. Gracián modifica así la frase: «*No* digo en siguridad, y dije que no la hay en esta vida». Ribera tacha el adverbio negativo, y escribe al margen: *No se a de borrar nada de lo de la sa. me.*

de andar como los que tienen los enemigos a la puerta, que ni pueden dormir ni comer sin armas, y siempre con sobresalto, si por alguna parte pueden desportillar esta fortaleza. ¡Oh, Señor mío y Bien mío! ¿Cómo queréis que se desee vida tan miserable, que no es posible dejar de querer y pedir nos saquéis de ella, si no es con esperanza de perderla por Vos, u gastarla muy de veras en vuestro servicio, y sobre todo, entender que es vuestra voluntad? Si lo es, Dios mío, muramos con Vos, como dijo Santo Tomás (1), que no es otra cosa, si no morir muchas veces, vivir sin Vos, y con estos temores de que puede ser posible perderos para siempre. Por eso digo, hijas, que la bienaventuranza que hemos de pedir, es estar ya en siguridad con los bienaventurados (2); que con estos temores, ¿qué contento puede tener quien todo su contento es contentar a Dios? Y considerá que éste, y muy mayor, tenían algunos (3) santos que cayeron en graves pecados; y no tenemos seguro que nos dará Dios la mano para (4) salir de ellos (entiéndese del auxilio particular) (5), y hacer la penitencia que ellos (6).

Por cierto, hijas mías, que estoy con tanto temor escribiendo esto, que no sé cómo lo escribo ni cómo vivo, cuando se me acuerda, que es muy muchas veces. Pedidle, hijas mías, que viva Su Majestad en mí siempre; porque, si no es ansí, ¿qué siguridad puede tener una vida tan mal gastada como la mía? Y no os pese de entender que esto es ansí, como algunas veces lo he visto en vosotras, cuando os lo digo, y procede de que quisiérades que hubiera sido muy santa, y tenéis razón, también lo quisiera yo. Mas ¡qué tengo de hacer, si lo (7) perdí por sola mi culpa! Que no me quejaré de Dios, que dejó de darme bastantes ayudas para que se cumplieran vuestros deseos; que no

---

1 Joan., XI, 16. *Como dijo Santo Tomás.* Estas palabras son una adición marginal de la Santa.

2 El P. Gracián añade entre líneas: *del cielo.* Ribera tacha la adición.

3 *Que aunque están,* adiciona Gracián y borra el P. Ribera.

4 El P. Gracián borra *que nos dará Dios la mano para,* y enlaza las frases del texto con las palabras *el aver de: No tenemos seguro el aver de salir de ellos,* etc.

5 *Entiéndese del auxilio particular.* Esta frase, escrita al margen por S. Teresa, está cruzada por dos rayas. Al pie de ella nota el P. Ribera: *No se borre esto.*

6 *Hicieron,* añade Gracián y tacha Ribera.

7 *So,* se lee en el autógrafo, aunque bien se ve que es error material.

puedo decir esto sin lágrimas y gran confusión, de ver que escriba yo cosa para las que me pueden enseñar a mí. ¡Recia obidiencia ha sido! Plega el Señor, que, pues se hace por El, sea para que os aprovechéis de algo, porque le pidáis perdone a esta miserable atrevida. Mas bien sabe Su Majestad que sólo puedo presumir de su misericordia, y ya que no puedo dejar de ser la que he sido, no tengo otro remedio, si no llegarme a ella, y confiar en los méritos de su Hijo, y de la Virgen, madre suya, cuyo hábito indinamente trayo y traéis vosotras. Alabadle, hijas mías, que lo sois de esta Señora verdaderamente; y ansí no tenéis para qué os afrentar de que sea yo rüin, pues tenéis tan buena madre. Imitadla y considerad qué tal debe ser la grandeza de esta Señora y el bien de tenerla por patrona; pues no han bastado mis pecados, y ser la que soy, para dislustrar (1) en nada esta sagrada Orden.

Mas una cosa os aviso, que no por ser tal y tener tal madre, estéis siguras; que muy santo era David, y ya veis lo que fué Salomón (2). Ni hagáis caso del encerramiento y penitencia en que vivís, ni os asegure el tratar siempre de Dios y ejercitaros en la oración tan contino, y estar tan retiradas de las cosas del mundo, y tenerlas a vuestro parecer aborrecidas. Bueno es todo esto, mas no basta, como he dicho, para que dejemos de temer; y ansí acontinuá este verso, y traedle en la memoria muchas veces: «Beatus vir, qui timet Dominum» (3).

Ya no sé lo que decía, que me he divertido mucho, y en acordándome de mí, se me quiebran las alas para decir cosa buena; y ansí lo quiero dejar por ahora, tornando a lo que os comencé a decir de las almas que han entrado a las terceras moradas: que no las ha hecho el Señor pequeña merced en que hayan pasado las primeras dificultades, sino muy grande. De éstas, por la bondad del Señor, creo hay muchas en el mundo:

1 Por *deslustrar.*

2 Gracián corrigió esta palabra de la Santa de suerte que dijera: *Absalón,* y el P. Ribera le da un merecido palmetazo, escribiendo al margen: *A de dezir Salomón, como lo escribió la sa. me.* En la copia de Córdoba se lee *Absalón,* por lo que parece cierto que la enmienda del autógrafo es del P. Gracián.

3 Ps. CXI, 1. *Beatus vir qui timed dominun,* escribe la Santa.

son muy deseosas de no ofender a Su Majestad, aun de los pecados veniales se guardan (1), y de hacer penitencia amigas, sus horas de recogimiento, gastan bien el tiempo, ejercítanse en obras de caridad con los prójimos, muy concertadas en su hablar y vestir y gobierno de casa, las (2) que las tienen. Cierto, estado para desear, y que, al parecer, no hay por qué se les niegue la entrada hasta la postrera morada, ni se la negará el Señor, si ellas quieren; que linda dispusición es, para que las haga toda merced.

¡Oh Jesús! ¿y quién dirá que no quiere un tan gran bien, habiendo ya en especial pasado por lo más trabajoso? No, ninguna. Todas decimos que lo queremos; mas, como aun es menester más para que del todo posea el Señor el alma, no basta decirlo, como no bastó a el mancebo cuando le dijo el Señor que si quería ser perfeto (3). Desde que comencé a hablar en estas moradas, le trayo delante; porque somos ansí al pie de la letra, y lo más ordinario vienen de aquí las grandes sequedades en la oración, aunque también hay otras causas. Y dejo unos trabajos interiores, que tienen muchas almas buenas, intolerables, y muy sin culpa suya, de los cuales siempre las saca el Señor con mucha ganancia, y de las que tienen melancolía y otras enfermedades. En fin, en todas las cosas hemos de dejar aparte los juicios de Dios. De lo que yo tengo para mí, que es lo más ordinario, es lo que he dicho; porque como estas almas se ven que por ninguna cosa harían un pecado, y muchas que aun venial, de advertencia, no le harían, y que gastan bien su vida y su hacienda, no pueden poner a paciencia que se les cierre la puerta para entrar adonde está nuestro Rey, por cuyos vasallos se tienen, y lo son. Mas aunque acá tenga muchos el rey de la tierra, no entran todos hasta su cámara. Entrad, entrad, hijas mías, en lo interior; pasá adelante de vuestras obrillas, que por ser cristianas debéis todo

1 «*Ni* aun de los pecados veniales se guardan», dice el autógrafo por evidente error material, que ya corrigió Fr. Luis de León. El *ni* se halla un poco tachado en el original, quizá por la misma Santa.

2 *Los,* dice el autógrafo, pero como viene hablando de las *almas,* bien se echa de ver que es un error material de la Santa, pues que nunca dice *los almas. Las,* imprime Fr. Luis de León, y traslada también Gracián en la copia de Salamanca.

3 Matth., XIX, 16-22.

eso y mucho más, y os basta que seáis vasallas de Dios: no queráis tanto, que os quedéis sin nada. Mirad los santos que entraron a la cámara de este Rey, y veréis la diferencia que hay de ellos a nosotros. No pidáis lo que no tenéis merecido, ni había de llegar a nuestro pensamiento, que, por mucho que sirvamos, lo hemos de merecer los que hemos ofendido a Dios.

¡Oh humildad, humildad! No sé qué tentación me tengo en este caso, que no puedo acabar de creer a quien tanto caso hace de estas sequedades, sino que es un poco de falta de ella. Digo, que dejo los trabajos grandes interiores que he dicho, que aquéllos son mucho más que falta de devoción. Probémonos a nosotras mesmas, hermanas mías, u pruébenos el Señor, que lo sabe bien hacer, aunque muchas veces no queremos entenderlo, y vengamos a estas almas tan concertadas; veamos qué hacen por Dios, y luego veremos cómo no tenemos razón de quejarnos de Su Majestad. Porque si le volvemos las espaldas y nos vamos tristes, como el mancebo del Evangelio (1), cuando nos dice lo que hemos de hacer para ser perfetos, ¿qué queréis que haga Su Majestad, que ha de dar el premio conforme a el amor que le tenemos? Y este amor, hijas, no ha de ser fabricado en nuestra imaginación, sino probado por obras; y no penséis que (2) ha menester nuestras obras, sino (3) la determinación de nuestra voluntad.

Parecernos ha, que las que tenemos hábito de relisión, y le tomamos de nuestra voluntad, y dejamos todas las cosas del mundo y lo que teníamos, por El (aunque sea las redes de San Pedro, que harto le parece que da quien da lo que tiene), que ya está todo hecho. Harto buena dispusición (4), es, si persevera en aquello, y no se torna a meter en las sabandijas de las primeras piezas, aunque sea con el deseo; que no hay duda, sino que si persevera (5) en esta desnudez (6) y dejamiento de todo, que al-

---

1 *Como el mancebo del Evangelio*. Esta frase viene al margen de letra de la Santa.

2 *Solamente mira a,* pone entre líneas el P. Gracián, borrando: *ha menester*. Ribera tacha la enmienda del corrector.

3 *También,* añade Gracián y borra Ribera.

4 Por *disposición.*

5 Por equivocación escribe la Santa *perlevera.*

6 *Deznudez* se lee en el autógrafo; error material evidente, pues la Santa siempre escribe *desnudez.*

canzará lo que pretende. Mas ha de ser con condición, y mirá que os aviso de esto, que se tenga por siervo sin provecho, como dice San Pablo, u Cristo (1), y crea que no ha obligado a Nuestro Señor para que le haga semejantes mercedes; antes, como quien más ha recibido, queda más adeudado. ¿Qué podemos hacer por un Dios tan generoso, que murió por nosotros y nos crió y da ser, que no nos tengamos por venturosos en que se vaya desquitando algo de lo que le debemos, por lo que nos ha servido (2) (de mala gana dije esta palabra, mas ello es ansí (3), que no hizo otra cosa todo lo que vivió en el mundo), sin que le pidamos mercedes de nuevo y regalos?

Mirad mucho, hijas, algunas cosas que aquí van apuntadas, aunque arrebujadas, que no lo sé más declarar. El Señor os lo dará a entender, para que saquéis de las sequedades humildad, y no inquietud, que es lo que pretende el demonio; y creé que adonde la hay de veras, que aunque nunca dé Dios regalos, dará una paz y conformidad, con que anden más contentas que otros con regalos. Que muchas vece[s], como habéis leído, los da la divina Majestad a los más flacos; aunque creo de ellos, que no los trocarían por las fortalezas de los que andan con sequedad: Somos amigos de contentos más que de cruz. Pruébanos, tú, Señor, que sabes las verdades, para que nos conozcamos.

---

1 Observa con razón el P. Gracián, que es S. Lucas quien dice en el c. XVII: *Servi inutiles sumus, quod debuimus facere, fecimus.*

2 El P. Gracián, tachando las palabras *nos ha servido,* escribe sobre ellas: *a padescido por nosotros.* La adición fué borrada por Ribera.

3 Gracián borra estas palabras: *mala gana dije esta palabra, mas ello es ansi.* En adición marginal advierte el P. Ribera: *No se borre nada, que está muy bien dicho lo que dize la S.*

CAPITULO II

PROSIGUE EN LO MESMO, Y TRATA DE LAS SEQUEDADES EN LA ORACION Y DE LO QUE PODRIA SUCEDER A SU PARECER, Y COMO ES MENESTER PROBARNOS, Y QUE PRUEBA EL SEÑOR A LOS QUE ESTAN EN ESTAS MORADAS.

Yo he conocido algunas almas, y aun creo puedo decir hartas, de las que han llegado a este estado, y estado y vivido muchos años en esta retitud y concierto, alma y cuerpo, a lo que se puede entender, y después de ellos, que ya parece habían de estar señores del mundo, al menos bien desengañados dél, probarlos Su Majestad en cosas no muy grandes, y andar con tanta inquietud y apretamiento de corazón, que a mí me traían tonta, y aun temerosa harto. Pues darles consejo, no hay remedio; porque, como ha tanto que tratan de virtud, paréceles que pueden enseñar a otros, y que les sobra razón en sentir aquellas cosas.

En fin, que yo no he hallado remedio, ni le hallo, para consolar a semejantes personas, si no es mostrar gran sentimiento de su pena (y a la verdad se tiene de verlos sujetos a tanta miseria), y no contradecir su razón; porque todas las conciertan en su pensamiento, que por Dios las sienten, y ansí no acaban de entender que es imperfeción. Que es otro engaño para gente tan aprovechada; que de que lo sientan, no hay que espantar, aunque, a mi parecer, había de pasar presto el sentimiento de cosas semejantes. Porque muchas veces quiere Dios

que sus escogidos sientan su miseria (1), y aparta un poco su favor, que no es menester más, que a usadas que nos conozcamos bien presto. Y luego se entiende esta manera de probarlos, porque entienden ellos su falta muy claramente; y a las veces les da más pena ésta de ver que, sin poder más, sienten cosas de la tierra, y no muy pesadas, que lo mesmo de que tienen pena. Esto téngolo yo por gran misericordia de Dios; y aunque es falta, muy gananciosa para la humildad.

En las personas que digo, no es ansí, sino que canonizan, como he dicho, en sus pensamientos estas cosas, y ansí querrían que otros las canonizasen. Quiero decir alguna de ellas, porque nos entendamos y nos probemos a nosotras mesmas, antes que nos pruebe el Señor; que sería muy gran cosa estar apercebidas y habernos entendido primero.

Viene a una persona rica, sin hijos ni para quien querer la hacienda, una falta della; mas no es de manera que, en lo que le queda, le puede faltar lo necesario para sí y para su casa, y sobrado. Si éste anduviese con tanto desasosiego y inquietud, como si no le quedara un pan que comer, ¿cómo ha de pedirle Nuestro Señor que lo deje todo por El? Aquí entra el que lo siente, porque lo quiere para los pobres. Yo creo que quiere Dios más que yo me conforme con lo que Su Majestad hace, y aunque lo procure, tenga quieta mi alma, que no esta caridad. Y ya que no lo hace, porque no ha llegádole el Señor a tanto, enhorabuena; mas entienda que le falta esta libertad de espíritu, y con esto se disporná (2) para que el Señor se la dé, porque se la pedirá. Tiene una persona bien de comer, y aun sobrado; ofrécesele poder adquirir más hacienda: tomarlo, si se lo dan, enhorabuena, pase; mas procurarlo, y después de tenerlo, procurar más y más, tenga cuan buena intención quisiere (que sí debe tener, porque, como he dicho, son estas personas de oración y virtuosas), que no hayan miedo que suban (3) a las moradas más juntas a el Rey.

---

1 Por error escribió la Santa *misieria.*
2 Por *dispondrá.*
3 *Tan fácilmente,* escribe el P. Gracián entre líneas. La adición está borrada.

De esta manera es, si se les ofrece algo de que los desprecien u quiten un poco de honra; que, aunque les hace Dios merced de que lo sufran bien muchas veces (porque es muy amigo de favorecer la virtud en público, porque no padezca la mesma virtud en que están tenidos; y aun será porque le han servido, que es muy bueno este Bien nuestro, allá les queda una inquietud, que no se pueden valer, ni acaba de acabarse tan presto. ¡Válame Dios! ¿No son éstos los què ha tanto que consideran cómo padeció el Señor, y cuán bueno es padecer, y aun lo desean? Querrían a todos tan concertados como ellos train sus vidas, y plega a Dios que no piensen que la pena que tienen es de la culpa ajena, y la hagan en su pensamiento meritoria.

Pareceros ha, hermanas, que hablo fuera de propósito y no con vosotras, porque estas cosas no las hay acá, que ni tenemos hacienda, ni la queremos, ni procuramos, ni tampoco nos injuria naide; por eso las comparaciones no es lo que pasa, mas sácase de ellas otras muchas cosas que pueden pasar, que ni sería bien señalarlas, ni hay para qué. Por éstas entenderéis si estáis bien desnudas de lo que dejastes (1); porque cosillas se ofrecen, aunque no tan (2) de esta suerte, en que os podéis muy bien probar y entende[r] (3) si estáis señoras de vuestras pasiones. Y creéme, que no está el negocio en tener hábito de relisión u no, sino en procurar ejercitar las virtudes, y rendir nuestra voluntad a la de Dios en todo, y que el concierto de nuestra vida sea lo que Su Majestad ordenare de ella, y no queramos nosotras que se haga nuestra voluntad, sino la suya (4). Ya que no hayamos llegado aquí, como he dicho, humildad, que es el ungüento de nuestras heridas; porque, si la hay de veras, aunque tarde algún tiempo, verná el zurujano (5), que es Dios, a sanarnos.

Las penitencias que hacen estas almas, son tan concertadas como su vida. Quiérenla mucho para servir a Nuestro Señor con ella, que todo esto no es malo, y ansí tienen gran discre-

---

1 Por *dejasteis*.
2 *Tan*. Un corrector tachó esta palabra.
3 *Entende*, dice por error material el autógrafo.
4 Luc., XXII, 42.
5 *Cirujano*, decimos hoy.

ción en hacerlas, porque no dañen a la salud. No hayáis miedo que se maten, porque su razón está muy en sí; no está aún el amor para sacar de razón. Mas querría yo que la tuviésemos para no nos contentar con esta manera de servir a Dios, siempre a un paso paso (1), que nunca acabaremos de andar este camino. Y como a nuestro parecer siempre andamos, y nos cansamos (porque creed que es un camino brumador) (2), harto bien será que no nos perdamos. ¿Mas paréceos, hijas, si yendo a una tierra desde otra pudiésemos llegar en ocho días, que sería bueno andarlo en un año, por ventas, y nieves, y aguas y malos caminos? ¿No valdría más pasarlo de una vez?; porque todo esto hay, y peligros de serpientes. ¡Oh qué buenas señas podré yo dar de esto! Y plega a Dios que haya pasado de aquí, que hartas veces me parece que no.

Como vamos con tanto seso, todo nos ofende, porque todo lo tememos; y ansí no osamos pasar adelante, como si pudiésemos nosotras llegar a estas moradas, y que otros anduviesen el camino. Pues no es esto posible, esforcémonos, hermanas mías, por amor del Señor; dejemos nuestra razón y temores en sus manos; olvidemos esta flaqueza natural, que nos puede ocupar mucho. El cuidado de estos cuerpos ténganle los perlados; allá se avengan; nosotras de sólo caminar apriesa para ver este Señor; que aunque el regalo que tenéis es poco u nenguno, el cuidado de la salud nos podría engañar. Cuánto más, que no se terná más por esto, yo lo sé; y también sé que no está el negocio en lo que toca a el cuerpo, que esto es lo menos; que el caminar que digo, es con una grande humildad; que si habéis entendido, aquí creo está el daño de las que no van adelante; sino que nos parezca que hemos andado pocos pasos, y lo creamos ansí, y los que andan nuestras hermanas nos parezcan muy presurosos, y no sólo deseemos, sino que procuremos nos tengan por la más ruin de todas.

---

1 *A un paso paso*. Quiere significar la Santa, que el proceder demasiado discreto de estas almas concertadas, de que viene hablando, hace progresos tan lentos en la virtud, que nunca acabarán de recorrer todas las moradas de este místico castillo.

2 Hoy es más usual decir *abrumador*.

Y con esto, este estado es ecelentísimo; y si no, toda nuestra vida nos estaremos en él, y con mil penas y miserias. Porque, como no hemos dejado a nosotras mesmas, es muy trabajoso y pesado; porque vamos muy cargadas desta tierra de nuestra miseria, lo que no van los que suben a los aposentos que faltan. En éstos no deja el Señor de pagar como justo, y aun como misericordioso, que siempre da mucho más que merecemos, con darnos contentos harto mayores que los podemos tener en los que dan los regalos y destraimientos de la vida; mas no pienso que da muchos gustos, si no es alguna vez, para convidarlos con ver lo que pasa en las demás moradas, porque se dispongan para entrar en ellas.

Pareceros ha que contentos y gustos, todo es uno, que para qué hago esta diferencia en los nombres. A mí paréceme que la hay muy grande; ya me puedo engañar. Diré lo que en esto entendiere en las moradas cuartas, que vienen tras éstas; porque como se habrá de declarar algo de los gustos que allí da el Señor, viene mejor. Y aunque parece sin provecho, podrá ser de alguno, para que, entendiendo lo que es cada cosa, podáis esforzaros a seguir lo mejor; y es mucho consuelo para las almas que Dios llega allí, y confusión para las que les parece que lo tienen todo, y si son humildes, moverse han a hacimiento de gracias. Si hay alguna falta de esto, darles ha un desabrimiento interior y sin propósito; pues no está la perfeción en los gustos, sino en quien ama más, y el premio lo mesmo, y en quien mejor obrare con justicia y verdad.

Pareceros ha ¿que de qué sirve tratar de estas mercedes interiores, y dar a entender cómo son, si es esto verdad, como lo es? Yo no lo sé, pregúntese a quien me lo manda escribir, que yo no soy obligada a disputar con los superiores, sino a obedecer, ni sería bien hecho. Lo que os puedo decir con verdad, es que cuando yo no tenía, ni aun sabía por expiriencia, ni pensaba saberlo en mi vida, y con razón, que harto contento fuera para mí saber, u por conjeturas entender que agradaba a Dios en algo, cuando leía en los libros de estas mercedes y consuelos que hace el Señor a las almas que le sirven, me le daba gran-

dísimo, y era motivo para que mi alma diese grandes alabanzas a Dios. Pues si la mía, con ser tan ruin, hacía esto, las que son buenas y humildes le alabarán mucho más; y por sola una que le alabe una vez, es muy bien que se diga, a mi parecer, y que entendamos el contento y deleites que perdemos por nuestra culpa. Cuánto más, que si son de Dios, vienen cargados de amor y fortaleza, con que se puede caminar más sin trabajo y ir creciendo en las obras y virtudes. No penséis que importa poco que no quede (1) por nosotros, que cuando no es nuestra la falta, justo es el Señor (2), y Su Majestad os dará por otros caminos lo que os quita por éste, por lo que Su Majestad sabe, que son muy ocultos sus secretos; al menos será lo que más nos conviene, sin duda nenguna.

Lo que me parece nos haría mucho provecho a las que por la bondad del Señor están en este estado (que, como he dicho, no les hace poca misericordia, porque están muy cerca de subir a más), es estudiar mucho en la prontitud de la obediencia; y aunque no sean relisiosos, sería gran cosa, como lo hacen muchas personas, tener a quien acudir, para no hacer en nada su voluntad, que es lo ordinario en que nos dañamos; y no buscar otro de su humor, como dicen, que vaya con tanto tiento en todo, sino procurar quien esté con mucho desengaño de las cosas del mundo. Que en gran manera aprovecha tratar con quien ya le conoce, para conocernos, y porque algunas cosas, que nos parecen imposibles, viéndolas en otras tan posibles y con la suavidad que las llevan, anima mucho, y parece que con su vuèlo nos atrevemos a volar, como hacen los hijos de las aves cuando se enseñan, que aunque no es de prestò dar un gran vuelo, poco a poco imitan a sus padres: en gran manera aprovecha esto, yo lo sé. Acertarán, por determinadas que estén en no ofender a el Señor personas semejantes, no se meter en ocasiones de ofenderle; porque como están cerca de las primeras moradas, con facilidad se podrán tornar a ellas. Porque su fortaleza no está

1 *No que no quede* escribió la Santa, si bien ella misma borró el primer *no*.
2 Ps. CXVIII, 137.

fundada en tierra firme, como los que están ya ejercitados en padecer, que conocen las tempestades del mundo, cuán poco hay que temerlas, ni que desear sus contentos; y sería posible con una persecución grande, volverse a ellos, que sabe bien urdirlas el demonio para hacernos mal, y que yendo con buen celo, quiriendo quitar pecados ajenos, no pudiese resistir lo que sobre esto se le podría suceder.

Miremos nuestras faltas, y dejemos las ajenas, que es mucho de personas tan concertadas espantarse de todo; y por ventura de quien nos espantamos, podríamos bien deprender (1) en lo principal. Y en la compostura exterior y en su manera de trato, le hacemos ventajas; y no es esto lo de más importancia, aunque es bueno, ni hay para qué querer luego que todos vayan por nuestro camino, ni ponerse a enseñar el del espíritu, quien por ventura no sabe qué cosa es; que con estos deseos que nos da Dios, hermanas, del bien de las almas, podemos hacer muchos yerros. Y ansí es mejor llegarnos a lo que dice nuestra Regla (en silencio y esperanza procurar vivir siempre) (2), que el Señor terná cuidado de sus almas; como no nos descuidemos nosotras en suplicarlo a Su Majestad, haremos harto provecho con su favor. Sea por siempre bendito.

---

1 *Aprender*, escribiríamos ahora.
2 Isaías, XXX, 15.

CUARTAS MORADAS [1]

CONTIENEN TRES CAPITULOS

CAPITULO PRIMERO

TRATA DE LA DIFERENCIA QUE HAY DE CONTENTOS Y TERNURA EN LA ORACION, Y DE GUSTOS, Y DICE EL CONTENTO QUE LE DIO ENTENDER QUE ES COSA DIFERENTE EL PENSAMIENTO Y EL ENTENDIMIENTO. ES COSA DE PROVECHO PARA QUIEN SE DIVIERTE MUCHO EN LA ORACION.

Para comenzar a hablar de las cuartas moradas, bien he menester lo que he hecho, que es encomendarme a el Espíritu Santo, y suplicarle de quí (2) adelante hable por mí, para decir algo de las que quedan, de manera que lo entendáis; porque comienzan a ser cosas sobrenaturales (3), y es dificultosísimo de dar a entender, si Su Majestad no lo hace, como en otra parte que se escribió, hasta donde yo había entendido, catorce años ha,

---

1 La Santa dice solamente: *Quartas moradas. Capítulo.*

2 Por *aquí.*

3 En la Relación espiritual que la Santa envió en 1576 al P. Rodrigo Alvarez, explica lo que ella entiende por oración sobrenatural, de que hablará ya en las restantes moradas, por estas palabras: «La primera oración que sentí, a mi parecer, sobrenatural, que llamo yo lo que con industria ni deligencia no se puede adquirir, aunque mucho se procure, aunque disponerse para ello sí». (Cfr. t. II, p. 31). Todos los místicos están conformes con esta explicación de la Santa, en la cual distingue muy claramente la oración de que aquí trata, de la que podemos ejercitar con las propias fuerzas y los auxilios comunes de la gracia. «Cuando el hombre, dice el aventajado discípulo de la Doctora Seráfica, P. Juan de Jesús María, está en gracia de Dios, entre los otros bienes espirituales, posee una cualidad o hábito excelentísimo, que es la sabiduría, que se cuenta entre los dones del Espíritu Santo y que está en el entendimiento; y cuando le place a Dios Nuestro Señor, concurre con auxilio especial y admirable luz; y entonces el entendimiento, con aquel hábito de sabiduría y juntamente con aquel auxilio divino, produce un acto nobilísimo, que se llama contemplación; el cual acto no es un conocimiento ordinario, sino extraordinario, y tan eficaz que viene a terminarse en el afecto, causando un incendio grande de amor divino en la voluntad». (Cfr. *Escuela de Oración,* tratado XII).

poco más a menos (1). Aunque un poco más luz me parece tengo destas mercedes que el Señor hace a algunas almas, es diferente el saberlas decir: hágalo Su Majestad, si se ha de seguir algún provecho, y si no, no.

Como ya estas moradas se llegan más adonde está el Rey, es grande su hermosura, y hay cosas tan delicadas que ver y que entender, que el entendimiento no es capaz para poder dar traza cómo se diga siquiera algo que venga tan al justo, que no quede bien escuro para los que no tienen expiriencia; que quien la tiene, muy bien lo entenderá, en especial si es mucha. Parecerá que para llegar a estas moradas, se ha de haber vivido en las otras mucho tiempo; y aunque lo ordinario es que se ha de haber estado en la que acabamos de decir, no es regla cierta, como ya habréis oído muchas veces; porque da el Señor cuando quiere, y como quiere, y a quien quiere, como bienes suyos, que no hace agravio a naide.

En estas moradas pocas veces entran las cosas ponzoñosas, y si entran no hacen daño, antes dejan con ganancia. Y tengo por muy mejor cuando entran y dan guerra en este estado de oración; porque podría el demonio engañar, a vueltas de los gustos que da Dios, si no hubiese tentaciones, y hacer mucho más daño que cuando las hay, y no ganar tanto el alma, por lo menos apartando todas las cosas que la han de hacer merecer, y dejarla en un embebecimiento ordinario. Que cuando lo es en un ser, no le tengo por siguro, ni me parece posible estar en un ser el espíritu del Señor en este destierro.

Pues, hablando de lo que dije que diría aquí, de la diferencia que hay entre contentos en la oración, u gustos, los contentos me parece a mí se pueden (2) llamar los que nosotros adquirimos con nuestra meditación y peticiones a Nuestro Señor, que procede de nuestro natural, aunque, en fin, ayuda para ello Dios,

---

1 Como en su lugar se dijo, terminó la Santa la relación primera de su vida en Junio de 1562; escribía este capítulo de *Las Moradas*, en 1577, de suerte que el cómputo de los catorce años es bastante aproximado a la verdad. Los capítulos del *Libro de la Vida* a que aquí alude, son el XI y siguientes, hasta el XXVII.

2 Al margen se ve una nota de Gracián, mutilada en parte por el encuadernador. Lo que se lee, dice: *...no vamos con ...or que hablan los... dos.* La apostilla está cruzada por tres rayas.

que hase de entender en cuanto dijere, que no podemos nada sin El; mas nacen de la mesma obra virtuosa que hacemos, y parece a nuestro trabajo lo hemos ganado, y con razón nos da contento habernos empleado en cosas semejantes. Mas si lo consideramos, los mesmos contentos ternemos en muchas cosas que nos pueden suceder en la tierra. Ansí en una gran hacienda que de presto se provea alguno; como de ver una persona que mucho amamos, de presto; como de haber acertado en un negocio importante y cosa grande, de que todos dicen bien; como si a alguna (1) le han dicho que es muerto su marido u hermano u hijo, y le ve venir vivo. Yo he visto derramar lágrimas de un gran contento, y aun me ha acaecido alguna vez.

Paréceme a mí que, ansí como estos contentos son naturales, ansí en los que nos dan las cosas de Dios; sino que son de linaje más noble, aunque estotros no eran tampoco malos. En fin, comienzan de nuestro natural mesmo y acaban en Dios; los gustos comienzan de Dios, y siéntelos el natural, y goza tanto de ellos, como gozan los que tengo dichos, y mucho más. ¡Oh Jesús, y qué deseo tengo de saber declararme en esto! Porque entiendo, a mi parecer, muy conocida diferencia, y no a[l]canza (2) mi saber a darme a entender; hágalo el Señor.

Ahora me acuerdo en un verso que decimos a Prima, al fin del postrer salmo, que al cabo del verso dice: «Cum dilatasti cor meum» (3). A quien tuviere mucha expiriencia, esto le basta para ver la diferencia que hay de lo uno a lo otro; a quien no, es menester más. Los contentos que están dichos, no ensanchan el corazón, antes lo más ordinariamente parece aprietan un poco, aunque con contento todo de ver lo (4) que se hace por Dios; mas vienen unas lágrimas congojosas, que en alguna manera parece las mueve la pasión. Yo sé poco de estas pasiones del alma, que quizá me diera a entender, y lo que procede de la sen-

---

1 Borra aquí la Santa un *se* que había escrito.

2 *Acanza*, se lee en el autógrafo.

3 Ps. CXVIII. El P. Gracián hizo un pequeño reparo a este texto para conformarlo a la ortografía latina.

4 Creo que esta es la verdadera lectura de una adición, algo confusa, que la Santa escribe sobre la palabra *ver*. Los editores han hecho caso omiso de ella. Tampoco la copia Gracián en su traslado de Córdoba.

sualidad y de nuestro natural, porque soy muy torpe; que yo me supiera declarar, si como he pasado por ello, lo entendiera. Gran cosa es el saber y las letras para todo (1).

Lo que tengo de expiriencia de este estado, digo de estos regalos y contentos en la meditación, es que si comenzaba a llorar por la Pasión, no sabía acabar hasta que se me quebraba la cabeza; si por mis pecados, lo mesmo. Harta merced me hacía Nuestro Señor, que no quiero yo ahora examinar cuál es mejor, lo uno u lo otro; sino la diferencia que hay de lo uno a lo otro querría saber decir. Para estas cosas algunas veces van estas lágrimas y estos deseos ayudados del natural, y como está la despusición (2); mas en fin, como he dicho, vienen a parar en Dios, aunque sea esto. Y es de tener en mucho, si hay humildad, para entender que no son mejores por eso; porque no se puede entender si son todos efetos del amor, y cuando sea, es dado de Dios. Por la mayor parte, tienen estas devociones las almas de las moradas pasadas, porque van casi contino con obra de entendimiento, empleadas en discurrir con el entendimiento y en meditación, y van bien; porque no se les ha dado más, aunque acertarían en ocuparse un rato en hacer atos, y en alabanzas de Dios, y holgarse de su bondad, y que sea el que es, y en desear su honra y gloria: esto como pudiere, porque despierta mucho la voluntad. Y estén con gran aviso, cuando el Señor les diere estotro, no lo dejar por acabar la meditación que se tiene de costumbre.

Porque me he alargado mucho en decir esto en otras partes (3), no lo diré aquí. Sólo quiero que estéis advertidas que, para aprovechar mucho en este camino y subir a las moradas que deseamos, no está la cosa en pensar mucho, sino en amar mucho; y ansí, lo que más os despertare a amar, eso haced. Quizá no sabemos qué es amar, y no me espantaré mucho; porque no está en el mayor gusto, sino en la mayor determinación

---

1 Esta y las cinco líneas anteriores, desde las palabras: *Yo sé poco,* están tachadas por el P. Gracián, si bien se leen fácilmente. La copia de Córdoba no las traslada.

2 Por *disposición.*

3 *Libro de la Vida,* c. XII.

de desear contentar en todo a Dios, y procurar, en cuanto pudiéremos, no le ofender, y rogarle que vaya siempre adelante la honra y gloria de su Hijo y el aumento de la Ilesia Católica. Estas son las señales del amor, y no penséis que está la cosa en no pensar otra cosa, y que si os divirtís un poco, va todo perdido.

Yo he andado en esto de esta baraúnda del pensamiento bien apretada algunas veces, y habrá poco más de cuatro años que vine a entender por expiriencia, que el pensamiento o imaginación, porque mejor se entienda (1), no es el entendimiento, y preguntélo a un letrado, y díjome que era ansí, que no fué para mí poco contento. Porque como el entendimiento es una de las potencias del alma, hacíaseme recia cosa estar tan tortolito a veces, y lo ordinario vuela el pensamiento de presto, que sólo Dios puede atarle, cuando nos ata ansí, de manera que parece estamos en alguna manera desatados de este cuerpo. Yo vía, a mi parecer, las potencias del alma empleadas en Dios y estar recogidas con El, y por otra parte el pensamiento alborotado: traíame tonta.

¡Oh Señor, tomad en cuenta lo mucho que pasamos en este camino por falta de saber! Y es el mal, que, como no pensamos que hay que saber más de pensar en Vos, aun no sabemos preguntar a los que saben, ni entendemos qué hay que preguntar, y pásanse terribles trabajos, porque no nos entendemos; y lo que no es malo, sino bueno, pensamos que es mucha culpa. De aquí proceden las afliciones de mucha gente que trata de oración, y el quejarse de trabajos interiores, a lo menos mucha parte en gente que no tiene letras, y vienen las melancolías, y a perder la salud, y aun a dejarlo del todo, porque no consideran que hay un mundo interior acá. Y ansí como no podemos tener el movimiento del cielo, sino que anda apriesa con toda velocidad, tampoco podemos tener nuestro pensamiento, y luego metemos todas las potencias del alma con él, y nos parece que estamos

1 *O im*[*a*]*ginac*[*ión*], *porque mejor* [*se*] *entien*[*da*]. Estas palabras están puestas al margen por la Santa, y cruzadas por una línea. Las que ponemos entre paréntesis, desaparecieron al dorar el libro. Aquí mismo escribe Ribera: *No se bo*[*rre*] *nada.* Entre líneas dice el P. Gracián: o *imaginación, que assí la llamamos ordinariamente las mugeres.*

perdidas, y gastado mal el tiempo que estamos delante de Dios. Y estáse el alma por ventura toda junta con El en las moradas muy cercanas, y el pensamiento en el arrabal del castillo, padeciendo (1) con mil bestias fieras y ponzoñosas, y mereciendo con este padecer; y ansí, ni nos ha de turbar, ni lo hemos de dejar, que es lo que pretende el demonio. Y por la mayor parte, todas las inquietudes y trabajos vienen de este no nos entender.

Escribiendo esto, estoy considerando lo que pasa en mi cabeza del gran ruido (2) de ella, que dije al principio, por donde se me hizo casi imposible poder hacer lo que me mandaban de escribir. No parece sino que están en ella muchos ríos caudalosos, y por otra parte, que estas aguas se despeñan; muchos pajarillos y silbos, y no en los oídos, sino en lo superior de la cabeza, adonde dicen que está [lo] (3) superior del alma (4). Y yo estuve en esto harto tiempo, por parecer que el movimiento grande del espíritu hacia (5) riba subía con velocidad. Plega a Dios que se me acuerde en las moradas de adelante decir la causa de esto, que aquí no viene bien, y no será mucho que haya querido el Señor darme este mal de cabeza, para entenderlo mejor; porque con toda esta baraúnda de ella, no me estorba a la oración ni a lo que estoy diciendo, sino que el alma se está muy entera en su quietud, y amor, y deseos y claro conocimiento.

Pues si en lo superior de la cabeza está lo superior del alma, ¿cómo no la turba? Eso no lo sé yo, mas sé que es verdad lo que digo. Pena da cuando no es la oración con suspensión, que entonces, hasta que se pasa, no se siente ningún mal; mas harto mal fuera, si por este impedimento lo dejara yo todo. Y ansí no es bien que por los pensamientos nos turbemos, ni se nos

---

1 El P. Gracián pone al margen: *El alma* [*en*] *este pade*[*cer*] *del pen*[*sa*]*miento* o [*im*]*aginasçión.*

2 Las palabras: *escribiendo esto, estoy considerando lo que pasa en mi cabeza del gran ruido,* fueron tachadas por Gracián.

3 Como termina aquí el folio, debió de olvidársele a la Santa esta palabra.

4 Puede decirse que en lo superior de la cabeza está lo superior del alma, en cuanto en aquélla radican los órganos que ésta necesita, mientras vive unida al cuerpo, para actuarse y ejercitar sus potencias, aun las más nobles, como son el entendimiento y la voluntad, que constituyen la parte superior o más levantada del alma, así como las operaciones sensitivas de la misma, su parte inferior o menos noble. (Cfr. S. Thom., *Summa,* I part., q. 79, a 9).

5 Por evitar la cacofonía, escribe *riba,* en vez de *arriba.*

dé nada: que si los pone el demonio, cesará con esto; y si es, como lo es, de la miseria que nos quedó del pecado de Adán con otras muchas, tengamos paciencia y sufrámoslo por amor de Dios; pues estamos también sujetas a comer y dormir, sin poderlo excusar, que es harto trabajo.

Conozcamos nuestra miseria, y deseemos ir adonde naide nos menosprecia. Que algunas veces me acuerdo haber oído esto que dice la Esposa en los Cantares (1), y verdaderamente que no hallo en toda la vida cosa adonde con más razón se pueda decir; porque todos los menosprecios y trabajos que puede haber en la vida, no me parece que llegan a estas batallas interiores. Cualquier desasosiego y guerra se puede sufrir con hallar paz adonde vivimos, como ya he dicho; mas que queremos venir a descansar de mil trabajos que hay en el mundo, y que quiera el Señor aparejarnos el descanso, y que en nosotras mesmas esté el estorbo, no puede dejar de ser muy penoso y casi insufridero (2). Por eso, ¡llévanos, Señor, adonde no nos menosprecien estas miserias, que parecen algunas veces que están haciendo burla del alma! Aun en esta vida la libra el Señor de esto, cuando ha llegado a la postrera morada, como diremos, si Dios fuere servido.

Y no darán a todos tanta pena estas miserias ni las acometerán, como a mí hicieron muchos años por ser ruin, que parece que yo mesma me quería vengar de mí. Y como cosa tan penosa para mí, pienso que quizá será para vosotras ansí, y no hago sino decirlo en un cabo y en otro, para si acertase alguna vez a daros a entender cómo es cosa forzosa, y no os traiga inquietas y afligidas, sino que dejemos andar esta tarabilla de mo-

---

1 *Cant.*, VIII, 1. El P. Gracián copia al margen las palabras a que la cita de la Santa hace referencia, diciendo: c. 8. *Cantares. «Quien te m*[*e diese*], *hermano*, [*que*] *mamas los* [*pechos*] *de mi madre,* [*que*] *te halle a*[*fue*]*ra y te bese* [*y ya no*] *me menospre*[*cien*]. *Abrazarete y* [*lleva*]*rete a la casa* [*de*] *mi madre,* [*allí te*] *enseñará* [*y mostra*]*rete una ho...* (orza, olla?) *de vino* [*adoba*]*do y el most*[*o de*] *mis granad*[*as*]. Y acabando estas palabras quédase la esposa dormida diciendo: *la mano izquierda suya debajo de mi cabeza, y co*[*n su*] *derecha me abrace.* Y el esposo dice: *Yo os conjuro, hijas de Jerusalem, que no despertéis, ni hagáis velar a mi amada has*[*ta*] *que ella quiera.* Todas estas palabras se declaran muy bien en este espíritu de quien aquí se habla». Hasta aquí la nota de Gracián. Las letras que se llevó la cuchilla del encuadernador, hemos procurado suplirlas en los paréntesis, para no dejar incompleto el sentido.

2 El P. Gracián, borrando las dos últimas sílabas, hizo decir a la Santa: *insufrible.*

lino, y molamos nuestra harina, no dejando de obrar la voluntad y entendimiento.

Hay más y menos en este estorbo, conforme a la salud y a los tiempos. Padezca la pobre alma, aunque no tenga en esto culpa; que otras haremos, por donde es razón que tengamos paciencia. Y porque no basta lo que leemos, y nos aconsejan, que es que no hagamos caso de estos pensamientos, para las que poco sabemos, no me parece tiempo perdido todo lo que gasto en declararlo más y consolaros en este caso; mas hasta que el Señor nos quiera dar luz, poco aprovecha. Mas es menester y quiere Su Majestad que tomemos medios y nos entendamos, y lo que hace la flaca imaginación y el natural y demonio, no pongamos la culpa a el alma.

CAPITULO II

PROSIGUE EN LO MESMO Y DECLARA POR UNA COMPARACION QUE ES GUSTOS Y COMO SE HAN DE ALCANZAR NO PROCURANDOLOS.

¡Válame (1) Dios en lo que me he metido! Ya tenía olvidado lo que trataba, porque los negocios y salud me hace dejarlo al mejor tiempo; y como tengo poca memoria, irá todo desconcertado, por no poder tornarlo a leer. Y aun quizás se es todo desconcierto cuanto digo; al menos es lo que siento. Paréceme queda dicho de los consuelos espirituales, cómo algunas veces (2) van envueltos con nuestras pasiones, train consigo unos alborotos de sollozos (3), y aun a personas he oído que se les aprieta el pecho, y aun vienen a movimientos exteriores, que no se pueden ir a la mano, y es la fuerza de manera, que les hace salir sangre de narices, y cosas ansí penosas. Desto no sé decir nada, porque no he pasado por ello, mas debe quedar consuelo; porque, como digo, todo va a parar en desear contentar a Dios y gozar de Su Majestad.

Los que yo llamo gustos de Dios, que en otra parte lo he nombrado oración de quietud, es muy de otra manera, como entenderéis las que lo habéis probado, por la misericordia de Dios. Hagamos cuenta, para entenderlo mejor, que vemos dos fuentes con dos pilas que se hinchen de agua; que no me hallo (4) cosa

---

1 *Vélame,* se lee en el autógrafo. Es una errata material.
2 *Como,* volvió a escribir aquí, pero tachó la palabra.
3 La Santa escribe *collozos,* por distracción.
4 Fr. Luis de León suprime el pronombre en su edición, diciendo: *que no hallo.*

más a propósito para declarar algunas de espíritu que esto de agua; y es, como sé poco y el ingenio no ayuda, y soy tan amiga de este elemento, que le he mirado con más (1) advertencia que otras cosas. Que en todas las que crió tan gran Dios, tan sabio, debe haber hartos secretos, de que nos podemos aprovechar, y ansí lo hacen los que lo entienden, aunque creo que en cada cosita que Dios crió hay más de lo que se entiende, aunque sea una hormiguita.

Estos dos pilones se hinchen de agua de diferentes maneras: el uno viene de más lejos por muchos arcaduces y artificio; el otro está hecho en el mesmo nacimiento del agua, y vase hinchendo sin nengún ruido. Y si es el manantial caudaloso, como éste de que hablamos, después de henchido este pilón, procede un gran arroyo; ni es menester artificio, ni se acaba el edificio de los arcaduces, sino siempre está procediendo agua de allí. Es la diferencia, que la que viene por arcaduces es, a mi parecer, los contentos que tengo dicho que se sacan con la meditación; porque [los] (2) traemos con los pensamientos, ayudándonos de las criaturas en la meditación, y cansando el entendimiento; y como viene, en fin, con nuestras diligencias, hace ruido cuando ha de haber algún hinchimiento de provechos que hace en el alma, como queda dicho.

Estotra fuente (3), viene el agua de su mesmo nacimiento, que es Dios, y ansí como Su Majestad quiere, cuando es servido hacer alguna merced sobrenatural, produce con grandísima paz y quietud y suavidad de lo muy interior de nosotros mesmos, yo no sé hacia dónde, ni cómo, ni aquel contento y deleite se siente como los de acá en el corazón, digo en su principio, que después todo lo hinche; vase revertiendo este agua por todas las moradas y potencias, hasta llegar a el cuerpo; que por eso dije que comienza de Dios y acaba en nosotros; que cierto, como verá quien lo hubiere probado, todo el hombre exterior goza de este gusto y suavidad.

---

1 Aquí trae el autógrafo unas letras, que nada dicen, ni están borradas. Tal vez fueran comienzo de una palabra que la Santa quiso escribir y desistió de ello por dar otro giro a la frase.

2 Esta palabra, que falta en el original, súplela Fr. Luis de León en su edición de Salamanca.

3 *A estotra fuente,* escribiríamos hoy,

Estaba yo ahora mirando, escribiendo esto, que en el verso que dije: «Dilatasti cor meum» (1), dice que se ensanchó el corazón; y no me parece que es cosa, como digo, que su nacimiento es del corazón, sino de otra parte aún más interior, como una cosa profunda. Pienso que debe ser el centro del alma, como después he entendido y diré a la postre; que cierto, veo secretos en nosotros mesmos que me train espantada muchas veces; ¡y cuántos más debe haber! !Oh Señor mío y Dios mío, qué grandes son vuestras grandezas! Y andamos acá como unos pastorcillos bobos, que nos parece alcanzamos algo de Vos, y debe ser tanto como nonada; pues en nosotros mesmos están grandes secretos que no entendemos. Digo tanto como nonada, para lo muy muy mucho que hay en Vos, que no porque no son muy grandes las grandezas que vemos, aun de lo que podemos alcanzar de vuestras obras.

Tornando a el verso, en lo que me puede aprovechar, a mi parecer, para aquí, es en aquel ensanchamiento; que ansí parece que, como comienza a producir aquella agua celestial de este manantial que digo, de lo profundo de nosotros, parece que se va dilatando y ensanchando todo nuestro interior y produciendo unos bienes, que no se pueden decir, ni aun el alma sabe entender qué es lo que se le da allí. Entiende una fragancia (2), digamos ahora, como si en aquel hondón interior estuviese un brasero adonde se echasen olorosos perfumes; ni se ve la lumbre, ni dónde está; mas el calor y humo oloroso penetra toda el alma, y aun hartas veces, como he dicho, participa el cuerpo. Mirá, entendedme, que ni se siente calor, ni se huele olor, que más delicada cosa es que estas cosas; sino para dároslo a entender. Y entiendan las personas que no han pasado por esto, que es verdad que pasa ansí, y que se entiende, y lo entiende el alma más claro que yo lo digo ahora. Que no es esto cosa que se puede antojar, porque por diligencias que hagamos, no lo podemos adquirir, y en ello mesmo se ve no

---

1 *Dilataste cor meo,* dice el autógrafo.

2 *Fraganza,* escribió por error, que la Santa enmienda, poniendo una *i* entre líneas, la cual no se distingue en la edición fotolitográfica de Sevilla.

ser de nuestro metal, sino de aquel purísimo oro de la sabiduría divina. Aquí no están las potencias unidas, a mi parecer, sino embebidas y mirando como espantadas qué es aquello.

Podrá ser que en estas cosas interiores me contradiga algo de lo que tengo dicho en otras partes. No es maravilla, porque en casi quince años (1) que ha que lo escribí, quizá me ha dado el Señor más claridad en estas cosas de lo que entonces entendía, y ahora y entonces puedo errar en todo, mas no mentir; que, por la misericordia de Dios, antes pasaría mil muertes: digo lo que entiendo.

La voluntad bien me parece que debe estar unida en alguna manera con la de Dios; mas en los efetos y obras de después se conocen estas verdades de oración, que no hay mejor crisol para probarse. Harto gran merced es de Nuestro Señor, si la conoce quien la recibe, y muy grande si no torna atrás. Luego querréis, mis hijas, procurar tener esta oración, y tenéis razón; que, como he dicho, no acaba de entender el alma las que allí la hace el Señor y con el amor que la va acercando más a Sí; que cierto está desear saber cómo alcanzaremos esta merced. Yo os diré lo que en esto he entendido.

Dejemos cuando el Señor es servido de hacerla porque Su Majestad quiere y no por más. El sabe el porqué; no nos hemos de meter en eso. Después de hacer lo que los de las moradas pasadas, humildad, humildad; por ésta se deja vencer el Señor a cuanto dél queremos; y lo primero en que veréis si la tenéis, es en no pensar que merecéis estas mercedes y gustos del Señor, ni los habéis de tener en vuestra vida. Diréisme que de esta manera, que ¿cómo se han de alcanzar no los procurando? A esto respondo, que no hay otra mejor de la que os he dicho, y no los procurar, por estas razones. La primera, porque lo primero que para esto es menester, es amar a Dios sin interese. La segunda, porque es un poco de poca humildad pensar que por nuestros servicios miserables se ha de alcanzar

1 Como la Santa terminó la primera redacción de su vida en 1562, y *Las Moradas* en 1577, no están mal contados los años.

cosa tan grande. La tercera, porque el verdadero aparejo para esto es deseo de padecer y de imitar al Señor, y no gustos, los que, en fin, le hemos ofendido. La cuarta, porque no está obligado Su Majestad a dárnoslos, como a darnos la gloria si guardamos sus mandamientos; que sin esto nos podremos salvar, y sabe mejor que nosotros lo que nos conviene y quién le ama de verdad; y ansí es cosa cierta, yo lo sé, y conozco personas que van por el camino del amor, como han de ir, por sólo servir a su Cristo crucificado, que no sólo no le piden gustos ni los desean, mas le suplican no se los dé en esta vida: esto es verdad. La quinta es, porque trabajaremos en balde, que, como no se ha de traer esta agua por arcaduces como la pasada, si el manantial no la quiere producir, poco aprovecha que nos cansemos. Quiero decir, que, aunque más meditación tengamos, y aunque más nos estrujemos y tengamos lágrimas, no viene este agua por aquí; sólo se da a quien Dios quiere, y cuando más descuidada está muchas veces el alma.

Suyas somos, hermanas; haga lo que quisiere de nosotras, llévenos por donde fuere servido. Bien creo que quien de verdad se humillare y desasiere (digo de verdad, porque no ha de ser por nuestros pensamientos, que muchas veces nos engañan, sino que estemos desasidas del todo), que no dejará el Señor de hacernos esta merced, y otras muchas que no sabremos desear. Sea por siempre alabado y bendito. Amén.

CAPITULO III

EN QUE TRATA QUE ES ORACION DE RECOGIMIENTO, QUE POR LA MAYOR PARTE LA DA EL SEÑOR ANTES DE LA DICHA. DICE SUS EFETOS Y LOS QUE QUEDAN DE LA PASADA, QUE TRATO DE LOS GUSTOS QUE DA EL SEÑOR.

Los efetos de esta oración son muchos; algunos diré. Y primero, otra manera de oración, que comienza casi siempre primero que ésta, y por haberla dicho en otras partes (1), diré poco: un recogimiento que también me parece sobrenatural, porque no es estar en escuro, ni cerrar los ojos, ni consiste en cosa exterior, puesto que, sin quererlo, se hace esto de cerrar los ojos y desear soledad; y sin artificio, parece que se va labrando el edificio para la oración que queda dicha; porque estos sentidos y cosas exteriores parece que van perdiendo de su derecho, porque el alma vaya cobrando el suyo, que tenía perdido.

Dicen que el alma se entra dentro de sí, y otras veces que sube sobre sí (2). Por este lenguaje no sabré yo aclarar nada,

---

1 *Vida*, c. XVI; *Camino de Perfección*, c. XXVIII y XXIX. Véase también la *Relación* al P. Rodrigo Alvarez (t. II. pág. 31).

2 En el P. Francisco de Osuna leería la Santa estas expresiones. Hablando en el *Tercer Abecedario* (tratado nono, cap. VII) cuál sea mejor: entrar dentro de sí o subir sobre sí, dice: «Estas dos cosas: entrar el hombre en sí mesmo y sobir sobre sí, o retraerse el ánima en sí, o sobir en alto, son las dos cosas mayores que se hallan en este ejercicio, las que el hombre más devría procurar y las que más satisfacen al corazón del hombre. El entrar en sí se hace con menos trabajo que no el salir sobre sí; y por tanto me parece que cuando el ánima está pronta e idónea para ambas cosas igualmente, deves entrar dentro de ti, porque el salir sobre ti, ello se verná sin tú procurarlo; resultando de lo primero, que es entrar dentro en ti, y será más puro entonces y más espiritual; empero, destas dos cosas siempre deves seguir la que más tu ánima desea, porque para aquello deve tener más gracia e favor».

que esto tengo malo, que por el que yo lo sé decir, pienso que me habéis de entender, y quizá será sola para mí. Hagamos cuenta que estos sentidos y potencias (que ya he dicho que son la gente de este castillo, que es lo que he tomado para saber decir algo), que se han ido fuera y andan con gente extraña, enemiga del bien de este castillo, días y años; y que ya se han ido, viendo su perdición, acercando a él, aunque no acaban de estar dentro, porque esta costumbre es recia cosa; sino no son ya traidores, y andan alrededor. Visto ya el gran Rey, que está en la morada deste castillo, su buena voluntad, por su gran misericordia quiérelos tornar a El, y como buen pastor, con un silbo tan suave, que aun casi ellos mesmos no le entienden, hace que conozcan su voz, y que no anden tan perdidos, sino que se tornen a su morada. Y tiene tanta fuerza este silbo del pastor, que desamparan las cosas exteriores, en que estaban enajenados, y métense en el castillo.

Paréceme que nunca lo he dado a entender como ahora, porque para buscar a Dios en lo interior (que se halla mejor y más a nuestro provecho que en las criaturas, como dice San Agustín que le halló, después de haberle buscado en muchas partes) (1), es gran ayuda cuando Dios hace esta merced. Y no penséis que es por el entendimiento adquerido (2) procurando pensar dentro de sí a Dios, ni por la imaginación, imaginándole en sí. Bueno es esto y ecelente manera de meditación, porque se funda sobre verdad, que lo es estar Dios dentro de nosotros mesmos; mas no es esto, que esto cada uno lo puede hacer, con el favor del Señor, se entiende todo. Mas lo que digo es en diferente manera; y que algunas veces, antes que se comience a pensar en Dios, ya esta gente está en el castillo, que no sé por dónde ni cómo oyó el silbo de su pastor; que no fué por los oídos, que no se oye nada, mas siéntese notablemente un encogimiento suave a lo interior, como verá quien pasa por ello, que yo no lo sé aclarar mejor. Paréceme que

1 *Confesiones*, lib. X, c. XXVII.
2 Por *adquirido*.

he leído, que como un erizo o tortuga, cuando se retiran hacia sí; y debíalo de entender bien quien lo escribió (1). Mas éstos, ellos se entran cuando quieren; acá no está en nuestro querer, sino cuando Dios nos quiere hacer esta merced. Tengo para mí, que cuando Su Majestad la hace, es a personas que van ya dando de mano a las cosas del mundo. No digo que sea por obra los que tienen estado, que no pueden, sino por el deseo, pues los llama particularmente para que estén atentos a las interiores; y ansí creo que, si queremos dar lugar a Su Majestad, que no dará sólo esto a quien comienza a llamar para más.

Alábele mucho quien esto entendiere en sí, porque es muy mucha razón que conozca la merced; y el hacimiento de gracias por ella, hará que se disponga para otras mayores. Y es disposición para poder escuchar, como se aconseja en algunos libros, que procuren no discurrir, sino estarse atentos a ver qué obra el Señor en el alma; que si Su Majestad no ha comenzado a embebernos, no puedo acabar de entender cómo se pueda detener el pensamiento, de manera que no haga más daño que provecho; aunque ha sido contienda bien platicada entre algunas personas espirituales, y de mí confieso mi poca humildad, que nunca me han dado razón, para que yo me rinda a lo que dicen. Uno me alegó con cierto libro del santo Fray Pedro de Alcántara, que yo creo (2) lo es, a quien yo me rindiera, porque sé que lo sabía; y leímoslo, y dice lo mesmo que yo, aunque no por estas palabras; mas entiéndese en lo que dice, que ha de estar ya despierto el amor (3). Ya puede ser que yo me engañe, mas voy por estas razones.

---

1 Pudo leer la comparación del erizo en el *Tercer Abecedario Espiritual,* como quiera que, según ya dijimos en el tomo I, p. XXV, se hallan de este libro en los escritos de Sta. Teresa frecuentes reminiscencias. En el capítulo IV del tratado sexto, dice a este propósito Fray Francisco de Osuna: «Lo octavo que este ejercicio recoge es los sentidos del hombre a lo interior del corazón, donde está la gloria de la hija del rey, que es el ánima católica: y así muy bien se puede comparar al hombre recogido al erizo, que todo se reduce a sí mesmo y se retrae dentro en sí, no curando de lo de fuera».

2 *Creblo* se lee en el autógrafo, aunque es error material.

3 En el *Tratado de la Oración y Meditación,* octavo aviso, habla el Santo del modo de juntar la meditación con la contemplación «haciendo de la una escalón para subir a la otra», y, ciñéndonos a lo que más hace a nuestro propósito, dice: «De aquí se infiere una cosa muy común, que enseñan todos los maestros de la vida espiritual (aunque poco entendida de los que la leen), conviene a saber: que así como alcanzado el fin, cesan los medios; como tomado el

La primera, que en esta obra de espíritu, quien menos piensa y quiere hacer (1), hace más; lo que habemos de hacer, es pedir como pobres necesitados delante de un grande y rico emperador, y luego bajar los ojos, y esperar con humildad. Cuando por sus secretos caminos parece que entendemos que nos oye, entonces es bien callar; pues nos ha dejado estar cerca dél, y no será malo procurar no obrar con el entendimiento, si podemos digo. Mas si este Rey aun no entendemos que nos ha oído ni nos ve, no nos hemos de estar bobos, que lo queda harto el alma cuando ha procurado esto; y queda mucho más seca, y por ventura más inquieta la imaginación, con la fuerza que se ha hecho a no pensar nada; sino que quiere el Señor que le pidamos, y consideremos estar en su presencia, que El sabe lo que nos cumple. Yo no puedo persuadirme a industrias humanas en cosas que parece puso Su Majestad límite, y las quiso dejar para Sí; lo que no dejó otras muchas que podemos con su ayuda, ansí de penitencias, como de obras, como de oración, hasta donde puede nuestra miseria.

La segunda razón es, que estas obras interiores son todas suaves y pacíficas; y hacer cosa penosa, antes daña que aprovecha. Llamo penosa cualquier fuerza que nos queramos hacer, como sería pena detener el huelgo; sino dejarse el alma en las manos de Dios, haga lo que quisiere de ella, con el mayor descuido de su provecho que pudiere, y mayor resinación a la voluntad de Dios. La tercera es, que el mesmo cuidado que se pone en no pensar nada, quizá despertará el pensamiento a

---

puerto, cesa la navegación; y así, cuando el hombre, mediante el trabajo de la meditación llegare al reposo y gusto de la contemplación, debe por entonces cesar de aquella piadosa y trabajosa inquisición, y contento con una simple vista y memoria de Dios (como si lo tuviese presente), gozar de aquel afecto que se le da, ora sea de amor, ora de admiración, u de alegría, o cosa semejante. La razón porque esto se aconseja, es, porque como el fin de todo este negocio consiste más en el amor y afectos de la voluntad, está presa, tomada deste afecto; debemos escusar todos los discursos, y especulaciones del entendimiento en cuanto nos sea posible, para que nuestra ánima con todas sus fuerzas se emplee en esto, sin derramarse por los actos de otras potencias. Y por esto aconseja un doctor, que así como el hombre se sintiere inflamar del amor de Dios, debe luego dejar todos estos discursos, y pensamientos, por muy altos que parezcan; no porque sean malos, sino porque entonces son impeditivos de otro bien mayor, que no es otra cosa más que cesar el movimiento, llegado el término, y dejar la meditación por amor de la contemplación».

1 *Con su industria humana,* añade entre líneas el P. Gracián.

pensar mucho. La cuarta es, que lo más sustancial y agradable a Dios es que nos acordemos de su honra y gloria, y nos olvidemos de nosotros mesmos, y de nuestro provecho y regalo y gusto. ¿Pues cómo está olvidado de sí, el que con mucho cuidado está, que no se osa bullir, ni aun deja a su entendimiento y deseos que se bullan a desear la mayor gloria de Dios, ni que se huelgue de la que tiene? Cuando Su Majestad quiere que el entendimiento cese, ocúpale por otra manera, y da una luz en el (1) conocimiento tan sobre la que podemos alcanzar, que le hace quedar absorto (2), y entonces, sin saber cómo, queda muy mejor enseñado, que no con todas nuestras diligencias para echarle más a perder. Que pues Dios nos dió las potencias para que con ellas trabajásemos, y se tiene todo su premio, no hay para qué las encantar, sino dejarlas hacer su oficio, hasta que Dios las ponga en otro mayor.

Lo que entiendo, que más conviene que ha de hacer el alma, que ha querido el Señor meter a esta morada, es lo dicho, y que sin ninguna fuerza ni ruido procure atajar el discurrir del entendimiento, mas no el suspenderle, ni el pensamiento; sino que es bien que se acuerde que está delante de Dios, y quién es este Dios. Si lo mesmo que siente en sí le embebiere, enhorabuena; mas no procure entender lo que es, porque es dado a la voluntad. Déjela gozar sin ninguna industria más de algunas palabras amorosas, que aunque no procuremos aquí estar sin pensar nada, se está muchas veces, aunque muy breve tiempo.

Mas, como dije en otra parte (3), la causa por qué en esta manera de oración, digo en la que comencé esta morada (que he metido la de recogimiento con ésta que había de decir primero, y es muy menos que la de los gustos que he dicho de Dios; sino que es principio para venir a ella; que en la del recogimiento no se ha de dejar la meditación, ni la obra del entendimiento) en esta fuente manantial, que no viene por arcaduces, él se comide, u le hace comedir ver que no entiende lo que

---

1 *Enten*[dimiento] comenzó a escribir, borrándolo luego.

2 Algo extraña la escritura de esta palabra en la Santa, que parece, en su modo llano de habiar, debiera haber dicho *asorto*.

3 *Camino de Perfección*, c. XXXI.

quiere, y ansí anda de un cabo a otro, como tonto que en nada hace asiento. La voluntad le tiene tan grande en su Dios, que la da gran pesadumbre su bullicio (1); y ansí no ha menester hacer caso de él, que la hará perder mucho de lo que goza, sino dejarle y dejarse a sí en los brazos del amor; que Su Majestad la enseñará lo que ha de hacer en aquel punto, que casi todo es hallarse indina de tanto bien y emplearse en hacimiento de gracias.

Por tratar de (2) la oración de recogimiento, dejé los efetos u señales que tienen las almas a quien Dios Nuestro Señor da esta oración. Ansí como se entiende claro un dilatamiento u ensanchamiento en el alma, a manera de como si el agua que mana de una fuente no tuviese corriente, sino que la mesma fuente estuviese labrada de una cosa, que mientra más agua manase, más grande se hiciese el edificio; ansí parece en esta oración, y otras muchas maravillas que hace Dios en el alma, que la habilita y va dispuniendo para que quepa todo en ella. Ansí esta suavidad y ensanchamiento interior, se ve en el que le queda para no estar tan atada como antes en las cosas del servicio de Dios, sino con mucha más anchura; ansí en no se apretar con el temor del infierno, porque aunque le queda mayor de no ofender a Dios (el servil piérdese aquí), queda con gran confianza que le ha de gozar. El que solía tener, para hacer penitencia, de perder la salud, ya le parece que todo lo podrá en Dios; tiene más deseos de hacerla que hasta allí. El temor que solía tener a los trabajos, ya va más templado; porque está más viva la fe y entiende que, si los pasa por Dios, Su Majestad le dará gracia para que los sufra con paciencia; y aun algunas veces los desea, porque queda también una gran voluntad de hacer algo por Dios. Como va más conociendo su grandeza, tiénese ya por más miserable; como ha probado ya los gustos de Dios, ve que es una basura los del mundo; vase poco a poco apartando de ellos, y es más señora de sí para hacerlo. En fin,

---

1 *Dullicio,* escribe la Santa.
2 *Los efetos,* había puesto, pero borró la Santa estas dos palabras.

en todas las virtudes queda mejorada, y no dejará de ir creciendo, si no torna atrás ya a hacer ofensas de Dios, porque entonces todo se pierde, por subida que esté un alma en la cumbre. Tampoco se entiende, que de una vez u dos que Dios haga esta merced a un alma, quedan todas estas hechas, si no va perseverando en recibirlas, que en esta perseverancia (1) está todo nuestro bien.

De una cosa aviso mucho a quien se viere en este estado: que se guarde muy mucho de ponerse en ocasiones de ofender a Dios. Porque aquí no está aún (2) el alma criada, sino como un niño que comienza a mamar, que si se aparta de los pechos de su madre, ¿qué se puede esperar de él sino la muerte? Yo he mucho temor, que a quien Dios hubiere hecho esta merced y se apartare de la oración, que será ansí, si no es con grandísima ocasión, u si no torna (3) presto a ella, porque irá de mal en peor. Yo sé que hay mucho que temer en este caso, y conozco a algunas personas, que me tienen harto lastimada, y he visto lo que digo, por haberse apartado de quien con tanto amor se le quería dar por amigo, y mostrárselo por obras. Aviso tanto que no se pongan en ocasiones, porque pone mucho el demonio más por un alma de éstas que por muy muchas a quien el Señor no haga estas mercedes; porque le pueden hacer gran daño con llevar otras consigo, y hacer gran provecho, podría ser, en la Ilesia de Dios. Y aunque no haya otra cosa si no ver el que Su Majestad las muestra amor particular, basta para que él se deshaga porque se pierdan; y ansí son muy combatidas, y aun mucho más perdidas que otras, si se pierden. Vosotras, hermanas, libres estáis de estos peligros, a lo que podemos entender; de soberbia y vanagloria os libre Dios; y de que el demonio quiera contrahacer estas mercedes, conocerse ha en que no hará estos efetos, sino todo al revés.

---

1 Por distracción escribe la Santa: *perseveranza.*

2 Esta palabra, que la Santa suele escribir en abreviatura $\overline{an}$, o $\overline{a}$, la trae aquí con todas las letras: *aun.* Advertimos esto a los que opinan que Santa Teresa pronunciaba $\overline{a}$, $\overline{a\ q}$, en vez de *aun, aunque.*

3 La Santa borra la primera sílaba del verbo, que decía *retorna.*

De un peligro os quiero avisar, aunque os lo he dicho en otra parte, en que he visto caer a personas de oración, en especial mujeres, que como somos más flacas, ha más lugar para lo que voy a decir; y es, que algunas, de la mucha penitencia y oración y vigilias, y aun sin esto, sonse flacas de complexión. En tiniendo algún regalo, sujétales el natural; y como sienten contento alguno interior, y caimiento en lo exterior, y una flaqueza (1), cuando hay un sueño que llaman espiritual, que es un poco más de lo que queda dicho, paréceles que es lo uno como lo otro, y déjanse embebecer. Y mientra más se dejan, se embebecen más; porque se enflaquece más el natural, y en su seso les parece arrobamiento. Y llámole yo abobamiento, que no es otra cosa más de estar perdiendo tiempo allí, y gastando su salud.

A una persona le acaecía estar ocho horas; que ni están sin sentido, ni sienten cosa de Dios. Con dormir y comer y no hacer tanta penitencia, se le quitó a esta persona, porque hubo quien la entendiese; que a su confesor traía engañado, y a otras personas, y a sí mesma; que ella no quería engañar. Bien creo que haría el demonio alguna diligencia para sacar alguna ganancia, y no comenzaba a sacar poca.

Hase de entender, que cuando es cosa verdaderamente de Dios, que aunque hay caimiento interior y exterior, que no le hay en el alma, que tiene grandes sentimientos de verse tan cerca de Dios; ni tampoco dura tanto, sino muy poco espacio. Bien que se torna a embebecer, y en esta oración, si no es flaqueza, como he dicho, no llega a tanto que derrueque el cuerpo, ni haga nengún sentimiento exterior en él. Por eso tengan aviso, que cuando sintieren esto en sí, lo digan a la perlada, y diviértanse lo que pudieren, y hágalas no tener horas tantas de oración, sino muy poco, y procure que duerman bien y coman, hasta que se les vaya tornando la fuerza natural, si se perdió por aquí. Si es de tan flaco natural que no le baste esto, créanme que no la quiere Dios sino para la vida ativa, que de todo ha de haber en

1 *Flaquedá* se lee en el original. ¿Quiso escribir la Santa, *flaqueza que da?* Fray Luis de León, y Gracián, en la copia de Córdoba, leen *flaqueza*.

los monesterios; ocúpenla en oficios, y siempre se tenga cuenta que no tenga mucha soledad, porque verná a perder del todo la salud. Harta mortificación será para ella; aquí quiere probar el Señor el amor que le tiene, en cómo lleva esta ausencia, y será servido de tornarle la fuerza después de algún tiempo; y si no, con oración vocal ganará, y con obedecer, y merecerá lo que había de merecer por aquí, y por ventura más.

También podría haber algunas de tan flaca cabeza y imaginación, como yo las he conocido, que todo lo que piensan les parece que lo ven; es harto peligroso. Porque quizá se tratará de ello adelante, no más aquí; que me he alargado mucho en esta morada, porque es en la que más almas creo entran. Y como es también natural junto con lo sobrenatural, puede el demonio hacer más daño; que en las que están por decir, no le da el Señor tanto lugar. Sea por siempre alabado. Amén.

MORADAS QUINTAS

CONTIENEN CUATRO CAPITULOS

CAPITULO PRIMERO

COMIENZA A TRATAR COMO EN LA ORACION SE UNE EL ALMA CON DIOS. DICE EN QUE SE CONOCERA NO SER ENGAÑO.

¡Oh, hermanas, cómo os podría yo decir la riqueza, y tesoros y deleites que hay en las quintas moradas! Creo fuera mejor no decir nada de las que faltan, pues no se ha de saber decir, ni el entendimiento lo sabe entender, ni las comparaciones pueden servir de declararlo; porque son muy bajas las cosas de la tierra para este fin. Enviá, Señor mío, del cielo luz para que yo pueda dar alguna a estas vuestras siervas, pues sois servido de que gocen algunas de ellas tan ordinariamente de estos goces, porque no sean engañadas, trasfigurándose el demonio en ángel de luz; pues todos sus deseos se emplean en desear contentaros.

Y aunque dije algunas, bien pocas hay que no entren en esta morada que ahora diré. Hay más y menos, y a esta causa, digo que son las más las que entran en ellas. En algunas cosas de las que aquí diré, que hay en este aposento, bien creo que son pocas; mas (1) aunque no sea si no llegar a la puerta, es harta misericordia la (2) que las hace Dios; porque, puesto que son muchos los llamados, pocos son los escogidos (3). Ansí digo

1 En el autógrafo están tachadas estas palabras: *bien creo que son pocas; más*. El *que*, puesto entre líneas a continuación de la última palabra borrada, es del P. Gracián, autor de la tachadura.
2 *Las*, había escrito; pero está tachada la *s*.
3 Matth., XX, 16.

ahora, que, aunque todas las que traemos este hábito sagrado del Carmen somos (1) llamadas a la oración y contemplación, porque éste fué nuestro principio, de esta casta venimos, de aquellos santos Padres nuestros del Monte Carmelo, que en tan gran soledad y con tanto desprecio del mundo buscaban este tesoro, esta preciosa margarita de que hablamos, (2) pocas nos desponemos (3) para que nos la descubra el Señor. Porque, cuanto a lo exterior, vamos bien para llegar a lo que es menester en las virtudes; para llegar aquí, hemos menester mucho, mucho, y no nos descuidar poco ni mucho. Por eso, hermanas mías, alto a pedir al Señor, que pues en alguna manera podemos gozar del cielo en la tierra, que nos dé su favor para que no quede por nuestra culpa, y nos muestre el camino, y dé fuerzas en el alma para cavar hasta hallar este tesoro escondido, pues es verdad que le hay en nosotras mesmas: que esto querría yo dar a entender, si el Señor es servido que sepa.

Dije «fuerzas en el alma», porque entendáis que no hacen falta las del cuerpo a quien Dios Nuestro Señor no las da; no imposibilita a ninguno para comprar sus riquezas; con que dé cada uno lo que tuviere, se contenta. Bendito sea tan gran Dios. Mas mirá, hijas, que para esto que tratamos, no quiere que os quedéis con nada; poco u mucho, todo lo quiere para sí, y conforme a lo que entendierdes (4) de vos que habéis dado, se os harán mayores u menores mercedes. No hay mejor prueba para entender si llega a unión, u si no, nuestra oración. No penséis que es cosa soñada, como la pasada: digo soñada, porque ansí parece está el alma como adormizada (5), que ni bien parece está dormida, ni se siente despierta. Aquí, con estar todas dormidas, y bien dormidas, a las cosas del mundo y a nosotras mesmas (porque en hecho de verdad, se queda como sin sentido aquello poco que dura, que ni hay poder pensar aunque quieran), aquí no es menester con artificio suspender el pensamiento.

---

1 El P. Gracián borró la palabra *somos* y escribe entre líneas: *seguimos regla de ser.*
2 Al margen, de letra del P. Gracián: *y quizá.*
3 Por *disponemos.*
4 Por *entendiereis.*
5 *Adormeçida,* corrige el P. Gracián. *Adormecida,* se lee también en la edición príncipe.

Hasta el amar, si lo hace, no entiende cómo, ni qué es lo que ama, ni qué querría; en fin, como quien de todo punto ha muerto al mundo para vivir más en Dios. Que ansí es una muerte sabrosa, un arrancamiento del alma de todas las operaciones que puede tener, estando en el cuerpo: deleitosa, porque aunque de verdad parece se aparta el alma de él, para mejor estar en Dios, de manera que aun no sé yo si le queda vida para resolgar (1). Ahora lo estaba pensando, y paréceme que no; al menos, si lo hace, no se entiende si lo hace. Todo su entendimiento se querría emplear en entender algo de lo que siente, y como no llegan sus fuerzas a esto, quédase espantado, de manera que, si no se pierde del todo, no menea pie ni mano, como acá decimos de una persona, que está tan desmayada, que nos parece está muerta. ¡Oh secretos de Dios! Que no me hartaría de procurar dar a entenderlos, si pensase acertar en algo, y ansí diré mil desatinos, por si alguna vez atinase, para que alabemos mucho a el Señor.

Dije que no era cosa soñada, porque en la morada que queda dicha, hasta que la expiriencia es mucha, queda el alma dudosa de qué fué aquello: si se le antojó, si estaba dormida, si fué dado de Dios, si se trasfiguró el demonio en ángel de luz. Queda con mil sospechas, y es bien que las tenga; porque, como dije, aun el mesmo natural nos puede engañar allí alguna vez; porque aunque no hay tanto lugar para entrar las cosas emponzoñosas, unas lagartijillas sí, que como son agudas, por doquiera se meten; y aunque no hacen daño, en especial si no hacen caso de ellas, como dije, porque son pensamentillos que proceden de la imaginación (2) y de lo que queda dicho, importunan muchas veces. Aquí, por agudas que son las lagartijas, no pueden entrar en esta morada; porque ni hay imaginación, ni memoria ni entendimiento que pueda impedir este bien. Y osaré afirmar, que si verdaderamente es unión de

---

1 *Resollar, respirar.* Véase cómo modifica Fr. Luis de León este pasaje en la edición salmantina, sin duda para que resaltase más la claridad: «Deleytosa, porque aunque esta en el, segun la verdad, parece se aparta el alma del, para mejor estar en Dios: es de manera que aun no se yo si le queda vida para resollar».

2 *Imaginacién,* escribe Santa Teresa por error de pluma.

Dios (1), que no puede entrar el demonio, ni hacer ningún daño; porque está Su Majestad tan junto y unido con la esencia del alma (2), que no osará llegar, ni aun debe de entender este secreto. Y está claro; pues dicen que no entiende nuestro pensamiento (3), menos entenderá cosa tan secreta, que aun no la fía Dios de nuestro pensamiento (4). ¡Oh gran bien, estado adonde este maldito no nos hace mal! Ansí queda el alma con tan grandes ganancias, por obrar Dios en ella, sin que nadie le estorbe, ni nosotros mesmos. ¿Qué no dará quien es tan amigo de dar, y puede dar todo lo que quiere?

Parece que os dejo confusas en decir si es unión de Dios, y que hay otras uniones. ¡Y cómo si las hay! Aunque sean en cosas vanas, cuando se aman mucho, también los trasportará el demonio; mas no con la manera que Dios, ni con el deleite y satisfación del alma y paz y gozo. Es sobre todos los gozos de la tierra, y sobre todos los deleites, y sobre todos los contentos, y más, que no tiene que ver adonde se engendran estos contentos, u los de la tierra, que es muy diferente su sentir, como lo ternéis expirimentado. Dije yo una vez (5), que es como si fuesen en esta grosería del cuerpo, u en los tuétanos, y atiné bien, que no sé cómo lo decir mejor.

Paréceme, que aun no os veo satisfechas, porque os parecerá que os podéis engañar, que esto interior es cosa recia de examinar; y aunque para quien ha pasado por ello basta lo dicho, porque es grande la diferencia, quiéroos decir una señal clara, por donde no os podréis engañar, ni dudar si fué de Dios,

---

1 *Con sola el alma,* añade Gracián entre líneas.

2 *Esencia del alma.* El P. Gracián borra estas dos palabras del original.

3 Borra esta palabra el P. Gracián, poniendo en su lugar: *entendimiento,* y en el margen superior, añade: *Entiéndese de los actos de entendimiento y voluntad, que los pensamientos de la imaginación claramente los ve el demonio, si Dios no le ciega en aquel punto.* La nota del P. Jerónimo está bien puesta, y muy conforme a lo que enseña la Filosofía. Fr. Luis de León incluyó la enmienda del P. Gracián en el texto de la Santa, diciendo: «Si está claro que no entiende nuestro pensamiento, menos entenderá cosa tan secreta. Entiéndese de los actos de entendimiento y voluntad, que los pensamientos de la imaginación, claramente los ve el demonio, si Dios no le ciega en aquel punto». Gracián, en la copia de Córdoba, pone *entendimiento* en lugar de *pensamiento,* según la corrección que hace al autógrafo, pero no incluye la adición marginal que en él puso, como lo hace Fr. Luis.

4 *Natural,* pone entre líneas el P. Gracián.

5 De los gozos que se le siguen al que ha llegado a este grado de unión sobrenatural, habla muy bien en el *Camino de Perfección,* c. XXXI.

que Su Majestad me la ha traído hoy a la memoria, y a mi parecer, es la cierta. Siempre en cosas dificultosas, aunque me parece que lo entiendo y que digo verdad, voy con este lenguaje de que «me parece»; porque si me engañare, estoy muy aparejada a creer lo que dijeren los que tienen letras muchas. Porque aunque no hayan pasado por estas cosas, tienen un no sé qué grandes letrados, que como Dios los tiene para luz de su Ilesia, cuando es una verdad, dásela para que se admita; y si no son derramados, sino siervos de Dios, nunca se espantan de sus grandezas, que tienen bien entendido que puede mucho más y más. Y, en fin, aunque algunas cosas no tan declaradas, otras deben hallar escritas, por donde ven que pueden pasar éstas.

De esto tengo grandísima expiriencia, y también la tengo de unos medio letrados espantadizos, porque me cuestan muy caro; al menos creo que quien no creyere que puede Dios mucho más, y que ha tenido por bien y tiene algunas veces comunicarlo a sus criaturas, que tiene bien cerrada la puerta para recibirlas. Por eso, hermanas, nunca os acaezca, sino creé de Dios mucho más y más, y no pongáis los ojos en si son ruines u buenos a quien las hace, que Su Majestad lo sabe, como os lo he dicho; no hay para que nos meter en esto, sino con simpleza de corazón y humildad servir a Su Majestad, y alabarle por sus obras y maravillas.

Pues tornando a la señal que digo (1) es la verdadera, ya veis esta alma que la ha hecho Dios boba del todo para imprimir mejor en ella la verdadera sabiduría, que ni ve, ni oye ni entiende en el tiempo que está ansí, que siempre es breve, y aun harto más breve le parece a ella de lo que debe de ser. Fija Dios a sí mesmo en lo interior de aquel alma de manera, que cuando torna en sí, en ninguna manera (2) pueda dudar que estuvo en Dios, y Dios en ella. Con tanta firmeza le queda esta verdad, que aunque pase años sin tornarle Dios a hacer aquella merced, ni se le olvida, ni puede dudar que es-

1 El P. Gracián añade: *que me paresçe que.*
2 *Le paresçe a ella que,* añade Gracián.

tuvo; aun dejemos por los efetos con que queda, que éstos diré después; esto es lo que hace mucho al caso.

Pues diréisme: ¿cómo lo vió u cómo lo entendió, si no ve ni entiende? No digo que lo vió entonces, sino que lo ve después claro; y no porque es visión, sino una certidumbre (1) que queda en el alma, que solo Dios la puede poner. Yo sé de una persona, que no había llegado a su noticia que estaba Dios en todas las cosas por presencia, y potencia y esencia, y de una merced que le hizo Dios de esta suerte, lo vino a creer (2) de manera, que aunque un medio letrado, de los que tengo dichos, a quien preguntó cómo estaba Dios en nosotros (él lo sabía tan poco como ella antes que Dios se lo diese a entender), le dijo que no estaba más de por gracia. Ella tenía ya tan fija la verdad, que no le creyó, y preguntólo a otros que le dijeron la verdad, con que se consoló mucho (3).

No os habéis de engañar pareciéndoos que esta certidumbre queda en forma corporal, como (4) el cuerpo de Nuestro Señor

---

1 *Sino que lo ve después claro, y no porque es visión; sino una certidumbre.* El P. Gracián corrige estas frases de suerte que digan: *Sino que después le quedó, a su parecer, una certidumbre.*

2 Borra el P. Gracián este verbo y pone en lugar suyo: *entender.*

3 En el *Libro de la Vida* (t. I, c. XVIII, p. 135), habla la Santa de esta misma duda, de la cual le sacó un hijo de S. Domingo. Más tarde recibió una merced que ilustró sobremanera su entendimiento para comprender esta verdad. (Cfr. t. II, Relación LIV, p. 78). Poco antes de escribir *Las Moradas,* aun pidió nuevas explicaciones teológicas y exegéticas acerca de ella al P. Diego de Yepes, si hemos de estar a lo que el virtuoso monje afirma en la vida que escribió de la Santa, libro II, capitulo XX. Como dice un antiguo escritor, «unión es una junta de dos cosas diversas, y la que el alma puede tener con Dios, es de muchas maneras, como es la de orden natural, que es común a todas las criaturas en que Dios existe por esencia, asiste por presencia, domina por potencia. Otra sobrenatural, que es común a todos los justos, en quien Dios está por gracia, por ser ésta una participación de la divina naturaleza, como es en sí misma, con que el alma le agrada y es amada de Dios, y ella habitualmente queda inclinada a Dios, y algunas veces le ama actualmente. Pero esta unión, aunque no se compadece con culpas graves, actuales ni habituales, compadécese con las culpas leves y veniales, y también con los hábitos viciosos y con la desorden de las pasiones; y así no es ésta la unión de los perfectos de que hablamos, aunque se supone a ella. Otra unión también sobrenatural, que se puede llamar de perfección u de estado perfecto, o puede ser adquirida con los auxilios comunes de la gracia, y consiste en la total conformidad de la voluntad del alma con la de Dios..., o puede ser infusa y con auxilios especiales, con que, ya por medio de las purgaciones activas y pasivas, ya de los frecuentes actos de conocimiento y amor, va el alma desnudándose de sus hábitos malos, de sus inclinaciones torcidas, de sus pasiones desordenadas, y entonces queda habitualmente unida a Dios con más perfección que con sola la gracia». (Cfr. *Cadena Mystica,* por Fr. José del Espíritu Santo, Colación primera, propuesta XXVI). De estos dos últimos modos de unión, es a saber: la pasiva o infusa, que es una noticia experimental de Dios según el afecto, gustándole y tocándole con el espíritu, habla la Santa en los capítulos I y II de esta morada; la activa, que consiste en la total conformidad de nuestra voluntad con la divina, y puede adquirirse por nuestra industria y la ayuda ordinaria de la gracia, en el III.

4 Aquí borra la Santa una palabra que había escrito.

Jesucristo está en el Santísimo Sacramento, aunque no le vemos; porque acá no queda ansí, sino de sola la Divinidad. ¿Pues cómo lo que no vimos, se nos queda con esa certidumbre? Eso no lo sé yo, son obras suyas; mas sé que digo verdad, y quien no quedare con esta certidumbre, no diría yo que es unión de toda el alma con Dios, sino de alguna potencia, y otras muchas maneras de mercedes que hace Dios a el alma. Hemos de dejar en todas estas cosas de buscar razones para ver cómo fué; pues no llega nuestro entendimiento a entenderlo, ¿para qué nos queremos desvanecer? Basta ver que es todo poderoso el que lo hace (1); y pues no somos ninguna parte, por diligencias que hagamos, para alcanzarlo, sino que es Dios el que lo hace, no lo queramos ser para entenderlo.

Ahora me acuerdo sobre esto que digo, de que no somos parte, de lo que habéis oído que dice la Esposa en los Cantares: «Llevóme (2) el rey a la bodega del vino», u «metióme», creo que dice (3). Y no dice que ella se fué. Y dice también que andaba buscando a su Amado, por una parte y por otra (4). Esta entiendo yo es la bodega (5) donde nos quiere meter el Señor, cuando quiere y como quiere; mas por diligencias que nosotros hagamos, no podemos entrar. Su Majestad nos ha de meter y entrar El en el centro (6) de nuestra alma, y para mostrar sus maravillas mejor, no quiere que tengamos en ésta más parte de la voluntad, que del todo se le ha rendido, ni que se le abra la puerta de las potencias y sentidos, que todos están dormidos; sino entrar en el centro (7) del alma sin ninguna, como entró a sus dicípulos, cuando dijo: «Pax vobis» (8), y salió del sepulcro sin levantar la piedra. Adelante

---

1 Lo que sigue, hasta fin del párrafo, fué omitido por Fr. Luis de León en la edición de Salamanca.

2 *Metióme,* escribe el P. Gracián entre líneas, y al margen cita las palabras de la Sagrada Escritura. *Cant.,* I, 3.

3 *U metióme, creo que dice.* El P. Gracián borra estas palabras.

4 *Cant.,* III, 2.

5 *Bodegan,* se lee en el autógrafo. Es un error material.

6 Borra el P. Gracián: *centro,* y en su lugar pone otra palabra, que por estar muy borrada no podemos descifrar.

7 *Centro.* Esta palabra está tachada por Gracián.

8 Joan., XX, 19.

veréis cómo Su Majestad quiere que le goce el alma en su mesmo centro, aun más que aquí mucho en la postrera morada.

¡Oh, hijas, qué mucho veremos si no queremos ver más de nuestra bajeza y miseria, y entender que no somos dinas de ser siervas de un Señor tan grande, que no podemos alcanzar sus maravillas! Sea por siempre alabado. Amén.

CAPITULO II

PROSIGUE EN LO MESMO. DECLARA LA ORACION DE UNION POR UNA COMPARACION DELICADA. DICE LOS EFETOS CON QUE QUEDA EL ALMA. ES MUY DE NOTAR.

Pareceros ha que ya está todo dicho lo que hay que ver en esta morada, y falta mucho, porque, como dije, hay más y menos. Cuanto a lo que es unión, no creo sabré decir más; mas cuando el alma, a quien Dios hace estas mercedes, se dispone, hay muchas cosas que decir, de lo que el Señor obra en ellas. Algunas diré, y de la manera que queda. Para darlo mejor a entender, me quiero aprovechar de una comparación que es buena para este fin; y también para que veamos cómo, aunque en esta obra que hace el Señor no podemos hacer nada más, para que Su Majestad nos haga esta merced, podemos hacer mucho dispuniéndonos.

Ya habréis oído sus maravillas en cómo se cría la seda, que solo El pudo hacer semejante invención, y cómo de una simiente, que es a manera de granos de pimienta (1) pequeños (que yo nunca la he visto, sino oído, y ansí si algo fuere torcido, no es mía la culpa), con el calor, en comenzando a haber hoja en los morares (2), comienza esta simiente a vi-

---

1 *Mostaça*, pone Gracián entre líneas, y al margen escribe: *Ansí es, que yo la e visto*, borrando dos lineas del autógrafo que contienen estas palabras: *pimienta pequeños (que yo nunca la he visto, sino oído, y ansí si algo fuere torcido, no es mia la culpa)*.

2 Tanto esta palabra como *morar*, que viene en seguida, están corregidas en el autógrafo en forma que se lea: *morales* y *moral*. Si bien es muy difícil averiguar de quién es la enmienda, la tengo por de Gracián, y no por de la Santa, pues no es verosímil se equivocase en tan poco espacio dos veces y en la misma palabra.

vir; que hasta que hay este mantenimiento de que se sustenta, se está muerta; y con hojas de morar (1) se crían, hasta que después de grandes, les ponen unas ramillas, y allí, con las boquillas, van de sí mesmos hilando la seda, y hacen unos capuchillos (2) muy apretados, adonde se encierran; y acaba este gusano, que es grande y feo, y sale del mesmo capucho una mariposica blanca, muy graciosa. Mas si esto no se viese, sino que nos lo contaran de otros tiempos, ¿quién lo pudiera creer? ¿Ni con qué razones pudiéramos sacar, que una cosa tan sin razón como es un gusano y una abeja, sean tan diligentes en trabajar para nuestro provecho, y con tanta industria, y el pobre gusanillo pierda la vida en la demanda? Para un rato de meditación basta esto, hermanas, aunque no os diga más; que en ello podéis considerar las maravillas y sabiduría de nuestro Dios. ¿Pues qué será si supiésemos la propiedad de todas las cosas? De gran provecho es ocuparnos en pensar estas grandezas, y regalarnos en ser esposas de Rey tan sabio y poderoso.

Tornemos a lo que decía. Entonces comienza a tener vida este gusano, cuando con la calor del Espíritu Santo se comienza a aprovechar del auxilio (3) general que a todos nos da Dios, y cuando comienza a aprovecharse de los remedios que dejó en su Ilesia, ansí de acontinuar las confesiones, como con buenas liciones y sermones, que es el remedio que un alma, que está muerta en su descuido y pecados y metida en ocasiones, puede tener. Entonces comienza a vivir, y vase sustentando en esto y en buenas meditaciones, hasta que está crecida, que es lo que a mí me hace al caso, que estotro poco importa.

Pues crecido este gusano, que es lo que en los principios queda dicho, de esto que he escrito, comienza a labrar la seda, y edificar la casa adonde ha de morir. Esta casa querría dar a entender aquí, que es Cristo. En una parte me parece he leído u oído, que nuestra vida está ascondida en (4) Cristo,

1 Por *moral.* Véase la nota anterior.
2 El P. Gracián borró la tercera sílaba de esta palabra para que se leyese: *capullos.*
3 *Aujilio,* escribe la Santa.
4 El P. Gracián borra *en* y pone *con.*

u (1) en Dios (2), que todo es uno, u que nuestra vida es Cristo (3). En que esto sea u no, poco va para mi propósito (4).

Pues veis aquí, hijas, lo que podemos con el favor de Dios hacer: ¡que Su Majestad mesmo sea nuestra morada, como lo es en esta oración de unión, labrándola nosotras! Parece que quiero decir, que podemos quitar y poner en Dios, pues digo que El es la morada, y la podemos nosotras fabricar para meternos en ella. Y ¡como si podemos! No quitar de Dios ni poner, sino quitar de nosotros y poner, como hacen estos gusanitos; que no habremos acabado de hacer en esto todo lo que podemos, cuando este trabajillo, que no es nada, junte Dios con su grandeza, y le dé tan gran valor, que el mesmo Señor sea el premio de esta obra. Y ansí como ha sido el que ha puesto la mayor costa, ansí quiere juntar nuestros trabajillos con los grandes que padeció Su Majestad, y que todo sea una cosa.

Pues ea, hijas mías, priesa a hacer esta labor y tejer este capuchillo, quitando nuestro amor propio y nuestra voluntad, el estar asidas a ninguna cosa de la tierra, puniendo obras de penitencia, oración, mortificación, obediencia, todo lo demás que sabéis; que ansí obrásemos como sabemos, y somos enseñadas de lo que hemos de hacer. Muera, muera este gusano, como lo hace en acabando de hacer para lo que fué criado, y veréis como vemos a Dios, y nos vemos (5) tan metidas en su grandeza, como lo está este gusanillo en este capucho. Mirá que digo ver a Dios, como dejo dicho que se da a sentir en esta manera de unión.

Pues veamos qué se hace este gusano, que es para lo que he dicho todo lo demás; que cuando está en esta oración, bien muerto está a el mundo, sale una mariposita blanca. ¡Oh

---

1 También esta *u* está tachada.

2 Gracián borra las dos líneas siguientes, y al margen pone esta nota: *S. Pablo lo dice en la epístola a los colosenses, cap.º 3.º, que nuestra vida está escondida con X.º en Dios. Y luego dice que X.º es nuestra vida.* Ribera respeta esta nota.

3 *Ad Colos.*, III, 3.

4 Ya se entiende, que al propósito de la Santa hace poco, no el texto de la Escritura, sino el que diga: *nuestra vida está escondida en Cristo,* o *que nuestra vida es Cristo.*

5 Sustituye esta palabra el P. Gracián por *contemplamos.* La enmienda está borrada por el P. Ribera.

grandeza de Dios, y cuál sale una alma de aquí, de haber estado un poquito metida en la grandeza de Dios y tan junta con El; que a mi parecer nunca llega a media hora! Yo os digo de verdad, que la mesma alma no se conoce a sí; porque, mirá la diferencia que hay de un gusano feo a una mariposica blanca, que la mesma hay acá. No sabe de dónde pudo merecer tanto bien: de dónde le pudo venir, quise decir, que bien sabe que no le merece (1); vese con un deseo de alabar a el Señor, que se querría deshacer, y de morir por El mil muertes. Luego le comienza a tener de padecer grandes trabajos, sin poder hacer otra cosa. Los deseos de penitencia grandísimos, el de soledad, el de que todos conociesen a Dios; y de aquí le viene una pena grande de ver que es ofendido. Y aunque en la morada que viene se tratará más destas cosas en particular, porque aunque casi lo que hay en esta morada y en la que viene después, es todo uno, es muy diferente la fuerza de los efetos; porque, como he dicho, si después que Dios llega a un alma aquí, se esfuerza a ir adelante, verá grandes cosas.

¡Oh, pues ver el desasosiego de esta mariposita, con no haber estado más quieta y sosegada en su vida! Es cosa para alabar a Dios, y es que no sabe adónde posar y hacer su asiento, que como le ha tenido tal, todo lo que ve en la tierra le descontenta, en especial cuando son muchas las veces que la da Dios de este vino; casi de cada una queda con nuevas ganancias. Ya no tiene en nada las obras que hacía siendo gusano, que era poco a poco tejer el capucho; hanle nacido alas, ¿cómo se ha de contentar, pudiendo volar, de andar paso a paso? Todo se le hace poco cuanto puede hacer por Dios, según son sus deseos. No tiene en mucho lo que pasaron los santos, entendiendo ya por expiriencia cómo ayuda el Señor, y trasforma un alma, que no parece ella, ni su figura. Porque la flaqueza que antes le parecía tener para hacer penitencia, ya la halla fuerte; el atamiento con deudos, u amigos u hacienda,

---

1 *Quise decir, que bien sabe que no lo merece.* Estas palabras fueron suprimidas en la edición príncipe.

que ni le bastaban atos, ni determinaciones, ni quererse apartar, que entonces le parecía se hallaba más junta, ya se ve de manera, que le pesa estar obligada a lo que, para no ir contra Dios, es menester hacer. Todo le cansa, porque ha probado que el verdadero descanso no le pueden dar las criaturas.

Parece que me alargo, y mucho más podría decir, y a quien Dios hubiere hecho esta merced, verá que quedo corta; y ansí no hay que espantar que esta mariposilla busque asiento de nuevo, ansí como se halla nueva de las cosas de la tierra. ¿Pues a dónde irá la pobrecica? Que tornar adonde salió no puede, que como está dicho, no es en nuestra mano, aunque más hagamos, hasta que es Dios servido de tornarnos a hacer esta merced. ¡Oh Señor, y qué nuevos trabajos comienzan a esta alma! ¿Quién dijera tal, después de merced tan subida? En fin, fin (1), de una manera u de otra ha de haber cruz mientra vivimos. Y quien dijere que después que llegó aquí siempre está con descanso y regalo, diría yo que nunca llegó, sino que por ventura fué algún gusto, si entró en la morada pasada, y ayudado de flaqueza natural, y aun, por ventura, del demonio, que le da paz para hacerle después mucha mayor guerra.

No quiero decir que no tienen paz los que llegan aquí, que sí tienen y muy grande; porque los mesmos trabajos son de tanto valor y de tan buena raíz que, con serlo muy grandes, de ellos mesmos sale la paz y el contento. Del mesmo descontento que dan las cosas del mundo, nace un deseo de salir dél tan penoso, que si algún alivio tiene, es pensar que quiere Dios viva en este destierro, y aún no basta, porque aun el alma, con todas estas ganancias, no está tan rendida en la voluntad de Dios, como se verá adelante, aunque no deja de conformarse; mas es con un gran sentimiento, que no puede más, porque no le han dado más y con muchas lágrimas. Cada vez que tiene oración, es ésta su pena; en alguna manera quizá procede de la muy grande que le da de ver que es ofendido Dios, y poco

1 Repite, sin duda, esta palabra la Santa para mayor firmeza y encarecimiento final de lo que acaba de hablar.

estimado en este mundo, y de las muchas almas que se pierden, ansí de herejes como de moros; aunque las que más la lastiman, son las de los cristianos, que aunque ve es grande la misericordia de Dios, que por mal que vivan se pueden enmendar y salvarse, teme que se condenan muchos.

¡Oh, grandeza de Dios, que pocos años antes estaba esta alma, y aun quizá días, que no se acordaba sino de sí! ¿Quién la ha metido en tan penosos cuidados? Que aunque queramos tener muchos años de meditación, tan penosamente como ahora esta alma lo siente, no lo podremos sentir. Pues, válame Dios, si muchos días y años yo me procuro ejercitar en el gran mal que es ser Dios ofendido, y pensar que éstos que se condenan son hijos suyos y hermanos míos, y los peligros en que vivimos, cuán bien nos está salir de esta miserable vida, ¿no bastará? Que no, hijas, no es la pena que se siente aquí, como las de acá; que eso bien podríamos, con el favor del Señor, tenerla, pensando mucho esto; mas no llega a lo íntimo de las entrañas, como aquí, que parece desmenuza un alma y la muele (1), sin procurarlo ella, y aun a veces sin quererlo. ¿Pues qué es esto? ¿De dónde procede? Yo os lo diré.

¿No habéis oído (que ya aquí lo he dicho otra vez, aunque no a este propósito) de la Esposa, que la metió Dios a la bodega del vino, y ordenó en ella la caridad? (2). Pues esto es, que como aquel alma ya se entrega en sus manos, y el gran amor la tiene tan rendida, que no sabe ni quiere más de que haga Dios lo que quisiere de ella (que jamás hará Dios, a lo que yo pienso, esta merced, si no a alma que ya toma muy por suya), quiere que, sin que ella entienda cómo, salga de allí sellada con su sello. Porque, verdaderamente, el alma allí no hace más que la cera cuando imprime otro el sello, que la cera no se le imprime a sí, sólo está dispuesta, digo blanda; y aun para esta dispusición tampoco se ablanda ella, sino que se está queda y lo consiente. ¡Oh, bondad de Dios, que todo

---

1 *Y la muele.* Fr. Luis de León no publicó estas palabras en la edición salmantina.
2 *Cant.,* II, 4.

ha de ser a vuestra costa! Sólo queréis nuestra voluntad, y que no haya impedimento en la cera.

Pues veis aquí, hermanas, lo que nuestro Dios hace aquí, para que esta alma ya se conozca por suya; da de lo que tiene, que es lo que tuvo su Hijo en esta vida: no nos puede hacer mayor merced. ¿Quién más debía querer salir de esta vida? Y ansí lo dijo Su Majestad en la Cena: «Con deseo he deseado» (1). Pues ¿cómo, Señor, no se os puso delante la trabajosa muerte que habéis de morir tan penosa y espantosa? No, porque el grande amor que tengo y deseo de que se salven las almas, sobrepuja sin comparación a esas penas; y las muy grandísimas que he padecido y padezco, después que estoy en el mundo, son bastantes para no tener ésas en nada en su comparación.

Es ansí que muchas veces he considerado en esto, y sabiendo yo el tormento que pasa y ha pasado cierta alma que conozco (2), de ver ofender a Nuestro Señor, tan insufridero que se quisiera mucho más morir que sufrirla, y pensando si una alma con tan poquísima caridad, comparada a la de Cristo, que se puede decir casi nenguna en esta comparación, (3) sentía este tormento tan insufridero, ¿qué sería el sentimiento de Nuestro Señor Jesucristo, y qué vida debía pasar, pues todas las cosas le eran presentes, y estaba siempre viendo las grandes ofensas que se hacían a su Padre? Sin duda creo yo que fueron muy mayores que las de su sacratísima Pasión; porque entonces ya vía el fin de estos trabajos, y con esto, y con el contento de ver nuestro remedio con su muerte, y de mostrar el amor que tenía a su Padre en padecer tanto por El, moderaría los dolores, como acaece acá a los que con fuerza de amor hacen grandes penitencias; que no las sienten casi, antes querrían hacer más y más, y todo se le hace poco. ¿Pues qué sería a Su Majestad, viéndose en tan gran ocasión, para mostrar a su Padre cuán cumplidamente cumplía el obedecerle, y con el amor

---

1 Luc., XXII, 15.
2 La misma Santa.
3 Aquí borra la Santa un *que*.

del prójimo? ¡Oh, gran deleite, padecer en hacer la voluntad de Dios! Mas en ver tan contino tantas ofensas a Su Majestad hechas, y ir tantas almas a el infierno, téngolo por cosa tan recia (1), que creo (2), si no fuera más de hombre, un día de aquella pena bastaba para acabar (3) muchas vidas, cuánto más una.

---

1 *Penosa,* escribe entre líneas el P. Gracián, borrando la palabra *recia.* Ribera tacha la enmienda.

2 *Que,* añade entre líneas Gracián, borrándolo Ribera.

3 *Matar,* había escrito primero.

CAPITULO III

CONTINUA LA MESMA MATERIA. DICE DE OTRA MANERA DE UNION QUE PUEDE ALCANZAR EL ALMA CON EL FAVOR DE DIOS, Y LO QUE IMPORTA PARA ESTO EL AMOR DEL PROJIMO. ES DE GRAN PROVECHO.

Pues tornemos a nuestra palomica, y veamos algo de lo que Dios da en este estado. Siempre se entiende, que ha de procurar ir adelante en el servicio de Nuestro Señor y en el conocimiento propio; que si no hace más de recibir esta merced, y como cosa ya segura descuidarse en su vida, y torcer el camino del cielo, que son los mandamientos, acaecerle ha lo que a la que sale del gusano, que echa la simiente para que produzgan (1) otras, y ella queda muerta para siempre. Digo que echa la simiente, porque tengo para mí, que quiere Dios que no sea dada en balde una merced tan grande; sino que ya que no se aproveche de ella para sí, aproveche a otros. Porque como queda con estos deseos y virtudes dichas, el tiempo que dura en el bien, siempre hace provecho a otras almas, y de su calor les pega calor; y aun cuando le tienen ya perdido, acaece quedar con esa gana de que se aprovechen otros, y gusta de dar a entender las mercedes que Dios hace a quien le ama y sirve.

Yo he conocido persona que le acaecía ansí (2), que es-

---

1 Por *produzcan*.
2 Habla de sí misma. (Véase el tomo I, c. VII, p. 46).

tando muy perdida, gustaba de que se aprovechasen otras con las mercedes que Dios le había hecho, y mostrarles el camino de oración a las que no le entendían, y hizo harto provecho, harto. Después la tornó el Señor a dar luz. Verdad es que aun no tenía los efetos que quedan dichos. Mas, ¡cuántos debe haber, que los llama el Señor a el apostolado, como a Judas, comunicando con ellos, y los llaman para hacer reyes, como a Saúl, y después por su culpa se pierden! De donde sacaremos, hermanas, que para ir mereciendo más y más, y no perdiéndonos como éstos, la seguridad que podemos tener, es la obediencia, y no torcer de la ley de Dios: digo a quien hiciere semejantes mercedes, y aun a todos.

Paréceme que queda algo escura, con cuanto he dicho, esta morada. Pues hay tanta ganancia de entrar en ella, bien será que no parezca quedan sin esperanza a los que el Señor no da cosas tan sobrenaturales; pues la verdadera unión se puede muy bien alcanzar, con el favor de Nuestro Señor, si nosotros nos esforzamos (1) a procurarla, con no tener voluntad si no atada con lo que fuere la voluntad de Dios. ¡Oh, qué de ellos habrá que digamos esto, y nos parezca que no queremos otra cosa, y moriríamos por esta verdad, como creo ya he dicho! Pues yo os digo, y lo diré muchas veces, que cuando lo fuere, que habéis alcanzado esta merced del Señor, y ninguna cosa se os dé de estotra unión regalada (2) que queda dicha, que lo que hay de mayor precio en ella es por proceder de ésta que ahora digo, y por no poder llegar a lo que queda dicho, si no es muy cierta la unión de estar resinada nuestra voluntad en la de Dios. ¡Oh qué unión ésta para desear! Venturosa el alma que la ha alcanzado, que vivirá en esta vida con descanso, y en la otra también; porque ninguna cosa de los sucesos de la tierra la afligirá, si no fuere si se ve en algún peligro de perder a Dios, u ver si es ofendido; ni enfermedad, ni pobreza, ni muertes, si no fuere de quien ha de hacer falta en la Ilesia de Dios; que

---

1 *Eforzamos,* se lee en el original.
2 Por error material escribió la Santa: *regaluda.*

ve bien esta alma, que El sabe mejor lo que hace, que ella lo que desea.

Habéis de notar, que hay penas y penas; porque algunas penas hay producidas de presto de la naturaleza, y contentos lo mesmo, y aun de caridad de apiadarse de los prójimos, como hizo Nuestro Señor cuando resucitó a Lázaro (1); y no quitan éstas el estar unidas con la voluntad de Dios, ni tampoco turban el ánima con una pasión inquieta, desasosegada, que dura mucho. Estas penas pasan de presto; que, como dije de los gozos en la oración, parece que no llegan a lo hondo del alma, sino a estos sentidos y potencias. Andan por estas moradas pasadas, mas no entran en la que está por decir postrera (pues para esto es menester lo que queda dicho de suspensión de potencias), que poderoso es el Señor de enriquecer las almas por muchos caminos y llegarlas a estas moradas, y no por el atajo que queda dicho.

Mas advertid mucho, hijas, que es necesario que muera el gusano, y más a vuestra costa; porque acullá (2) ayuda mucho para morir el verse en vida tan nueva; acá es menester que, viviendo en ésta, le matemos nosotras. Yo os confieso que será a mucho más trabajo (3), mas su precio se tiene; ansí será mayor el galardón si salís con vitoria. Mas de ser posible no hay que dudar, como lo sea la unión verdaderamente con la voluntad de Dios. Esta es la unión que toda mi vida he deseado; ésta es la que pido siempre a Nuestro Señor, y la que está más clara y sigura.

Mas ¡ay de nosotros, que pocos debemos de llegar a ella! aunque a quien se guarda de ofender a el Señor y ha entrado en relisión, le parezca que todo lo tiene hecho. Oh, que quedan unos gusanos que no se dan a entender, hasta que, como el que royó la yedra a Jonás (4), nos han roído las virtudes con un amor propio, una propia estimación, un juzgar los pró-

---

1 Joan., XI, 35.

2 No debió de hacer mucha gracia esta palabra a Fr. Luis de León, que la sustituye por estas otras: *en lo susodicho*.

3 Por error mecánico repite la Santa la o de esta palabra.

4 Jon., IV, 6 y 7.

jimos, aunque sea en pocas cosas, una falta de caridad con ellos, no los quiriendo como a nosotros mesmos: que, aunque arrastrando cumplimos con la obligación para no ser pecado, no llegamos con mucho a lo que ha de ser para estar del todo unidas con la voluntad de Dios.

¿Qué pensáis, hijas, que es su voluntad? Que seamos del todo perfetas, (1) para ser unos con El y con el Padre, como Su Majestad le pidió (2). ¡Mirá qué nos falta para llegar a esto! Yo os digo que lo estoy escribiendo con harta pena de verme tan lejos, y todo por mi culpa; que no ha menester el Señor hacernos grandes regalos para esto; basta lo que nos ha dado en darnos a su Hijo, que nos enseñase el camino. No penséis que está la cosa en si se muere mi padre u hermano, conformarme tanto con la voluntad de Dios que no lo sienta, y si hay trabajos y enfermedades, sufrirlos con contento. Bueno es, y a las veces consiste en discreción; porque no podemos más, y hacemos de la necesidad virtud. ¡Cuántas cosas de éstas hacían los filósofos, u aunque no sea de éstas, de otras, de tener mucho saber! Acá solas estas dos que nos pide el Señor: amor de Su Majestad y del prójimo. Es en lo que hemos de trabajar; guardándolas con perfeción hacemos su voluntad, y ansí estaremos unidos con El. Mas ¡qué lejos estamos de hacer como debemos a tan gran Dios estas dos cosas, como tengo dicho; Plega a Su Majestad nos dé gracia para que merezcamos llegar a este estado, que en nuestra mano está, si queremos.

La más cierta señal que, a mi parecer, hay de sí guardamos estas dos cosas, es guardando bien la del amor del prójimo; porque si amamos a Dios, no se puede saber, aunque hay indicios grandes para entender que le amamos; mas el amor del prójimo sí. Y estad ciertas, que mientra más en éste os vierdes (3) aprovechadas, más lo estáis en el amor de Dios; porque es tan grande el que Su Majestad nos tiene, que en pago del

1 El autógrafo trae en este lugar la palabra *que*, la cual se suprime en la edición príncipe. En realidad, sobra, ni es giro de frase usado por la Santa. Se trata de un descuido material.

2 Joan., XVII, 22.

3 Por *viereis*.

que tenemos a el prójimo, hará que crezca el que tenemos a Su Majestad por mil maneras: en esto yo no puedo dudar.

Impórtanos mucho andar con gran advertencia cómo andamos en esto, que si es con mucha perfeción, todo lo tenemos hecho; porque creo yo, que según es malo nuestro natural, que si no es naciendo de raíz del amor de Dios, que no llegaremos a tener con perfeción el del prójimo. Pues tanto nos importa esto, hermanas, procuremos irnos entendiendo en cosas aun menudas, y no haciendo caso de unas muy grandes, que ansí por junto vienen en la oración, de parecer que haremos y conteceremos (1) por los prójimos, y por sola un alma que se salve; porque si no vienen después conformes las obras, no hay para qué creer que lo haremos. Ansí digo de la humildad también, y de todas las virtudes. Son grandes los ardides del demonio, que por hacernos entender que tenemos una, no la tiniendo, dará mil vueltas al infierno. Y tiene razón, porque es muy dañoso, que nunca estas virtudes fingidas vienen sin alguna vanagloria, como son de tal raíz; ansí como las que da Dios, están libres de ella ni de soberbia.

Yo gusto algunas veces de ver unas almas, que, cuando están en oración, les parece querrían ser abatidas y públicamente afrentadas (2) por Dios, y después una falta pequeña encubrirían si pudiesen. ¡Uh, que si no la han hecho, y se la cargan! Dios nos libre. Pues mírese mucho quien esto no sufre, para no hacer caso de lo que a solas determinó a su parecer; que en hecho de verdad no fué determinación de la voluntad, que cuando ésta hay verdadera, es otra cosa; sino alguna imaginación, que en ésta hace el demonio sus saltos y engaños; y a mujeres, u gente sin letras, podrá hacer muchos, porque no sabemos entender las diferencias de potencias y imaginación, y otras mil cosas que hay interiores (3). ¡Oh, hermanas, cómo se ve claro adónde está de veras el amor del prójimo, en algunas de vosotras, y en

---

1 *Aconteceremos*, se diría ahora.

2 Aunque el autógrafo dice *afrontadas*, creemos que es error material, pues la Santa nunca dice *afrontas* por *afrentas*.

3 *Enteriores*, se lee en el autógrafo, pero es error de pluma.

las que no está con esta perfeción! Si entendiésedes lo que nos importa esta virtud, no trairíades (1) otro estudio.

Cuando yo veo almas muy diligentes a entender la oración que tienen, y muy encapotadas cuando están en ella, que parece no se osan bullir, ni menear el pensamiento, porque no se les vaya un poquito de gusto y devoción que han tenido, háceme ver cuán poco entienden del camino por donde se alcanza la unión; y piensan que allí está todo el negocio. Que no, hermanas (2), no; obras quiere el Señor; y que si ves una enferma a quien puedes dar algún alivio, no se te dé nada de perder esa devoción, y te compadezcas de ella; y si tiene algún dolor, te duela a ti; y si fuere menester, lo ayunes, porque ella lo coma: no tanto por ella, como porque sabes que tu Señor quiere aquello. Esta es la verdadera unión con su voluntad; y que si vieres loar mucho a una persona, te alegres más mucho que si te loasen a ti (3). Esto, a la verdad, fácil es, que si hay humildad, antes terná pena de verse loar. Mas este alegría de que se entiendan las virtudes de las hermanas es gran cosa, y cuando viéremos alguna falta en alguna, sentirla como si fuera en nosotras y encubrirla.

Mucho he dicho en otras partes de esto (4), porque veo, hermanas, que si hubiese en ello quiebra, vamos perdidas. Plega el Señor nunca la haya, que como esto sea, yo os digo que no dejéis de alcanzar de Su Majestad la unión que queda dicha. Cuando os vierdes faltas en esto, aunque tengáis devoción y regalos, que os parezca habéis llegado ahí, y alguna suspencioncilla en la oración de quietud, que algunas luego les parecerá que está todo hecho, creéme que no habéis llegado a unión, y pedid a Nuestro Señor que os dé con perfeción este amor del prójimo, y dejad hacer a Su Majestad, que El os dará más que sepáis desear, como vosotras os esforcéis y pro-

---

1 Por *trairíais*.

2 *Esmanas*, escribió distraída, y el P. Gracián enmendó la palabra.

3 Véase cómo modifica estas líneas Fr. Luis en su edición: «Esta es la verdadera unión con su voluntad, y si vierdes alabar mucho a una persona, os alegreys más que si os loassen a vos».

4 Véase el *Camino de Perfección*, c. VII.

curéis, en todo lo que pudierdes, esto, y forzar vuestra voluntad para que se haga en todo la de las hermanas, aunque perdáis de vuestro derecho, y olvidar vuestro bien por el suyo, aunque más contradición os haga el natural, y procurar tomar trabajo por quitarle al prójimo, cuando se ofreciere. No penséis que no ha de costar algo, y que os lo habéis de hallar hecho. Mirá lo que costó a nuestro Esposo el amor que nos tuvo, que por librarnos de la muerte, la murió tan penosa como muerte de cruz.

CAPITULO IV

PROSIGUE EN LO MESMO, DECLARANDO MAS ESTA MANERA DE ORACION. DICE LO MUCHO QUE IMPORTA ANDAR CON AVISO, PORQUE EL DEMONIO LE TRAE GRANDE PARA HACER TORNAR ATRAS DE LO COMENZADO.

Paréceme que estáis con deseo de ver qué se hace esta palomica, y adónde asienta, pues queda entendido que no es en gustos espirituales, ni en contentos de la tierra. Más alto es su vuelo, y no os puedo satisfacer de este deseo, hasta la postrera morada, y aun plega a Dios se me acuerde, u tenga lugar de escribirlo; porque han pasado casi cinco meses desde que lo comencé hasta ahora (1), y como la cabeza no está para tornarlo a leer, todo debe ir desbaratado, y por ventura dicho algunas cosas dos veces. Como es para mis hermanas, poco va en ello.

Todavía quiero más declararos lo que me parece que es esta oración de unión; conforme a mi ingenio porné una comparación. Después diremos más de esta mariposica, que no para, aunque siempre frutifica haciendo bien a sí y a otras almas, porque no halla su verdadero reposo (2). Ya ternéis oído muchas veces que se desposa Dios con las almas espiritualmente. ¡Ben-

---

1 Comenzó la Santa a escribir este libro en Toledo, el 2 de Junio de 1577. Por su viaje a Avila, hubo de suspenderlo hasta el mes de Octubre del mismo año, que continuó este capítulo y las sextas y séptimas moradas, para terminarlo el 29 del mes siguiente.

2 *Haciendo bien a sí y a otras almas.* Estas palabras están escritas entre líneas por la Santa, y al margen añade: *porque no halla su verdadero reposo.*

dita sea su misericordia, que tanto se quiere humillar! Y aunque sea grosera comparación, yo no hallo otra que más pueda dar a entender lo que pretendo, que el sacramento del matrimonio. Porque aunque de diferente manera, porque en (1) esto que tratamos jamás hay cosa que no sea espiritual (esto corpóreo va muy lejos, y los contentos espirituales que da el Señor, y los gustos, al que deben tener los que se desposan, van mil leguas lo uno de lo otro), porque todo es amor con amor, y sus operaciones son limpísimas, y tan delicadísimas y suaves, que no hay cómo se decir; mas sabe el Señor darlas muy bien a sentir.

Paréceme a mí, que la unión aun no llega a desposorio espiritual; sino, como por acá cuando se han de desposar dos, se trata si son conformes, y que el uno y el otro quieran, y aun que se vean, para que más se satisfaga el uno del otro: ansí acá, prosupuesto (2) que el concierto está ya hecho, y que esta alma está muy bien informada cuán bien le está, y determinada a hacer en todo la voluntad de su Esposo, de todas cuantas maneras ella viere que le ha de dar contento, y Su Majestad, como quien bien entenderá si es ansí, lo está de ella, y ansí hace esta misericordia, que quiere que le entienda más, y que, como dicen, vengan a vistas, y juntarla consigo. Podemos decir que es ansí esto, porque pasa en brevísimo tiempo. Allí no hay más dar y tomar, sino un ver el alma, por una manera secreta, quién es este Esposo que ha de tomar; porque por los sentidos y potencias en ninguna manera podía entender en mil años lo que aquí entiende en brevísimo tiempo. Mas como es tal el Esposo, de sola aquella vista la deja más dina de que se vengan a dar las manos, como dicen; porque queda el alma tan enamorada, que hace de su parte lo que puede para que no se desconcierte este divino desposorio (3). Mas si esta alma se descuida a poner su afición en cosa que no sea El, piérdelo todo, y es tan grandísima pérdida, como lo son las mercedes que va haciendo, y mucho mayor que se puede encarecer.

---

1 Por distracción repite la Santa la preposición *en*.
2 Por *presupuesto*.
3 Primero había puesto: *matrimonio*.

Por eso, almas cristianas, a las que el Señor ha llegado a estos términos, por El os pido que no os descuidéis, sino que os apartéis de las ocasiones, que aun en este estado no está el alma tan fuerte que se pueda meter en ellas, como lo está después de hecho el desposorio, que es en la morada que diremos tras ésta. Porque la comunicación no fué más de una vista, como dicen, y el demonio andará con gran cuidado a combatirla y a desviar este desposorio; que después, como ya la ve del todo rendida a el Esposo, no osa tanto, porque la ha miedo, y tiene expiriencia que si alguna vez lo hace, queda con gran pérdida y ella con más ganancia.

Yo os digo, hijas, que he conocido a personas muy encumbradas, y llegar a este estado, y con la gran sotileza y ardid del demonio, tornarlas a ganar para sí; porque debe de juntarse todo el infierno para ello, porque, como muchas veces digo, no pierden un alma sola, sino gran multitud. Ya él tiene expiriencia en este caso; porque si miramos la multitud de almas que por medio de una tray Dios a sí, es para alabarle mucho los millares que convertían los mártires: ¡una doncella como Santa Ursula! ¡Pues las que habrá perdido el demonio por Santo Domingo y San Francisco y otros fundadores de Ordenes, y pierde (1) ahora por el Padre Inacio, el que fundó la Compañía (2); que todos, está claro, como lo leemos, recibían mercedes semejantes de Dios! ¿Qué fué esto, si no que se esforzaron a no perder por su culpa tan divino desposorio? ¡Oh, hijas mías! que tan aparejado está este Señor a hacernos merced ahora como entonces, y aun en parte más necesitado de que las queramos recibir; porque hay pocos que miren por su honra, como entonces había. Querémonos mucho (3); hay muy mucha cordura para no perder de nuestro derecho. ¡Oh qué engaño tan grande! El Señor nos dé luz para no caer en semejantes tinieblas, por su misericordia.

---

1 *Dielde*, dice equivocadamente la Santa.

2 En la edición de Salamanca hecha por Fr Luis de León, se suprime lo que atañe a San Ignacio y la Compañía, y se hace en este párrafo una leve modificación en la siguiente forma: «Pues, las que aura perdido el demonio por santo Domingo y san Francisco, y otros fundadores de ordenes? que todos estos, como lo leemos, recibian mercedes semejantes de Dios».

3 *Mecho*, dice el autógrafo.

Podréisme preguntar u estar con duda de dos cosas: la primera, que si está el alma tan puesta con la voluntad de Dios, como queda dicho, que ¿cómo se puede engañar, pues ella en todo no quiere hacer la suya? La segunda, ¿por qué vías puede entrar el demonio tan peligrosamente que se pierda vuestra alma, estando tan apartadas del mundo y tan llegadas a los sacramentos, y en compañía, podemos decir, de ángeles?, pues por la bondad del Señor, todas no train otros deseos sino de servirle y agradarle en todo; que ya los que están metidos en las ocasiones del mundo, no es mucho. Yo digo que en esto tenéis razón, que harta misericordia nos ha hecho Dios; mas cuando veo, como he dicho, que estaba Judas en compañía de los Apóstoles, y tratando siempre con el mesmo Dios, y oyendo sus palabras, entiendo que no hay seguridad en esto.

Respondiendo a lo primero, digo que si esta alma se estuviese siempre asida a la voluntad de Dios, que está claro que no se perdería; mas viene el demonio con unas sotilezas grandes, y debajo de color de bien, vala desquiciando en poquitas cosas de ella, y metiendo en algunas que él le hace entender que no son malas, y poco a poco escureciendo el entendimiento, y entibiando la voluntad, y haciendo crecer en ella el amor propio, hasta que de uno en otro la va apartando de la voluntad de Dios y llegando a la suya. De aquí queda respondido a lo segundo; porque no hay encerramiento tan encerrado adonde él no pueda entrar, ni desierto tan apartado adonde deje de ir. Y aun otra cosa os digo, que quizá lo primite el Señor para ver cómo se ha aquel alma a quien quiere poner por luz de otras; que más vale que en los principios, si ha de ser ruin, lo sea, que no cuando dañe a muchas.

La diligencia que a mí se me ofrece más cierta (después de pedir siempre a Dios en la oración que nos tenga de su mano, y pensar muy contino, cómo, si El nos deja, seremos luego en el profundo, como es verdad, y jamás estar confiados (1) en nosotras, pues será desatino estarlo), es andar con

1 *Confiadas*, debiera decir.

particular cuidado y aviso, mirando cómo vamos en las virtudes: si vamos mejorando u desminuyendo en algo, en especial en el amor unas con otras, y en el deseo de ser tenida por la menor, y en cosas ordinarias; que si miramos en ella (1), y pedimos al Señor que nos dé luz, luego veremos la ganancia u la pérdida. Que no penséis que alma que llega Dios a tanto, la deja tan apriesa de su mano, que no tenga bien el demonio que trabajar, y siente Su Majestad tanto en que se le pierda, que le da mil avisos interiores de muchas maneras; ansí que no se le podrá asconder el daño.

En fin, sea la conclusión en esto, que procuremos siempre ir adelante, y si esto no hay, andemos con gran temor, porque sin duda, algún salto nos quiere hacer el demonio; pues no es posible que habiendo llegado a tanto, deje ir creciendo, que el amor jamás está ocioso, y ansí será harto mala señal. Porque alma que ha pretendido ser esposa del mesmo Dios, y tratádose ya con Su Majestad, y llegado a los términos que queda dicho, no se ha de echar a dormir. Y para que veáis, hija (2), lo que hace con las que ya tiene por esposas, comencemos a tratar de las sextas moradas; y veréis cómo es poco todo lo que pudiéremos (3) servir y padecer y hacer para disponernos a tan grandes mercedes. Que podrá ser haber ordenado Nuestro Señor que me lo mandasen escribir, para que, puestos los ojos en el premio y viendo cuán sin tasa es su misericordia, pues con unos gusanos quiere ansí comunicarse y mostrarse, olvidemos nuestros (4) contentillos de tierra, y puestos los ojos en su grandeza, corramos encendidas en su amor.

Plega a El que acierte yo a declarar algo de cosas tan dificultosas; que si Su Majestad y el Espíritu Santo (5) no menea la pluma, bien sé que será imposible. Y si no ha de ser para vuestro provecho, le suplico no acierte a decir nada; pues sabe

---

1 *En ello,* enmienda la edición príncipe. Tal vez la Santa sobrentiende alguna virtud.
2 *Hijas,* estaría mejor.
3 *Padiéremos,* se lee en el autógrafo.
4 *Muestros,* dice el original
5 El P. Gracián y Fr. Luis de León suprimen estas dos palabras: *Espíritu Santo.* Sin ellas, está suficientemente expresado el pensamiento de esta frase.

Su Majestad que no es otro mi deseo, a cuanto puedo entender de mí, si no que sea alabado su nombre, y que nos esforcemos a servir a un Señor, que ansí paga aún acá en la tierra; por donde podemos entender algo de lo que nos ha de dar en el cielo, sin los intrevalos (1) y trabajos y peligros que hay en este mar de tempestades. Porque, a no le haber de perderle y ofenderle, descanso sería que no se acabase la vida hasta la fin del mundo, por trabajar por tan gran Dios y Señor y Esposo. Plega a Su Majestad merezcamos hacerle algún servicio, sin tantas faltas como siempre tenemos, aún en las obras buenas. Amén.

---

1 *Intervalos.*

MORADAS SEXTAS

HAY EN ELLAS ONCE CAPITULOS

CAPITULO PRIMERO

TRATA COMO EN COMENZANDO EL SEÑOR A HACER MAYORES MERCEDES, HAY MAS GRANDES TRABAJOS. DICE ALGUNOS, Y COMO SE HAN EN ELLOS LOS QUE ESTAN YA EN ESTA MORADA. ES BUENO PARA QUIEN LOS PASA INTERIORES.

Pues vengamos con el favor del Espíritu Santo a hablar en las sextas moradas, adonde el alma ya queda herida del amor del Esposo (1), y procura más lugar para estar sola, y quitar todo lo que puede, conforme a su estado, que la puede estorbar de esta soledad. Está tan esculpida en el alma aquella vista, que todo su deseo es tornarla a gozar. Ya he dicho, que en esta oración no se ve nada, que se pueda decir ver, ni con la imaginación; digo vista, por la comparación que puse (2). Ya el alma bien determinada queda a no tomar otro esposo; mas el Esposo no mira a los grandes deseos que tiene de que se haga ya el desposorio, que aun quiere que lo desee más, y que le cueste algo, bien que es el mayor de los bienes. Y aunque todo es poco para tan grandísima ganancia, yo os digo, hijas, que no deja de ser menester la muestra y señal, que ya se tiene de ella, para poderse llevar. ¡Oh, válame Dios, y qué son los trabajos interiores y exteriores que padece, hasta que entra en la sétima morada!

---

1 *Del esposa*, dice por error el autógrafo.
2 Véase el capítulo I de las moradas quintas, p. 73 y 74.

Por cierto, que algunas veces lo considero, y que temo, que si se entendiesen antes, sería dificultosísimo determinarse la flaqueza natural para poderlo sufrir, ni determinarse a pasarlo, por bienes que se le representasen, salvo si no hubiese llegado a la sétima morada; que ya allí nada no (1) se teme de arte, que no se arroje muy de raíz el alma a pasarlo por Dios. Y es la causa, que está casi siempre tan junta a Su Majestad, que de allí le viene la fortaleza. Creo será bien contaros algunos de los que yo sé que se pasan con certidumbre. Quizá no serán todas las almas llevadas por este camino, aunque dudo mucho que vivan libres de trabajos de la tierra, de una manera u de otra, las almas que a tiempos gozan tan de veras de cosas del cielo.

Aunque no tenía por mí de tratar de esto, he pensado que algún alma que se vea en ello, le será gran consuelo saber que pasa en las que Dios hace semejantes mercedes, porque verdaderamente parece entonces que está todo perdido. No llevaré por concierto como suceden, sino como se me ofreciere a la memoria. Y quiero comenzar de los más pequeños, que es una grita de las personas con quien se trata, y aun con las que no trata, sino que en su vida le pareció se podían acordar de ella: «que se hace santa»; «que hace extremos para engañar el mundo, y para hacer a los otros ruines: que son mejores cristianos sin esas cerimonias». Y hase de notar, que no hay nenguna, sino procurar guardar bien su estado. Los que tenía por amigos, se apartan de ella, y son los que le dan mejor bocado, y es de los que mucho se sienten: «que va perdida aquel alma y notablemente engañada»; «que son cosas del demonio»; «que ha de ser como aquélla y la otra persona que se perdió, y ocasión de que caya la virtud»; «que tray engañados los confesores». Y ir a ellos y decírselo, puniéndole ejemplos de lo que acaeció a algunos que se perdieron por aquí: mil maneras de mofas, y de dichos de éstos.

---

1 *No.* Por redundante tuvo Fr. Luis de León esta palabra, que suprime en su edición de Salamanca.

Yo sé de una persona (1), que tuvo harto miedo no había de haber quien la confesase, según andaban las cosas, que por ser muchas, no hay para qué me detener. Y es lo peor, que no pasan de presto, sino que es toda la vida; y el avisarse unos a otros que se guarden de tratar personas semejantes. Diréisme que también hay quien diga bien. ¡Oh, hijas, y qué pocos hay que crean ese bien, en comparación de los muchos que abominan! ¡Cuánto más, que ése es otro trabajo mayor (2) que los dichos! Porque, como el alma ve claro que si tiene algún bien es dado de Dios, y en ninguna manera no suyo, porque poco antes se vió muy pobre y metida en grandes pecados, esle un tormento intolerable, al menos a los principios, que después no tanto, por algunas razones: la primera, porque la expiriencia le hace claro ver, que tan presto dicen bien como mal, y ansí no hace más caso de lo uno que de lo otro; la segunda, porque le ha dado el Señor mayor luz de que ninguna cosa es buena suya (3), sino dada de Su Majestad, y como si la viese en tercera persona, olvidada (4) que tiene allí ninguna parte, se vuelve a alabar a Dios; la tercera, si ha visto algunas almas aprovechadas de ver las mercedes que Dios la hace, piensa que tomó Su Majestad este medio de que la tuviesen por buena, no lo siendo, para que a ellas les viniese bien; la cuarta, porque como tiene más delante la honra y gloria de Dios que la suya, quítase una tentación que da a los principios, de que esas alabanzas han de ser para destruirla, como ha visto algunas, y dásele poco de ser deshonrada, a trueco de que siquiera una vez sea Dios alabado por su medio; después, venga lo que viniere.

Estas razones y otras aplacan la mucha pena que dan estas alabanzas, aunque casi siempre se siente alguna, si no es cuando poco ni mucho se advierte; mas sin comparación es mayor trabajo verse ansí en público tener por buena sin ra-

---

1 La misma Santa, como puede verse en el capítulo XXVIII de la *Vida*.

2 *Mayol,* escribe la Santa por distracción.

3 Hoy diríamos: *que ninguna cosa buena es suya.* Así viene en la edición salmantina de Fr. Luis de León.

4 *Olvidade* puso primero; borró la *e,* y sobre ella escribió una *a* y luego añadió *da: olvidadada.* Quizá fué su intención escribir: *olvidada de.*

zón, que no los dichos. Y cuando ya viene a no le tener mucho de esto, muy mucho menos le tiene de esotro; antes se huelga, y le es como una música muy suave. Esto es gran verdad, y antes fortalece el alma que la acobarda; porque ya la expiriencia la tiene enseñada la gran ganancia que le viene por este camino, y parécele que no ofenden a Dios los que la persiguen, antes que lo primite Su Majestad para gran ganancia suya; y como la siente claramente, tómales un amor particular muy tierno, que le parece aquéllos son más amigos, y que la dan más a ganar, que los que dicen bien.

También suele dar el Señor enfermedades grandísimas. Este es muy mayor trabajo, en especial (1) cuando son dolores agudos, que en parte, si ellos son recios, me parece el mayor que hay en la tierra, digo exterior (2), aunque entren cuantos quisieren: si es de los muy recios dolores, digo. Porque descompone lo interior y exterior de manera, que aprieta un alma que no sabe qué hacer de sí; y de muy buena gana tomaría cualquier martirio de presto, que estos dolores; aunque en grandísimo extremo no duran tanto (que, en fin, no da Dios más de lo que se puede sufrir, y da Su Majestad primero la paciencia), mas de otros grandes en lo ordinario y enfermedades de muchas maneras.

Yo conozco una persona (3), que desde que comenzó el Señor a hacerla esta merced que queda dicha, que ha cuarenta años, no puede decir con verdad que ha estado día sin tener dolores, y otras maneras de padecer: de falta de salud corporal, digo, sin otros grandes trabajos. Verdad es que había sido muy ruin, y para el infierno que merecía todo se le hace poco. Otras, que no hayan ofendido tanto a Nuestro Señor, las llevará por otro camino; mas yo siempre escogería el del padecer, siquiera por imitar a Nuestro Señor Jesucristo, aunque no hubiese otra ganancia; en especial, que siempre hay muchas. ¡Oh, pues si tratamos de los interiores! Estotros parecerían pequeños, si és-

---

1 *Espancial,* dice el autógrafo.
2 Entre líneas pone la Santa estas dos palabras: *digo exterior.*
3 Habla de sí misma.

tos se acertasen a decir, sino que es imposible darse a entender de la manera que pasan.

Comencemos por el tormento que da topar con un confesor tan cuerdo (1) y poco expirimentado, que no hay cosa que tenga por sigura: todo lo teme, en todo pone duda, como ve cosas no ordinarias. En especial, si en el alma que las tiene ve alguna imperfeción, que les parece han de ser ángeles a quien Dios hiciere estas mercedes, y es imposible mientra estuvieren en este cuerpo; luego es todo condenado a demonio, u melencolía (2). Y de ésta está el mundo tan lleno, que no me espanto; que hay tanta ahora en el mundo, y hace el demonio tantos males por este camino, que tienen muy mucha razón de temerlo y mirarlo muy bien los confesores. Mas la pobre alma que anda con el mesmo temor, y va al confesor como a juez, y ése la condena, no puede dejar de recibir tan gran tormento y turbación, que sólo entenderá cuán gran trabajo es, quien hubiere pasado por ello. Porque éste es otro de los grandes trabajos que estas almas padecen, en especial si han sido ruines, pensar que por sus pecados ha Dios de primitir que sean engañadas; y aunque cuando Su Majestad les hace la merced, están siguras y no pueden creer ser otro espíritu si no de Dios, como es cosa que pasa de presto, y el acuerdo de los pecados se está siempre, y ve en sí faltas, que éstas nunca faltan, luego viene este tormento. Cuando el confesor la asigura, aplácase, aunque torna; mas cuando él ayuda con más temor, es cosa casi insufrible; en especial cuando tras éstos vienen (3) unas sequedades, que no parece que jamás se ha acordado de Dios ni se ha de acordar (4), y que como una persona de quien oyó decir desde lejos, es cuando oye hablar de Su Majestad.

Todo no es nada, si no es que sobre esto venga el parecer que no sabe informar a los confesores, y que los tray engañados; y aunque más piensa y ve que no hay primer movimiento que

---

1 Reprende aquí la Santa cierta extraña cordura, influída demasiado por la flaca naturaleza y nada favorable al fervor de la vida espiritual.

2 Por *melancolía.*

3 *Vienes,* escribe distraída la Santa.

4 *Acardar,* se lee en el original.

no los diga, no aprovecha. Que está el entendimiento tan escuro, que no es capaz de ver la verdad, sino creer lo que la imaginación le representa (que entonces ella es la señora), y los desatinos que el demonio la quiere representar, a quien debe Nuestro Señor de dar licencia para que la pruebe, y aun para que la haga entender que está reprobada de Dios. Porque son muchas las cosas que la combaten con un apretamiento interior, de manera tan sentible y intolerable, que yo no sé a qué se pueda comparar, si no a los que padecen en el infierno; porque ningún consuelo se admite en esta tempestad. Si le quieren tomar con el confesor, parece han acudido los demonios a él para que la atormente más; y ansí, tratando uno con un alma que estaba en este tormento, después de pasado, que parece apretamiento peligroso, por ser de tantas cosas juntas, la decía le avisase cuando estuviese ansí, y siempre era tan peor, que vino él a entender que no era más en su mano. Pues si se quiere tomar un libro de romance, persona que le sabía bien leer, le acaecía no entender más de él que si no supiera letra, porque no estaba el entendimiento capaz.

En fin, que ningún remedio hay en esta tempestad, si no aguardar a la misericordia de Dios, que a deshora con una palabra sola suya, u una ocasión, que acaso sucedió, lo quita todo tan de presto, que parece no hubo nublado en aquel alma, según queda llena de sol y de mucho más consuelo. Y como quien se ha escapado de una batalla peligrosa con haber ganado la vitoria, queda alabando a Nuestro Señor, que fué el que peleó para el vencimiento; porque conoce muy claro que ella no peleó. Que todas las armas con que se podía defender le parece que las ve en manos de su contrario, y ansí conoce claramente su miseria, y lo poquísimo que podemos de nosotros si nos desamparase el Señor.

Parece que ya no ha menester consideración para entender esto, porque la expiriencia de pasar por ello, habiéndose visto del todo inhabilitada, le hacía entender nuestra nonada, y cuán miserable cosa somos; porque la gracia (aunque no debe estar sin ella, pues con toda esta tormenta no ofende a Dios ni le

ofendería por cosa de la tierra), está tan ascondida, que ni aun una centella muy pequeña le parece no ve de que tiene amor de Dios, ni que le tuvo jamás; porque si ha hecho algún bien, u Su Majestad le ha hecho alguna merced, todo le parece cosa soñada, y que fué antojo; los pecados ve cierto que los hizo.

¡Oh, Jesús, y qué es ver un alma desamparada de esta suerte, y, como he dicho, cuán poco le aprovecha ningún consuelo de la tierra! Por eso no penséis, hermanas, si alguna vez os vierdes ansí, que los ricos y los que están con libertad, ternán para estos tiempos más remedio. No, no, que me parece a mí es como si a los condenados les pusiesen cuantos deleites hay en el mundo delante, no bastarían para darles alivio, antes les acrecentaría el tormento; ansí acá viene de arriba, y no valen aquí nada cosas de la tierra. Quiere este gran Dios que conozcamos rey, y nuestra miseria, y importa mucho para lo de adelante.

Pues ¿qué hará esta pobre alma, cuando muchos días le durare ansí? Porque si reza, es como si no rezase, para su consuelo, digo; que no se admite en lo interior, ni aun se entiende lo que reza ella mesma a sí, aunque sea vocal, que para mental no es éste tiempo en ninguna manera, porque no están las potencias para ello; antes hace mayor daño la soledad, con que es otro tormento por sí estar con naide, ni que la hablen. Y ansí, por muy mucho que se esfuerce, anda con un desabrimiento y mala condición en lo exterior, que se le echa mucho de ver. ¿Es verdad que sabrá decir lo que ha? Es indicible (1), porque son apretamientos y penas espirituales, que no se saben poner nombre. El mejor remedio, no digo para que se quite, que yo no le hallo, sino para que se pueda sufrir, es entender en obras de caridad y exteriores, y esperar en la misericordia de Dios, que nunca falta a los que en El esperan. Sea por siempre bendito Amén (2).

---

1 Por *indecible*. El P. Gracián, en su copia de Córdoba, traslada así esta frase: *Es verdad que sabrá decir lo que tiene? No, que es indecible.*

2 Aquí, en un pequeño espacio de esta línea, puso la Santa: *Capítulo*, pero lo borró luego. Atenido a esto, sin duda, Fr. Luis de León dió comienzo con el párrafo siguiente al capítulo II, y así se ha venido publicando hasta mediados del siglo XIX. La copia de Córdoba se conforma a nuestra división, que es la del autógrafo.

Otros trabajos que dan los demonios, exteriores, no deben ser tan ordinarios, y ansí no hay para qué hablar en èllos, ni son tan penosos con gran parte; porque, por mucho que hagan, no llegan a inhabilitar ansí las potencias, a mi parecer, ni a turbar el alma de esta manera; que, en fin, queda razón para pensar que no pueden hacer más de lo que el Señor les diere licencia, y cuando ésta no está perdida, todo es poco, en comparación de lo que queda dicho.

Otras penas interiores iremos diciendo en estas moradas, tratando diferencias de oración y mercedes del Señor. Que aunque algunas son aún más recio que lo dicho en el padecer, como se verá por cual deja el cuerpo, no merecen nombre de trabajos, ni es razón que se le pongamos, por ser tan grandes mercedes del Señor, y que en medio de ellos entiende el alma que lo son, y muy fuera de sus merecimientos. Viene ya esta pena (1) grande para entrar en la sétima (2) morada, con otros hartos, que algunos diré, porque todos será imposible, ni aun declarar como son; porque vienen de otro linaje que los dichos, muy más alto; y si en ellos, con ser de más baja casta, no he podido declarar más de lo dicho, menos podré en estotro. El Señor dé para todo su favor, por los méritos de su Hijo. Amén.

---

1 *Este trabajo,* escribió primero, pero ella misma modificó estas palabras según se leen en el texto.
2 *Setimi,* puso S. Teresa.

CAPITULO II

TRATA DE ALGUNAS MANERAS CON QUE DESPIERTA NUESTRO SEÑOR A EL ALMA, QUE PARECE NO HAY EN ELLAS QUE TEMER, AUNQUE ES COSA MUY SUBIDA, Y SON GRANDES MERCEDES.

Parece que hemos dejado mucho la palomica, y no hemos; porque estos trabajos son los que aun la hacen tener más alto vuelo (1). Pues comencemos ahora a tratar de la manera que se ha con ella el Esposo, y cómo antes que del todo lo sea, se lo hace bien desear, por unos medios tan delicados, que el alma mesma no los entiende, ni yo creo acertaré a decir para que lo entienda, si no fueren las que han pasado por ello; porque son unos impulsos tan delicados y sotiles (2), que proceden de lo muy interior del alma, que no sé comparación que poner que cuadre.

Va bien diferente de todo lo que acá podemos procurar, y aun de los gustos que quedan dichos, que muchas veces estando la mesma persona descuidada y sin tener la memoria en Dios, Su Majestad la despierta, a manera de una cometa que pasa de presto, o un trueno (3), aunque no se oye ruido; mas entiende muy bien el alma, que fué llamada de Dios, y tan entendido, que algunas veces, en especial a los principios, la hace estremecer y aun quejar, sin ser cosa que le duele. Siente ser

---

1 El original dice: *vuerlo.*

2 Por *sutiles.*

3 *O un trueno, aunque no se oye ruido.* Esta frase se halla corregida por la misma Santa, que había escrito primero: *O un relámpago, aunque ni se vee luz, ni,* etc.

herida sabrosísimamente, mas no atina cómo ni quién la hirió; mas bien conoce ser cosa preciosa, y jamás querría ser sana de aquella herida. Quéjase con palabras de amor, aun exteriores, sin poder hacer otra cosa, a su Esposo; porque entiende que está presente, mas no se quiere manifestar de manera que deje gozarse, y es harta pena, aunque sabrosa y dulce; y aunque quiera no tenerla, no puede; mas esto no querría jamás. Mucho más le satisface que el embebecimiento sabroso que carece de pena, de la oración de quietud.

Deshaciéndome estoy, hermanas, por daros a entender esta operación de amor, y no sé cómo. Porque parece cosa contraria dar a entender el Amado claramente que está con el alma, y parecer que la llama con una seña tan cierta, que no se puede dudar, y un silbo tan penetrativo para entenderle el alma, que no le puede dejar de oir; porque no parece si no que en hablando el Esposo, que está en la sétima morada, por esta manera, que no es habla formada, toda la gente que está en las otras no se osan bullir, ni sentidos ni imaginación ni potencias. ¡Oh, mi poderoso Dios, qué grandes son vuestros secretos, y qué diferentes las cosas del espíritu a cuanto por acá se puede ver ni entender; pues con ninguna cosa se puede declarar ésta, tan pequeña (1) para las muy grandes que obráis con las almas!

Hace en ella tan gran operación, que se está deshaciendo de deseo, y no sabe qué pedir, porque claramente le parece que está con ella su Dios. Diréisme: pues si esto entiende, ¿qué desea, u qué le da pena? ¿qué mayor bien quiere? No lo sé; sé que parece le llega a las entrañas esta pena, y que, cuando de ellas saca la saeta el que la hiere, verdaderamente parece que se las lleva tras sí, según el sentimiento de amor siente (2). Estaba pensando ahora, si sería que en este fuego del brasero encendido, que es mi Dios, saltaba alguna centella y daba en el alma, de manera que se dejaba sentir aquel encendido fuego, y

1 Aqui viene en el autógrafo una palabra que la Santa borra,

2 Fr. Luis de León, en la edición de Salamanca, modifica así esta frase: «Verdaderamente parece se las lleva tras sí según es el sentimiento de amor».

como no era aún bastante para quemarla, y él es tan deleitoso, queda con aquella pena, y a el tocar hace aquella operación; y paréceme es la mejor comparación que he acertado a decir. Porque este dolor sabroso, y no es dolor, no está en un ser; aunque a veces dura gran rato, otras de presto se acaba, como quiere comunicarle el Señor, que no es cosa que se puede procurar por ninguna vía humana. Mas aunque está algunas veces rato, quítase y torna; en fin, nunca está estante (1), y por eso no acaba de abrasar el alma, sino ya que se va a encender, muérese la centella, y queda con deseo de tornar a padecer aquel dolor amoroso que le causa.

Aquí no hay que pensar si es cosa movida del mesmo natural, ni causada de melencolía, ni tampoco engaño del demonio, ni si es antojo; porque es cosa que se deja muy bien entender ser este movimiento de adonde está el Señor, que es inmutable; y las operaciones no son como de otras devociones, que el mucho embebecimiento del gusto nos puede hacer dudar. Aquí están todos los sentidos y potencias sin ningún embebecimiento, mirando qué podrá ser, sin estorbar nada ni poder acrecentar aquella pena deleitosa ni quitarla, a mi parecer. A quien Nuestro Señor hiciere esta merced (que si se la ha hecho, en leyendo esto lo entenderá), déle muy muchas gracias, que no tiene que temer si es engaño; tema mucho si ha de ser ingrato a tan gran merced, y procure esforzarse a servir y a mejorar en todo su vida, y verá en lo que para y cómo recibe más y más. Aunque a una persona que esto tuvo, pasó algunos años con ello, y con aquella merced estaba bien satisfecha, que si multitud de años sirviera a el Señor con grandes trabajos, quedaba con ella muy bien pagada. Sea bendito por siempre jamás. Amén.

Podrá ser que reparéis en cómo más en esto que en otras cosas hay seguridad. A mi parecer, por estas razones. La primera, porque jamás el demonio debe dar pena sabrosa como ésta. Podrá él dar el sabor y deleite que parezca espiritual; mas

---

1 Fijo, permanente.

juntar pena, y tanta, con quietud y gusto del alma, no es de su facultad; que todos sus poderes están por las adefueras (1), y sus penas, cuando él las da, no son, a mi parecer, jamás sabrosas ni con paz, sino inquietas y con guerra. La segunda, porque esta tempestad sabrosa viene de otra región de las que él puede señorear. La tercera, por los grandes provechos que quedan en el alma, que es, lo más ordinario, determinarse a padecer por Dios y desear tener muchos trabajos, y quedar muy más determinada a apartarse de los contentos y conversaciones de la tierra, y otras cosas semejantes.

El no ser antojo, está muy claro; porque aunque otras veces lo procure, no podrá contrahacer aquello. Y es cosa tan notoria, que en ninguna manera se puede antojar (digo parecer que es, no siendo), ni dudar de que es, y si alguna quedare, sepan que no son éstos verdaderos ímpetus: digo, si dudare en si le tuvo u si no; porque ansí se da a sentir, como a los oídos una gran voz. Pues ser melancolía, no lleva camino nenguno, porque la melencolía (2), no hace y fabrica sus antojos si no en la imaginación; estotro procede de lo interior del alma. Ya puede ser que yo me engañe, mas hasta oir otras razones a quien lo entienda, siempre estaré en esta opinión; y ansí sé de una persona harto llena de temor de estos engaños, que de esta oración jamás le pudo tener.

También suele Nuestro Señor tener otras maneras de despertar el alma: que a deshora, estando rezando vocalmente y con descuido de cosa interior, parece viene una inflamación deleitosa, como si de presto viniese un olor tan grande, que se comunicase por todos los sentidos (no digo que es olor, sino pongo esta comparación), u cosa de esta manera, sólo para dar a sentir que está allí el Esposo; mueve un deseo sabroso de gozar el alma de El, y con esto queda dispuesta para hacer grandes atos y alabanzas a Nuestro Señor. Su nacimiento de esta

---

1 Por *afueras*.

2 Como habrá notado el lector, la Santa unas veces dice *melencolía*, como ahora, y otras *melancolía*.

merced es de donde lo que queda dicho; mas aquí no hay cosa que dé pena, ni los deseos mesmos de gozar a Dios son penosos: esto es más ordinario sentirlo el alma. Tampoco me parece que hay aquí que temer, por algunas razones de las dichas, sino procurar admitir esta merced con hacimiento de gracias.

CAPITULO III

TRATA DE LA MESMA MATERIA, Y DICE DE LA MANERA QUE HABLA DIOS AL ALMA CUANDO ES SERVIDO Y AVISA CÓMO SE HAN DE HABER EN ESTO, Y NO SEGUIRSE POR SU PARECER. PONE ALGUNAS SEÑALES PARA QUE SE CONOZCA CUANDO NO ES ENGAÑO, Y CUANDO LO ES. ES DE HARTO PROVECHO.

Otra manera tiene Dios de despertar a el alma; y aunque en alguna manera parece mayor merced que las dichas, podrá ser más peligrosa, y por eso me deterné algo en ella. Que son unas hablas con el alma, de muchas maneras: unas parece vienen de fuera, otras de lo muy interior del alma, otras de lo superior de ella, otras tan en lo exterior, que se oyen con los oídos, porque parece es voz formada (1). Algunas veces, y muchas, puede ser antojo, en especial en personas de flaca imaginación u melencólicas, digo de melencolía notable.

---

1 Para la inteligencia de este capítulo y de la doctrina de la Santa sobre las hablas o locuciones divinas, transcribimos aquí lo que acerca de ellas dice el P. Francisco de Santo Tomás, C. D., en su *Médula Mystica,* trat. VI, c. I: «Las locuciones son también de tres maneras, como diximos de las visiones. Unas son corporales, otras imaginarias, y otras son espirituales o intelectuales. Las corporales son las que verdaderamente se oyen con los oídos del cuerpo, que es una potencia de los sentidos exteriores. Las imaginarias son, cuando no oyéndose con los oídos del cuerpo, las aprehendemos y percibimos con la imaginativa como si las oyéramos... Locuciones intelectuales o espirituales son, cuando lo que quiere Dios decir lo fixa en lo interior del espíritu, sin sonido, ni voz, ni figura imaginaria o corpórea dello, sino con expresión de conceptos en lo interior del espíritu y en la potencia del entendimiento. Y así como este no es corpóreo, sino espiritual, así no entiende con especies ni semejanzas corpóreas, sino espirituales... Con las cuales especies, se quedan las cosas que se dicen más claras, más fixas y permanentes que en los conocimientos de la vista y la imaginación, por ser el entendimiento más noble potencia». Estas locuciones intelectuales son de tres maneras: sucesivas, formales y substanciales. La explicación de ellas, hermosamente hecha, puede leerse en S. Juan de la Cruz: *Subida del Monte Carmelo,* libro II, c. 26-30.

De estas dos maneras de personas no hay que hacer caso, a mi parecer, aunque digan que ven y oyen y entienden, ni inquietarlas con decir que es demonio; sino oirlas como a personas enfermas, diciendo la priora u confesor, a quien lo dijere, que no haga caso de ello, que no es la sustancia para servir a Dios, y que a muchos ha engañado el demonio por allí, aunque no será quizá ansí a ella: por no la afligir más, que tray con su humor. Porque si le dicen que es melancolía, nunca acabará, que jurará que lo ve y lo oye, porque le parece ansí.

Verdad es, que es menester traer cuenta con quitarle la oración, y lo más que se pudiere, que no haga caso de ello; porque suele el demonio aprovecharse de estas almas ansí enfermas, aunque no sea para su daño, para el de otros; y a enfermas y sanas, siempre de estas cosas hay que temer, hasta ir entendiendo el espíritu. Y digo que siempre es lo mejor a los principios deshacérsele; porque si es de Dios, es más ayuda para ir adelante, y antes crece cuando es probado. Esto es ansí, mas no sea apretando mucho el alma y inquietándola, porque verdaderamente ella no puede más.

Pues, tornando a lo que decía de las hablas con el ánima, de todas las maneras que he dicho, pueden ser de Dios, y también del demonio y de la propia imaginación. Diré, si acertare, con el favor del Señor, las señales que hay (1) en estas diferencias, y cuándo serán estas hablas peligrosas. Porque hay muchas almas que las entienden entre gente de oración, y querría, hermanas, que no penséis hacéis mal en no las dar crédito, ni tampoco en dársele, cuando son solamente para vosotras mesmas, de regalo u aviso de faltas vuestras, dígalas quien las dijere, u sea antojo, que poco va en ello. De una cosa os aviso, que no penséis, aunque sean de Dios, seréis por eso mejores; que harto habló a los fariseos, y todo el bien está cómo se aprovechan de estas palabras; y ninguna que no vaya muy conforme a la Escritura hagáis más caso de ellas, que si las oyésedes al mesmo

---

1 A continuación de este verbo, escribe la Santa la preposición *de, (de en estas diferencias),* que ni hace falta, ni semejante giro es usual en ella. Fr. Luis de León la suprimió, y nosotros hacemos lo mismo, por estimar que se trata de un descuido material.

demonio; porque aunque sean de vuestra flaca imaginación, es menester tomarse como una tentación de cosas de la fe, y ansí resistir siempre, para que se vayan quitando; y sí quitarán, porque llevan poca fuerza consigo.

Pues tornando a lo primero, que venga de lo interior, que de lo superior, que de lo exterior, no importa para dejar de ser de Dios. Las más ciertas señales que se pueden tener, a mi parecer, son éstas. La primera y más verdadera, es el poderío y señorío que train consigo, que es hablando y obrando. Declárome más. Está un alma en toda la tribulación y alboroto interior que queda dicho, y escuridad del entendimiento y sequedad: con una palabra de éstas, que diga solamente: «no tengas pena», queda sosegada, y sin nenguna, y con gran luz, quitada toda aquella pena, con que le parecía que todo el mundo y letrados que se juntaran a darle razones para que no la tuviese, no la pudieran, con cuanto trabajaran, quitar de aquella afición. Está afligida por haberle dicho su confesor, y otros, que es espíritu del demonio el que tiene, y toda llena de temor; y con una palabra que se le diga sólo: «Yo soy, no hayas miedo», se le quita del todo, y queda consoladísima, y pareciéndole que ninguno bastará a hacerla creer otra cosa. Está con mucha pena de algunos negocios graves, que no sabe cómo han de suceder. Entiende, que se sosiegue, que todo sucederá bien. Queda con certidumbre y sin pena; y de esta manera otras muchas cosas (1).

La segunda razón, una gran quietud que queda en el alma, y recogimiento devoto y pacífico, y dispuesta para alabanzas de Dios. ¡Oh, Señor! si una palabra enviada a decir con un paje vuestro (que a lo que dicen, al menos éstas, en esta morada, no las dice el mesmo Señor, sino algún ángel), tienen tanta fuerza, ¿qué tal la dejaréis en el alma que está atada por amor con Vos, y Vos con ella?

La tercera señal es, no pasarse estas palabras de la memoria

---

1 Véase la admirable correspondencia de doctrina mística entre este capítulo y el XXV del *Libro de la Vida.*

en muy mucho tiempo, y algunas jamás, como se pasan las que por acá entendemos, digo que oímos de los hombres; que aunque sean muy graves y letrados, no las tenemos tan esculpidas en la memoria, ni tampoco, si son en cosas por venir, las creemos como a éstas; que queda una certidumbre grandísima, de manera que, aunque algunas veces en cosas muy imposibles a el parecer, no deja de venirle duda si será u no será, y andan con algunas vacilaciones el entendimiento, en la mesma alma está una seguridad, que no se puede rendir, aunque le parezca que vaya todo al contrario de lo que entendió, y pasan años, no se le quita aquel pensar que Dios buscará otros medios que los hombres no entienden, mas que, en fin, se ha de hacer, y ansí es que se hace. Aunque, como digo, no se deja de padecer cuando ve muchos desvíos; porque como ha tiempo que lo entendió, y las operaciones y certidumbre que al presente quedan de ser Dios es ya pasado, han lugar estas dudas, pensando si fué demonio, si fué de la imaginación; ninguna destas le queda a el presente, sino que moriría por aquella verdad. Mas, como digo, con todas estas imaginaciones, que debe poner el demonio para dar pena y acobardar el alma, en especial si es en negocio que en el hacerse lo que se entendió ha de haber muchos bienes de almas, y es obras para gran honra y servicio de Dios (1), y en ellas hay gran dificultad, ¿qué no hará? Al menos enflaquece la fe, que es harto daño no creer que Dios es poderoso para hacer obras que no entienden nuestros entendimientos.

Con todos estos combates, aunque haya quien diga a la mesma persona que son disbarates, digo los confesores con quien se tratan estas cosas, y con cuantos malos sucesos hubiere para dar a entender que no se pueden cumplir, queda una centella no sé dónde, tan viva de que será, aunque todas las demás esperanzas estén muertas, que no podría, aunque quisiese, dejar de estar viva aquella centella de siguridad. Y en fin, como he dicho, se cumple la palabra del Señor, y queda el alma tan

1 *Y son obras para gran servicio de Dios,* corrige Fr. Luis de León en la edición de Salamanca.

contenta y alegre, que no querría si no alabar siempre a Su Majestad, y mucho más, por ver cumplido lo que se le había dicho, que por la mesma obra, aunque le vaya muy mucho en ella.

No sé en qué va esto, que tiene en tanto el alma, que salgan estas palabras verdaderas, que si a la mesma persona la tomasen en algunas mentiras, no creo sentiría tanto; como si ella en esto pudiese más, que no dice si no lo que la dicen. Infinitas veces se acordaba cierta persona de Jonás, profeta, sobre esto, cuando temía no había de perderse Nínive (1). En fin, como es espíritu de Dios, es razón se le tenga esta fidelidad en desear no le tengan por falso, pues es la suma verdad. Y ansí es grande la alegría, cuando después de mil rodeos, y en cosas dificultosísimas, lo ve cumplido; aunque a la mesma persona se le hayan de seguir grandes trabajos de ello, los quiere más pasar, que no que deje de cumplirse lo que tiene por cierto le dijo el Señor. Quizá no todas personas ternán esta flaqueza, si lo es, que no lo puedo condenar por malo.

Si son de la imaginación, nenguna de estas señales hay, ni certidumbre, ni paz y gusto interior; salvo que podría acaecer, y aun yo sé de algunas personas a quien ha acaecido, estando muy embebidas en oración (2) de quietud y sueño espiritual (que algunas son flacas de complexión u imaginación, u no sé la causa, que verdaderamente en este gran recogimiento están tan fuera de sí, que no se sienten en lo exterior, y están tan adormecidos todos los sentidos, que como una persona que duerme, y aun quizá es ansí, que están adormizadas) (3), como manera de sueño les parece que las hablan, y aun que ven cosas, y piensan que es de Dios, y dejan los efetos, en fin, como de sueño. Y también podría ser, pidiendo una cosa a Nuestro Señor afetuosa-

---

1 Alude aquí la Santa a la profecía de Jonás, que por orden de Dios predijo a los ninivitas que dentro de cuarenta días su ciudad sería destruída. Dieron fe sus habitantes a la palabra del profeta, e hicieron penitencia en saco y ceniza. Dios, movido a compasión, perdonó a Nínive, y el Profeta, creyendo fallidas sus palabras, se afligió mucho. La profecía era, en este caso, condicional.

2 *Erazoon*, se lee en el autógrafo.

3 Por *adormecidas*, como en la p. 70.

mente, parecerles que le dicen lo que quieren, y esto acaece algunas veces. Mas a quien tuviere mucha expiriencia de las hablas de Dios, no se podrá engañar en esto, a mi parecer, de la imaginación.

Del demonio hay más que temer. Mas si hay las señales que quedan dichas, mucho se puede asigurar ser de Dios, aunque no de manera, que si es cosa grave lo que se le dice, y que se ha de poner por obra de sí u de negocios de terceras personas, jamás haga nada ni le pase por pensamiento, sin parecer de confesor letrado, y avisado y siervo de Dios, aunque más y más entienda y le parezca claro ser de Dios. Porque esto quiere Su Majestad, y no es dejar de hacer lo que El manda, pues nos tiene dicho tengamos a el confesor en su lugar, adonde no se puede dudar ser palabras suyas; y éstas ayuden a dar ánimo, si es negocio dificultoso, y Nuestro Señor le porná al confesor, y le hará crea es espíritu suyo, cuando El lo quisiere, y si no, no están más obligados. Y hacer otra cosa si no lo dicho, y siguirse naide por su parecer en esto, téngolo por cosa muy peligrosa; y ansí, hermanas, os amonesto de parte de Nuestro Señor, que jamás os acaezca.

Otra manera hay cómo habla el Señor a el alma, que yo tengo para mí ser muy cierto de su parte, con alguna visión inteletual, que adelante diré cómo es. Es tan en lo íntimo del alma, y parécele tan claro oir aquellas palabras con los oídos del alma a el mesmo Señor, y tan en secreto, que la mesma manera del entenderlas, con las operaciones que hace la mesma visión, asegura y da certidumbre no poder el demonio tener parte allí. Deja grandes efetos para creer esto; al menos hay seguridad de que no procede de la imaginación, y también, si hay advertencia, la puede siempre tener de esto, por estas razones. La primera, porque debe ser diferente en la claridad de la habla, que lo es tan clara, que una sílaba que falte de lo que entendió, se acuerda, y si se dijo por un estilo u por otro, aunque sea todo una sentencia; y en lo que se antoja por la imaginación, será no habla tan clara, ni palabras tan distintas, sino como cosa medio soñada.

La segunda (1), porque acá no se pensaba muchas veces en lo que se entendió, digo que es a deshora, y aun algunas estando en conversación, aunque hartas se responde a lo que pasa de presto por el pensamiento u a lo que antes se ha pensado; mas muchas es en cosas que jamás tuvo acuerdo de que habían de ser ni serían, y ansí no las podía haber fabricado la imaginación, para que el alma se engañase en antojársele lo que no había deseado, ni querido, ni venido a su noticia.

La tercera, porque lo uno es como quien oye, y lo de la imaginación es como quien va compuniendo lo que él mesmo quiere que le digan poco a poco.

La cuarta, porque las palabras son muy diferentes, y con una se comprehende mucho, lo que nuestro entendimiento no podría componer tan de presto.

La quinta, porque junto con las palabras muchas veces, por un modo que yo no sabré decir, se da a entender mucho más de lo que ellas suenan, sin palabras. En este modo de entender, hablaré en otra parte más, que es cosa muy delicada y para alabar a Nuestro Señor. Porque en esta manera y diferencias ha habido personas muy dudosas (en especial alguna por quien ha pasado, y ansí habrá otras) que no acababan de entenderse; y ansí sé que lo ha mirado con mucha advertencia, porque han sido muy muchas veces las que el Señor le hace esta merced, y la mayor duda que tenía era en esto, si se le antojaba, a los principios. Que el ser demonio más presto se puede entender, aunque son tantas sus sotilezas, que sabe bien contrahacer (2) el espíritu de luz; mas será, a mi parecer, en las palabras, decirlas muy claras, que tampoco quede duda si se entendieron como en el espíritu de verdad; mas no podrá contrahacer los efetos que quedan dichos, ni dejar esa paz en el alma, ni luz; antes inquietud y alboroto. Mas puede hacer poco daño, u ninguno, si el alma es humilde, y hace lo que he dicho, de no se mover a hacer nada por cosa que entienda.

---

1 Expresa la Santa esta palabra por la cifra II, y lo mismo hace al enumerar las siguientes razones, excepto la primera, que se lee con todas sus letras.

2 En el sentido de *imitar, remedar*.

Si son favores y regalos del Señor, mire con atención si por ello se tiene por mejor; y si mientra mayor palabra de regalo, no quedare más confundida, crea que no es espíritu de Dios. Porque es cosa muy cierta, que cuando lo es, mientra mayor merced le hace, muy más en menos se tiene la mesma alma, y más acuerdo tray de sus pecados, y más olvidada de su ganancia, y más empleada su voluntad y memoria en querer sólo la honra de Dios, ni acordarse de su propio provecho, y con más temor anda de torcer en ninguna cosa su voluntad, y con mayor certidumbre de que nunca mereció aquellas mercedes, sino el infierno. Como hagan estos efetos todas las cosas y mercedes que tuviere en la oración, no ande el alma espantada, sino confiada en la misericordia del Señor, que es fiel, y no dejará a el demonio que la engañe (1), aunque siempre es bien se ande con temor.

Podrá ser que a las que no lleva el Señor por este camino, les parezca que podrían estas almas no escuchar estas palabras que les dicen, y si son interiores, destraerse de manera que no se admitan, y con esto andarán sin estos peligros. A esto respondo, que es imposible: no hablo de las que se les antoja, que con no estar tanto apeteciendo alguna cosa ni quiriendo hacer caso de las imaginaciones, tienen remedio. Acá ninguno, porque de tal manera el mesmo espíritu que habla hace parar todos los otros pensamientos y advertir a lo que se dice, que en alguna manera me parece, y creo es ansí, que sería más posible no entender a una persona que hablase muy a voces a otra que oyese muy bien: porque podría no advertir, y poner el pensamiento y entendimiento en otra cosa; mas en lo que tratamos no se puede hacer. No hay oídos que se atapar, ni poder para pensar, si no en lo que se le dice, en ninguna manera; porque el que pudo hacer parar el sol, por petición de Josué creo era (2), puede hacer parar las potencias y todo el interior de manera, que ve bien el alma que otro

---

1 *Engaña*, había puesto, pero entre líneas puso un *ñe*, si bien se le olvidó borrar la última sílaba de *engaña*. La intención de la Santa está clara.

2 Josué, X, 12 y 13.

mayor Señor gobierna aquel castillo que ella, y hácela harta devoción y humildad; ansí que en excusarlo no hay remedio ninguno. Dénosle la divina Majestad, para que sólo pongamos los ojos en contentarle y nos olvidemos de nosotros mesmos, como he dicho, amén. Plega El que haya acertado a dar a entender lo que en esto he pretendido, y que sea de algún aviso para quien lo tuviere.

CAPITULO IV

TRATA DE CUANDO SUSPENDE DIOS EL ALMA EN LA ORACION CON ARROBAMIENTO, O EXTASI, O RATO, QUE TODO ES UNO, A MI PARECER, Y COMO ES MENESTER GRAN ANIMO PARA RECEBIR GRANDES MERCEDES DE SU MAJESTAD.

Con estas cosas dichas de trabajos y las demás, ¿qué sosiego puede traer la pobre mariposica? Todo es para más desear gozar a el Esposo; y Su Majestad, como quien conoce nuestra flaqueza, vala habilitando con estas cosas y otras muchas, para que tenga ánimo de juntarse con tan gran Señor, y tomarle por Esposo.

Reíros heis de que digo esto, y pareceros ha desatino; porque cualquiera (1) de vosotras os parecerá que no es menester y que no habrá nenguna mujer tan baja, que no le tenga para desposarse con el rey. Ansí lo creo yo con el de la tierra, mas con el del cielo, yo os digo que es menester más de lo que pensáis; porque nuestro natural es muy tímido y bajo para tan gran cosa, y tengo por cierto, que si no le diese Dios, con cuanto veis, u que nos está bien, sería imposible. Y ansí veréis lo que hace Su Majestad para concluir este desposorio, que entiendo yo debe ser cuando da arrobamientos, que la saca de sus sentidos; porque si estando en ellos se viese tan cerca de esta gran majestad, no era posible, por ventura, quedar con vida. Entiéndese arrobamientos que lo sean, y no flaquezas de

---

1 *Porque a cualquiera de vosotras,* diríamos hoy.

mujeres, como por acá tenemos, que todo nos parece arrobamiento y éxtasi. Y, como creo dejo dicho, hay complexiones tan flacas, que con una oración de quietud se mueren. Quiero poner aquí algunas maneras que yo he entendido (como he tratado con tantas personas espirituales) que hay de arrobamientos, aunque no sé si acertaré, como en otra parte que lo escribí (1). Esto y algunas cosas de las que van aquí, que por algunas razones ha parecido no va nada tornarlo a decir, aunque no sea si no porque vayan las moradas por junto aquí.

Una manera hay, que estando el alma, aunque no sea en oración, tocada con alguna palabra, que se acordó u oye de Dios, parece que Su Majestad, desde lo interior del alma, hace crecer la centella que dijimos ya, movido de piadad de haberla visto padecer tanto tiempo por su deseo, que abrasada toda (2) ella como una ave Fénix, queda renovada, y, piadosamente se puede creer, perdonadas sus culpas: hase de entender con la dispusición y medios que esta alma habrá tenido, como la Iglesia lo enseña (3). Y ansí limpia, la junta consigo, sin entender aun aquí naide si no ellos dos, ni aun la mesma alma entiende de manera que lo pueda después decir, aunque no está sin sentido interior; porque no es como a quien toma un desmayo u parajismo (4), que ninguna cosa interior ni exterior entiende (5).

Lo que yo entiendo en este caso, es que el alma nunca estuvo tan despierta para las cosas de Dios, ni con tan gran luz y conocimiento de Su Majestad. Parecerá imposible, porque si las potencias están tan absortas, que podemos decir que están muertas, y los sentidos lo mesmo, ¿cómo se puede entender que entiende ese secreto? Yo no lo sé, ni quizá ninguna criatura, si no el mesmo Criador, y otras cosas muchas que pasan en este estado, digo en estas dos moradas; que ésta y la postrera se

---

1 *Libro de la Vida*, c. XX. Véase también la Relación al P. Rodrigo (t. II, p. 32).

2 Aquí hay una palabra en el autógrafo borrada por la misma Santa.

3 *Hase de entender con la dispusición y medios que esta alma habrá tenido, como la Iglesia lo enseña.* De estas palabras se compone una adición que al margen puso la Santa. Fray Luis de León la publicó en la edición principe; en cambio, a Gracián se le pasó por alto en la copia de Córdoba.

4 Por *parasismo*.

5 *Entide*, dice el autógrafo.

pudieran (1) juntar bien, porque de la una a la otra no hay puerta cerrada. Porque hay cosas en la postrera, que no se han manifestado a los que aun no han llegado a ella, me pareció dividirlas.

Cuando, estando el alma en esta suspensión, el Señor tiene por bien demostrarle algunos secretos, como de cosas del cielo y visiones imaginarias (2), esto sábelo después decir; y de tal manera queda imprimido en la memoria, que nunca jamás se olvida (3). Mas cuando son visiones inteletuales, tampoco las sabe decir; porque debe haber algunas en estos tiempos tan subidas, que no las convienen entender más los que viven en la tierra para poderlas decir; aunque estando sana en sus sentidos, por acá se pueden decir muchas de estas visiones inteletuales.

Podrá ser que no entendáis algunas qué cosa es visión, en especial las inteletuales. Yo lo diré a su tiempo, porque me lo ha mandado quien puede; y aunque parezca cosa impertinente, quizá para algunas almas será de provecho. Pues diréisme, si después no ha de haber acuerdo de esas mercedes tan subidas que ahí hace el Señor a el alma, ¿qué provecho le train? ¡Oh, hijas! que es tan grande, que no se puede encarecer; porque, aunque no las saben decir, en lo muy interior del alma quedan bien escritas, y jamás se olvidan. Pues si no tienen imagen ni las entienden las potencias, ¿cómo se pueden acordar? Tampoco entiendo eso; mas entiendo que quedan unas verdades en esta alma tan fijas de la grandeza de Dios, que cuando no tuviera fe que le dice quién es y que está obligada a creerle por Dios, le adorara desde aquel punto por tal, como hizo Jacob cuando vió la escala (4); que con ella debía de entender otros secretos, que no los supo decir; que por sólo ver una escala que bajaban y subían ángeles, si no hubiera más luz interior, no entendiera tan grandes misterios.

---

1 Este es uno de los varios casos en que a la edición autografiada le falta alguna letra. En ella se lee *pudiera*.

2 Acerca de la visión imaginaria e intelectual véase lo que dijimos en el *Libro de la Vida*, c. XXVIII, p. 218, y en este tomo, p. 155.

3 En el original se lee *olvido*, creemos que por error material.

4 *Gen.*, XXVIII, 12.

No sé si atino en lo que digo, porque aunque lo he oído, no sé si se me acuerda bien. Ni tampoco Moisén supo decir todo lo que vió en la zarza, sino lo que quiso Dios que dijese (1); mas si no mostrara Dios a su alma secretos con certidumbre, para que viese y creyese que era Dios, no se pusiera en tantos y tan grandes trabajos, mas debía entender tan grandes cosas dentro de los espinos de aquella zarza, que le dieron ánimo para hacer lo que hizo por el pueblo de Israel. Ansí que, hermanas, las cosas ocultas de Dios, no hemos de buscar razones para entenderlas, sino que como creemos que es poderoso, está claro que hemos de creer que un gusano de tan limitado poder como nosotros, que no ha de entender sus grandezas. Alabémosle mucho, porque es servido que entendamos algunas.

Deseando estoy a acertar a poner una comparación, para si pudiese dar a entender algo de esto que voy diciendo, y creo no la hay que cuadre, mas digamos ésta. Entráis en un aposento de un rey u gran señor, u creo camarín los llaman, adonde tienen infinitos géneros de vidrios, y barros y muchas cosas, puestas por tal orden, que casi todas se ven en entrando. Una vez me llevaron a una pieza de éstas en casa de la Duquesa de Alba (adonde, viniendo de camino, me mandó la obediencia estar (2), por haberlos importunado esta señora (3), que me quedé espantada en entrando, y consideraba de qué podía aprovechar aquella baraúnda de cosas, y vía que se podía alabar al Señor de ver tantas diferencias de cosas, y ahora me cay en gracia cómo me ha aprovechado para aquí); y aunque estuve allí un rato, era tanto lo que había que ver, que luego se me olvidó todo de manera, que de nenguna de aquellas piezas me quedó más memoria que si nunca las hubiera visto, ni sabría decir de qué hechura eran; mas por junto acuérdase que lo vió (4). Ansí acá, estando el

---

1 *Exod.*, III, 2.

2 La edición príncipe trae esta frase en la siguiente forma: *me mandó la obediencia estar dos días.*

3 Yendo de Salamanca a la fundación de Segovia, en Febrero de 1574, visitó a la Duquesa en su castillo de Alba de Tormes. (Cfr. *Libro de las Fundaciones*, c. XXI).

4 Al margen escribe la Santa: *mas por junto acuérdase que lo vió.*

alma tan hecha una cosa con Dios, metida en este aposento de (1) cielo impíreo, que debemos tener en lo interior de nuestras almas; porque claro está, que pues Dios está en ellas, que tiene alguna destas moradas; y aunque cuando está ansí el alma en éxtasi, no debe siempre el Señor querer que vea estos secretos (porque está tan embebida en gozarle, que le basta tan gran bien), algunas veces gusta que se desembeba, y de presto vea lo que está en aquel aposento; y ansí queda, después que torna en sí, con aquel representársele las grandezas que vió; mas no puede decir nenguna, ni llega su natural a más de lo que sobrenatural ha querido Dios que vea.

¡Luego ya confieso que fué ver, y que es visión imaginaria? No quiero decir tal, que no es esto de que trato, sino visión inteletual; que, como no tengo letras, mi torpeza no sabe decir nada; que lo que he dicho hasta aquí en esta oración, entiendo claro que, si va bien, que no so yo la que lo he dicho. Yo tengo para mí, que si algunas veces no entiende de estos secretos, en los arrobamientos, el alma a quien los ha dado Dios, que no son arrobamientos; sino alguna flaqueza natural, que puede ser a personas de flaca complexión (2), como somos las mujeres, con alguna fuerza de espíritu sobrepujar al natural, y quedarse ansí embebidas, como creo dije en la oración de quietud. Aquéllos no tienen que ver con arrobamientos; porque el que lo es, creé que roba Dios toda el alma para sí, y que, como a cosa suya propia y ya esposa suya, la va mostrando alguna partecita del reino que ha ganado, por serlo; que por poca que sea, es todo mucho lo que hay en este gran Dios, y no quiere estorbo de naide, ni de potencias, ni sentidos; sino de presto manda cerrar las puertas de estas moradas todas, y sólo en la que El está, queda abierta para entrarnos. Bendita sea tanta misericordia, y con razón serán malditos los que no quisieren aprovecharse de ella, y perdieren a este Señor.

¡Oh, hermanas mías! que no es nada lo que dejamos, ni es nada cuanto hacemos, ni cuanto pudiéremos hacer, por un Dios

---

1 *Del,* trasladan Fr. Luis de León y Gracián.
2 *Compexión,* se lee en el autógrafo.

que ansí se quiere comunicar a un gusano! Y si tenemos esperanza de aun en esta vida gozar de este bien, ¿qué hacemos? ¿en qué nos detenemos? ¿qué es bastante, para que un memento dejemos de buscar a este Señor, como lo hacía la Esposa por barrios y plazas? (1). ¡Oh, que es burlería todo lo del mundo, si no nos llega y ayuda a esto, aunque duraran (2) para siempre sus deleites y riquezas y gozos, cuantos se pudieren imaginar! ¡que es todo asco y basura, comparado a estos tesoros que se han de gozar sin fin! Ni aun éstos no son nada en comparación de tener por nuestro al Señor de todos los tesoros y del cielo y de la tierra.

¡Oh ceguedad humana! ¿Hasta cuándo, hasta cuándo se quitará esta tierra de nuestros ojos? Que aunque entre nosotras no parece es tanta que nos ciegue del todo, veo unas motillas, unas chinillas, que si las dejamos crecer, bastarán hacernos gran daño; sino que, por amor de Dios, hermanas, nos aprovechemos de estas faltas, para conocer nuestra miseria, y ellas nos den mayor vista, como la dió el lodo del ciego que sanó nuestro Esposo (3); y ansí, viéndonos tan imperfetas, crezca más el suplicarle saque bien de nuestras miserias, para en todo contentar a Su Majestad.

Mucho me he divirtido sin entenderlo. Perdonadme, hermanas, y creed que llegada a estas grandezas de Dios, digo a hablar en ellas, no puede dejar de lastimarme mucho ver lo que perdemos por nuestra culpa. Porque, aunque es verdad que son cosas que las da el Señor a quien quiere, si quisiésemos a Su Majestad como El nos quiere, a todas las daría. No está deseando otra cosa, sino tener a quien dar, que no por eso se desminuyen sus riquezas.

Pues, tornando a lo que decía, manda el Esposo cerrar las puertas de las moradas, y aun las del castillo y cerca; que en quiriendo arrebatar esta alma, se le quita el huelgo de manera, que aunque dure un poquito más algunas veces los otros

---

1 *Cant.*, III, 2.
2 El autógrafo dice: *derararan*.
3 Joan., IX, 6 y 7.

sentidos, en ninguna manera puede hablar, aunque otras veces todo se quita de presto, y se enfrían las manos y el cuerpo de manera, que no parece tiene alma, ni se entiende algunas veces si echa el huelgo. Esto dura poco espacio, digo para estar en un ser, porque quitándose esta gran suspensión un poco, parece que el cuerpo torna algo en sí, y alienta para tornarse a morir, y dar mayor vida a el alma, y con todo, no dura mucho este tan gran éxtasi.

Mas acaece, aunque se quita, quedarse la voluntad tan embebida, y el entendimiento tan enajenado, y durar ansí día, y aun días, que parece no es capaz para entender en cosa que no sea para despertar la voluntad a amar, y ella se está harto despierta para esto y dormida para arrostrar a asirse a ninguna criatura.

¡Oh, cuando el alma torna ya del todo en sí, qué es la confusión que le queda, y los deseos tan grandísimos de emplearse en Dios, de todas cuantas maneras se quisiere servir de ella! Si de las oraciones pasadas quedan tales efetos como quedan dichos, ¿qué será de una merced tan grande como ésta? Querría tener mil vidas para emplearlas todas en Dios, y que todas cuantas cosas hay en la tierra fuesen lenguas para alabarle por ella. Los deseos de hacer penitencia, grandísimos; y no hace mucho en hacerla, porque con la fuerza del amor, siente poco cuanto hace, y ve claro que no hacían mucho los mártires en los tormentos que padecían, porque con esta ayuda de parte de Nuestro Señor, es fácil; y ansí se quejan estas almas a Su Majestad, cuando no se les ofrece en qué padecer.

Cuando esta merced les hace en secreto, tiénenla por muy grande; porque cuando es delante de algunas personas, es tan grande el corrimiento y afrenta que les queda, que en alguna manera desembebe el alma de lo que gozó, con la pena y cuidado que le da pensar qué pensarán los que lo han visto. Porque conocen la malicia del mundo, y entienden que no lo echarán por ventura a lo que es, sino que, por lo que habían de alabar al Señor, por ventura les será ocasión para echar juicios. En alguna manera me parece esta pena y corrimiento, falta de hu-

mildad; mas ello no es más en su mano; porque si esta persona desea ser vituperada, ¿qué se le da? Como entendió una que estaba en esta aflición de parte de Nuestro Señor: «No tengas pena, que, u ellos han de alabarme a Mí, u mormurar de ti; y en cualquiera cosa de éstas ganas tú» (1). Supe después que esta persona se había mucho animado con estas palabras y consolado; y porque si alguna se viere en esta afleción (2), os las pongo aquí. Parece que quiere Nuestro Señor que todos entiendan que aquel alma es ya suya, que no ha de tocar naide en ella; en el cuerpo, en la honra, en la hacienda, en horabuena, que de todo se sacará honra para Su Majestad; mas en el alma, eso no, que si ella, con muy culpable atrevimiento, no se aparta de su Esposo, El la amparará de todo el mundo, y aun de todo el infierno.

No sé si queda dado algo a entender de qué cosa es arrobamiento, que todo es imposible, como he dicho, y creo no se ha perdido nada en decirlo, para que se entienda lo que lo es; porque hay efetos muy diferentes en los fingidos arrobamientos. No digo fingidos, porque, quien los tiene, no quiere engañar (3); sino porque ella lo está. Y como las señales y efetos no conforman con tan gran merced, queda infamada de manera, que con razón no se cree después a quien el Señor la hiciere. Sea por siempre bendito y alabado. Amén, amén.

---

1 *Libro de la Vida*, c. XXXI.

2 Por *aflicción*.

3 Fr. Luis de León cambia así esta frase: «No digo fingidos, porque quien los tiene quiera engañar, sino porque ella lo está». Y Gracián en la copia de Córdoba: «No digo fingidos porque quien los tiene quiera engañar, sino porque ella lo está engañada». Ambos enmiendan la cláusula en conformidad con lo que debe expresar. Quizá la Santa quiso escribir: «No digo fingidos, porque, quien los tiene, *nos* quiera engañar; sino porque ella lo está». Comoquiera que sea, aun dejada la frase como se lee en el autógrafo, hace sentido; porque si el alma verdaderamente se cree favorecida de arrobamientos, no los finge aunque no los tenga, sino que se equivoca al suponerlos. Fingir envuelve la idea de simulación, con la que se intenta que una cosa parezca diversa de lo que es.

CAPITULO V

PROSIGUE EN LO MISMO, Y PONE UNA MANERA DE CUANDO LEVANTA DIOS EL ALMA CON UN VUELO DEL ESPIRITU EN DIFERENTE MANERA DE LO QUE QUEDA DICHO. DICE ALGUNA CAUSA, POR QUE ES MENESTER ANIMO. DECLARA ALGO DESTA MERCED QUE HACE EL SEÑOR POR SABROSA MANERA. ES HARTO PROVECHOSO.

Otra manera de arrobamientos hay, u vuelo del espíritu le llamo yo; que aunque todo es uno en la sustancia, en el interior se siente muy diferente (1). Porque muy de presto algunas veces se siente un movimiento tan acelerado del alma, que parece es arrebatado el espíritu con una velocidad que pone harto temor, en especial a los principios; que por eso os decía que es menester ánimo grande para a quien Dios ha de hacer estas mercedes, y aun fe y confianza y resinación grande de que haga Nuestro Señor del alma lo que quisiere. ¿Pensáis que es poca turbación estar una persona muy en su sentido, y verse arrebatar el alma? Y aun algunos hemos leído que el cuerpo con ella, sin saber adónde va (2) u quién la lleva u cómo; que al

---

1 Convienen los místicos con S. Tomás, que el éxtasis, arrobamiento, rapto, vuelo de espíritu, etc., substancialmente son una misma cosa, aunque hay diferencias accidentales, que la Santa señala muy bien, así en estos capítulos de *Las Moradas* en que habla de la oración de unión, como en el cap. XX del *Libro de la Vida,* y en la Relación segunda al P. Rodrigo Alvarez (t. II, p. 31). Y si maravilla la Santa explicando estas diferencias, no es menos admirable cuando expone las diversas causas de donde proceden tales suspensiones, los efectos que dejan, y la cautela con que han de proceder las almas enriquecidas de favores tan señalados. La doctrina que esta y la siguiente morada encierran es tan sublime, que no bastan a ponderarla, no ya una breve nota, pero ni volúmenes enteros que sobre ella se escriban.

2 La partícula q̄, la cual pone a continuación la Santa, está demás. No se acordó sin duda de borrarla después de escrita. Ni Fr. Luis de León ni el P. Gracián la tienen en cuenta.

principio deste momentáneo movimiento no hay tanta certidumbre de que es Dios.

¿Pues hay algún remedio de poder resistir? En ninguna manera; antes es peor. Que yo lo sé de alguna persona, que parece quiere Dios dar a entender al alma, que pues tantas veces con tan grandes veras se ha puesto en sus manos y con tan entera voluntad se le ha ofrecido toda, que entienda que ya no tiene parte en sí, y notablemente con más impetuoso movimiento es arrebatada; y tomaba ya por sí no hacer más que hace una paja, cuando la levanta el ámbar, si lo habéis mirado, y dejarse en las manos de quien tan poderoso es, que ve es lo más acertado hacer de la necesidad virtud. Y porque dije de la paja, es cierto ansí, que con la facilidad que un gran jayán puede arrebatar una paja, este nuestro gran gigante y poderoso arrebata el espíritu.

No parece si no que aquel pilar de agua, que dijimos, creo era la cuarta morada, que no me acuerdo bien (1), que con tanta suavidad y mansedumbre, digo sin ningún movimiento, se henchía; aquí desató este gran Dios, que detiene los manantiales de las aguas y no deja salir la mar de sus términos, los manantiales por donde venía a este pilar de el agua; y con un ímpetu grande se levanta una ola tan poderosa, que sube a lo alto esta navecica de nuestra alma. Y ansí como no puede una nave, ni es poderoso el piloto, ni todos los que la gobiernan, para que las olas, si vienen con furia, la dejen estar adonde quieren; muy menos puede lo interior del alma detenerse en donde quiere, ni hacer que sus sentidos ni potencias hagan más de lo que les tienen mandado, que lo exterior no se hace aquí caso de ello.

Es cierto, hermanas, que de sólo irlo escribiendo, me voy espantando de cómo se muestra aquí el gran poder de este gran Rey y Emperador: ¡qué hará quien pasa por ello! Tengo para mí, que si los que andan muy perdidos por el mundo, se les descubriese Su Majestad como hace a estas almas, que aunque no fuese por amor, por miedo no le osarían ofender. Pues ¡oh,

1 Cuartas Moradas, c. II, p. 54, y c. III, p. 64.

cuán obligadas estarán las que han sido avisadas por camino tan subido a procurar con todas sus fuerzas no enojar este Señor! Por El os suplico, hermanas, a las que hubiere hecho Su Majestad estas mercedes u otras semejantes, que no os descuidéis con no hacer más que recibir; mirá que quien mucho debe, mucho ha de pagar (1).

Para esto también es menester gran ánimo, que es una cosa que acobarda en gran manera; y si Nuestro Señor no se le diese, andaría siempre con gran afición; porque mirando lo que Su Majestad hace con ella, y tornándose a mirar a sí, cuán poco sirve para lo que está obligada, y eso poquillo que hace lleno de faltas y quiebras y flojedad, que por no se acordar de cuán imperfetamente hace alguna obra, si la hace, tiene por mejor procurar que se le olvide, y traer delante sus pecados, y meterse en la misericordia de Dios; que pues no tiene con que pagar, supla la (2) piadad y misericordia que siempre tuvo con los pecadores.

Quizá le responderá lo que a una persona, que estaba muy afligida (3) delante de un crucifijo, en este punto, considerando que nunca había tenido qué dar a Dios, ni qué dejar por El. Díjole el mesmo Crucificado consolándola, que El le daba todos los dolores y trabajos que había pasado en su Pasión, que los tuviese por propios para ofrecer a su Padre (4). Quedó aquel alma tan consolada y tan rica, según de ella he entendido, que no se le puede olvidar; antes cada vez que se ve tan miserable, acordándosele, queda animada y consolada. Algunas cosas de éstas podría decir aquí, que como he tratado tantas personas santas y de oración, sé muchas; porque no penséis que so yo (5), me voy a la mano. Esta paréceme de gran provecho, para que entendáis lo que se contenta Nuestro Señor de que nos conozcamos, y procuremos siempre mirar y remirar nuestra po-

1 Luc., XII, 48.

2 Entre líneas, borrando las que había escrito primero, pone la Santa estas palabras: *pagar, supla la.*

3 El autógrafo, por error material, dice: *aflida.*

4 Recibió en Sevilla este favor Santa Teresa por los años de 1575 o 1576. (Cfr. tomo II, Relación LI, p. 76).

5 *So yo*, como en la página 5, y en otras muchas.

breza y miseria, y que no tenemos nada, que no lo recibimos. Ansí que, hermanas mías, para esto y otras muchas cosas que se ofrece a un alma, que ya el Señor la tiene en este punto, es menester ánimo; y a mi parecer, para esto postrero más que para nada, si hay humildad. Dénosla el Señor por quien es.

Pues, tornando a este apresurado arrebatar el espíritu, es de tal manera, que verdaderamente parece sale del cuerpo, y por otra parte claro está que no queda esta persona muerta; al menos ella no puede decir si está en el cuerpo u si no, por algunos istantes. Parécele que toda junta ha estado en otra región muy diferente de en ésta que vivimos, adonde se le muestra otra luz tan diferente de la de acá, que si toda su vida ella la estuviera fabricando junto con otras cosas, fuera imposible alcanzarlas. Y acaece que en un istante le enseñan tantas cosas juntas, que en muchos años que trabajara en ordenarlas con su imaginación y pensamiento, no pudiera de mil partes la una. Esto no es visión inteletual, sino imaginaria, que se ve con los ojos del alma muy mejor que acá vemos con los del cuerpo, y sin palabras se le da a entender algunas cosas; digo como si ve algunos santos, los conoce como si los hubiera mucho tratado.

Otras veces, junto con las cosas que ve con los ojos del alma, por visión inteletual se le representan otras, en especial multitud de ángeles, con el Señor de ellos, y sin ver nada con los ojos del cuerpo ni del alma; por un conocimiento admirable que yo no sabré decir, se le representa lo que digo y otras muchas cosas que no son para decir. Quien pasare por ellas, que tenga más habilidad que yo, las sabrá quizá dar a entender, aunque me parece bien dificultoso. Si esto todo pasa estando en el cuerpo u no, yo no lo sabré decir; al menos ni juraría que está en el cuerpo, ni tampoco que está el cuerpo sin alma (1).

Muchas veces he pensado, si como el sol estándose en el cielo, que sus rayos tienen tanta fuerza que, no mudándose

---

1 Aquí borra la Santa línea y media del autógrafo, que por lo mismo no copiaron Gracián ni los traslados antiguos de este libro.

él de allí, de presto llegan acá, si el alma y el espíritu, que son una mesma cosa como lo es el sol y sus rayos, puede, quedándose ella en su puesto, con la fuerza del calor que le viene del verdadero Sol de Justicia, alguna parte superior salir sobre sí mesma. En fin, yo no sé lo que digo. Lo que es verdad, es que con la presteza que sale la pelota de un arcabuz, cuando le ponen el fuego, se levanta en lo interior un vuelo (que yo no sé otro nombre que le poner), que aunque no hace ruido, hace movimiento tan claro, que no puede ser antojo en ninguna manera; y muy fuera de sí mesma, a todo lo que puede entender, se le muestran grandes cosas; y cuando torna a sentirse en sí, es con tan grandes ganancias, y tiniendo en tan poco todas las cosas de la tierra, para en comparación de las que ha visto, que le parecen basura; y desde ahí adelante vive en ella con harta pena, y no ve cosa de las que le solían parecer bien, que (1) le haga dársele nada de ella. Parece que le ha querido el Señor mostrar algo de la tierra adonde ha de ir, como llevaron señas los que enviaron a la tierra de promisión los del pueblo de Israel (2), para que pase los trabajos de este camino tan trabajoso, sabiendo adonde ha de ir a descansar. Aunque cosa que pasa tan de presto no os parecerá de mucho provecho, son tan grandes los que deja en el alma, que si no es por quien pasa, no se sabrá entender su valor.

Por donde se ve bien no ser cosa del demonio; que de la propia imaginación es imposible, ni el demonio podría representar cosas que tanta operación y paz y sosiego y aprovechamiento deja en el alma, en especial tres cosas muy en subido grado: conocimiento de la grandeza de Dios, porque mientra más cosas viéremos della, más se nos da a entender. Segunda razón (3): propio conocimiento y humildad de ver cómo cosa tan baja, en comparación del Criador de tantas grandezas, la ha

---

1 Aquí trae el original tres letras que nada dicen, y Fr. Luis de León suprimió en su edición de Salamanca. Gracián traslada así esta cláusula: «Y no ve cosa de las que le solían parecer bien que la haga, que se le da nada por ella».

2 *Núm.*, XIII, 18-24.

3 Al margen escribe la Santa estas palabras en la forma siguiente: *II razón.*

osado ofender, ni osa mirarle. La tercera (1), tener en muy poco todas las cosas de la tierra, si no fueren las que puede aplicar para servicio de tan gran Dios.

Estas son las joyas que comienza el Esposo a dar a su esposa, y son de tanto valor, que no las porná a mal recaudo; que ansí quedan esculpidas en la memoria estas vistas, que creo es imposible olvidarlas hasta que las goce para siempre, si no fuese para grandísimo mal suyo; mas el Esposo que se las da, es poderoso para darle gracia que no las pierda.

Pues, tornando a el ánimo que es menester, ¿paréceos que es tan liviana cosa? Que verdaderamente parece que el alma se aparta del cuerpo, porque se ve perder los sentidos, y no entiende para qué. Menester es que le dé, el que da todo lo demás. Diréis que bien pagado va este temor; ansí lo digo yo. Sea para siempre alabado el que tanto puede dar. Plega a Su Majestad, que nos dé para que merezcamos servirle. Amén.

---

1 Esta palabra viene en cifra: *III.*

CAPITULO VI (1).

EN QUE DICE UN EFETO DE LA ORACION QUE ESTA DICHA EN EL CAPITULO PASADO, Y EN QUE SE ENTENDERA QUE ES VERDADERA Y NO ENGAÑO. TRATA DE OTRA MERCED QUE HACE EL SEÑOR AL ALMA PARA EMPLEARLA EN SUS ALABANZAS.

Destas mercedes tan grandes queda el alma tan deseosa de gozar del todo al que se las hace, que vive con harto tormento, aunque sabroso: unas ansias grandísimas de morirse, y ansí, con lágrimas muy ordinarias, pide a Dios la saque de este destierro. Todo la cansa cuanto ve en él; en viéndose a solas tiene algún alivio, y luego acude esta pena, y en estando sin ella no se hace (2). En fin, no acaba esta mariposica de hallar asiento que dure; antes, como anda el alma tan tierna del amor, cualquiera ocasión que sea para encender más este fuego, la hace volar. Y ansí en esta morada son muy continos los arrobamientos, sin haber remedio de excusarlos, aunque sea en público; y luego las persecuciones y mormuraciones, que aunque ella quiera estar sin temores, no la dejan, porque son muchas las personas que se los ponen, en especial los confesores.

Y aunque en lo interior del alma parece tiene gran siguridad por una parte, en especial cuando está a solas con Dios, por otra anda muy afligida; porque teme si la ha de enga-

---

1 Dos veces lo escribe la Santa: una, al fin de la última línea del capítulo anterior, y otra, al margen.

2 Hoy diríamos: *no se acostumbra;* o como Fr. Luis de León enmendó en la edición príncipe: *no se halla*. También la copia de Córdoba traslada *no se halla*.

ñar el demonio de manera que ofenda a quien tanto ama, que de las mormuraciones tiene poca pena, si no es cuando el mesmo confesor la aprieta, como si ella pudiese más. No hace si no pedir a todos oraciones, y suplicar a Su Majestad la lleve por otro camino; porque le dicen que lo haga, porque éste es muy peligroso. Mas como ella ha hallado por él tan gran aprovechamiento, que no puede dejar de ver que le lleva, como lee y oye y sabe por los mandamientos de Dios, el (1) que va al cielo, no lo acaba de desear, aunque quiere, sino dejarse en sus manos. Y aun este no lo poder desear le da pena, por parecerle que no obedece al confesor; que en obedecer y no ofender a Nuestro Señor, le parece que está todo su remedio para no ser engañada. Y ansí no haría un pecado venial, de advertencia, porque la hiciesen pedazos, a su parecer; y afligese en gran manera de ver que no se puede excusar de hacer muchos sin entenderse.

Da Dios a estas almas un deseo tan grandísimo de no le descontentar en cosa ninguna, por poquito que sea, ni hacer una imperfeción si pudiese, que por sólo esto, aunque no fuese por más, querría huir de las gentes, y ha gran envidia a los que viven y han vivido en los desiertos. Por otra parte se querría meter en mitad del mundo, por ver si pudiese ser parte para que un alma alabase más a Dios; y si es mujer, se aflige del atamiento que le hace su natural, porque no puede hacer esto, y ha gran envidia a los que tienen libertad para dar voces, publicando quién es este gran Dios de las Caballerías.

¡Oh pobre mariposilla, atada con tantas cadenas, que no te dejan volar lo que querrías! Habedla lástima, mi Dios; ordenad ya de manera, que ella pueda cumplir en algo sus deseos, para vuestra honra y gloria. No os acordéis de lo poco que lo merece, y de su bajo natural. Poderoso sois Vos, Señor, para que la gran mar se retire, y el gran Jordán, y dejen pasar los hijos de Israel (2). No la hayáis lástima, que con

---

1 Esta palabra viene entre líneas.
2 *Exod.*, XIV, 21-22; y Josué, III, 13.

vuestra fortaleza ayudada, puede pasar muchos trabajos; ella está determinada a ello, y los desea padecer. Alargad, Señor, vuestro poderoso brazo, no se le pasa (1) la vida en cosas tan bajas. Parézcase vuestra grandeza en cosa tan feminil y baja, para que entendiendo el mundo que no es nada de ella, os alaben a Vos, cuéstele lo que le costare, que eso quiere, y dar mil vidas, porque un alma os alabe un poquito más a su causa, si tantas tuviera; y las da por muy bien empleadas, y entiende con toda verdad que no merece padecer por Vos un muy pequeño trabajo, cuánto más morir.

No sé a qué propósito he dicho esto, hermanas, ni para qué, que no me he entendido. Entendamos que son éstos los efetos que quedan de estas suspensiones u éxtasi, sin duda nenguna; porque no son deseos que se pasan, sino que están en un ser, y cuando se ofrece algo en que mostrarlo, se ve que no era fingido. ¿Por qué digo estar en un ser? Algunas veces se siente el alma cobarde, y en las cosas más bajas, y atemorizada y con tan poco ánimo, que no le parece posible tenerle para cosa. Entiendo yo que la deja el Señor entonces en su natural, para mucho mayor bien suyo; porque ve entonces que, si para algo le ha tenido, ha sido dado de Su Majestad, con una claridad que la deja aniquilada a sí, y con mayor conocimiento de la misericordia de Dios y de su grandeza, que en cosa tan baja la ha querido mostrar; mas lo más ordinario está como antes hemos dicho.

Una cosa advertí, hermanas, en estos grandes deseos de ver a Nuestro Señor: que aprietan algunas veces tanto, que es menester no ayudar a ellos, sino divertiros, si podéis digo; porque en otros, que diré adelante, en ninguna manera se puede, como veréis. En estos primeros, alguna vez sí podrán; porque hay razón entera para conformarse con la voluntad de Dios, y decir lo que decía San Martín (2), y podráse volver la consideración si mucho aprietan; porque, como es, al parecer, deseo

---

1 *No se le pase*, diríamos hoy.

2 En el oficio divino recuerda la Iglesia estas palabras del Santo: «Señor, si aun soy necesario a vuestro pueblo, no rehuso el trabajo; hágase tu voluntad».

que ya parece de personas muy aprovechadas, ya podría el demonio moverle, porque pensásemos que lo estamos; que siempre es bien andar con temor. Mas tengo para mí, que no podrá poner la quietud y paz que esta pena da en el alma, sino que será moviendo con él alguna pasión, como se tiene cuando por cosas del siglo tenemos alguna pena. Mas a quien no tuviere expiriencia de lo uno y de lo otro, no lo entenderá; y pensando es una gran cosa, ayudará cuanto pudiere, y haríale mucho daño a la salud; porque es contina esta pena, u al menos muy ordinaria.

También advertid, que suele causar la complexión flaca cosas de estas penas, en especial si es en unas personas tiernas, que por cada cosita lloran: mil veces las hará entender que lloran por Dios, que no sea ansí. Y aun puede acaecer ser (cuando viene una multitud de lágrimas, digo, por un tiempo que a cada palabrita que oya u piense de Dios, no se puede resistir de ellas) haberse allegado algún humor al corazón, que ayuda más que el amor que se tiene a Dios, que no parece han de acabar de llorar; y como ya tienen entendido que las lágrimas son buenas, no se van a la mano, ni querrían hacer otra cosa, y ayudan cuanto pueden a ellas. Pretende el demonio aquí que se enflaquezcan de manera, que después ni puedan tener oración ni guardar su Regla.

Paréceme que os estoy mirando cómo decís, que qué habéis de hacer, si en todo pongo peligro; pues en una cosa tan buena, como las lágrimas, me parece puede haber engaño, que yo soy la engañada. Y ya puede ser, mas creé que no hablo sin haber visto que le puede haber en algunas personas, aunque no en mí; porque no soy nada tierna, antes tengo un corazón tan recio, que algunas veces me da pena; aunque cuando el fuego de adentro es grande, por recio que sea el corazón, distila (1) como hace un alquitara; y bien entenderéis cuando vienen las lágrimas de aquí, que son más confortadoras y pacifican, que no alborotadoras, y pocas veces hacen mal. El bien es (en este

1 Por *destila.*

engaño, cuando lo fuere), que será daño del cuerpo, digo si hay humildad, y no del alma; y cuando no le hay, no será malo tener esta sospecha.

No pensemos que está todo hecho en llorando mucho, sino que echemos mano del obrar mucho, y de las virtudes, que son las que nos han de hacer al caso, y las lágrimas vénganse cuando Dios las enviare, no haciendo nosotras diligencias para traerlas. Estas dejarán esta tierra seca, regada, y son gran ayuda para dar fruto; mientra menos caso hiciéremos de ellas, más, porque es agua que cay del cielo; la que sacamos cansándonos en cavar para sacarla, no tiene que ver con ésta, que muchas veces cavaremos y quedaremos molidas, y no hallaremos ni un charco de agua, cuanto más pozo manantial. Por eso, hermanas, tengo por mejor, que nos pongamos delante del Señor, y miremos su misericordia y grandeza y nuestra bajeza, y denos El lo que quisiere, siquiera haya agua, siquiera sequedad: El sabe mejor lo que nos conviene. Y con esto andaremos descansadas, y el demonio no terná tanto lugar de hacernos trampantojos.

Entre estas cosas penosas y sabrosas juntamente, da Nuestro Señor a el alma algunas veces unos júbilos y oración (1) extraña, que no sabe entender qué es. Porque si os hiciere esta merced, le alabéis mucho y sepáis que es cosa que pasa, la pongo aquí. Es, a mi parecer, una unión grande de las potencias, si no que las deja Nuestro Señor con libertad para que gocen de este gozo, y a los sentidos lo mesmo, sin entender qué es lo que gozan y cómo lo gozan. Parece esto algarabía, y cierto pasa ansí, que es un gozo tan ecesivo del alma, que no querría gozarle a solas, sino decirlo a todos, para que la ayudasen a alabar a Nuestro Señor, que aquí va todo su movimiento. ¡Oh, qué de fiestas haría y qué de muestras, si pudiese, para que todos entendiesen su gozo! Parece que se ha hallado a sí, y que, como el padre del hijo pródigo, querría convidar a todos

---

1 *Oraciones*, había puesto la Santa, pero las dos últimas letras están borradas por ella.

y hacer grandes fiestas (1), por ver su alma en puesto que no puede dudar que está en seguridad, al menos por entonces (2). Y tengo para mí, que es con razón; porque tanto gozo interior de lo muy íntimo del alma, y con tanta paz, y que todo su contento provoca a alabanzas de Dios, no es posible darle el demonio.

Es harto, estando con este gran ímpetu de alegría, que calle y pueda disimular, y no poco penoso. Esto debía sentir San Francisco, cuando le toparon los ladrones, que andaba por el campo dando voces, y les dijo que era pregonero del gran Rey; y otros santos, que se van a los desiertos por poder apregonar (3) lo que San Francisco, estas [ala]banzas de su Dios. Yo conocí uno llamado Fray Pedro de [Alcán]tara, que creo lo es, según fué su vida, que hacía esto mes[mo] (4), y le tiníen (5) por loco los que alguna vez le oyeron. ¡Oh, qué buena locura, hermanas! ¡si nos la diese Dios a todas! Y qué mercedes os ha hecho de teneros en parte que, aunque el Señor os haga ésta y deis muestras de ello, antes será para ayudaros que no para mormuración, como fuérades si estuviérades en el mundo, que se usa tan poco este pregón que no es mucho que le mormuren.

¡Oh, desventurados tiempos y miserable vida en la que ahora vivimos, y dichosas a las que les ha cabido tan buena suerte, que estén fuera de él! Algunas veces me es particular gozo cuando, estando juntas, las veo a estas hermanas tenerle tan grande interior, que la que más puede, más alabanzas da a Nuestro Señor de verse en el monesterio; porque se les ve muy claramente que salen aquellas alabanzas de lo interior del alma. Muchas veces querría, hermanas, hiciésedes esto, que una

---

1 Luc., XV, 11-32.

2 La edición de 1589 trae aquí la nota siguiente: «Lo que dice, que el alma en este júbilo no siente duda de que está en seguridad por entonces, entiéndelo de la seguridad que tiene de que no es ilusión del demonio lo que siente, sino obra y merced de Dios. Y que lo entienda así está claro por lo que luego añade y dice».

3 *Pregonar*, se dice ahora.

4 Las letras que de estas tres líneas hemos puesto entre paréntesis faltan en el autógrafo, a causa de haberse desprendido del margen superior del folio LXXIII un pedacito de hoja que las contenía.

5 Por *tenían*.

que comienza, despierta a las demás. ¿En qué mejor se puede emplear vuestra lengua cuando estéis juntas, que en alabanzas de Dios, pues tenemos tanto por que se las dar?

Plega a Su Majestad que muchas veces nos dé esta oración, pues es tan segura y gananciosa; que adquirirla no podremos, [por]que es cosa muy sobrenatural; y acaece durar un [día] (1), y anda el alma como uno que ha bebido mucho, mas no tanto que esté enajenado de los sentidos, u un melencólico, que del todo no ha perdido el seso, mas no sale de una cosa que se le puso en la imaginación, ni hay quien le saque de ella. Harto groseras comparaciones son éstas para tan preciosa causa, mas no alcanza (2) otras mi ingenio, porque ello es así: que este gozo la tiene tan olvidada de sí y de todas las cosas, que no advierte ni acierta a hablar, si no en lo que procede de su gozo, que son alabanzas de Dios. Ayudemos a esta alma, hijas mías todas; ¿para qué queremos tener más seso? ¿qué nos puede dar mayor contento? ¡Y ayúdennos todas las criaturas, por todos los siglos de los siglos! Amén, amén, amén.

---

1 Por la ruptura de que hablamos en la nota anterior, suplimos en los paréntesis las letras que faltan al folio LXXIII, vuelto.
2 *Acanza,* dice el original.

CAPITULO VII

TRATA DE LA MANERA QUE ES LA PENA QUE SIENTEN DE SUS PECADOS LAS ALMAS A QUIEN DIOS HACE LAS MERCEDES DICHAS. DICE CUAN GRAN YERRO ES NO EJERCITARSE, POR MUY ESPIRITUALES QUE SEAN, EN TRAER PRESENTE LA HUMANIDAD DE NUESTRO SEÑOR Y SALVADOR JESUCRISTO, Y SU SACRATISIMA PASION Y VIDA, Y A SU GLORIOSA MADRE Y SANTOS. ES DE MUCHO PROVECHO.

Pareceros ha, hermanas, que a estas almas que el Señor se comunica tan particularmente (en especial (1) podrán pensar esto que diré (2) las que no hubieren llegado a estas mercedes, porque si lo han gozado, y es de Dios, verán lo que yo diré), que estarán ya tan seguras de que han de gozarle para siempre, que no ternán que temer ni que llorar sus pecados; y será muy gran engaño, porque el dolor de los pecados crece más, mientra más se recibe de nuestro Dios. Y tengo yo para mí, que hasta que estemos adonde ninguna cosa puede dar pena, que ésta no se quitará.

Verdad es, que unas veces aprieta más que otras, y también es de diferente manera; porque no se acuerda de la pena que ha de tener por ellos, sino de cómo fué tan ingrata a quien tanto debe, y a quien tanto merece ser servido; porque en estas gran-

---

1 Aquí viene entre líneas un *no* que ni es de la Santa, ni hace falta tampoco. De él prescinde Fr. Luis de León. La copia de Córdoba no lo traslada.

2 *Diré.* Alguien borró esta palabra en el autógrafo.

dezas que le comunica, entiende mucho más la de Dios. Espántase cómo fué tan atrevida; llora su poco respeto; parécele una cosa tan desatinada su desatino, que no acaba de lastimar jamás, cuando se acuerda por las cosas tan bajas que dejaba una tan gran Majestad. Mucho más se acuerda de esto que de las mercedes que recibe, siendo tan grandes como las dichas, y las que están por decir. Parece que las lleva un río caudaloso, y las tray a sus tiempos; esto de los pecados está como un cieno, que siempre parece se avivan en la memoria, y es harto gran cruz.

Yo sé de una persona que, dejado de querer morirse por ver a Dios, lo deseaba por no sentir tan ordinariamente pena de cuán desagradecida había sido a quien tanto debió siempre, y había de deber; y así no le parecía podía llegar maldades de ninguno a las suyas; porque entendía que no le habría a quien tanto hubiese sufrido Dios y tantas mercedes hubiese hecho. En lo que toca a miedo del infierno, ninguno tienen. De si han de perder a Dios, a veces aprieta mucho; mas es pocas veces. Todo su temor es no las deje Dios de su mano para ofenderle, y se vean en estado tan miserable, como se (1) vieron en algún tiempo, que de pena ni gloria suya propia, no tienen cuidado; y si desean no estar mucho en purgatorio, es más por no estar ausentes de Dios, lo que allí estuvieren, que por las penas que han de pasar (2).

Yo no ternía por seguro, por favorecida que un alma esté de Dios, que se olvidase de que en algún tiempo se vió en miserable estado; porque, aunque es cosa penosa, aprovecha para muchas. Quizá como yo he sido tan ruin, me parece esto, y ésta es la causa de traerlo siempre en la memoria; las que han sido buenas, no ternán que sentir, aunque siempre hay quiebras mientra vivimos en este cuerpo mortal. Para esta pena ningún alivio es pensar que tiene Nuestro Señor ya perdonados los pecados y olvidados; antes añade (3) a la pena, ver tanta

1 Aunque en el autógrafo se lee *sí*, lo tenemos por error material. *Como se vieron*, se dice también en la edición de Fr. Luis y en el traslado de Córdoba.

2 De sí misma habla la Santa en todo este párrafo.

3 *Añide*, escribe la Santa por distracción.

bondad; y que se hacen mercedes a quien no merecía sino infierno. Yo pienso que fué éste un gran martirio en San Pedro y la Madalena; porque, como tenían el amor tan crecido, y habían recibido tantas mercedes, y tenían entendida la grandeza y majestad de Dios, sería harto recio de sufrir, y con muy tierno sentimiento.

También os parecerá, que quien goza de cosas tan altas, no terná meditación en los misterios de la sacratísima Humanidad de Nuestro Señor Jesucristo, porque se ejercitará ya toda en amor. Esto es una cosa que escribí largo en otra parte (1), y aunque me han contradecido en ella y dicho que no lo entiendo (2), porque son caminos por donde lleva Nuestro Señor, y que cuando ya han pasado de los principios, es mejor tratar en cosas de la Divinidad y huir de las corpóreas, a mí no me harán confesar que es buen camino. Ya puede ser que me engañe, y que digamos todos una cosa; mas vi yo que me quería engañar el demonio por ahí, y ansí estoy tan escarmentada, que pienso, aunque lo haya dicho más veces (3), decíroslo otra vez aquí, porque vais (4) en esto con mucha advertencia; y mirá que oso decir, que no creáis a quien os dijere otra cosa. Y procuraré darme más a entender, que hice en otra parte; porque por ventura si alguno lo ha escrito, como él lo dijo, si más se alargara en declararlo, decía bien; y decirlo ansí por junto a las que no entendemos tanto, puede hacer mucho mal.

También les parecerá a algunas almas que no pueden (5) pensar en la Pasión; pues menos podrán en la Sacratísima Virgen, ni en la vida de los Santos, que tan gran provecho y aliento nos da su memoria. Yo no puedo pensar en qué piensan; porque apartados de todo lo corpóreo, para espíritus angélicos es estar siempre abrasados en amor, que no para los que vivimos en cuerpo mortal, que es menester trate y piense

---

1 *Libro de la Vida*, c. XXII.

2 *Y aunque me han contradecido en ella y dicho que no lo entiendo.* Fray Luis de León cambia la frase así: «que aunque me han contradicho, y dicho que no lo entiendo.

3 *Vida*, capítulos XXII, XXIII y XXIV.

4 Por *vayáis*.

5 Parece que la Santa suple la *n*, prolongando un poco el rasgo de la primera letra de la palabra siguiente sobre la última de la anterior.

y se acompañe de los que, tiniéndole, hicieron tan grandes hazañas por Dios; cuanto más apartarse de industria de todo nuestro bien y remedio, que es la sacratísima Humanidad de Nuestro Señor Jesucristo. Y no puedo creer que lo hacen, sino que no se entienden, y ansí harán daño a sí y a los otros. Al menos yo les asiguro, que no entren a estas dos moradas postreras; porque si pierden la guía, que es el buen Jesús, no acertarán el camino: harto será si se están en las demás con siguridad. Porque el mesmo Señor dice que es camino (1); también dice el Señor que es luz (2), y que no puede nenguno ir al Padre sino por El (3); y quien me ve a mí ve a mi Padre (4). Dirán que se da otro sentido a estas palabras. Yo no (5) sé esotros sentidos; con éste que siempre siente mi alma ser verdad, me ha ido muy bien.

Hay algunas almas, y son hartas las que lo han tratado conmigo, que como Nuestro Señor las llega a dar contemplación perfeta, querríanse siempre estar allí, y no puede ser; mas quedan con esta merced del Señor de manera, que después no pueden discurrir en los misterios de la Pasión y de la vida de Cristo como antes. Y no sé que es la causa, mas es esto muy ordinario, que queda el entendimiento más inhabilitado para la meditación. Creo debe ser la causa, que como en la meditación es todo buscar a Dios, como una vez se halla y queda el alma acostumbrada por obra de la voluntad a tornarle a buscar, no quiere cansarse con el entendimiento. Y también me parece que, como la voluntad esté ya encendida, no quiere esta potencia generosa aprovecharse de estotra si pudiese; y no hace mal, mas será imposible, en especial hasta que llegue a estas postreras moradas, y perderá tiempo; porque muchas veces ha menester ser ayudada del entendimiento para encender la voluntad.

Y notad, hermanas, este punto, que es importante, y ansí

---

1 Joan., XIV, 6.
2 Al margen escribe estas palabras la Santa: *También dice el Señor que es luz.*
3 Joan., XIV, 6.
4 Joan., XIV, 9.
5 *No.* Entre renglones pone la Santa esta palabra.

le quiero declarar más. Está el alma deseando emplearse toda en amor, y querría no entender en otra cosa, mas no podrá aunque quiera; porque, aunque la voluntad no esté muerta, está mortecino (1) el fuego que la suele hacer quemar, y es menester quien le sople para echar calor de sí. ¿Sería bueno que se estuviese el alma con esta sequedad, esperando fuego del cielo, que queme este sacrificio que está haciendo de sí a Dios, como hizo nuestro Padre Elías? (2). No, por cierto; ni es bien esperar milaglos (3). El Señor los hace, cuando es servido, por esta alma, como queda dicho y se dirá adelante; mas quiere Su Majestad que nos tengamos por tan ruines, que no merecemos los haga, sino que nos ayudemos en todo lo que pudiéremos. Y tengo para mí, que hasta que muramos, por subida oración que haya, es menester esto.

Verdad es, que a quien mete ya el Señor en la sétima morada, es muy pocas veces, o casi nunca, las que ha menester hacer esta diligencia, por la razón que en ella diré, si se me acordare; mas es muy contino no se apartar de andar con Cristo Nuestro Señor por una manera admirable, adonde, divino y humano junto, es siempre su compañía. Ansí que, cuando no hay encendido el fuego que queda dicho, en la voluntad, ni se siente la presencia de Dios, es menester que la busquemos; que esto quiere Su Majestad, como lo hacía la Esposa en los Cantares (4), y que preguntemos a las criaturas quién las hizo, como dice San Agustín, creo en sus *Meditaciones* o *Confesiones* (5), y

---

1 *Amortiguado,* cambia Fr. Luis en la edición de Salamanca. Al P. Gracián no le pareció mal esta palabra cuando la traslada en su copia de Córdoba.

2 Alude al reto que Elías dirigió a los falsos profetas de Baal, invitándolos a un sacrificio, en que el gran celador de la gloria de Jehová hizo bajar fuego del cielo, que consumió la víctima y el lugar del holocausto. (Cfr. Lib. III Reg., XVIII, 30-39).

3 Así se lee aquí y en otras partes de los autógrafos de la Santa.

4 *Cant.,* III, 3.

5 *O Confesiones.* Esta adición puesta al margen del autógrafo, es de la Santa. Como tal la tuvieron Gracián y Fr. Luis de León. El pasaje a que la Santa alude en este lugar, no se halla en las *Meditaciones,* sino en el capítulo XXXI de *Los Soliloquios,* que, con el *Manual,* se venían de antiguo imprimiendo juntos como del santo Doctor de Hipona. La primera impresión castellana de estas obrillas se hizo en Venecia, año de 1512, la cual fué reimpresa diversas veces en el siglo XVI. Yo poseo un ejemplar de la de 1553, publicada en Medina del Campo, que quizá fué la que manejó S. Teresa. En el Capítulo XXXI, que se titula: *De como ni por los sentidos exteriores ni interiores se puede hallar a Dios,* se lee a propósito de lo que dicen *Las Moradas:* «Rodeava todas las cosas buscándote, y desamparávate por ellas. Pregunté a la tierra si eres mi Dios, y dixome que no, y todas las cosas que en ella estavan confessaron

no nos estemos bobos perdiendo tiempo por esperar lo que una vez se nos dió; que a los principios podrá ser que no lo dé el Señor en un año, y aun en muchos; Su Majestad sabe el porqué; nosotras no hemos de querer saberlo ni hay para qué. Pues sabemos el camino cómo hemos de contentar a Dios por los mandamientos y consejos, en esto andemos muy diligentes, y en pensar su vida y muerte, y lo mucho que le debemos; lo demás venga cuando el Señor quisiere.

Aquí viene el responder que no pueden detenerse en estas cosas; y por lo que queda dicho, quizá ternán razón en alguna manera. Ya sabéis que discurrir con el entendimiento es uno; y representar la memoria a el entendimiento verdades, es otro. Decís, quizá, que no me entendéis, y verdaderamente podrá ser que no lo entienda yo para saberlo decir; mas dirélo como supiere. Llamo yo meditación al discurrir mucho con el entendimiento de esta manera: Comenzamos a pensar en la merced que nos hizo Dios en darnos a su único Hijo, y no paramos allí, sino vamos adelante a los misterios de toda su gloriosa vida; u comenzamos en la oración del Huerto, y no para el entendimiento hasta que está puesto en la † (1); u tomamos un paso de la Pasión, digamos como el prendimiento, y andamos en este misterio, considerando por menudo las cosas que hay que pensar en él y que sentir, ansí de la traición de Judas, como de la huída de los Apóstoles, y todo lo demás; y es admirable y muy meritoria (2) oración.

Esta es la que digo que ternán razón quien ha llegado a llevarla Dios a cosas sobrenaturales, y a perfeta contemplación; porque, como he dicho, no sé la causa, mas lo más ordinario no podrá. Mas no la terná, digo razón, si dice que no se detiene en estos misterios, y los tray presentes muchas veces, en especial cuando los celebra la Ilesia Católica; ni es po-

---

lo mismo. Pregunté al mar, y a los abismos y a los animales reptiles que en ellos son, y respondiéronme: no somos tu Dios; sobre nosotros le busca...». En el libro X, capítulo VI, de las *Confesiones*, se lee un pasaje análogo al que acabamos de transcribir de *Los Soliloquios*.

1 Así está en el original.

2 *Meritorga*, se lee en el autógrafo. Es errata material.

sible que pierda memoria el alma que ha recibido tanto de Dios, de muestras de amor tan preciosas, porque son vivas centellas para encenderla más en el que tiene a Nuestro Señor; sino que no se entiende, porque entiende el alma estos misterios por manera más perfeta. Y es que se los representa el entendimiento, y estámpanse en la memoria de manera, que de sólo ver al Señor caído con aquel espantoso sudor en el Huerto (1), aquello le basta para no sólo un hora, sino muchos días, mirando con una sencilla vista quién es, y cuán ingratos hemos sido a tan gran pena; luego acude la voluntad, aunque no sea con ternura, a desear servir en algo tan gran merced, y a desear padecer algo por quien tanto padeció, y a otras cosas semejantes, en que ocupa la memoria y el entendimiento; y creo que por esta razón no puede pasar a discurrir más en la Pasión, y esto le hace parecer que no puede pensar en ella.

Y si esto no hace, es bien que lo procure hacer, que yo sé que no lo empidirá (2) la muy subida oración; y no tengo por bueno que no se ejercite en esto muchas veces. Si de aquí la suspendiere el Señor, muy enhorabuena, que aunque no quiera, la hará dejar en lo que está; y tengo por muy cierto que no es estorbo esta manera de proceder, sino gran ayuda para todo bien, lo que sería si mucho trabajase en el discurrir que dije al principio, y tengo para mí que no podrá quien ha llegado a más. Ya puede ser que sí, que por muchos caminos lleva Dios las almas; mas no se condenen las que no pudieren ir por él, ni las juzguen inhabilitadas para gozar de tan grandes bienes como están encerrados en los misterios de nuestro bien Jesucristo; ni naide me hará entender, sea cuan espiritual quisiere, que irá bien por aquí.

Hay unos principios y aun medios, que tienen algunas almas, que como comienzan a llegar a oración de quietud, y a gustar de los regalos y gustos que da el Señor, paréceles que es muy gran cosa estarse allí siempre gustando. Pues créanme,

---

1 Luc., XXII, 44.
2 Por *impedirá*.

y no se embeban tanto, como ya he dicho en otra parte (1), que es larga la vida, y hay en ella muchos trabajos, y hemos menester mirar a nuestro dechado Cristo, cómo los pasó, y aun a sus Apóstoles y Santos, para llevarlos con perfeción. Es muy buena compañía el buen Jesús para no nos apartar de ella y su Sacratísima Madre, y gusta mucho de que nos dolamos de sus penas, aunque dejemos nuestro contento y gusto algunas veces. Cuánto más, hijas, que no es tan ordinario el regalo en la oración, que no hay (2) tiempo para todo; y la que dijere que es en un ser, terníalo yo por sospechoso, digo que nunca puede hacer lo que queda dicho; y ansí lo tené, y procurá salir de ese engaño, y desembeberos con todas vuestras fuerzas; y si no bastaren, decirlo a la priora, para que os dé un oficio de tanto cuidado, que se quite ese peligro; que al menos para el seso y cabeza es muy grande, si durase mucho tiempo.

Creo queda dado a entender lo que conviene, por espirituales que sean, no huir tanto de cosas corpóreas, que les parezca aún hace daño la Humanidad sacratísima. Alegan lo que el Señor dijo a sus discípulos, que convenía que El se fuese (3); ¡yo no puedo sufrir esto. A usadas que no lo dijo a su Madre Sacratísima, porque estaba firme en la fe, que sabía que era Dios y hombre; y aunque le amaba más que ellos, era con tanta perfeción, que antes la ayudaba. No debían estar entonces los Apóstoles tan firmes en la fe, como después estuvieron y tenemos razón de estar nosotros ahora. Yo os digo, hijas, que le tengo por peligroso camino, y que podría el demonio venir a hacer perder la devoción con el Santísimo Sacramento.

El engaño que me pareció a mí que llevaba, no llegó a tanto como esto, sino a no gustar de pensar en Nuestro Señor Jesucristo tanto, sino andarme en aquel embebecimiento, aguardando aquel regalo. Y vi claramente que iba mal; porque como

---

1 *Fundaciones*, c. VI.
2 *Haya*, diríamos ahora.
3 Joan., XVI, 7.

no podía ser tenerle siempre, andaba el pensamiento de aquí para allí, y el alma, me parece, como un ave revolando que no halla adonde parar, y perdiendo harto tiempo, y no aprovechando en las virtudes ni medrando en la oración. Y no entendía la causa, ni la entendiera, a mi parecer, porque me parecía que era aquello muy acertado; hasta que, tratando la oración que llevaba con una persona sierva de Dios, me avisó. Después vi claro cuán errada iba, y nunca me acaba de pesar de que haya habido nengún tiempo que yo careciese de entender que se podía malganar con tan gran pérdida; y cuando pudiera, no quiero ningún bien, sino adquirido por quien nos vinieron todos los bienes. Sea para siempre alabado. Amén.

CAPITULO VIII

TRATA DE COMO SE COMUNICA DIOS AL ALMA POR VISION INTELETUAL, Y DA ALGUNOS AVISOS. DICE LOS EFETOS QUE HACE CUANDO ES VERDADERA. ENCARGA EL SECRETO DESTAS MERCEDES (1).

Para que más claro veáis, hermanas, que es ansí lo que os he dicho, y que mientra más adelante va un alma, más acompañada es de este buen Jesús, será bien que tratemos de cómo cuando Su Majestad quiere, no podemos si no andar siempre con El; como se ve claro por las maneras y modos con que Su Majestad se nos comunica, y nos muestra el amor que nos tiene, con algunos aparecimientos y visiones tan admirables. Que por si alguna merced de éstas os hiciere, no andéis espantadas, quiero decir, si el Señor fuere servido que acierte, en suma, alguna cosa de éstas, para que le alabemos mucho, aunque no

---

1 De la visión intelectual habló extensamente la Santa en los capítulos XXVII y XXVIII de la *Vida*. Para facilitar al lector la inteligencia de lo que aquí y en capítulos sucesivos dice de las visiones, trasladamos a continuación lo que acerca de ellas escribe el P. Francisco de S. Tomás, C. D., en su *Medula Mystica,* trat. VI, c. I: «Visión, según la común inteligencia, *est conspitio rei ut praesentis*. Es un mirar las cosas como presentes. O de otra manera: *Est intuitio alicujus rei.* Es conocer mirando la cosa de hito en hito. Y según Sto. Tomás y los Doctores, la visión puede ser de tres maneras, y se divide en visión corporal, visión imaginaria, y visión intelectual. Y la razón es, porque solas son tres diferencias de potencias de quienes puede proceder... Así, cuando es objeto propio de los ojos del cuerpo, presentándose a ellos un cuerpo con su figura, extensión de partes en orden al lugar y color, será, y es, visión corporal. Y cuando aunque sea lo que se representa cosa corpórea, no se ve con los ojos del cuerpo, sino que en lo interior del hombre se manifiesta, como sucede cuando está uno durmiendo, o cierra los ojos, se llama visión imaginaria. Mas cuando lo que se representa no expresa figura corporal, ni disposición de partes, ni color, sino que es cosa espiritual, o espiritualmente representada, es unión intelectual, porque sólo al entendimiento se puede así representar y solo él lo puede conocer y ver». Acerca del modo cómo se verifican estas visiones, sobre todo las últimas, que son las más principales, escriben y disputan largamente los místicos, principalmente los especulativos.

nos las haga a nosotras, de que se quiera ansí comunicar con una criatura, siendo de tanta majestad y poder.

Acaece, estando el alma descuidada de que se le ha de hacer esta merced ni haber jamás pensado merecerla, que siente cabe sí a Jesucristo, Nuestro Señor, aunque no le ve, ni con los ojos del cuerpo ni del alma. Esta llaman visión inteletual, no sé yo por qué. Vi a esta persona que le hizo Dios esta merced, con otras que diré adelante, fatigada en los principios harto; porque no podía entender qué cosa era, pues no la vía, y entendía tan cierto ser Jesucristo Nuestro Señor el que se le mostraba de aquella suerte, que no lo podía dudar, digo, que estaba allí aquella visión. Que si era de Dios o no, aunque traía consigo grandes efetos para entender que lo era, todavía andaba con miedo, y ella jamás había oído visión inteletual, ni pensó que la había de tal suerte; mas entendía muy claro que era este Señor el que le hablaba muchas veces, de la manera que queda dicho (1); porque hasta que le hizo esta merced que digo, nunca sabía quién (2) la hablaba, aunque entendía las palabras.

Sé que estando temerosa de esta visión (porque no es como las imaginarias, que pasan de presto, sino que dura muchos días, y aun más que un año alguna vez), se fué a su confesor harto fatigada. El le dijo que si no vía nada ¿que cómo sabía que era Nuestro Señor?; que le dijese qué rostro tenía. Ella le dijo que no sabía, ni vía rostro, ni podía decir más de lo dicho; que lo que sabía era, que era El el que la hablaba, y que no era antojo. Y aunque le ponían hartos temores, todavía muchas veces no podía dudar, en especial cuando la decía: «No hayas miedo, que yo soy». Tenían tanta fuerza estas palabras, que no lo podía dudar por entonces, y quedaba muy esforzada y alegre con tan buena compañía; que vía claro serle gran ayuda para andar con una ordinaria memoria de Dios, y un miramiento grande de no hacer cosa que le desagradase, porque le

1 Dos veces se repite esta palabra en el original.
2 La Santa repite las dos letras últimas de esta palabra, que viene en fin de línea.

parecía la estaba siempre mirando. Y cada vez que quería (1) tratar con Su Majestad en oración, y aun sin ella, le parecía estar tan cerca, que no la podía dejar de oir; aunque el entender las palabras, no era cuando ella quería, sino a deshora, cuando era menester. Sentía que andaba al lado derecho, mas no con estos sentidos que podemos sentir que está cabe nosotros una persona; porque es por otra vía más delicada, que no se debe de saber decir; mas es tan cierto, y con tanta certidumbre, y aun mucho más; porque acá, ya se podría antojar, mas en esto no, que viene con grandes ganancias y efetos interiores, que ni los podría haber, si fuese melencolía, ni tampoco el demonio haría tanto bien, ni andaría el alma con tanta paz, y con tan continos deseos de contentar a Dios, y con tanto desprecio de todo lo que no la llega a El; y después se entendió claro no ser demonio, porque se iba más y más dando a entender.

Con todo, sé yo que a ratos andaba harto temerosa; otros con grandísima confusión, que no sabía por dónde le había venido tanto bien (2). Eramos tan una cosa ella y yo, que no pasaba cosa por su alma, que yo estuviese inorante de ella, y ansí puedo ser buen testigo, y me podéis creer ser verdad todo lo que en esto dijere. Es merced del Señor, que tray grandísima confusión consigo y humildad. Cuando fuese del demonio, todo sería al contrario; y como es cosa que notablemente se entiende ser dada de Dios, que no bastaría industria humana para poderse ansí sentir, en ninguna manera puede pensar quien lo tiene que es bien suyo, sino dado de la mano de Dios. Y aunque, a mi parecer, es mayor merced algunas de las que quedan dichas, ésta tray consigo un particular conocimiento de Dios, y de esta compañía tan contina nace un amor ternísimo con Su Majestad, y unos deseos aun mayores que los que quedan dichos, de entregarse toda a su servicio, y una limpieza de conciencia grande; porque hace advertir a todo la presencia

1 Aunque en el autógrafo se lee *querría,* nos parece que es error material de la Santa. *Quería,* trasladan Gracián y Fr. Luis de León.
2 Léase lo que dice en el *Libro de la Vida,* c. XXVII.

que tray cabe sí. Porque aunque ya sabemos que lo está Dios a todo lo que hacemos, es nuestro natural tal, que se descuida en pensarlo: lo que no se puede descuidar acá, que la despierta el Señor, que está cabe ella. Y aun para las mercedes que quedan dichas, como anda el alma casi contino con un atual amor al que ve u entiende estar cabe sí, son muy más ordinarias.

En fin, en la ganancia del alma se ve ser grandísima merced, y muy mucho de preciar, y agradece al Señor, que se la da tan sin poderlo merecer, y por nengún tesoro ni deleite de la tierra la trocaría. Y ansí, cuando el Señor es servido que se le quite, queda con mucha soledad; mas todas las diligencias posibles que pusiese para tornar a tener aquella compañía, aprovechan poco; que lo da el Señor cuando quiere, y no se puede adquirir. Algunas veces también es de algún santo, y es también de gran provecho.

Diréis que si no se ve, que cómo se entiende que es Cristo, u cuándo es santo, u su Madre gloriosísima. Eso no sabrá el alma decir, ni puede entender cómo lo entiende, sino que lo sabe con una grandísima certidumbre. Aun ya el Señor, cuando habla, más fácil parece; mas el santo que no habla, sino que parece le pone el Señor allí por ayuda de aquel alma y por compañía, es más de maravillar. Ansí son otras cosas espirituales, que no se saben decir, mas entiéndese por ellas cuán bajo es nuestro natural para entender las grandes grandezas de Dios; pues aun éstas no somos capaces, sino que, con admiración y alabanzas a Su Majestad, pase quien se las diere; y ansí le haga particulares gracias por ellas, que pues no es merced que se hace a todos, hase mucho de estimar, y procurar hacer mayores servicios, pues por tantas maneras la ayuda Dios a ello. De aquí viene no se tener por eso en más, y parecerle que es la que menos sirve a Dios de cuantos hay en la tierra; porque le parece está más obligada a ello que nenguno, y cualquier falta que hace le atraviesa las entrañas, y con muy grande razón.

Estos efetos con que anda el alma, que quedan dichos, podrá advertir cualquiera de vosotras a quien el Señor llevare

por este camino, para entender que no es engaño ni tampoco antojo; porque, como he dicho, no tengo que es posible durar tanto siendo demonio, haciendo tan notable provecho a el alma, y trayéndola con tanta paz interior, que no es de su costumbre, ni puede, aunque quiere, cosa tan mala, hacer tanto bien; que luego habría unos humos de propia estimación, y pensar era mejor que los otros. Mas este andar siempre el alma tan asida de Dios y ocupado su pensamiento en El, haríale tanta rabia, que aunque lo intentase, no tornase muchas veces; y es Dios tan fiel, que no primitirá darle tanta mano, con alma que no pretende otra cosa sino agradar a Su Majestad, y poner su vida por su honra y gloria, sino que luego ordenará cómo sea desengañada.

Mi tema es y será, que como el alma ande de la manera que aquí se ha dicho la dejan estas mercedes de Dios, que Su Majestad la sacará con ganancia, si (1) primite alguna vez se le atreva el demonio, y que él quedará corrido. Por eso, hijas, si alguna fuere por este camino, como he dicho, no andéis asombradas. Bien es que hay temor (2), y andemos con más aviso; ni tampoco confiadas que por ser tan favorecidas os podéis más descuidar, que esto será señal no ser de Dios, si no os vierdes con los efetos, que queda dicho. Es bien que a los principios lo comuniquéis debajo de confesión con un muy buen letrado, que son los que nos han de dar la luz, u si hubiere alguna persona muy espiritual; y si no lo es, mejor es muy letrado: si le hubiere, con el uno y con el otro. Y si os dijeren que es antojo, no se os dé nada, que el antojo poco mal ni bien puede hacer a vuestra alma; encomendaos a la divina Majestad, que no consienta seáis engañadas. Si os dijeren es demonio, será más trabajo; aunque no dirá, si es buen letrado, y hay los efetos dichos; mas cuando lo diga, yo sé que el mesmo Señor, que anda con vos, os consolará y asigurará, y a él le irá dando luz, para que os la dé.

---

1 Aquí puso la Santa la palabra *no*, que borró luego.
2 Hoy diríamos *haya temor*.

Si es persona, que aunque tiene oración, no la ha llevado el Señor por ese camino, luego se espantará y lo condenará; por eso os aconsejo que sea muy letrado, y si se hallare, también espiritual; y la priora dé licencia para ello, porque aunque vaya segura el alma por ver su buena vida, estará obligada la priora a que se comunique, para que anden con seguridad entramas (1). Y tratado con estas personas, quiétese, y no ande más dando parte de ello; que algunas veces, sin haber de que temer, pone el demonio unos temores tan demasiados, que fuerzan a el alma a no se contentar de una vez; en especial si el confesor es de poca expiriencia, y le ve medroso, y él mesmo la hace andar comunicando, viénese a publicar lo que había de razón estar muy secreto, y a ser esta alma perseguida y atormentada (2). Porque cuando piensa que está secreto, lo ve público, y de aquí suceden muchas cosas trabajosas para ella, y podrían suceder para la Orden, según andan estos tiempos. Ansí que es menester grande aviso en esto, y a las prioras lo encomiendo mucho.

Y que no piense que por tener una hermana cosas semejantes, es mejor que las otras: lleva el Señor a cada una, como ve que es menester. Aparejo es para venir a ser muy sierva de Dios, si se ayuda; mas a las veces lleva Dios por este camino a las más flacas. Y ansí no hay en esto por qué aprobar ni condenar, sino mirar a las virtudes, y a quien con más mortificación y humildad y limpieza de conciencia sirviere a Nuestro Señor, que ésa será la más santa, aunque la certidumbre poco se puede saber acá, hasta que el verdadero Juez dé a cada uno lo que merece. Allá nos espantaremos de ver cuán diferente es su juicio, de lo que acá podemos entender. Sea para siempre alabado. Amén.

---

1 Por *entrambas*.
2 Véase el capítulo XXVIII de la *Vida*.

CAPITULO IX (1)

TRATA DE COMO SE COMUNICA EL SEÑOR AL ALMA POR VISION IMAGINARIA, Y AVISA MUCHO SE GUARDEN DESEAR IR POR ESTE CAMINO. DA PARA ELLO RAZONES. ES DE MUCHO PROVECHO.

Ahora vengamos a las visiones imaginarias, que dicen que son adonde puede meterse el demonio, más que en las dichas, y ansí debe de ser; mas cuando son de Nuestro Señor, en alguna manera me parecen más provechosas, porque son más conformes a nuestro natural; salvo de las que el Señor da a entender en la postrera morada, que a éstas no llegan nengunas.

Pues miremos ahora, como os he dicho en el capítulo pasado (2) que está este Señor, que es como si en una pieza de oro tuviésemos una piedra preciosa de grandísimo valor y virtudes: sabemos certísimo que está allí, aunque nunca la hemos visto; mas las virtudes de la piedra no nos dejan de aprovechar, si la traemos con nosotras. Aunque nunca la hemos visto, no por eso la dejamos de preciar; porque por expiriencia hemos visto que nos ha sanado de algunas enfermedades, para que es apropiada (3); mas no la osamos mirar, ni abrir el relicario, ni podemos; porque la manera de abrirle, sólo la sabe cuya es la joya, y aunque nos la prestó para que nos aprovechásemos de ella, él se quedó con la llave; y como cosa suya, abri-

---

1 Dos veces lo escribe la Santa, al margen interior y exterior.

2 *En el capítulo pasado*. Entre renglones escribe la Santa estas palabras.

3 En tiempo de la Santa era frecuente atribuir a ciertas piedras, llevándolas consigo, determinadas propiedades curativas.

rá cuando nos la quisiere mostrar, y aun la tomará cuando le parezca, como lo hace.

Pues digamos ahora, que quiere alguna vez abrirla de presto, por hacer bien a quien la ha prestado. Claro está que le será después muy mayor contento, cuando se acuerde del admirable resplandor de la piedra, y ansí quedará más esculpida en su memoria. Pues ansí acaece acá: cuando Nuestro Señor es servido de regalar más a esta alma, muéstrale claramente su sacratísima Humanidad de la manera que quiere, u como andaba en el mundo, o después de resucitado; y aunque es con tanta presteza, que lo podríamos comparar a la de un relámpago, queda tan esculpido en la imaginación esta imagen gloriosísima, que tengo por imposible quitarse de ella hasta que la vea adonde para sin fin la pueda gozar.

Aunque digo imagen, entiéndese que no es pintada al parecer de quien la ve, sino verdaderamente viva, y algunas veces se está hablando con el alma, y aun mostrándole grandes secretos. Mas habéis de entender, que aunque en esto se detenga algún espacio, no se puede estar mirando más que estar mirando al sol, y ansí esta vista siempre pasa muy de presto. Y no porque su resplandor da pena, como el del sol, a la vista interior, que es la que ve todo esto; que cuando es con la vista exterior, no sabré decir de ello ninguna cosa, porque esta persona que he dicho, de quien tan particularmente yo puedo hablar, no había pasado por ello; y de lo que no hay expiriencia, mal se puede dar razón cierta, porque su resplandor es como una luz infusa, y de un sol cubierto de una cosa tan delgada, como un diamante, si se pudiera labrar. Como una holanda parece la vestidura, y casi todas las veces que Dios hace esta merced a el alma, se queda en arrobamiento, que no puede su bajeza sufrir tan espantosa vista.

Digo espantosa, porque con ser la más hermosa y de mayor deleite que podría una persona imaginar, aunque viviese mil años y trabajase en pensarlo (porque va muy adelante de cuanto cabe en nuestra imaginación ni entendimiento), es su presencia de tan grandísima majestad, que hace gran espanto

a el alma. A usadas que no es menester aquí preguntar cómo sabe quién es sin que se lo hayan dicho, que se da bien a conocer que es Señor del cielo y de la tierra; lo que no harán los reyes de ella, que por sí mesmos bien en poco se ternán, si no va junto con él su acompañamiento, u lo dicen.

¡Oh, Señor, cómo os desconocemos los cristianos! ¿Qué será aquel día cuando nos vengáis a juzgar? Pues viniendo aquí tan de amistad a tratar con vuestra esposa, pone miraros tanto temor, ¡oh hijas, qué será cuando con tan rigurosa voz dijere: «Id, malditos de mi Padre!» (1).

Quédenos ahora esto en la memoria de esta merced que hace Dios a el alma, que no nos será poco bien; pues San Jerónimo, con ser santo, no la apartaba de la suya, y ansí no se nos hará nada cuanto aquí padeciéremos en el rigor de la relisión que guardamos; pues, cuando mucho durare, es un memento, comparado con aquella eternidad. Yo os digo de verdad, que, con cuan ruin soy, nunca he tenido miedo de los tormentos del infierno, que fuese nada en comparación de cuando me acordaba que habían los condenados de ver airados estos ojos tan hermosos y mansos y beninos del Señor, que no parece lo podía sufrir mi corazón: esto ha sido toda mi vida. ¡Cuánto más lo temerá la persona a quien ansí se le ha representado, pues es tanto el sentimiento, que la deja sin sentir! Esta debe ser la causa de quedar con suspensión; que ayuda el Señor a su flaqueza con que se junte con su grandeza en esta tan subida comunicación con Dios.

Cuando pudiere el alma estar con mucho espacio mirando este Señor, yo no creo que será visión, sino alguna vehemente consideración, fabricada en la imaginación alguna figura; será como cosa muerta en estotra comparación.

Acaece a algunas personas, y sé que es verdad, que lo han tratado conmigo, y no tres u cuatro, sino muchas, ser de tan flaca imaginación, u el entendimiento tan eficaz, u no sé que es, que se embeben de manera en la imaginación, que todo

---

1 Matth., XXV, 41.

lo que piensan, claramente les parece que lo ven; aunque si hubiesen visto la verdadera visión, entenderían, muy sin quedarles duda, el engaño; porque van ellas mesmas compuniendo lo que ven con su imaginación, y no hace después ningún efeto, sino que se quedan frías, mucho más que si viesen una imagen devota. Es cosa muy entendida no ser para hacer caso de ello, y ansí se olvida mucho más que cosa soñada.

En lo que tratamos no es ansí, sino que, estando el alma muy lejos de que ha de ver cosa, ni pasarle por pensamiento, de presto se le representa muy por junto, y revuelve todas las potencias y sentidos con un gran temor y alboroto, para ponerlas luego en aquella dichosa paz. Ansí como cuando fué derrocado San Pablo (1), vino aquella tempestad y alboroto en el cielo, ansí acá en este mundo interior se hace gran movimiento; y en un punto, como he dicho, queda todo sosegado, y esta alma tan enseñada de unas tan grandes verdades, que no ha menester otro maestro; que la verdadera sabiduría, sin trabajo suyo, la ha quitado la torpeza; y dura con una certidumbre el alma de que esta merced es de Dios, algún espacio de tiempo, que aunque más le dijesen lo contrario, entonces no la podrían poner temor de que puede haber engaño. Después, puniéndosele el confesor, la deja Dios para que ande vacilando en que por sus pecados sería posible; mas no creyendo sino como he dicho en estotras cosas, a manera de tentaciones en cosas de la fe, que puede el demonio alborotar, mas no dejar el alma de estar firme en ella. Antes mientra más la combate, más queda con certidumbre de que el demonio no la podría dejar con tantos bienes (como ello es ansí, que no puede tanto en lo interior del alma); podrá él representarlo, mas no con esta verdad y majestad y operaciones.

Como los confesores no pueden ver esto, ni por ventura, a quien Dios hace esta merced, sabérselo decir, temen y con mucha razón. Y ansí es menester ir con aviso, hasta aguardar tiempo del fruto que hacen estas apariciones, y ir poco a poco

1 *Act. Apost.*, IX, 3 y 4.

mirando la humildad con que dejan al alma, y la fortaleza en la virtud; que si es de demonio, presto dará señal y le cogerán en mil mentiras. Si el confesor tiene expiriencia, y ha pasado por estas cosas, poco tiempo ha menester para entenderlo, que luego en la relación verá si es Dios u imaginación u demonio; en especial si le ha dado Su Majestad don de conocer espíritus, que si éste tiene y letras, aunque no tenga expiriencia, lo conocerá muy bien.

Lo que es mucho menester, hermanas, es que andéis con gran llaneza y verdad con el confesor; no digo en decir los pecados, que eso claro está, sino en contar la oración. Porque si no hay esto, no asiguro que vais bien, ni que es Dios el que os enseña; que es muy amigo que a el que está en su lugar, se trate con la verdad y claridad que consigo mesmo, deseando entienda todos sus pensamientos, ¡cuánto más las obras, por pequeñas que sean! Y con esto no andéis turbadas ni inquietas, que aunque no fuese de Dios, si tenéis humildad y buena conciencia, no os dañará; que sabe Su Majestad sacar de los males bienes, y que por el camino que el demonio os quería hacer perder, ganaréis más. Pensando que os hace tan grandes mercedes, os esforzaréis a contentarle mejor, y andar siempre ocupada en la memoria su figura; que como decía un gran letrado, que el demonio es gran pintor, y si le mostrase muy al vivo una imagen del Señor, que no le pesaría, para con ella avivar la devoción, y hacer a el demonio guerra con sus mesmas maldades; que aunque un pintor sea muy malo, no por eso se ha de dejar de reverenciar la imagen que hace, si es de todo nuestro Bien.

Parecíale muy mal lo que algunos aconsejan, que den higas cuando ansí viesen alguna visión; porque decía que adonde quiera que veamos pintado a nuestro Rey, le hemos de reverenciar (1); y veo que tiene razón, porque aun acá se sentiría. Si supiese una persona que quiere bien a otra, que hacía

1 Véase el t. I, c. XXIX. Dieron a la Santa este sano consejo los Padres Báñez y Gracián.

semejantes vituperios a su retrato, no gustaría de ello. Pues ¿cuánto más es razón que siempre se tenga respeto adonde viéremos un crucifijo, u cualquier retrato de nuestro Emperador? Aunque he escrito en otra parte esto, me holgué de ponerlo aquí, porque vi que una persona anduvo afligida, que la mandaban tomar este remedio. No sé quien le inventó tan para atormentar a quien no pudiere hacer menos de obedecer, si el confesor le da este consejo, pareciéndole va perdida si no lo hace. El mío es, que aunque os le dé, le digáis esta razón con humildad, y no le toméis. En extremo me cuadró mucho las buenas que me dió quien me lo dijo en este caso.

Una gran ganancia saca el alma de esta merced del Señor, que es cuando piensa en El u en su vida y Pasión, acordarse de su mansísimo y hermoso rostro, que es grandísimo consuelo, como acá nos le daría mayor haber visto a una persona que nos hace mucho bien, que si nunca la hubiésemos conocido. Yo os digo, que hace harto consuelo y provecho tan sabrosa memoria. Otros bienes tray consigo hartos, mas como queda dicho tanto de los efetos que hacen estas cosas, y se ha de decir más, no me quiero cansar ni cansaros; sino avisaros mucho que cuando sabéis u oís que Dios hace estas mercedes a las almas, jamás le supliquéis ni deseéis que os lleve por este camino; aunque os parezca muy bueno, y se ha de tener en mucho y reverenciar, no conviene por algunas razones.

La primera (1), porque es falta de humildad querer vos se os dé lo que nunca habéis merecido, y ansí creo que no terná mucha quien lo deseare; porque ansí como un bajo labrador está lejos de desear ser rey, pareciéndole imposible, porque no lo merece, ansí lo está el humilde de cosas (2) semejantes; y creo yo que nunca se darán, porque primero da el Señor un gran conocimiento propio, que hace estas mercedes. Pues ¿cómo entenderá con verdad, que se la hace muy grande en no tenerla en el infierno, quien tiene tales pensamientos? La segunda, por-

---

1 El orden de las razones que aquí aduce, exprésalo por números romanos: I, II, etc., menos la tercera que está con todas sus letras.

2 *De cosas*. Estas dos palabras están cruzadas por una raya.

que está muy cierto ser engañado, u muy a peligro; porque no ha menester el demonio más de ver una puerta pequeña abierta, para hacernos mil trampantojos. La tercera, la mesma imaginación, cuando hay un gran deseo, y la mesma persona, se hace entender que ve aquello que desea, y lo oye como los que andan con gana de una cosa entre día y mucho pensando en ella, que acaece venirla a soñar. La cuarta, es muy gran atrevimiento que quiera yo escoger camino, no sabiendo el que me conviene más, sino dejar al Señor que me conoce, que me lleve por el que conviene, para que en todo haga su voluntad. La quinta, ¿pensáis que son pocos los trabajos que padecen (1) los que el Señor hace estas mercedes? No, sino grandísimos, y de muchas maneras. ¿Qué sabéis vos si seríades para sufrirlos? La sexta, si por lo mesmo que pensáis ganar, perderéis, como hizo Saúl por ser rey.

En fin, hermanas, sin éstas hay otras; y creéme, que es lo más seguro no querer si no lo que quiere Dios, que nos conoce más que nosotros mesmos y nos ama. Pongámonos en sus manos, para que sea hecha su voluntad en nosotras; y no podemos errar, si con determinada voluntad nos estamos siempre en esto. Y habéis de advertir, que por recibir muchas mercedes de éstas, no se merece más gloria, porque antes quedan más obligadas a servir, pues es recibir más. En lo que es más merecer, no nos lo quita el Señor, pues está en nuestra mano; y ansí hay muchas personas santas, que jamás supieron qué cosa es recibir una de aquestas mercedes, y otras que las reciben, que no lo son. Y no penséis que es contino, antes, por una vez que las hace el Señor, son muy muchos los trabajos; y ansí el alma no se acuerda si las ha de recibir más, sino cómo las servir.

Verdad es que debe ser grandísima ayuda para tener las virtudes en más subida perfeción; mas el que las tuviere con haberlas ganado a costa de su trabajo, mucho más merecerá. Yo sé de una persona, a quien el Señor había hecho algunas de

---

1 *A los*, puso primero, pero ella misma borra la preposición.

estas mercedes, y aun de dos, la una era hombre, que estaban tan deseosas de servir a Su Majestad, a su costa, sin estos grandes regalos, y tan ansiosas por padecer, que se quejaban a Nuestro Señor, porque se los daba, y si pudieran no recibirlos, lo excusaran. Digo regalos, no de estas visiones, que, en fin, ven la gran ganancia, y son mucho de estimar; sino los que da el Señor en la contemplación.

Verdad es que también son estos deseos sobrenaturales, a mi parecer, y de almas muy enamoradas, que querrían viese el Señor que no le sirven por sueldo; y ansí, como he dicho, jamás se les acuerda que han de recibir gloria por cosa, para esforzarse más por eso a servir, sino de contentar a el amor, que es su natural obrar siempre de mil maneras. Si pudiese, querría buscar invenciones para consumirse el alma en El, y si fuese menester quedar para siempre aniquilada para la mayor honra de Dios, lo haría de muy buena gana. Sea alabado para siempre, amén; que abajándose a comunicar con tan miserables criaturas, quiere mostrar su grandeza.

CAPITULO X

DICE DE OTRAS MERCEDES QUE HACE DIOS AL ALMA POR DIFERENTE MANERA QUE LAS DICHAS, Y DEL GRAN PROVECHO QUE QUEDA DELLAS.

De muchas maneras se comunica el Señor al alma con estas apariciones; algunas cuando está afligida; otras cuando le ha de venir algún trabajo grande; otras por regalarse Su Majestad con ella y regalarla. No hay para qué particularizar más cada cosa; pues el intento no es si no dar a entender cada una de las diferencias que hay en este camino, hasta donde yo entendiere, para que entendáis, hermanas, de la manera que son, y los efetos que dejan; porque no se nos antoje que cada imaginación es visión, y porque, cuando lo sea, entendiendo que es posible, no andéis alborotadas ni afligidas; que gana mucho el demonio, y gusta en gran manera de ver afligida y inquieta un alma, porque ve que le es estorbo para emplearse toda en amar y alabar a Dios. Por otras maneras se comunica Su Majestad, harto más subidas, y menos peligrosas; porque el demonio creo no las podrá contrahacer, y ansí se pueden mal decir, por ser cosa muy oculta, que las imaginarias puédense más dar a entender.

Acaece, cuando el Señor es servido, estando el alma en oración y muy en sus sentidos, venirle de presto una suspensión, adonde le da el Señor a entender grandes secretos, que parece los ve en el mesmo Dios. Que éstas no son visiones de la sacratísima Humanidad, ni aunque digo que ve, no ve nada;

porque no es visión imaginaria, sino muy inteletual, adonde se le descubre cómo en Dios se ven todas las cosas, y las tiene todas en sí mesmo. Y es de gran provecho, porque aunque pasa en un memento, quédase muy esculpido, y hace grandísima confusión; y vese más claro la maldad de cuando ofendemos a Dios, porque en el mesmo Dios, digo, estando dentro en El, hacemos grandes maldades. Quiero poner una comparación, si acertare, para dároslo a entender, que aunque esto es ansí y lo oímos muchas veces, u no reparamos en ello, u no lo queremos entender; porque no parece sería posible, si se entendiese como es, ser tan atrevidos.

Hagamos ahora cuenta que es Dios, como una morada u palacio muy grande y hermoso, y que este palacio, como digo, es el mesmo Dios. ¿Por ventura puede el pecador, para hacer sus maldades, apartarse de este palacio? No, por cierto; sino que dentro en el mesmo palacio, que es el mesmo Dios, pasan las abominaciones, y deshonestidades y maldades que hacemos los pecadores. ¡Oh, cosa temerosa y dina de gran consideración, y muy provechosa para los que sabemos poco, que no acabamos de entender estas verdades, que no sería posible tener atrevimiento tan desatinado! Consideremos, hermanas, la gran misericordia y sufrimiento de Dios en no nos hundir allí luego; y démosle grandísimas gracias, y hayamos vergüenza de sentirnos de cosa que se haga ni se diga contra nosotras, que es la mayor maldad del mundo ver que sufre Dios Nuestro Criador tantas a sus criaturas dentro en Sí mesmo, y que nosotras sintamos alguna vez una palabra, que se dijo en nuestra ausencia, y quizá con no mala intención.

¡Oh, miseria humana! ¿Hasta cuándo, hijas, imitaremos en algo este gran Dios? ¡Oh, pues no se nos haga ya que hacemos nada en sufrir injurias! sino que de muy buena gana pasemos por todo, y amemos a quien nos las hace; pues este gran Dios no nos ha dejado de amar a nosotras, aunque le hemos mucho ofendido, y ansí tiene muy gran razón en querer que todos perdonen, por agravios que los hagan. Yo os digo, hijas, que aunque pasa de presto esta visión, que es una gran mer-

ced que hace Nuestro Señor a quien la hace, si se quiere aprovechar de ella, trayéndola presente muy ordinario.

También acaece, ansí muy de presto y de manera que no se puede decir, mostrar Dios en sí mesmo una verdad, que parece deja escurecidas todas las que hay en las criaturas, y muy claro dado a entender, que El solo es verdad, que no puede mentir; y dase bien a entender lo que dice David en un salmo, que todo hombre es mentiroso (1); lo que no se entendiera jamás así, aunque muchas veces se oyera: es verdad que no puede faltar. Acuérdaseme de Pilatos, lo mucho que preguntaba a Nuestro Señor, cuando en su Pasión le dijo qué era verdad (2), y lo poco que entendemos acá de esta suma Verdad.

Yo quisiera poder dar más a entender en este caso, mas no se puede decir. Saquemos de aquí, hermanas, que para conformarnos con nuestro Dios y Esposo en algo, será bien que estudiemos siempre mucho de andar en esta verdad. No digo sólo que no digamos mentira, que en eso, gloria a Dios, ya veo que traéis gran cuenta en estas casas con no decirla por ninguna cosa; sino que andemos en verdad delante de Dios y de las gentes, de cuantas maneras pudiéremos; en especial no quiriendo nos tengan por mejores de lo que somos, y en nuestras obras dando a Dios lo que es suyo, y a nosotras lo que es nuestro, y procurando sacar en todo la verdad, y así ternemos en poco este mundo, que es todo mentira y falsedad, y como tal no es durable.

Una vez estaba yo considerando por qué razón era Nuestro Señor tan amigo de esta virtud de la humildad, y púsoseme delante, a mi parecer sin considerarlo, sino de presto, esto: que es porque Dios es suma Verdad, y la humildad es andar en verdad; que lo es muy grande no tener cosa buena de nosotros, sino la miseria y ser nada; y quien esto no entiende, anda en mentira. A quien más lo entienda, agrada más a la suma Verdad, porque anda en ella. Plega a Dios, hermanas,

1 Ps. CXV, 11.
2 Joan., XVIII. 38.

nos haga merced de no salir jamás de este propio conocimiento. Amén.

De estas mercedes hace Nuestro Señor a el alma, porque como a verdadera esposa, que ya está determinada a hacer en todo su voluntad, le quiere dar alguna noticia de en qué la ha de hacer, y de sus grandezas. No hay para qué tratar de más, que estas dos cosas he dicho por parecerme de gran provecho; que en cosas semejantes no hay que temer, sino que alabar al Señor, porque las da; que el demonio, a mi parecer, ni aun la imaginación propia, tienen aquí poca cabida, y ansí el alma queda con gran satisfación.

CAPITULO XI

TRATA DE UNOS DESEOS TAN GRANDES Y IMPETUOSOS, QUE DA DIOS AL ALMA DE GOZARLE, QUE PONEN EN PELIGRO DE PERDER LA VIDA; Y CON EL PROVECHO QUE SE QUEDA DESTA MERCED QUE HACE EL SEÑOR.

¿Si habrán bastado todas estas mercedes que ha hecho el Esposo a el alma, para que la palomilla u mariposilla esté satisfecha (no penséis que la tengo olvidada), y haga asiento adonde ha de morir? No, por cierto, antes está muy peor; aunque haya muchos años que reciba estos favores, siempre gime y anda llorosa; porque de cada uno de ellos le queda mayor dolor. Es la causa, que como va conociendo más y más las grandezas de su Dios, y se ve estar tan ausente y apartada de gozarle, crece mucho más el deseo; porque también crece el amar, mientra más se le descubre lo que merece ser amado este gran Dios y Señor; y viene en estos años creciendo poco a poco este deseo, de manera que la llega a tan gran pena como ahora diré. He dicho años, conformándome con lo que ha pasado por la persona que he dicho aquí; que bien entiendo que a Dios no hay que poner término, que en un memento puede llegar a un alma a lo más subido que se dice aquí. Poderoso es Su Majestad para todo lo que quisiere hacer, y ganoso de hacer mucho por nosotros.

Pues viene veces que estas ansias, y lágrimas, y sospiros y los grandes ímpetus que quedan dichos (que todo esto parece procedido de nuestro amor con gran sentimiento, mas todo no

es nada en comparación de estotro, porque esto parece un fuego que está humeando, y puédese sufrir, aunque con pena), andándose ansí esta alma, abrasándose en sí mesma, acaece muchas veces por un pensamiento muy ligero, u por una palabra que oye de que se tarda el morir, venir de otra parte (no se entiende de dónde ni cómo), un golpe, u como si viniese una saeta de fuego. No digo que es saeta, mas cualquier cosa que sea, se ve claro que no podía proceder de nuestro natural. Tampoco es golpe, aunque digo golpe; más agudamente hiere. Y no es adonde se sienten acá las penas, a mi parecer, sino en lo muy hondo y íntimo del alma, adonde este rayo, que de presto pasa, todo cuanto halla de esta tierra de nuestro natural, y (1) lo deja hecho polvos, que por el tiempo que dura es imposible tener memoria de cosa de nuestro ser; porque en un punto ata las potencias, de manera que no quedan con ninguna libertad para cosa, sino para las que le han de hacer acrecentar este dolor.

No querría pareciese encarecimiento, porque verdaderamente voy viendo que quedo corta, porque no se puede decir. Ello es un arrobamiento de sentidos y potencias, para todo lo que no es, como he dicho, ayudar a sentir esta aflición. Porque el entendimiento está muy vivo para entender la razón que hay que sentir de estar aquel alma ausente de Dios; y ayuda Su Majestad con una tan viva noticia de Sí en aquel tiempo, de manera que hace crecer la pena en tanto grado, que procede quien la tiene en dar grandes gritos. Con ser persona sufrida y mostrada a padecer grandes dolores, no puede hacer entonces más; porque este sentimiento no es en el cuerpo, como queda dicho, sino en lo interior del alma. Por esto sacó esta persona, cuán más recios son los sentimientos de ella que los del cuerpo, y se le representó ser de esta manera los que padecen en purgatorio, que no les impide no tener cuerpo para dejar de padecer mucho más que todos los que acá, tiniéndole, padecen.

---

1 En la edición príncipe se suprime esta *y*, que no hace falta, aunque la trae el autógrafo.

Yo vi una persona ansí, que verdaderamente pensé que se moría, y no era mucha maravilla, porque, cierto, es gran peligro de muerte; y ansí, aunque dure poco, deja el cuerpo muy descoyuntado, y en aquella sazón los pulsos tiene tan abiertos, como si el alma quisiese ya dar a Dios, que no es menos; porque el calor natural falta, y le abrasa de manera, que con otro poquito más hubiera cumplídole Dios sus deseos. No porque siente poco ni mucho dolor en el cuerpo, aunque se descoyunta, como he dicho, de manera que queda dos u tres días después sin poder aún tener fuerza para escribir, y con grandes dolores; y aun siempre me parece le queda el cuerpo más sin fuerza que de antes. El no sentirlo, debe ser la causa ser tan mayor el sentimiento interior de el alma, que ninguna cosa hace caso del cuerpo; como si acá tenemos un dolor muy agudo en una parte: aunque haya otros muchos, se sienten poco; esto yo lo he bien probado: acá, ni poco ni mucho, ni creo sentiría si la hiciesen pedazos.

Diréisme que es imperfeción; que por qué no se conforma con la voluntad de Dios, pues le está tan rendida. Hasta aquí podía hacer eso, y con eso pasaba la vida; ahora no, porque su razón está de suerte, que no es señora de ella, ni de pensar si no la razón que tiene para penar; pues está ausente de su bien, que para qué quiere vida. Siente una soledad extraña, porque criatura de toda la tierra no la hace compañía, ni creo se la harían los del cielo, como no fuese el que ama, antes todo la atormenta; mas vese como una persona colgada, que no asienta en cosa de la tierra, ni al cielo puede subir; abrasada con esta sed, y no puede llegar a el agua. Y no sed que puede sufrir, si no ya en tal término, que con ninguna se le quitaría, ni quiere que se le quite, si no es con la que dijo Nuestro Señor a la Samaritana (1), y eso no se lo dan.

¡Oh, válame Dios, Señor, cómo apretáis a vuestros amadores! mas todo es poco, para lo que les dais después. Bien es que lo mucho cueste mucho; cuánto más, que si es purificar

---

1 Joan., IV, 7-13.

esta alma para que entre en la sétima morada, como los que han de entrar en el cielo se limpian en el purgatorio, es tan poco este padecer, como sería una gota de agua en la mar. Cuánto más, que con todo este tormento y aflición, que no puede ser mayor, a lo que yo creo, de todas las que hay en la tierra (que esta persona había pasado muchas, ansí corporales, como espirituales, mas todo le parece nada en esta comparación), siente el alma que es de tanto precio esta pena, que entiende muy bien no la podía ella merecer; sino que no es este sentimiento de manera que la alivia ninguna cosa, mas con esto la sufre de muy buena gana, y sufriría toda su vida, si Dios fuese de ello servido; aunque no sería morir de una vez, sino estar siempre muriendo, que verdaderamente no es menos.

Pues consideremos, hermanas, aquellos que están en el infierno, que no están con esta conformidad, ni con este contento y gusto que pone Dios en el alma, ni viendo ser ganancioso este padecer, sino que siempre padecen más y más: digo más y más, cuanto a las penas acidentales (1). Siendo el tormento del alma tan más recio que los del cuerpo, y los que ellos pasan mayores sin comparación que éste que aquí hemos dicho, y éstos ver que han de ser para siempre jamás, ¿qué será de estas desventuradas almas? ¿Y qué podemos hacer en vida tan corta, ni padecer, que sea nada para librarnos de tan terribles y eternales tormentos? Yo os digo que será imposible dar a entender cuán sentible cosa es el padecer del alma, y cuán diferente a el del cuerpo, si no se pasa por ello; y quiere el mesmo Señor que lo entendamos, para que más conozcamos lo muy mucho que le debemos en traernos a estado, que, por su misericordia, tenemos esperanza de que nos ha de librar y perdonar nuestros pecados.

Pues tornando a lo que tratábamos (que dejamos esta alma con mucha pena), en este rigor es poco lo que le dura; será, cuando más, tres o cuatro horas, a mi parecer; porque, si mu-

---

1 *Digo más y más, cuanto a las penas acidentales.* Estas palabras están escritas al margen por la Santa.

cho durase, si no fuese por milaglo (1), sería imposible sufrirlo la flaqueza natural. Acaecido ha no durar más que un cuarto de hora, y quedar hecha pedazos. Verdad es que esta vez del todo perdió el sentido, según vino con rigor (y estando en conversación, Pascua de Resurreción, el postrer día, y habiendo estado toda la Pascua con tanta sequedad, que casi no entendía lo era), de sólo oir una palabra de no acabarse la vida (2). ¡Pues pensar que se puede resistir! (3). No más que si, metida en un fuego, quisiese hacer a la llama que no tuviese calor para quemarle. No es el sentimiento que se puede pasar en disimulación, sin que las que están presentes entiendan el gran peligro en que está, aunque de lo interior no pueden ser testigos. Es verdad que le son alguna compañía, como si fuesen sombras; y ansí le parecen todas las cosas de la tierra.

Y porque veáis que es posible, si alguna vez os vierdes en esto, acudir aquí nuestra flaqueza y natural, acaece alguna vez que estando el alma como habéis visto, que se muere por morir cuando aprieta tanto, que ya parece que para salir del cuerpo no le falta casi nada, verdaderamente teme, y querría aflojase la pena por no acabar de morir. Bien se deja entender ser este temor de flaqueza natural, que por otra parte no se quita su deseo ni es posible haber remedio que se quite esta pena, hasta que la quita el mesmo Señor, que casi es lo ordinario con un arrobamiento grande, u con alguna visión, adonde el verdadero Consolador la consuela y fortalece, para que quiera vivir todo lo que fuere su voluntad.

Cosa penosa es ésta, mas queda el alma con grandísimos efetos, y perdido el miedo a los trabajos que le pueden suceder; porque en comparación del sentimiento tan penoso que

---

1 Por *milagro*.

2 Ocurrió este caso a Santa Teresa estando en Salamanca, año de 1571. La hermana Isabel de Jesús cantó:

> Véante mis ojos
> Dulce Jesús bueno;
> Véante mis ojos,
> Muérame yo luego...

y la Santa, al oirlo, cayó en dulce éxtasis. (Cfr. t. II, Relación XV, pág. 48).

3 El autógrafo: *resister*.

sintió su alma, no le parece son nada. De manera queda aprovechada, que gustaría padecerle muchas veces; mas tampoco puede eso en ninguna manera, ni hay nengún remedio para tornarle a tener, hasta que quiere el Señor, como no le hay para resistirle ni quitarle cuando le viene. Queda con muy mayor desprecio del mundo que antes, porque ve que cosa de él no le valió en aquel tormento; y muy más desasida de las criaturas, porque ya ve que solo el Criador es el que puede consolar y hartar su alma; y con mayor temor y cuidado de no ofenderle, porque ve que también puede atormentar como consolar.

Dos cosas me parece a mí que hay en este camino espiritual, que son peligro de muerte. La una ésta, que verdaderamente lo es, y no pequeño; la otra de muy ecesivo gozo y deleite, que es en tan grandísimo extremo, que verdaderamente parece que desfallece el alma de suerte, que no le falta tantito para acabar de salir del cuerpo: a la verdad, no sería poca dicha la suya. Aquí veréis, hermanas, si he tenido razón en decir que es menester ánimo, y que terná razón el Señor, cuando le pidierdes estas cosas, de deciros lo que respondió a los hijos del Zebedeo: si podrían beber el cáliz (1).

Todas creo, hermanas, que responderemos que sí, y con mucha razón; porque Su Majestad da esfuerzo a quien ve que le ha menester, y en todo defiende a estas almas, y responde por ellas en las persecuciones y mormuraciones, como hacía por la Madalena (2), aunque no sea por palabras, por obras; y en fin, en fin, antes que se mueran se lo paga todo junto, como ahora veréis. Sea por siempre bendito y alábenle todas las criaturas. Amén.

---

1 Matth., XX, 22.
2 Luc., VII, 44.

SETIMAS MORADAS

CONTIENEN CUATRO CAPITULOS

CAPITULO PRIMERO

TRATA DE MERCEDES GRANDES QUE HACE DIOS A LAS ALMAS QUE HAN LLEGADO A ENTRAR EN LAS SETIMAS MORADAS. DICE COMO A SU PARECER HAY DIFERENCIA ALGUNA DEL ALMA AL ESPIRITU, AUNQUE ES TODO UNO. HAY COSAS DE NOTAR.

Pareceros ha, hermanas, que está dicho tanto en este camino espiritual, que no es posible quedar nada por decir. Harto desatino sería pensar esto; pues la grandeza de Dios no tiene término, tampoco le ternán sus obras. ¿Quién acabará de contar sus misericordias y grandezas? Es imposible, y ansí no os espantéis de lo que está dicho y se dijere, porque es una cifra de lo que hay que contar de Dios. Harta misericordia nos hace, que haya comunicado estas cosas a persona que las podamos venir a saber, para que mientra más supiéremos que se comunica con las criaturas, más alabaremos su grandeza, y nos esforzaremos a no tener uno en poco almas con que tanto se deleita el Señor. Pues cada una de nosotras la tiene, sino que como no las preciamos como merece criatura hecha a la imagen de Dios, ansí no entendemos los grandes secretos que están en ella. Plega a Su Majestad, si es servido, menee la pluma, y me dé a entender cómo yo os diga algo de lo mucho que hay que decir, y da Dios a entender a quien mete en esta morada. Harto lo he suplicado a Su Majestad, pues sabe que mi intento es que no estén ocultas sus misericordias, para que más sea alabado y glorificado su nombre.

Esperanza tengo, que, no por mí, sino por vosotras, hermanas, me ha de hacer esta merced, para que entendáis lo que os importa, que no quede por vosotras el celebrar vuestro Esposo este espiritual matrimonio con vuestras almas, pues tray tantos bienes consigo como veréis. ¡Oh gran Dios! Parece que tiembla una criatura tan miserable como yo, de tratar en cosa tan ajena de lo que merezco entender. Y es verdad, que he estado en gran confusión, pensado (1) si será mejor acabar con pocas palabras esta morada; porque me parece que han de pensar, que yo lo sé por expiriencia, y háceme grandísima vergüenza, porque conociéndome la que soy, es terrible cosa. Por otra parte, me ha parecido que es tentación y flaqueza, aunque más juicios destos echéis. Sea Dios alabado y entendido ún poquito más, y gríteme todo el mundo; cuánto más, que estaré yo quizá muerta cuando se viniere a ver. Sea bendito el que vive para siempre y vivirá. Amén.

Cuando Nuestro Señor es servido haber piadad de lo que padece y ha padecido por su deseo esta alma, que ya espiritualmente ha tomado por esposa, primero que se consuma el matrimonio espiritual métela en su morada, que es esta sétima; porque ansí como la tiene en el cielo, debe tener en el alma una estancia, adonde solo Su Majestad mora, y digamos otro cielo. Porque nos importa mucho, hermanas, que no entendamos es el alma alguna cosa escura; que como no la vemos, lo más ordinario debe parecer que no hay otra luz interior, sino ésta que vemos, y que está dentro de nuestra alma alguna escuridad. De la que no está en gracia, yo os lo confieso, y no por falta del Sol de Justicia, que está en ella dándole ser; sino por no ser ella capaz (2) para recibir la luz, como creo dije en la primera morada, que había entendido una persona: que estas desventuradas almas es ansí que están como en una cárcel escura, atadas de pies y manos para hacer ningún bien

---

1 Hoy diríamos *pensando*, o bien, *he pensado*.

2 *Por no ser ella capaz*. Gracián hace a esta frase algunas correcciones de suerte que venga a decir: *por no estar ella dispuesta*. Así la traslada también en su copia de Córdoba.

que les aproveche para merecer (1), y ciegas y mudas. Con razón podemos compadecernos de ellas, y mirar que algún tiempo nos vimos ansí, y que también puede el Señor haber misericordia de ellas.

Tomemos, hermanas, particular cuidado de suplicárselo, y no nos descuidar, que es grandísima limosna rogar por los que están en pecado mortal; muy mayor que sería si viésemos un cristiano atadas las manos atrás con una fuerte cadena, y él amarrado a un poste, y muriendo de hambre, y no por falta de qué coma, que tiene cabe sí muy extremados manjares, sino que no los puede tomar para llegarlos a (2) la boca; y aun está con grande hastío, y ve que va ya a expirar, y no muerte como acá, sino eterna: ¿no sería gran crueldad estarle mirando, y no le llegar a la boca que comiese? ¿Pues qué, si por vuestra oración le quitasen las cadenas? Ya lo veis. Por amor de Dios os pido, que siempre tengáis acuerdo en vuestras oraciones de almas semejantes (3).

No hablamos ahora con ellas, sino con las que ya, por la misericordia de Dios, han hecho penitencia por sus pecados, y están en gracia, que podemos considerar, no una cosa arrinconada y limitada, sino un mundo interior, adonde caben tantas y tan lindas moradas como habéis visto; y ansí es razón que sea, pues dentro de esta alma hay morada para Dios. Pues cuando Su Majestad es servido de hacerle la merced dicha de este divino matrimonio, primero la mete en su morada, y quiere Su Majestad que no sea como otras veces que la ha metido en estos arrobamientos, que yo bien creo que la une (4) consigo entonces, y en la oración que queda dicha de unión, aunque no le parece a el alma que es tan (5) llamada para entrar en su centro, como aquí en esta morada, sino a la parte superior. En esto va poco: sea de una manera u de otra, el Señor la

1 *Para merecer.* Al margen escribe la Santa estas palabras.
2 Se repite esta preposición en el original.
3 Este párrafo se halla muy modificado en la edición príncipe.
4 Un guión que el original tiene sobre esta palabra, está puesto al acaso, y no para suplir la *n* del verbo (unen), como a primera vista parece.
5 *Tanta,* había escrito, pero está borrada por la Santa la segunda sílaba de esta palabra.

junta consigo; mas es haciéndola ciega y muda, como lo quedó San Pablo en su conversión (1), y quitándola el sentir cómo u de qué manera es aquella merced que goza; porque el gran deleite que entonces siente el alma, es de verse cerca de Dios. Mas cuando la junta consigo, ninguna cosa entiende, que las potencias todas se pierden.

Aquí es de otra manera. Quiere ya nuestro buen Dios quitarla las escamas de los ojos, y que vea y entienda algo de la merced que le hace, aunque es por una manera extraña; y metida en aquella morada por visión (2) inteletual (3), por cierta manera de representación de la verdad, se le muestra la Santísima Trinidad, todas tres personas (4), con una inflamación que primero viene a su espíritu, a manera de una nube de grandísima claridad, y estas Personas distintas, y por una noticia admirable que se da a el alma, entiende con grandísima verdad ser todas tres Personas una sustancia, y un poder, y un saber y un solo Dios. De manera que lo que tenemos por fe, allí lo entiende (5) el alma, podemos decir (6), por vista, aunque no es vista con los ojos del cuerpo ni del alma (7), porque no es visión imaginaria. Aquí se le comunican todas tres Personas, y la hablan, y la dan a entender aquellas palabras que dice el Evangelio que dijo el Señor: que vernía El y el Padre y el Espíritu Santo a morar con el alma, que le ama y guarda sus mandamientos (8).

¡Oh, válame Dios! ¡Cuán diferente cosa es oir estas palabras y creerlas (9), a entender por esta manera cuán ver-

1 *Act. Apost.*, IX, 8.
2 *O conoscimiento*, pone Gracián entre líneas.
3 Gracián añade: *que nasce de fe.*
4 Fr. Luis de León puso a este pasaje la siguiente nota: «Aunque el hombre en esta vida, perdiendo el vso de los sentidos, y elevado por Dios, puede ver de passo su essencia, como probablemente se dice de S. Pablo y de Moysén y de otros algunos, mas no habla aquí la Madre desta manera de visión, que aunque es de passo, es clara y intuitiva, sino habla de vn conocimiento deste mysterio que da Dios a algunas almas, por medio de vna luz grandíssima que les infunde; y no sin alguna especie criada. Mas porque esta especie no es corporal, ni que se figura en la imaginación, por esso la Madre dize que esta visión es intelectual y no imaginaria».
5 *Mas*, añade el P. Gracián entre líneas.
6 Gracián entre líneas: *que paresce.*
7 *Ni del alma.* Borra Gracián estas palabras y pone entre líneas: *porque Dios es espíritu, ni de la ymaginación.*
8 Joan., XIV, 23.
9 Añade Gracián al margen: *como comunmente se creen y oyen.*

daderas son! Y cada día se espanta más esta alma, porque nunca más le parece se fueron de con ella, sino que notoriamente ve, de la manera que queda dicho, que están en lo ininterior de su alma; en lo muy muy (1) interior, en una cosa muy honda, que no sabe decir cómo es, porque no tiene letras, siente en sí esta divina compañía.

Pareceros ha que, según esto, no andará en sí, sino tan embebida, que no pueda entender en nada. Mucho más que antes, en todo lo que es servicio de Dios, y en faltando las ocupaciones, se queda con aquella agradable compañía; y si no falta a Dios el alma, jamás El la faltará, a mi parecer, de darse a conocer tan conocidamente su presencia; y tiene gran confianza que no la dejará Dios, pues la ha hecho esta merced, para que la pierda; y ansí se puede pensar, aunque no deja de andar con más cuidado que nunca, para no le desagradar en nada.

El traer esta presencia, entiéndese que no es tan enteramente (2), digo claramente, como se le manifiesta la primera vez y otras algunas que quiere Dios hacerle este regalo; porque si esto fuese, era imposible entender en otra cosa, ni aun vivir entre la gente; mas aunque no es con esta tan clara luz, siempre advierte se halla con esta compañía. Digamos ahora como una persona que estuviese en una muy clara pieza con otras, y cerrasen las ventanas, y se quedase ascuras: no porque se quitó la luz para verlas, y que hasta tornar la luz no las ve, deja de entender que están allí. Es de preguntar, si cuando torna la luz y las quiere tornar a ver, si puede. Esto no está en su mano, sino cuando quiere Nuestro Señor que se abra la ventana del entendimiento; harta misericordia la hace en nunca se ir de con ella, y querer que ella lo entienda tan entendido.

Parece que quiere aquí la divina Majestad disponer el alma para más, con esta admirable compañía; porque está claro, que será bien ayudada para en todo ir adelante en la perfeción, y perder el temor que traía algunas veces, de las demás merce-

1 Repite el adverbio para dar más énfasis a la frase.
2 Esta palabra rayó el P. Gracián.

des que la hacía, como queda dicho. Y ansí fué, que en todo se hallaba mejorada, y le parecía que por trabajos y negocios que tuviese, lo esencial de su alma jamás se movía de aquel aposento; de manera que en alguna manera le parecía había división en su alma, y andando con grandes trabajos, que poco después que Dios le hizo esta merced tuvo, se quejaba de ella, a manera de Marta cuando se quejó de María (1), y algunas veces la decía que se estaba ella siempre gozando de aquella quietud a su placer, y la deja a ella en tantos trabajos y ocupaciones, que no la puede tener compañía.

Esto os parecerá, hijas, desatino, mas verdaderamente pasa ansí; que aunque se entiende que el alma está toda junta, no es antojo lo que he dicho, que es muy ordinario. Por donde decía yo que se ven cosas interiores, de manera que cierto se entiende hay diferencia en alguna manera, y muy conocida, del alma a el espíritu, aunque más sea todo uno (2). Conócese una división tan delicada, que algunas veces parece obra de diferente manera lo uno de lo otro, como el sabor que les quiere dar el Señor. También me parece que el alma es diferente cosa de las potencias, y que no es todo una cosa (3). Hay tantas y tan delicadas en lo interior, que sería atrevimiento ponerme yo a declararlas. Allá lo veremos, si el Señor nos hace merced de llevarnos, por su misericordia, adonde entendamos estos secretos.

---

1 Luc., X, 40.

2 Es verdaderamente notable la agudeza con que la Santa, sin haber frecuentado las aulas, habla del alma y de sus potencias y operaciones. Para la más clara inteligencia de lo que dice, vamos a trasladar a nuestro romance lo que a este propósito escribe el P. Baltasar de Sta. Catalina, docto comentador de *Las Moradas:* «Los doctores místicos dividen el alma en sensitiva, racional e intelectiva. La primera, es decir, la sensitiva, se llama también animal, y simplemente alma. Las otras dos, se llaman espirituales, o simplemente espíritu, el cual comprende, no sólo las potencias espirituales, sino la esencia misma del alma, que es el fundamento donde aquéllas radican y nacen. Pero los teólogos místicos aun introducen otra división, no muy diferente de la que se acaba de declarar, la cual debe tenerse presente en estas materias sublimes. La primera es la ínfima o sensitiva y animal, ya dicha. La segunda es la media, que consta de las potencias espirituales, memoria, entendimiento y voluntad. La tercera es la propia esencia del alma, llamada parte suprema, de la cual traen origen las tres potencias mencionadas. Esta es en la que Dios habita de una manera particular en estas moradas, mediante la divina gracia... Y a esta suprema esencia se llama centro del alma, estancia o mansión de Dios y tálamo del celestial Esposo». (Cfr. *Splendori Riflessi di sapienza celeste...* Mansioni VII, c. I, Riflesso I, p. 616). De la división entre el alma y el espíritu hablan todos los místicos, como puede verse en el P. Juan de Jesús María: *Theologia Mystica, c. VI.*

3 Así lo enseña la Filosofía, con S. Tomás, quien afirma: «Respondeo dicendum quod impossibile est dicere quod essentia animae sit ejus potentia». (Cfr. 1.ª p., q. 77, art. 1.).

CAPITULO II

PROCEDE EN LO MESMO. DICE LA DIFERENCIA QUE HAY DE UNION ESPIRITUAL A MATRIMONIO ESPIRITUAL. DECLARALO POR DELICADAS COMPARACIONES.

Pues vengamos ahora a tratar del divino y espiritual matrimonio, aunque esta gran merced no debe cumplirse con perfeción mientra vivimos, pues si nos apartásemos de Dios, se perdería este tan gran bien. La primera vez que Dios hace esta merced, quiere Su Majestad mostrarse a (1) el alma (2) por visión imaginaria de su sacratísima Humanidad, para que lo entienda bien y no esté inorante de que recibe tan soberano don. A otras personas será por otra forma; a ésta de quien hablamos, se le representó el Señor, acabando de comulgar, con forma de gran resplandor y hermosura y majestad, como después de resucitado, y le dijo que ya era tiempo de que sus cosas tomase ella por suyas, y El ternía cuidado de las suyas, y otras palabras que son más para sentir que para decir (3).

Parecerá que no era ésta novedad, pues otras veces se había representado el Señor a esta alma en esta manera. Fué tan diferente, que la dejó bien desatinada y espantada: lo uno, porque fué con gran fuerza esta visión; lo otro, porque las palabras que le dijo, y también porque en lo interior de su alma,

1 *Algunas,* añade entre líneas el P. Gracián.

2 Como consecuencia de la adición anterior, Gracián añade una *s* a esta palabra para que la frase diga: *mostrarse a algunas almas.*

3 Véase la Relación XXXV, t. II, p. 65.

adonde se le representó, si no es la visión pasada, no había visto otras. Porque, entended, que hay grandísima diferencia de todas las pasadas a las de esta morada, y tan grande del desposorio espiritual al matrimonio espiritual, como le hay entre dos desposados, a los que ya (1) no se pueden apartar.

Ya he dicho que, aunque se ponen estas comparaciones, porque no hay otras más a propósito, que se entienda que aquí no hay memoria de cuerpo más que si el alma no estuviese en él, sino solo espíritu; y en el matrimonio espiritual, muy menos, porque pasa esta secreta unión en el centro muy interior del alma, que debe ser adonde (2) está el mesmo Dios, y a mí parecer no ha menester puerta por donde entre. Digo que no es menester puerta, porque en todo lo que se ha dicho hasta aquí, parece que va por medio de los sentidos y potencias, y este aparecimiento de la Humanidad del Señor, ansí debía ser; mas lo que pasa en la unión del matrimonio espiritual es muy diferente. Aparécese el Señor en este centro del alma sin visión imaginaria, sino inteletual, aunque más delicada que (3) las dichas, como se apareció a los Apóstoles, sin entrar por la puerta, cuando les dijo: «Pax vobis» (4). Es un secreto tan grande y una merced tan subida lo que comunica Dios allí a el alma en un istante, y el grandísimo deleite que siente el alma, que no sé a qué lo comparar, sino a que quiere el Señor manifestarle por aquel memento la gloria que hay en el cielo, por más subida manera que por ninguna visión ni gusto espiritual. No se puede decir más de que, a cuanto se puede entender, queda el alma, digo el espíritu de esta alma, hecho una cosa con Dios; que, como es también espíritu, ha querido Su Majestad mostrar el amor que nos tiene, en dar a entender a algunas personas hasta adonde llega, para que alabemos su grandeza; porque de tal manera ha querido juntarse

---

1 *A los que ya no se pueden apartar.* Esta es la lectura definitiva de la frase, después de las correcciones que la Santa hace en ella.

2 Escribe el P. Gracián entre líneas: *mas de asiento.*

3 La Santa, borrando unas cuantas palabras, escribe entre líneas: *sino inteletual, aunque más delicada que.*

4 Joan., XX, 21. *Paz vobis,* dice el original.

con la criatura, que ansí como los que ya no (1) se pueden apartar, no se quiere apartar El de ella.

El desposorio espiritual es diferente, que muchas veces se apártan, y la unión también lo es; porque aunque unión es juntarse dos cosas en una, en fin, se pueden apartar y quedar cada cosa por sí, como vemos ordinariamente, que pasa de presto esta merced del Señor, y después se queda el alma sin aquella compañía, digo de manera que lo entienda. En estotra merced del Señor, no; porque siempre queda el alma con su Dios en aquel centro. Digamos que sea la unión, como si dos velas de cera se juntasen tan en extremo, que toda la luz fuese una, u que el pábilo, y la luz y la cera es todo uno; mas después bien se puede apartar la una vela de la otra, y quedan en dos velas, u el pábilo de la cera. Acá es como si cayendo agua del cielo en un río u fuente, adonde queda hecho todo agua, que no podrán ya dividir ni apartar cuál es el agua del río, u lo que cayó del cielo; o como si un arroíco pequeño entra en la mar, no habrá remedio de apartarse; u como si en una pieza estuviesen dos ventanas por donde entrase gran luz; aunque entra dividida, se hace todo una luz.

Quizá es esto lo que dice San Pablo: «El que se arrima y allega a Dios, hácese un espíritu con El» (2), tocando este soberano matrimonio, que presupone haberse llegado Su Majestad a el alma por unión (3). Y también dice: «Mihi vivere Christus est, mori lucrum» (4); ansí me parece puede decir aquí el alma, porque es adonde la mariposilla que hemos dicho, muere, y con grandísimo gozo, porque su vida es ya Cristo.

Y esto se entiende mejor, cuando anda el tiempo, por los efetos, porque se entiende claro, por unas secretas aspiraciones, ser Dios el que da vida a nuestra alma, muy muchas veces tan

---

1 La Santa borra aquí unas cuantas palabras.

2 I ad Cor., VI, 17.

3 *Unión*. El texto de San Pablo y las demás palabras que le siguen hasta ésta, se hallan escritas entre líneas por la Santa, que, a su vez, borra otras.

4 En el original: *Mii bivere cristas es* (sic) *mori lucrun*. El texto íntegro de San Pablo es como sigue: *Mihi enim vivere Christus est, et mori lucrum*. (Ad Philip., I, 21).

vivas, que en ninguna manera se puede dudar, porque (1) las siente muy bien el alma, aunque no se saben decir más que es tanto este sentimiento que producen algunas veces unas palabras regaladas, que parece no se pueden excusar de decir: ¡Oh vida de mi vida y sustento que me sustentas! y cosas de esta manera. Porque de aquellos pechos divinos, adonde parece está Dios siempre sustentando el alma, salen unos rayos de leche, que toda la gente del castillo conforta; que parece quiere el Señor que gocen de alguna manera de lo mucho que goza el alma, y que de aquel río caudaloso, adonde se consumió esta fontecita (2) pequeña, salgan (3) algunas veces algún golpe de aquel agua para sustentar los que en lo corporal han de servir a estos dos desposados. Y ansí como sentiría este agua una persona que está descuidada, si la bañasen de presto en ello, y no lo podía dejar de sentir; de la mesma manera, y aun con más certidumbre, se entienden estas operaciones que digo. Porque ansí como no nos podría venir un gran golpe de agua, si no tuviese principio, como he dicho, ansí se entiende claro que hay en lo interior quien arroje estas saetas y dé vida a esta vida, y que hay sol de donde procede una gran luz, que se envía a las potencias, de lo interior del alma. Ella, como he dicho, no se muda de aquel centro ni se le pierde la paz; porque el mesmo que la dió a los Apóstoles, cuando estaban juntos (4), se la puede dar a ella.

Heme acordado, que esta salutación del Señor debía ser mucho más de lo que suena, y el decir a la gloriosa Madalena, que se fuese en paz (5); porque como las palabras del Señor son hechas como obras en nosotros, de tal manera debían hacer la operación en aquellas almas que estaban ya dispuestas, que apartase en ellos todo lo que es corpóreo en el alma y la dejase en puro espíritu, para que se pudiese juntar en esta unión celestial con el espíritu increado; que es muy cierto que

1 En el original están tachadas, sospechamos que por Gracián, las siguientes palabras: *que en ninguna manera se puede dudar por*(que).
2 *Fuentecita,* se lee en la edición príncipe.
3 *Salga,* corrige Fr. Luis de León en la edición de Salamanca.
4 Joan., XX, 19.
5 Luc., VII, 50.

en vaciando nosotros todo lo que es criatura, y desasiéndonos de ella por amor de Dios, el mesmo Señor la ha de hinchir de Sí. Y ansí, orando una vez Jesucristo Nuestro Señor por sus Apóstoles, no sé adónde es (1), dijo, que fuesen una cosa con el Padre y con El, como Jesucristo Nuestro Señor está en el Padre y el Padre en El. ¡No sé qué mayor amor puede ser que éste! Y no dejaremos de entrar aquí todos, porque ansí dijo Su Majestad: «No sólo ruego por ellos, sino por todos aquellos que han de creer en mí también» (2), y dice: «Yo estoy en ellos» (3).

¡Oh, válame Dios, qué palabras tan verdaderas, y cómo las entiende el alma, que en esta oración lo ve por sí! ¡Y cómo lo entenderíamos todas, si no fuese por nuestra culpa! Pues las palabras (4) de Jesucristo nuestro Rey y Señor no pueden faltar; mas como faltamos en no disponernos y desviarnos de todo lo que puede embarazar esta luz, no nos vemos en este espejo que contemplamos, adonde nuestra imagen está esculpida.

Pues tornando a lo que decíamos, en metiendo el Señor a el alma en esta morada suya, que es el centro de la mesma alma, ansí como dicen que el cielo impíreo, adonde está Nuestro Señor, no se mueve como los demás (5), ansí parece no hay los movimientos en esta alma, en entrando aquí, que suele haber en las potencias y imaginación, de manera que la perjudiquen ni la quiten su paz. Parece que quiero decir, que llegando el alma a hacerla Dios esta merced, está segura de su salvación y de tornar a caer. No digo tal; y en cuantas partes tratare de esta manera, que parece está el alma en siguridad, se entienda mientra la divina Majestad la tuviere ansí de su mano, y ella no le ofendiere (6). Al menos sé cierto, que aunque

---

1 *No sé adónde.* El P. Gracián borra estas palabras del autógrafo, que suprime también en la copia de Córdoba, y al margen cita el lugar de donde las toma (Joan., XVII, 21).

2 Joan., XVII, 20.

3 *Ibid.,* XVII, 23.

4 *Pabras,* dice el original, por distracción de la Santa.

5 Funda la Santa esta comparación en la opinión muy corriente entonces entre los teólogos, que tal afirmaban basados en los imperfectos conocimientos astronómicos de aquellos tiempos. Supuesta la estabilidad de la esfera celeste, la comparación es bonita y propia.

6 En este pasaje manifiesta bien claramente la Santa cómo han de entenderse las frases que algunas veces emplea acerca de la certeza que en ocasiones, en la oración de unión principalmente, tiene el alma de que habita Dios en ella.

se ve en este estado, y le ha durado años, que no se tiene por segura; sino que anda con mucho más temor que antes en guardarse de cualquier pequeña ofensa de Dios, y con tan grandes deseos de servirle, como se dirá adelante, y con ordinaria pena y confusión de ver lo poco que puede hacer y lo mucho a que está obligada; que no es pequeña cruz, sino harto gran penitencia, porque el hacer penitencia este alma, mientra más grande, le es mayor deleite. La verdadera penitencia es cuando le quita Dios la salud para poderla hacer, y fuerzas; que aunque en otra parte he dicho la gran pena que esto da, es muy mayor aquí, y todo le debe venir de la raíz adonde está plantada; que ansí como el árbol que está cabe las corrientes de las aguas, está más fresco y da más fruto, ¿qué hay que maravillar de deseos que tenga esta alma, pues el verdadero espíritu de ella está hecho uno con el agua celestial que dijimos?

Pues, tornando a lo que decía, no se entienda que las potencias y sentidos y pasiones están siempre en esta paz; el alma sí. Mas en estotras moradas no deja de haber tiempos de guerra y de trabajos y fatigas; mas son de manera, que no se quita de su paz y puesto: esto es lo ordinario (1). Este centro de nuestra alma, u este espíritu, es una cosa tan dificultosa de decir, y aun de creer, que pienso, hermanas, por no me saber dar a entender, no os dé alguna tentación de no creer lo que digo; porque decir que hay trabajos y penas, y que el alma se está en paz, es cosa dificultosa. Quiéroos poner una comparación u dos: plega a Dios que sean tales, que diga algo; mas si no lo fuere, yo sé que digo verdad en lo dicho.

Está el Rey en su palacio, y hay muchas guerras en su reino, y muchas cosas penosas, mas no por eso deja de estarse en su puesto: ansí acá, aunque en estotras moradas anden muchas baraúndas y fieras (2) ponzoñosas, y se oye el ruido, nadie entra en aquélla, que la haga quitar de allí; ni las cosas que oye, aunque le dan alguna pena, no es de manera que la al-

---

1 Al margen escribe la Santa las palabras *esto es lo ordinario.*

2 Un pequeño borrón al principio de esta palabra, parece que borra la sílaba *en* (enponzoñosas).

boroten y quiten la paz; porque las pasiones están ya vencidas, de suerte que han miedo de entrar allí, porque salen más rendidas. Duélenos todo el cuerpo; mas si la cabeza está sana, no porque duele el cuerpo, dolerá la cabeza. Riéndome estoy de estas comparaciones, que no me contentan, mas no sé otras. Pensá lo que quisierdes; ello es verdad lo que he dicho.

CAPITULO III

TRATA DE LOS GRANDES EFETOS QUE CAUSA ESTA ORACION DICHA; ES MENESTER PRESTAR ATENCION, Y ACUERDO DE LOS QUE HACE, QUE ES COSA ADMIRABLE LA DIFERENCIA QUE HAY DE LOS PASADOS.

Ahora, pues, decimos que esta mariposica ya murió, con grandísima alegría de haber hallado reposo, y que vive en ella Cristo. Veamos qué vida hace, u qué diferencia hay de cuando ella vivía; porque en los efetos veremos si es verdadero lo que queda dicho. A lo que puedo entender, son los que diré.

El primero, un olvido de sí, que verdaderamente parece ya no es, como queda dicho; porque toda está de tal manera, que no se conoce ni se acuerda que para ella ha de haber cielo, ni vida ni honra, porque toda está empleada en procurar la de Dios; que parece que las palabras que le dijo Su Majestad hicieron efeto de obra, que fué que mirase por sus cosas, que El miraría por las suyas (1). Y ansí, de todo lo que puede suceder, no tiene cuidado, sino un extraño olvido, que, como digo, parece ya no es, ni querría ser en nada, nada, si no es para cuando entiende que puede haber por su parte algo en que acreciente un punto la gloria y honra de Dios, que por esto pornía muy de buena gana su vida.

No entendáis por esto, hijas, que deja de tener cuenta con comer y dormir, que no le es poco tormento, y hacer todo lo

1 Véase la Relación XXXV, t. II, p. 64.

que está obligada conforme a su estado; que hablamos en cosas interiores, que de obras exteriores poco hay que decir; que antes ésa es su pena, ver que es nada lo que ya pueden sus fuerzas. En todo lo que puede y entiende que es servicio de Nuestro Señor, no lo dejaría de hacer por cosa de la tierra.

Lo segundo, un deseo de padecer grande, mas no de manera que la inquiete, como solía; porque es en tanto extremo el deseo que queda en estas almas de que se haga la voluntad de Dios en ellas, que todo lo que Su Majestad hace, tienen por bueno: si quisiere que padezca, enhorabuena; si no, no se mata como solía.

Tienen también estas almas un gran gozo interior cuando son perseguidas, con mucha más paz que lo que queda dicho, y sin nenguna enemistad con los que las hacen mal u desean hacer; antes les cobran amor particular, de manera que si los ven en algún trabajo, lo sienten tiernamente, y cualquiera tomarían por librarlos de él, y encoméndanlos a Dios muy de gana, y de las mercedes que les hace Su Majestad holgarían perder porque se las hiciese a ellos, porque no ofendiesen a Nuestro Señor.

Lo que más me espanta de todo, es que ya habéis visto los trabajos y afliciones que han tenido por morirse, por gozar de Nuestro Señor; ahora es tan grande el deseo que tienen de servirle, y que por ellas sea alabado, y de aprovechar algún alma si pudiesen, que no sólo no desean morirse, mas vivir muy muchos años padeciendo grandísimos trabajos, por si pudiesen que fuese el Señor alabado por ellos, aunque fuese en cosa muy poca. Y si supiesen cierto que en saliendo el alma del cuerpo ha de gozar de Dios, no les hace al caso, ni pensar en la gloria que tienen los santos; no desean por entonces verse en ella. Su gloria tienen puesta en si pudiesen ayudar en algo al Crucificado, en especial cuando ven que es tan ofendido, y los pocos que hay que de veras miren por su honra, desasidos de todo lo demás.

Verdad es que algunas veces que se olvida de esto, tornan con ternura los deseos de gozar de Dios y desear salir de este

destierro, en especial viendo lo poco que le sirve; mas luego torna, y mira en sí mesma con la continuanza (1) que le tiene consigo, y con aquello se contenta, y ofrece a Su Majestad el querer vivir, como una ofrenda la más costosa para ella que le puede dar (2). Temor ninguno tiene de la muerte, más que ternía de un suave arrobamiento. El caso es que el que daba aquellos deseos con tormento tan ecesivo, da ahora estotros. Sea por siempre bendito y alabado.

El fin es, que los deseos de estas almas no son ya de regalos ni de gustos, como tienen consigo al mesmo Señor, y Su Majestad es el que ahora vive. Claro está que su vida no fué si no contino tormento, y ansí hace que sea la nuestra, al menos con los deseos, que nos lleva como a flacos en lo demás, aunque bien les cabe de su fortaleza cuando ve que la han menester. Un desasimiento grande de todo, y deseo de estar siempre, u solas, u ocupadas en cosa que sea provecho de algún alma. No sequedades ni trabajos interiores, sino con una memoria y ternura con Nuestro Señor, que nunca querría estar si no dándole alabanzas; y cuando se descuida, el mesmo Señor la despierta de la manera que queda dicho, que se ve clarísimamente que procede aquel impulso, u no sé como le llame, de lo interior del alma, como se dijo de los ímpetus. Acá es con gran suavidad, mas ni procede del pensamiento, ni de la memoria, ni cosa que se pueda entender que el alma hizo nada de su parte. Esto es tan ordinario y tantas veces, que se ha mirado bien con advertencia; que ansí como un fuego (3) no echa la llama hacia bajo, sino hacia riba, por grande (4) que quieran encender el fuego; ansí se entiende acá que este movimiento interior procede del centro del alma y despierta las potencias.

---

1 *Continuación,* traslada el P. Gracián en la copia de Córdoba.

2 Fr. Luis de León modifica este párrafo en la forma siguiente: «Verdad es que algunas veces que se oluidan desto, tornan con ternura los desseos de gozar de Dios, y salir deste destierro viendo lo poco que le siruen: mas luego bueluen sobre si, y miran como de contino le tienen consigo, y con aquello se contentan y offrecen a su Magestad el querer biuir como vna offrenda la más costosa que le pueden dar».

3 Borra aquí la Santa la palabra *grande,* por emplearla en seguida otra vez.

4 Esta palabra viene entre líneas en sustitución de otra que la Santa borra.

Por cierto, cuando no hubiera otra cosa de ganancia en este camino de oración, si no entender el particular cuidado que Dios tiene de comunicarse con nosotros y andarnos rogando, que no parece esto otra cosa, que nos estemos con El, me parece eran bien empleados cuantos trabajos se pasan por gozar de estos toques de su amor, tan suaves y penetrativos. Esto habréis, hermanas, expirimentado; porque pienso, en llegando a tener oración de unión, anda el Señor con este cuidado, si nosotros no nos descuidamos de guardar sus mandamientos. Cuando esto os acaeciere, acordaos que es desta morada interior, adonde está Dios en nuestra alma, y alabalde (1) mucho; porque, cierto, es suyo aquel recaudo u billete escrito con tanto amor, y de manera que solo vos quiere entendáis aquella letra y lo que por ella os pide (2). Y en ninguna manera dejéis de responder a Su Majestad, aunque estéis ocupadas exteriormente y en conversación con algunas personas; porque acaecerá muchas veces en público querer Nuestro Señor haceros esta secreta merced, y es muy fácil, como ha de ser la respuesta interior, hacer lo que digo (3), haciendo un ato de amor, o decir lo que San Pablo: «¿qué queréis, Señor, que haga?» (4). De muchas maneras os enseñará allí con que le agradéis, y es tiempo aceto; porque parece se entiende que (5) nos oye, y casi siempre dispone el alma este toque tan delicado, para poder hacer lo que queda dicho, con voluntad determinada.

La diferencia que hay aquí en esta morada, es lo dicho: que casi nunca hay sequedad ni alborotos interiores de los que había en todas las otras a tiempos, sino que está el alma en

---

1 Forma antigua de *alabadle,* que algunas veces emplea la Santa en este y otros verbos.

2 Al margen del autógrafo de Sevilla puso la Santa: «Cuando dice aquí: *os pide,* léase luego este papel». El papel se ha perdido, pero lo conoció y publicó Fr. Luis de León en este lugar de *Las Moradas,* el cual contenía ésta y las diez líneas siguientes. También las copian los traslados antiguos, con alguna ligera diferencia, que advertimos luego.

3 *Hacer lo que digo.* Suprimen estas palabras Fr. Luis de León y el P. Gracián en los traslados que hicieron del papelito que entonces andaba unido al autógrafo. En cambio las traen la copia de Toledo y la que obra en mi poder.

4 *Act. Apost.* IX, 6.

5 *Se entiende que.* Faltan estas palabras en la edición príncipe, pero las traen Gracián y todas las copias antiguas que hemos visto, el primero con esta leve diferencia: *que se entiende que.*

quietud casi siempre; el no temer que esta merced tan subida puede contrahacer el demonio, sino estar en un ser con seguridad que es Dios; porque, como está dicho, no tienen que ver aquí los sentidos ni potencias; que se descubrió Su Majestad al alma, y la metió consigo adonde, a mi parecer, no osará entrar el demonio, ni le dejará el Señor; ni todas las mercedes que hace aquí a el alma, como he dicho, son con ningún ayuda de la mesma alma, sino la que ya ella ha hecho de entregarse toda a Dios.

Pasa con tanta quietud y tan sin ruido todo lo que el Señor aprovecha aquí a el alma y la enseña, que me parece es como en la edificación del templo de Salomón, adonde no se había de oir ningún ruido; ansí en este templo de Dios, en esta morada suya, solo El y el alma se gozan con grandísimo silencio. No hay para qué bullir ni buscar nada el entendimiento; que el Señor que le crió, le quiere sosegar aquí, y que por una resquicia pequeña mire lo que pasa. Porque aunque a tiempos se pierde esta vista y no le dejan mirar, es poquísimo intrevalo (1); porque, a mi parecer, aquí no se pierden las potencias, mas no obran, sino están como espantadas.

Yo lo estoy de ver que en llegando aquí el alma, todos los arrobamientos se le quitan (el quita[r] se llama aquí cuanto a perde[r] los sentid[os]) (2), si no es alguna vez, y ésta no con aquellos arrebatamientos y vuelo de espíritu; y son muy raras veces, y ésas casi siempre no en público como antes, que era muy ordinario; ni le hacen al caso grandes ocasiones de devoción que vea, como antes; que si ven una imagen devota u oyen un sermón, que casi no era oirle, u música, como la pobre mariposilla andaba tan ansiosa, todo la espantaba y hacía volar (3). Ahora, u es que halló su reposo, u que el alma

---

1 Por *intervalo*.

2 *El quita*[r] *se llama aquí cuanto a perde*[r] *los sentid*[os]. Estas palabras fueron escritas al margen por la Santa. Las letras suplidas faltan desde que se encuadernó el autógrafo

3 Fray Luis de León modifica notablemente este párrafo, como puede verse a continuación: «Yo lo estoy de ver que en llegando aquí el alma todos los arrobamientos se le quitan, sino es alguna vez, (el quitarse los arrobamientos, como aquí digo, es quanto a estos effetos exteriores de perderse el sentido y calor, dizenme que esto no es sino accidente de ellos, y que no se quitan, pues lo interior antes se acrecienta) ansí que los arrobamientos en la manera que

ha visto tanto en esta morada, que no se espanta de nada, u que no se halla con aquella soledad que solía, pues goza de tal compañía. En fin, hermanas, yo no sé qué sea la causa, que en comenzando el Señor a mostrar lo que hay en esta morada, y metiendo el alma allí, se les quita esta gran flaqueza que les era harto trabajo, y antes no se quitó. Quizá es que la ha fortalecido el Señor y ensanchado y habilitado; u pudo ser que quería dar a entender en público lo que hacía con estas almas en secreto, por algunos fines que Su Majestad sabe; que sus juicios son sobre todo lo que acá podemos imaginar.

Estos efetos, con todos los demás que hemos dicho que sean buenos en los grados de oración que quedan dichos, da Dios cuando llega el alma a Sí, con este ósculo que pedía la Esposa, que yo entiendo aquí se le cumple esta petición. Aquí se dan las aguas a esta cierva, que va herida, en abundancia. Aquí se deleita en el tabernáculo de Dios (1). Aquí halla la paloma que envió Noé a ver si era acabada la tempestad, la oliva, por señal que ha hallado tierra firme dentro de las aguas y tempestades deste mundo (2). ¡Oh, Jesús! ¡Y quién supiera las muchas cosas de la Escritura que debe haber para dar a entender esta paz del alma! Dios mío, pues veis lo que importa, haced que quieran los cristianos buscarla, y a los que la habéis dado, no se la quitéis, por vuestra misericordia; que, en fin, hasta que les deis la verdadera y las llevéis adonde no se puede acabar, siempre se ha de vivir con temor. Digo la verdadera, no porque entienda ésta no lo es (3), sino porque se podría tornar la guerra primera, si nosotros nos apartásemos de Dios.

Mas ¿qué sentirán estas almas de ver que podrían carecer de tan gran bien? Esto les hace andar más cuidadosas, y pro-

---

digo cessan, y no esta con aquellos arrobamientos y buelo de spiritu, y si esta, son muy raras vezes, y casi siempre no en publico como antes que era muy ordinario, ni le hazen al caso grandes ocasiones de deuoción que vea como solia, que si veya vna imagen deuota, o oya vn sermon, que casi no era oyrle, o musica, como la pobre mariposilla andaua tan ansiosa, todo la espantaua y hacia bolar».

1 *Apoc.*, XXI, 3.

2 *Genes.* VIII, 8-9.

3 *No porque entienda que esta no lo es,* corrige Fr. Luis de León en la edición salmantina.

curar sacar fuerzas de su flaqueza, para no dejar cosa que se les pueda ofrecer, para más agradar a Dios, por culpa suya. Mientra más favorecidas de Su Majestad, andan más acobardadas y temerosas de sí. Y como en estas grandezas suyas han conocido más sus miserias, y se les hacen más graves sus pecados, andan muchas veces que no osan alzar los ojos, como el Publicano (1); otras con deseos de acabar la vida por verse en siguridad, aunque luego tornan, con el amor que le tienen, a querer vivir para servirle, como queda dicho, y fían todo lo que les toca de su misericordia. Algunas veces, las muchas mercedes las hacen andar más aniquiladas, que temen que, como una nau (2) que va muy demasiado de cargada, se va a lo hondo, no les acaezca ansí.

Yo os digo, hermanas, que no les falta cruz, salvo que no las inquieta ni hace perder la paz, sino pasan de presto, como una ola, algunas tempestades, y torna bonanza; que la presencia que train del Señor les hace que luego se les olvide todo. Sea por siempre bendito y alabado de todas sus criaturas. Amén.

---

1 Luc., XVIII, 13.
2 Por *nave*.

CAPITULO IV

CON QUE ACABA DANDO A ENTENDER LO QUE LE PARECE QUE PRETENDE NUESTRO SEÑOR EN HACER TAN GRANDES MERCEDES AL ALMA, Y COMO ES NECESARIO QUE ANDEN JUNTAS MARTA Y MARIA. ES MUY PROVECHOSO.

No habéis de entender, hermanas, que siempre en un ser están estos efetos que he dicho en estas almas, que por eso, adonde se me acuerda, digo lo ordinario; que algunas veces las deja Nuestro Señor en su natural, y no parece si no que entonces se juntan todas las cosas ponzoñosas del arrabal y moradas de este castillo, para vengarse de ellas por el tiempo que no las pueden haber a las manos.

Verdad es que dura poco; un día lo más, u poco más. Y en este gran alboroto, que procede lo ordinario de alguna ocasión, se ve lo que gana el alma en la buena compañía que está; porque la da el Señor una gran entereza, para no torcer en nada de su servicio y buenas determinaciones; sino que parece le crecen, y por un primer movimiento muy pequeño no tuercen de esta determinación. Como digo, es pocas veces, si no que quiere Nuestro Señor que no pierda la memoria de su ser, para que siempre esté humilde, lo uno; lo otro, porque entienda más lo que debe a Su Majestad, y la grandeza de la merced que recibe, y le alabe.

Tampoco os pase por pensamiento, que por tener estas almas tan grandes deseos y determinación de no hacer una im-

perfeción por cosa de la tierra, dejan de hacer muchas, y aun pecados. De advertencia no, que las debe el Señor a estas tales dar muy particular ayuda para esto. Digo pecados veniales, que de los mortales, que ellas entiendan, están libres aunque no siguras (1); que ternán algunos que no entienden, que no les será pequeño tormento. También se les (2) dan las almas que ven que se pierden; y aunque en alguna manera tienen gran esperanza que no serán de ellas, cuando se acuerdan de algunos que dice la Escritura que parecía eran favorecidos del Señor, como un Salomón (3), que tanto comunicó con Su Majestad, no pueden dejar de temer, como tengo dicho. Y la que se viere de vosotras con mayor seguridad en sí, ésa tema más; porque «bienaventurado el varón que teme a Dios», dice David (4). Su Majestad nos ampare siempre; suplicárselo para que no le ofendamos, es la mayor seguridad que podemos tener. Sea por siempre alabado. Amén.

Bien será, hermanas, deciros qué es el fin para que hace el Señor tantas mercedes en este mundo. Aunque en los efetos de ellas lo habréis entendido, si advertistes a en ello (5), os lo quiero tornar a decir aquí, porque no piense alguna que es para sólo regalar estas almas, que sería grande yerro; porque no nos puede Su Majestad hacérnosle mayor (6), que es darnos vida que sea imitando a la que vivió su Hijo tan amado; y ansí tengo yo por cierto, que son estas mercedes para fortalecer nuestra flaqueza, como aquí he dicho alguna vez, para poderle imitar en el mucho padecer.

---

1 En la edición de *Las Moradas* hecha en Salamanca en 1589 se puso aquí esta nota: «En estas palabras demuestra claramente la Sancta Madre la verdad y limpieza de su doctrina acerca de la certidumbre de la gracia, pues de almas tan perfectas y fauorecidas de Dios y que gozan de su presencia por manera tan especial como las deste grado y morada, dize que no están seguras de si tienen algunos peccados mortales que no entiendan, que el recelo desto las atormenta».

2 *Les*. Como se refiere a tormento, debiera decir *le*, y así corrige la edición príncipe. La copia de Córdoba traslada así la frase: *También les da tormento ver las almas que se pierden*.

3 *III Reg.*, XI.

4 Ps. CXI, 1.

5 *A en ello*. Rara vez emplea la Santa dos preposiciones en estos casos. Fr. Luis de León y Gracián corrigen: *si advertís en ello*.

6 El P. Gracián, borrando algunas sílabas de esta frase, la modifica así: *que no nos puede Su Majestad hacerle mayor*. Con esta modificación la traslada en su copia de Córdoba, y se lee también en la edición príncipe.

Siempre hemos visto que los que más cercanos anduvieron a Cristo Nuestro Señor, fueron los de mayores trabajos. Miremos a los que pasó su gloriosa Madre, y los gloriosos Apóstoles. ¿Cómo pensáis que pudiera sufrir San Pablo tan grandísimos trabajos? Por él podemos ver, qué efetos hacen las verdaderas visiones y contemplación, cuando es de Nuestro Señor, y no imaginación u engaño del demonio. ¿Por ventura ascondióse con ellas para gozar de aquellos regalos, y no entender en otra cosa? Ya lo veis, que no tuvo día de descanso, a lo que podemos entender; y tampoco le debía tener de noche, pues en ella ganaba lo que había de comer (1). Gusto yo mucho de San Pedro, cuando iba huyendo de la cárcel, y le apareció Nuestro Señor, y le dijo que iba a Roma a ser crucificado otra vez. Nenguna rezamos esta fiesta adonde esto está, que no me es particular consuelo (2). ¿Cómo quedó San Pedro de esta merced del Señor, u qué hizo? Irse luego a la muerte; y no es poca misericordia del Señor hallar quien se la dé.

¡Oh, hermanas mías, qué olvidado debe tener su descanso, y qué poco se le debe de dar de honra, y qué fuera debe estar de querer ser tenida en nada el alma adonde está el Señor tan particularmente! Porque si ella está mucho con El, como es razón, poco se debe de acordar de sí; toda la memoria se le va en cómo más contentarle, y en qué u por dónde mostrará el amor que le tiene. Para esto es la oración, hijas mías; de esto sirve este matrimonio espiritual: de que nazcan siempre obras, obras.

Esta es la verdadera muestra de ser cosa y merced hecha de Dios, como ya os he dicho; porque poco me aprovecha estarme muy recogida a solas, haciendo atos con Nuestro Señor, propuniendo y prometiendo de hacer maravillas por su servicio, si en saliendo de allí, que se ofrece la ocasión, lo

---

1 *I ad Thess.*, II, 9.

2 Hacíase memoria de esta pía tradición en el antiguo breviario carmelitano, en que rezaba Santa Teresa, el día 29 de Junio, festividad del Príncipe de los Apóstoles. En la antífona del *Magnificat* (primeras vísperas) se lee: *Beatus Petrus Apostolus vidit sibi Christum accurrere. Adorans eum, ait: Domine, quo vadis?—Venio Romam iterum crucifigi.*

hago todo al revés. Mal dije que aprovechará poco, que todo lo que se está con Dios aprovecha mucho; y estas determinaciones, aunque seamos flacos en no las cumplir después, alguna vez nos dará Su Majestad cómo lo hagamos, y aun quizá aunque nos pese, como acaece muchas veces: que como ve un alma muy cobarde, dale un muy gran trabajo, bien contra su voluntad, y sácala con ganancia, y después, como esto entiende el alma, queda más perdido el miedo para ofrecerse más a El. Quise decir que es poco, en comparación de lo mucho más que es que conformen las obras con los atos y palabras, y que la que no pudiere por junto, sea poco a poco. Vaya doblando su voluntad, si quiere que le aproveche la oración; que dentro de estos rincones no faltarán hartas ocasiones en que lo podáis hacer.

Mirá que importa esto mucho más que yo os sabré encarecer. Poné los ojos en el Crucificado, y haráseos todo poco. Si Su Majestad nos mostró el amor con tan espantables obras y tormentos, ¿cómo queréis contentarle con sólo palabras? ¿Sabéis qué es ser espirituales de veras? Hacerse esclavos de Dios, a quien, señalados con su hierro que es el de la cruz (1), porque ya ellos le han dado su libertad, los pueda vender por esclavos de todo el mundo, como El lo fué; que no les hace ningún agravio ni pequeña merced. Y si a esto no se determinan, no hayan miedo que aprovechen mucho, porque todo este edificio, como he dicho, es su cimiento humildad; y si no hay ésta muy de veras, aun por vuestro bien, no querrá el Señor subirle muy alto, porque no dé todo en el suelo. Así que, hermanas, para que lleve buenos cimientos, procurá ser la menor de todas, y esclava suya, mirando cómo u por dónde las podéis hacer placer y servir; pues lo que hicierdes en este caso, hacéis más por vos que por ellas, puniendo piedras tan firmes, que no se os caya el castillo.

Torno a decir, que para esto es menester no poner vuestro fundamento sólo en rezar y contemplar; porque, si no procu-

---

1 Por una † expresa esta palabra la Santa.

ráis virtudes y hay ejercicio de ellas, siempre os quedaréis enanas; y aun plega a Dios que sea sólo no crecer, porque ya sabéis que quien no crece, descrece; porque el amor, tengo por imposible contentarse de estar en un ser, adonde le hay (1).

Pareceros ha que hablo con los que comienzan, y que después pueden ya descansar; ya os he dicho que el sosiego que tienen estas almas en lo interior, es para tenerle muy menos, ni querer tenerle, en lo exterior. ¿Para qué pensáis que son aquellas inispiraciones (2) que he dicho, u por mejor decir aspiraciones, y aquellos recaudos que envía el alma de el centro interior a la gente de arriba del castillo y a las moradas que están fuera de donde ella está? ¿Es para que se echen a dormir? No, no, no; que más guerra les hace desde allí, para que no estén ociosas potencias y sentidos y todo lo corporal, que les ha hecho cuando andaba con ellos padeciendo; porque entonces no entendía la ganancia tan grande que son los trabajos, que por ventura han sido medios para traerla Dios allí, y cómo la compañía que tiene le da fuerzas muy mayores que nunca. Porque si acá dice David, que con los santos seremos santos (3), no hay que dudar, si no que estando hecha una cosa con el fuerte, por la unión tan soberana de espíritu con espíritu, se le ha de pegar fortaleza, y ansí veremos la que han tenido los santos para padecer y morir.

Es muy cierto, que aun de la que ella allí se le pega, acude a todos los que están en el castillo, y aun al mesmo cuerpo, que parece muchas veces no se siente; sino, esforzado con el esfuerzo que tiene el alma bebiendo del vino de esta bodega, adonde la ha traído su Esposo y no la deja salir, redunda en el flaco cuerpo, como acá el manjar que se pone en el estómago da fuerza a la cabeza y a todo el cuerpo (4). Y ansí tiene harta mala ventura mientra vive; porque, por mucho que

---

1 Adviértase con qué claridad habla en este párrafo de la unión que debe haber entre los grados de oración y de perfección, doctrina interesantísima, que puede considerarse como la última y definitiva de la Santa, y sirve de precioso remate y coronamiento a su célebre Castillo místico.

2 Algún corrector, probablemente el P. Gracián, borró la segunda *i* de esta palabra, para que se leyese *inspiraciones*.

3 Ps. XVII, 26.

4 *Cuerpo*. Esta palabra viene entre líneas.

haga, es mucho más la fuerza interior y la guerra que se le da, que todo le parece nonada. De aquí debían venir las grandes penitencias que hicieron muchos santos, en especial la gloriosa Madalena, criada siempre en tanto regalo; y aquella hambre que tuvo nuestro padre Elías (1) de la honra de su Dios, y tuvo Santo Domingo y San Francisco de allegar almas, para que fuese alabado; que yo os digo que no debían pasar poco, olvidádose de sí mesmos.

Esto quiero yo, mis hermanas, que procuremos alcanzar; y no para gozar, sino para tener estas fuerzas para servir, deseemos y nos ocupemos en la oración. No queramos ir por camino no andado, que nos perderemos al mejor tiempo; y sería bien nuevo pensar tener estas mercedes de Dios por otro que el que El fué y han ido todos sus santos. No nos pase por pensamiento; creéme, que Marta y María han de andar juntas para hospedar al Señor, y tenerle siempre consigo, y no le hacer mal hospedaje, no le dando de comer. ¿Cómo se lo diera María, sentada siempre a los pies, si su hermana no le ayudara? Su manjar es, que de todas las maneras que pudiéremos, lleguemos almas para que se salven y siempre le alaben.

Decirme heis dos cosas: la una, que dijo que María había escogido la mejor parte (2); y es que ya había hecho el oficio de Marta, regalando a el Señor en lavarle los pies y limpiarles con sus cabellos (3). ¿Y pensáis que le sería poca mortificación a una señora como ella era, irse por esas calles, y por ventura sola, porque no llevaba hervor para entender cómo iba, y entrar adonde nunca había entrado, y después sufrir la mormuración del fariseo, y otras muy muchas que debía sufrir? Porque ver en el pueblo una mujer como ella hacer tanta mudanza, y como sabemos, entre tan mala gente, que bastaba ver que tenía amistad con el Señor, a quien ellos tenían tan aborrecido, para traer a la memoria la vida que había hecho, y que se quería ahora hacer santa, porque está claro, que luego mudaría

---

1 *III Reg.*, XIX, 10.
2 Luc., X, 42.
3 Luc. VII, 37-38.

vestido y todo lo demás; pues ahora se dice a personas, que no son tan nombradas, ¿qué sería entonces? Yo os digo, hermanas, que venía la mejor parte sobre hartos trabajos y mortificación, que aunque no fuera si no ver a su Maestro tan aborrecido, era intolerable trabajo. ¡Pues los muchos que después pasó en la muerte del Señor! Tengo para mí, que el no haber recibido martirio, fué por haberle pasado en ver morir a el Señor (1); y en los años que vivió, en verse ausente de El, que serían de terrible tormento, se verá que no estaba siempre con regalo de contemplación a los pies del Señor.

La otra, que no podéis vosotras, ni tenéis cómo allegar almas a Dios; que lo haríades de buena gana, mas que no habiendo de enseñar ni de predicar, como hacían los Apóstoles, que no sabéis cómo. A esto he respondido por escrito algunas veces, y aun no sé si en este Castillo (2); mas porque es cosa que creo os pasa por pensamiento, con los deseos que os da el Señor, no dejaré de decirlo aquí. Ya os dije en otra parte, que algunas veces nos pone el demonio deseos grandes, porque no echemos mano de lo que tenemos a mano, para servir a Nuestro Señor en cosas posibles, y quedemos contentas con haber deseado las imposibles. Dejado que en la oración ayudaréis mucho, no queráis aprovechar a todo el mundo, sino a las que están en vuestra compañía, y ansí será mayor la obra, porque estáis a ellas más obligada. ¿Pensáis que es poca ganancia, que sea vuestra humildad tan grande, y mortificación, y el servir a todas, y una gran caridad con ellas, y un amor del Señor, que ese fuego las encienda a todas, y con las demás virtudes siempre las andéis despertando? No será si no mucha, y muy agradable servicio al Señor, y con esto que ponéis por obra, que podéis, entenderá Su Majestad que haríades mucho más; y ansí os dará premio, como si le ganásedes muchas.

Diréis que esto no es convertir, porque todas son buenas. ¿Quién os mete en eso? Mientra fueren mejores, más agra-

1 *Tengo para mí, que el no haber recibido martirio, fué por haberle pasado en ver morir a el Señor.* Al margen pone estas palabras la Santa.

2 En varias partes de sus escritos expone la Santa este pensamiento. (Véanse, entre otros, los capítulos I y III del *Camino de Perfección*, y el II y VII de los *Conceptos del amor de Dios*).

dables serán sus alabanzas al Señor, y más aprovechará su oración a los prójimos. En fin, hermanas mías, con lo que concluyo es, que no hagamos torres sin fundamento, que el Señor no mira tanto la grandeza de las obras, como el amor con que se hacen; y como hagamos lo que pudiéremos, hará Su Majestad, que vamos (1) pudiendo cada día más y más, como no nos cansemos luego, sino que lo poco que dura esta vida, y quizá será más poco de lo que cada una piensa, interior y exteriormente ofrezcamos a el Señor el sacrificio que pudiéremos, que Su Majestad le juntará con el que hizo en la cruz por nosotras al Padre, para que tenga el valor que nuestra voluntad hubiere merecido, aunque sean pequeñas las obras.

Plega a Su Majestad, hermanas y hijas mías, que nos veamos todas adonde siempre le alabamos, y me dé gracia para que yo obre algo de lo que os digo, por los méritos de su Hijo, que vive y reina por siempre jamás, amén; que yo os digo, que es harta confusión mía, y ansí os pido por el mesmo Señor, que no olvidéis en vuestras oraciones esta pobre miserable (2).

---

1 *Que vayamos,* se diría hoy.

2 Según dejamos advertido en la Introducción, en carta escrita por la Santa a María de San José por el mes de Noviembre de 1581, le autorizaba para que leyese su séptima morada a su antiguo confesor en Sevilla, el P. Rodrigo Alvarez. Cumplido por la priora de aquella casa el encargo de la Santa Reformadora, escribió el P. Rodrigo al fin del último capítulo del autógrafo esta nota, que reproducimos literalmente, sin más diferencia que la acentuación y puntuación. «De Seuilla, la madre priora deste convento me leyó esta séptima morada o abitación donde llega vn spíritu en esta vida: alaben todos los sanctos a la bondad infinita de dios que tanto se comunica aquellas criaturas que de veras buscan su maior gloria y la saluasión de sus próximos. Lo que siento y jusgo dello, es que todo esto que me leió son verdades chatólicas según las diuinas letras y doctrina de los sanctos. Quien fuere leído en la doctrina de los sanctos como es el libro de sancta jetrudes, y en las obras de sancta chatirina de sena, y sancta bríxida y otros sanctos y libros spirituales, entenderá claramente ser este spíritu de la madre tereza de jesús muy verdadero, pues que pasan en él los mismos effectos que pasaron en los sanctos. Y porque es verdad que esto así siento y entiendo, lo firmo de mi nombre oy, 22 de febrero, de 1582. El P. Rodrigo Aluarez». Hemos observado en el autógrafo, que al margen de los folios que comprenden la séptima morada vienen algunas cruces de la misma tinta que estas líneas del P. Rodrigo, por lo que creemos que fueron hechas por él.

Jhs

Aunque cuando comencé a escribir esto que aquí va, fué con la contradición que al principio digo, después de acabado me ha dado mucho contento, y doy por bien empleado el trabajo, aunque confieso que ha sido harto poco. Considerando el mucho encerramiento y pocas cosas de entretenimiento que tenéis, mis hermanas, y no casas tan bastantes como conviene en algunos monesterios de los vuestros, me parece os será consuelo deleitaros en este castillo interior; pues sin licencia de las superioras podéis entraros y pasearos por él a cualquiera hora.

Verdad es que no en todas las moradas podéis entrar por vuestras fuerzas, aunque os parezca las tenéis grandes, si no os mete el mesmo Señor del castillo. Por eso os aviso, que ninguna fuerza pongáis, si hallardes resistencia alguna; porque le enojaréis de manera, que nunca os deje entrar en ellas. Es muy amigo de humildad. Con teneros por tales que no merecéis aún entrar en las terceras, le ganaréis más presto la voluntad para llegar a las quintas; y de tal manera le podéis servir desde allí, acontinuando a ir muchas veces a ellas, que os meta en la mesma morada que tiene para Sí, de donde no salgáis más, si no fuerdes llamada (1) de la priora, cuya voluntad quiere tanto este gran Señor que cumpláis, como la suya mesma. Y aunque mucho estéis fuera por su mandado, siempre cuando tor-

1 *Llamadas,* corrigen tanto la edición príncipe como las copias antiguas. Ya dijimos que el P. Gracián, en su traslado de Córdoba, omite este epílogo.

nardes, os terná la puerta abierta. Una vez mostradas a gozar de este castillo, en todas las cosas hallaréis descanso, aunque sean de mucho trabajo, con esperanza de tornar a él, que no os lo puede quitar naide.

Aunque no se trata de más de siete moradas, en cada una de éstas hay muchas: en lo bajo, y alto y a los lados, con lindos jardines, y fuentes (1) y cosas tan deleitosas, que desearéis deshaceros en alabanzas del gran Dios, que le crió a su imagen y semejanza (2). Si algo hallardes bueno en la orden de daros noticia de El, creé verdaderamente que lo dijo Su Majestad por daros a vosotras contento; y lo malo que hallardes, es dicho de mí.

Por el gran deseo que tengo de ser alguna parte para ayudaros a servir a este mi Dios y Señor, os pido que, en mi nombre, cada vez que leyerdes aquí, alabéis mucho a Su Majestad, y le pidáis el aumento de su Iglesia, y luz para los luteranos; y para mí que me perdone mis pecados, y me saque del purgatorio; que allá estaré quizá, por la misericordia de Dios (3) cuando esto se os diere a leer, si estuviere para que se vea, después de visto [de] (4) letrados. Y si algo estuviere en error (5), es por más no lo entender, y en todo me sujeto a lo que tiene la santa Ilesia Católica Romana (6), que en esto vivo, y protesto, y prometo vivir y morir. Sea Dios Nuestro Señor por siempre alabado y bendito. Amén, amén.

Acabóse esto de escribir en el monesterio de San Josef de Avila, año MDLXXVII, víspera de San Andrés, para gloria de Dios, que vive y reina por siempre jamás. Amén.

---

1 *Y laborintios,* añaden aquí Fr. Luis de León, la copia de Toledo y otras que hemos consultado; en el autógrafo, sin embargo, no se lee. La rara unanimidad de los traslados antiguos, dan margen a sospechar, como insinuamos en la Introducción, que de este epílogo de *Las Moradas* hubo en algún tiempo dos o más autógrafos.

2 *Semejanzas,* pone el autógrafo. Es error material.

3 Al margen pone la Santa estas palabras: *por la misericordia de Dios.*

4 Suplimos esta palabra que falta al autógrafo.

5 *Y si algo tuviere de error,* corrige la edición príncipe.

6 Esta palabra viene entre líneas.



CONCEPTOS DEL AMOR DE DIOS

CONCEPTOS DEL AMOR DE DIOS

ESCRITOS POR LA

BEATA MADRE THERESA DE JESVS

SOBRE ALGUNAS PALABRAS DE LOS «CANTARES» DE SALOMON (1).

PROLOGO (2).

Viendo yo las misericordias que Nuestro Señor hace con las almas que traía a estos monesterios que Su Majestad ha sido servido que se funden de la primera Regla de Nuestra Señora del Monte Carmelo, que a algunas en particular son tantas las mercedes que Nuestro Señor les hace, que solas a las almas que entendieren las necesidades que tienen de quien les declare algunas cosas de lo que pasa entre el alma y Nuestro Señor, podrá ver el trabajo que se padece en no tener claridad. Habiéndome a mí el Señor, de algunos años acá, dado un regalo grande cada vez que oyo u leo algunas palabras de los *Cantares* de Salomón, en tanto extremo, que sin entender la claridad del latín en romance, me recogía más y movía mi alma que los libros muy devotos que entiendo; y esto es casi (3) ordinario, y aunque

---

1 Presumo que la Santa no dió título a este escrito suyo. Lo encabezamos con el que le puso el P. Gracián en la primera edición que de él hizo. En lo demás, como se dijo en la Introducción, reproducimos el códice de Alba.

2 Esta palabra no la trae la copia, que dice solamente *Jhs. Mª.* Al margen escribe el P. Báñez: *Esta es una consideración de Teressa de Jesus. No e hallado en ella cossa q̃ me offenda. Fr. Domingo Bañez.*

3 *Quasi*, escribe la copia. Separándose bastante la ortografía de este códice de la usada por la Santa, es claro que no hemos de seguirle en esto, sino que reproduciremos las palabras como ella las escribía. Cuando en las notas se lee *dice la copia,* u otra frase parecida, se sobrentiende la cópia o códice de Alba.

me declaraban el romance, tampoco le entendía mas... (1) que sin entenderlo mi... (2) apartar mi alma de sí.

Ha como dos años, poco más a menos (3), que me parece me da el Señor, para mi propósito, a entender algo del sentido de algunas palabras; y paréceme (4) serán para consolación de las hermanas, que Nuestro Señor lleva para este camino y aun para la mía, que algunas veces da el Señor tanto a entender, que yo deseaba no se me olvidase, mas no osaba poner cosa por escrito.

Ahora, con parecer de personas a quien yo estoy obligada a obedecer, escribiré alguna cosa de lo que el Señor me da a entender, que se encierran en palabras de que mi alma gusta para este camino de la oración, por donde, como he dicho, el Señor lleva a estas hermanas destos monesterios y las mías. Si fuere para que lo veáis, tomaréis este pobre donecito, de quien os desea todos los del Espíritu Santo, como a sí mesma, en cuyo nombre yo lo comienzo. Si algo acertare, no será de mí. Plega a la divina Majestad acierte... (5).

---

1 Al códice de Alba de Tormes, único que trae este prólogo, le faltan las cinco últimas líneas de la primera hoja, que está rota.

2 Queda suspenso el sentido por la causa dicha en la nota anterior.

3 Aunque la copia de Alba dice *poco más o menos,* es sabido que la Santa escribe esta frase en la forma que dejamos corregida.

4 *Y paréceme.* Estas dos palabras están repetidas en la copia de Alba.

5 El prólogo queda incompleto por la razón dicha en la primera nota.

CAPITULO PRIMERO

TRATA DE LA VENERACION CON QUE DEBEN SER LEIDAS LAS SAGRADAS ESCRITURAS, Y DE LA DIFICULTAD DE COMPRENDERLAS LAS MUJERES, PRINCIPALMENTE EL «CANTAR DE LOS CANTARES» (1).

Béseme el Señor con el beso de su boca,
porque más valen tus pechos que el vino, etc.

He notado mucho, que parece que el alma está, a lo que aquí da a entender, hablando con una persona, y pide la paz de otra. Porque dice: *Béseme con el beso de su boca* (2). Y luego parece que está diciendo a con quien está: *Mejores son tus pechos* (3). Esto no entiendo cómo es, y no entenderlo me hace gran regalo; porque verdaderamente, hijas, no ha de mirar el alma tanto, ni la hacen mirar tanto, ni la hacen tener respeto a su Dios las cosas que acá parece podemos alcanzar con nuestros entendimientos tan bajos, como las que en ninguna manera se pueden entender. Y ansí os encomiendo mucho, que, cuando leyerdes (4) algún libro y oyerdes (5) sermón u pensáredes en los misterios de nuestra sagrada fe, que lo que buenamente no pudiéredes entender, no os canséis, ni gastéis el

---

1 No habiendo dividido la Santa en capítulos esta obrilla, seguimos la división hecha por el P. Jerónimo Gracián, con la excepción que en su lugar se dirá. Los títulos que el Padre les puso son muy largos, y nos ha parecido conveniente sustituirlos por otros más breves, que sumariamente expresen el contenido o materia de cada uno.

2 *Cant.* I, 1.

3 *Ibid.*

4 Por *leyereis.*

5 *Oyereis. Oyredes,* dice la copia.

pensamiento en adelgazarlo; no es para mujeres, ni aun para hombres muchas cosas.

Cuando el Señor quiere darlo a entender, Su Majestad (1) lo hace sin trabajo nuestro. A mujeres digo esto, y a los hombres, que no han de sustentar con sus letras la verdad; que a los que el Señor tiene para declarárnoslas a nosotras, ya se entiende que lo han de trabajar, y lo que en ello ganan. Mas nosotras con llaneza tomar lo que el Señor nos diere; y lo que no, no nos cansar, sino alegrarnos de considerar qué tan gran Dios y Señor tenemos, que una palabra suya terná en sí mil (2) misterios, y ansí su principio no entendemos nosotras. Ansí, si estuviera en latín u en hebraico u en griego, no era maravilla; mas en nuestro romance, qué de cosas hay en los salmos del glorioso rey David, que cuando nos declaran el romance solo, tan escuro nos queda como el latín. Ansí que siempre os guardad de gastar el pensamiento con estas cosas, ni cansaros, que mujeres no han menester más que para su entendimiento bastare. Con esto las hará Dios merced. Cuando Su Majestad quisiere dárnoslo, sin cuidado ni trabajo nuestro lo hallaremos sabido; en lo demás, humillarnos y, como he dicho, alegrarnos de que tengamos tal Señor, que aun palabras suyas, dichas en romance nuestro, no se pueden entender.

Pareceros ha que hay algunas en estos *Cánticos*, que se pudieran decir por otro estilo. Según es nuestra torpeza, no me espantaría; he oído a algunas personas decir, que antes huían de oirlas. ¡Oh, válame Dios, qué gran miseria es la nuestra! Que como las cosas emponzoñosas, que cuanto comen se vuelve en ponzoña, ansí nos acaece, que de mercedes tan grandes como aquí nos hace el Señor en dar a entender lo que tiene el alma que le ama, y animarla para que pueda hablar y regalarse con Su Majestad, hemos de sacar miedos, y dar sentidos conforme al poco sentido del amor de Dios que se tiene.

¡Oh, Señor mío, que de todos los bienes que nos hecistes, nos aprovechamos mal! Vuestra Majestad buscando modos, y

---

1 *Su Majestad.* El copista repite estas palabras.
2 *Mill,* se lee en la copia. La Santa escribía *mil.* (Vid., v. gr., la p. 71, línea 16).

maneras y invenciones para mostrar el amor que nos tenéis; nosotros, como mal expirimentados (1) en amaros a Vos, tenémoslo en tan poco, que de mal ejercitados en esto, vanse los pensamientos adonde están siempre, y dejan de pensar los grandes misterios, que este lenguaje encierra en sí, dicho por el Espíritu Santo. ¿Qué más era menester para encendernos en amor suyo, y pensar que tomó este estilo, no sin gran causa?

Por cierto, que me acuerdo oir a un relisioso (2) un sermón harto admirable, y fué lo mas dél declarando destos regalos que la Esposa trataba con Dios; y hubo tanta risa y fué tan mal tomado lo que dijo, porque hablaba de amor (siendo sermón del Mandato, que es para no tratar otra cosa) (3), que yo estaba espantada. Y veo claro, que es lo que yo tengo dicho, ejercitarnos tan mal en el amor de Dios, que no nos parece posible tratar un alma ansí con Dios. Mas algunas personas conozco yo, que ansí como estotras no sacaban bien, porque, cierto, no lo entendían, ni creo pensaban si no ser dicho de su cabeza; estotras han sacado tan gran bien, tanto regalo, tan gran seguridad de temores, que tenían que hacer particulares alabanzas a Nuestro Señor muchas veces, que dejó remedio saludable para las almas que con hirviente amor le aman, que entiendan y vean que es posible humillarse Dios a tanto; que no bastaba su expireincia para dejar de temer, cuando el Señor les hacía grandes regalos. Ven aquí pintada su seguridad.

Y sé de alguna que estuvo hartos años con muchos temores, y no hubo cosa que la haya asegurado, sino que fué el Señor servido oyese algunas cosas de los *Cánticos*, y en ellas entendió ir bien guiada su alma (4). Porque, como he dicho, conoció que es posible pasar el alma enamorada por su Esposo todos esos regalos y desmayos y muertes y afliciones y deleites y

---

1 Como la Santa siempre escribe *expirimentado*, *expiriencia*, así se imprimen en esta edición, aunque la copia traslada siempre *experiencia*, *experimentado*.

2 El códice de Alba: *religioso*.

3 El *Mandato* recuerda el lavatorio de los pies de los Apóstoles por Jesús, víspera de su muerte. La Iglesia renueva la ceremonia el día de Jueves Santo, habiendo durante ella en muchos templos sermón, llamado del *Mandato*, por aquellas palabras de la antífona: *Mandatum novum do vobis*.

4 Habla aqui la Santa de sí misma.

gozos con El, después que ha dejado todos los del mundo por su amor y está del todo puesta y dejada en sus manos. Esto no de palabra, como acaece en algunos, sino con toda verdad, confirmada por obras. ¡Oh, hijas mías, que es Dios muy buen pagador, y tenéis un Señor y un Esposo, que no se le pasa nada sin que lo entienda y lo vea! Y ansí, aunque sean cosas muy pequeñas, no dejéis de hacer por su amor lo que pudiéredes. Su Majestad las pagará; no mirará si no el amor con que las hicierdes.

Pues concluyo en esto, que jamás en cosa que no entendáis de la Sagrada Escritura, ni de los misterios de nuestra fe, os detengáis más de como he dicho, ni de palabras encarecidas, que en ella oyáis que pasa Dios con el alma, no os espantéis. El amor que nos tuvo y tiene me espanta a mí más y me desatina, siendo los que somos; que tiniéndole (1), ya entiendo que no hay encarecimiento de palabras con que nos le muestre, que no le haya mostrado más con obras; sino, cuando lleguéis aquí, por amor de mí os ruego que os detengáis un poco, pensando en lo que nos ha mostrado, y lo que ha hecho por nosotras, viendo claro que amor tan poderoso y fuerte, que tanto le hizo padecer (2), ¿con qué palabras (3) se pueda mostrar que nos espanten?

Pues tornando a lo que comencé [a] (4) decir, grandes cosas debe haber y misterios en estas palabras, pues cosa de tanto valor, que me han dicho letrados (rogándoles yo que me declaren lo que quiere decir el Espíritu Santo, y el verdadero sentido de ellos) dicen que los dotores (5) escribieron muchas exposiciones, y que aun no acaban de darle. Parecerá demasiada soberbia la mía, siendo esto ansí, quereros yo declarar algo; y no es mi intento, por poco humilde que soy, pensar que atinaré a la verdad.

---

1 Un corrector quiso enmendar en el códice de Alba esta palabra para que se leyese *tenyéndole*.

2 *Padescer* dice la copia. La Santa siempre escribe *padecer* y *padecimiento*, y así se reproducirán estas palabras siempre que ocurra.

3 *Con que palabras*, repite la copia de Alba por distracción.

4 *Comenze decir*, se lee en la copia de Alba, frase desusada en la Santa. Suplimos la *a* que el copista omitió.

5 Contra el uso de la Santa, la copia traslada *doctores*.

Lo que pretendo es, que ansí como yo me regalo en lo que el Señor me da a entender, cuando algo dellos oyo, que decíroslo por ventura os consolará como a mí. Y si no fuere a propósito de lo que quiere decir, tómolo yo a mi propósito; que no saliendo de lo que tiene la Iglesia y los santos (1) (que para esto primero lo examinarán bien letrados que lo entiendan, que los veáis vosotras), licencia nos da el Señor, a lo que pienso, como nos la da, para que pensando en la sagrada Pasión, pensemos muchas más cosas de fatigas y tormentos que allí debía de padecer el Señor, de que los Evangelistas escriben. Y no yendo con curiosidad, como dije al principio, sino tomando lo que Su Majestad nos diere a entender, tengo por cierto no le pesa que nos consolemos y deleitemos en sus palabras y obras, como se holgaría y gustaría el rey, si a un pastorcillo amase y le cayese en gracia (2), y le viese embobado mirando el brocado, y pensando qué es aquello y cómo se hizo. Que tampoco no hemos de quedar las mujeres tan fuera de gozar las riquezas del Señor: de disputarlas y enseñarlas, pareciéndoles aciertan, sin que lo muestren a letrados, esto sí. Ansí que, ni yo pienso acertar en lo que escriba (bien lo sabe el Señor), sino como este pastorcillo que he dicho. Consuélame, como a hijas mías, deciros mis meditaciones, y serán con hartas boberías. Y ansí comienzo, con el favor deste divino Rey mío, y con licencia del que me confiesa. Plega a El, que como ha querido atine en otras cosas que os he dicho (u Su Majestad por mí quizá, por ser para vosotras), atine en éstas; y si no, doy por bien empleado el tiempo que ocupare en escribir, y tratar con mi pensamiento tan divina materia, que no la merecía yo oir.

Paréceme a mí en esto que dice al principio, habla con tercera persona, y es la mesma que da a entender, que hay en Cristo dos naturalezas, una divina y otra humana. En esto no me detengo, porque mi intento es hablar en lo que me parece podemos aprovecharnos las que tratamos de oración; aunque

---

1 *Sanctos*, se lee en la copia cuantas veces escribe esta palabra. Santa Teresa escribe siempre *santo, santa, santísimo*...

2 *Y le cayese en gracia*, repite la copia de Alba por descuido.

todo aprovecha para animar y admirar un alma, que con ardiente deseo ama a el Señor. Bien sabe Su Majestad que, aunque algunas veces he oído exposición de algunas palabras destas, y me la han dicho, pidiéndolo yo, son pocas, que poco ni mucho no se me acuerda, porque tengo muy mala memoria; y ansí no podré decir si no lo que el Señor me enseñare, y fuere a mí propósito, y deste principio jamás he oído cosa que me acuerde.

Béseme con beso de su boca. ¡Oh, Señor mío y Dios mío, y qué palabra ésta, para que la diga un gusano a su Criador! ¡Bendito seáis Vos, Señor, que por tantas maneras nos habéis enseñado! Mas ¿quién osara, Rey mío, decir esta palabra, si no fuera con vuestra licencia? Es cosa que espanta, y ansí espantará decir yo que la diga nadie. Dirán que soy una necia, que no quiere decir esto, que tiene muchas sinificaciones (1), que está claro que no habíamos de decir esta palabra a Dios, que por eso es bien estas cosas no las lean gente simple. Yo lo confieso, que tiene muchos entendimientos; mas el alma que está abrasada de amor que la desatina, no quiere ninguno, sino decir estas palabras; sí, que no se lo quita el Señor. ¡Válame Dios! ¿Qué nos espanta? ¿No es de admirar más la obra? ¿No nos llegamos al Santísimo Sacramento? Y aun pensaba yo, si pedía la Esposa esta merced que Cristo (2) después nos hizo. También he pensado, si pedía aquel ayuntamiento tan grande, como fué hacerse Dios hombre; aquella amistad que hizo con el género humano; porque, claro está, que el beso es señal (3) de paz y amistad grande entre dos personas. Cuántas maneras hay de paz, el Señor ayude a que lo entendamos.

Una cosa quiero decir antes que vaya adelante, y a mi parecer de notar, aunque viniera mejor a otro tiempo, mas para que no se nos olvide, que tengo por cierto habrá muchas personas que se llegan al Santísimo Sacramento (y plega al Señor yo mienta) con pecados mortales graves; y si oyesen a un

---

1 *Significationes, significa,* etc., traslada la copia de Alba.
2 *Christo,* escribe la copia de Alba.
3 El códice: *segnal.*

alma muerta por amor de su Dios decir estas palabras, se espantarían, y lo ternían por gran atrevimiento. Al menos estó yo segura que no la dirán ellos, porque estas palabras y otras semejantes, que están en los *Cantares,* dícelas el amor; y como no le tienen, bien pueden leer los *Cantares* cada día y no se ejercitar (1) en ellas, ni aun las osarán tomar en la boca; que verdaderamente aun oirlas hace temor, porque train (2) gran majestad consigo (3). Harta traéis Vos, Señor mío, en el Santísimo Sacramento; sino, como no tienen fe viva, sino muerta, estos tales ven os tan humilde bajo (4) especies de pan, no les habláis nada, porque no lo merecen ellos oir, y ansí se atreven tanto.

Ansí que estas palabras verdaderamente pornían temor en sí, si estuviesen en sí quien las dice, tomada sola la letra; mas a quien vuestro amor, Señor, ha sacado de sí, bien perdonaréis diga eso y más, aunque sea atrevimiento. Y, Señor mío, si sinifica paz y amistad, ¿por qué no os pedirán las almas la tengáis con ellas? ¿Qué mejor cosa podemos pedir, que lo que yo os pido, Señor mío, que me déis esta paz *con beso de vuestra boca?* Esta, hijas, es altísima petición (5), como después os diré.

---

1 La copia: *exercitar.*

2 *Trayen,* se lee en la copia de Alba. Santa Teresa siempre escribe *train.*

3 Con esta misma frase termina el primer párrafo que trae de *Los Conceptos* la copia de Baeza, si bien lo que precede no tiene ningún parecido, y da que sospechar si sería modificado por la Santa en una segunda redacción que tal vez hizo. El párrafo, reproducido literalmente, excepto la acentuación y puntuación, dice: «Considerando, Dios y Señor mío, la alteça de vuestra divina Majestad, y la grandeça de vuestra summa bondad en comunicaros tan familiarmente a las viles criaturas, no sé cómo de admiraçión no salen de sí y procuran con todas sus fuerzas vuestra graçia y amistad, viendo que no sólo regaláys al alma haçiéndoos manjar y comida suya, sino que gustáys de ser tratado della como tierno y querido Esposo, y que llegue a pediros ser besada con el beso de vuestra dulce y divina boca. Y para comunicarle vuestros dones y merçedes, le habláys y enseñáys con tanto cuydado para atraerla a vuestro divino amor; y son palabras las que soléys hablar interiormente a las almas para que reconozcan sus faltas y miserias, y procuren despegarse de las cosas de la tierra, que sólo el oyrlas, haçe temer, porque traen gran majestad consigo».

4 La copia: *baxo.*

5 *Detitión,* traslada el códice.

CAPITULO II

QUE TRATA DE NUEVE MANERAS DE FALSA PAZ QUE OFRECEN AL ALMA EL MUNDO, LA CARNE Y EL DEMONIO. DECLARA LA SANTIDAD DEL ESTADO RELIGIOSO, QUE CONDUCE A LA PAZ VERDADERA, DESEADA POR LA ESPOSA EN LOS «CANTICOS».

Dios os libre de muchas maneras de paz que tienen los mundanos; nunca Dios nos la deje (1) probar, que es para guerra perpetua. Cuando uno de los del mundo anda muy quieto, andando metido en grandes pecados, y tan sosegado en sus vicios, que en nada le remuerde la conciencia; esta paz ya habéis leído, que es señal que el demonio y él están amigos; mientra (2) viven, no les quiere dar guerra, porque según son malos, por huir della, y no por amor de Dios, se tornarían algo a El. Mas los que van por aquí, nunca duran en servirle. Luego como el demonio lo entiende, tórnales a dar gusto a su placer, y tórnanse a su amistad, hasta que los tiene adonde les da a entender cuán falsa era su paz. En éstos no hay que hablar; allá se lo hayan, que yo espero en el Señor (3), no se hallará entre vosotras tanto mal; aunque podía el demonio comenzar por otra paz en cosas pocas, y siempre, hijas, mientra vivimos, nos hemos de temer.

---

1 *Dexe*, copia el códice de Alba. Téngase en cuenta para todos los casos que ocurran.

2 Recordará el lector de esta nuestra edición, que la Santa jamás dice *mientras*, como quiere el copista de Alba.

3 El traslado de Alba dice: *que yo os espero en el Señor*, construcción desusada en la Santa. Publicamos la frase como la traen el códice de Baeza y la edición príncipe.

Cuando la relisiosa comienza a relajarse (1) en unas cosas, que en sí parecen poco, y perseverando en ellas mucho y no les remordiendo la conciencia (2), es mala paz, y de aquí puede el demonio traerla a mil males. Ansí como es un quebrantamiento de Costitución (3), que en sí no es pecado, u no andar con cuidado en lo que manda el perlado, aunque no con malicia; en fin, está en lugar de Dios, y es bien siempre, que a eso venimos, a (4) andar mirando lo que quiere: cosillas muchas que se ofrecen, que en sí no parecen pecado, y, en fin, hay faltas, y halas de haber, que somos miserables. No digo yo que no; lo que digo es, que sientan cuando se hacen, y entiendan que faltaron; porque si no, como digo, déste se puede el demonio alegrar, y poco a poco ir haciendo insensible al alma destas cosillas. Yo os digo, hijas, que cuando esto llegare a alcanzar, que no tenga poco, porque temo pasará adelante. Por eso miraos mucho, por amor de Dios; guerra ha de haber en esta vida, porque con tantos enemigos no es posible dejarnos estar mano sobre mano, si no que siempre ha de haber cuidado, y traerle de cómo andamos en lo interior y exterior.

Yo os digo, que ya que en la oración os haga el Señor mercedes y os dé lo que después diré, que salidas de allí, no os falten mil estropecillos, mil ocasioncillas, quebrantar con descuido lo uno, no hacer bien lo otro, turbaciones interiores y tentaciones. No digo que ha de ser esto siempre u muy ordinario: es grandísima merced del Señor; ansí se adelanta el alma. No es posible ser aquí ángeles, que no es nuestra naturaleza. Es ansí que no me turba alma cuando la veo con grandísimas tentaciones, que si hay amor y temor de Nuestro Señor, ha de salir con mucha ganancia, yo lo sé. Y si la veo andar siempre quieta, y sin ninguna guerra (que he topado algunas), aunque la vea no ofender al Señor, siempre me train con miedo, nunca acabo de asigurarme, y probarlas y tentarlas yo,

---

1 *Relaxarse*, traslada el códice.
2 *Consciencia*, dice el códice.
3 *Constitución*, escribe el copista.
4 *A*. Un corrector tachó esta preposición en la copia, sin fundamento alguno.

si puedo, ya que no lo hace el demonio (1), para que vean lo que son. Pocas he topado; mas es posible, ya que el Señor llega (2) a un alma a mucha contemplación.

Son modos de proceder, y estánse en un contento ordinario, y interior, aunque, tengo para mí, que no se entienden, y apurado lo veo, que algunas veces tienen sus guerrillas, sino que son pocas. Mas es ansí que no he envidia a estas almas, y que lo he mirado con aviso. Y veo que se adelantan mucho más las que andan con la guerra dicha, sin tener tanta oración en las cosas de perfeción, que acá podemos entender. Dejemos almas que están ya tan aprovechadas y tan mortificadas, después de haber pasado por muchos años esta guerra; como ya muertas al mundo, las da Nuestro Señor ordinariamente paz, mas no de manera que no sienten la falta que hacen, y les dé mucha pena.

Ansí que, hijas, por muchos caminos lleva el Señor; mas siempre os temé, como he dicho, cuando no os doliere algo la falta que hiciéredes; que de pecado, aunque sea venial, ya se entiende os ha de llegar al alma, como, gloria a Dios, creo y veo lo sentís ahora. Notad una cosa, y esto se os acuerde por amor de mí. Si una persona está viva, poquito que la lleguen con un alfilel (3) ¿no lo siente, o una espinita por pequeñita que sea? Pues si el alma no está muerta, sino que tiene vivo un amor de Dios, ¿no es merced grande suya, que cualquiera cosita que se haga contra lo que hemos profesado y estamos obligadas, se sienta? Oh, que es un hacer la cama (4) Su Majestad de rosas y flores para Sí en el alma, a quien da este cuidado, y es imposible dejarse de venir a regalarla a ella, aunque tarde. Válame Dios, ¿qué hacemos los relisiosos en el monesterio? ¿a qué dejamos el mundo? ¿[a] (5) qué venimos? ¿en qué mejor nos podemos emplear que hacer aposentos en nuestras almas a nuestro

---

1 *Y ya que no lo hace el demonio,* se lee en la copia. Suprimimos la conjunción copulativa que no hace falta ni la traen las demás copias.

2 *Llegue,* dice la copia de Baeza.

3 *Alfiler,* se lee en otras copias.

4 La copia trasladó primero: *la cama de Su Majestad,* pero borró el *de.* La de Baeza escribe: *que es esto haçer la cama a su divina magestad.*

5 El copista de Alba se olvidó de esta letra, que trae el traslado de Baeza y la edición del P. Gracián.

Esposo y llegar a tiempo, que le podamos decir que nos dé beso con su boca? Venturosa será la que tal petición hiciere, y cuando venga el Señor no halle su lámpara muerta, y de harto de llamar se torne. ¡Oh, hijas mías, que tenemos gran estado, que no hay quien nos quite decir esta palabra a nuestro Esposo, pues le tomamos por tal cuando hecimos profesión, sino nosotras mismas!

Entiéndanme las almas, de las que fueren escrupulosas, que no hablo por alguna falta alguna vez, u faltas, que no todas se pueden entender, ni aun sentir siempre; sino con quien las hace muy ordinarias, sin hacer caso, pareciéndole nonada, y no la remuerde ni procura enmendarse de ésta. Torno a decir, que es peligrosa paz, y que estéis advertidas de ella. Pues ¿qué será de los que la tienen en mucha relajación de su Regla? No plega a Dios haya ninguna. De muchas maneras la debe dar el demonio, que lo primite (1) Dios por nuestros pecados: no hay que tratar de esto; esto poquito os he querido advertir. Vamos a la amistad y paz que nos comienza a mostrar el Señor en la oración, y diré lo que Su Majestad me diere a entender (2).

Después me ha parecido será bien deciros un poquito de la paz que da el mundo, y nos da nuestra misma sensualidad; porque aunque esté en muchas partes mejor escrito que yo lo diré, quizá no ternéis (3) con qué comprar los libros, que sois pobres, ni quien os haga limosna de ellos; y esto estáse en casa, y vese aquí junto. Podríanse engañar en la paz que da el mundo por muchas maneras. De algunas que diga, sacaréis las demás (4).

¡Oh, con riquezas! Que si tienen bien lo que han menester y muchos dineros en el arca, como se guarden de hacer pecados graves, todo les parece está hecho. Gózanse de lo que tienen, dan una limosna de cuando en cuando, no miran que aquellos bienes no son suyos, sino que se los dió el Señor como

---

1 *Dremite,* dice la copia. Santa Teresa escribe *primite.*

2 La copia de Baeza añade: *como quien desea tanto vuestro aprovechamiento espiritual.*

3 *Tendréis,* traslada la copia. *Ternéis,* solía escribir la Santa.

4 La edición del P. Gracián y las siguientes, hasta la de Rivadeneyra, no traen los nueve párrafos siguientes.

a mayordomos suyos, para que partan a los pobres, y que les han de dar estrecha cuenta del tiempo que lo tienen sobrado en el arca, suspendido y entretenido a los pobres, si ellos están padeciendo. Esto no nos hace al caso más de para que supliquéis al Señor les dé luz no se estén en este embebecimiento y les acaezca lo que al rico avariento (1), y para que alabéis a Su Majestad que os hizo pobres y lo toméis por particular merced suya.

¡Oh, hijas mías, qué gran descanso no tener estas cargas, aun para descansar acá! que para el día de la fin, no le podéis imaginar. Son esclavos éstos, y vosotras señoras: aun por esto lo veréis. ¿Quién tiene más descanso, un caballero, que le ponen en la mesa cuanto ha de comer y le dan todo lo que ha [de] (2) vestir, u su mayordomo, que le ha de dar cuenta de un solo maravedí? Estotro gasta sin tasa, como bienes suyos; el pobre mayordomo es el que lo pasa, y mientra más hacienda, más, que ha de estar desvelándose cuando se ha de dar la cuenta; en especial, si es de muchos años y se descuidan un poco, es el alcance mucho; no sé como se sosiega. No paséis por esto, hijas, sin alabar mucho a Nuestro Señor, y siempre ir adelante en lo que ahora hacéis en no poseer nada en particular ninguna, que sin cuidado comemos lo que nos envía el Señor, y como lo tiene Su Majestad que no nos falte nada, no tenemos que dar cuenta de lo que nos sobra. Su Majestad tiene cuenta, que no sea cosa que nos le ponga de repartirlo.

Lo que es menester, hijas, es contentarnos con poco, que no hemos de querer tanto como los que dan estrecha cuenta, como la ha de dar cualquier rico, aunque no la tenga él acá, sino que la tengan sus mayordomos. Y ¡cuán estrecha!; si lo entendiese, no comería con tanto contento, ni se daría a gastar lo que tiene en cosas impertinentes y de vanidad. Ansí vosotras, hijas, siempre mirá con lo más pobre que pudiéredes pasar, ansí de vestidos, como de manjares; porque, si no, hallaros heis (3)

---

1 Luc., XII, 20.
2 Tomamos esta palabra que falta al códice de Alba, de la copia de Baeza.
3 Por *os hallaréis*.

engañadas, que no os lo dará Dios y estaréis descontentas (1). Siempre procurá servir a Su Majestad de manera, que no comáis lo que es de los pobres, sin servirlo, aunque mal se puede servir el sosiego y descanso que os da el Señor en no tener cuenta de dar cuenta de riquezas. Bien sé que lo entendéis, mas es menester que por ellos deis (2) a tiempos gracias particulares a Su Majestad.

De la paz que da el mundo en honras, no tengo para que os decir nada, que pobres nunca son muy honrados (3). En lo que os puede hacer daño grande, si no tenéis aviso, en las alabanzas que nunca acaba de que comienza, para después abajaros más (4); es lo más ordinario, en decir que sois unas santas, con palabras tan encarecidas, que parece los enseña el demonio (5). Y ansí debe ser a veces, porque si lo dijesen en ausencia, pasaría; mas en presencia, ¿qué fruto puede traer, sino daño, si no andáis con mucho aviso?

Por amor de Dios os pido, que nunca os pacifiquéis en estas palabras, que poco a poco os podrían hacer daño y creer que dicen verdad, u en pensar que ya es todo hecho y que lo habéis trabajado. Vosotras nunca dejéis pasar palabra sin moveros guerra en vuestro interior, que con facilidad se hace, si tenéis costumbre. Acordaos cuál paró el mundo a Cristo Nuestro Señor, y qué ensalzado le había tenido el día de Ramos. Mirá en la estima que ponía a San Juan Bautista (6) que le querían tener por el Mesías, y en cuánto y por qué le descabezaron (7).

Jamás el mundo ensalza si no para abajar, si son hijos de

---

1 *Discontentas,* dice la copia, contra la costumbre de la Santa.

2 *Des,* se lee en el códice por error de copia.

3 Quiere decir la Santa que la pobreza, de ordinario, no granjea estima de los demás; no que los pobres no sean buenos y dignos de ella.

4 El códice de Alba repite algunas frases de las tres líneas precedentes por distracción del copista.

5 Este párrafo nos gusta más como viene en la copia de Baeza: «De la paz que da el mundo en honras, no tengo para que os decir nada, que los pobres nunca son muy honrados. Mas en lo que os puede hacer gran daño, es en las alabanças, si no tenéys aviso, porque nunca acaba de que comiença, para después abajaros más, que es esto muy ordinario; y en lo que os puede haçer más daño el mundo, es en decir que soys vnas santas, con palabras tan encareçidas, que pareçe las enseña el demonio».

6 *Baptista,* dice la copia. La Santa escribía *Bautista.* (Vid. c. II de *Las Fundaciones).*

7 El códice de Baeza dice: *y cuánto se abatió él y luego por quán poco le descabezaron.*

Dios los ensalzados. Yo tengo harta expiriencia desto. Solía afligirme mucho de ver tanta ceguedad en estas alabanzas, y ya me río, como si viese hablar un loco. Acordaos de vuestros pecados, y puesto que en alguna cosa os digan verdad, advertid que no es vuestro, y que estáis obligados a servir más. Despertad (1) temor en vuestra alma, para que no se sosiegue en ese beso de tan falsa paz que dé el mundo (2): creé que es la de Judas; aunque algunos no lo digan con esa intención, el demonio está mirando, que podrá llevar despojo si no os defendéis. Creé que es menester aquí estar con la espada en la mano de la consideración; aunque os parezca no os hace daño, no os fiéis deso. Acordaos cuántos estuvieron en la cumbre, y están en el profundo. No hay seguridad mientra vivimos, sino que, por amor de Dios, hermanas, siempre salgáis con guerra interior de estas alabanzas; porque ansí saldréis con ganancia de humildad, y el demonio, que está a la mira de vos, y el mundo, quedará corrido.

De la paz y daño que con ella nos puede hacer nuestra mesma carne, había mucho que decir. Advertiros he algunos puntos, y por ahí, como he dicho, sacaréis lo demás. Es muy amiga de regalo, ya lo veis, y harto peligroso pacificarse en ellos, si lo entendiésemos. Yo lo pienso muchas veces y no puedo acabar de entender cómo hay tanto sosiego y paz en las personas muy regaladas. ¿Por ventura merece el cuerpo sacratísimo de nuestro dechado y luz menos regalos que los nuestros? ¿había hecho por qué padecer tantos trabajos? ¿Hemos leído de santos, que son los que ya sabemos que están en el cielo, cierto, tener vida regalada? ¿De dónde viene este sosiego en ella? ¿quién nos ha dicho que es buena? ¡Qué es esto, que tan sosegadamente se pasan los días con comer bien, y dormir, y buscar recreaciones y todos los descansos que pueden algunas personas, que me quedo boba de mirarlo! No parece ha de haber otro mundo y que en aquello hay el menor peligro dél.

---

1 *Dispertad* se lee en la copia de Alba. *Despertad, despertarme,* escribe Santa Teresa. (Cfr. t. I, p. 5, 39, 65, 72, 85, 173, y en otros lugares).

2 *Que da el mundo,* dice la copia de Baeza.

¡Oh, hijas, si supiésedes el grande mal que aquí está encerrado! El cuerpo engorda, el alma enflaquece; que si la viésemos, parece que va ya a expirar. En muchas partes veréis escrito el gran mal que hay pacificarse en esto, que aun si entendiesen que es malo, terníamos esperanza de remedio; mas temo no les pasa por pensamiento. Como se usa tanto, no me espanto. Yo os digo, que aunque en esto su carne sosiega, que por mil partes tengan la guerra si se han de salvar, y valdríales más entenderse y tomar la penitencia poco a poco, que les ha de venir por junto. Esto he dicho para que alabéis mucho a Dios, hijas, de estar donde aunque vuestra carne quiera pacificarse en esto, no puede. Podría dañaros desimuladamente, que es con color de enfermedad, y habéis menester traer mucho aviso en esto: que un día os hará mal tomar diciplina (1), y de aquí a ocho días por ventura no; y otra vez no traer lienzo, y por algunos días, no lo habéis de tomar para contino (2); y otra comer pescado, y si se acostumbra, hácese el estómago a ello, y no le hace mal. Pareceros ha que tenéis tanta flaqueza (3). De todo esto y mucho más tengo expiriencia, y no se entiende que va mucho en hacer estas cosas, aunque no haya mucha necesidad de ellas. Lo que digo, es que no nos soseguemos (4) en lo que es relajar, sino que nos probemos algunas veces; porque yo sé que esta carne es muy falsa y que es menester entenderla. El Señor nos dé luz para todo por su bondad; gran cosa es la discreción y fiar de los superiores y no de nosotras.

Tornando al propósito, señal es, que pues la Esposa señala la paz que pide, diciendo (5): *Béseme con beso de su boca,* que otras maneras de hacer paces y mostrar amistad tiene el Señor. Quiéroos decir ahora algunas, para que veáis qué petición

---

1 *Disciplina,* copia el códice. Santa Teresa escribe siempre *diciplina.*

2 La copia de Alba dice *continuo.* Santa Teresa escribía *contino, contina* (t. I, p. 31, 35, 36, 47, 70; t. III, 5, 22, 29, 33, 48, etc.).

3 El códice de Baeza traslada así estas líneas: «que vn día os hará mal tomar la discipli-na, y de aquí a ocho por ventura no; y otra vez no traer lienzo por algunos días, y no lo abéys de tomar para de contino; y otra vez comer pescado, y si se acostumbra, hácese el estómago, y no le haçe daño, y pareçeros ha que tenéys tranta flaqueça que no podéys pasar sin comer carne, y con no ayunar algún día, basta para essa flaqueça.»

4 *Sosieguemos,* copia el códice.

5 El códice: *deciendo.*

es ésta tan alta, y de la diferencia que hay de lo uno a lo otro. ¡Oh, gran Dios y Señor nuestro, qué sabiduría tan profunda! Bien pudiera decir la Esposa: *Béseme,* y parece concluía su petición en menos palabras. ¿Por qué señala con beso de su boca? Pues a buen seguro que no hay letra demasiada. El porqué, yo no lo entiendo, mas diré algo sobre esto. Poco va que no sea a este propósito, como he dicho, si de ello nos aprovechamos. Ansí que de muchas maneras trata paz el Rey nuestro, y amistad con las almas, como vemos cada día, ansí en la oración como fuera de ella; sino que nosotras la tenemos con Su Majestad de pelillo (1), como dicen. Miraréis, hijas (2), en qué está el punto para que podáis pedir lo que la Esposa, si el Señor os llegare a El; si no, no desmayéis, que con cualquier amistad que tengáis con Dios, quedáis harto ricas, si no falta por vosotras (3). Mas para lastimar es y dolernos mucho, los que por nuestra culpa no llegamos a esta tan ecelente amistad, y nos contentamos con poco.

¡Oh, Señor, no nos acordaríamos, que es mucho el premio y sin fin (4); y que llegadas ya a tanta amistad, acá nos le da el Señor, y que muchos se quedan al pie del monte, que pudieran subir a la cumbre! En otras cosillas, que os he escrito (5), os he dicho esto muchas veces, y ahora os lo torno a decir y rogar, que siempre vuestros pensamientos vayan animosos, que de aquí vernán a que el Señor os dé gracia, para que lo sean las obras. Creé que va mucho en esto, pues hay unas personas que han ya alcanzado la amistad del Señor, porque confesaron bien sus pecados, y se arrepintieron; mas no pasan dos días que se tornan a ellos. A buen seguro, que no es ésta la amistad que pide la Esposa. Siempre, oh hijas, procurad no ir al confesor cada vez a decir una falta.

Verdad es, que no podemos estar sin ellas; mas siquiera

---

1 *De pelillo,* de cumplimiento, de ceremonia. En los autores del siglo de oro, se halla con frecuencia este modismo.

2 *Miremos hijas,* dice la copia de Baeza.

3 Aquí termina el largo pasaje omitido en las ediciones antiguas, desde la príncipe.

4 *Y el fin,* traslada el códice, por errata. *Y sin fin,* dicen la edición príncipe y la copia de Baeza.

5 Véanse los capítulos XV, XXI y XXVIII del *Camino de Perfección.*

múdense, porque no echen raíces, que serán más malas de arrancar, y aun podrán venir de ella (1) a nacer otras muchas. Que si una yerba u arbolillo ponemos y cada día le regamos, cuál se para tan grande, que para arrancarle después es menester pala y azadón. Ansí me parece es hacer cada día una falta, por pequeña que sea, si no nos enmendamos de ella; y si un día u diez se pone, y se arranca luego, es fácil. En la oración lo habéis de pedir al Señor, que de nosotras poco podemos, antes añidiremos que se quitarán. Mirá que en aquel espantoso juicio de la hora de la muerte, no se nos hará poco, en especial a las que tomó por esposas el Juez en esta vida.

¡Oh gran dinidad, dina de despertarnos para andar con diligencia [a] contentar este Señor y Rey nuestro! Mas ¡qué mal pagan estas personas el amistad, pues tan presto se tornan enemigos mortales! Por cierto, que es grande la misericordia de Dios: ¿qué amigo hallaremos tan sufrido? Y aun una vez que acaezca esto entre dos amigos, nunca se quita de la memoria, ni acaban a tener (2) tan fiel amistad como antes. Pues ¿qué de veces serán las que faltan en la de Nuestro Señor de esta manera, y qué de años nos espera de esta suerte? Bendito seáis Vos, Señor Dios mío, que con tanta piedad nos lleváis, que parece olvidáis vuestra grandeza para no castigar, como sería razón, traición tan traidora como ésta. Peligroso estado me parece, porque aunque la misericordia de Dios es la que vemos, también vemos muchas veces morirse en él sin confesión. Líbrenos Su Majestad por quien El es, hijas, de estar en estado tan peligroso.

Hay otra amistad, mayor que ésta, de personas que se guardan de ofender al Señor mortalmente; harto han alcanzado los que han llegado aquí, según está el mundo. Estas personas, aunque se guardan de no pecar mortalmente, no dejan de caer de cuando en cuando, a lo que creo; porque no se les da nada de pecados veniales, aunque hagan muchos al día, y

---

1 La edición príncipe: *de ellas.*
2 *Acaban de tener,* se lee en la edición príncipe.

ansí están bien cerca de los mortales. Dicen: «¿de esto hacéis caso?» Muchos que he yo oído: «para eso hay agua bendita, y los remedios que tiene la Iglesia, madre nuestra». Cosa por cierto para lastimar mucho. Por amor de Dios, que tengáis en esto gran aviso de nunca os descuidar hacer pecado venial, por pequeño que sea, con acordaos (1) hay este remedio, porque no es razón el bien nos sea ocasión de hacer mal. Acordaros, después de hecho, este remedio y procurarlo luego, esto sí.

Es muy gran cosa traer siempre la conciencia tan limpia, que ninguna cosa os estorbe a pedir a Nuestro Señor la perfeta amistad que pide la Esposa. Al menos no es ésta que queda dicha; es amistad bien sospechosa por muchas razones (2) y llegada a regalos, y aparejada para mucha tibieza, y ni (3) bien sabrán si es pecado venial u mortal el que hacen. Dios os libre de ella; porque con parecerles no tienen cosas de pecados grandes, como ven a otros; y éste no es estado de perfeta humildad, juzgarlos por muy ruines. Podrá ser sean muy mejores, porque lloran su pecado, y con gran arrepentimiento, y por ventura mejor propósito que ellos, que darán en nunca ofender a Dios, en poco ni en mucho. Estos otros, con parecerles no hacen ninguna cosa de aquellas, toman más anchura para sus contentos; éstos, por la mayor parte, ternán sus oraciones vocales, no muy bien rezadas, porque no lo llevan por tan delgado.

Hay otra manera de amistad y paz, que comienza a dar Nuestro Señor a unas personas, que totalmente no le querrían ofender en nada, aunque no se apartan tanto de las ocasiones, tienen sus ratos de oración; dales Nuestro Señor ternuras y lágrimas, mas no querrían ellas dejar los contentos desta vida, sino tenerla buena y concertada, que parece para vivir acá con descanso, les está bien aquello. Esta vida tray consigo hartas mudanzas; harto será si duran en la virtud; porque no apartándose de los contentos y gustos del mundo, presto tornarán a

---

1 *Acordaros,* dicen la edición príncipe y la copia de Baeza.
2 Creemos error de copia el decir *por muchas personas,* como se lee en el códice de Alba. *Por muchas razones,* trasladan la príncipe y la copia de Baeza.
3 *Y muy bien,* dice por evidente error de copia el códice de Alba. La edición príncipe y la copia de Baeza lo trasladan como en el texto se publica.

aflojar en el camino del Señor, que hay grandes enemigos para defendérnosle. No es ésta, hijas, la amistad que quiere la Esposa; tampoco ni vosotras la queráis. Apartaos siempre de cualquier ocasioncita, por pequeña que sea, si queréis que vaya creciendo el alma, y vivir con seguridad.

No sé para qué os voy diciendo estas cosas si no es para que entendáis los peligros que hay en no desviarnos con determinación de las cosas del mundo todas, porque ahorraríamos de hartas culpas y de hartos trabajos. Son tantas las vías por donde comienza Nuestro Señor a tratar amistad con las almas, que sería nunca acabar, me parece, las que yo he entendido, con ser mujer; ¿qué harán los confesores y personas que las tratan más particularmente? Y ansí que algunas me desatinan, porque no parece les falta nada para ser amigas de Dios. En especial, os contaré una que ha poco que traté muy particularmente. Ella era amiga de comulgar muy a menudo mucho, y jamás decía mal de nadie, y ternura en la oración, y contina soledad, porque estaba en su casa por sí; tan blanda de condición, que ninguna cosa que se le decía la hacía tener ira, que era harta perfeción, [ni] (1) decir mala palabra. Nunca se había casado, ni era ya de edad para casarse, y había pasado hartas contradiciones con esta paz; y como vía esto, parecíanme efetos de muy aventajada alma, y de gran oración, y preciábala mucho a los principios, porque no la vía ofensa de Dios, y entendía se guardaba de ella.

Tratada, comencé a entender de ella que todo estaba pacífico, si no tocaba a interese; mas llegado aquí, no iba tan delgada la conciencia, sino bien grueso. Entendí (2), que con sufrir todas las cosas que le decían de esta suerte, tenía un punto de honra, que por su culpa no perdiera un tanto u una puntica (3) de su honra u estima; tan embebida en esa miseria que tenía, tan amiga de saber y entender lo uno y lo otro, que yo me espan-

1 *Decir mala palabra*, escribe el códice. Gracián y la copia de Baeza trasladan: *no decía.*
2 Aunque la copia dice *entended*, nos parece un error. *Entendí*, se lee en la edición príncipe y la copia de Baeza.
3 *Un puntico*, dice la copia de Baeza.

taba cómo aquella persona podía estar una hora sola, y bien amiga de su regalo. Todo esto hacía y lo doraba, que lo libraba de pecado. Y según las razones que daba en algunas cosas, me parece le hiciera yo si se le juzgara (que en otros bien notorio era), aunque quizá por no se entender bien. Traíame desatinada, y casi todos la tenían por santa. Puesto que vi, que de las persecuciones (1) que ella contaba (2), debía tener alguna culpa, y no tuve envidia su modo y santidad; sino que ella y (3) otras dos almas, que he visto en esta vida, que ahora me acuerde, santas en su parecer, me han hecho más temor, que cuantas pecadoras he visto, después que las trataba, y suplicar al Señor nos dé luz.

Alabalde, hijas, mucho que os trajo a monesterio adonde por mucho que haga el demonio, no puede tanto engañar, como a las que en sus casas están; que hay almas que parece no les falte (4) nada para volar al cielo, porque en todo siguen la perfeción, a su parecer más no hay quien las entienda; porque en los monesterios jamás he visto dejarse de entender, porque no han de hacer lo que quieren, sino lo que les mandan. Y acá, aunque verdaderamente se querrían entender ellas, porque desean contentar al Señor, no pueden; porque, en fin, hacen lo que hacen por su voluntad, y aunque alguna vez la contradigan, no se ejercitan tanto en la mortificación. Dejemos algunas personas a quien muchos años Nuestro Señor ha dado luz; que éstas procuran tener quien las entienda, y a quien se sujetar, y la gran humildad tray poca confianza de sí, aunque más letrados sean.

Otros hay que han dejado todas las cosas por el Señor, y ni tienen casa, ni hacienda, ni tampoco gustan de regalos, antes son penitentes, ni de las cosas del mundo, porque les ha dado ya el Señor luz de cuán miserables son, mas tienen mucha honra. No querrían hacer cosa que no fuese tan bien aceta (5)

---

1 El copista de Alba trasladó *perfeciones*, que no hace sentido, ni está conforme con la edición príncipe, ni la copia de Baeza.

2 *Haber padecido*, añade aquí la edición príncipe.

3 *O*, traslada la copia, pero bien se entiende del contexto que debe decir *y*, como se lee en la edición príncipe y en el códice de Baeza.

4 *Falta*, se lee en la edición príncipe y la copia de Baeza.

5 La copia: *acepta*.

a los hombres como al Señor: gran discreción y prudencia. Puédense harto mal concertar siempre estas dos cosas; y es el mal, que casi, sin que ellos entiendan su imperfeción, siempre gana más el partido del mundo que el de Dios. Estas almas, por la mayor parte, les lastima cualquier cosa que digan de ellos. Y no abrazan la cruz, sino llévanla arrastrando, y ansí las lastima, y cansa y hace pedazos; porque si es amada, es suave de llevar; esto es cierto.

No, tampoco es ésta la amistad que pide la Esposa; por eso, hijas mías, mirá mucho (pues habéis hecho lo que aquí digo al principio), no faltéis, ni os detengáis en lo segundo. Todo es cansancio para vosotras; si lo habéis dejado lo más, dejáis el mundo, los regalos, y contentos y riquezas dél, que aunque falsos, en fin, aplacen, ¿qué teméis? Mirá que no lo entendéis, que por libraros de un desabor que os puede dar con un dicho, os cargáis de mil cuidados y obligaciones. Son tantas las que hay, si queremos contentar a los del mundo, que no se sufre decirlas, por no me alargar, ni aun sabría.

Hay otras almas, y con esto acabo, que por aquí, si vais advertiendo, entenderéis muchas vías, por donde comienzan a aprovechar, y se quedan en el camino. Digo que hay otras, que ya tampoco se les da mucho de los dichos de los hombres, ni de la honra; mas no están ejercitadas en la mortificación, y en negar su propia voluntad, y ansí no parece les sale el miedo del cuerpo. Puestos en sufrir, con todo parece está ya acabado; mas en negocios graves de la honra del Señor, torna a revivir (1) la suya, y ellos no lo entienden; no les parecen (2) temen ya el mundo, sino a Dios. Peligros sacan, lo que puede acaecer, para hacer que una obra virtuosa sea tornada en mucho mal, que parece que el demonio se las enseña; mil años antes profetizan lo que puede venir, si es menester.

No son estas almas de las que harán lo que San Pedro, de echarse en la mar, ni lo que otros muchos santos. En su

---

1 *Rivivir,* traslada el códice de Alba.
2 La copia de Baeza: *no les pareçe.*

sosiego allegarán almas al Señor, mas no puniéndose en peligros; ni la [fe obra] (1) mucho para sus determinaciones. Una cosa he notado, que pocos vemos en el mundo, fuera de relisión, fiar de Dios su mantenimiento; solas dos personas conozco yo. Que en la relisión ya saben no les ha de faltar; aunque quien entra de veras por solo Dios, creo no se le acordará de esto. ¡Mas cuántos habrá, hijas, que no dejaran lo que tenían, si no fuera con la seguridad! Porque en otras partes que os he dado aviso, he hablado mucho en estas ánimas pusilámines (2), y dicho el daño que les hace, y el gran bien tener grandes deseos, ya que no puedan las obras; no digo más déstas, aunque nunca me cansaría (3). Pues las llega el Señor a tan gran estado, sírvanle con ello, y no se arrinconen; que aunque sean relisiosos, si no pueden aprovechar a los prójimos, en especial mujeres, con determinación grande y vivos deseos de las almas, terná fuerza su oración, y aun por ventura querrá el Señor que en vida u en muerte aprovechen, como hace ahora el santo Fray Diego (4), que era lego, y no hacía más de servir; y después de tantos años muerto, resucita (5) el Señor su memoria, para que nos sea ejemplo. Alabemos a Su Majestad.

Ansí que, hijas mías, el Señor si os ha traído a este estado, poco os falta para la amistad y la paz que pide la Esposa; (6) no dejéis de pedirla con lágrimas muy continas y deseos. Haced lo que pudiéredes de vuestra parte, para que os la dé; porque sabed que no [es] ésta la paz y amistad que pide la Esposa; aunque hace harta merced el Señor a quien llega a este estado, porque será con haberse ocupado en mucha oración, y penitencia, y humildad y otras muchas virtudes. Sea siempre alabado el Señor que todo lo da. Amén.

---

1 El copista deja un pequeño espacio por llenar, sin duda porque no descifró las palabras del autógrafo. Las suplimos tomándolas de la copia de Baeza.

2 *Pusilanimes* dice la copia de Alba, pero la Santa solía escribir *pusilaminidad, pusilamines*. (Cfr. t. I, p. 256, línea 17, y t. IV, p. 18, l. 11).

3 Véase el *Camino de Perfección*, capítulos II, IV, XXXIV y XXXVIII.

4 Nació en Andalucía, y entró como hermano converso en la Orden de San Francisco. Distinguióse este gran siervo de Dios por su humildad, oración y caridad ardiente con los prójimos. Murió en 1463, y fué canonizado en 1588.

5 El códice de Alba: *resuscita*.

6 El copista de Alba copia aquí descuidadamente unas frases que luego repite más abajo.

CAPITULO III

TRATA DE LA VERDADERA PAZ QUE DIOS CONCEDE AL ALMA. SU UNION CON ELLA, Y DE LOS EJEMPLOS DE CARIDAD HEROICA DE ALGUNOS SIERVOS DE DIOS.

Béseme con el beso de su boca.

¡Oh, santa Esposa! vengamos a lo que vos pedís, que es aquella santa paz, que hace aventurar al alma a ponerse a guerra con todos los del mundo, quedando ella con toda seguridad y pacífica. ¡Oh qué [dicha] (1) tan grande será alcanzar esta merced! Pues es juntarse con la voluntad de Dios, de manera que no haya división entre El y ella, sino que sea una mesma voluntad; no por palabras, no por solos deseos, sino puesto por obra; de manera que en entendiendo que sirve más a su Esposo en una cosa, haya tanto amor y deseo de contentarle, que no escuche las razones que le dará el entendimiento, ni los temores que le porná, sino que deje obrar la fe de manera, que no mire provecho ni descanso, sino acabe ya de entender que en esto está todo su provecho.

Pareceros ha, hijas, que eso no va bien, pues es tan loable cosa hacer las cosas con discreción. Habéis de mirar un punto, que es entender que ha el Señor (a lo que vos podéis entender, digo que cierto no se puede saber), oída vuestra petición, «de besaros con beso de su boca». Que si esto conocéis por los efe-

1 *Dicha*, se lee en las copias antiguas. El amanuense de Alba no entendió la palabra y dejó un pequeño espacio en blanco, como en otros casos hemos visto.

tos, no hay que deteneros en nada, sino olvidaros de vos, por contentar a este tan dulce Esposo. Su Majestad se da a sentir a los que gozan de esta merced con muchas muestras. Una es, menospreciar todas las cosas de la tierra, estimarlas en tan poco como ellas son, no querer bien suyo porque ya tiene entendido su vanidad, no se alegrar si no con los que aman a su Señor; cánsale la vida, tiene en la estima las riquezas (1) que ellas merecen: otras cosas semejantes a éstas, que enseña el que las puso en tal estado.

Llegada aquí el alma, no tiene que temer, sino es si no ha de merecer que Dios se quiera servir de ella en darla trabajos y ocasión para que pueda servirle, aunque sea muy a [su] (2) costa. Ansí que aquí, como he dicho, obra el amor y la fe, y no se quiere aprovechar el alma de lo que la enseña el entendimiento. Porque esta unión que entre el Esposo y Esposa hay, la ha enseñado otras cosas, que él no alcanza y [tráele] (3) debajo de los pies. Pongamos una comparación para que lo entendáis. Está uno cativo en tierra de moros; éste tiene un padre pobre o un grande amigo, y si éste no le rescata (4), no tiene remedio; para haberle de rescatar (5), no bastó lo que tiene, sino que ha él de ir a servir por él. El grande amor que le tiene, pide que quiera más la libertad de su amigo que la suya; mas luego viene la discreción con muchas razones, y dice que más obligado es a sí, y podrá ser que tenga él menos fortaleza que el otro, y que le hagan dejar la fe, que no es bien ponerse en este peligro, y otras muchas cosas.

¡Oh amor fuerte de Dios! ¡Y cómo no le parece que ha de haber cosa imposible a quien ama! ¡Oh dichosa alma que ha llegado a alcanzar esta paz de su Dios! que esté señoreada sobre todos los trabajos y peligros del mundo, que ninguno teme, a cuento (5) de servir a tan buen Esposo y Señor, y con razón, que

1 La copia de Baeza: *tiene las riquezas en la estima...*
2 Falta esta palabra en la copia de Alba, que traen todos los códices antiguos.
3 Todas las copias trasladan esta palabra, que el amanuense de Alba no entendió, dejándola en blanco.
4 *Riscata,* dice el códice. Todos los demás *rescata.*
5 Véase la nota anterior.
6 *A trueco,* solía decir Santa Teresa. *A trueque,* se lee en la copia de Baeza.

la tiene este pariente y amigo que hemos dicho. Pues ya habéis leído, hijas, de un Santo (1), y que no por hijo, ni por amigo, sino porque debía bien haber llegado a esta ventura tan buena de que le hubiese Dios dado esta paz, y por contentar a Su Majestad, y imitarle en algo lo mucho que hizo por nosotros, se fué a trocar por hijo de una viuda, que vino a él fatigada, a tierra de moros (2); ya habéis leído cuán bien le sucedió, y con la ganancia que vino (3).

«Creería yo que su entendimiento no dejaría de representarle algunas más razones de las que dije, porque era obispo y había de dejar sus ovejas, y por ventura ternía temores. Mirá una cosa que se me ofrece ahora y viene a propósito para los que de su natural son pusilámines (4) y de ánimo flaco, que por la mayor parte serán mujeres, y aunque en hecho de verdad su alma haya llegado a este estado, su flaco natural teme. Es menester tener aviso, porque esta flaqueza natural nos hará perder una gran corona. Cuando os halláredes con esta pusilaminidad, acudid a la fe y humildad, y no dejéis de acometer con fe, que Dios lo puede todo, y ansí pudo dar fortaleza a muchas niñas santas, y se la dió para pasar tantos tormentos, como se determinaron a pasar por El.

»Desta determinación quiere hacerle señor, deste libre albedrío, que no ha menester El nuestro esfuerzo de nada; antes gusta Su Majestad de querer que resplandezcan sus obras en gente flaca, porque hay más lugar de obrar su poder, y de cumplir el deseo que tiene de hacernos mercedes. Para esto os han de aprovechar las virtudes que Dios os ha dado, para hacer con determinación y dar de mano a las razones del en-

---

1 San Paulino de Nola. En tiempo de la invasión de los vándalos realizó este acto heroico que recuerda Santa Teresa. San Paulino nació en Burdeos en 353, y murió el 431.

2 A tierra de vándalos, pues entonces aun no existían los pueblos a que más tarde se dió esta denominación, tan popular en España en tiempos de la Santa. En esto se ve el sencillo abandono con que Santa Teresa escribía sus libros.

3 Los tres párrafos que se siguen, están tomados del códice antiguo de las Carmelitas Descalzas de Consuegra. Los trae también el de Las Nieves, pero no el de Alba ni el de Baeza.

4 El códice trae esta palabra como la escribimos ahora, pero Santa Teresa decía *pusilaminidad* y *pusilamines,* como en la p. 18 de este tomo, línea 11 , y otros lugares.

tendimiento y a vuestra flaqueza, y para no dar lugar a que crezca con pensar si será si no será, quizá por mis pecados no mereceré yo que me dé fortaleza como a otros ha dado. No es ahora tiempo de pensar vuestros pecados (1), dejaldos aparte, que no es con sazón esa humildad; es a mala coyuntura.

»Cuando os quisieren dar una cosa muy honrosa, u cuando os incite el demonio a vida regalada u a otras semejantes cosas, temed que por vuestros pecados no lo podréis llevar con retitud. Y cuando hubiéredes de padecer algo por Nuestro Señor u por el prójimo, no hayáis miedo de vuestros pecados. Con tanta caridad podríades hacer una obra déstas, que os los perdonase todos, y desto ha miedo el demonio; y por esto os los trae a la memoria entonces. Y tened por cierto, que nunca dejará el Señor a sus amadores, cuando por solo El se aventuran. Si llevan otros intentos de propio interese, eso miren, que yo no hablo si no de los que pretenden contentar con la mayor perfeción al Señor» (2).

Y ahora, en nuestros tiempos, conozco yo una persona, y vosotras la vistes, que me vino a ver a mí, que la movía el Señor con tan gran caridad, que le costó hartas lágrimas no poderse ir a trocar por un cativo. El lo trató conmigo (era de los Descalzos de Fray Pedro de Alcántara), y después de muchas importunaciones, recaudó licencia de su General, y estando cuatro leguas de Argel, que iba a cumplir su buen deseo, le llevó el Señor consigo (3). ¡Y a buen seguro que llevó buen premio! ¡Pues qué de discretos había que le decían era disbarate! A los que no llegamos a amar tanto al Señor, ansí nos parece. ¿Y cuán mayor disbarate es acabársenos este sueño de esta vida con tanto seso? Que plega a Dios merezcamos entrar en el cielo; cuánto más ser de éstos que tanto se aventajaron en amar a Dios.

---

1 El códice de Consuegra repite: *que no es ahora tiempo de pensar vuestros pecados.*

2 Hasta aquí los códices de Consuegra y de Las Nieves.

3 Llamábase este hermano Alonso de Cordobilla, natural del pueblo de donde tomó el apellido (Mérida). Embarcado en Cádiz con dirección a Argel, fué atacado de fiebres, y una tempestad le obligó a regresar, sin haber hecho tierra en Africa. Murió el 28 de Octubre de 1566.

Ya yo veo es menester gran ayuda suya para cosas semejantes; y por esto os aconsejo, hijas, que siempre con la Esposa pidáis esta paz tan regalada, y que ansí señorea todos estos temorcillos del mundo, que con todo sosiego y quietud le da batería. ¿No está claro, que a quien Dios hiciere tan gran merced de juntarse con un alma en tanta amistad, que la ha de dejar bien rica de bienes suyos? Porque, cierto, estas cosas no pueden ser nuestras. El pedir y desear nos haga esta merced, podemos, y aun esto con su ayuda; que lo demás, ¿qué ha de poder un gusano, que el pecado le tiene tan acobardado y miserable, que todas las virtudes imaginamos tasadamente como nuestro bajo natural? ¿Pues qué remedio, hijas? Pedir con la Esposa (1). Si una labradorcilla se casase con el rey, y tuviese hijos, ¿ya no quedan de sangre real? Pues si a un alma Nuestro Señor hace tanta merced, que tan sin división se junte con ella, ¿qué deseos, qué efetos, qué hijos de obras heroicas podrán nacer de allí, si no fuere por su culpa?

«Por esto os torno a decir (2), que para cosas semejantes, si el Señor os hiciere merced que se ofrezcan hacerlas por El, que no hagáis caso de haber sido pecadoras. Es menester aquí que señoree la fe a nuestra miseria y no os espantéis si al principio de determinaros, y aun después, sintiéredes temor y flaqueza; ni hagáis caso dello, si no es para avivaros más a dejar hacer su oficio a la carne. Mirad que dice el buen Jesús en la oración del Huerto: *La carne es enferma* (3), y acuérdeseos de aquel tan admirable y lastimoso sudor. Pues si aquella carne divina y sin pecado, dice Su Majestad que es enferma, ¿cómo queremos la nuestra tan fuerte que no sienta la persecución que le puede venir y los trabajos? Y en ellos mesmos será como sujeta ya la carne al espíritu. Junta su voluntad con la de Dios, no se queja.

»Ofréceseme ahora aquí, cómo nuestro buen Jesús mues-

---

1 La edición príncipe añade: *Béseme el Señor.*

2 Este y los dos párrafos siguientes son del códice de Consuegra. También se leen en el de Las Nieves.

3 Marc., XIV, 38.

tra la flaqueza de su humanidad antes de los trabajos, y en el golfo dellos tan gran fortaleza, que, no sólo quejarse, mas ni en el semblante no hizo cosa por donde pareciese que padecía con flaqueza. Cuando iba al Huerto, dijo: *Triste está mi ánima hasta la muerte* (1); y estando en la cruz, que era ya pasando la muerte, no se queja. Cuando en la oración del Huerto, iba a despertar a sus Apóstoles; pues con más razón se quejara a su Madre y Señora nuestra cuando estaba al pie de la cruz y no dormida, sino padeciendo su santísima ánima y muriendo dura muerte, y siempre nos consuela más quejarnos a los que sabemos sienten nuestros trabajos y nos aman más (2).

»Ansí que no nos quejemos de temores, ni nos desanime ver flaco nuestro natural y esfuerzo; sino procuremos de fortalecernos de humildad, y entender claramente lo poco que podemos de nosotros, y que si Dios no nos favorece, no somos nada, y desconfiar de todo punto de nuestras fuerzas, y confiar de su misericordia, y que hasta estar ya en ello es toda la flaqueza, que no sin mucha causa lo mostró Nuestro Señor. Que claro está que no la tenía, pues era la misma fortaleza; si no para consuelo nuestro y para que entendamos lo que nos conviene ejercitar con obras nuestros deseos, y miremos que al principio de mortificarse un alma, todo se le hace penoso: si comienza a dejar regalos, pena; y si ha de dejar honra, tormento; y si ha de sufrir una palabra mala, se le hace intolerable; en fin, nunca le faltan tristezas hasta la muerte. Como acabare de determinarse de morir al mundo, verse ha libre destas penas; y, todo al contrario, no haya miedo que se queje, ya alcanzada la paz que pide la Esposa» (3).

Por cierto que pienso que si nos llegásemos al Santísimo Sacramento con gran fe y amor, que de una vez bastase para dejarnos ricas, ¿cuánto más de tantas? Sino que no parece si no cumplimiento el llegarnos a El, y ansí nos luce tan poco.

---

1 Matth., XXVI, 38.

2 Quiere decir la Santa, que a los Apóstoles les reconvino su negligencia en velar, estando El tan atribulado; en cambio, en la cruz, cuando el sufrimiento era mayor, nada dijo a su bendita Madre, de quien hubiera podido recibir inefables consolaciones.

3 Hasta aquí la copia de Consuegra.

¡Oh miserable mundo, que ansí tienes atapados los ojos de los que viven en ti, que no vean los tesoros con que podrían granjear riquezas perpetuas!

¡Oh, Señor del cielo y de la tierra! ¡Qué es posible que aun estando en esta vida mortal, se pueda gozar de Vos con tan particular amistad! ¡Y que tan a las claras lo diga el Espíritu Santo en estas palabras, y que aun no lo queramos entender, qué son los regalos con que tratáis con las almas en estos *Cánticos!* ¡Qué requiebros, qué suavidades, que había de bastar una palabra déstas a deshacernos en Vos! Seáis bendito, Señor, que por vuestra parte no perderemos nada. ¡Qué de caminos, por qué de maneras, por qué de modos nos mostráis el amor! Con trabajos, con muerte tan áspera, con tormentos, sufriendo cada día injurias, y perdonando; y no sólo con esto, sino con unas palabras tan herideras (1) para el alma que os ama, que la decís en estos Cánticos, y la enseñáis que os diga, que no sé yo cómo se pueden sufrir, si Vos no ayudáis, para que las sufra quien las siente, no como ellas merecen, sino conforme a nuestra flaqueza.

Pues, Señor mío, no os pido otra cosa en esta vida, si no que me «beséis con beso de vuestra boca», y que sea de manera, que aunque yo me quiera apartar de esta amistad y unión, esté siempre, Señor de [mi] (2) vida, sujeta mi voluntad a no salir de la vuestra; que no haya cosa que me impida pueda yo decir ¡Dios mío y gloria mía! con verdad, que *son mejores tus pechos y más sabrosos que el vino* (3).

1 *Heridoras,* corrige Gracián en la edición príncipe. También la copia de Consuegra.
2 Esta palabra se suple de la copia de Baeza.
3 *Cant.,* I. 1.

CAPITULO IV

HABLA DE LA ORACION DE QUIETUD Y DE UNION Y DE LA SUAVIDAD Y GUSTOS QUE CAUSAN AL ESPIRITU, EN COMPARACION DE LOS CUALES NO SON NADA LOS DELEITES DE LA TIERRA.

Más valen tus pechos que el vino, que dan de sí fragancia de muy buenos olores (1).

¡Oh, hijas mías, qué secretos tan grandes hay en estas palabras! Dénoslo Nuestro Señor a sentir, que harto mal se pueden decir. Cuando Su Majestad quiere, por su misericordia, cumplir esta petición a la Esposa, es una amistad la que comienza a tratar con el alma, que sólo las que la experimentéis, la entenderéis, como digo. Mucho de ella tengo escrito en dos libros (2) (que si el Señor es servido, veréis después que me muera), y muy menuda y largamente, porque veo que los habréis menester; y ansí aquí no haré más que tocarlo. No sé si acertaré por las mesmas palabras que allí quiso el Señor declararlo.

Siéntese una suavidad en lo interior del alma tan grande, que se da bien a sentir estar vecino Nuestro Señor de ella. No es esto sólo una devoción que ahí mueve a lágrimas muchas, y éstas dan satisfación, u por la Pasión del Señor, u por nuestro pecado (3), aunque en esta oración de que hablo, que llamo

---

1 Como la Santa no hizo separación de capítulos, no tuvo necesidad de repetir este texto con que termina el anterior. Repitiólo el P. Gracián en su edición y nosotros le seguimos.
2 *Libro de la Vida,* capítulos XIV, XV, XVIII y XIX, y *Camino de Perfección,* cap. XXXI.
3 El códice de Baeza: *o por nuestros pecados.*

yo de quietud, por el sosiego que hace en todas las potencias, que parece la persona tiene muy a su voluntad, aunque algunas veces se siente de otro modo, cuando no está el alma tan engolfada en esta suavidad, parece que todo el hombre interior y exterior conhorta, como si le echasen en los [tuétanos] (1) una unción suavísima, a manera de un gran olor, que si entrásemos en una parte de presto donde le hubiese grande, no de una cosa sola, sino muchas, y ni sabemos qué es, ni dónde está aquel olor, sino que nos penetra todos.

Ansí parece es este amor suavísimo de nuestro Dios: se entra en el alma, y es con gran suavidad, y la contenta, y satisface y no puede entender cómo, ni por dónde entra aquel bien. Querría no perderle, querría no menearse, ni hablar, ni aun mirar, porque no se le fuese. Porque adonde he dicho digo lo que el alma ha de hacer aquí para aprovecharnos, y esto no es si no para dar a entender algo de lo que voy tratando, no quiero alargarme más de que en esta amistad, que ya el Señor muestra aquí al alma, que la quiere tan particular con ella, que no haya cosa partida entre entramos. Se le comunican grandes verdades; porque esta luz que la deslumbra, por no entenderlo ella lo que es, la hace ver la vanidad del mundo. No ve al buen Maestro que la enseña, aunque entiende que está con ella; mas queda tan bien enseñada, y con tan grandes efetos y fortaleza en las virtudes, que no se conoce después, ni querría hacer otra cosa ni decir, si no alabar al Señor; y está, cuando está en este gozo, tan embebida y absorta, que no parece que está en sí, sino con una manera de borrachez divina, que no sabe lo que quiere, ni qué dice, ni qué pide. En fin, no sabe de sí; mas no está tan fuera de sí, que no entiende algo de lo que pasa.

Mas cuando este Esposo riquísimo la quiere enriquecer y regalar más, conviértela tanto en Sí, que como una persona, que el gran placer y contento la desmaya, le parece se queda

1 *Tuetanos*. La copia deja un espacio en blanco, por no entender esta palabra. *Tuétanos*, se lee en los códices antiguos y en la edición príncipe.

suspendida en aquellos divinos brazos, y arrimada a aquel sagrado costado y aquellos pechos divinos. No sabe más de (1) gozar, sustentada con aquella leche divina que la va criando su Esposo, y mejorando para poderla regalar, y que merezca cada día más. Cuando despierta de aquel sueño, y de aquella embriaguez celestial, queda como cosa espantada y embobada, y con un santo desatino, me parece a mí que puede decir estas palabras: *Mejores son tus pechos que el vino.* Porque cuando estaba en aquella borrachez, parecíale que no había más que subir; mas cuando se vió en más alto grado, y todo empapada (2) en aquella inumerable grandeza de Dios, y se ve quedar tan sustentada, delicadamente lo comparó, y ansí dice: *Mejores son tus pechos que el vino.* Porque ansí como un niño no entiende cómo crece, ni sabe cómo mama, que aun sin mamar él ni hacer nada, muchas veces le echan la leche en la boca; ansí es aquí, que totalmente el alma no sabe de sí, ni hace (3) nada, ni sabe cómo, ni por dónde, ni lo puede entender, le vino aquel bien tan grande. Sabe que es el mayor que en la vida se puede gustar, aunque se junten juntos todos los deleites y gustos del mundo. Vese criada y mejorada, sin saber cuándo lo mereció; enseñada en grandes verdades, sin ver el Maestro que la enseña; fortalecida en las virtudes, regalada de quien tan bien lo sabe, y puede hacer. No sabe a qué lo comparar, si no a el regalo de la madre, que ama mucho al hijo y le cría y regala.

«Porque es al propio esta comparación (4), que ansí está el alma elevada y tan sin aprovecharse de su entendimiento, en parte como un niño recibe aquel regalo, y deléitase en él, mas no tiene entendimiento para entender cómo le viene aquel bien; que en el adormecimiento pasado de la embriaguez, no está el alma tan sin obrar, que algo entiende y obra, porque

---

1 *De,* en la acepción de *que.*

2 *Y toda empapada,* trasladan la edición príncipe y las copias antiguas, menos la de Alba.

3 *Hacer,* dice la copia por error material.

4 Este y el siguiente párrafo están tomados del códice de Consuegra. Pueden verse asimismo en el de Las Nieves.

entiende estar cerca de Dios, y ansí con razón dice: *Mejores son tus pechos que el vino.*

»Grande es, Esposo mío, esta merced, sabroso convite, precioso vino me dais, que con sola una gota me hace olvidar de todo lo criado, y salir de las criaturas y de mí, para no querer ya los contentos y regalos, que hasta aquí quería mi sensualidad. Grande es éste; no le merecía yo. Después que Su Majestad se le hizo mayor y la llegó más a sí, con razón dice: *Mejores son tus pechos que el vino.* Gran merced era la pasada, Dios mío, mas muy mayor es ésta, porque hago yo menos en ella; y ansí es de todas maneras mejor. Gran gozo es y deleite del alma cuando llega aquí» (1).

¡Oh, hijas mías! Deos Nuestro Señor a entender, u por mejor decir, a gustar (que de otra manera no se puede entender), qué es del gozo del alma cuando está ansí. Allá se avengan los del mundo con sus señoríos, y con sus riquezas, y con sus deleites, y con sus honras, y con sus manjares; que si todo lo pudiesen (2) gozar sin los trabajos que train consigo, lo que es imposible, no llegara en mil años al contento que en un memento (3) tiene un alma a quien el Señor llega aquí. San Pablo dice que no *son dinos todos los trabajos del mundo de la gloria que esperamos* (4); yo digo, que no son dinos, ni pueden merecer una hora de esta satisfación que aquí da Dios al alma, y gozo y deleite. No tiene comparación, a mi parecer, ni se puede merecer un regalo tan regalado de Nuestro Señor, una unión tan unida, un amor tan dado a entender, y a gustar con las bajezas de las cosas del mundo. ¡Donosos son sus trabajos para compararlo a esto! Que si no son pasados por Dios, no valen nada; si lo son, Su Majestad los da tan medidos con nuestras fuerzas, que de pusilámines (5) y miserables los tememos tanto.

¡Oh, cristianos y hijas mías! Despertemos ya, por amor

1 Hasta aquí el manuscrito de Consuegra.
2 La copia: *podiesen.*
3 El códice: *momento.*
4 *Ad Rom.* VIII, 18.
5 Véase la nota tercera de la página 241.

del Señor, de este sueño; y miremos que aun no nos guarda para la otra vida el premio de amarle; en ésta comienza la paga. ¡Oh, Jesús mío! ¡Quién pudiese dar a entender la ganancia que hay de arrojarnos en los brazos de este Señor Nuestro, y hacer un concierto con Su Majestad, que mire yo a mi amado y mi amado a mí; y que mire El por mis cosas, y yo por las suyas! ¡No nos queramos tanto que nos saquemos los ojos, como dicen. Torno a decir, Dios mío, y a suplicaros, por la sangre de vuestro Hijo, que me hagáis esta merced; *béseme con beso de su boca,* que sin Vos, ¿qué soy yo, Señor? Si no estoy junto a Vos, ¿qué valgo? Si me desvío un poquito de Vuestra Majestad, ¿adónde voy a parar?

¡Oh, Señor mío y Misericordia mía y Bien mío! Y ¿qué mayor le quiero yo en esta vida, que estar tan junto a Vos, que no haya división entre Vos y mí? Con esta compañía, ¿qué se puede hacer dificultoso? ¿Qué no se puede emprender por Vos, tiniéndoos tan junto? ¿Qué hay que agradecerme, Señor? Que culparme muy mucho por lo que no os sirvo. Y ansí os suplico (1) con San Agustín (2), con toda determinación, que «me deis lo que mandardes, y mandadme lo que quisieres»; no volveré las espaldas jamás, con vuestro favor y ayuda (3).

«Ya yo veo, Esposo mío, que Vos sois para mí; no lo puedo negar. Por mí venistes al mundo, por mí pasastes tan grandes trabajos, por mí sufristes tantos azotes, por mí os quedastes en el Santísimo Sacramento y ahora me hacéis tan grandísimos regalos. Pues, Esposa santa, como dije yo, que Vos decís ¿qué puedo hacer por mi Esposo?

»Por cierto, hermanas, que no sé cómo paso de aquí. ¿En qué seré para Vos, mi Dios? ¿Qué puede hacer por Vos quien se dió tan mala maña? Perder las mercedes que me habéis hecho. ¿Qué se podía esperar de sus servicios? Y ya que con vuestro favor haga algo, mirá qué puede hacer un gusanillo: ¿para

1 Por errata se lee en el códice albense os *siruo. Os suplico,* dicen los demás códices.
2 *Conf.,* lib. V, c. XXIX.
3 Lo restante pertenece al códice de Consuegra; tráelo también la copia del Desierto de Las Nieves.

qué le ha menester un poderoso Dios? ¡Oh amor, que en muchas partes querría decir esta palabra, porque solo El es el que se puede atrever a decir con la Esposa: Yo amé a mi Amado. El nos da licencia para que pensemos que El tiene necesidad de nosotros este verdadero Amador, Esposo y Bien mío.

»Pues nos da licencia, tornemos, hijas, a decir: *Mi Amado a mí, y yo a mi Amado.* ¡Vos a mí, Señor! Pues si Vos venís a mí, ¿en qué dudo que puedo mucho serviros? Pues de aquí adelante, Señor, quiérome olvidar de mí, y mirar sólo en qué os puedo servir y no tener voluntad si no la vuestra. Mas mi querer no es poderoso; Vos sois el poderoso, Dios mío. En lo que yo puedo, que es determinarme, desde este punto lo hago para ponerlo por obra».

CAPITULO V

PROSIGUE EN LA ORACION DE UNION Y DICE LAS RIQUEZAS QUE ADQUIERE EL ALMA EN ELLA POR MEDIACION DEL ESPIRITU SANTO, Y LO DETERMINADA QUE ESTA A PADECER TRABAJOS POR EL AMADO.

Sentéme a la sombra del que deseaba, y su fruto es dulce para mi garganta.

Ahora preguntemos a la Esposa: sepamos de esta bendita alma, llegada a esta boca divina, y sustentada con estos pechos celestiales (para que sepamos, si el Señor nos llega alguna vez a tan gran merced), qué hemos de hacer, o cómo hemos de estar, qué hemos de decir. Lo que nos dice es: *Asentéme a la sombra de aquel a quien había deseado, y su fruto es dulce para mi garganta. Metióme el Rey en la bodega del vino, y ordenó en mí la caridad* (1). Dice: *Asentéme en la sombra del que había deseado.*

¡Válame Dios, qué metida está el alma y abrasada en el mesmo sol! Dice que se sentó a la sombra del que había deseado. Aquí no le hace si no manzano, y dice que es su fruta dulce para mi garganta (2). ¡Oh, almas que tenéis oración, gustad de todas estas palabras! ¿De qué manera podemos considerar a nuestro Dios? ¡Qué diferencia de manjares podemos hacer de El! Es maná, que sabe conforme a lo que queremos que sepa. ¡Oh qué sombra ésta tan celestial, y quién supiera decir

---

1 *Cant.*, II, 3 y 4.
2 *Dulce para su garganta,* copian la edición príncipe y el traslado de Baeza.

lo que de esto da a entender el Señor! Acuérdome cuando el ángel dijo a la Virgen sacratísima, Señora nuestra: *La virtud del muy alto os hará sombra* (1). ¡Qué amparada se ve un alma, cuando el Señor la pone en esta grandeza! Con razón se puede asentar y asegurar.

Ahora notad, que por la mayor parte, y casi siempre, si no es alguna persona que quiere Nuestro Señor hacer un señalado llamamiento (como hizo a San Pablo, que lo puso luego en la cumbre de la contemplación, y se le apareció y habló de manera, que quedó bien ensalzado desde luego) (2), da Dios estos regalos tan subidos (3), y hace mercedes tan grandes, a personas que han mucho trabajado en su servicio y deseado su amor, y procurado disponerse para que sean agradables a Su Majestad todas sus cosas, ya cansadas de grandes años de meditación y de haber buscado este Esposo, y cansadísimas de las cosas del mundo, asiéntanse en la verdad, no buscan en otra parte su consuelo, ni sosiego ni descanso, sino adonde entienden que con verdad le pueden tener, pónense debajo del amparo del Señor, no quieren otro. ¡Y cuán bien hacen de fiar de Su Majestad, que ansí como lo han deseado lo cumplen! ¡Y cuán venturosa es el alma que merece de estar debajo de esta sombra, aun para cosas que se pueden acá ver! Que para lo que el alma sola puede entender, es otra cosa, según he entendido muchas veces.

Parece que estando el alma en el deleite que queda (4) dicho, que se siente estar toda engolfada y amparada con una sombra y manera de nube de la Divinidad, de donde vienen influencias al alma, y rocío tan deleitoso, que bien con razón quitan el cansancio que le han dado las cosas del mundo. Una manera de descanso siente allí el alma, que aun la cansa haber de resolgar; y las potencias tan sosegadas y quietas, que aun pensamiento, aunque sea bueno, no querría entonces admi-

---

1 Luc., I, 35.
2 *Act. Ap.*, IX, 3-11.
3 El copista de Alba trasladó equivocadamente *súbitos*. *Subidos*, dicen la edición príncipe y las demás copias.
4 La copia trae la conjunción *y*, que aquí huelga.

tir la voluntad ni le admite por vía de inquirirle ni procurarle. No ha menester menear la mano, ni levantarse, digo la consideración, para nada; porque cortado y guisado, y aun comido, le da el Señor de la fruta del manzano a que ella compara a su amado, y ansí dice, *que su fruto es dulce para su garganta* (1). Porque aquí todo es gustar sin ningún trabajo de las potencias, y en esta sombra de la Divinidad (que bien dice sombra, porque con claridad no la podemos acá ver, sino debajo de esta nube), está aquel sol resplandeciente, [y] (2) envía por medio del amor una noticia de que se está tan junto Su Majestad, que no se puede decir, ni es posible. Sé yo, que a quien hubiere pasado por ello, entenderá cuán verdaderamente se puede dar aquí este sentido a estas palabras, que dice la Esposa.

Paréceme a mí que el Espíritu Santo debe ser medianero entre el alma y Dios, y el que la mueve con tan ardientes deseos, que la hace encender en fuego soberano, que tan cerca está. ¡Oh, Señor, qué son aquí las misericordias que usáis con el alma! Seáis bendito y alabado por siempre, que tan buen amador sois. ¡Oh, Dios mío y criador mío! ¿Es posible que hay (3) nadie que no os ame? ¡Oh triste de mí, y cómo soy yo la que mucho tiempo no os amé! ¿Por qué no merecí conoceros? ¡Cómo baja sus ramas este divino manzano, para que unas veces las coja el alma considerando sus grandezas, y las muchedumbres de sus misericordias que ha usado con ella, y que vea y goce del fruto que sacó Jesucristo Señor Nuestro de su Pasión, regando este árbol con su sangre preciosa, con tan admirable amor! (4). Antes de ahora, dice el alma que goza del mantenimiento de sus pechos divinos; como principiante en recebir estas mercedes, la sustentaba el Esposo; ahora va ya más crecida, y vala más habilitando para darle más. Mantiénela con

---

1 *Cant.*, II, 3.

2 Tomamos esta conjunción de la copia de Baeza.

3 *Haya,* dice la copia de Baeza, pero este empleo de un tiempo por otro es bastante ordinario en la Santa.

4 Aquí comienza en la edición príncipe el capítulo VI, y así se continuó imprimiendo en las demás, hasta la de Rivadeneyra, que agregó a éste algunos párrafos más, muy acordadamente, a nuestro modo de ver, y por eso la seguimos en la división que hace de los capítulos V y VI.

manzanas; quiere que vaya entendiendo lo que está obligada a servir y a padecer. Y aun no se contenta con todo esto (cosa maravillosa y de mirar mucho), de que el Señor entiende que un alma es toda suya, suya sin otro interese ni otras cosas, que la muevan por sola ella, sino por quien es su Dios, y por el amor que tiene, como nunca cesa de comunicarse con ella, de tantas maneras y modos, como quien es la mesma Sabiduría.

Parecía que no había más que dar en la primera paz, y es lo que queda dicho, y muy más subida merced; queda mal dicho, porque no es si no apuntarlo. En el libro que os he dicho, hijas, lo hallaréis con mucha claridad, si el Señor es servido que salga a luz (1). ¿Pues qué podremos ya desear más desto que ahora se ha dicho? ¡Oh, válame Dios, y qué nonada son nuestros deseos para llegar a vuestras grandezas, Señor! ¡Qué bajos quedaríamos, si conforme a nuestro pedir, fuese vuestro dar! Ahora miremos lo que dijo adelante de esto la Esposa.

1 *Libro de la Vida.*

CAPITULO VI

TRATA DE COMO LOS BENEFICIOS DE ESTA UNION AMOROSA SOBREPUJAN A TODOS LOS DESEOS DE LA ESPOSA. HABLA DE LA SUSPENSION DE LAS POTENCIAS, Y DICE COMO ALGUNAS ALMAS LLEGAN EN POCO TIEMPO A ESTA ORACION TAN SUBIDA.

Metióme el Rey en la bodega del vino, y ordenó en mí la caridad.

Pues estando ya la Esposa descansada debajo de sombra tan deseada, y con tanta razón, ¿qué le queda que desear a un alma que llega aquí, si no es que no le falte aquel bien para siempre? A ella no parece (1) que hay más que desear; mas a nuestro Rey sacratísimo fáltale mucho por dar: nunca querría hacer otra cosa, si hallase a quién. Y como he dicho muchas veces, deseo, hijas, que nunca se os olvide no se contenta el Señor con darnos tan poco como son nuestros deseos: yo lo he visto acá. En algunas cosas que comienza uno a pedir al Señor, le da en qué merezca, y cómo padezca algo por El, no yendo su intento a más de lo que le parece sus fuerzas alcanzan (como Su Majestad las puede hacer crecer); en pago de aquello poquito que se determinó por El, dale tantos trabajos y persecuciones y enfermedades, que el pobre hombre no sabe de sí.

A mí mesma me acaeció en harta mocedad, y decir algunas veces: ¡Oh, Señor, que no querría yo tanto! Mas daba Su

1 *No le parece,* dicen la edición príncipe y la copia de Baeza.

Majestad la fuerza de manera y la paciencia, que aun ahora me espanto cómo lo podía sufrir; y no trocaría aquellos trabajos por todos los tesoros del mundo. Dice la Esposa: *Metióme el Rey*. ¡Y qué bien hinche este nombre, Rey poderoso, que no tiene superior, ni acabará su reinar para sin fin! El alma que está ansí, a buen seguro que no le faltase para conocer mucho de la grandeza deste Rey, que todo lo que es, es imposible en esta vida mortal.

Dice *que la metió en la bodega del vino; ordenó en mí la caridad* (1). Entiendo yo de aquí, que es grande la grandeza de esta merced. Porque puede ser dar a beber más u menos y de un vino bueno y otro mejor, y embriagar y emborrachar a uno más u menos; ansí es en las mercedes del Señor, que a uno da poco vino de devoción, a otro más, a otro crece de manera, que le comienza a sacar de sí, de su sensualidad, y de todas las cosas de la tierra; a otros, da hervor grande en su servicio; a otros, ímpetus; a otros, gran caridad con los prójimos; de manera, que andan tan embebecidos, que no sienten los trabajos grandes que aquí pasan; mas lo que dice la Esposa es mucho junto: Métela en la bodega, para que (2) allí más sin tasa pueda salir rica. No parece que el Rey quiere dejarle nada por dar, sino que beba, conforme a su deseo, y se embriague bien, bebiendo de todos esos vinos que hay en la despensa de Dios. Gócese de esos gozos; admírese de sus grandezas; no tema perder la vida de beber tanto, que sea sobre la flaqueza de su natural; muérase en ese paraíso de deleites. ¡Bienaventurada tal muerte, que ansí hace vivir! Y verdaderamente ansí lo hace; porque son tan grandes las maravillas que el alma entiende, sin entender cómo lo entiende, que queda tan fuera de sí, como ella mesma lo dice en decir: *Ordenó en mí la caridad*.

¡Oh palabras que nunca se habían de olvidar al alma, a quien Nuestro Señor regala! ¡Oh soberana merced, y qué sin

1 *Cant.*, II, 4.
2 *Parece que*, se lee en el códice. Es error de copia.

poderse merecer, si el Señor no diese caudal para ello! Bien, que aun para amar no se halla despierta; mas bienaventurado sueño, dichosa embriaguez, que hace suplir al Esposo lo que el alma no puede, que es dar orden tan maravillosa, que estando todas las potencias muertas u dormidas, quede el amor vivo; y que sin entender cómo obra, ordene el Señor que obre tan maravillosamente, que esté hecho una cosa con el mesmo Señor del amor, que es Dios, con una limpieza grande; porque no hay quien le estorbe, ni sentidos ni potencias, digo entendimiento y memoria; tampoco la voluntad se entiende.

Pensaba yo ahora si es cosa en que hay alguna diferencia la voluntad y el amor. Y paréceme que sí; no sé si es bobería (1). Paréceme el amor una saeta que envía la voluntad, que si va con toda la fuerza que ella tiene, libre de todas las cosas de la tierra, empleada en solo Dios, muy de verdad debe de herir a Su Majestad; de suerte que, metida en el mesmo Dios, que es amor, torna de allí con grandísimas ganancias, como diré. Y es ansí, que informado de algunas personas, a quien ha llegado Nuestro Señor a tan gran merced en la oración, que las llega a este embebecimiento santo con una suspensión, que aun en lo exterior se ve que no están en sí; preguntadas lo que sienten, en ninguna manera lo saben decir, ni supieron, ni pudieron entender cosa de cómo obra allí el amor.

Entiéndese bien las grandísimas ganancias que saca un alma de allí por los efetos, y por las virtudes, y la viva fe que le queda, y el desprecio del mundo. Mas cómo se le dieron estos bienes, y lo que el alma goza aquí, ninguna cosa se entiende, si no es al principio cuando comienza, que es grandísima la suavidad. Ansí que, está claro ser lo que dice la Esposa, que la sabiduría de Dios (2) suple aquí por el alma, y El ordena cómo gane tan grandísimas mercedes en aquel tiempo; porque estando tan fuera de sí, y tan absorta, que ninguna cosa puede obrar con las potencias, ¿cómo había de merecer? ¿Pues es posible que

---

1 El amor se distingue de la voluntad, como el acto de la potencia que lo produce.

2 *Suavidad de Dios,* dice la edición príncipe. Los códices, sin excepción, como el de Alba: *sabiduría de Dios.*

la hace Dios merced tan grande, para que pierda el tiempo y no gane nada en El? No es de creer.

¡Oh secretos de Dios! Aquí no hay más de rendir nuestros entendimientos y pensar que para entender las grandezas de Dios, no valen nada. Aquí viene bien el acordarnos, cómo lo hizo con la Virgen Nuestra Señora con toda la sabiduría que tuvo, y cómo preguntó al ángel: *¿Cómo será esto?* (1). En diciéndole: *El Espíritu Santo sobreverná en ti; la virtud del muy Alto será sombra* (2), no curó de más disputas; como quien tenía tan gran fe y sabiduría, entendió luego, que, entreviniendo (3) estas dos cosas, no había más que saber, ni dudar. No como algunos letrado[s], que no le[s] lleva el Señor por este modo de oración, ni tienen principio de espíritu, que quieren llevar las cosas por tanta razón y tan medidas por sus entendimientos, que no parece si no que han ellos con sus letras de comprender todas las grandezas de Dios. ¡Si deprendiesen algo de la humildad de la Virgen sacratísima!

¡Oh, Señora mía, cuán al cabal se puede entender por Vos lo que pasa Dios con la Esposa, conforme a lo que dice en los *Cánticos!* Y ansí lo podéis ver, hijas, en el Oficio que rezamos de Nuestra Señora cada semana, lo mucho que está dellos en antífonas y leciones. En otras almas podránlo entender cada uno, como Dios lo quiere dar a entender, que muy claro podrá ver si ha llegado a recebir algo de estas mercedes, semejantes [a] (4) esto que dice la Esposa: *Ordenó en mí la caridad.* Porque no saben adónde estuvieron, ni cómo en regalo tan subido contentaron al Señor, [ni] (5) qué se hicieron, pues no le daban gracias por ello.

¡Oh alma amada de Dios! no te fatigues, que cuando Su Majestad te llega aquí y te habla tan regaladamente, como verás en muchas palabras que dice en los *Cánticos* a la Esposa, como

1 Luc., I, 34.
2 *Ibid.*, 35. *Te hará sombra,* trasladan la edición príncipe y las copias de Baeza, Consuegra y Las Nieves.
3 Por *interviniendo*.
4 Esta preposición, que falta en el códice de Alba, la traen los demás.
5 Tomamos esta palabra de la edición príncipe y el códice de Consuegra.

Toda eres hermosa, amiga mía (1), y otras, como digo, muchas, en que muestra el contento que tiene de ella; de creer es, que no consentirá que le descontente a tal tiempo, sino que la ayudará a lo que ella no supiere para contentarse de ella más. Vela perdida de sí, enajenada por amarle, y que la mesma fuerza del amor le ha quitado el entendimiento para poderle más amar. Sí, que no ha de sufrir, ni suele, ni puede Su Majestad dejar de darse a quien se le da toda.

Paréceme a mí, que va Su Majestad esmalta[n]do (2) sobre este oro, que ya tiene aparejado con sus dones, y tocado para ver de qué quilates es el amor que le tiene, por mil maneras y modos, que el alma que llega aquí podrá decir. Esta alma, que es el oro, estáse en este tiempo sin hacer más movimiento, ni obrar más por sí, que estaría el mesmo oro y la divina sabiduría, contenta de verla ansí, como hay tan pocas que con esta fuerza le amen, va asentando en este oro muchas piedras preciosas y esmaltes con mil labores.

Pues esta alma ¿qué hace en este tiempo? Esto es lo que no se puede entender, ni saber más de lo que dice la Esposa: *Ordenó en mí la caridad.* Ella, al menos si ama, no sabe cómo, ni entiende qué es lo que ama; el grandísimo amor que la tiene el Rey que la ha traído a tan gran estado, debe de haber juntado el amor de esta alma a Sí de manera, que no lo merece entender el entendimiento, sino estos dos amores se tornan uno; y puesto tan verdaderamente, y junto con el de Dios, ¿cómo le ha de alcanzar el entendimiento? Piérdele de vista en aquel tiempo, que nunca dura mucho, sino con brevedad, y allí le ordena de manera Dios, que sabe bien contentar a Su Majestad entonces, y aun después, sin que el entendimiento lo entienda, como queda dicho. Mas entiéndelo bien después que ve esta alma tan esmaltada y compuesta de piedras y perlas de virtudes, que le tiene espantado y puede decir: *¿Quién es ésta que ha quedado como el sol?* (3). ¡Oh, verdadero Rey, y

1 *Cant.*, IV, 7.
2 *Esmaltado*, dice el códice. *Esmaltando* se lee en la edición príncipe y en las copias de Baeza, Consuegra y Las Nieves.
3 *Cant.*, VI, 9.

qué razón tuvo la Esposa de poneros este nombre! Pues en un memento podéis dar riquezas, y ponerlas en un alma, que se gozan para siempre. ¡Qué ordenado deja el amor en esta alma!

Yo podré dar buenas señas de esto, porque he visto algunas. De una me acuerdo ahora, que en tres días la dió el Señor bienes, que si la expiriencia de haber ya algunos años (1), y siempre mejorando, no me lo hicieran creer, no me parecía posible; y aun a otra en tres meses, y entramas eran de poca edad. Otras he visto, que después de mucho tiempo les hace Dios esta merced. He dicho de estas dos, y de algunas otras podía decir, porque he escrito aquí, que son pocas las almas que sin haber pasado muchos años de trabajos, les hace Nuestro Señor estas mercedes, para que se entienda son algunas (2). No se ha de poner tasa a un Señor tan grande y tan ganoso de hacer mercedes. Acaece, y esto es cosa casi ordinario, cuando el Señor llega a un alma a hacerle estas mercedes, digo que sean mercedes de Dios, no sean ilusiones u melancolías u ensayos que hace la mesma naturaleza: esto el tiempo lo viene a descubrir, y aun estotro bien, porque quedan las virtudes tan fuertes, y el amor tan encendido, que no se encubre, porque siempre, aun sin querer, aprovechan otras almas.

Ordenó en mí el Rey la caridad, tan ordenada, que el amor que tenía al mundo se le quita; y el que a sí, le vuelve en desamor; y el que a sus deudos, queda de suerte que sólo los quiere por Dios; y el que a los prójimos y el que a los enemigos, no se podrá creer si no se prueba; es muy crecido; el que a Dios, tan sin tasa, que la aprieta algunas veces más que puede sufrir su bajo natural, y como ve que ya desfallece y va a morir, dice: *Sosteneme con flores, y acompañadme de manzanos, porque desfallezco de mal de amores* (3).

---

1 *Que la ejercita,* añade el P. Gracián en la edición príncipe.
2 Véase el capítulo XXXIX de la *Vida.*
3 *Cant.,* II, 5.

CAPITULO VII

DECLARA LOS GRANDES DESEOS QUE TIENE LA ESPOSA DE SUFRIR MUCHO POR DIOS Y POR EL PROJIMO, Y LOS FRUTOS ABUNDANTES QUE DAN EN LA IGLESIA ESTAS ALMAS FAVORECIDAS DE LA UNION DIVINA, Y DESASIDAS DEL PROPIO INTERESE. PONE A LA SAMARITANA COMO EJEMPLO DE AMOR AL PROJIMO. ACABA RECORDANDO EL FIN QUE SE PROPUSO EN ESTE ESCRITO.

Sosteneme con flores, y acompañadme de manzanos, porque desfallezco de mal de amores.

¡Oh, qué lenguaje tan divino éste para mi propósito! ¡Cómo, Esposa santa! ¿mátaos la suavidad? Porque, según he sabido, algunas veces parece que es tan ecesiva, que deshace el alma de manera, que no parece ya que la hay para vivir, y pedís flores. ¿Qué flores serán éstas? Porque éste no es remedio, salvo si no le pedís para acabar ya de morir; que, a la verdad, no se desea cosa más cuando el alma llega aquí. Mas no viene bien, porque dice: *Sosteneme con flores*. Y el sostener no me parece que es pedir la muerte, sino con la vida querer servir en algo a quien tanto ve que debe.

No penséis, hijas, que es encarecimiento decir que muere, sino que, como os he dicho, pasa en hecho de verdad. Que el amor obra con tanta fuerza algunas veces, que se enseñorea de manera sobre todas las fuerzas del sujeto natural, que sé de una persona, que estando en oración semejante, oyó cantar una buena voz; y certifica, que a su parecer, si el canto no cesara,

que iba ya a salirse el alma del gran deleite y suavidad que Nuestro Señor le daba a gustar, y ansí proveyó Su Majestad que dejase el canto quien cantaba, que la que estaba en esta suspensión, bien se podía morir, mas no podía decir que cesase; porque todo el movimiento exterior estaba sin poder hacer operación ninguna, ni bullirse (1), y este peligro en que se vía, se entendía bien; mas de un arte, como quien está en un sueño profundo de cosa que querría salir de ella, y no puede hablar, aunque quería.

Aquí el alma no querría salir de allí, ni le sería penoso, sino grande contentamiento, que eso es lo que desea. Y cuán dichosa muerte sería a manos de este amor; si no que algunas veces dale Su Majestad luz de que es bien que viva, y ella ve no lo podrá su natural flaco sufrir, si mucho dura aquel bien, y [pídele otro] (2) bien para salir de aquel tan grandísimo, y ansí dice: *Sosteneme con flores*. De otro olor son esas flores que las que acá olemos. Entiendo yo aquí, que pide hacer grandes obras en servicio de Nuestro Señor y del prójimo, y por esto huelga de perder aquel deleite y contento; que aunque es vida más ativa que contemplativa, y parece perderá si le concede esta petición, cuando el alma está en este estado, nunca dejan de obrar casi juntas Marta y María; porque en lo ativo, y que parece exterior, obra lo interior, y cuando las obras ativas salen de esta raíz, son admirables y olorosísimas flores; porque proceden de este árbol de amor de Dios, y por solo El, sin ningún interese propio, y extiéndese el olor de estas flores, para aprovechar a muchos, y es olor que dura, no pasa presto, sino que hace gran operación.

Quiérome declarar más, porque lo entendáis. Predica uno un sermón con intento de aprovechar las almas; mas no está tan desasido de provechos humanos, que no lleva alguna pretensión de contentar, u por ganar honra u crédito, u que

---

1 Hace referencia la Santa a lo que le acaeció en Salamanca, recordado ya en el capítulo XI de las *Moradas Sextas*, p. 177.

2 Deja en blanco la copia de Alba un pequeño espacio, que llenamos con palabras de la edición príncipe.

si está puesto a llevar alguna calonjía (1) por predicar bien. Ansí son otras cosas que hacen en provecho de los prójimos, muchas, y con buena intención; mas con mucho aviso de no perder por ellas ni descontentar. Teme[n la] (2) persecución; quieren tener gratos los reyes y señores y el pueblo; van con la discreción que el mundo tanto honra. Esta es la amparadora de hartas imperfeciones, porque le ponen nombre de discreción, y plega al Señor que lo sea.

Estos servirán a Su Majestad, y aprovechan mucho; mas no son ansí las obras que pide la Esposa, a mi parecer, y las flores, sino un mirar a sola honra y gloria de Dios en todo. Que verdaderamente a las almas que el Señor llega aquí, según he entendido de algunas, creo no se acuerdan más de sí que si no fuesen, para ver si perderán u ganarán; sólo miran al servir y contentar al Señor. Y porque saben el amor que tiene a sus criados, gustan de dejar su sabor y bien por contentarle en servirlas y decirles las verdades, para que se aprovechen sus almas, por el mejor término que pueden, ni se acuerdan, como digo, si perderán ellos; la ganancia de sus prójimos tienen presente, no más. Por contentar más a Dios, se olvidan a sí por ellos, y pierden las vidas en la demanda, como hicieron muchos mártires, y envueltas sus palabras en este tan subido amor de Dios, emborrachadas de aquel vino celestial, no se acuerdan; y si se acuerdan, no se les da nada descontentar a los hombres: estos tales aprovechan mucho.

Acuérdome ahora lo que muchas veces he pensado de aquella santa Samaritana (3), qué herida de[bía de estar] (4) de esta yerba, y cuán bien había comprendido (5) en su corazón las palabras del Señor; pues deja al mesmo Señor porque ganen y se aprovechen los de su pueblo, que da bien a entender esto que voy diciendo; y en pago de esta tan gran caridad, mereció ser creí-

---

1 Por *canongía*.
2 Estas palabras, que faltan en el códice de Alba, están tomadas del de Baeza.
3 Joan., IV.
4 Como en otros casos, deja la copia de Alba un espacio en blanco, que llenamos valiéndonos de la edición del P. Gracián.
5 *Emprendido*, traslada por distracción el códice de Alba.

da (1), y ver el gran bien que hizo Nuestro Señor en aquel pueblo. Paréceme que debe ser uno de los grandísimos consuelos que hay en la tierra, ver uno (2) almas aprovechadas por medio suyo. Entonces me parece se come el fruto gustosísimo de estas flores. Dichosos, a los que el Señor hace estas mercedes; bien obligados están a servirle. Iba esta santa mujer con aquella borrachez divina dando gritos por las calles. Lo que me espanta a mí, es ver cómo la creyeron una mujer (3): y no debía ser de mucha suerte (4), pues iba por agua. De mucha humildad, sí; pues cuando el Señor le dice sus faltas, no se agravió (como lo hace ahora el mundo, que son malas de sufrir las verdades), sino díjole que debía ser profeta. En fin, le dieron crédito, y por solo su dicho, salió gran gente de la ciudad al Señor.

Ansí digo que aprovechan mucho los que después de estar hablando con Su Majestad algunos años, ya que reciben regalos y deleites suyos, no quieren dejar de servir en las cosas penosas, aunque se estorben estos deleites y contentos. Digo que estas flores y obras salidas y producidas de árbol de tan herviente amor (5) dura su olor mucho más, y aprovecha más un alma de éstas con sus palabras y obras, que muchos que las hagan con el polvo de nuestra sensualidad, y con algún interese propio.

De éstas produce (6) la fruta; éstos son los manzanos (7) que dice luego la Esposa: *Acompañadme de manzanos.* Dadme, Señor, trabajos, dadme persecuciones; y verdaderamente lo desea, y aun salen bien de ellos. Porque, como ya no mira su contento, sino el contentar a Dios, su gusto es en imitar en algo la vida trabajosísima que Cristo vivió. Entiendo yo por el manzano, el árbol de la Cruz, porque dijo en otro cabo en los *Cantares*: *Debajo del árbol manzano te resucité* (8); y

1 El códice de Alba: *creyada.*
2 El códice decía *unas,* pero el mismo copista borró la palabra y escribió entre líneas *uno.*
3 La edición príncipe: *como la creyeron, que era una mujer.*
4 Es decir, *de mucha distinción o calidad.*
5 *Ferviente,* se lee en la edición príncipe y en el códice de Baeza.
6 *Procede,* dice la edición del P. Gracián.
7 *Manzanas,* dicen el códice de Baeza y la edición de Gracián.
8 *Cant.,* VIII, 5.

un alma, que está rodeada de cruces de trabajos y persecuciones, gran remedio es para no estar tan ordinario en el deleite de la contemplación. Tiénele grande en padecer, mas no la consume y gasta la virtud, como lo debe hacer, si es muy ordinario esta suspensión de las potencias, en la contemplación. Y también tiene razón de pedir esto, que no ha de ser siempre gozar sin servir y trabajar en algo. Yo lo miro con advertencia en algunas personas (que muchas no las hay por nuestros pecados), que mientra más adelante están en esta oración y regalos de Nuestro Señor, más acuden a las necesidades de los prójimos, en especial a las de las ánimas, que por sacar una de pecado mortal, parece darían muchas vidas, como dije al principio.

¡Quién hará creer esto a las que comienza Nuestro Señor [a] dar regalos! Sino que quizá les parecerá train estotros la vida mal aprovechada, y que estarse en su rincón gozando de esto, es lo que hace al caso. Es providencia del Señor, a mi parecer, no entender éstos adónde llegan estotras almas; porque con el hervor de los principios, querrían luego dar salto hasta allí, y no les conviene; porque aun no están criadas, sino que es menester que se sustenten más días con la leche que dije al principio. Esténse cabe aquellos divinos pechos, que el Señor terná cuidado, cuando estén ya con fuerzas, de sacarlas a más; porque no harían el provecho que piensan, antes se le dañarían a sí. Y porque en el libro que os he dicho (1), hallaréis cuándo ha un alma desea[r] salir a aprovechar a otros y el peligro que es salir antes de tiempo, muy por menudo, no lo quiero decir aquí, ni alargarme más en esto; pues mi intento fué, cuando lo comencé, daros a entender cómo podéis regalaros, cuando oyerdes algunas palabras de los *Cánticos*, y pensar, aunque son a entender vuestro escuras (2), los grandes misterios que hay en ellas; y alargarme más, sería atrevimiento.

Plega al Señor no lo haya sido lo que he dicho, aunque ha sido por obedecer a quien me lo ha mandado. Sírvase Su

1 *Vida*, c. XIII.
2 *Obscuros*, se lee en el códice.

Majestad de todo, que si algo bueno va aquí, bien creeréis que no es mío; pues ven las hermanas que están conmigo con la priesa que lo he escrito, por las muchas ocupaciones. Suplicá a Su Majestad que yo lo entienda por expiriencia. A la que le pareciere que tiene algo de esto, alabe [a] Nuestro Señor, y pídale esto postrero, porque no sea para sí la ganancia. Plega Nuestro Señor nos tenga de su mano, y enseñe siempre a cumplir su voluntad. Amén (1).

---

1 A continuación de esta palabra, escribe el P. Báñez: *Visto e cō atención estos cuatro quadernillos, q̄ entre todos tienen ocho pliegos y medio, y no e hallado cossa q̄ sea mala doctrina, sino antes buena y provechosa. En el colegio de S. greg.º de vallid,. 10 de Junio, 1575. Fr. Domingo Bañes.*

EXCLAMACIONES
DEL ALMA A DIOS

EXCLAMACIONES DEL ALMA A DIOS [1]

I

¡Oh vida, vida, ¿cómo puedes sustentarte estando ausente de tu Vida? En tanta soledad, ¿en qué te empleas? ¿Qué haces, pues todas tus obras son imperfetas y faltas? ¿Qué te consuela, oh ánima mía, en este tempestuoso mar? Lástima tengo de mí, y mayor del tiempo que no viví lastimada. ¡Oh, Señor, que vuestros caminos son suaves!; mas ¿quién caminará sin temor? Temo de estar sin serviros, y cuando os voy a servir, no hallo cosa que me satisfaga, para pagar algo de lo que debo. Parece que me querría emplear toda en esto, y cuando bien considero mi miseria, veo que no puedo hacer nada que sea bueno, si no me lo dais Vos.

¡Oh, Dios mío y Misericordia mía! ¿qué haré para que no deshaga yo las grandezas que Vos hacéis conmigo? Vuestras obras son santas, son justas, son de inestimable valor, y con gran sabiduría; pues la mesma sois Vos, Señor. Si en ella se ocupa mi entendimiento, quéjase la voluntad, porque querría que nadie la estorbase a amaros; pues no puede el entendimiento en tan grandes grandezas alcanzar quién es su Dios, y deséale gozar y no ve cómo, puesta en cárcel tan penosa como esta mor-

---

1 El título íntegro que Fr. Luis de León puso, dice: *Esclamaciones o meditaciones del alma a su Dios escritas por la Madre Teresa de Jesus, en differentes dias, conforme al espiritu que le comunicaua nuestro Señor despues de auer comulgado, año de mil y quinientos y sesenta y nueue.*

talidad. Todo la estorba, aunque primero fué ayudada en la consideración de vuestras grandezas, adonde se hallan mejor las inumerables bajezas mías.

¿Para qué he dicho esto, mi Dios? ¿A quién me quejo? ¿Quién me oye si no Vos, Padre y Criador mío? Pues para entender Vos mi pena, ¿qué necesidad tengo de hablar, pues tan claramente veo que estáis dentro de mí? Este es mi desatino. Mas ¡ay, Dios mío! ¿cómo podré yo saber cierto que no estoy apartada de Vos? ¡Oh, vida mía, que has de vivir con tan poca seguridad de cosa tan importante! ¿Quién te deseará, pues la ganancia que de ti se puede sacar u esperar, que es contentar en todo a Dios, está tan incierta y llena de peligros?

II

Muchas veces, Señor mío, considero que, si con algo se puede sustentar el vivir sin Vos, es en la soledad, porque descansa el alma con su descanso, puesto que como no se goza con entera libertad, muchas veces se dobla el tormento; mas el que da el haber de tratar con las criaturas y dejar de entender el alma a solas con su Criador, hace tenerle por deleite. Mas ¿qué es esto, mi Dios, que el descanso cansa al alma que sólo pretende contentaros? ¡Oh amor poderoso de Dios, cuán diferentes son tus efetos del amor del mundo! Este no quiere compañía, por parecerle que le han de quitar de lo que poseé. El de mi Dios, mientra más amadores entiende que hay, más crece, y ansí sus gozos se tiemplan (1) en ver que no gozan todos de aquel bien. ¡Oh, Bien mío! que esto hace, que en los mayores regalos y contentos que se tienen con Vos, lastime la memoria de los muchos que hay que no quieren estos contentos, y de los que

1 Se amenguan, se moderan. *Tiemplan*, se lee también en la edición príncipe y en las copias de Salamanca y Granada.

para siempre los (1) han de perder! Y así el alma busca medios para buscar compañía, y de buena gana deja su gozo, cuando piensa será alguna parte para que otros le procuren gozar.

Mas, Padre celestial mío, ¿no valdría más dejar estos deseos para cuando esté el alma con menos regalos vuestros y ahora emplearse toda en gozaros? ¡Oh, Jesús mío, cuán grande es el amor que tenéis a los hijos de los hombres! que el mayor servicio que se os pueden hacer, es dejaros a Vos por su amor y ganancia, y entonces sois poseído más enteramente; porque, aunque no se satisface tanto en gozar la voluntad, el alma se goza de que os contenta a Vos, y ve que los gozos de la tierra son inciertos, aunque parezcan dados de Vos, mientra vivimos en esta mortalidad, si no van acompañados con el amor del prójimo. Quien no le amare, no os ama, Señor mío; pues con tanta sangre vemos mostrado el amor tan grande que tenéis a los hijos de Adán.

III

Considerando la gloria que tenéis, Dios mío, aparejada a los que perseveran en hacer vuestra voluntad, y con cuántos trabajos y dolores la ganó vuestro Hijo, y cuán mal lo teníamos merecido, y lo mucho que merece que no se desagradezca la grandeza de amor, que tan costosamente nos ha enseñado a amar, se ha afligido mi alma en gran manera. ¿Cómo es posible, Señor, se olvide todo esto, y que tan olvidados estén los mortales de Vos cuando os ofenden? ¡Oh, Redentor mío, y cuán olvidados se olvidan de sí! ¡Y que sea tan grande vuestra bondad, que entonces os acordéis Vos de nosotros, y que habiendo caído por heriros a Vos de golpe mortal, olvidado desto nos

1 Aquí se interrumpe el primer fragmento de la copia de Granada, que contiene la primera exclamación y hasta esta palabra de la segunda.

tornéis a dar la mano y despertéis de frenesí tan incurable para que procuremos y os pidamos salud? Bendito sea tal Señor, bendita tan gran misericordia, y alabado sea por siempre por tan piadosa piedad.

¡Oh, ánima mía! bendice para siempre a tan gran Dios. ¿Cómo se puede tornar contra El? ¡Oh, que a los que son desagradecidos, la grandeza de la merced les daña! Remediadlo Vos, mi Dios. ¡Oh, hijos de los hombres! ¿hasta cuándo seréis duros de corazón (1), y le ternéis para ser contra este mansísimo Jesús? ¿Qué es esto? ¿Por ventura permanecerá nuestra maldad contra El? No, que se acaba la vida del hombre como la flor del heno, y ha de venir el Hijo de la Virgen a dar aquella terrible sentencia. ¡Oh poderoso Dios mío! Pues aunque no queramos, nos habéis de juzgar, ¿por qué no miramos lo que nos importa teneros contento para aquella hora? Mas ¿quién, quién no querrá Juez tan justo? Bienaventurados los que en aquel temeroso punto se alegraren con Vos, ¡oh Dios y Señor mío! Al que Vos habéis levantado, y él ha conocido cuán miseramente se perdió por ganar un muy breve contento, y está determinado a contentaros siempre, y ayudándole vuestro favor (pues no faltáis, Bien mío de mi alma, a los que os quieren, ni dejáis de responder a quien os llama), ¿qué remedio, Señor, para poder después vivir, que no sea muriendo con la memoria de haber perdido tanto bien como tuviera estando en la inocencia que quedó del bautismo? La mejor vida que puede tener, es morir siempre con este sentimiento. Mas el alma que tiernamente os ama, ¿cómo lo ha de poder sufrir?

¡Mas qué desatino os pregunto, Señor mío! Parece que tengo olvidadas vuestras grandezas y misericordias, y cómo venistes al mundo por los pecadores, y nos comprastes por tan gran precio, y pagastes nuestros falsos contentos, con sufrir tan crueles tormentos y azotes. Remediastes mi ceguedad con que atapasen vuestros divinos ojos, y mi vanidad con tan cruel corona de espinas. ¡Oh, Señor, Señor!, todo esto lastima más a quien

---

1 Ps. IV, 3.

os ama; sólo consuela, que será alabada para siempre vuestra misericordia, cuando se sepa mi maldad; y con todo, no sé si quitarán esta fatiga, hasta que con veros a Vos se quiten todas las miserias desta mortalidad.

IV

Parece, Señor mío, que descansa mi alma considerando el gozo que terná, si por vuestra misericordia le fuere concedido gozar de Vos. Mas querría primero serviros, pues ha de gozar de lo que Vos, sirviéndola a ella, le ganastes. ¿Qué haré, Señor mío? ¿Qué haré, mi Dios? ¡Oh qué tarde se han encendido mis deseos, y qué temprano andábades Vos, Señor, granjeando y llamando para que toda me emplease en Vos. ¿Por ventura, Señor, desamparastes al miserable, u apartastes al pobre mendigo, cuando se quiere llegar a Vos? ¿Por ventura, Señor, tienen término vuestras grandezas, o vuestras maníficas obras? ¡Oh, Dios mío y misericordia mía! ¡Y cómo las podréis mostrar ahora en vuestra sierva! Poderoso sois, gran Dios. Ahora se podrá entender si mi alma se entiende a sí, mirando el tiempo que ha perdido, y cómo en un punto podéis Vos, Señor, que le torne a ganar. Paréceme que desatino, pues el tiempo perdido suelen decir que no se puede tornar a cobrar! ¡Bendito sea mi Dios!

¡Oh, Señor! (1) confieso vuestro gran poder. Si sois poderoso, como lo sois, ¿qué hay imposible al que todo lo puede? Quered Vos, Señor mío, quered, que aunque soy miserable, firmemente creo que podéis lo que queréis, y mientra mayores maravillas oyo vuestras, y considero que podéis hacer más, más se fortalece mi fe, y con mayor determinación creo que lo haréis Vos.

---

1 Aquí comienza el primer fragmento compuesto de letras de la Santa, que se venera en las Carmelitas Descalzas del Convento de Santa Ana de Madrid.

¿Y qué hay que maravillar de lo que hace el Todopoderoso? Bien sabéis Vos, mi Dios, que entre todas mis miserias nunca dejé de conocer vuestro gran poder y misericordia. Válame, Señor, esto en que no os he ofendido. Recuperad, Dios mío, el tiempo perdido, con darme gracia en el presente y porvenir, para que parezca delante de Vos con vestiduras de bodas (1), pues si queréis podéis (2).

V

¡Oh, Señor mío! ¿cómo os osa pedir mercedes quien tan mal os ha servido y ha sabido guardar lo que le habéis dado? ¿Qué se puede confiar de quien muchas veces ha sido traidor? Pues, ¿qué haré, consuelo de los desconsolados, y remedio de quien se quiere remediar de Vos? ¿Por ventura será mejor callar con mis necesidades, esperando que Vos las remediéis? No, por cierto, que Vos, Señor mío y deleite mío, sabiendo las muchas que habían de ser, y el alivio que nos es contarlas a Vos, decís que os pidamos, y que no dejaréis de dar (3).

Acuérdome algunas veces de la queja de aquella santa mujer, Marta (4), que no sólo se quejaba de su hermana, antes tengo por cierto que su mayor sentimiento era pareciéndole no os dolíades Vos, Señor, del trabajo que ella pasaba, ni se os daba nada que ella estuviese con Vos. Por ventura le pareció no era tanto el amor que la teníades como a su hermana, que esto le debía hacer mayor sentimiento que el servir a quien ella tenía tan gran amor; que éste hace tener por descanso el trabajo. Y parécese en no decir nada a su hermana, antes con toda su queja fué a Vos, Señor, que el amor la hizo atrever a decir,

1 Matth., XXII, 11 y 12.
2 En esta palabra termina el fragmento de Madrid con la firma de la Santa, que tampoco es de ella, aunque está arreglada de letras suyas.
3 Joan., XVI, 24.
4 Luc., X, 40.

que cómo no teníades cuidado. Y aun en la respuesta parece ser y proceder la demanda de lo que digo: que solo amor es el que da valor a todas las cosas; y que sea tan grande que ninguna le estorbe a amar, es lo más necesario. Mas ¿cómo le podremos tener, Dios mío, conforme a lo que merece el amado, si el que Vos me tenéis no le junta consigo? ¿Quejaréme con esta santa mujer? ¡Oh, que no tengo ninguna razón, porque siempre he visto en mi Dios harto mayores y más crecidas muestras de amor de lo que yo he sabido pedir ni desear! Si no me quejo de lo mucho que vuestra beninidad me ha sufrido, no tengo de qué. Pues ¿qué podrá pedir una cosa tan miserable como yo? Que me deis, Dios mío, que os dé con San Agustín (1), para pagar algo de lo mucho que os debo, que os acordéis que soy vuestra hechura, y que conozca yo quién es mi Criador, para que le ame.

VI

¡Oh, deleite mío, Señor de todo lo criado y Dios mío! ¿Hasta cuándo esperaré ver vuestra presencia? ¿Qué remedio dais a quien tan poco tiene en la tierra para tener algún descanso fuera de Vos? ¡Oh vida larga! ¡oh vida penosa! ¡oh vida que no se vive! ¡oh qué sola soledad! ¡qué sin remedio! Pues, ¿cuándo, Señor, cuándo? ¿hasta cuándo? ¿qué haré, Bien mío, qué haré? ¿por ventura desearé no desearos? ¡Oh, mi Dios y mi Criador! que llagáis y no ponéis la medicina, herís y no se ve la llaga, matáis dejando con más vida; en fin, Señor mío, hacéis lo que queréis como poderoso. Pues, un gusano tan despreciado, mi Dios, ¿queréis sufra estas contrariedades? Sea ansí mi Dios, pues Vos lo queréis, que yo no quiero si no quereros.

---

1 *Confes.*, lib. XI, c. II.

Mas ¡ay, ay, Criador mío, que el dolor grande hace quejar y decir lo que no tiene remedio hasta que Vos queráis! Y alma tan encarcelada desea su libertad, deseando no salir un punto de lo que Vos queréis. Quered, gloria mía, que crezca su pena u remediadla del todo. ¡Oh muerte, muerte! ¡no sé quien te teme, pues está en ti la vida! Mas ¿quién no temerá, habiendo gastado parte della en no amar a su Dios? Y pues soy ésta, ¿qué pido y qué deseo? ¿Por ventura el castigo tan bien merecido de mis culpas? No lo primitáis Vos, Bien mío, que os costó mucho mi rescate.

¡Oh, ánima mía! deja hacerse la voluntad de tu Dios; eso te conviene; sirve y espera en su misericordia, que remediará tu pena, cuando la penitencia de tus culpas haya ganado algún perdón dellas; no quieras gozar sin padecer. ¡Oh, verdadero Señor y Rey mío! que aun para esto no soy, si no me favorece vuestra soberana mano y grandeza, que con esto, todo lo podré.

VII

¡Oh, esperanza mía y Padre mío, y mi Criador y mi verdadero Señor y Hermano! Cuando considero en cómo decís que son vuestros deleites con los hijos de los hombres (1), mucho se alegra mi alma. ¡Oh Señor del cielo y de la tierra! ¡Y qué palabras éstas para no desconfiar ningún pecador! ¿Fáltaos, Señor, por ventura, con quien os deleitéis, que buscáis un gusanillo tan de mal olor como yo? Aquella voz que se oyó cuando el Bautismo, dice que os deleitáis con vuestro Hijo (2). ¿Pues, hemos de ser todos iguales, Señor? ¡Oh, qué grandísima misericordia, y qué favor tan sin poderlo nosotras merecer! ¡Y qué

1 *Prov.*, VIII, 31.
2 Matth. III, 17.

todo esto olvidemos los mortales! ¡Acordaos Vos, Dios mío, de tanta miseria, y mirad nuestra flaqueza, pues de todo sois sabidor!

¡Oh, ánima mía! considera el gran deleite y gran amor que tiene el Padre en conocer a su Hijo, y el Hijo en conocer a su Padre, y la inflamación con que el Espíritu Santo se junta con ellos, y cómo ninguna se puede apartar de este amor y conocimiento, porque son una misma cosa. Estas soberanas Personas se conocen, éstas se aman, y unas con otras se deleitan. Pues ¿qué menester es mi amor? ¿Para qué le queréis, Dios mío, o qué ganáis? ¡Oh, bendito seáis Vos! ¡oh, bendito seáis, Vos, Dios mío para siempre! Alaben os todas las cosas, Señor, sin fin, pues no lo puede haber en Vos.

Alégrate ánima mía, que hay quien ame a tu Dios como El merece. Alégrate, que hay quien conoce su bondad y valor. Dale gracias, que nos dió en la tierra quien ansí le conoce, como a su único Hijo. Debajo deste amparo podrás llegar, y suplicarle que, pues Su Majestad se deleita contigo, que todas las cosas de la tierra no sean bastantes a apartarte de deleitarte tú, y alegrarte en la grandeza de tu Dios, y en cómo merece ser amado y alabado, y que te ayude para que tú seas alguna partecita para ser bendecido su nombre, y que puedas decir con verdad: *Engrandece y loa mi ánima al Señor* (1).

VIII

¡Oh, Señor, Dios mío, y cómo tenéis palabras de vida, adonde todos los mortales hallaran lo que desean, si lo quisiéremos buscar! Mas ¿qué maravilla, Dios mío, que olvidemos vuestras palabras con la locura y enfermedad que causan nuestras malas obras? ¡Oh, Dios mío, Dios, Dios Hacedor de todo lo criado! ¿Y qué es lo criado, si Vos, Señor, quisiéredes criar más?

1 Luc., I, 46.

Sois todopoderoso; son incomprehensibles vuestras obras (1). Pues haced, Señor, que no se aparten de mi pensamiento vuestras palabras.

Decís Vos: *Venid a mí todos los que trabajáis y estáis cargados, que yo os consolaré* (2). ¿Qué más queremos, Señor? ¿qué pedimos? ¿qué buscamos? ¿Por qué están los del mundo perdidos, si no por buscar descanso? ¡Válame Dios, oh, válame Dios! ¿Qué es esto, Señor? ¡Oh, qué lástima! ¡Oh, qué gran ceguedad, que le busquemos en lo que es imposible hallarle! Habed piedad, Criador, destas vuestras criaturas. Mirad que no nos entendemos, ni sabemos lo que deseamos, ni atinamos lo que pedimos. Dadnos, Señor, luz; mirad que es más menester que al ciego que lo era de su nacimiento, que éste deseaba ver la luz y no podía (3); ahora, Señor, no se quiere ver. ¡Oh qué mal tan incurable! Aquí, Dios mío, se ha de mostrar vuestro poder, aquí vuestra misericordia.

¡Oh, qué recia cosa os pido, verdadero Dios mío, que queráis a quien no os quiere, que abráis a quien no os llama, que deis salud a quien gusta de estar enfermo, y anda procurando la enfermedad! Vos decís, Señor mío, que venís a buscar los pecadores (4); éstos, Señor, son los verdaderos pecadores; no miréis nuestra ceguedad, mi Dios, sino a la mucha sangre que derramó vuestro Hijo por nosotros; resplandezca vuestra misericordia en tan crecida maldad; mirad, Señor, que somos hechura vuestra. Válganos vuestra bondad y misericordia.

IX

¡Oh, piadoso y amoroso Señor de mi alma! También decís Vos: *Venid a mí todos los que tenéis sed, que yo os daré a*

1 Job, IX, 10.
2 Matth.. XI, 28.
3 Joan., IX, 1.
4 Matth., IX, 13.

beber (1). Pues ¿cómo puede dejar de tener gran sed el que se está ardiendo en vivas llamas en las codicias de estas cosas miserables de la tierra? Hay grandísima necesidad de agua, para que en ella no se acabe de consumir. Ya sé yo, Señor mío, de vuestra bondad que se lo daréis; Vos mesmo lo decís; no pueden faltar vuestras palabras. Pues si de acostumbrados a vivir en este fuego, y de criados en él, ya no lo sienten, ni atinan de desatinados a ver su gran necesidad, ¿qué remedio, Dios mío? Vos venistes al mundo para remediar tan grandes necesidades como éstas; comenzad, Señor; en las cosas más dificultosas se ha de mostrar vuestra piedad. Mirad, Dios mío, que van ganando mucho vuestros enemigos. Habed piedad de los que no la tienen de sí; ya que su desventura los tiene puestos en estado que no quieren venir a Vos, venid Vos a ellos, Dios mío. Yo os lo pido en su nombre, y sé que, como se entiendan y tornen en sí, y comiencen a gustar de Vos, resucitarán estos muertos.

¡Oh Vida, que la dais a todos! No me neguéis a mí esta agua dulcísima que prometéis a los que la quieren. Yo la quiero, Señor, y la pido, y vengo a Vos; no os ascondáis, Señor, de mí, pues sabéis mi necesidad, y que es verdadera medicina del alma llagada por Vos. ¡Oh, Señor, qué de maneras de fuegos hay en esta vida! ¡Oh, con cuánta razón se ha de vivir con temor! Unos consumen el alma, otros la purifican, para que viva para siempre gozando de Vos. ¡Oh fuentes vivas de las llagas de mi Dios! Cómo manaréis siempre con gran abundancia para nuestro mantenimiento, y qué seguro irá (2) por los peligros de esta miserable vida, el que procurare sustentarse deste divino licor.

---

1 Joan., VII, 37.
2 Desde aquí hasta las primeras líneas de la exclamación XIV, se halla también en la copia de Granada, con algunas interrupciones cortas, como se verá en los Apéndices.

X

¡Oh, Dios de mi alma, qué priesa nos damos a ofenderos! ¡Y cómo os la dais Vos mayor a perdonarnos! ¿Qué causa hay, Señor, para tan desatinado atrevimiento? ¿Si es el haber ya entendido vuestra gran misericordia, y olvidarnos de que es justa vuestra justicia? *Cercáronme los dolores de la muerte* (1). ¡Oh, oh, oh, qué grave cosa es el pecado, que bastó para matar a Dios con tantos dolores! ¡Y cuán cercado estáis, mi Dios, de ellos! ¿Adónde podéis ir que no os atormenten? De todas partes os dan heridas los mortales.

¡Oh, cristianos! Tiempo es de defender a vuestro Rey, y de acompañarle en tan gran soledad; que son muy pocos los vasallos que le han quedado, y mucha la multitud que acompaña a Lucifer; y lo que peor es, que se muestran amigos en lo público, y véndenle en lo secreto; casi no halla de quién se fiar. ¡Oh, amigo verdadero, qué mal os paga el que os es traidor! ¡Oh, cristianos verdaderos! Ayudad a llorar a vuestro Dios, que no es por solo Lázaro aquellas piadosas lágrimas, sino por los que no habían de querer resucitar (2), aunque Su Majestad los diese voces. ¡Oh, Bien mío, qué presentes teníades las culpas que he cometido contra Vos! Sean ya acabadas, Señor, sean acabadas, y las de todos. Resucitad a estos muertos; sean vuestras voces, Señor, tan poderosas, que, aunque no os pidan la vida, se la deis, para que después, Dios mío, salgan de la profundidad de sus deleites.

No os pidió Lázaro que le resucitásedes. Por una mujer pecadora lo hecistes; veisla aquí, Dios mío, y muy mayor; resplandezca vuestra misericordia. Yo, aunque miserable, lo pido por las (3) que no os lo quieren pedir. Ya sabéis, Rey mío, lo que me

1 Ps. CXIV, 3.
2 Joan., XI, 42.
3 *Los*, dice la copia de Granada.

atormenta verlos tan olvidados de los grandes tormentos que han de padecer para sin fin, si no se tornan a Vos. ¡Oh, los que estáis mostrados a deleites y contentos y regalos y hacer siempre vuestra voluntad, habed lástima de vosotros! Acordaos que habéis de estar sujetos siempre, siempre, sin fin a las furias infernales. Mirad, mirad, que os ruega ahora el juez que os ha de condenar, y que no tenéis un solo memento segura la vida; ¿por qué no queréis vivir para siempre? ¡Oh dureza de corazones humanos! Ablándelos vuestra inmensa piedad, mi Dios.

XI

¡Oh, válame Dios! ¡Oh, válame Dios! ¡Qué gran tormento es para mí, cuando considero, qué sentirá un alma que siempre ha sido acá tenida y querida y servida y estimada y regalada cuando, en acabando de morir, se vea ya perdida para siempre y entienda claro que no ha de tener fin; que allí no le valdrá querer no pensar las cosas de la fe, como acá ha hecho, y se vea (1) apartar de lo que le parecerá que aun no había comenzado a gozar! Y con razón, porque todo lo que con la vida se acaba es un soplo, y rodeada (2) de aquella compañía disforme y sin piedad, con quien siempre ha de padecer, metida en aquel lago hediondo, lleno de serpientes, que la que más pudiere la dará mayor bocado; en aquella miserable escuridad, adonde no verán si no lo que la dará tormento y pena, sin ver luz, si no de una llama tenebrosa.

¡Oh qué poco encarecido va para lo que es! ¡Oh, Señor! ¿quién puso tanto lodo en los ojos desta alma, que no haya visto esto hasta que se vea allí? ¡Oh, Señor! ¿quién ha atapado sus oídos para no oir las muchas veces que se le había dicho

1 *Y se vea,* se repite, por errata, en la edición príncipe. En las copias antiguas no se halla tal repetición.

2 *Rodeado,* se lee en la edición de Fr. Luis, por error de imprenta.

esto, y la eternidad destos tormentos? ¡Oh vida que no se acabará! ¡Oh tormento sin fin! ¡oh tormento sin fin! ¿cómo no os temen los que temen dormir en una cama dura, por no dar pena a su cuerpo?

¡Oh, Señor, Dios mío! Lloro el tiempo que no lo entendí; y pues sabéis, mi Dios, lo que me fatiga ver los muy muchos que hay que no quieren entenderlo, siquiera uno, Señor, siquiera uno que ahora os pido alcance luz de Vos, que sería para tenerla muchos. No por mí, Señor, que no lo merezco, sino por los méritos de vuestro Hijo; mirad sus llagas, Señor, y pues El perdonó a los que se las hicieron, perdonadnos Vos a nosotros.

XII

¡Oh, mi Dios y mi verdadera fortaleza! ¿Qué es esto, Señor, que para todo somos cobardes, si no es para contra Vos? Aquí se emplean todas las fuerzas de los hijos de Adán. Y si la razón no estuviese tan ciega, no bastarían las de todos juntos para atreverse a tomar armas contra su Criador, y sustentar guerra contina contra quien los puede hundir en los abismos en un memento; sino, como está ciega, quedan como locos, que buscan la muerte, porque en su imaginación les parece con ella ganar la vida; en fin, como gente sin razón. ¿Qué podemos hacer, Dios mío, a los que están con esta enfermedad de locura? Dicen que el mesmo mal les hace tener grandes fuerzas; ansí es los que se apartan de mi Dios, gente enferma, que toda su furia es con Vos, que les hacéis más bien.

¡Oh Sabiduría que no se puede comprehender! Cómo fué necesario todo el amor que tenéis a vuestras criaturas para poder sufrir tanto desatino, y aguardar a que sanemos, y procurarlo con mil maneras de medios y remedios. Cosa es que me espanta, cuando considero que falta el esfuerzo para irse a la mano de una cosa muy leve, y que verdaderamente se hacen

entender a sí mismos, que no pueden, aunque quieren, quitarse de una ocasión, y apartarse de un peligro adonde pierden el alma y que tengamos esfuerzo y ánimo para acometer a una tan gran Majestad como sois Vos. ¿Qué es esto, bien mío? ¿qué es esto? ¿quién da estas fuerzas? ¿Por ventura el capitán a quien siguen en esta batalla contra Vos, no es vuestro siervo, y puesto en fuego eterno? ¿por qué se levanta contra Vos? ¿cómo da ánimo el vencido? ¿cómo siguen al que es tan pobre, que le echaron de las riquezas celestiales? ¿qué puede dar quien no tiene nada para sí, si no mucha desventura? ¿qué es esto, mi Dios? ¿qué es esto, mi Criador? ¿de dónde vienen estas fuerzas contra Vos, y tanta cobardía contra el demonio? ¡Aun si Vos, Príncipe mío, no favoreciérades a los vuestros! Aun si debiéramos algo a este príncipe de las tinieblas, no llevaba camino, por lo que para siempre nos tenéis guardado, y ver todos sus gozos, y prometimientos falsos y traidores. ¿Qué ha de hacer con nosotros, quien lo fué contra Vos?

¡Oh ceguedad grande, Dios mío! ¡oh qué grande ingratitud, Rey mío! ¡oh qué incurable locura, que sirvamos al demonio con lo que nos dais Vos, Dios mío! ¡Que paguemos el gran amor que nos tenéis con amar a quien ansí os aborrece, y ha de aborrecer para siempre; que la sangre que derramastes por nosotros, y los azotes y grandes dolores que sufristes, y los grandes tormentos que pasastes, en lugar de vengar a vuestro Padre Eterno, ya que Vos no queréis venganza, y lo perdonastes de tan gran desacato como se usó con su Hijo, tomamos por compañeros y por amigos a los que ansí le trataron! Pues seguimos a su infernal capitán, claro está que hemos de ser todos unos, y vivir para siempre en su compañía, si vuestra piedad no nos remedia de tornarnos el seso y perdonarnos lo pasado.

¡Oh, mortales, volved, volved en vosotros! Mirad a vuestro Rey, que ahora le hallaréis manso; acábese ya tanta maldad; vuélvanse vuestras furias y fuerzas contra quien os hace la guerra, y os quiere quitar vuestro mayorazgo. Tornad, tornad en vosotros, abrid los ojos, pedid con grandes clamores y lágrimas luz a quien la dió al mundo. Entendeos, por amor de Dios, que

vais a matar con todas vuestras fuerzas a quien por daros vida perdió la suya; mirad que es quien os defiende de vuestros enemigos. Y si todo esto no basta, básteos conocer que no podéis nada contra su poder, y que tarde u temprano habéis de pagar con fuego eterno tan gran desacato y atrevimiento. ¿Es porque veis a esta Majestad atado y ligado con el amor que nos tiene? ¿Qué más hacían los que le dieron la muerte, si no después de atado darle golpes y heridas?

¡Oh, mi Dios, cómo padecéis por quien tan poco se duele de vuestras penas! Tiempo verná, Señor, donde haya de darse a entender vuestra justicia, y si es igual, de la misericordia. Mirad, cristianos, considerémoslo bien, y jamás podremos acabar de entender lo que debemos a nuestro Señor Dios, y las manificencias de sus misericordias. Pues si es tan grande su justicia, ¡ay, dolor! ¡ay, dolor! ¿qué será de los que hayan merecido que se ejecute, y resplandezca en ellos?

XIII

¡Oh almas que ya gozáis sin temor de vuestro gozo, y estáis siempre embebidas en alabanzas de mi Dios! Venturosa fué vuestra suerte. Qué gran razón tenéis de ocuparos siempre en estas alabanzas, y qué envidia os tiene mi alma, que estáis ya libres del dolor que dan las ofensas tan grandes que en estos desventurados tiempos se hacen a mi Dios, y de ver tanto desagradecimiento, y de ver que no se quiere ver esta multitud de almas que lleva Satanás. ¡Oh bienaventuradas ánimas celestiales! Ayudad a nuestra miseria, y sednos intercesores (1) ante la divina misericordia, para que nos dé algo de vuestro gozo, y reparta con nosotras de ese claro conocimiento que tenéis.

Dadnos, Dios mío, Vos a entender qué es lo que se da a

1 *Intercesoras,* dice el códice de Granada.

los que pelean varonilmente en este sueño desta miserable vida. Alcanzános ¡oh ánimas amadoras! a entender el gozo que os da ver la eternidad de vuestros gozos, y cómo es cosa tan deleitosa ver cierto que no se han de acabar. ¡Oh desventurados de nosotros, Señor mío, que bien lo sabemos y creemos, sino que con la costumbre tan grande de no considerar estas verdades, son tan extrañas ya de las almas, que ni las conocen ni las quieren conocer! ¡Oh gente interesal, codiciosa de sus gustos y deleites, que por no esperar un breve tiempo a gozarlos tan en abundancia, por no esperar un año, por no esperar un día, por no esperar una hora, y por ventura no será más que un memento, lo pierden todo por gozar de aquella miseria que ven presente!

¡Oh, oh, oh, qué poco fiamos de Vos, Señor! ¡Cuántas mayores riquezas y tesoros fiastes Vos de nosotros, pues treinta y tres años de grandes trabajos, y después muerte tan intolerable y lastimosa, nos distes a vuestro Hijo, y tantos años antes de nuestro nacimiento; y aun sabiendo que no os lo habíamos de pagar, no quisistes dejarnos de fiar tan inestimable tesoro, porque no quedase por Vos, lo que nosotros granjeando con El podemos ganar con Vos, Padre piadoso.

¡Oh ánimas bienaventuradas, que tan bien os supistes aprovechar, y comprar heredad tan deleitosa y permaneciente con este precioso precio!, decidnos: ¿cómo granjeábades con él bien tan sin fin? Ayudadnos, pues estáis tan cerca de la fuente; coged agua para los que acá perecemos de sed.

XIV

¡Oh, Señor y verdadero Dios mío! Quien no os conoce, no os ama. ¡Oh qué gran verdad es ésta! Mas ¡ay dolor! (1) ¡ay dolor! Señor, de los que no os quieren conocer! Temerosa cosa es la

1 Aquí termina la copia de Granada.

hora de la muerte. Mas ¡ay, ay, Criador mío! ¡Cuán espantoso será el día adonde se haya de ejecutar vuestra justicia! Considero yo muchas veces, Cristo mío, cuán sabrosos, y cuán deleitosos se muestran vuestros ojos a quien os ama, y Vos, bien mío, queréis mirar con amor. Paréceme que sola una vez deste mirar tan suave a las almas que tenéis por vuestras, basta por premio de muchos años de servicio. ¡Oh, válame Dios, qué mal se puede dar esto a entender, si no a los que ya han entendido cuán suave es el Señor! (1).

¡Oh, cristianos, cristianos! mirad la hermandad que tenéis con este gran Dios; conocelde (2) y no le menospreciéis; que ansí como este mirar es agradable para sus amadores, es terrible, con espantable furia, para sus perseguidores. ¡Oh, que no entendemos que es el pecado una guerra campal contra Dios de todos nuestros sentidos y potencias del alma!; el que más puede, más traiciones inventa contra su Rey. Ya sabéis, Señor mío, que muchas veces me hacía a mí más temor acordarme si había de ver vuestro divino rostro airado contra mí en este espantoso día del juicio final, que todas las penas y furias del infierno que se me representaban, y os suplicaba me valiese vuestra misericordia de cosa tan lastimosa para mí, y ansí os lo suplico ahora, Señor. ¿Qué me puede venir en la tierra que llegue a esto? Todo junto lo quiero, mi Dios, y líbrame de tan grande aflición; no deje yo mi Dios, no deje de gozar de tanta hermosura en paz; vuestro Padre nos dió a Vos, no pierda yo, Señor mío, joya tan preciosa. Confieso, Padre Eterno, que la he guardado mal; mas aun remedio hay, Señor, remedio hay, mientra vivimos en este destierro.

¡Oh, hermanos, oh hermanos y hijos deste Dios! Esforcémonos, esforcémonos, pues sabéis que dice Su Majestad que en pesándonos de haberle ofendido, no se acordará de nuestras culpas y maldades. ¡Oh piedad tan sin medida! ¿Qué más queremos? ¿Por ventura hay quien no tuviera vergüenza de pedir

1 Ps. XXXIII, 9.
2 Metátesis de conocedle, que Fr. Luis de León respeta en la Santa.

tanto? Ahora es tiempo de tomar lo que nos da este Señor piadoso y Dios nuestro; pues quiere amistades, ¿quién las negará a quien no negó derramar toda su sangre y perder la vida por nosotros? Mirad que no es nada lo que pide, que por nuestro provecho nos está bien el hacerlo.

¡Oh, válame Dios, Señor! ¡Oh qué dureza! ¡Oh qué desatino y ceguedad! Que si se pierde una cosa, una aguja, o un gavilán, que no aprovecha de más de dar un gustillo a la vista de verle volar por el aire, nos da pena, ¡y que no la tengamos de perder esta águila caudalosa de la majestad de Dios y un reino que no ha de tener fin el gozarle! ¿Qué es esto? ¿qué es esto? Yo no lo entiendo. Remediad, Dios mío, tan gran desatino y ceguedad.

XV

¡Ay de mí, ay de mí, Señor! Que es muy largo este destierro, y pásase con grandes penalidades del deseo de mi Dios. Señor, ¿qué hará un alma metida en esta cárcel? ¡Oh, Jesús, qué larga es la vida del hombre, aunque se dice que es breve! Breve es, mi Dios, para ganar con ella vida que no se puede acabar; más muy larga para el alma que se desea ver en la presencia de su Dios. ¿Qué remedio dais a este padecer? No le hay, si no cuando se padece por Vos.

¡Oh mi suave descanso de los amadores de mi Dios!; no faltéis a quien os ama, pues por Vos ha de crecer y mitigarse el tormento que causa el Amado a el alma que le desea. Deseo yo, Señor, contentaros, mas mi contento bien sé que no está en ninguno de los mortales; siendo esto ansí, no culparéis a mi deseo. Veisme aquí, Señor; si es necesario vivir para haceros algún servicio, no rehuso todos cuantos trabajos en la tierra me puedan venir, como decía vuestro amador San Martín (1).

1 Expresa la Santa este mismo pensamiento en las Moradas Sextas, c. VI, p. 139.

Mas ¡ay dolor! ¡ay dolor de mí, Señor mío! que él tenía obras, y yo tengo solas palabras, que no valgo para más. Valgan mis deseos, Dios mío, delante de vuestro divino acatamiento, y no miréis a mi poco merecer. Merezcamos todos amaros, Señor; ya que se ha de vivir, vívase para Vos, acābense ya los deseos y intereses nuestros: ¿qué mayor cosa se puede ganar que contentaros a Vos? ¡Oh, contento mío y Dios mío! ¿qué haré yo para contentaros? Miserables son mis servicios, aunque hiciese muchos a mi Dios; ¿pues para qué tengo de estar en esta miserable miseria? Para que se haga la voluntad del Señor. ¿Qué mayor ganancia, ánima mía? Espera, espera, que no sabes cuando verná el día ni la hora. Vela con cuidado, que todo se pasa con brevedad, aunque tu deseo hace lo cierto, dudoso, y el tiempo breve, largo. Mira que mientra más peleares, más mostrarás el amor que tienes a tu Dios, y más te gozarás con tu Amado con gozo y deleite, que no puede tener fin.

XVI

¡Oh, verdadero Dios y Señor mío! Gran consuelo es para el alma que le fatiga la soledad de estar ausente de Vos, ver que estáis en todos cabos; mas cuando la reciedumbre del amor y los grandes ímpetus de esta pena crece, ¿qué aprovecha, Dios mío, que se turba el entendimiento, y se asconde la razón para conocer esta verdad, de manera que no se puede entender ni conocer? Sólo se conoce estar apartada de Vos, y ningún remedio admite; porque el corazón que mucho ama, no admite consejo ni consuelo, si no del mesmo que le llagó; porque de ahí espera que ha de ser remediada su pena. Cuando vos queréis, Señor, presto sanáis la herida que habéis dado; antes no hay que esperar salud ni gozo, si no el que se saca de padecer tan bien empleado.

¡Oh, verdadero Amador! ¡Con cuánta piedad, con cuánta

suavidad, con cuánto deleite, con cuánto regalo y con qué grandísimas muestras de amor curáis estas llagas, que con las saetas del mesmo amor habéis hecho! ¡Oh, Dios mío, y descanso de todas las penas, qué desatinada estoy! ¿Cómo podía haber medios humanos que curasen los que ha enfermado el fuego divino? ¿Quién ha de saber hasta dónde llega esta herida, ni de qué procedió, ni cómo se puede aplacar tan penoso y deleitoso tormento? Sin razón sería tan precioso mal poder aplacarse por cosa tan baja, como es los medios que pueden tomar los mortales. Con cuanta razón dice la Esposa en los Cantares: *Mi Amado a mí, y yo a mi Amado, y mi Amado a mí* (1); porque semejante amor no es posible comenzarse de cosa tan baja como el mío.

Pues si es bajo, Esposo mío, ¿cómo no para en cosa criada hasta llegar a su Criador? ¡Oh, mi Dios! ¿por qué yo a mi Amado? Vos mi verdadero Amador, comenzáis esta guerra de amor, que no parece otra cosa un desasosiego y desamparo de todas las potencias y sentidos, que salen por las plazas y por los barrios, conjurando a las hijas de Jerusalén que le digan de su Dios (2). Pues, Señor, comenzada esta batalla, ¿a quién han de ir a combatir, si no a quien se ha hecho señor desta fortaleza adonde moraban, que es lo más superior del alma, y echádolas fuera a ellas, para que tornen a conquistar a su conquistador? Y ya, cansadas de haberse visto sin El, presto se dan por vencidas, y se emplean perdiendo todas sus fuerzas, y pelean mejor; y, en dándose por vencidas, vencen a su vencedor.

¡Oh, ánima mía! ¡Qué batalla tan admirable has tenido en esta pena, y cuán al pie de la letra pasa ansí! Pues *mi Amado a mí, y yo a mi Amado*: ¿quién será el que se meta a despartir (3) y a matar dos fuegos tan encendidos? Será trabajar en balde, porque ya se ha tornado en uno.

---

1 *Cant.*, II, 16.
2 *Cant.*, III, 2.
3 Separar, dividir.

XVII

¡Oh, Dios mío, y mi sabiduría infinita, sin medida y sin tasa y sobre todos los entendimientos angélicos y humanos! ¡Oh, Amor, que me amas más de lo que yo me puedo amar, ni entiendo! ¿Para qué quiero, Señor, desear más de lo que Vos quisiéredes darme? ¿Para qué me quiero cansar en pediros cosa ordenada por mi deseo, pues todo lo que mi entendimiento puede concertar, y mi deseo desear, tenéis Vos ya entendido sus fines, y yo no entiendo cómo me aprovechar? En esto que mi alma piensa salir con ganancia, por ventura estará mi pérdida. Porque, si os pido que me libréis de un trabajo, y en aquél está el fin de mi mortificación, ¿qué es lo que pido, Dios mío? Si os suplico me le deis, no conviene por ventura a mi paciencia, que aun está flaca, y no puede sufrir tan gran golpe; y si con ella le paso, y no estoy fuerte en la humildad, podrá ser que piense he hecho algo, y hacéislo Vos todo, mi Dios. Si quiero padecer más, no querría en cosas en que parece no conviene para vuestro servicio perder el crédito, ya que por mí no entienda en mí sentimiento de honra, y podrá ser que por la mesma causa que pienso se ha de perder, se gane más para lo que pretendo, que es serviros.

Muchas cosas más pudiera decir en esto, Señor, para darme a entender que no me entiendo; mas, como sé que las entendéis, ¿para qué hablo? Para que cuando veo despierta mi miseria, Dios mío, y ciega mi razón, pueda ver si la hallo aquí en esto escrito de mi mano. Que muchas veces me veo, mi Dios, tan miserable, y flaca y pusilámine (1), que ando a buscar, qué se hizo vuestra sierva, la que ya le parecía tenía recebidas mercedes de Vos para pelear contra las tempestades deste mundo. Que

1 Fr. Luis de León corrige *pusilanime*.

no (1), mi Dios, no, no más confianza en cosa que yo pueda querer para mí; quered Vos de mí lo que quisiéredes querer, que eso quiero, pues está todo mi bien en contentaros. Y si Vos, Dios mío, quisiéredes (2) contentarme a mí, cumpliendo todo lo que pide mi deseo, veo que iría perdida.

¡Qué miserable es la sabiduría de los mortales, y incierta su providencia! (3). Proveed Vos por la vuestra los medios necesarios, para que mi alma os sirva más a vuestro gusto que al suyo. No me castiguéis en darme lo que yo quiero u deseo, si vuestro amor (que en mí viva siempre), no lo deseare. Muera ya este yo, y viva en mí otro que es más que yo, y para mí mejor que yo, para que yo le pueda servir. El viva y me dé vida; El reine, y sea yo su cativa que no quiere mi alma otra libertad (4). ¿Cómo será libre el que del Sumo estuviere ajeno? ¿Qué mayor ni más miserable cativerio que estar el alma suelta de la mano de su Criador? Dichosos los que con fuertes grillos y cadenas de los beneficios de la misericordia de Dios se vieren presos e inhabilitados para ser poderosos para soltarse. Fuerte es como la muerte el amor, y duro como el infierno (5). ¡Oh quién se viese ya muerto de sus manos, y arrojado en este divino infierno, de donde (6) ya no se esperase poder salir, o por mejor decir, no se temiese verse fuera! Mas ¡ay de mí, Señor, que mientra dura esta vida mortal, siempre corre peligro la eterna!

¡Oh vida (7) enemiga de mi bien, y quién tuviese licencia de acabarte! ¡Súfrote, porque te sufre Dios; manténgote porque eres suya; no me seas traidora ni desagradecida! Con todo esto, ¡ay de mí, Señor! que mi destierro es largo: breve es todo tiempo para darle por vuestra eternidad; muy largo es un solo día, y una hora para quien no sabe y teme si os ha de ofender. ¡Oh (8) libre albedrío, tan esclavo de tu libertad, si no vives

1 Aquí da comienzo el segundo fragmento de S. Ana de Madrid.
2 La edición príncipe *Quisiéssedes*.
3 Sap., IX, 14.
4 Aquí termina el fragmento.
5 *Cant.*, VIII, 6.
6 Repítense estas palabras en la edición príncipe.
7 Aquí comienza el tercer fragmento de letras pegadas de las Carmelitas de Madrid.
8 Con esta palabra comienza el fragmento compuesto de letras de la Santa, que conservan las Carmelitas Descalzas de S. José de Guadalajara.

enclavado con el temor y amor de quien te crió! ¡Oh, cuándo será aquel dichoso día, que te has de ver ahogado en aquel mar infinito de la suma verdad, donde ya no serás libre para pecar (1), ni lo querrás ser, porque estarás seguro de toda miseria, naturalizado con la vida de tu Dios! (2).

El es bienaventurado, porque se conoce y ama y goza de sí mismo, sin ser posible otra cosa; no tiene, ni puede tener, ni fuera perfeción de Dios poder tener libertad para olvidarse de sí y dejarse de amar. Entonces, alma mía, entrarás en tu descanso, cuando te entrañares con este sumo Bien, y entendieres lo que entiende, y amares lo que ama, y gozares lo que goza. Ya que vieres perdida tu mudable voluntad, ya, ya no más mudanza; porque la gracia de Dios ha podido tanto, que te ha hecho particionera de su divina naturaleza con tanta perfeción, que ya no puedas, ni desees poder olvidarte del sumo Bien, ni dejar de gozarle junto con su amor.

Bienaventurados los que están escritos en el libro desta vida. Mas tú, alma mía, si lo eres, ¿por qué estás triste y me conturbas? (3). Espera en Dios, que aun ahora me confesaré a El mis pecados y sus misericordias, y de todo junto haré cantar de alabanza con sospiros (4) perpetuos al Salvador mío y Dios mío. Podrá ser venga algún día cuando le cante mi gloria (5), y no sea compungida mi conciencia, donde ya cesarán todos los suspiros y miedos; mas, entretanto, en esperanza y silencio será mi fortaleza (6). Más quiero vivir y morir en pretender y esperar la vida eterna, que poseer todas las criaturas y todos sus bienes, que se han de acabar. No me desampares, Señor, porque en Ti espero no sea confundida mi esperanza (7); sírvate yo siempre, y haz de mí lo que quisieres.

---

1 Con esta palabra termina el fragmento de Guadalajara, seguida de una firma de la Santa, también de letras cortadas de algún autógrafo suyo.
2 Aquí termina el fragmento de Madrid.
3 Ps. XLI, 12.
4 Así se lee en la edición príncipe, aunque un poco más abajo se lee *suspiros*.
5 Ps. XXIX, 13.
6 Is. XXX,. 15.
7 Ps. XXX, 1.



APENDICES

FRAGMENTOS DE LOS

CONCEPTOS DEL AMOR DE DIOS

SEGUN LA COPIA DE BAEZA (1).

JESUS, MARIA.—DECLARACION DE ALGUNOS VERSOS DEL LIBRO DE LOS CANTARES DE SALOMON, DE NUESTRA SANCTA MADRE TERESA DE JESUS, EN QUE MUESTRA CON LA ALTEÇA DE SU BUEN ESPIRITU, EL AMOR QUE EL CELESTIAL ESPOSO JESU-CHRISTO NUESTRO BIEN TIENE A LAS ALMAS ESPOSAS SUYAS, PARA LAS QUE DESEEN SUBIR A LA CUMBRE DE LA PERFEÇION (2).

Considerando, Dios y Señor mío, la alteça de vuestra divina Majestad, y la grandeça de vuestra summa bondad en comunicaros tan familiarmente a las viles criaturas, no sé cómo de admiraçión no salen de sí y procuran con todas sus fuerzas vuestra graçia y amistad,

---

1 La Santa no puso capítulos a este escrito suyo, y sin ellos están los códices antiguos que conocemos. Los dos primeros párrafos de esta copia corresponden al capítulo I, según la división hecha por el P. Gracián.

2 En la Introducción dimos noticia particular de este antiguo códice de *Los Conceptos*, que se guardaba en otro tiempo en nuestro colegio de S. Basilio de Baeza. Perdido el original, lo publicamos conforme a la copia sacada en 1759, la cual, convenientemente legalizada, se destinó al Archivo general de los Carmelitas Descalzos de Madrid, y de aquí pasó a la Biblioteca Nacional, Ms. 1.400. Precede a la copia, el siguiente atestado notarial: «Pedro Joseph López Ximénez, Vecino de esta Ciudad de Baeza y Notario público por Authoridad Apostólica y Ordinaria en estos Reynos de España: Certifico, doy fe y verdadero testimonio a los que el presente vieren, que estando en la Librería segunda del Colegio de San Basilio Magno, Orden de Carmelitas Descalzos de esta misma Ciudad, el M. R. P. Fr. Joseph Miguel del Niño Jesús, Rector del expressado Colegio, abrió vna capsela de dos puertas, en cuya parte exterior se lee este título: *Archivo de papeles antiguos de este Colegio*, y de ella sacó por su mano, y exhibió ante mí, un libro manuscripto, de folio 8, con cubierta de tafetán pajizo, que en su primera tabla muestra el Nombre de JHS., y en la segunda el de María, grabado uno y otro con labor de seda; y abierto el enunciado manuscripto, se ve dar principio desde la foja 1 útil, con este título: *Jesús, Maria. Exposición sobre el Libro de los Cantares, en que se declaran los divinos amores de Jesuchristo çelestial Esposo con el alma fiel, su muy dulçe y chara Esposa, para las que desean alcançar estos espirituales y castíssimos amores y subir a la cumbre de la perfeçión.* Y siguiendo, sin expressar su author, una explicación muy devota del Libro, que re-

viendo que no sólo regaláys al alma haçiéndoos manjar y comida suya, sino que gustáys de ser tratado della como tierno y querido Esposo, y que llegue a pediros ser besada con el beso de vuestra dulçe y divina boca. Y para comunicarle vuestros dones y merçedes, le habláys y enseñáys con tanto cuydado para atraerla a vuestro divino amor; y son palabras las que soléys hablar interiormente a las almas para que reconozcan sus faltas y miserias, y procuren despegarse de las cosas de la tierra, que sólo él oyrlas, haçe temer, porque traen gran majestad consigo. Harta traéys vos, Señor, en el santíssimo Sacramento; sino que como los miserables herejes y malos christianos no tienen la fee viva, sino muerta, estos tales ven os tan humilde debajo de espeçies de pan y que no les habláys nada, porque no lo mereçen éstos oyr, por esso se atreven a hablar contra vos.

Assi que estas palabras verdaderamente pondrían temor en sí, si estubiesse en sí quien las diçe, tomada sola la letra; mas a quien vuestro amor, Señor mío, ha sacado de sí, bien perdonaréys que diga esso y más, aunque sea atrevimiento. Y assí, pues este beso de vuestra boca significa paz y amistad, ¿porque no os pedirán las almas la tengáys con ellas? ¿Que mejor cosa, veamos, podemos pedir que lo que os pido, Señor mío, que me déys esta paz con el beso de vuestra boca? Esta, hijas mías, es altíssima petiçión, como después os diré (1).

* * *

Dios os libre de muchas maneras de paz que tienen los mundanos; nunca Dios nos la deje probar, que es para guerra perpetua. Quando vno de los del mundo piensa que está muy quieto, andando metido en grandes pecados, y tan sossegado en sus viçios, que nada le remuerde la conçiençia; esta paz ya avréys leydo, que es señal que el demonio y él están amigos; mientras viven, no les quiere dar guerra, porque según son malos, por huyr della, y no por amor de Dios, se tornarían algo a él. Mas los que van por aquí, nunca duran en serbirle. Luego como el demonio lo entiende, vuélveles a dar gusto a su plaçer, y tórnanse a su amistad, hasta que los tiene adonde les da a entender quán falsa era su paz. En éstos no ay que hablar; allá se lo aygan, que yo espero en el Señor, no se hallará entre vosotras tanto mal; aunque podría el demonio començar por otra paz en pocas cosas, y siempre, hijas, mientras vivimos, nos hemos de temer.

---

fiere en 20 fojas, que se hallan al principio sin numerar, y otras 299 en que se veen numerados los folios, concluye con la terminación siguiente: «Se acabó de escribir este Libro día de su glorioso Esposo Joseph (acaba de hablar de la Virgen nuestra Señora), año de 1608. Vivid alma mía en perpetuo agradecimiento a tan gran Señor y a tan gran amador. E inmediatamente, dejando en blanco dos fojas, continúa (con letra al parecer de la misma mano), desde la 302 hasta la mitad de la buelta de la 327, otro distinto Tratado, que tiene el título, y es puntualmente a la letra del tenor siguiente».

1 En el párrafo siguiente comienza el c. II.

Quando la religiosa comiença a relaxarse en vnas cosas que en sí pareçen poco, y perseverando en ellas mucho, no le remuerde la conçiençia, es muy mala paz, y de aquí puede el demonio traerla a otra muy malíssima. Assí como es un quebrantamiento de una constituçión, que en sí no es pecado, como no andar vno con cuydado en lo que manda el prelado, aunque no sea con maliçia (pues está, en fin, en lugar de Dios), y es bien siempre, que a esso venimos a la religión, a andar mirando lo que quiere; y otras cosillas muchas que se ofreçen, que en sí no pareçen pecado, que en fin ay faltas, y halas de aver, que somos miserables. No digo yo que no; lo que digo es, que sientan quando se haçen, y entiendan que hiçieron faltas; porque si no, como digo, desto se puede el demonio alegrar, y poco a poco yrse el alma haçiendo insensible destas cosillas. Y yo os digo, hijas, que quando esto llegare a pasar, que no es pequeño mal, y no digo más porque temo passar adelante. Por esso miraos mucho, por amor de Dios; guerra ha de aver en esta vida, porque con tantos enemigos no es raçón estarnos mano sobre mano, sino que siempre ha de aver cuydado, de como andamos en lo interior y exterior.

Yo os digo, que ya que en la oraçión os haga el Señor merçedes y os dé lo que después diré, que salidas de allí, no os falten estropieçillos, y mill ocasionçillas, quebrantar con descuydo lo vno, no haçer bien lo otro, turbaçiones interiores y tentaçiones. No digo que ha de ser esto siempre o muy ordinario: es grandíssima merçed del Señor; y ansí se adelanta el alma. No es possible ser aquí ángeles, que no es nuestra naturaleza. Y es ansí que no me turba alma quando la veo con grandíssimas tentaçiones, que si ay amor y temor de nuestro Señor, ha de salir con mucha ganançia, ya lo sé. Y si la veo andar siempre quieta, y sin ninguna guerra (que he visto algunas), que aunque no las veya ofender a nuestro Señor, siempre me trayan con miedo, nunca acabo de assegurarme, y procuro probarlas y tentarlas, si puedo, ya que no lo haçe el demonio, para que vean lo que son. Pocas he hallado; mas es possible, ya que el Señor llegue a esta alma a mucha contemplaçión.

Son modos de proçeder, y estánse en vn contento ordinario interior, aunque, tengo para mí, que no se entienden, y apurado lo veo, (algunas veces tienen sus guerrillas), sino que son pocas. Mas es ansí que yo no he invidia a estas almas, y que lo he mirado con aviso. Y me pareçe que se adelantan mucho, y assí no me asseguro dellas; mas las que andan con la guerra dicha, tener buena oraçión y caminar a la perfeçión, según acá podemos entender. Dexemos almas que están ya tan aprovechadas y tan mortificadas, después de aver passado por muchos años esta guerra; y como ya muertas al mundo, las demás sienten ordinariamente paz, mas no de manera que no sientan las faltas que haçen, y les dé mucha pena.

Assi que, hijas, por muchos caminos lleva el Señor; mas siempre os temed, como he dicho, quando no os doliere algo la falta que hiçiéredes; que de pecado, aunque sea venial, ya se entiende que os ha de llegar al alma, como, gloria a Dios, creo lo sentís agora. Notad vna cosa, y esto se os acuerde por amor de mi. Si vna persona está viva, por poquito que la lleguen con vn alfiler ¿no lo sien-

te, o vna espinita por pequeña que sea? Pues si el alma no está muerta, sino que tiene vivo el amor de dios, ¿no es merçed muy grande suya, que cualquier cosita que se haga contra lo que avemos professado y estemos obligadas, se sienta, como es raçón? O que es esto haçer la cama a su divina majestad de rosas y flores en el alma, que vive con este cuydado, y es impossible que deje de venir a regalarse con ella, aunque sea tarde. Válame Dios, ¿qué haçemos los religiosos en el monasterio? ¿a qué dexamos el mundo? ¿a qué venimos? ¿en qué mejor nos podemos emplear que en haçer aposentos en nuestras almas a nuestro Esposo y llegarnos a tiempo, que le podamos deçir que nos dé el beso de su boca? Venturosa será la que tal petiçión hiçiere, y que quando venga el divino Esposo no halle su lámpara muerta, y de harto de llamar se torne. ¡O, hijas mías, que tenemos gran estado, y no hay quien nos quite de deçir esta palabra a nuestro Esposo, pues le reçibimos por tal en la professión, sino nosotras mismas!

Entiéndanme las almas, de las que fueren escrupulosas, que no hablo por alguna falta alguna vez, o faltas, que no todas se pueden entender, ni aun sentir siempre; sino con quien las haçe muy ordinarias, sin haçer caso, pareçiéndole nada, y no la remuerde ni procura enmendarse désta. Vuelvo a decir, que es peligrosa paz, y que estéys muy advertidas della. Pues ¿qué será de los que la tienen en mucha relaxación de su regla? No plegue a Dios que haya ninguna. De muchas maneras la debe dar el demonio, porque lo permite Dios por nuestros pecados: no ay para qué tratar desto; mas esto poquito os he querido advertir para que andéys con aviso. Vamos ya a la amistad y paz que nos comiença a mostrar el señor en la oraçión, y diré lo que su majestad me diere a entender, como quien desea tanto vuestro aprovechamiento espiritual.

Aunque me ha pareçido será bien deciros primero vn poquito de la paz que da el mundo, y nos da nuestra misma sensualidad y carne; porque aunque esté en muchas partes mejor escrito que yo lo diré, quizá no ternéis con qué comprar los libros, pues soys pobres, ni quien os haga limosna dellos; y esto estase en casa, y veese aquí junto. Podríase vno engañar en la paz que da el mundo por muchas maneras. De algunas que diga, sacaréys las demás.

Ya con riqueças que si tienen bien lo que han menester y muchos dineros en el arca, como se guarden de haçer pecados graves, todo les pareçe que está hecho. Goçanse de lo que tienen, dan vna limosna de quando en quando, y no miran que aquellos bienes no son suyos, sino que se los dió el Señor como a mayordomos y despenseros suyos, para que repartan con los pobres, y que se les ha de tomar estrecha quenta del tiempo que lo tuvieron sobrado en el arca, suspendido y entretenido a los pobres, si ellos están padeçiendo neçessidad. Esto no nos haçe a nosotras al caso más de que para que supliquemos al Señor les dé luz para que no se estén en este embebeçimiento y les acaezca lo que al rico abariento, y para que alabéys a su majestad que os hiço pobres y lo tengáys por particular merced suya.

¡O, hijas mías, y qué gran descanso es no tener estas cargas, aun

para descansar acá! Que para el día del fin, no lo podréys acabar de pensar ni imaginar. Son esclavos estos tales, y vosotras señoras; aun por esto lo veréys: ¿Quién tiene más descanso, vn caballero que le ponen en la mesa todo quanto ha de comer y le dan todo quanto ha de vestir, o su mayordomo, que le ha de dar quenta hasta de vn maravedí? El Señor gasta sin tasa, como de bienes suyos; y el pobre mayordomo es el que lo passa, y mientras más haçienda, más ha de estar desvelándose, quando ha de dar quenta; en espeçial, si es de muchos años y se descuida vn poco, es el alcançe mucho; no sé como se sossiega.

No passéys por esto, hijas, sin alabar mucho a nuestro Señor, y siempre ir adelante en lo que ahora haçéys en no posseer nada en particular ninguna, quando sin cuydado comemos lo que nos embía el Señor, y como le tiene su majestad de que no nos falte nada, no tenemos que dar quentas de lo que nos sobra, y él tiene quenta de que no aya cosa que nos le ponga, y de repartirlo.

Lo que es menester, hijas, es contentarnos con poco, que no hemos de querer tanto como los que dan estrecha quenta, como la ha de dar qualquier rico, aunque no la tenga él acá, sino que la tengan sus mayordomos. Y ¡quán estrecha!; si lo entendiesse, no comería con tanto contento, ni se daría a gastar lo que tiene en cosas impertinentes y de vanidad. Assí vosotras, hijas, siempre mirad con lo más pobre que pudiéredes passar, assí de manjares como de vestidos; porque, si no hallaréysos engañadas, que no os lo dará Dios y estaréys descontentas, procurando siempre cómo agradar más a su divina majestad, de manera, que no comáys lo que es de los pobres, sin serbirlo, aunque mal se puede serbir el sossiego y descanso que os da el Señor en no tener cuydado con dar quenta de riqueças. Bien sé que lo entendéys, mas es menester que le deys a tiempos por ello muchas gracias.

De la paz que da el mundo en honras, no tengo para qué os decir nada, que los pobres nunca son muy honrados (1); mas en lo que os puede haçer gran daño es en la alabanças, si no tenéys aviso, porque nunca acaba de que comiença, para después abajaros más, que es esto muy ordinario; y en lo que os puede haçer más daño el mundo, es en deçir que soys vnas santas, con palabras tan encareçidas, que pareçe los enseña el demonio. Y assí debe ser a veces, porque si lo dixessen en ausencia, passaría, mas en presencia ¿qué fruto puede tener, sino mucho daño, si no andáys con aviso.

Por amor de Dios os pido, que nunca os paçifiquéys con estas palabras, que poco a poco os podrán haçer daño y venir a creer que dicen verdad, y a pensar que ya está todo hecho y que lo avéys trabajado. Vosotras nunca dexéys passar palabra sin que os mueva guerra y contradiçión en vuestro interior, que con facilidad se haçe, si procuráys haçer costumbre. Acordaos quál paró el mundo a nuestro Señor, y quán ensalçado le tuvo el día de ramos, y mirad en la estima en que tenía a sant Juan Baptista que le querían tener por Mesías, y quánto se abatió él, y luego por quán poco le descabeçaron.

1 Véase la nota tercera de la pág 223.

Jamás el mundo ensalça si no para abajar, si son hijos de Dios los ensalçados. Yo tengo harta experiencia desto. Solía afligirme mucho de ver tanta ceguedad en estas alabanças; ya me río dellas, como si oyesse hablar a vn loco. Acordaos de vuestros pecados, y puesto que en alguna cosa os digan verdad, advertid que no es vuestro, y que estáys obligadas a serbir más. Despertad temor en vuestra alma para que no se ciegue en esse beso de tal falsa paz que da el mundo: creed que es la de Judas; aunque algunos no lo digan con essa intençión, el demonio está mirando, que podrá llevar despojo si no os defendéys. Creed que es menester aquí estar con la espada en la mano de la consideraçión; aunque os parezca no os haçe daño, no os fiá de esso. Acordaos quántos estuvieron en la cumbre y están en el profundo. No ay seguridad mientras vivimos en carne mortal, sino que, por amor de Dios, hermanas, que siempre salgáys con guerra interior destas alabanças, porque assí saldréys con ganancia de humildad, y el demonio, que está a la mira de vos, y el mundo, quedarán confusos y corridos.

De la paz y daño que con ella nos puede hacer nuestra carne, avía mucho que decir. Advertiros he algunos provechos, y por ay, sacaréys lo demás. Es la carne muy amiga de regalos, ya lo veys, y ay grande peligro en pacificarse con ellos. ¡O si lo entendiéssemos! Yo lo pienso muchas veces y no puedo acabar de entender cómo ay tanto sosiego y paz en las personas muy regaladas. ¿Por ventura mereçía el cuerpo santísimo de nuestro celestial Esposo Jesús menos regalos que los nuestros? O ¿avía hecho por qué padeçer tantos trabajos? ¿Hemos leydo de santos aver tenido vida regalada? ¿De dónde viene este sosiego en ella? ¿Quién nos ha dicho qué es la buena? ¡Qué es esto, que tan sosegadamente se passan los días con comer bien y dormir y buscar recreaciones y todos los regalos y descansos que pueden, que me dejan como abobada de mirarlo! Que no parece que ha de aver otro mundo y que en aquello ay el menor peligro dél.

¡O, hijas, si supiésedes el grande mal que aquí está ençerrado! El cuerpo engorda, y el alma enflaqueçe; que si la viéssemos nos pareçería que ya iba a espirar. En muchas partes hallaréys escrito el grande mal que ay en paçificarse en esto, que aun si entendiessen que es malo, teníamos esperança de remedio; mas temo no les pasa por el pensamiento. Como se vsa tanto, no me espanto. Yo os digo, que aunque en esto su carne sosiega, que por mill partes tengan guerra si se han de salvar, y valdríales más entenderse y tomar la penitencia poco a poco, que nó aguardar a que les venga por junto. Esto he dicho porque alabéys mucho a Dios, hijas, de estar adonde aunque vuestra carne quiera pacificarse en esto, no pueda. Pero podría dañaros disimuladamente, que es con achaque de enfermedad, y avéys menester grande aviso en esto: que vn día os hará mal tomar la disciplina, y de aquí a ocho por ventura no; y otra vez no traer lienzo por algunos días, y no lo avéys de tomar para de contino; y otra vez comer pescado, y si se acostumbra, háçese el estomago, y no le haçe daño. Y pareçeros ha que tenéys tanta flaqueça, que no podéys pasar sin comer carne, y con no ayunar algún

día, basta para essa flaqueça. De todo esto y de mucho más tengo esperiencia, y no se entiende que va mucho en haçer estas cosas, aunque no aya mucha necessidad de ellas. Lo que digo, es que no nos soseguemos en lo que es relaxaçión, sino que probemos algunas veces; porque yo sé que esta carne es muy falsa y es menester entenderla. El Señor nos dé luz para todo por su bondad; gran cosa es la discreción y fiar de los superiores y no de nosotras.

Volviendo, pues, al propósito, señal es, que pues la esposa señala la paz que pide diciendo: *béseme con el beso de su boca,* que otras maneras de paçes y de haçer amistad tiene el Señor. Quiéroos ahora decir algunas, para que veáys qué petición es ésta tan alta, y la diferençia que ay de vno a otro. ¡O gran Dios y Señor nuestro, y qué tan profunda es vuestra sabiduría! Bien pudiera decir la esposa: *béseme,* y paréçeme que concluya su petiçión con menos palabras. Pues ¿por qué señala con el beso de su boca? Pues a buen seguro que no ay letra de más. Yo no lo entiendo, mas diré algo sobre esto. Poco va que no sea a este propósito, como he dicho, si dello nos aprovechamos. Assí que de muchas maneras trata paz el rey nuestro, y amistad con las almas, como lo vemos cada día, assí en la oración como fuera della; sino que nosotras la tenemos con su majestad de pelillo (1), como dicen. Miremos, hijas, en lo que está el punto para que podáys pedir lo que la esposa, si el Señor os llegare a él, si no desmayáys; que con cualquiera amistad que tengáys con Dios, quedáys harto ricas, si no falta por vosotras. Mas es para lastimar y dolernos mucho, los que por nuestra culpa no llegamos a esta tan subida y esçelente amistad, y nos contentamos con poco.

¡O, Señor, y no nos acordaríamos que es mucho el premio y sin fin, y que llegadas ya a tan grande amistad acá, no nos le dé el Señor, y que muchos se queden al pie del monte, que pudieran subir a la cumbre! En otras cosillas que os he escrito, os he dicho también acerca desto, y os lo torno ahora a deçir y rogar, que siempre vuestros pensamientos vayan levantados y animosos, que de aquí verná que el Señor os dé gracia, para que lo sean las obras. Creed que va mucho en esto, pues ay vnas personas que han alcançado ya la amistad del Señor, porque confessaron bien sus pecados, y se arrepintieron; mas no pasan dos días que no tornan a ellos. A buen seguro que no es ésta la amistad que por el beso pide la esposa. Siempre, hijas, procurad no ir al confessor cada vez a decir vna misma falta.

Verdad es, que no podemos dexar de tenellas; pero siquiera múdense, porque no hechen rayçes, que serán malas de arrancar, y aun podrá ser venir dellas a naçer otras muchas. Que si vna yerba o arbolillo ponemos y cada día le regamos, que tal se parará tan grande, que para arrancarle después sea menester pala y açadón. Assí me pareçe que es haçer cada día vna falta, por pequeña que sea, si no nos enmendamos en ella; y si vn día o diez se pone, es fácil luego de la arrancar. En la oraçión la avéys de pedir al Señor, que de nosotras nada podemos, antes añadiremos que no qui-

1 Cfr. nota primera de la pág. 251.

temos. Mirad que en aquel espantoso juycio de la ora de la muerte, no se nos hará pequeño, en especial a las que tomó por esposas el soberano Juez en esta vida.

¡O grande dignidad la nuestra, digna de espantarnos y para andar con diligencia contentando a este Señor y rey nuestro! Mas ¡qué mal pagan estas personas el amistad, pues tan presto se tornan enemigos mortales! Por cierto, que es grande la misericordia de Dios: ¿qué amigo hallaremos tan sufrido? Y aun sola vna vez que acaezca esto entre dos amigos, apenas se quita de la memoria, ni de acabar de tener tan fiel amistad como antes. Pues ¿qué de veces serán las que faltan en la de nuestro Señor desta manera, y qué de años (1) y nos espera con tanto sufrimiento? Bendito seáys, Dios mío, que con tanta piedad nos lleváys, que pareçe que olvidáys vuestra grandeça para no castigar, como sería raçón, trayçión tan traydora como ésta. Peligroso estado me pareçe, porque aunque la misericordia de Dios es la que vemos, también vemos muchas veces morirse en él sin confessión. Libreos su majestad por quien él es, hijas, de estado tan peligroso.

Ay otra amistad, mayor que ésta, de personas que se guardan de ofender al Señor mortalmente; harto han alcançado los que han llegado aqui, según está el mundo. Estas personas, aunque se guardan de pecar mortalmente, no dejan de caer de quando en quando, a lo que creo; porque no se les da nada de pecados veniales, aunque hagan muchos al día, y assí están bien cerca de los mortales. Dicen: «¿de esso haçéis caso?» Y muchos que yo he oydo: «para esso ay agua bendita, y otros remedios que tiene nuestra madre la Iglesia». Cosa por cierto para lastimar mucho. Y assí, por amor de Dios, hijas, que tengáys grande aviso en esto de nunca os descuidar en haçer vn pecado venial, por pequeño que sea, con acordaros de que ay este remedio, y procuradle luego, esto sí.

Es gran cosa traer siempre la conçiençia tan limpia, que ninguna cosa os estorbe para pedir a nuestro Señor la perfecta y estrecha amistad que pide la esposa. A lo menos no es ésta que queda dicha; porque es muy sospechosa por muchas raçones, ya llegada a regalos, ya aparejada para mucha tibieza, y ni bien sabrán si es pecado venial o mortal el que hacen. Dios nos libre de tal amistad; porque con pareçerles que no tienen cosas de pecados grandes, como ven en otros, parece se aseguran; y éste no es estado de perfecta humildad juzgarlos por ruynes. Y podrá ser sean mejores, porque llorarán sus pecados, y con arrepentimiento, y por ventura con mejor propósito de la enmienda que ellos, que vendrán a no ofender a Dios, en poco ni en mucho. Estotros, con pareçerles no haçen ninguna cosa de aquéllas, toman más anchura para sus contentos; y éstos, por la mayor parte, ternán sus oraciones vocales, no muy bien rezadas, porque no lo llevan por tan delgado.

Ay otra manera de amistad y paz, que comiença a dar nuestro señor a vnas personas, que totalmente no le querrían ofender en nada, aunque no se apartan tanto de las ocasiones, tienen sus ratos de ora-

---

1 *Daños,* trasladó primero el copista, enmendándolo luego.

ción; dales nuestro Señor ternuras y lágrimas, mas no querrían ellos dejar los contentos de esta vida, sino tenerla buena y conçertada, que les pareçe que para vivir acá con descanso, les está bien aquélla. Esta vida trae consigo hartas mudanças, y arto será si duran en la virtud; porque no apartándose de los contentos y gustos del mundo, presto bolverán a aflojar en el camino del Señor, como ay grandes enemigos para nos le defender. No es ésta, hijas, la amistad que quiere y pide la esposa; tampoco ni vosotras la queráys. Apartaos siempre de qualquiera ocasionzita, por pequeña que sea, si queréys que vaya creciendo el alma, y vivir con más seguridad.

No sé para qué os voy diciendo estas cosas si no es para que entendáys los peligros que ay en no desviarnos con determinación de las cosas del mundo, porque ahorraríamos de artas culpas y de artos trabajos. Son tantas las vías por donde comiença nuestro Señor a tratar amistad con las almas, que sería nunca acabar, a lo que me pareçe, con ser muger; ¿qué harán los confessores y personas que las tratan más particularmente? Assí que algunas ay que me desatinan, que pareçe no les falta nada para ser amigas de Dios. En especial, os contaré vna que ha poco que traté muy particularmente. Ella era amiga de comulgar muy a menudo, y jamás decía mal de nadie, y gran ternura en la oración y continua soledad, porque se estaba en su casa de por sí; tan blanda de condiçión, que ninguna cosa que se le decía la hacía tener ira, que era arta perfeçión, no decía vna mala palabra. Nunca se avía casado, ni era ya de edad para ello, y avía pasado artas contradiçiones con esta paz; y como yo veya esto, pareçíame efectos de muy aventajada alma, y de muy alta oración, y preciábala yo mucho a los principios, porque no la veya haçer ofensa de Dios, y entendía se guardaba della.

Y tratada, començé a entender della que todo estaba pacífico, si no tocaba en interese; mas llegada aquí, no iba tan delgada la conciençia, sino bien gruesa. Entendí, que con sufrir todas las cosas desta suerte que le decían, tenía un punto de honra, que por su culpa no perdiera vn tanto o vn puntico de su honra y estima; tan embebida estaba en essa miseria que tenía, y con esto tan amiga de entender y saber lo vno y lo otro, que yo me espantaba cómo aquella persona podía estar vna hora sola, y bien amiga de su regalo. Todo esto haçía y lo doraba, diciendo que se libraba con esto de pecado. Y según las raçones que daba en algunas cosas, me pareçe pecara yo si se le juzgara (que en otros bien notorio era), aunque quizá por no se dar a entender bien. Me traya desatinada, y casi todos la tenían por santa. Puesto que vi que de las persecuçiones que ella contaba, debía de tener alguna culpa, y assí no tuve después invidia de su modo y santidad; sino que ella y otras dos almas, que he visto en esta vida, que ahora me acuerdo, santas en su pareçer, me ha hecho más temer que quantas pecadoras he visto, después que las trataba, y assí suplico a el Señor nos dé luz.

Alabalde, hijas, y mucho, pues os truxo a monasterios a donde por mucho que haga el demonio, no puede tanto engañar como a las que en sus casas se están; que ay almas que les pareçe que no les falta nada para bolar al cielo, porque en todo siguen la perfe-

çión, a su parecer, mas no hay quien las entienda; porque en los monasterios jamás he visto dejarse de entender, porque no han de hacer lo que quieren, sino lo que les mandan. Y acá, avnque verdaderamente se quieran entender ellas, porque, en efecto, desean contentar al Señor, no pueden; porque, en fin, haçen lo que haçen por su voluntad, y aunque algunas veces la contradigan, no se exercitan tanto en la mortificación. Dexemos algunas personas a quien muchos años ha nuestro Señor ha dado luz; que éstas procuran tener quien las entienda, y a quien se sujetar, y la grande humildad trae poca confiança de sí, aunque más letrados sean.

Otros ay que han dexado todas las cosas por el Señor, y ni tienen casa, ni haçienda, ni tampoco gustan de regalos, antes son muy penitentes, ni de las cosas del mundo, porque les ha dado ya el Señor luz de quán miserables son, más tienen mucha honra. Que no querrían haçer cosa que no fuesse tan bien a los hombres como al Señor: gran discreçión y prudencia. Y puédense arto mal conzertar siempre estas dos cosas; y es el mal, que casi, sin que ellos entiendan su imperfeçión, siempre pregonan más el partido del mundo que el partido de Dios. A estas almas, por la mayor parte, les lastima cualquier cosa que digan dellas y la temen; no abrazan la cruz, sino llévanla arrastrando, y assí los lastima, cansa y haçe pedaços; porque si es amada, es suave de llevar; esto es muy cierto.

No es tampoco ésta la amistad que pide la esposa; por esso, hijas mías, mirad mucho (pues avéys hecho lo que aquí digo al principio), no faltéis, ni os detengáys en lo segundo. Todo es cansançio para vosotras; si lo avéis dejado lo más, dejáys el mundo, los regalos y contentos y riqueças, que aunque falsos, en fin, aplaçen, ¿de qué teméys? Mirad que no lo entendéys, que por libraros de vn sinsabor que os pueden dar con vn dicho, os cargáys de mill cuydados y obligaçiones. Y son tantas las que ay, si queremos contentar a los del mundo, que no se sufre decirlas, por no me alargar, ni aun sabría.

Ay otras almas, y con esto acabo, que (por aquí, si vays advirtiendo, entenderéys muchas vías (1), por donde comiençan a aprovechar, y se quedan en el camino. Digo que ay otras, que ya tampoco se les da mucho de los dichos de los hombres, ni de la honra; mas no están exerçitadas en la mortificación, y en negar su propia voluntad, y assí no pareçe les sale el mundo (2) del cuerpo. Puestos en sufrir, pareçe que está ya todo acabado; mas en negocios graves de la honra del Señor, torna a revivir la suya; ellos no lo entienden; no les pareçe temen ya el mundo, sino a Dios. Peligros sacan, de lo que puede acaecer para haçer que vna obra virtuosa sea tornada en mucho mal, que pareçe que el demonio se los enseña; muchos años antes propheti̧çan lo que ha de venir, si es menester.

No son estas almas que harán lo que sant Pedro, de hecharse en el mar, ni lo que otros muchos santos. En su sosiego allegarán almas al Señor, mas no puniéndose en peligros; ni la fee obra mucho para sus determinaçiones. Una cosa he notado, que pocos vemos en el

1 *Vuestras*, dice por error de copia.
2 *Miedo*, dice la copia de Alba y la edición príncipe.

mundo, fuera de la religión, fiar de dios su mantenimiento; solas dos personas conozco yo. Que en la religión ya saben no les ha de faltar; aunque quien entró de veras por sólo Dios, creo no se le acordará desto. ¡Mas quántos avrá, hijas, que no dejaran lo que tenían, si no fuera por esta seguridad! Y porque en otras partes que he dado avisos, he hablado mucho destas almas pusilanimes, y dicho el grande daño que les haçe, y el grande bien que es tener grandes deseos, ya que no pueden las obras, no digo aquí más, aunque nunca me cansaría. Y pues, hijas mías, las llegó el Señor a tan alto estado, sírvanle con pecho varonil, y no se arrinconen, ni acobarden; que aunque sean religiosas, si no pueden aprovechar a los próximos, en especial mugeres, en la determinación grande y vivos deseos de la salvación de las almas, terná fuerça su oración, y aun por ventura querrá el Señor que en vida o en muerte aprovechen, como ahora el santo fray Diego, que era lego, y no haçía más de serbir; y después de tantos años muerto, resuscita el Señor su memoria, para que nos sea exemplo y dechado, para que con veras sirbamos y alabemos a su majestad.

Assí que, hijas mías, si el Señor os ha traydo a este estado, poco os falta para la amistad y paz que pide en el beso la esposa; no dexéys de pedirle con lágrimas muy continuas y fervorosos deseos. Haçed lo que pudiéredes de vuestra parte, para que os dé esta paz y amistad, aunque no es ésta la que pide aquí la esposa; aunque haçe arta merçed el Señor a quien llega a este estado, porque será con averse ya ocupado en mucha oraçión y penitencia, humildad y otras muchas virtudes. Sea siempre alabado el Señor que todo lo da. Amén (1).

* * *

¡O, santa esposa! vengamos ya a lo que vos pedys, que es aquella santa paz, que haçe aventurar al alma a ponerse a guerra con todas las del mundo, quedándose ella pacífica y con toda seguridad. ¡O qué dicha tan grande será alcançar esta merced! Pues es juntarse con la voluntad de Dios, de manera que no aya división entre él y ella, y que sea vna misma voluntad; no por palabras, ni por solos deseos, sino puesto por obra; de manera que entendiendo que sirbe más a su esposo en vna cosa, aya tanto amor y deseo de entenderle y contentarle, que no escuche las raçones que le dará el entendimiento, ni los temores que le porná, sino que dexe obrar a la fee de manera, que no mire provecho ni descanso, sino que acabe ya de entender que en esto está todo su provecho.

Pareçeros ha, hijas, que esto no va bien, pues es tan loable cosa haçer las cosas con discreción. Avéys de mirar vn punto, que es entender que el Señor (a lo que vos podéys entender, digo que cierto no se puede saber), ha oydo vuestra petición de *besaros con beso de*

1 Sigue el Capítulo III.

su boca. Que si esto conoçéys por los efectos, no ay que deteneros en nada, sino olvidaros de vos por contentar a este tan dulçe esposo. Su majestad se da a sentir a los que goçan desta merçed con muchas muestras. Una es, despreciar todas las cosas de la tierra, y estimarlas en tan poco como ellas son, no querer bien suyo porque ya tiene entendida su vanidad, no se alegrar si no con los que aman a su Señor; cánsale la vida, tiene las riqueças en la estima que ellas mereçen, y otras muchas cosas semejantes a éstas, que enseña el que las puso en tal estado.

Llegada ya aquí el alma, no tiene que temer, si no es si no ha de mereçer que Dios se quiera serbir della en darle trabajos y ocasiones de más serbirle, aunque sea muy a su costa. Assí que, aunque como he dicho, obra el amor y la fee, y no se quiere aprovechar el alma de lo que le enseña el entendimiento. Porque esta vnión que ay entre el esposo y la esposa, la ha enseñado otras cosas, que él no alcança, y tráele debaxo de los pies. Pongamos vna comparaçión para entenderlo mejor. Está vno cautivo en tierra de moros; éste tiene vn padre pobre o vn grande amigo, y si éste no le rescata, no tiene remedio; para averle de rescatar, no basta lo que tiene, sino que ha él de servir por él. Y el grande amor que le tiene, pide que quiera más la libertad de su amigo que la suya; mas luego viene la discreçión con muchas raçones, y diçe que más obligado es a sí y que podrá ser que tenga él menos fortaleza que essotro, y que le hagan dexar la fee, que no es bien ponerse en esse peligro, y otras muchas cosas.

¡O, amor fuerte de Dios! Y cómo no le pareçe que puede aver cosa impossible a quien ama! ¡O venturosa alma que ha llegado a alcançar esta paz de su Dios! que esté señoreada sobre todos los trabajos y peligros del mundo, que ninguno teme, a trueque de serbir a tan buen esposo y Señor, y con raçón, que la tiene y este pariente o amigo que hemos dicho. Pues ya avréys leydo del otro santo, que no por hijo, ni por amigo, sino porque debía de aver llegado a esta ventura tan buena de que le hubiese Dios dado esta paz, y por contentar a su majestad, y por le imitar en algo lo mucho que hiço y padeçió por nosotros, se fué a trocar por hijo de vna viuda, que vino a él fatigada a tierra de moros, y ya avéys leydo quán bien le suçedió, y con la ganancia que vino.

Y ahora, en nuestros tiempos, conoçí yo vna persona, y vosotras la vistes, que me vino a ver a mí, que la movía el Señor con tan grande charidad, que le costó hartas lágrimas no poder irse a trocar por vn cautivo. El lo trató conmigo (y era de los descalzos del padre fray Pedro de Alcántara), y después de muchas importunaçiones, recabó licençia de su general, y estando quatro leguas de Argel, que iba a cumplir su buen deseo, se le llevó el Señor consigo. ¡Y a buen seguro que llevó buen premio! Pues qué de discretos avía que le deçían era disparate. A las que no llegamos a tanto amor de nuestro Señor, assí nos pareçe. ¿Y quán mayor disparate es acabársenos este sueño de vida con tanto seso? Que plegue a Dios que merezcamos entrar en el çielo; quanto más ser déstos que tanto se aventajaron en el amor de Dios.

Ya yo veo que es menester grande ayuda suya para cosas semejantes; y por eso os aconsejo, hijas, que siempre con la esposa pidáys esta paz tan regalada, y que assí enseñorea todos estos temorçillos del mundo, que con todo sosiego y quietud le da batería. ¿No está claro, que a quien Dios hiçiere tan gran merçed de juntarse con vn alma en tanta amistad, que la ha de dexar bien rica de bienes suyos? Porque, cierto, éstas cosas no pueden ser nuestras. El pedir y desear nos haga esta merçed [podemos] (1), y aun esto con su ayuda; que lo demás, ¿qué ha de poder vn gusano, que el pecado le tiene tan acobardado y miserable, que todas las virtudes imaginamos tasadamente conforme a nuestro baxo natural? ¿Pues qué remedio, hijas? Pedir con la esposa. Si vna latradorçilla se casase con el rey, y tuviese hijos, ¿ya no quedaría de sangre real? Pues si a vna alma nuestro Señor haçe tanta merçed, que assí se junta con ella, ¿qué deseos y afectos, y qué hijos de obras heroycas podían naçer de allí, si no fuese por su culpa?

Por cierto que pienso que si nos llegásemos al santísimo sacramento con grande fee y amor, que vna vez bastase para dexarnos ricos, ¿quánto más de tantas? Sino que no pareçe si no por cumplimiento el llegarnos a él, y assí nos luçe tan poco. ¡O miserable mundo, que assí tienes tapados los ojos de los que viven en ti, que no vean los tesoros con que podrían grangear riquezas eternas!

¡O Señor del çielo y de la tierra! ¡Que es possible que aun estando en esta vida mortal, se pueda gozar de vos con tan particular amistad! ¡Que tan a la clara lo diga el Espíritu Santo en estas palabras, y que no lo queramos entender, qué son los regalos con que tratáis con las almas en estos *Cánticos!* ¡Qué requiebros, qué dulçuras y suavidades, que avía de bastar vna sola palabra destas para deshaçernos todas y convertirnos en vos! Seáys bendito, Señor, que por vuestra parte no faltará. ¡Qué de caminos, qué de maneras y por qué de modos nos mostrastes el amor! Con trabajos, con muerte tan áspera, con tormentos, afrentas e injurias y perdonándolas, con tanta paciencia y mansedumbre; y no sólo con esto, sino con vnas palabras tan heridoras para el alma que os ama, que le decís en estos *Cánticos* y le enseñáys que os diga, que no se yo como se pueden sufrir, si vos no ayudáys para ello a quien la siente, no como ellas lo mereçen, sino conforme a nuestra flaqueza.

Pues, Señor mío, no os pido otra cosa en esta vida, sino que me beséys con el beso de vuestra boca, y que sea de manera, que aunque yo quiera apartarme desta amistad y vnión, no pueda; esté siempre, Señor de mi vida, sujeta mi voluntad a no salir de la vuestra; que ya no aya cosa que me impida que pueda yo decir ¡Dios mío y gloria mía! con verdad, que *tus pechos son mejores y más sabrosos que el vino* (2).

---

1 Esta palabra está tomada de la copia de Alba.
2 En el párrafo siguiente comienza el capítulo IV.

*
* *

¡O, hijas mías, y qué secretos tan grandes ay encerrados en estas palabras! Dénoslo el Señor a sentir, que harto mal se pueden decir. Quando su majestad quiere, por su misericordia, cumplir esta petiçión a la esposa, es vna amistad la que comiença a tratar con el alma, que solas las que la experimentáys, la entenderéys. Y como digo, mucho dello tengo escrito en dos libros (que si el Señor es servido, veréys después que me muera), y muy menuda y largamente. porque veo los avréys menester; y assí aquí no haré más de tocarlo. No sé si açertaré por las mismas palabras que allí quiso el Señor declararlo.

Siéntese vna suavidad en lo interior del alma, que se da bien a entender y sentir que está muy vezino el divino esposo della. Y no es esto sólo vna devoçión que ay y mueve a muchas lágrimas, y éstas dan satisfaçión, o por la passión del Señor, o por nuestros pecados, aunque en esta oración de que hablo, que llamo yo de quietud, por el sosiego que causan todas las potençias, que pareçe las tiene la persona muy a su voluntad, aunque algunas veçes se siente de otra manera, quando no está el alma engolfada en esta suavidad, pareçe que todo el hombre interior y exterior conhorta, como si se hechase en los tuétanos vna vnçión suavíssima, a manera de vn grande olor, que si entrásemos en vna parte de presto donde le huviesse grande, no de vna cosa sola, sino de muchas, y ni sabemos qué es, ni adónde está aquel olor, sino que nos penetra todas.

Assí pareçe este amor suavíssimo de nuestro Dios, que se entra en el alma, y es con gran suavidad, y la contenta y satisfaçe, y no puede entender cómo, ni por do entra aquel bien. Querría no perderle, querría no menearse ni hablar, ni aun mirar, porque no se le fuesse. Y esto es lo que dice aquí la esposa a mi propósito, que dan de sí los pechos del esposo olor más que los vngüentos muy buenos. Porque adonde ya referí, digo lo que el alma ha de haçer para aprovecharnos, y esto no es si no para dar a entender algo de lo que voy tratando, no quiero alargarme más de que en esta amistad, que muestra aquí el Señor al alma, la quiera tan particularmente con ella, que no aya cosa partida entre los dos. Aquí se le comunican al alma grandes verdades; porque esta luz que la deslumbra, por no poder ella entender lo que es, la haçe ver la vanidad del mundo. No ve al buen maestro que la enseña, aunque entiende claro que está con ella; mas queda tan bien enseñada, y con tan grandes efectos y fortaleza en las virtudes, que no se conoçe después, pues no querría haçer otra cosa ni dezir, si no amar y alabar a tal Señor; y está, quando está con este gozo, tan embebida y absorta, que no pareçe que está en sí, sino con una manera de divina embriaguez, que no sabe lo que quiere, ni lo que diçe, ni lo que pide. En fin, no sabe de sí; aunque no está tan del todo fuera de sí, que no entienda algo de lo que passa.

Mas quando este riquíssimo esposo la quiere enriqueçer y regalar más, conviértela tanto en sí, que como vna persona, que el

gran plaçer y contento la desmaya, le pareçe se queda suspendida en aquellos divinos abraços, y arrimada aquel sacratíssimo costado, y a aquellos pechos divinos. No sabe más que gozar, sustentada con la leche divina con que la va regalando su esposo, y mejorando para poderla más ensanchar, y haçerla más capaz para darla cada día más. Y quando despierta de aquel sueño, y de aquella embriaguez çelestial, queda como espantada y embobada, y con vn santo desatino, me pareçe a mí que puede deçir estas dulçes y tan regaladas palabras: *mejores son tus pechos que el vino.* Porque quando estaba con aquella borrachez, pareçíale que no había más que subir; mas cuando se vió en más alto grado, y toda empapada en aquella inmensa grandeça de Dios, en que se ve quedar tan sustentada, delicadamente lo comparó diçiendo, que eran mejores sus pechos que el vino. Porque assí como vn niño no entiende cómo creçe, ni sabe cómo mama, que aun sin él hacer nada, le hechan muchas veces la leche en la boca; assí es aquí, que totalmente el alma no sabe decir de sí, ni haçer nada, ni sabe cómo es, ni por dónde, ni puede entender le vino aquel tan grande bien. Sabe que es el mayor que en la vida se puede gustar, aunque se junten todos los regalos, gustos y deleytes de todo el mundo. Vese criada y mejorada, sin saber quando lo mereció; y enseñada en muy altas y grandes virtudes, sin ver el maestro que la enseña; fortalecida en ellas y regalada de quien tan bien sabe y puede haçer. No sabe a quien le comparar, si no al regalo de la madre, que ama mucho al hijo y le cría a sus pechos, sustenta y regala.

¡O, hijas mías! Déos el Señor a entender, o por mejor deçir, a gustar (que de otra manera no se puede entender) quál es el gozo del alma quando está desta suerte. Allá se avengan los del mundo con sus señoríos, y riqueças, con sus deleytes, con sus manjares, con sus honras y con sus mandos; que si todo esso lo pudiesen goçar sin los trabajos que traen consigo, lo qual es impossible, no llegara en millares de años al menor gusto y contento que en vn solo momento tiene el alma a quien el Señor ha llegado aquí. El Apóstol Sant Pablo no dice que no tienen que ver, ni son condignos todos los trabajos del mundo para la gloria que esperamos; yo digo, que no son dignos, ni pueden mereçer vna hora desta satisfaçión y gozo que aquí da Dios al alma y el regalo y deleyte. No tiene comparaçión, a mi pareçer, ni se puede mereçer vn regalo tan regalado de nuestro Señor, vna vnión tan vnida, vn amor tan manifiesto y dado a entender con las miserias y baxezas de las cosas del mundo. ¡Donosos son sus trabajos para compararlos a esto! Que si no son pasados por amor de Dios, no valen nada; y si lo son, su majestad los da aun medidos con nuestras fuerças, que de puro miserables y pusilánimes los tememos tanto.

¡O, christianos y hijas de mi alma! Despertemos ya, por amor del Señor, deste sueño; y miremos que aun no nos guarda para la otra vida el premio de amarle; que en ésta comiença ya. ¡O, Jesús mío! ¡Y quién pudiese dar a entender la ganancia que ay de arrojaros en los brazos de este Señor nuestro, tan abrasado en nuestros amores, y hazer vn concierto con su majestad, que sólo mire yo a mi amado

y mi amado a mí, y tome él a su cargo, y mire por mis cosas y yo por las suyas! No nos queramos tanto que nos saquemos los ojos, como diçen. Torno a dezir y a suplicaros, Dios y Señor mío, por la sangre de vuestro preciosíssimo Hijo, que me hagáys esta merçed; que me beséys con el beso de la boca, que sin vos, ¿qué soy yo, Señor? Si no estoy junta con vos, ¿qué valgo yo? ¿Si me desvío vn solo punto de vuestra majestad, a dónde voy a parar?

¡O, Señor mío y misericordia mía y bien vnico mío! ¿Y qué mejor le puedo yo desear ni querer en esta vida, que estar tan vnida y junta a vos, que no aya división entre vos y mí? Y con esta tal compañía, ¿qué se podrá hazer dificultoso? ¿Qué no se podrá emprender por vos, tiniéndoos tan junto? ¿Qué ay que agradeçerme, Señor mío? Que culparme, mucho, porque no os sirvo. Y assí os suplico con Sant Agustín, que «me déys lo que mandáredes, y mandad lo que quisiéredes»; que no volveré jamás las espaldas, ayudada de vuestro divino favor (1).

* * *

Ahora preguntemos a la esposa, y sepamos desta bendita alma, llegada a esta divina boca, y sustentada con estos pechos çelestiales (para que sepamos, si el Señor nos llega a tan grande merçed), qué avemos de hazer, cómo hemos de estar y qué avemos de dezir. Lo que nos dize es: *Asentéme a la sombra de aque*[l] *que avía deseado, y su fruto es dulçe para mi garganta. Entróme el rey en la bodega del vino, y ordenó en mi la charidad.* Dize: *sentéme a la sombra del que avía deseado.*

¡O, válame Dios, y qué metida está el alma y abrasada en el mismo sol! Dize que se sentó a la sombra del que avía deseado, Y aquí no le haze si no mançano, y dize que su fructa es dulçe para su garganta. ¡O, almas que tenéys oraçión, gustad de todas estas palabras! ¿De qué maneras podemos considerar a nuestro Dios? ¡Qué de diferencias de manjares podemos hazer dél! Es maná, que sabe conforme a lo que queremos que sepa. ¡O qué sombra ésta tan çelestial; quién supiera deçir lo que desto le da a entender el Señor! Acuérdome quando el ángel le dixo a la Virgen Sacratíssima: *la virtud del muy alto os hará sombra.* ¡Qué fortalezida y amparada se debe ver vn alma, quando el Señor la pone en esta grandeza! Con raçón se puede asentar y asegurar.

Ahora notad, que por la mayor parte, y casi siempre, si no es alguna persona que quiere nuestro Señor hazer vn señalado llamamiento (como hizo a sant Pablo, que le puso en la cumbre de la contemplación luego, y se le apareçió y le habló de manera, que quedó bien ensalçado desde luego), da Dios estos regalos tan subidos, y haze merçedes tan grandes a personas que han mucho trabajado en su serviçio y deseado su amor, y procurado disponerse para que sean

---

1 Sigue el Capítulo V.

agradables a su divina majestad todas sus cosas, ya cansadas de largos años de meditaçión y de aver ya buscado a este esposo, y cansadíssimas de las cosas del mundo, asientan en la verdad, y no buscan en otra parte su consuelo, ni sosiego, ni descanso, sino a donde entienden que con verdad le pueden tener; pónense debaxo del amparo del Señor, y no quieren ni desean otro. ¡Y quán bien hazen en fiarse de su majestad, que assí como lo han deseado lo cumplen! Y quán dichosa es el alma que ha llegado a estar debajo desta sombra, y mereçe estar aún para cosas que se pueden acá ver! Que para lo que el alma sola puede entender, es otra cosa, según he entendido muchas veces.

Pareçe que estando el alma en el deleyte que queda dicho, que se siente estar toda engolfada y amparada con vna sombra y manera de nube de la divinidad, de donde le vienen influençias al alma, y roçío tan deleytoso, que bien con raçón quita el cansançio que le han dado las cosas del mundo. Una manera de descanso siente allí el alma, que aun la cansa aver de dar lugar a respirar a las potencias, que están tan sosegadas y quietas, que vn pensamiento, aunque sea bueno, no querría entonces admitir la voluntad, ni le admite por vía de inquirirle ni procurarle. No ha menester menear la mano, ni levantarse, digo la consideraçión, para ninguna cosa; porque cortado y guisado, y aun comido, le da el Señor de la fructa (1) del mançano. Esta fruta compara la esposa a su amado, y assí dize, que *es fruto dulçe para su garganta.* Porque aquí todo es gustar sin ningún trabajo de las potencias, y en esta sombra de la divinidad (que bien diçe sombra, porque en claridad no la podemos ver, sino debaxo de esta nube), está aquel sol resplandeçiente, y embía por medio del amor vna notiçia de que está tan junto su Majestad, que no se puede decir, ni es posible. Sé yo, que quien hubiere passado por ello quán verdaderamente entenderá que se puede dar aquí este sentido a estas palabras, que dize la esposa.

Paréçeme a mí que el Espíritu Santo debe ser medianero entre el alma y Dios, y el que la mueve con tan ardientes deseos, que la haçe ençender el fuego soberano que tan cerca está. ¡O, Señor mío, y quáles son las misericordias que vsáys con el alma! Seáys bendito y glorificado por siempre, que tan buen amador soys. ¡O, Dios mío y criador mío! ¿Es possible que aya nadie que no os ame? ¡Ay, triste de mí y cómo fuí yo la que mucho tiempo no os amé! ¿Por qué no mereçía conoçeros? ¡Cómo abaxa sus ramas este divino mançano, para que el alma vnas veces coja considerando sus grandezas, y la muchedumbre de sus misericordias que ha vsado con ella, y que vea y goze del fruto que sacó Jesuchristo nuestro Señor de su santísima passión, regando este árbol con su sangre preciosa con tan exçesivo y admirable amor! Antes de ahora, dize el alma que goza del mantenimiento de sus pechos divinos; como prinçipiante en reçibir estas merçedes, la sustentaba el divino esposo; ahora va ya más creçida, y vala más habilitando para darle más. Mantiénela con man-

1 El copista trasladará luego *fruta, fruto,* etc.

çanas, que quiere vaya entendiendo lo que está obligada a servir y a padeçer. Y aun no se contenta con sólo esto (cosa es maravillosa y de mirar mucho), de que el Señor entiende que vn alma es suya, sin otro interés ni otras cosas, que le muevan por sola ella, sino por quien es su Dios, y por el amor que la tiene, como nunca çesa de comunicarse con ella, de tantas maneras y modos, como quien es la misma sabiduría.

Pareçía que no avía más que dar en la primera paz, y esto que queda dicho, es muy más subida merçed; queda todo mal dicho, porque no ha sido si no apuntarlo. Mas en el libro que os he dicho, hijas, lo hallaréis con mucha más claridad, si el Señor es servido salga a luz. ¿Pues qué podremos ya más desear desto que ahora se ha dicho? ¡O, válame Dios, y qué nada son estos nuestros deseos para llegar a vuestras grandeças, Señor! ¡qué baxos quedaríamos, si conforme a nuestro pedir, fuesse vuestro dar! Aora miremos lo que dize adelante la esposa (1).

* * *

Entróme el rey en la bodega del vino y ordenó en mí la charidad.
Pues estando ya la esposa descansando debaxo de la sombra deseada, y con tanta raçón, ¿qué le queda que desear a vn alma que llega aquí, si no es que no le falte aquel bien para siempre? A ella no le pareçe que ay más que desear; mas a nuestro rey sacratíssimo fáltale mucho por dar: nunca querría haçer otra cosa, si hallasse a quién. Y como he dicho y querría deçir muchas veces, deseo, hijas, que nunca esto se os olvide no se contenta el Señor de darnos tan poco como son nuestros deseos: yo lo he visto acá. En algunas cosas que comiença vno a pedir al Señor que le dé en qué merezca, y cómo padezca algo por él, no siendo su intento más de lo que le pareçe sus fuerzas alcançan (y como su majestad las puede hazer creçer), en pago de aquello poquito que se determinó por él, dale tantos trabajos, persecuçiones y enfermedades, que el pobre hombre no sabe de sí.

A mí misma me acaeció en harta moçedad, y dezir algunas veces: ¡O, Señor, que no querría yo tanto! Mas daba su divina Majestad las fuerzas de manera y la paciencia, que aun ahora me espanto cómo lo podía sufrir; y no trocaría aquellos trabajos por todos los tesoros del mundo. Dize, pues, la esposa: *Entróme el rey*. ¡Y qué bien hinche aquí este rey poderoso, y que no tiene superior, ni se acaba su reyno sin fin! El alma, quando está assí, a buen seguro que no le falta fee para conoçer mucho de la grandeça deste rey, que todo lo que es, es impossible en esta vida mortal.

Dize *que la entró en la bodega del vino*; *y ordenó en ella la charidad*. Entiendo yo de aquí, que es grande la grandeza de esta merçed. Porque puédese dar a beber más y menos y de vn vino

1 Sigue el C. VI.

bueno o de otro mejor, y embriagar a vno más o menos; assí es en las merçedes que haze el Señor, que a vno da poco vino de devoción, a otro más, y a otro creçe de manera, que le comiença a sacar de sí, de su sensualidad, y de todas las cosas de la tierra; a otros, da fervor grande en su servicio; a otros, ímpetus; a otros, grande charidad con los próximos; de manera, que en esto anden embebeçidos y no sientan los trabajos grandes que aquí passan; mas lo que dize la esposa es mucho junto: éntrala en la bodega, para que allí más sin tasa pueda salir rica. No pareçe que el rey quiere dejarla nada por dar, sino que beba, conforme a su deseo, y se embriague bien de todos essos vinos que ay en la despensa de Dios. Goze de essos gozos; admírese de sus grandezas; no tema perder la vida de beber tanto, que sea sobre la flaqueça de su natural; muérase en esse parayso de deleytes. ¡Bienaventurada tal muerte, que en sí haze vivir! Y verdaderamente lo haze; porque son tan grandes las maravillas que el alma entiende, sin entender cómo lo entiende, que queda tan fuera de sí, como ella misma lo diçe en dezir: *ordenó en mí la charidad.*

¡O palabras que nunca se avían de olvidar al alma, a quien nuestro Señor regala! ¡O, soberana merçed, y quán sin mereçerse, si el Señor no diesse caudal para ello! Bien, que aun para amar aun no se halla despierta; mas bienaventurado sueño, y dichosa embriaguez, que haze suplir al esposo lo que el alma no puede, que es dar orden tan maravillosa, que estando todas las potencias muertas o dormidas, quede el amor vivo; y sin entender cómo obra, ordene el Señor que obre tan maravillosamente, que esté hecho vna cosa con el mismo Señor del amor, que es el mismo Dios, y esto con una limpieza grande; porque no ay quien lo estorve, ni sentidos ni potencias, digo entendimiento y memoria; tampoco la voluntad se entiende.

Pensaba yo ahora si es cosa en que ay alguna diferençia entre la voluntad y el amor. Y paréçeme que sí; no sé si es bobería. Paréçeme el amor vna saeta que embía la voluntad, que si va con toda la fuerça que ella tiene, libre de todas las cosas de la tierra, empleada en solo Dios, muy de verdad debe herir a su majestad; de suerte que, metida en el mismo Dios, que es amor, vuelve de allí con grandíssimas ganançias, como diré. Y es ansí, que informada de algunas personas, a quien ha llegado nuestro Señor a tan gran merçed en la oraçión, que las llega a este embebecimiento con una suspensión, que aun en lo exterior se vee que no está en sí; preguntadas lo que sienten, en ninguna manera lo saben dezir, ni supieron, ni pudieron entender cosa de cómo obra allí el amor.

Entiéndese bien las grandíssimas ganançias que saca vn alma de allí por los efectos, y por las virtudes, y por la buena fee que les queda, y el desprecio del mundo. Mas cómo se le dieron estos bienes, y lo que el alma goza aquí, ninguna cosa se entiende, si no es al principio quando comiença, que es grandíssima la suavidad. Assí que, está claro ser lo que dize la esposa, que la sabiduría de Dios suple aquí por el alma, y ordena cómo gané tan soberanas y creçidas merçedes en aquel tiempo; porque estando tan fuera de sí, y tan

absorta, que ninguna cosa puede obrar con las potencias, ¿cómo avía de mereçer? ¿Pues es possible que le haze Dios merçed tan grande, para que pierda el tiempo y no gane nada en él? No es de creer.

¡O secretos divinos! Aquí no ay más de rendir nuestros entendimientos y pensar que para entender las grandeças de Dios, no valen nada. Aquí viene bien el acordarnos, cómo lo hizo la Virgen Santísima nuestra Señora con toda la sabiduría que tuvo, y cómo le preguntó el ángel: *¿Cómo será esto?* Y en diziéndole: *El Espíritu Sancto sobreverná en ti; y la virtud del muy alto te hará sombra,* no curó de más disputas; como la que tenía tan grande fee, luz y sabiduría, entendió luego, que, interveniendo estas dos cosas, no avía más que saber, ni dudar. No como algunos letrados, que no los lleva el Señor por este modo de oración, ni tienen prinçipio de espíritu, y quieren llevar las cosas por su raçón y tan medidas por sus entendimientos, que no pareçe si no que han ellos con sus letras de comprehender todas las grandezas de Dios. ¡Si deprendiessen algo de la humildad de la Virgen sacratíssima!

¡O, Prinçesa de los Angeles y Señora mía, y quán al cabal se puede entender por vos lo que passa a Dios con la esposa, conforme a lo que dize en los *Cánticos!* Y assí lo podréys ver, hijas, en el oficio que reçamos de nuestra Señora cada semana, lo mucho que ay dellos en antíphonas y leçiones. En otras almas podrálo entender cada vno, como nuestro Señor lo quiere dar a entender, que muy claro podra ver si ha llegado a recibir algo destas mercedes, semejantes a esto que diçe la esposa: *ordenó en mí la charidad.* Porque no saben dónde estubieron, ni cómo en regalo tan suvido contentaron al Señor, qué se hizieron, pues no le daban gracias por ello.

¡O, alma amada de Dios! no te fatigues, que quando su majestad te llega aquí y te habla tan regaladamente, como verás en muchas partes del libro de los *Cantares,* que dize tantas y tantas palabras tan tiernas a la esposa como *toda eres hermosa, amiga mía,* y otras muchas desta manera, en que muestra el agrado y contento que tiene della; de creer es, que no consentirá que le descontente a tal tiempo, sino que la ayudará a lo que ella no supiere para contentarse della más. Véela tan perdida y de sí enagenada por amarle, y que la misma grande fuerça del amor la ha quitado el entendimiento para poderle más amar. Sí, que no ha de sufrir, ni suele, ni puede su immensa bondad dexar de darse a quien se da a él toda.

Pareçe aquí, que va su divina Majestad esmaltando sobre este oro, que ya tiene aparejado con sus dones, y tocado para ver de qué quilates es el amor que le tiene, por mill maneras y modos, que el alma que llega aquí podrá ya dezir. Esta tal alma, que es el oro, estáse en este tiempo sin hazer más movimiento, ni obrar más por sí que estaría el mismo oro y la divina sabiduría, contenta de verla assí; y como ay tan pocas que con esta fuerça le amen, va asentando en este oro muchas piedras preciosas y esmaltes con mill labores.

Pues esta alma ¿qué hace en este tiempo? Esto es lo que no se puede entender, ni saber más de lo que diçe la esposa: *ordenó en mí la charidad.* Ella, a lo menos si ama, no sabe cómo, ni entiende qué es lo que ama; el grandíssimo amor que la tiene el rey

que la ha traydo a tan alto estado, debe de aver juntado el amor desta alma a sí de manera, que no lo mereçe entender el entendimiento, sino que estos dos amores se tornan vno; y puesto tan verdaderamente junto con el de Dios, ¿cómo le ha de alcanzar el entendimiento? Piérdele de vista en aquel tiempo, que no dura mucho, sino con brevedad, y allí le ordena Dios de manera, que sabe bien contentar a su Majestad entonçes, y aun después, sin que el entendimiento lo entienda, como queda dicho. Mas entiéndelo bien después que se vee esta alma tan esmaltada y compuesta con piedras y perlas de virtudes, que le tiene espantado el mirarla, y se puede deçir della: *¿Quién es ésta que ha quedado como el sol?* ¡O, verdadero rey, y quánta raçón tuvo la esposa de poneros este nombre! Pues en vn momento podéys dar grandes riqueças, y ponerlas en vna alma, que se goze para siempre. ¡Qué ordenado dexa el amor en esta alma!

Yo podré dar buenas señas de esto, porque he visto algunas. De vna me acuerdo ahora, que en tres días le dió el Señor bienes, que si la experiencia de aver ya algunos años, y verla siempre mejorada, no me lo hiçiera creer, no me pareçía possible, y aun ahora, después vi en tres meses otra, y entramas de poca edad. Otras he visto, que después de mucho tiempo les haze el Señor esta merçed. He dicho aquí destas dos, y de algunas otras pudiera dezir, porque he escrito aquí, que son pocas las almas que sin aver pasado muchos años de trabajos, les haga nuestro Señor estas merçedes, para que se entienda que son algunas. No se ha de poner tasa a vn tan gran Se- y tan ganoso de hazer merçedes. Digo que sean merçedes suyas, y no ilusiones o melancolías o invençiones, que haze la misma naturaleça; y esto el mismo tiempo viene a descubrirlo, y aun estotro también, porque quedan las virtudes tan fuertes y el amor tan vivo y encendido, que no se puede disimular, ni encubrir, y vienen estas almas a aprovechar mucho a las demás.

Ordenó en mí el rey la charidad, y tan ordenada, que el amor que tenía al mundo le quita; y a los que así se vuelven, dáseles el divino amor; y el que tienen a los amigos, deudos y conoçidos, queda de suerte, que sólo los quiere por Dios; y el que tienen a los próximos, muy creçido; y el desamor que solía tener a los enemigos se vuelve en amistad; y el que tenía a dios es ya tan sin tasa, que le aprieta algunas veces más que puede sufrir su corto y baxo natural, y como ve que ya algunas veces desfallece y va a morir, dice con la esposa: *sostenedme con flores, cercadme de mançanas, porque desfallezco y muero de la enfermedad y mal de amores.*

* * *

¡O, buen Jesús mío (1), y qué lenguaje es éste tan divino para mi propósito! ¡Cómo, esposa santa! ¡mataos esta suavidad! Que pedís flores para que ayuden más al goço y suavidad, dezidnos, ¿qué flo-

1 Con esta frase comienza el capitulo VII.

res serán éstas? Porque éste no pareçe remedio, salvo si las pedís para acabar ya de morir; que, a la verdad, no se desea cosa más quando el alma llega a este estado. Mas no diçen bien estas palabras desear cumplir este deseo, porque diçe *fulcite me floribus*: «sostenedme con flores», y el sustentarse, no me parece es pedir la muerte, sino querer con la vida servir algo a quien ve que debe tanto.

No penséys, hijas, que es encarecimiento deçir que muere, sino que pareçe en hecho de verdad. Que el amor obra con tanta fuerça algunas veces, y se enseñorea de manera sobre todas las fuerças del sujeto natural, que sé cierto de una persona, que sé que no miente, que algunas veçes ha llegado a punto de muerte con el gran deseo de ver a Dios, y con el grandíssimo deleyte que su alma sentía regalada de su Dios y deshecha en el amor suyo; y estando en este deleyte el alma no querría salir de allí, ni le sería penoso el morir, si no muy grande contento. Que no está fuera, antes vive con este deseo; sino que el deleyte en este término de oraçión y grado de amor, no admite ninguna pena. ¡Y quán dichosa muerte sería a manos deste amor! si no que algunas veces le da el Señor luz de que es bien que viva, aunque ve que si muy continuo tiene aquel deleyte, no le podrá su natural sufrir; y por esso pide otro bien para salir de aquel tan grande, y assí dice: *sostenedme con flores*. Muy diferentes son estas flores de las que acá olemos.

Entiendo yo aquí que pide al esposo le dexe haçer grandes obras en su servicio y en bien de los próximos, y por esso dexa de buena gana aquel contento; porque aunque es muy grande para ella, le pareçe que en esotro contentará más a su Dios, que es el contento y fin que ella pretende. Y también entiende, que aunque pareçe que dexa la vida contemplativa por la activa, no es assí, porque antes se ayuda la vna con la otra quando va con recto fin; y en lo que pareçe exterior obra muchas veces lo interior. Y assí, quando hay obras activas y son desta rayz, son admirables, y flores oloríssimas; porque proçeden deste árbol del amor de Dios, y por sólo él, sin otro interés propio, y extiéndese este olor de las flores, para aprovechar a muchos, y suele durar y no pasar presto, porque muchas veces haçe en las almas muy grande operación.

Predica vn predicador vn sermón y con intento de aprovechar almas; mas no está deshasido de provechos humanos, que no lleve otra pretensión de contentar, o ganar honra, principalmente si pretende alguna dignidad por predicador. Assí son estas cosas que se haçen en provecho de los próximos, y con buena intención; mas con mucho aviso de no perder por ellas ni descontentar. Temen la persecuçión; quieren tener gustosos los reyes y privados; van con la discreción que el mundo tanto honra, y es amparadora de tantas imperfeçiones, porque le pone nombre de discreción.

Estos servirán a su divina Majestad, y podrán aprovechar mucho; mas no son éstas las obras que aquí pide la esposa, a mi parecer, en estas flores, sino las que sólo miran a la honra y gloria de Dios. Que verdaderamente las almas que el Señor llega aquí, según he entendido de algunas, creo no se acuerdan más de su provecho que si no fuessen; sólo miran el contentar y servir al Señor. Porque saben

el amor que tiene a sus criaturas, gustan de dexar su sabor y bien por contentarle y deçir las verdades, porque se aprovechen las almas; la ganancia de sus próximos tienen en tanto, que por contentar a Dios más, se olvidan de si por ellos y van embueltas sus palabras en este tan subido amor, que embriagadas de aquel vino çelestial, no se acuerdan; y si se acuerdan, no se les da nada de contentar a los hombres.

Acuérdome de las que muchas veçes he pensado de aquella muger santa la Samaritana, qué herida debiera de estar de aquella yerva, y quán bien avían prendido las palabras de Dios en su alma; pues dexa al mismo Señor porque ganen y se aprovechen los del pueblo, que da bien a entender esto mismo; y en pago desta tan grande charidad, mereçió ser creyda, y ver el gran bien que hizo nuestro Señor en aquella çiudad. Paréçeme que debe ser vno de los mayores consuelos que ay en la tierra, ver vna persona almas aprovechadas por medio suyo. Entonçes me pareçe que se come el fructo gustoso destas flores. Y assí yva aquella santa muger con aquella embriaguez divina dando gritos por las calles. Y lo que me espanta, es cómo la creyeron vna muger, que no devía ser de mucha suerte, pues yba por agua. De mucha humildad, sí; pues quando le dixo el Señor sus pecados, no se agravió (como se haze ahora en el mundo, que son malas de sufrir las verdades, aunque se digan por su provecho), sino díxole que devía ser propheta. En fin, le dieron crédito por solo su dicho, pues salió grande número de gente de la çiudad al Señor. Digo, pues, que estas obras entendidas por las flores, salidas y produçidas del árbol de tan ferviente amor, dura su olor mucho, y aprovecha más vn alma déstas en sus palabras y obras, que muchas que las ahogan con el polvo de nuestra sensualidad.

Désta se produçe la fruta; y éstas son las mançanas que nos diçe aquí la esposa: *stipate me malis. Cercadme de mançanas.* Dadme, Señor, trabajos y persecuciones; y aun verdaderamente los desea, y sale bien dellos. Porque, como ya no mira su interés y propio contento, sino sólo el contentar a Dios, su gusto es imitar en algo la vida trabajosa que Christo nuestro Señor vivió. Entiendo yo por el mançano, el árbol de la cruz, porque dize en otra parte este libro de los *Cantares*: *Debaxo del árbol del mançano te resuscité*; y a vna alma que esté rodeada de cruzes y trabajos de muchas maneras, es grande remedio para no estar tan de ordinario embevida en el deleyte de la contemplaçión. Tiene muy gran deleyte en padeçer, mas no la consume y gasta tanto la virtud, como lo debe de haçer esta suspensión, si es muy ordinaria, de contemplaçión; y también tiene raçón de pedir esto, que no ha de ser siempre gozar, sino servir y trabajar en algo. Yo lo miro con advertencia en algunas personas (que muchas no las ay), que más adelante están en esta oraçión... (1) que a los regalos de nuestro Señor, y más acuden a las neçesidades de los próximos, en especial a las espirituales; que por sacar vn alma de

---

1 En la copia de este códice hay aquí una nota que dice: *Donde se veen los puntos, parece avérsele passado al author del exemplar* [*una*] *cláusula del original de la Santa.* Véase este mismo pasaje en la copia de Alba, pág, 267.

pecado, darán mill vidas. ¡Quién hará creer esto a quien comiença por oraçión y siente algún regalo del Señor! Sino que le pareçerá que traen la vida más aprovechada, y que estarse en vn rincón gozando de aquellos regalos y gustos es lo que hace al caso. Y es providençia del Señor no entender éstos adonde llegan estotras almas; porque con el fervor de los principios, querrían dar luego salto hasta allí, y no les conviene; porque aun no están criadas, sino que es menester que se sustenten vnos días en la leche que diré al principio. Esténse junto a aquellos divinos pechos, que el Señor terná quydado, quando estén ya con fuerça, para sacarlas a más; porque no harían el provecho que piensan, y hacerse yan daño a sí mismas. Y porque en otra parte he escrito quando vn alma ha de salir a aprovechar a otras y el peligro que hay en salir antes de tiempo, no lo digo en este breve tratado. Dénoslo el Señor a entender, para que todo sea para su mayor gloria y aprovechamiento de las almas. Amén (1).

---

1 Al pie de la copia se pusieron los siguientes testimonios: «Concuerda esta copia y traslado fiel y legalmente, y por mí ha sido visto, emmendado, corregido y cotejado con el enunciado tratado exemplar, a que me remito; el que bolví a entregar a dicho R. P.e Rector, que aquí firma, su exhibición y recivo, y para que conste, a pedimento que me hizo el R. P. Fray Andrés de la Encarnación, religioso carmelita descalzo, en virtud de comisión que mostró tener de su Rmo. P. General y Definitorio General, doy el presente testimonio en 20 fojas rubricadas de mi mano, que signo y firmo en esta Ciudad de Baeza, en ocho días del mes de Junio de mil setecientos cinquenta y nueve años. Entre renglones: *a—os—a—almas—es ne—ama mucho—de —mas—todo vale—testado—en—de—no—valga—Fr. Josef Migl. del Niño Jesús,* Rector.—En testimonio de verdad, *Joseph Lopez Ximenez,* Not. Appco.

Nos, los notarios públicos y Apostólicos que aquí signamos y firmamos, damos fee que Pedro Josef López Ximénez, de quien va firmado y signado el antecedente testimonio, es tal Notario Apostólico, como se titula, y éste el signo de que usa regularmente, y que a los testimonios por él autorizados, se da y ha dado entera fee y crédito, en juicio y fuera de él; y para que conste donde convenga, a pedimento de la parte, damos el presente, que signamos y firmamos en esta ciudad de Baeza, a nueve días del mes de Junio de mil setecientos cincuenta y nueve.—En testimonio de verdad, *Juan Manl. Morzillo,* Not. Apost.—En testimonio de verdad, *Juan Manl. del Olmo,* Not. Appco.—En testimonio de verdad, *Francisco Tejada,* Not. Appco.

Damos fee los infraescriptos, que habiendo hecho atento cotejo de la letra del exemplar desta copia con la de la professión del P. Fr. Diego de Jesús M.a, que se halla escrita y firmada de su mano en el libro contiguo de professiones de nuestro convento de Granada, hicimos juycio cierto sea vna y otra del mismo puño, como también otro libro manuscripto que se guarda en el archivo de dicho convento; del que se infiere aver sido el referido Pe. religioso muy docto y espiritual. Consta assimismo de su professión, que alcanzó los tiempos primitivos de la Religión, pues la hizo a veynte y cinco de Octubre de 1592. Y por ser todo verdad, lo firmamos en este Colegio de Carmelitas Descalzos de San Basilio de Baeza, a 31 de Enero de 1760.—*F. Josef Migl. del Niño Jesús,* Rector.—*Fr. Andrés de la Encarnación,* Com.o»

CODICE DE CONSUEGRA

FRAGMENTOS DE LOS

CONCEPTOS DEL AMOR DE DIOS

SEGUN EL CODICE DE CONSUEGRA (1).

CAPITULO SIETE.—DE LA BERDADERA PAÇ QUE PIDE LA ESPOSA PARA ANIMARSE A LOS QUE PRETENDEN PERFECION (2).

¡O santa esposa! bengamos a lo que vos pedís, que es aquella santa paç, que açe abenturar a ponerse en gera (3) con todos los del mundo, quedando esta alma con toda seguridad y paçífica. ¡O qué dicha tan grande será alcarçar ésta! Pues es un juntarse con la voluntad de dios, de manera que no aya dibisión entre su magestad y ella, sino que sea una mesma voluntad; no por palabras, no por solos deseos, sino puesto por obra; de manera que entendiendo que sirve más a su esposo en una cosa, aia tanto amor y deseo de contentarle, que no escuchen las raçones que le dará el entendimiento, ni los temores que le porná, deje obrar la fe de manera, que no mire provecho ni descanso suyo: acabe ya de entender que en esto está su probecho.

Pareçeros a, hijas, questo no ba vien, pues tan loable cosa es açer las cosas con discreción. Abéis de mirar un punto, que entendéis en vosotras mesmas, como se puede entender, digo que es por los efetos que tiene un alma, que de cierto ya savemos que no podemos saverlo; porque aun es más questar en gracia, que es un ayuda mui particular de dios ésta, como digo. Por los efetos podemos en alguna manera atinar si no nos lo a dado su magestad; y conforme a la

1 En la Introducción hablamos de esta copia de *Los Conceptos*, debida a la M. Ana de S. José, carmelita descalza, que de Segovia pasó de fundadora a la villa de Consuegra. El códice, muy incompleto, comienza en el capítulo VII, que en la división hecha por el P. Jerónimo Gracián es el III.

2 Antes de este titulo, de letra muy antigua y tinta encarnada, se lee: *Parte de lo que escribió sobre los cantares nuestra Madre Sta. Teresa.*

3 Por *guerra.*

grandeça de las virtudes haçe dios tanta merced, con una luç ynterior entiende que le a dado el señor esta paç que pide la esposa, aunque algunas beçes, viendo su miseria, torna a dudar; mas quando en vosotras entendiéredes lo que digo, no ai que deteneros en nada, sino olbidaros de vosotras por contentar a este dulçe esposo.

Diréisme que me declare más qué birtudes son éstas, y tenéis raçón, que mucho ba de birtud a virtud; algunas diré: despreciar todas las cosas de la tiera, y estimarlas en tan poco como ellas son; no querer bien suyo, porque ya tiene entendido su vanidad; no se alegrar si no con los que ve que aman a dios; cansarse de bivir por verse ausente de su tiera, y en esta peregrinación tener en tan poca estima las riqueças como ellas mereçen, y deseo de trabajos, que no lo puedo más encareçer; aborecimiento de onra y otras cosas semejantes a éstas, que enseña el que las pone en tal estado. Llegada aquí, podrá el alma acometer, confiada con el amor, que con la paç que le a dado el esposo a mostrado tenerla; y ésta le quita el temor, si no es de pensar que no a de mereçer que dios se quiera serbir della en darla travajos y ocasiones adonde pueda enplear los talentos que a recebido, aunque sea muy a su costa. Así que llegado aquí, como e dicho, obra el amor y su fe, y no se quiere el alma aprobechar de lo que le enseña el entendimiento; porque este amor que entre ella y el esposo ay, y unión de una boluntad con otra, la a enseñado otras cosas que el no alcança y tráele debajo de los pies. Póngase una comparación. Está un catibo en tiera de moros; éste tiene un padre pobre u un grande amigo, y si éste no le rescata, no tiene remedio; y para aberle de rescatar, no basta lo que tiene, si no ba él mismo a serbir por él. Por el grande amor que le tiene, pide que quiere más la libertad de su amigo que la suya; mas luego biene la discreçión cargada de muchas raçones, y le diçe que más obligado es a sí, y que podría ser que él tenga menos fortaleça que el otro su amigo, y le agan dejar la fe, que no es bueno ponerse a este peligro, y otras muchas cosas.

¡O amor fuerte de dios! ¡Y cómo no le pareçe que a de aver cosa ynposible a quien ama! ¡O dichosa alma la que a llegado a alcarçar esta paç de su dios! que está señoreada sobre todos los travajos y peligros del mundo, que ninguno teme para dejar de serbir a su esposo X.º (1) y con raçón. ¿Quién no dirá que la tiene este padre y amigo que emos dicho? Pues ya avréis leído, hijas, de san paulino obispo, que no por hijo, ni por amigo, que de más de aberle dios dado esta paç con beso de su boca que pide la esposa, que por contentar a su magestad y emitar en algo lo mucho que hiço por nosotros en açerse catibo por nuestra libertad, se fué este santo a trocar por un hijo de una biuda, que bino fatigada a él. Podéis leer su bida, si alguna no la a leído (2), y berá qué bien le suçedió, y con la ganançia que bino.

Creería yo que su entendimiento no dejaría de representarle algunas más raçones de las que dije, porque era obispo y abía de de-

1 *Cristo.*
2 Esta palabra está corregida en el códice en forma que se lea *oído.*

jar sus obejas, y por ventura tení[a] temores. Mirad una cosa que se me ofreçe aora y biene a propósito para los que de su natural son pusilánimes y de ánimo flaco, que por la mayor parte serán mujeres, y aunque en echo de berdad su alma aya llegado a este estado, su flaco natural teme. Es menester tener abiso, porque esta flaqueça natural nos ará perder una gran corona. Quando os alláredes con esta pusilanimidad, acudid a la fe y umildad, y no dejéis de acometer con fe, que dios lo puede todo, y así pudo dar fortaleça a muchas niñas santas, y se la dió para pasar tantos tormentos, como se determinaron a pasar por él.

Desta determinación quiere açerle señor, deste libre albedío, que no a menester él nuestro esfuerço de nada; antes gusta su magestad de querer que resplandeçcan sus obras en jente flaca, porque aí más lugar de obrar su poder, y de cunplir el deseo que tiene de açernos mercedes. Para esto os an de aprobechar las birtudes que dios os a dado, para açer con determinaçión y dar de mano a las raçones del entendimiento y a vuestra flaqueça, y para no dar lugar a que crezca con pensar si será si no será, quiçá por mis pecados no mereçeré yo que me dé fortaleça como a otros a dado. No es aora tiempo de pensar vuestros pecados, dejaldos aparte; que no es aora tienpo de pensar vuestros pecados, como e dicho, que no es con saçón esa umildad; es a mala coyuntura.

Quando os quisieren dar una cosa mui onrosa, u quando os ynçite el demonio a bida regalada, u a otras semejantes cosas, temed que por vuestros pecados no lo podréis llebar con virtud. Y quando ubiéredes de padeçer algo por nuestro señor u por el prójimo, no ayáis miedo de vuestros pecados. Con tanta caridad podríades açer una obra déstas, que os los perdonase todos, y desto a miedo el demonio; i por esto os los trae a la memoria entonçes. Y tened por cierto que nunca dejará el señor a sus amadores, quando por solo él se abenturan. Si lleban otros yntentos de propio interese, eso miren, que io no hablo si no de los que pretenden contentar con la maior perfeción al señor.

Este deseo debiera de llebar vien perfegto agora en nuestros tienpos un fraile que io conoçí, i bosotras tanvién, que vino a tratar conmigo un deseo, con grande eficacia, que tenía de irse a trocarse por un catibo, y era tan ferviente su caridad, que le costó artas lágrimas; y después de muchas inportunaciones que con los perlados traía, persuadiendo le diesen liçencia, y ellos no quiriendo, la recaudó de su jeneral, y estando quatro leguas de arjel, murió en la demanda; y bien podremos creer llebó vuen premio. ¡Pues quántos discretos abría que le dijesen que era disparate! A los que no llegamos a amar tanto a nuestro señor, así nos lo pareçe; y aun que maior disparate es acabársenos este sueño desta vida con tanto seso, que plega dios que mereçcamos entrar en el cielo, quánto más ser destos que tanto se abentajaron en amar al señor.

Ya yo beo ques menester grande ayuda suia para cosas semejantes; y por esto os aconsejo, hijas, que siempre con la esposa pidáis esta paç tan regalada, y que ansí señorea todos estos torbellinos del mundo, que con todo el sosiego y quietud le da vatería. ¿No está

claro que alma que dios hiçiere tanta merced de juntarla consigo con tanta amistad, que la a de dejar vien rica de bienes suyos? Porque estas cosas no pueden ser nuestras; el pedir y desear que él nos aga esta merced, podemos; que lo demás, ¿qué a de poder un gusanillo que el pecado le tiene tan ocupado y miserable, que todas las virtudes ymajinamos tan tasadamente como nuestro baso natural?

Por esto os torno a decir, que para cosas semejantes, si el señor os hiciere merced que se ofreçcan açerlas por él, que no agáis caso de aber sido pecadoras. Es menester aquí que señoree la fe a nuestra miseria y no os espantéis si al principio de determinaros, y aun después, sintiéredes temor y flaqueça; ni agáis caso dello, si no es para abivaros más a dejar açer su oficio a la carne. Mirad que diçe el v[u]en jesús en la oración del huerto: *la carne es enferma,* y acuérdeseos de aquel tan admirable y lastimoso sudor. Pues si aquella carne dibina y sin pecado, diçe su magestad que es enferma, ¿cómo queremos la nuestra tan fuerte, que no sienta la persecución que le puede venir, y los trabajos? Y en ellos mesmos será como sujeta ya la carne al espíritu. Junta su boluntad con la de dios, no se queja.

Ofréçeseme aora aquí, cómo nuestro v[u]en jesús muestra la flaqueça de su humanidad antes de los trabajos, y en el golfo dellos tan gran fortaleça, que, no sólo quejarse, mas ni en el semblante no hiço cosa por donde pareciese que padecía con flaqueça. Quando yba al huerto, dijo: *triste está mi ánima asta la muerte*; y estando en la cruç, que era ia pasando la muerte, no se queja. Quando en la oracion del huerto, yba a despertar a sus apóstoles; pues con más raçón se quejara a su madre y señora nuestra quando estaba al pie de la ✝, y no dormida, sino padeciendo su santísima ánima y muriendo dura muerte, y sienpre nos consuela más quejarnos a los que sabemos sienten nuestros trabajos i nos aman más.

Así que no nos quejemos de temores, ni nos desanime ver flaco nuestro natural y esfuerzo; sino procuremos de fortaleçernos de umildad, y entender claramente lo poco que podemos de nosotros, y que si dios no nos faboreçe, no somos nada, y desconfiar de todo punto de nuestras fuerças, y confiar de su misericordia, y que asta estar ya en ello es toda la flaqueça, que no sin mucha causa la mostró nuestro señor. Que claro está que no la tenía, pues era la misma fortaleça; sino para consuelo nuestro y para que entendamos lo que nos conbiene egercitar con obras nuestro deseos, y miremos que al principio de mortificarse un alma, todo se le açe penoso: si comiença a dejar regalos, pena; y si a de dejar onra, tormento; y si a de sufrir una palabra mala se le açe yntolerable; en fin, nunca le faltan tristeças asta la muerte. Como acabare de determinarse de morir al mundo, verse a libre (1) destas penas, y todo al contrario, no aya miedo que se queje, ya alcançado la paç que pide la esposa.

¡O, señor del cielo! ¡Qué es posible que biviendo en esta bida mortal, se pueda goçar de vos con tan particular amistad, que tan a las claras lo diga el espíritu santo por estas palabras, que no lo

---

1 *Libres,* dice por error el códice.

queramos entender que son los regalos que açéis al alma que os ama, en estos *Cánticos!* ¡Qué requiebros, qué suabidades, qué abía de bastar una palabra déstas para desaçernos en bos! Seáis glorificado, señor, que por buestra parte no perderemos nada. ¡Por qué de maneras y caminos nos mostráis el amor, con trabajos, con muerte tan áspera, con sufrir injurias, con perdonarlas! Y no sólo en esto, sino con unas palabras tan eridoras para el alma que os ama, que la deçís estos *Cánticos*, y la enseñáis que os diga, que no se io cómo se puede sufrir, si bos no ayudáis, para que los sufra quien las sienten, no como ellas mereçen, sino conforme a nuestra flaqueça.

Pues, señor mío, esposo nuestro, vien mío, no os pido otra cosa en esta vida, si no que me beséis con el beso de vuestra boca y sea esta paç de manera, que anque yo me quiera apartar desta amistad, no pueda, y que esté siempre mi boluntad sujeta a no salir de la vuestra, que no aya cosa que me inpida pueda yo deçir, dios mío, con berdad, que *son mejores tus pechos quel bino* (1).

* * *

¡O, yjas, que secretos tan grandes ai en estas palabras! Déoslas el señor a entender y a sentir, qué ai en esta merçed. Se puede decir que su magestad, por su misericordia, quiere cunplir esta petición a la esposa; es una amistad la que comiença a tratar con el alma, que solas las que lo espirementáis (2), lo entenderéis como digo. Mucho della tengo y siento, y adelante, en este tratado, diré más.

Siéntese una suabidad en lo interior del alma tan grande, que se da bien a entender questá dios beçino a ella. No es ésta una deboción que ai que muebe a muchas lágrimas, y éstas dan satisfación, o por la pasión de nuestro señor, u por nuestros pecados, aunque en esta oración que agora trato, que llamo yo de quietud, por el sosiego que açe en todo el onbre esterior y enterior, con una suabidad que pareçe que no la puede aver mayor, que es tan grande que conorta esterior y enteriormente, como si le fuese echando en los tuétanos una unción suavísima, a manera de un grande olor; como si entrasemos en una parte de presto, adonde no de sola una cosa, sino de muchas, que ni sabemos qué es, ni dónde está aquel olor, sino que nos penetra a todos.

Así pareçe este amor suabísimo de nuestro dios: que se entra en el ánima con grandísima suabidad, i la contenta y satisfaçe, y no sabe ni puede entender cómo, ni por dónde entra aquel bien. Esto debe de ser lo que diçe la esposa, declarada en mí propósito, que dan de sí tus pechos más olor que los ungüentos mui vuenos. Quería entonçes la esposa no se menear, ni ablar, ni mirar, porque no se le fuese su amado, que claramente conoçe questá mui çerca. Lo que

1 Sigue el capítulo IV en la edición del P. Gracián. El códice no hace ninguna división.
2 *Espireientáis,* se lee en el códice.

el alma a de açer aquí, en otra parte lo digo; aquí sólo digo que esta amistad, que ya el señor muestra al alma, que la quiere tan particular con ella, que no aia cosa partida entre entramos. Aquí se le comunican grandes berdades, porque esta luz que la deslunbra de manera, que con no entenderlo cómo esta luç la açe ver la banidad del mundo, no ve al vuen maestro que la enseña o que entienda mui claro que está mui çerca; mas queda tan bien enseñada, i con tan grandes afetos y con tan grande fortaleça en las virtudes, que no se conosçe después, ni quería açer otra cosa si no alabar a nuestro señor. Esta quando está en este goço, tan enbebida y absorta, que no pareçe questá en sí sino en una manera de boracheç, que no sabe lo que quiere, açe, ni diçe lo que pide; y así no sabe de sí; mas no está tan fuera de sí, que no entiende lo que pasa.

Mas quando este esposo la quiere enriqueçer y regalar, conbiértela tanto en sí, que como una persona, que el gran plaçer y contento la desmaya, y la pareçe que la deja suspendida en aquellos dibinos braços, y arimada aquel sagrado costado, y aquellos pechos divinos, no sabe más de goçar, sustentada con aquella divina leche la ba criando su esposo, y megorándola para poderla megor regalar, para que mereçca más. Quando despierta de aquel sueño y de aquella enbriageç çelestial, queda como espantada y enbovada, y con un santo desatino me pareçe a mí puede decir estas palabras: *mejores son tus pechos quel bino*. Porque quando estava en aquella boracheç, pareciale que no avía más que subir; mas quando se be en más alto grado, y toda enpapada en aquella ynmemorable grandeça de dios, y se be quedar tan sustentada, delicadamente lo conpara y diçe: *mejores son tus pechos que el vino*. Porque así como un niño no entiende cómo crece, ni cómo mama, que aun sin mamar él, ni trabajar nada, antes muchas beçes le echan la leche en la boca; así es aquí, que totalmente el alma no açe nada, ni sabe de dónde le vino aquel bien tan grande. Sabe que es el mayor que en todos los regalos y deleites ni contentos juntos de la bida le puede venir, ni aber; bése crecida y mejorada, sin ber quándo lo mereció; enseñada en grandes berdades, sin ber el modo que las enseña; fortalecida en las birtudes, regalada de quien tan bien lo sabe açer y puede. No sabe a qué lo conparar, sino al regalo que tiene el niño con su madre. Porque es al propio esta conparación, que así está el alma elebada y tan sin aprobec[h]arse de su entendimiento, en parte como un niño recibe aquel regalo, y deléitase en él, mas no tiene entendimiento para entender cómo le viene aquel bien; que en el adormecimiento pasado de la enbriageç, no está el alma tan sin obrar, que algo entiende y obra, porque o entiende estar cerca de dios, y así con raçón diçe: *mejores son tus pechos quel bino*.

Grande es, esposo mío, esta merced, sabroso conbite, precioso bino me dáis, que con sola una gota me açe olbidar de todo lo criado, y salir de las criaturas y de mí, para no querer ya los contentos y regalos, que hasta aquí quería mi sensualidad. Grande es éste; no le merecía yo. Después que su magestad se le hiço maior y la llegó más a sí, con raçón diçe: *mejores son tus pechos que el bino*. Gran merced era la pasada, dios mío, mas mui maior es ésta, por que ago

yo menos en ella; y así es de todas maneras mejor. Gran goço es y deleite del alma quando llega aquí.

Allá se abengan los del mundo, que con todos los regalos dél, nunca llegarán al contento que tiene un alma quando dios la llega aquí. San pablo diçe que *no son dinos todos los trabajos del mundo de la gloria que esperamos*; yo digo que no son dinos, ni pueden mereçer una ora desta santa satisfación que aquí da dios al alma, y goço y deleite. No tiene conparación, a mi pareçer, ni se puede mereçer un tal regalo de nuestro señor, una unión tan unida, un amor tan dado a entender y gustar, ¿qué tiene que ber con las bajeças de las cosas del mundo? ¡Donosos son sus trabajos para conpararlos a éstos! Que si no se pasan por dios, no balen nada; si se pasan por él, su magestad los da tan medidos con más fuerças, que de pusilánimes y miserables los tememos tanto.

¡O, yjas! Despertemos ya, por amor de dios, deste sueño; miremos que aun no sólo nos aguarda dios para la otra bida el premio de amarle, mas en ésta comiença la paga. ¡O, jesús mío! ¡Y quién pudiese dar a entender la ganancia que ai de arojarnos en los braços deste señor, y traer un concierto con él, y decir con la esposa: *mi esposo a mí, y yo a mi amado!* Ya yo beo, esposo mío, que bos sois para mí, no lo puedo negar. Por mí benistes al mundo, por mí pasastes tan grandes trabajos, por mí sufristes tantos açotes, por mí os quedastes en el santísimo sacramento, y aora me açéis tan grandísimos regalos. Pues, esposa santa, como dije yo, que vos decís ¿qué puedo açer por mi esposo?

Por cierto, ermanas, que no sé cómo paso de aquí. ¿En qué seré para vos, mi dios? ¿Qué puede açer por bos quien se dió tan mala maña? Perder las mercedes que me abéis echo. ¿Qué se podrá esperar de sus servicios? Y ya que con vuestro fabor aga algo, mirá qué puede açer un gusanillo: ¿para qué le a menester un poderoso dios? ¡O, amor, que en muchas partes quería decir esta palabra, porque solo él es el que se puede atrever a decir con la esposa: *Yo amé a mi amado!* El nos da liçencia para que pensemos que él tiene neçesidad de nosotros, este berdadero amador, esposo y bien mío.

Pues nos da liçencia, tornemos, hijas, a decir: *Mi amado a mí, y yo a mi amado.* ¡Vos a mí, señor! Pues si bos benís a mí, ¿en qué dudo que puedo mucho serbiros? Pues de aquí adelante, señor, quiérome olbidar de mí, y mirar sólo en qué os puedo serbyr y no tener voluntad si no la vuestra. Mas mi querer no es poderoso; vos sois el poderoso, dios mío. En lo que yo puedo, que es determinarme, desde este punto lo ago para ponerlo por obra (1).

---

1 Sigue el capítulo V en la edición de Gracián.

CAPITULO OCHO.—DE ALGUNOS PUNTOS DE LOS CANTARES. TYENEN ALGUNAS COSAS DE PERFETA CONTENPLACION.

Agora preguntemos a la esposa: sepamos qué acía entonçes, para si alguna beç nos llegare el señor a recivir tan grandísima merced, qué emos de açer y qué emos de decir. Lo que diçe ella es: *Sentéme a la sonbra de aquel a quien abía deseado, y su fruto es dulçe para mi garganta. Metióme el rei en la bodega i ordenó en mí la caridad.* Diçe: *Asentéme a la sonbra del que abía deseado.* ¡O, bálame dios, qué metida está esta alma i abrasada en el mismo sol! Diçe que se sentó a la sonbra del que abía deseado. Aquí no le conpara la esposa al sol, sino al mançano, y diçe que su fruto es dulçe para mi garganta. ¡O, almas que tenéis oración, gustad de todas estas pa[la]bras. ¡De qué maneras podemos considerar a nuestro dios! ¡Qué diferencias de manjares podemos açer dél! Es maná, que sabe a lo que queremos que sepa. ¡Qué sonbra ésta tan celestial! ¡Quién supiera y pudiera deçir lo que en esto le da el señor a entender! Acuérdome quando el ángel dijo a la birjen, quando bino a la enbajada de madre de christo: *La byrtud del mui alto te ará sonbra.* ¡Quién pudiese ber un alma quando el señor la pone en esta grandeça! Con raçón se puede asentar y asegurar.

Agora notad, que por la maior parte, i casi sienpre, si no es alguna persona que quiere el señor açer un señalado llamamiento (como a san pablo, que le puso luego en la cunbre de la contenplación, y se le apareció i abló de manera, que quedó bien enseñado dende luego) no da nuestro señor estos regalos tan subidos, ni açe mercedes tan grandes si no a quien a mucho trabajado en su serbicio, y procurado su amor, y dysponerse para que sean todas sus cosas a él agradables, y ya cansadas de muchos años de meditación y aber vuscado este esposo; i cansadísimas de las cosas del mundo, asiéntanse en la berdad, y no vuscan otra cosa, ni en otra parte, su consuelo, ni sosiego, ni descanso, si no adonde entienden que con berdad le pueden tener; pónense debajo del anparo del señor, no quieren otro. ¡Y quán bien acen de fiarse dél, ansí como lo an deseado y en echo más lo cunplen! ¡Quán benturosa sea el alma que mereçe estar debajo desta sonbra, aun para cosas que se pueden acá ber de cosas ativas! Que para lo que el alma sola puede entender, es otra cosa; porque muchas beçes parece que está el alma en el deleite que queda dicho, que se siente estar toda engolfada y metida y anegada con una sutileça y manera y sonbra de nube de la dibinidad, de donde bienen influencias al alma, y una manera de rocío tan deleitable, que bien con raçón se le quita el cansancio que le an dado las cosas del mundo. Una manera de descanso siente aquí el alma, que la cansa aber de resollar; y las potencias tan sosegadas y quietas, que cada pensamiento, aunque sea bueno, no quería entonçes admitir la boluntad ni le admite por vía de ynquirirle y procurarle; no a menester menear la mano de la consideración para nada, porque cortado y gisado, y aun comido, se lo da nuestro señor de la fruta del mançano a que la conpara, i así diçe: *que su fruta es dulçe*

para su garganta. Porque aquí todo es gustar sin ningún trabajo de las potencias, en esta sonbra de la dibinidad (que bien diçe sonbra, porque con claridad no lo podemos agora ber, sino debajo desta nube) asta que (1) el sol resplandeciente enbía por medio del amor una noticia de questá tan junto y tan uno en el alma, que no se puede decir. Sé yo que quien ubiere pasado por semejante merced, quán berdaderamente se puede dar aquí, este sentido a estas palabras que dice la esposa.

Paréceme a mí que el espíritu santo debe aquí de ser medianero entre el alma i dios, i que la muebe con tan ardientes deseos, que la açe ençender toda de manera que pareçe un fuego. ¡O, señor, y qué son aquí las misericordias que usáis con el alma! ¡Cómo baja sus ramos este mançano dibino, para que unas beçes coja su fruta el alma considerando sus grandeças, y la muchedunbre de las misericordias que a usado con ella, y que bea y goçe del fruto que sacó jesuXº de su pasión, regando este árbol con su sangre, con admirable amor! Antes de aora, diçe el alma que goça del mantenimiento de sus pechos dibinos; como es principiante en recibir estas mercedes, la sustentaba el esposo; y agora está más crecida, y bala sustentando y abilitando con otro manjar, para darla más, y darla a comer mançanas. Quiere que vaya entendiendo lo que está obligada a serbir y padecer, y aun no se contenta con esto. Es cosa marabillosa de aquel señor. Entiende que un alma es toda suia, sin otro interese, ni otras cosas que la mueban por sola ella, sino por quien es su dios, y por el amor que le tiene, como nunca çesa de comunicarse con ella, de tantas maneras y modos, como quien es la sabiduría mesma.

Pareció no abía más que dar en la primera paç, y es esto que queda dicho, mui más subida merced; no queda bien declarada. En el libro que os e dicho la allaréis con mucha más claridad, pues que pedimos más ya desta. ¡O, bálame dios, y qué nonada son nuestros deseos para llegar a vuestras grandeças! ¡Qué baja[s] quedaríamos, si conforme a nuestro poder, fuese vuestro dar! Aora miremos lo que más dice la esposa (2).

* * *

Metióme el rei en la bodega del bino y ordenó en mí la caridad. Pues estando ya la esposa descansando debajo de sonbra tan deseada, y con tanta raçón, ¿qué le queda a un alma que desear, que llega aquí, si no es que no le falte aquel bien para sienpre? No le pareçe que ai más que desear; mas a nuestro rei fáltale mucho por dar: nunca querría açer otra cosa, si allase a quién. Y, como e dicho, no se contenta nuestro dios con darnos tan poco como nuestros deseos; yo lo sé cierto. Aun acá, en algunas cosas que comiença uno a pedir que le dé en qué mereçca, y no yendo su intento a más de lo que puede llebar sus fuerças y como su magestad las puede açer crecer, en

1 *Qui,* dice equivocadamente el códice.
2 Sigue el capítulo VI en el impreso. El códice no trae aquí división alguna.

pago de aquello por lo que se determinó por él, dale tantas enfermedades y persecuciones, que el pobre onbre no sabe de sí.

A mí mesma me a acaecido en arta moçedad, y decía yo: ¡A, señor, que no quería yo tanto! Mas daba su magestad la fuerça y paciencia con que se podía sufrir. Aora mespanto cómo una cosa tan miserable podía sufrirlo, y beo claro el ayuda que me daba el señor; y no trocaría aquellos trabajos por todos los tesoros del mundo. Pues tornando a nuestra santa esposa, diçe: *metióme el rey*. ¡Y qué bien inc[h]e este nonbre rei, que no tiene superior, ni se acaba su reinar para sienpre. El alma, quando está así, seguramente podemos creer que no le falta fe para conoçer y creer mucho de la grandeça deste rei, de lo que se puede entender en esta vida mortal.

Diçe la esposa *que la metió en la bodega del vino*. Entiendo yo de aquí, que es grande la grandeça destas mercedes porque puede ser dar a beber de un buen bino, puro y mucho, y de otro mejor, lo mismo, y enborrachar uno más u menos. Así es en las mercedes del señor, que a uno da puro bino de deboción, a otro más, i otro crece de manera, que le comiença a sacar de su sensualidad, y de todas las cosas de la tiera; a otros da ferbor grande en su serbicio; a otros, ynpetus; a otros, grande cd. con los prójimos; de manera quen esto andan tan enbevidos, que no sienten sus travajos grandes que pasan; mas lo que diçe la esposa es mucho junto: *metióme el rey en la bodega*; porque allí más sin tasa puede salir rica. No pareçe que quiere dios dejarla nada por dar, sino que beba y se enbriage bien, bebiendo de todos esos preciosos vinos que ai en la despensa del rei, de sus goços, y que se admire de sus grandeças. No tema de de perder la bida de vever tanto, que sea sobre sus fuerças y flaqueça de su natural; muriérase en ese paraíso de deleites. ¡Bienabenturada tal muerte, que así açe bibir. Y berdaderamente, así lo açe; porque son tantas las marabillas que el alma entiende, sin entender cómo lo entiende, que queda tan fuera de sí, como ella misma lo diçe en decir: *Ordenó en mí la cd.*

¡O palabras que nunca se abían de olbidar al alma, a quien el señor regala! ¡O soberana md., sin poderse merecer, si el señor no da gracia y caudal para ello! Bien da aquí a entender la esposa que estaba fuera de sí, pues aun para amar no se alla dispuesta; mas bienabenturado sueño de dichosa enbriageç, que açe suplir el esposo lo que el alma no puede, que es dar orden marabilloso quando todas las potencias muertas o dormidas, quede el amor bibo; y sin entender cómo obran, ordenó dios cómo obrasen marabillosamente, que esté echo una cosa en el mesmo señor del amor, que es dios, con una linpieça grandísima, porque no ai quien lo estorbe, ni sentidos ni potencias.

Pensaba yo agora si es cosa en que ay alguna diferencia en boluntad i en amor. Y paréçeme que sí; no sé si es bobería. Paréçeme el amor una saeta que enbía la boluntad, que si ba con toda la fuerça que ella tiene, libre de todas las cosas de la tierra, enpleada en solo dios, mui de berdad debe decir (1) a su magestad; de suerte que, metida en el mismo dios, que es amor, torna de allí con grandísima ganançia, como

---

1 *Herir*, dice el códiçe de Alba de Tormes.

dije. Y es ansí, que ynformada de algunas personas a quien a el señor llegado a tan gran merçed en la oración, que las llega a este enbebimiento santo con una suspensión, que aun en lo esterior se be que no están en sí; preguntadas lo que sienten, en ninguna manera lo saben decir, ni por pensamiento supieron ni pensaron entender cosa de cómo obra allí el amor.

Entiéndese bien las grandísimas ganancias que saca el alma de allí por los efetos y birtudes, y la biba fe que le queda, y el desprecio del mundo. Mas cómo se le dieron estos bienes y lo quel alma goça aquí, en ninguna manera lo entiende, si no es al principio quando comiença, que es grandísima la suabidad. Que está bien claro la esposa, que la sabiduría de dios suple aquí por el alma y él ordena cómo gane tan grandísimas mercedes, por questando tan fuera de sí y tan absorta que ninguna cosa puede obrar las potencias, ¿cómo avía de mereçer? ¿Pues es posible que la acía el señor merced tan grande, para que pierda aquí el tienpo y no gane ni mereçca nada en él? No es de creer.

¡O secretos dibinos! Aquí no ai más de rendir nuestro entendimiento y creer que para entender las grandeças, no bale nada. Aquí biene bien el arrodillarnos (1) como hiço la birgen con toda su sabiduría, que le dió dios, que como preguntó al ánjel quando la saludó ¿cómo será esto?, que en diciéndola: *El espíritu santo sobreberná en ti, y la birtud del mui alto te ará sonbra,* no tubo más disputas; como quien tenía tan grande fe y sabiduría, entendió luego, que, ynterbiniendo estas dos cosas, no abía más que saber, ni qué dudar. No como algunos letrados, que no los lleba el Señor por este camino de oración, ni tienen espíritu, y quieren llebar las cosas por tanta raçón y tan medidas por sus entendimientos, que no pareçe si no que con sus letras an de conprender todas las grandeças de dios. ¡Y si deprendiesen algo de la umildad de la birgen!

¡O quán al cabal se puede entender lo que pasa dios con la esposa, conforme a lo que diçe en los *Cánticos,* y así lo podéys juçgar ber en el oficio que reçamos cada semana desta reina nuestra, lo mucho questá dellos en antífonas y leciones y responsos. Otras almas podrálo cada una entender conforme a lo que el señor le diere, que mui claro verá si a llegado a recibir algo destas mercedes. Tornando al propósito, me parece una consolación muy grande para las almas a quien el señor açe mercedes semejantes, esto que diçe la esposa: *Ordenó en mí la çd.*; porque no saben a dónde estubieron, ni cómo en regalos tan subidos contentaron al señor, ni qué se hiçieron, pues no le daban gracias por tan gran merced.

¡O alma regalada de dios! no te fatiges, que quando su magestad te llega aquí y te abla tan regaladamente, como bes en esas muchas palabras que dice a la esposa en los *Cánticos*: *toda eres ermosa, amiga mía*; *tus ojos son de paloma,* y otras muchas cosas en que muestra el contento que tiene della, de creer es que no consentirá que le descontente a tal tiempo, sino que la ayudará su magestad a lo

---

1 *Acordarnos,* dice el códice de Alba.

que ella no supiere para que le contente más. Vela perdida de sí, y enajenada por amarle, y que la mesma fuerça del amor le a quedado (1) el entendimiento para poderle más amar. Sí, que no a de sufrir, ni suele acerlo, ni puede mi dios dejar a quien se le da toda.

Paréceme aquí que el señor ba esmaltando sobre este oro, que ya tiene aparejado con sus dones, sin aber él resistido, antes a echo de su parte lo que a podido, y a tocado ya el señor esta alma como oro para ver de qué quilates es el amor que le tiene, por mil maneras y modos de travajos de perder los contentos del mundo, y, como digo, por muc[h]as cosas. Esta alma, que es el oro, estáse en ese tienpo tan sin açer más mobimiento, ni obrar más por sí, que aría el oro; y la dibina sabiduría, contenta de berla así, como ai tan pocas que así le amen, ba asentando en este oro muchas perlas y piedras preciosas y esmaltes con mil labores.

Pues esta alma ¿qué tiene en este tiempo? Esto es lo que no se puede entender, ni saber más de que diçe la esposa: *Ordenó en mí la cd.* Ella, a lo menos si ama, no sabe cómo, ni entiende qué es lo que ama; el grandísimo amor que la tiene el rei que la metió en la bodega y la dejó tanto beber, que la dejó así, debe de aber juntado el amor desta alma a sí de manera, que no lo mereçe entender el entendimiento, sino que estos dos amores se tornan uno; y puesto tan berdaderamente, y junto con el amor de dios, ¿cómo le a de alcançar el entendimiento? Piérdele de bista en el qual (2) tienpo, que nunca dura mucho, y allí le ordena de manera dios, que sabe bien contentar a su magestad, y después y entonces, sin que lo entienda el entendimiento. Mas entiéndelo bien después, como be al alma tan esmaltada y tan conpuesta con perlas y piedras de birtudes, que le tiene espantado: *¿quién es ésta que a quedado como el sol?* ¡O, berdadero rei, y qué raçón tubo la esposa de poneros este nombre! Pues en un momento enriqueçéis un alma con riqueças que duran para sienpre. ¡Qué ordenado le dejó el señor el amor en esta alma!

Yo podré dar buenas señas desto, porque e bisto algunas. De una me acuerdo que la dió el señor en tres días vienes, que si la espiriençia de aber ya algunos años ir siempre mejorando, no lo pudiera creer, no me parecie[r]a posible; y otra en menos de quinçe días e bisto, que después de muchos años de oración los açe dios estas mercedes, y esto es lo más ordinario. La conclusión es, que no le puede poner tasa a un señor tan poderoso y que tan ganoso está de dar; si no que es quándo y cómo, y a quien quiere, y como quiere. Acaeçe y es mui ordinario, quando el alma llega a este estado siendo espíritu de dios, y no ylusión u malencolías u ensaios que açe la mesma naturaleça, que esto el tiempo lo biene a descubrir, y aun estotro tanbién; porque quedan las virtudes fuertes, y el amor tan ençendido, que no se encubren, aunque quieran, y sienpre aprovechan a otras almas.

Ordenó el rei en mí la caridad tan ordenada, quel amor que tenía al mundo se le quita; y al que a sí, le buelbe desamor; i el que a sus ami-

---

1 *Quitado,* se lee en la copia de Alba.
2 El códice de Alba dice *aquel.*

gos y deudos, de suerte que sólo los quiere por dios; y el que a los prójimos, mui crecido; i el desamor que solía tener a los enemigos, se vuelbe en amistad; y el que a dios, tan sin tasa, que le aprieta algunas beçes más que puede su trabajo natural, y como be que ya desfalleçe y ba a morir, diçe con la esposa: *Sostenedme con flores; acompañadme de mançanas, porque desfalleçco de mal de amores* (1).

CAPITULO (2).—QUE DECLARA OTRAS PALABRAS LA ESPOSA, I DICE OTROS EFETOS QUE AÇE EL BUEN ESPIRITU.

¡O, jesús mío, qué lenguaje es éste tan dibino para mi propósito! ¡Cómo, esposa santa, matáos la suabidad que pedís flores para que ayuden más al goço y suabidad? Decidnos qué flores son éstas, porque éste no es remedio, salbo si no las pedís para acabar ya de morir, que a la berdad no se desea más quando el alma llega a este estado; mas no diçen bien estas palabras desear cunplir este deseo; porque diçe: *sostenedme con flores,* y el sostened, no me pareçe a mí que es pedir la muerte, sino querer con la bida servir en algo a quien ve que deve tanto.

No os pareçca, hijas, que es encarecimiento decir que muere, sino que parece en echo de verdad. Que el amor obra con tanta fuerça algunas beçes, que se enseñorea de manera sobre todas las fuerças del sujeto natural, que sé cierto de una persona, que sé que no miente, que llega algunas beçes a punto de muerte, no con el deseo de ber a dios, que e dicho; sino del grandísimo deleite que su alma siente regalada de su dios y desecha en amor suio. Estando en este deleite el alma no quería salir de allí, ni le sería penoso, sino gran contento morir; que no está fuera deste deseo; sino quel deleite, en este término de oración, no admite ninguna pena. ¡Y quán dichosa muerte sería a manos deste amor; sino que algunas beçes le da el señor luç que bea ques bien que viba, y ella be que si mui contino fuese este deleite, no lo podría su natural sufrir. Y así pide otro bien para salir deste byen tan grande y así dice: *Sostenedme con flores,* que quiere de las que acá olemos.

Entiendo yo aquí que pide al esposo que la deje açer grandes obras en servicio suyo y bien del prójimo, y por eso deja de buena gana aquel contento; porque aunque es mui grande para ella, paréçele que en estotro contentará más a su dios, que es el contento que ella pretende. Y tanbién entiende, que aunque pareçe que deja la bida contenplatiba por la atiba, no es así; antes la una ayuda a la otra. Y en lo que pareçe esterior obran lo interior, muchas beçes. Y quando las obras atibas salen desta raiç, son admirables y olorosísimas flores; porque proçeden deste árbol del amor de dios, y por sólo él, sin otro interés propio, y estiéndese al olor de las flores para aprobechar a muchos, y dura; no pasa presto, que açen grande operaçión.

1 Sigue el capítulo VII.
2 No pone más el códice. Según la distribución adoptada en él, es el noveno.

Predica un predicador un sermón, y con yntento de aprobechar; mas no está tan desasido de probechos umanos, que no llebe alguna pretensión de contentar u ganar onra, principalmente si pretende alguna calonjía por predicador. Ansí con (1) estas cosas que se açen en probecho de los prójimos, con buena intención; mas con mucho abiso de no perder por ellas, ni descontentar: temen persecución, quien tiene gratos los reies (2).

---

1 *Son*, dicen otros códices.
1 Aquí pone fin el códice de Consuegra.

CODICE DE LAS NIEVES

FRAGMENTOS DE LOS

CONCEPTOS DEL AMOR DE DIOS

SEGUN EL CODICE DEL DESIERTO DE LAS NIEVES (1).

CAPITULO.—DE LA VERDADERA PAZ QUE PIDE LA ESPOSA, PARA ANIMARSE LOS QUE PRETENDEN PERFECION.

¡O sancta esposa! vengamos a lo que vos pedís, ques aquella sancta paz, que haçe aventurarse a ponerse en guerra con todos los de el mundo, quedando esta alma con toda seguridad y paçífica. ¡O qué dicha tan grande será alcançar ésta! (2). Pues es un juntarse con la voluntad de dios, de manera que no aya división entre su magestad y ella, sino que sea vna misma voluntad; no por palabras, ni por solos deseos, sino

1 De este códice, que se guardaba en nuestro antiguo Desierto de Nuestra Señora de las Nieves (Málaga), según queda apuntado en la Introducción, se conserva un traslado en el manuscrito 1400 de la Biblioteca Nacional, que nos ha servido para su publicación. El texto va precedido del siguiente testimonio. «Don Francisco Arredondo, Presbítero, en la villa del Burgo, diócesis de Málaga, y notario público en dicho Obispado, por autoridad ordinaria, certifico, doy fe y verdadero testimonio a los que el presente vieren, que el M. R. P. Fr. Juan del Carmelo, Suprior y Presidente de este Santo Desierto de Ntra. Sra. de las Nieves, Orden de Carmelitas Descalzos, sito en el término y jurisdición de dicha villa, exhibió ante mí, sacándolo de su archivo, un librito forrado de tafetán pajizo con sus abrazaderas de listones, también de seda, en el qual se contiene un tratado manuscrito de letra antigua, que parece ser obra de la Santa Madre Teresa de Jesús, como se dice en vna nota que se halla al fin de él, de letra, al parecer, del M. R. P. Fr. Manuel de San Gerónimo, Historiador general de dicha Sagrada Religión, que dice assí: «Este tratadico es de nuestra Santa Madre Teresa de Jesús, y lo más de él está impreso en sus hobras, y por él se conoce ser de mujer, no de hombre; y assí lo certifico. Santo Desierto. Noviembre, 9 de 1701. *Fr. Manuel de San Gerónimo*». Y luego inmediatamente está escrito de otra mano: «Esta letra es de Nuestro Padre Fr. Manuel de San Gerónimo, que murió historiador general, Prior de Jaén». Y previno dicho R. P. Superior presidente, que el expresado manuscrito no era original de dicha Santa Madre, sino copia suya, y lo demuestra la diversidad del charácter, el que yo, el enunciado Notario, por mí mismo cotegé con otro original de la Santa que se venera en el mismo Santo Desierto; y certifico ser assí el contenido del mencionado manuscrito, sacado aquí fielmente a pedimento que hizo el R. P. Francisco del Niño Jesús, religioso Carmelita Descalzo y Conventual de dicho Santo Desierto, en virtud de orden de sus superiores, es el que se sigue».

2 *Merced,* añade la copia de Alba.

puesto por obra; de manera que entendiendo que sirbe más a su esposo en vna cosa, aya tanto amor y deseo de contentarle, que no escuche las raçones que le dará el entendimiento, ni los temores que le porná, dexe obrar la fee de manera, que no mire probecho (1) ni descanso suyo, acabe ya de entender que en ésta está todo su probecho.

Pareçeros ha, hijas, que ésta no va bien, pues tan loable cosa es hacer las cosas con discreçión. Avéis de mirar vn punto, que entendáis en vosotras mesmas, como se puede entender, digo ques por los efectos que tiene vn alma, que cierto ya sabemos que no podemos saberlo, porque aun es más que estar en gracia, que es vna ayuda muy particular de dios, como digo. Por los effectos podemos en alguna manera atinar si nos la ha dado su magestad; y conforme a la grandeça de las virtudes haçe dios tanta merced al alma, y con vna luz interior entiende que le ha dado el señor esta paz que pide la esposa, aunque algunas veçes, biendo su miseria, torna a dudar; mas quando en vosotras entendiéredes lo que digo, no hay que deteneros en nada, sino olvidaros de vosotras mesmas por contentar este dulçe esposo.

Diréisme que me declare más qué virtudes son éstas, y tenéis raçón, que va mucho de virtud a virtud; algunas diré: despreçiar todas las cosas de la tierra, y estimarlas en poco como ellas son; no querer bien suyo, porque ya tiene entendido su vanidad; no se alegrar sino con los que ve que aman a su señor; cansarse de vivir por verse ausente de su tierra, y en esta peregrinación tener en tan poca estima las riqueças como ellas mereçen, y deseo de trabajos, que no lo puedo más encareçer; aborreçimiento de honrras y otras cosas semejantes a éstas, que enseña el que las pone en tal estado. Llegada aquí, el alma podrá acometer, confiada en el señor que, con la paz que le ha dado el esposo, a mostrado tenerla, y éste le quita el temor, si no es de pensar que no a de mereçer que dios se quiera serbir della en dalla trabaxos y ocasiones a donde pueda emplear los talentos que ha recivido, aunque sea muy a su costa. Así que llegada aquí, como e dicho, obra el amor, y su fee, y no se quiere el alma aprobechar de lo que la enseña el entendimiento; porque este amor que entre ella y el esposo ay, i unión de una voluntad con otra, la ha enseñado y otras cosas que no alcança, y tráele devajo de los pies. Pongamos vna comparaçión. Está vn cautivo en tierra de moros; éste tiene vn padre pobre o vn grande amigo, y si éste no le rescata, no tiene remedio; y para haverle de remediar, no basta lo que tiene, si no va el mesmo a servir. Por el grande amor que le tiene, pide que quiera más la libertad de su amigo que la suya; mas luego viene la discreción cargada de muchas razones, y le diçe ques más obligado a sí, y que podrá ser quel tenga menos fortaleça quel otro su amigo, y le agan dexar la fee, que no es bueno ponerse en ese peligro, y otras muchas cosas.

¡O amor fuerte de dios! ¡Y cómo no le pareçe que a de aver cosa imposible a quien ama! ¡O dichosa alma que a llegado ha alcançar esta paz de su dios! questá señoreada sobre todos los trabajos

1 *Provecho*. Esta palabra se repite en la copia.

y peligros del mundo, que ninguno teme para dexar de serbir a tan buen esposo y señor; y con raçón, ¿quién no dirá que la tiene este padre y amigo que hemos dicho? Pues ya abéis leído, hijas, de san paulino obispo, que no por hijo, ni por amigo, que de más de averle ya dado dios esta paz con beso de su boca, que pide la esposa, y por contentar a su magestad y imitar en algo lo mucho que por nosotros hiço, se fué este santo a trocar por un hijo de vna viuda, que a él vino fatigada. Podéis leer su vida, qué bien le sucedió y con la ganançia que vino.

Crehería yo no dejaría su entendimiento de presentarle algunas más raçones de las que dixe, porque hera obispo y avía de dexar sus ovejas, y por ventura ternía temores. Mirá vna cosa que se me ofrece aora y biene a propósito para los que de su natural son pusilánimes y de ánimos flacos, que por la mayor parte son mugeres, y aunque en ello de verdad su alma aya llegado a este estado, su flaco natural teme. Es menester tener aviso, porque esta flaqueça natural nos hará perder vna gran corona. Quando hos halláredes con esta pusilanimidad, acudid a la fee y humildad, y no dexéis de acometer con fee, que dios lo puede todo, y ansí pudo dar fortaleça a muchas niñas sanctas, y se la dió para pasar tantos tormentos que se determinaron a pasar por él.

Esta determinaçión quiere hacerle señor de nuestro libre alvedrío, que no ha él menester nuestro esfuerço de nada; antes gusta su magestad de que resplandezcan sus obras en gente flaca, porque ay más lugar de obrar su poder, y cumplir el deseo que tiene de hacernos mercedes. Para esto os han de aprobechar las virtudes quel señor nos ha dado, para creer con determinaçión y para dar de mano a las raçones del entendimiento, y a vuestra flaqueça, para no dar lugar a que crezca con pensar si será o no, quiçá por mis pecados no merecer yo que me dé la fortaleça que a otros. No es haora tiempo de pensar vuestros pecados, dexaldos aparte, que no es con saçón esta humildad; es a mala coyuntura.

Quando os quisieren dar vna cosa muy honrosa, o quando el demonio os incita a vida regalada o a otras cosas semejantes, temed que por vuestros pecados no lo podréis llevar con rectitud. Mas quando uviéredes de padecer algo por nuestro señor o por el próximo, no hayáis miedo a vuestros pecados. Con tanta caridad podéis hacer vna obra déstas, que os los perdone todos, y esto teme el demonio; y por esto os lo trae a la memoria entonçes. Y tened por çierto que nunca dexará el señor a sus amadores, quando por solo él se abenturan. Si lleban otros intentos de interese propio, eso miren, que yo no hablo si no con los que pretenden contentar con mayor perfeçión al señor.

Este deseo debía llebar bien perfeto ahora en nuestros tiempos vn fraile que conocí yo, y vosotras también, que vino a tratar conmigo vn deseo, con grandísima eficaçia, que tenía de irse a trocar por un captivo; y era tan ferviente su caridad, que le costó artas lágrimas; y después de muchas importunaçiones que con los prelados traya, persuadiéndolos que le diesen liçençia, y ellos no queriendo, la recaudó de su general, y estando quatro leguas de argel, murió en

la demanda. Bien podemos creer llebo buen premio. ¡Pues que de discretos avía que deçian hera disparate! A los que no llegamos ha amar tanto a nuestro señor, así nos lo pareçe, y aunque mayor disparate es acabársenos este sueño desta vida con tanto seso, que plegue a dios que merezcamos ir al cielo, quanto más ser déstos que tanto se aventajaron en amar al señor.

Ya yo veo es menester gran ayuda suya para cosas semejantes, y por esto os aconsexo, hijas, que siempre con la esposa pidáis esta paz tan regalada, y que ansí señorea todos estos torbellinos del mundo, que con todo el sosiego y quietud le da vatería. ¿No está claro que alma a quien dios hiciere tan gran merced de juntarla consigo en tanta amistad, que la ha de dejar bien rica de bienes suyos? Porque, cierto, estas cosas no pueden ser nuestras; el pedir y el desear él nos haga esta merced, podemos; que lo demás, ¿qué a de poder vn gusano quel pecado le tiene tan ocupado y miserable, que todas las virtudes ymaxinamos tan tasadamente como nuestro vajo natural?

Por esto os torno a decir, que para cosas semejantes, si el señor os yçiere merced que ofrezcan haçerlas por él, que no hagáis caso de aver sido pecadoras. Es menester aquí que señoree la fee a nuestra miseria, y no os espantéis si al principio de determinaros, y aun después, sintiéredes temor y flaqueça; no hagáis caso dello, si no es para avibaros; mas dexad haçer su oficio a la carne. Mirá que diçe el buen jesús en la oración del huerto: *la carne es enferma,* y acuérdeseòs de aquel tan admirable y lastimoso sudor. Pues si aquella carne divina y sin pecado, diçe su magestad ques enferma, ¿cómo queremos acá la nuestra tan fuerte, que no sienta la persecución que le puede venir y los trabaxos? En ellos mesmos será como subjeta ya la carne al espíritu. Junta su voluntad con la de dios, no se quexa.

Ofréceseme aora cómo nuestro buen jesús muestra la flaqueça de su humanidad antes de los trabajos, y en el golfo dellos gran fortaleça, que no sólo quejarse, mas en el semblante no yço cosa por donde pareciese que padeçía con flaqueca. Quando yba al huerto dixo: *triste está mi ánima hasta la muerte*; y estando en la cruz, que era ya estar pasando la muerte, no se quexa. Quando en la oración del huerto, yba a despertar a los apóstoles; pues con más raçón se quexara a su madre cuando estaba al pie de la cruz, y no dormía, sino padeçiendo en su alma y muriendo dura muerte; y siempre nos consuela más quexarnos a los que sabemos sienten nuestros trabaxos y nos aman más.

Ansí que no nos quexemos de temores, ni nos desanime ver flaco nuestro esfuerço; sino procuremos fortalecernos de humildad, y entender claramente lo poco que podemos de nosotras, y que si dios no nos faboreçe, no somos nada, y confiar en su misericordia y desconfiar de todo punto de nuestras fuerças; y estribar en ello es toda la flaqueça, que no sin mucha causa lo mostró nuestro señor. Que claro está que no lo temía, pues hera la mesma fortaleça; sino para consuelo nuestro y porque entendamos lo que nos conviene exercitar con obras nuestros deseos, y miremos que a los principios de mortificarse vn alma, todo se le ace penoso: si comiença a dexar regalos, pena; si ha dexar honrra, tormento; si a sufrir vna palabra mala, intolerable;

en fin, nunca le faltan tristeças asta la muerte. Como acabare a determinarse a morir al mundo, verse a libre destas penas, y todo al contrario, no aya miedo que se quexe, ya ha alcançado la paz que pide la esposa.

¡O, señor del cielo! ¡Qués posible que viviendo en esta vida mortal, se puede gozar de vos con tan particular amistad, y que tan a las claras lo diga el espíritu santo en estas palabras, que no lo queremos entender que son los regalos que açéis al alma que os ama, en estos *cánticos!* ¡Que requiebros, qué suavidades, que avía de bastar vna palabra déstas a desacernos en vos! Seáis vendito, señor, que por vuestra parte no perderemos nada. ¡Por qué de caminos y maneras nos mostráis el amor, con trabaxos, con muerte tan áspera con sufrir injurias y perdonarlas! Y no sólo con esto, sino con unas palabras tan heridoras para el alma que os ama, que la decís en estos *cánticos*, y la enseñáis qué os diga, que no se yo cómo se pueden sufrir, si vos no ayudáis para que las sufra quien las siente, no como ellas mereçen, sino conforme a nuestra flaqueça.

Pues, señor mío, esposo mío, bien mío, no os pido otra cosa en esta vida, sino que me beséis con el beso de buestra divina boca, y que sea esta paz de manera, que aunque yo me quiera apartar desta amistad, no pueda, y questé siempre mi voluntad subjeta a no salir de la vuestra, que no aya cosa que me inpida pueda yo decir, dios mío, con verdad, que *son mejores tus pechos quel vino* (1).

* * *

¡O, hijas mías, qué secretos tan grandes ay en estas palabras! Dénoslas nuestro señor a sentir, que harta merced se puede decir que su magestad, por su misericordia, quiere cumplir esta petición a la esposa; es vna amistad la que comiença a tratar con el alma, que solas las que lo experimentáis, lo entenderéis, como digo. Mucho dello tengo escrito, y adelante en este tratado diremos más.

Siéntese vna suavidad en lo interior del alma tan grande, que se da bien a entender estar dios vezino a ella. No es ésta vna devoción que ay que mueve a muchas lágrimas, y éstas dan satisfacción, o por la passión de nuestro señor, o por nuestros pecados, aunque en esta oración que haora trato, que llamo de quietud, por el sosiego que hace en todo el hombre exterior e interior, con vna suavidad que parece que no la puede aver mayor, ques tan grande que conorta interior y exteriormente, como si le echasen en los tuétanos vn vnçión suabísima a manera de vn gran olor; como si entrásemos en vna parte de presto, a donde ay número, no de vna cosa sola, sino de muchas, que ni sabemos qué es, ni adónde está aquel olor, sino que nos penetra todas.

Así parece este amor suavísimo de nuestro señor: que se entra en el alma con grandísima suavidad, y la contenta y satisfaçe, y no puede entender cómo yo (2) de dónde entra aquel bien. Esto debe ser

1 Prosigue el capítulo IV en las ediciones.
2 *Ni*, dicen otros códices.

lo que diçe la esposa, declarado a mi propósito, que dan de sí tus pechos más olor que los vngüentos muy buenos. Querría entonçes la esposa no se menear, ni hablar, ni mirar, porque no se le fuese su amado, que claramente conoçe estar muy cerca. Lo que el alma a de hacer aquí, en otra parte lo digo; aquí sólo digo questa amistad, que ya el señor muestra al alma, que la quiere tan particular con ella, que no aya cosa partida entre ambos. Aquí se le comunican grandes verdades, por questa luz que las descubre de manera, que con no entender que esta luz la haçe ver la vanidad del mundo, no ve al buen maestro que la enseña a que entienda claro questá muy cerca; mas queda tan bien enseñada, y con tan grandes afectos y con tan gran fortaleça en las virtudes, que no se conoçe después; ni querría haçer otra cosa si no alabar al señor. Está, quando está en este gozo, tan envevida y absorta, que no pareçe questá en sí, sino en vna manera de borrachez, que no sabe lo que aquí cree, ni lo que diçe, ni pide; ansí no sabe de sí, mas no está tan fuera de sí, que no entienda lo que pasa.

Mas quando este esposo la quiere enriquecer y regalar, conviértela tanto en sí, que como vna persona, quel gran plaçer y contento la desmaya, le pareçe se queda suspendida en aquellos divinos braços, y arrimada a haquel divino costado, y aquellos pechos divinos, no sabe más que gozar, sustentada con aquella divina leche, la va criando su esposo, y mexorándola, para poderla más regalar, para que merezca más. Quando despierta de aquel sueño y de aquella envriaguez celestial, queda como espantada y avobada, y con vn santo me pareçe a mí puede deçir estas palabras: *mejores son tus pechos quel vino.* Porque quando estaba en aquella vorrachez, pareçíale que no avía más que subir; mas quando se vee en más alto grado, y toda enpapada en aquella inmemorable grandeça de dios, y se ve quedar tan sustentada, delicadamente la conpara, y ansí diçe: *mejores son tus pechos quel vino.* Porque ansí como vn niño no entiende cómo creçe ni cómo mama, que aun sin mamar él ni travaxar nada, antes muchas veçes le hechan la leche en la boca; ansí es aquí, que totalmente el alma no haçe nada, ni sabe de dónde le vino aquel bien tan grande. Sabe ques el mayor quen todos los regalos ni deleytes ni contentos juntos de la vida se puede aver; véese creçida y mejorada, sin ver quándo lo mereçió; enseñada en grandes verdades, sin saber el modo que las enseñan; fortaleçida en las virtudes, regalada de quien tan bien lo sabe haçer. Mas no sabe a qué lo comparar, sino al regalo que tiene el niño con su madre. Porqués al propio esta comparaçión, que así está el alma elevada y tan sin aprovecharse de su entendimiento, en parte como un niño rescive aquel regalo, y deléitase con él, mas no tiene entendimiento para entender cómo le viene aquel bien; que en el adormecimiento pasado de la envriaguez divina, no está el alma tan sin obrar, que algo entiende y obra; porque sienpte *(sic)* está cerca su dios, y así con raçón dice: *mejores son*, etc.

Grande es, esposo mío, esta merced, sabroso conbite, precioso vino me dais, que con sola vna gota me haçe olvidar de todo lo criado, y salir de las criaturas y de mí, para no querer ya los contentos y regalos que asta aquí quería mi sensualidad. Grande es éste; no le

mereçía yo. Después que su magestad se le hiço mayor y la llegó más así, con raçón diçe: *mejores son tus pechos.* Gran merced hera la pasada, dios mío, mas muy mayor es ésta, porque ago yo menos en ella; y así es de todas maneras mexor. Gran goço es y deleite del alma quando llega aquí.

Allá se avengan los deleites del mundo, que con sus regalos nunca llegarán al contento que tiene vn alma quando dios la llega aquí. San pablo diçe, qué *no son dignos todos los trabaxos del mundo, de la gloria que esperamos*; yo digo que no son dignos, ni pueden mereçer vna hora desta santa satisfaçión que aquí da dios al alma, y goço y deleite. No tiene conparaçión, ni se puede mereçer vn regalo tal de nuestro señor. Una vnión tan vnida, vn amor tan dado a entender y gustar, ¿qué tiene que ver con las vaxeças de las cosas del mundo? ¡Donosos son sus trabaxos para conpararlos a éstos! Que si no se pasan por dios, no valen nada; si se pasan por él, su magestad los da tan medidos con más fuerças, que de pusilánimes y miserables los tememos tanto.

¡O, hijas! Despertemos ya, por amor de dios, deste sueño; miremos que aun no sólo nos guarda dios para la otra vida el premio de amarle; en ésta comiença la paga. ¡O, jesús mío! ¡Y quién pudiese dar a entender la ganançia que ay en arrojarnos en los braços deste señor, y haçer un conçierto con él, y deçir con la esposa: *mi esposo a mí y yo a mi amado!* Ya yo veo, esposo mío, que vos sois para mí, no lo puedo negar. Por mí benistes al mundo, por mí pasásteis tan grandes trabaxos, por mí sufristeis tantos açotes, por mí os quedasteis en el sanctísimo sacramento, y aora me açéis tan grandísimos regalos. Pues, o esposa santíssima, como dixe yo que vos deçís, ¿qué puedo açer por mi esposo?

Por çierto, hermanas, que no sé como paso de aquí. ¿En qué seré para vos, mi dios? ¿Qué puedo açer por vos, quien se se dió tan mala maña a perder las mercedes que me avéis hecho? ¿Qué se podrá esperar de sus servicios? Ya que con vuestro fabor haga algo, mirad qué podrá hacer vn gusano: ¿para qué le a menester vn tan poderoso señor? ¡O, amor, que en muchas partes querría repetir esta palabra, porque sólo él es el que se puede atreber a deçir con la esposa: *yo amé a mi amado!* El nos da liçençia para que pensemos que tiene neçesidad de nosotros este verdadero amador, esposo y bien mío.

Pues nos da liçençia, tornemos, hijas, a deçir: *mi amado a mí y yo a mi amado.* ¿Vos a mí, señor? Pues si vos benís a mí, ¿en qué dudo que podré mucho serviros? Pues de aquí adelante, señor, quiero olvidarme de mí, y mirar sólo en lo que os puedo servir y no tener voluntad si no fuere para cumplir la vuestra. Mas mi querer no es poderoso, dios mío; en lo que yo puedo, que es determinarme en este punto, lo hago para ponerlo por obra (1).

---

1 Sigue el capítulo V en las ediciones de *Los Conceptos.*

CAPITULO 8.—DE ALGUNOS PUNTOS DE LOS «CANTARES». CONTIENE ALGUNOS PUNTOS DE PERFETA CONTEMPLAÇION (1).

Haora preguntemos a la esposa. sepamos qué haçía entonces, por si alguna vez el señor nos llegare aquí a reçibir tan gran merçed, qué hemos de haçer y qué hemos de deçir. Lo que dice ella es: *sentéme a la sombra de aquel a quien avía deseado, y su fruto es dulçe para mi garganta. Metióme el rey en la vodega y hordenó en mí la caridad.* Diçe: *asentéme a la sombra de aquel que avía deseado.* ¡O, bálame dios, qué metida está el alma y abrasada en el mismo sol! Diçe que se asentó a la sombra de aquel que avía deseado. Aquí no le compara la esposa al sol, sino al mançano, y diçe que su fruto es dulçe para su garganta. ¡O, almas que tenéis oración, gustad de todas estas palabras! ¿De qué de maneras podemos considerar a nuestro dios? ¡qué diferencias de manjares podemos haçer dél!; es manná, que sabe a lo que queremos que sepa. ¡Qué sombra ésta tan çelestial! ¡quién pudiera deçir lo que en esto le da el señor a entender! Acuérdome quando el ángel dixo a la virgen, quando vino con la embaxada de la madre de dios: *La virtud del muy alto te hará sombra.* ¡Quién pudiese ver vn alma quando el señor la pone en esta grandeça! Con raçón se puede asentar y asegurar.

Aora notad, que por la mayor parte, y casi siempre, si no es alguna persona que quiera nuestro señor haçer vn señalado llamamiento (como a san pablo, que luego le puso el señor en la cumbre de la contemplación, y se le apareçió y habló de manera, que quedó bien ensalçado desde luego) no da nuestro señor estos regalos tan subidos, ni haçe mercedes tan grandes, si no a quien a trabaxado mucho en su serviçio, y procurado su amor, y disponerse para que sean todas sus cosas a él agradables, y tan cansadas de muchos años de meditaçión y de aver buscado este esposo; y cansadísimas de las cosas del mundo, asiéntanse en la verdad, no buscan en otra parte su consuelo, ni sosiego, ni descanso, sino adonde entienden que con verdad le pueden tener; pónense devaxo del amparo del señor, no quieren otro. ¡Y quán bien haçen en fiarse dél, que ansí como lo an deseado, y en echo más lo cumplen! ¡Y quán venturosa sea el alma que mereçe estar devaxo desta sombra, aun para cosas que se pueden acá ver de cosas atibas! Que para lo que el alma sola puede entender, es otra cosa; porque muchas veçes pareçe estar el alma en el deleite que queda dicho, que se siente estar toda engolfada, metida y anegada con una sombra y manera de nube de la divinidad, de donde vienen influencias al alma, y vna manera de roçío tan deleitoso, que bien con raçón le quita el cansancio que an dado las cosas del mundo. Siente vna manera de descanso, que la cansa aver de resollar; las potencias tan sosegadas y quietas, que cada pensamiento, aunque sea bueno, no querría entonçes admitir la voluntad, ni le admite por vía de inquerirle ni procurarle; no a menester menear la mano de la consideración para nada, porque cortado y guisado, y aun comido, le da el

1 Como se habrá observado, la división y numeración de capítulos son idénticas a la del códice de Consuegra.

señor la fruta del mançano a que la conpara aquí su amado, y ansí diçe: *que su fruta es dulçe para su garganta.* Porque aquí todo es gustar sin ningún trabaxo de las potencias, en esta sombra de la divinidad (que bien diçe sombra, porque con claridad no la podemos aora ver, sino devaxo desta nube) asta a que el sol resplandeçiente embía por medio del amor vna notiçia de que está tan junto y tan vnido con el alma, que no se puede deçir. Sé yo que quien ubiere pasado por semejante merced, entenderá quán verdaderamente se pueda dar aquí este sentido a estas palabras que diçe aquí la esposa.

Paréçeme a mí que el espíritu santo deve ser medianero entre el alma y dios, y el que la mueve con tan ardientes deseos, que la haçe ençender de manera que la açe toda vn fuego. ¡O, señor, y qué son aquí las misericordias que vsáis con el alma! ¡Cómo vaxa sus ramas este mançano divino, para que vnas veçes coxa su fruta el alma considerando sus grandeças, y la muchedunbre de las misericordias que con ella a usado, y que vea y goçe del fruto que sacó Jesucristo nuestro señor de su passión, regando este árbol con su sangre, con tan admirable amor! Antes de aora diçe el alma que goça del mantenimiento de sus pechos divinos; como principiante en recibir estas mercedes, la sustentava el esposo; ahora está ya más crecida y vala sustentando y alimentando con otro manjar, para darle más y darla a comer mançanas. Quiere que vaya entendiendo lo 'questá obligada a serbir, a padesçer, y aun no se contenta con solo esto. Es cosa marabillosa que de quel señor entiende que vn alma es toda suya, sin otro ynterese ni cosas que la mueban por sola ella, sino por quien es su dios, y por el amor que la tiene, cómo nunca çesa de comunicarse con ella, de tantas maneras y modos, como quien es la sabiduría mesma (1).

* * *

Paresció no abía más que dar en la primera vez, y es esto que queda dicho muy más subida merced no..... (2) no se acaba su reyno para sin fin. El alma, quando está ansí, seguramente podemos creer mucho de la grandeça deste rey de lo que en esta vida mortal se puede entender. Diçe la esposa que *la metió en la vodega del vino.* Entiendo yo de aquí, ques tan grande la grandeça desta merced, porque puede darse a bever de un buen vino, puro y mucho, y de otro mexor, lo mesmo, y envorrachar a uno más o menos. Ansí es las mercedes del señor, que a uno da puro vino de devoción; a otro, más; a otro creçe de manera, que le comiença a sacar de sí de su sensualidad y de todas las cosas de la tierra; a otros da fervor grande en su serviçio; a otros, ínpetus; a otros, gran caridad con los próximos; de manera, que en esto andan tan envevidos, que no sienten los tra-

1 Sigue el capítulo VI.
2 En el traslado de la Biblioteca Nacional se puso aquí la siguiente observación: «Nota que aquí no enlaza el sentido con lo que sigue, y se ve en el exemplar en la página siguiente, y por los números de folios antiguos que tenía, se dexa conocer haberle quitado el fol. 16, y esto parece quisieron advertir con las tres estrellas que allí pusieron».

baxos grandes que pasan. Mas lo que diçe la esposa es mucho junto: *metióme el rey en la vodega*; porque de allí más sin tasa pueda salir rica. No pareçe que quiere dios dexarle nada por dar, sino que veva y se envriague bien, bebiendo de todos esos preciosos vinos que ay en la despensa del rey: goçe de sus goços; admírese de sus grandeças; no tema de perder la vida de vever tanto, que sea sobre sus fuerças y flaqueça de su natural; muérase en ese paraíso de deleites. ¡Bienaventurada la tal muerte, que ansí haçe vivir! Y verdaderamente ansí lo haçe; porque son tantas las marabillas quel alma entiende, sin entender cómo, que queda fuera de sí, como ella mesma lo diçe en deçir: *ordenó en mí la caridad.*

¡O, palabras que nunca se abían de olvidar al alma, a quien el señor regala! ¡O, soberana merced, qué sin poderse mereçer, si el señor no da caridad para ello! Bien da aquí a entender la esposa questaba fuera de sí, pues que aun para amar no se alla dispuesta; mas bienaventurado su sueño de dichosa enbriaguez, haçe suplir el esposo lo que el alma no puede, ques dar orden tan marabillosa, que estando todas las potençias muertas o dormidas, queda el amor vibo; y que sin entender como obra, hordene dios cómo obre tan marabillosamente, que esté hecho vna cosa con el mesmo señor del amor, que es dios, con una limpieça grandísima, porque no ay quien la estorve, ni sentidos ni potençias.

Pensaba yo haora si es cosa en que aya alguna diferençia en voluntad y en amor. Y paréçeme el amor vna saeta que enbía la voluntad, que si va con toda la fuerza que ella tiene, libre de todas las cosas de la tierra, empleada en solo dios, muy de verdad deve de herir a su magestad; de suerte que, metida en el mesmo dios, que es amor, torna de allí con grandísimas ganancias, como dixe. Y es ansí, que informada de algunas personas a quien a llegado nuestro señor a tan gran merced en la oraçión, que las llega a este embebeçimiento santo con vna suspensión, que aun en lo exterior se ve que no está en sí; preguntadas qué sienten, en ninguna manera saben deçir, ni por pienso supieron ni pudieron entender cosa de cómo obra allí el amor.

Entiéndese bien las grandísimas gracias que de allí saca el alma por los efectos y virtudes, y la viva fee que la queda, y el despreçio del mundo. Mas cómo sé le dieron estos bienes, y lo que el alma goça aquí, ninguna cosa entiende, si no es al principio quando comiença, ques grandísima la suabidad. Ansí questá bien claro ser lo que diçe la esposa, que la sabiduría de dios suple aquí por el alma, y él ordena cómo gane tan grándísimas mercedes, porque estando tan fuera de sí y tan absortas, que ninguna cosa puede obrar con las potençias, ¿cómo abía de mereçer? ¿Pues es posible que haçía dios merced tan grande para que pierda aquel tiempo y no gane y merezca nada con él? No es de creer.

¡O secretos divinos! Aquí no hay más que rendir nuestros entendimientos y pensar que para entender las grandeças, no vale nada. Aquí biene bien el arrodillarnos como lo yço la virgen con toda la sabiduría que le dió dios, que como preguntó al ángel quando la saludó *¿cómo será esto?* En diçiendo: *el espíritu santo sobreverná en tí, y la virtud del muy alto te hará sombra,* no curó de más

disputas; como quien tenía tan gran fee y sabiduría, entendió luego, que, interviniendo estas dos cosas, no abía más qué saber ni qué dudar. No como algunos letrados, que no los lleva el señor por este camino de oraçión, ni tienen espíritu, y quieren llebar las cosas por tanta raçón y tan medidas por sus entendimientos, que no pareçe si no que con sus letras an de conprehender las grandeças de dios. ¡Y si deprendiesen algo de la humildad de la madre de dios y señora nuestra! ¡O quán al cabal se puede entender por vos lo que pasa dios con la esposa, conforme a lo que diçe en los *Cantares*, y así lo podéis ver en el oficio que reçamos cada semana de esta reyna nuestra, lo mucho questá en antíphonas, liçiones y responsos. Podrálo entender cada vno conforme a lo quel señor le diere, que muy claro podrá ver si a llegado a reçivir algo destas mercedes. Tornando al propósito, me pareçe vna consolaçión más grande para las almas a quien el señor haçe merçedes semejantes a esto que diçe la esposa: *hordenó en mí la caridad,* porque no sabe adónde estuvieron, ni cómo en regalos tan subidos contentaron al señor, ni qué se yçieron, pues no le daban gracias por tan gran merçed.

¡O, alma amada de dios! no te fatigues, que quando su magestad te llega aquí y te habla tan regaladamente, como ves en esas palabras que diçe la esposa en los *Cánticos*: *Toda heres hermosa, amiga mía; tus ojos son de paloma, y* otras muchas en que muestra el contento que tiene de ella, de creer es que no consentirá que le descontente a tal tiempo, sino que la ayudará su magestad en lo que ella no supiere, para que le contente más. Verla perdida de sí, y enagenada por amarle, y que la mesma fuerça del amor le a quitado el entendimiento para poderle más amar. Sí, que no a de sufrir, ni suele haçerlo, ni puede mi dios dexar a quien se le da toda.

Paréçeme aquí quel señor ba esmaltando sobre este oro, que ya tiene aparejado con sus dones, sin aver él resistido; antes ha echo de su parte lo que ha podido, y a tocado ya el señor esta alma para ver de qué quilates es el amor que le tiene, por mill maneras y modos de trabaxos, de perder los contentos del mundo, y, como digo, por muchas cosas. Esta alma, que es el oro, estáse en ese tiempo sin haçer más movimiento, ni obrar más por sí, que haría el oro; y la divina sabiduría, contento de verla así, como ay tan pocas que ansí le amen, va asentando en este oro muchas perlas y piedras preçiosas y esmaltes con mill labores.

Pues esta alma ¿qué haçe en este tiempo? Esto es lo que no se puede entender, ni saber más de lo que diçe la esposa: *hordenó en mí la caridad.* Ella, a lo menos si ama, no sabe cómo, ni entiende qué es lo que ama; el grandísimo amor que la tiene el rey que la metió en la vodega y la dejó tanto bever, que la puso ansí de manera, que no lo mereçe entender el entendimiento, sino que los dos amores se tornan vno; y puesto tan verdaderamente, y juntos con el de dios, ¿cómo lo a de alcançar el entendimiento? Piérdele de vista en aquel tiempo, que nunca durará mucho, y alli le hordena de manera dios, que sabe bien contentar a su magestad, después y entonçes, sin que el entendimiento lo entienda. Mas entiéndelo bien después, como ve el alma tan esmaltada y compuesta con perlas y

piedras de virtudes, que le tiene espantado, y puede deçir: *¿Quién es ésta que ha [queda]do como el sol?* ¡O verdadero rey, y qué raçón tuvo la esposa de poneros este nombre! Pues en vn momento enriqueçéis vn alma con riqueças que se goçan para siempre. ¡Qué hordenado le dexó su magestad el amor en esta alma!

Yo podré dar buenas señas desto, porque e visto algunas. De vna me acuerdo que en tres días le dió el señor bienes, que si la experiençia de aber ya algunos años yr siempre mexorando, no me lo yçiera creer, no me pareçía posible; y otra en menos de... (1) aquel contento, porque aunqués muy grande para ella, paréçele que en este otro contentará más a su dios, ques el contento que ella pretende. Y también entiende, que aunque pareçe dexa la vida contemplativa por la ativa, no es así; antes ayuda la vna a la otra; y en lo que pareçe exterior, obra lo interior muchas veçes. Y quando ay obras activas y salen desta rayz, son admirables y flores olorosísimas; porque proçeden deste árbol del amor de dios, y por solo él, sin ningún otro interese propio, y entiéndese el olor destas flores para aprobechar a muchos, y dura; no pasa presto, que haçe gran operaçión.

Predica un predicador vn sermón, y con intento de aprovechar almas; no está tan desasido de provechos humanos, que no lleve alguna pretensión de contentar o ganar honrra, prinçipalmente si pretende alguna calongía por predicador. Así son estas cosas que se haçen en probecho de los próximos, y con buena intençión; mas con mucho aviso de perder por ellas, ni descontentar. Temen persecución; quieren tener gusto con los reyes; van con la discreción quel mundo tanto honrra. Y es amparadora de tantas imperfeçiones, porque le ponen nombre de discreçión.

Estos servirán a su magestad, y aprobecharán mucho; mas no son éstas las obras que aquí pide la esposa, a mi pareçer en estas flores, sino las que sólo miran la honrra y gloria de dios. Que, verdaderamente, quel alma quel señor llega aquí, según he entendido de algunas, creo no se acuerdan más de su probecho que si no fuesen; sólo miran contentar y servir a dios. Y porque saben el amor que tiene a sus criaturas, gustan de dexar su sabor y bien por contentarle y deçir las verdades, porque se aproveche; la ganançia de sus próximos tienen en tanto, que por contentar más a dios, se olvidan a sí mesmos. Y enbueltas estas sus palabras en este tan subido amor de dios, envorrachados de aquel vino celestial, no se acuerdan; y si se acuerdan, no se les da nada de descontentar a los hombres.

Acuérdome ahora de las que muchas veçes e pensado de aquella samaritana, qué herida debiera estar desta yerba, y quán bien abían enprendido las palabras del señor en su alma; pues dexa al mesmo señor, porque ganen y se aprovechen los de su pueblo, que da bien a

1 El autor de este traslado dice en una apostilla: «Nota que desde aquí no enlaza el sentido con lo que se halla en la pag. sigte.; y por los núm. antiguos de folios que tiene, se conoce faltar los fol. 22 y 23. Y este defecto parece quisieron advertir poniendo las tres estrellitas que hay en el original». Lo que se sigue corresponde al capítulo VII.

entender esto mesmo; y en pago desta tan gran caridad, mereçió ser creída, y ver el gran bien que hiço nuestro señor en aquella ciudad. Paréçeme que debe de ser vno de los mayores consuelos que ay en la tierra, ver vna persona almas aprovechadas por medio suyo. Entonçes me pareçe se come el fruto gustoso destas flores. Iba aquesta santa muger con aquella enveodez divina dando gritos por las calles. Lo que espanta, es ber cómo la creyeron vna muger: que no devía ser de mucha suerte, pues iba por agua. De mucha humildad, sí; pues quando la dixo el señor sus pecados, no se agravió (como haora se haçe en el mundo, que son malas de sufrir las verdades, aunque se diga por su probecho), sino díxole que debía ser propheta. En fin, le dieron crédito, y por sólo su dicho, salió gran gente de la ciudad al señor. Digo, pues, questas obras entendidas por las flores, salidas y produçidas de árbol de tan ferviente amor, dura su olor mucho, y aprobecha más vn alma déstas en sus palabras y obras, que muchas que las hagan con el polvo de nuestra sensualidad.

Déstas produçe la fruta; éstos son los mançanos que diçe luego la esposa: *acompañadme de mançanas.* Dadme, señor, trabaxos y persecuciones; y aun verdaderamente los desea y sale bien dellos; porque, como ya no mira su intento, sino contentar a dios, su gusto es ymitar en algo la vida trabajosísima que Christo vivió. Entiendo yo por el mançano, el árbol de la cruz, porque diçe en otra parte en los *Cantares*: *Debaxo del árbol mançano te resuçite*; y a vn alma que está rodeada de cruces de trabajos de muchas maneras, gran remedio es para no estar tan hordinario enbevida en el deleite de la contemplación. Tiénele grande en padeçer, mas no le consume y gasta tanto la virtud, como lo deve de haçer esta suspensión, si es muy hordinaria, de contemplación. Y también tiene raçón de pedir esto, que no a de ser siempre goçar sin servir y trabaxar en algo. Sólo mire con advertencia en algunas personas, que no son muchas, que más adelante están en esta oraçión (1).

---

1 Aquí termina el traslado. A continuación se lee: «Concuerda fiel y legalmente esta copia traslado con el exemplar a que me remito, y el que volví a entregar a dicho reverendo padre suprior y presidente, Fr. Juan del Carmelo, que firma aquí su exhibición y recibo. Y para que conste, a pedimento del ya expresado padre Fray Francisco del Niño Jesús, doi el presente testimonio, en diez fojas útiles, rubricadas de mi mano, que signo y firmo en este Santo Desierto de las Nieves, a dieciséis días del mes de marzo de mil setecientos y setenta años». En fe de lo cual, *Fr. Juan del Carmelo,* Supp. y Presidte.—Lo signé y firmé, *D. Francisco Arredondo* y *Vera,* Not. Apco.

«Raphael Augustín de Valenzuela, Notario público en este Obispado, vecino y escrivano públlco y del Cabildo que soy en esta Villa del Burgo, Diócesis de la Ciudad de Málaga, zertifico y doy fee, que D. Francisco Arredondo y Vela, Presvítero de esta vecindad, de quien parece dada, signada y firmada la antecedente zertificación, es Notario público en este Obispado, y como tal vsa y ejerze su empleo en todo lo a él tocante y perteneciente; y a las zertificaciones, autos e instrumentos que como tal Notario autoriza, siempre se les han dado y da entera fee y crédito, en juicio y fuera de él. Y para que conste, de su pedimento, doy el presente en esta dicha Villa del Burgo, en veinte y un días del mes de marzo de mill setecientos y setenta años. En fee dello, lo signé y firmé, *Raphael Augustín de Valenzuela,* Notario».

LAS EXCLAMACIONES

SEGUN EL CODICE DE SALÁMANCA.

EXCLAMAÇIONES DEL ALMA A SU DIOS

DE LA

MADRE TEREZA DE JHESUS,

FUNDADORA DE LOS MONASTERIOS DE LAS DESCALÇAS CARMELITAS,

RELIGIOSA DE LA MISMA ORDEN,

ESCRIPTAS EN DIFERENTES DIAS, CONFORME AL SPU. QUE LE COMMUNICAUA NRO. SEÑOR DESPUES DE AUER COMULGADO (1).

¡O vida, vida! ¿cómo puedes substentarte estando absente de tu vida? En tanta soledad, ¿en qué te empleas? ¿Qué hazes, pues todas tus obras son imperfectas? ¿Qué te consuela, o ánima mía, en este tempestuoso mar? Lástima tengo de my, y mayor del tiempo que no viuí lastimada. ¡O, señor, que vuestros caminos son suaues!; mas ¿quién caminará sin temor? Temo de estar sin seruiros, y quando os voy a seruir, no hallo cosa que me satisfaga, para pagar algo de lo que deuo. Paresce que me quería toda emplear en esto, y quando bien considero mi miseria, veo que no puedo hazer nada que sea bueno, si no me lo dais vos.

¡O, dios mío y misericordia mía! ¿qué haré para que no deshaga yo las grandezas que vos hazéis conmigo? Vuestras obras son sanctas, son justas, son de inextimable valor, y con gran sabiduría; pues la misma sois vos, señor. Sin ella (2) se occupa mi entendimiento, quéxase de (3) la voluntad, porque quería que nadie la estoruarse (4) a amaros; pues no puede el entendimiento en tan grandes grandezas alcançar quién es su dios, y deséale gozar y no le vee cómo, puesta en cárçel tan penosa como esta mortalidad. Todo la estorua, aunque primero fué ayudada en la consideración de vuestras grandezas, a donde se halla mejor las innumerables baxezas mías.

¿Para qué he dicho esto, mi dios? ¿A quién me quexo? ¿Quién me oye si no vos, padre y criador mío? Pues para entender vos mi

---

1 Reproducimos aquí la copia de las *Exclamaciones,* que, con este título, va unida al códice de *Las Moradas,* que en otro tiempo perteneció al P. Francisco de Ribera, y hoy se guarda en la Universidad de Salamanca. Como en los demás apéndices, respetamos la ortografía insegura y caprichosa del original, y le ponemos solamente, la distribución de párrafos, y la acentuación y puntuación modernas.

2 *Si en ella,* se lee en la edición príncipe.

3 Esta preposición no se halla en la edición de Salamanca.

4 *Estoruase,* dice la edición de Fr. Luis.

pena, ¿qué necessidad tengo de hablar, pues tan claramente veo que estáis dentro de mí? Este es mi desatino. Mas ¡ay, dios mío! ¿Cómo podré yo saber cierto que no estoy apartada de vos? ¡O, vida mía, qué as de viuir con tan poca seguridad de cosa tam importante! ¿Quién te deseará, pues la ganancia que de ti se puede sacar, o esperar, que es contentar en todo a dios, está tan incierta y llena de peligros?

* * *

Muchas veces, señor mío, considero que, si con algo se puede substentar el viuir sin vos, es en la soledad, porque descansa el alma con su descanso, puesto que como no se goza con entera libertad, muchas vezes se dobla el tormento; mas el que da el auer de tractar con las criaturas y dexar de entender el Alma a solas con su criador, haze tenerle por deleyte. Mas ¿qué es esto, mi dios, que el descanso cansa el alma que sólo pretende contentaros? ¡Oh, amor poderoso de dios, quán diferentes son tus effetos del amor de el mundo! Este no quiere compañía, por paresçerle que le an de quitar de lo que possee. El de mi dios, mientras más amadores entiende que ay, más crece, y ansí sus gozos se tiemplan en ver que no gozan todos de aquel bien. ¡O, bien mío! que esto haze, que en los mayores regalos y contentos, que se tienen con uos, lastima la memoria de los muchos que hay, que no quieren estos contentos, y de los que para siempre le han de perder. Y ansí el alma busca a my dios para buscar compañía, y de buena gana dexa su gozo, cuando piensa será alguna parte, para que otros le procuren gozar.

Mas, padre celestial mio, ¿no valdría más dexar estos deseos para cuando esté el almà con menos regalos vuestros, y entonces emplearse todo en gozaros? ¡Oh, Jhesús mío, cuám grande es el amor que tenéis a los hijos de las hombres! que el mayor seruicio que se os pueden hacer, es dexaros a uos por su amor y ganançia, y entonçes sois poseído más enteramente; porque, aunque no se satisfaze tanto en gozar la voluntad, el alma se goza de que os contenta a uos, y vee que los gozos de la tierra son inçiertos, aunque parescan dados de uos, mientra uiuimos en esta mortalidad, sino acompañados con el amor del próximo. Quien no le amare, no os ama, señor mío; pues con tanta sangre veemos mostrado el amor tan grande que tenéis a los hijos de Adán.

* * *

Considerando la gloria que tenéis, dios mío, aparejada a los que perseueran en hazer vra. voluntad y con quántos trabajos y dolores la ganó vro. hijo, y quán mal lo teníamos meresçido, y lo mucho que meresçe que no se desagradesca la grandeza de amor, que tan costosamente nos a enseñado a amar, se a afligido mi alma en gran manera. ¿Cómo es possible, señor, se oluide todo esto, y que tan oluidados estén los mortales de vos quando os offenden? ¡O, redemptor mío, y quán oluidados se oluidan de sí! ¡Y qué sea tan grande vuestra

bondad, que entonçes os acordéis vos de nosotras, y que auiendo caydo por heriros a vos de golpe mortal, oluidado desto, nos tornéis a dar la mano y despertéis de frenesí tan incurable para que procuremos y os pidamos salud? Bendito sea tal señor, bendita tan grande misericordia y alabado sea por siempre por tam piadosa piedad.

¡O, ánima mía! bendezí para siempre a tan gran dios. ¿Cómo se puede tornar contra él? ¡O, que a los que son desagradesçidos la grandeza de la merced les daña! Remediadlo vos, mi dios. ¡O, hijos de los hombres! ¿hasta quándo seréis duros de coraçón y le ternéis para ser contra este mansíssimo Jhesús? ¿Qué es esto? ¿Por uentura permanescerá vuestra maldad contra El? No, que se acaba la vida del hombre como la flor del heno, y a de venir el hijo de la virgen a dar aquella terrible sentençia. ¡O, poderoso dios mío! Pues aunque no queramos, nos auéis de juzgar, ¿por qué no miramos lo que nos importa teneros contento para aquella hora? Mas ¿quién no querrá Juez tan justo? Bienauenturados los que en aquel temeroso puncto se alegraren con vos; ¡o dios y señor mío! Al que uos auéis leuantado, y él a cognosçido quám miserablemente se perdió por ganar un mísero contento y breue, y está determinado a contentaros siempre, y ayudando vuestro fauor (pues no faltáis, bien mío de mi alma, a los que os quieren, ni dexáis de responder a quien os llama), ¿qué remedio, señor, para poder después viuir, que no sea muriendo con la memoria de auer perdido tanto bien como tuuiera estando en la innosçençia que quedó del baptismo? Y la mejor vida que puede tener, es morir siempre con este sentimiento. Mas el alma que tiernamente os ama, ¿cómo la a de poder sufrir?

¡Mas qué desatino os pregunto, señor mío! Paresçe que tengo oluidadas vuestras grandezas y misericordias, y cómo venistes al mundo por los peccadores, y nos comprastes por tan gran preçio, y pagastes nuestros falsos contentos con sufrir tan crueles tormentos y açotes; remediastes mi ceguedad con que atapasen vuestros diuinos ojos y a mi vanidad con tan cruel corona despinas. ¡O, señor, señor!, todo esto lastima más a quien os ama; sólo consuela, que será alabada para siempre vuestra misericordia, quando se sepa mi maldad; y con todo, no sé si quitarán esta fatiga, hasta que con veros a vos se quiten las miserias desta mortalidad.

* * *

Paresçe, señor mío, que descansa mi alma considerando el gozo que terná, si por vuestra misericordia le fuere conçedido gozar de vos. Mas querría primero seruiros, pues a de gozar de lo que uos, siruiéndola a ella, le ganastes. ¿Qué haré, señor mío? ¿Qué haré, mi dios? ¡O qué tarde se an cendido (1) mis deseos, y qué templano (2) andáuades uos señor, grangeando y llamando para que toda me emplease en uos. ¿Por ventura, señor, desamparaste al miserable, o apartastes

1 Por *encendido*,
2 Por *temprano*.

al pobre mendigo, quando se quiere llegar a vos? ¿Por ventura, señor, tienen término vuestras grandezas, o vuestras magníficas obras? ¡O, dios mío y misericordia mía! ¡Y cómo las podréis mostrar agora en vuestra sierua! Poderoso sois, gran dios. Agora se podrá entender si mi alma se entiende a ssí, mirando el tiempo que a perdido, y cómo en vn puncto podéis vos, señor, que le torne a ganar. Parésceme ques desatino, pues el tiempo perdido suelen decir que no se puede tornar a cobrar. ¡Bendito sea mi dios!

¡O, señor! Confieso vuestro gran poder. Si sois poderoso, como lo sois, ¿qué ay impossible al que todo lo puede? Quered vos, señor mío, quered, que aunque soy miserable, firmemente creo que podéis lo que queréis; y mientras mayores peccadores (1), mayores marauillas oyo vuestras, y considero que podéis hazer más, más se fortaleçe mi fee, y con mayor determinaçión creo que lo haréis vos. ¿Y qué ay que marauillar de lo que haze el todopoderoso? Bien sabéis vos, mi dios, que entre todas mis miserias nunca dexé de cognoscer vuestro gran poder y misericordia. Válgame, señor, esto en que no os he offendido. Recuperad, dios mío, el tiempo perdido, con darme graçia en el presente y por venir, para que paresca delante de uos con uestiduras de bodas, pues si queréis podéis.

* * *

¡O, señor mío! ¿quién o cómo os osa pedir mercedes quien tan mal os a seruido, y a sabido guardar lo que le auéis dado? ¿Qué se puede confiar de quien muchas vezes a sido traydor? Pues, ¿qué haré, consuelo de los desconsolados, y remedio de quien se quisiere remediar de vos? ¿Por uentura será mejor callar con mis necessidades, esperando que vos las remediéis? No, por cierto, que, vos señor mío y deleyte mío, sabiendo las muchas que auían de ser, y el aliuio que nos es contarlas a uos, dezís que os pidamos, y que no dexaréis de dar.

Acuérdome algunas vezes de la quexa de aquella sancta muger, martha, que no sólo se quexaua de su hermana, antes tengo por çierto que su mayor sentimiento era paresçiéndole no os doliades vos, señor, de el trauajo quella passaua, ni se os acordaua nada quella estuuiese con uos. Por ventura le paresçió no era tanto el amor que la teníades como a su hermana, que esto le deuía hazer mayor sentimiento que el seruir a quien ella tenía tan gran amor; que éste haze tener en poco el trauajo. Y parésçese en no dezir nada a su hermana, antes con toda su quexa fué a uos, señor, que el amor la hizo atreuer a dezir, que cómo no teníades cuydado. Y aun en la respuesta paresçe ser y proceder la demanda de lo que digo: que sólo amor es el que da valor a todas las cosas; y que sea tan grande que ninguna le estorue a amar, es lo más neçessario. Mas ¿cómo le podremos tener, dios mío, conforme a lo que meresçe el amado, si el que vos me tenéis no le juncta consigo? ¿Quexaréme con esta

---

1 *Mayores pecadores.* Faltan estas palabras en la edición de Fr. Luis.

sancta muger? ¡O, qué no tengo ninguna razón, porque siempre he visto en mí dios harto mayor y más creçidas muestras de amor de lo que yo he sabido pedir ni desear! Si no me quexo de lo mucho que vuestra benignidad me a sufrido, no tengo de qué. Pues, ¡qué podrá pedir una cosa tan miserable como yo! Que me déis, dios mío, que os dé con sant Augustín para pagar algo de lo mucho que os deuo, y os acordéis que soy vuestra hechura, y cognosca yo quién es mi criador, para que le ame.

* * *

¡O, deleyte mío, señor de todo lo criado y dios mío! ¡Hasta quándo esperaré veer vuestra presencia! ¡Qué remedio dais a quien tan poco tiene en la tierra para tener algún descanso fuera de vos? ¡O vida larga! ¡o vida penosa! ¡o vida que no se viue! ¡o qué sola soledad! ¡qué sin remedio! Pues, ¿quándo, señor, quándo? ¿Hasta quándo? ¿qué haré, bien mío, qué haré? ¿por ventura desearé no desearos? ¡O, mi dios y mi criador! que llagáis y no ponéis la mediçina, herís y no se vee la llaga, matáis dexando con más vida; en fin, señor mío, hazéis lo que queréis como poderoso. Pues, vn gusano tan despreciado, mi dios, ¿queréis sufra estas contrariedades? Sea ansí, mi dios, pues vos lo queréis, que yo no quiero si no quereroos.

Mas ¡ay, ay, criador mío, que el dolor grande haze quexar y dezir lo que no tiene remedio hasta que vos queráis! Y alma tan encarçelada desea su libertad, deseando no salir vn puncto de lo que vos queréis. Quered, gloria mía, que cresca su pena o remediadla del todo. ¡O muerte, muerte! no sé quién te teme, pues está en tí la vida! Mas ¿quién no temerá auiendo gastado parte della en no amar a su dios? Y pues soy ésta yo, ¿qué deseo? ¿Por ventura el castigo tam bien merescido de mis culpas? No lo permitáis vos, bien mío, que os costó mucho mi rescate.

¡O, ánima mía! dexa hazer la voluntad de tu dios; esso te conuiene; sirue y espera en su misericordia, que remedyará tu pena, quando la peniténçia de tus culpas aya ganado algún perdón dellas; no quieras gozar sin padesçer. ¡O, verdadero señor y Rey mío! que aun para esto no soy, si no me fauoresçe vuestra soberana mano y grandeza, que con esto, todo lo podré.

* * *

¡O, esperança mía y padre mío, y mi criador y mi verdadero señor y hermano! Quando considero en cómo dezís que son vuestros deleytes con los hijos de los hombres, mucho se alegra mi alma. ¡O, señor del çielo y de la tierra! ¡Y qué palabras éstas para no desconfiar ningún peccador! ¡Fáltaos, señor, por uentura, con quién os deleytéis, que buscáis vn gusanillo tan de mal olor como yo? Aquella voz que se oyó quando el baptismo, dize que os deleytáis con vuestro hijo. ¿Pues, hemos de ser todos yguales, señor? ¡O, qué

grandíssima misericordia, y qué fauor tan sin poderlo nosotras meresçer! ¡Y que todo esto oluidemos los mortales! ¡Acordaos vos, dios mío, de tanta miseria; mirad nuestra flaqueza, pues de todo sois sabedor!

¡O, ánima mía! considera el gran deleyte y gran amor que tiene el padre en cognosçer a su hijo, y el hijo en cognosçer a su padre, i la inflamaçión con que el spíritu sancto se juncta con ellos, y cómo ninguno se puede apartar deste amor y cognoscimiento, porque son vna misma cosa. Estas soberanas personas se cognosçen, éstas se aman, y vnas con otras se deleytan. Pues, ¿qué menester es mi amor? ¿Para qué le queréis, dios mío, o qué ganáis? ¡O, bendito seáis vos, dios mío, para siempre! Alaben os todas las cosas, señor, sin fin, pues no le puede auer en uos.

Alégrate, ánima mía, que ay quien ame a tu dios como él meresçe. Alégrate, que ay quien cognosçe su bondad y valor. Dale graçias, que nos dió en la tierra quien assí le cognosçe, como a su único hijo. Debaxo de este amparo podrás llegar, y suplicarle que, pues su magestad se deleyta contigo, que todas las cosas de la tierra no sean bastantes a apartarte de deleytarte tú; alégrate en la grandeza de tu dios, y en cómo meresçe ser amado y alabado; que te ayude para que seas alguna parteçita para ser bendezido su nombre, y que puedas dezir con verdad: Engrandesçe y loa mi ánima al señor.

* * *

¡O, señor, dios mío, y cómo tenéis palabras de vida, adonde todos los mortales hallarán lo que desean, si lo quisiéremos buscar! Mas ¿qué marauilla, dios mío, que oluidemos vuestras palabras con la locura y enfermedad que causan nuestras malas obras? ¡O, dios mío, dios, dios hazedor de todo lo criado! ¿Y qué es lo criado, si vos, señor, quisiésedes criar más? Sois todo poderoso; son incomprehensibles vuestras obras. Pues hazed, señor, que no se aparten de mi pensamiento vuestras palabras.

Dezís vos: venid a mí todos los que trauajáis y estáis cargados, que yo os consolaré. ¿Qué más queremos, señor? ¿qué pedimos? ¿qué buscamos? ¿Por qué están los del mundo perdidos, si no por buscar descanso? ¡Válame dios, o, válame dios! ¿Qué es esto, señor? ¡y qué lástima! ¡O, qué gran ceguedad, que lo busquemos en lo que es impossible hallarle! Aued piedad, criador, de estas vuestras criaturas. Mirad que no nos entendemos, ni sabemos lo que deseamos, ni atinamos lo que pedimos. Dadnos, señor, luz; mirad que es más menester que al çiego que lo era de su nascimiento, que éste deseaua ver la luz y no podía; aora, señor, no se quiere veer. ¡O, qué mal tan incurable! Aquí, dios mío, se a de mostrar vuestro poder, aquí vuestra misericordia.

¡O, qué rezia cosa os pido, verdadero dios mío, que queráis a quien no os quiere, que abráis a quien no os llama, que déis salud a quien gusta de estar enfermo, y anda procurando la enfermedad! Vos dezís, señor mío, que venís a buscar los peccadores; éstos, señor, son los

verdaderos peccadores; no miréis nuestra ceguedad, mi dios, sino a la mucha sangre que derramó vuestro hijo por nosotros; resplandesca vuestra misericordia en tan cresçida maldad; mirad, señor, que somos hechura vuestra. Válganos vuestra bondad y misericordia.

* * *

¡O, piadoso y amoroso señor de mi alma! También dezís vos: venid a mí todos los que tenéis sed, que yo os daré a beber. Pues, ¿cómo puede dexar de tener gran sed el que se está ardiendo en viuas llamas en las cobdiçias destas cosas miserables de la tierra? Ay grandíssima neçessidad de agua, para que en ella no se acabe de consumir. Ya sé yo, señor mío, de vuestra bondad que se la daréis; vos mismo lo dezís; no pueden faltar vuestras palabras. Pues si de acostumbrados a viuir en este fuego, y criados en él ya no lo sienten, ni atinan de desatinados a veer su gran necessidad, ¿qué remedio, dios mío? Vos venistes al mundo para remediar tan grandes necessidades como éstas; començad, señor; en las cosas más dificultosas se a de mostrar vuestra piedad. Mirad, dios mío, que van ganando mucho vuestros enemigos. Aued piedad de los que no la tienen de sí; ya que su desuentura los tiene puestos en estado que no quieren venir a vos, venid vos a ellos, dios mío. Yo os lo pido en su nombre, y sé que como se entiendan y tornen en sí, y comiençen a gustar de vos, resusçitarán estos muertos. ¡O vida, que la dáis a todos! No me neguéis a mí esta agua dulcíssima que prometéis a los que la quieren. Yo la quiero, señor, y la pido, y vengo a uos; no os escondáis, señor, de mí, pues sabéis mi neçessidad, y que es verdadera mediçina de la alma llagada por vos. ¡O, señor, qué de maneras de fuegos ay en esta vida! ¡O, con quánta razón se a de viuir con temor! Unos consumen el alma, otros la purifican, para que viua para siempre gozando de vos. ¡O, fuentes viuas de las llagas de mi dios! Cómo manaréis siempre con grande abundançia para nuestro mantenimiento, y qué segura yrá por los peligros desta miserable vida, el que procurare substentarse deste diuino liquor.

* * *

¡O, dios de mi alma, qué priesa nos damos a offenderos! ¡Y cómo os la dáis vos mayor a perdonarnos! ¿Qué causa ay, señor, para tan desatinado atreuimiento? ¿Si es el auer ya entendido vuestra gran misericordia, y oluidarnos de que es justa vuestra justiçia? Cercáronme los dolores de la muerte. ¡O, o, o, qué graue cosa es el peccado, que bastó para matar a dios con tantos dolores! ¡Y quán cercado estáis, mi dios, dellos! ¿Adónde podéis yr que no os atormenten? De todas partes os dan heridas los mortales.

¡O, christianos! Tiempo es de defender a vuestro rey, y de acompañarle en tan gran soledad; que son muy pocos los vassallos que le an quedado, y mucha la multitud que acompaña a lucifer; y lo que

peor es, que se muestran amigos en lo público, y véndenle en lo secreto; quasi no halla de quién se fiar. ¡O, amigo verdadero, qué mal os paga el que os es traydor! ¡O, christianos verdaderos! ayudad a llorar a vuestro dios, que no es por solo lázaro aquellas piadosas lágrimas, sino por los que no auían de querer resusçitar, aunque su magestad los diese vozes. ¡O, bien mío, qué presentes teníades las culpas que he cometido contra vos! Sean ya acabadas, señor, sean acabadas, y las de todos. Resusçitá a estos muertos; sean vuestras vozes, señor, tan poderosas, que, aunque no os pidan la vida, se la déis, para que después, dios mío, salgan de la profundidad de sus deleytes.

No os pidió lázaro que le resusçitásedes. Por vna muger peccadora lo heziste; veisla aquí, dios mío, y muy mayor; resplandesca vuestra misericordia. Yo, aunque miserable, la pido por las que no lo quieren pedir. Ya sabéis, Rey mío, lo que atormenta verlos tan oluidados de los grandes tormentos que an de padesçer para sin fin, si no se tornan a uos. ¡A los que estáis mostrados a deleytes y contentos y regalos y hazer siempre vuestra voluntad, aued lástima de vosotros! Acordáos que auéis de estar subiectos siempre, siempre, sin fin, a las furias infernales. Mirad, mirad, que os ruega agora el juez que os a de condemnar, y que no tenéis vn solo momento segura la vida; ¿por qué no queréis viuir para siempre? ¡O dureza de coraçones humanos! Abländelos vuestra immensa piedad, mi dios.

* * *

¡O, válame dios! (1). ¡Qué gran tormento para my quando considero, qué sentirá vna alma que siempre a sido acá tenida y querida y seruida y estimada y regalada quando, en acabando de morirse, vea ya para siempre y entienda claro que no a de tener fin; que allí no le valdrá querer no pensar las cosas de la fee, como acá he (2) hecho, y se uea apartar de lo que le paresçerá que aun no auía començado a gozar! Y con razón, porque todo lo que con la vida se acaba es vn soplo, y rodeado de aquella compañía disforme y sin piedad con quien siempre a de padesçer, metida en aquel lago hediondo, lleno de serpientes que la que más pudiere la dará mayor bocado; en aquella mi[se]rable escuridad, adonde no verá si no lo que le dará tormento y pena, sin veer luz, si no de vna llama tenebrosa.

¡O, qué poco encarescido va para lo que es! ¡O, señor! ¿quién puso tanto lodo en los ojos desta alma, que no aya visto esto hasta que se uea allí? ¡O, señor! ¿quién a tapado sus oídos para no oyr las muchas vozes (3) que se le auía dicho esto, y la eternidad de estos tormentos? ¡O vida que no se acabará! ¡O tormento sin fin¡ (4). ¡Cómo no os temen los que temen dormír en vna cama dura, por no dar pena a su cuerpo!

---

1 Fray Luis de León repite esta exclamación.
2 *Ha*, se lee en la edición príncipe.
3 La edición príncipe: *veces*.
4 La edición de Fr. Luis de León repite estas palabras.

¡O, señor, dios mío! Lloro el tiempo que no lo entendí; y pues sabéis, mi dios, lo que me fatiga veer los muy muchos que ay que no quiren entenderlo, siquiera vno, señor, siquiera vno que agora os pido alcanze luz de vos, que sería para tenerla muchos. No por mí, señor, que no lo meresco, sino por los méritos de vuestro hijo; mirad sus llagas, señor, y pues él perdonó a los que se las hizieron, perdonadnos vos a nosotros.

* * *

¡O, mi dios y mi verdadera fortaleza! ¿Qués esto, señor, que para todo somos cobardes, si no es para contra uos? Aquí se emplean todas las fuerças de los hijos de Adám. Y si la razón no estuuiesse tan çiega, no bastarían las de todos junctos para atreuerse a tomar armas contra su criador, y substentar guerra contina contra quien los puede hundir en los abismos en vn momento; sino, como está çiega, quedan como locos, que buscan la muerte, porque en su ymaginaçión les paresçe con ella ganar la vida; en fin, como gente sin razón. ¿Qué podemos hazer, dios mío, a los questán con esta enfermedad de locura? Dizen que el mismo mal les haze tener grandes fuerças; ansí es los que se apartan de mi dios, gente enferma, que toda su furia es con uos, que les hazéis más bien.

¡O, sabiduría que no se puede comprehender! Cómo fué necessario todo el amor que tenéis a vuestras criaturas para poder sufrir tanto desatino, y aguardar a que sanemos, y procurallo con mill maneras de medios y remedios. Cosa es que me espanta, quando considero que falta el esfuerço para yrse a la mano de vna cosa muy leue, y que verdaderamente se hazen entender assí mismos, que no pueden, aunque quieren, quitarse de vna occassión, y apartarse de vn peligro adonde pierden el alma, y que tengamos esfuerço y ánimo para acometer a vna tan gran magestad como sois vos. ¿Qués esto, bien mío? ¿qué es esto? ¿quién da estas fuerças? ¿Por ventura el capitán a quien siguen en esta batalla contra vos, no es vuestro sieruo, y puesto en fuego eterno? ¿por qué se leuanta contra uos? ¿cómo da ánimo el vençido? ¿cómo siguen al que es tan pobre que le hecharon de las riquezas celestiales? ¿qué puede dar quien no tiene nada para sí, si no mucha desuentura? ¿qué es esto, mi dios? ¿qués esto, mi criador? ¿de dónde vienen estas fuerças contra vos, y tanta cobardía contra el demonio? ¡Aún si vos, prínçipe mío, no fauoresçiérades a los vuestros! ¡Aún si deuiéramos algo a este prínçipe de las tinieblas, no lleuaua camino, lo que para siempre nos tenéis guardado, y de veer todos sus gozos, y prometimientos falsos y traydores. ¿Qué a de hazer con nosotros quien lo fué contra vos?

¡O, ceguedad grande, dios mío! ¡o qué grande ingratitud, rey mío! ¡O qué incurable locura, que siruamos al demonio con lo que nos dais vos, dios mío! ¡Que paguemos el gran amor que nos tenéis con amar a quien assí os aborresçe, y a de aborresçer para siempre; que la sangre que derramastes por nosotros, y los açotes y grandes dolores que sufristes, y los grandes tormentos que passásteis, en lugar

de vengar a vuestro padre eterno, ya que vos no queréis vengança, y lo perdonastes de tan gran desacato como se vsó con su hijo, tomemos por compañeros y por amigos a los que ansí le trataron! Pues seguimos a su infernal capitán, claro está que emos de ser todos vnos, y uiuir para siempre en su compañía, si vuestra piedad no nos remedia de tornarnos el seso y perdonarnos lo passado.

¡O, mortales, volued, volued en vosotros! Mirad a vuestro Rey, que agora le hallaréis manso; acábese ya tanta maldad; buéluanse vuestras furias y fuerças contra quien os haze la guerra, y os quiere quitar vuestro mayorazgo. Tornad, tornad en vosotros, abrid los ojos, pedid con grandes clamores y lágrimas luz a quien la dió al mundo. Entendéos, por amor de dios, que váis a matar con todas vuestras fuerças a quien por daros vida perdió la suya; mirad que es quien os defiende de vuestros enemigos. Y si todo esto no basta, básteos cognosçer que no podéis nada contra su poder, y que tarde o temprano auéis de pagar con fuego eterno tan gran desacato y atreuimiento. ¿Es por qué veéis a esta magestad atado y ligado con el amor que nos tiene? ¿Qué más hazían los que le dieron la muerte, si no después de atado darle golpes y heridas? ¡O, mi dios, cómo padesçéis por quien tan poco se duele de vuestras penas! Tiempo vendrá, señor, donde aya de dar a entender vuestra justiçia, y si es ygual, de la misericordia. Mirad, christianos, considerémoslo bien y jamás podremos acabar de entender lo que debemos a nuestro señor dios, y las magnificençias de sus misericordias. Pues si es tan grande su justiçia, ¡ay dolor! ¡ay dolor! ¿qué será de los que ayan meresçido que se execute y resplandesca en ellos?

* * *

¡O almas que ya gozáis sin temor de vuestro gozo, y estáis siempre embebidas en alabanças de mi dios! Venturosa fué vuestra suerte! Qué gran razón tenéis de occuparos siempre en estas alabanças, y qué inuidia os tiene mi alma, que estáis ya libres del dolor que dan las offensas tan grandes que en estos desuenturados tiempos se hazen a mi dios, y de uer tanto desagradecimiento, y de veer que no se quiere veer esta multitud de almas que lleua sathanás. ¡O bienauenturadas almas celestiales! Ayudad a nuestra miseria, y sednos intercessoras (1) ante la diuina misericordia, para que nos dé algo de vuestro gozo, y reparta con nosotros de esse claro cognoscimiento que tenéis.

Dadnos, dios mío, vos a entender qué es lo que se da a los que pelean varonilmente en este sueño desta miserable vida. Alcançanos ¡o ánimas amadoras! a entender el gozo que os da veer la eternidad de vuestros gozos, y cómo es cosa tan deleytosa veer cierto que no se an de acabar. ¡O desuenturados de nosotros, señor mío, qué bien lo creemos y sabemos (2), sino que con la costumbre tan grande de

1 *Intercesores*, dice la edición príncipe.
2 *Que bien lo sabemos y creemos*, se lee en la edición de Fr. Luis.

no considerar estas verdades, son tan estrañas ya de las almas, que ni las cognosçen ni las quieren cognosçer! ¡O gente interesal, cobdiçiosa de sus gustos y deleytes, que por no esperar vn breue tiempo a gozarlos tan en abundançia, por no esperar vn anno (1), por no esperar vn día, por no esperar vna hora, y por ventura no será más que vn momento, lo pierden todo por gozar de aquella miseria que ven presente!

¡O, o, o, qué poco fiamos de vos, señor! ¡Quántas mayores riquezas y thesoros fiastes vos de nosotros! pues treynta y tres annos de grandes trauajos, y después muerte tan intolerable y lastimosa, nos disteis a vuestro hijo, y tantos annos antes de nuestro nascimiento; y aun sabiendo que no os lo auíamos de pagar, nos (2) quesistes dexarnos de fiar tan inextimable thesoro, porque no quedase por vos, lo que vosotros (3) grangeando con él podemos ganar con uos, padre piadoso.

¡O ánimas bienauenturadas, que tam bien os supisteis aprouechar, y comprar heredad tan deleytosa y permanesçiente en este preçioso preçio! dezidnos: ¿cómo grangeáuades con él bien tan sin fin? Ayudadnos, pues estáis tan çerca de la fuente; coged agua para los que acá perescemos de sed.

* * *

¡O, señor y verdadero dios mío! quien no os cognosçe, no os ama. ¡O qué gran verdad es ésta! Mas ¡ay dolor, señor, de los que no os quieren cognosçer! Temerosa cosa es la hora de la muerte. Mas, ¡ay, ay, criador mío! ¡Quán espantoso será el día donde se aya de executar vuestra justiçia! Considero yo muchas vezes, X° (4) mío, quám sabrosos y quán deleytosos se muestran vuestros ojos a quien os ama, y vos, bien mío, queréis mirar con amor. Parésçeme que sola vna vez deste mirar tan suaue a las almas que tenéis por vuestras, basta por premio de muchos annos de seruiçio. ¡O, válame dios, qué mal se puede dar esto a entender, si no a los que ya an entendido quám suaue es el señor!

¡O, christianos, christianos! mirad la hermandad que tenéis con este gran dios; conosçelde y no le menospreçiéis; que ansí como es agradable para sus amadores, es terrible, con espantable furia, para sus perseguidores. ¡Que no entendemos que es el peccado vna guerra campal contra dios de todos nuestros sentidos y potençias del alma! ¡el que más puede, más trayçiones inuenta contra su rey! Ya sabéis, señor mío, que muchas vezes me hazía a mí más temor acordarme si auía de uer vuestro diuino rostro ayrado contra mí en este espantoso día del juycio final, que todas las penas y furias del infierno que se me representauan; yo suplicaua me valiese vuestra misericordia de cosa tan lastimosa para mí, y ansí os lo suplico agora, señor. ¿Qué me puede venir en la tierra que llegue a esto? Todo

---

1 Por *año*.
2 *No*, traslada Fr. Luis de León.
3 La edición príncipe: *nosotros*.
4 Cristo.

juncto lo quiero, mi dios, y líbrame de tan gran aflición; no dexe yo, mi dios, no dexe de gozar de tanta hermosura en paz; vuestro padre nos dió a uos, no pierda yo, señor mío, joya tan preciosa. Confiesso, padre eterno, que la he guardado mal; mas aún remedio ay, señor, remedio ay, mientras viuimos en este destierro.

¡O, hermanos, o hermanos y hijos deste dios! esforcémonos, esforcémonos, pues sabéis que dize su magestad que en pesándonos de auerle offendido, no se acordará de nuestras culpas y maldades. ¡Piedad tan sin medida! ¿qué más queremos? ¿Por ventura quien no tuuiera vergüença de poder (1) tanto? Agora es tiempo de tomar lo que nos dió este señor piadoso; y pues quiere amistades, ¿quién las negará a quien no negó toda su sangre y perder la vida por nosotros? Mirad que no es nada lo que pide, que por nuestro prouecho nos está bien hazerlo.

¡O, válame dios, señor! ¡O qué dureza! ¡O qué desatino y ceguedad! Que si se pierde vna cosa, vna aguja, o vn gauilán, que no aprouecha más de dar vn gustillo a la vista de veerle bolar por el ayre, nos da pena, ¡y que no la tengamos de perder esta águila caudalosa de la magestad de dios y vn reyno que no a de tener fin el gozarle! ¿Qué es esto? Yo no lo entiendo. Remediad, dios mío, tan gran desatino y ceguedad.

* * *

¡Ay de my, ay de my, señor! Que es muy largo este destierro, y pássasse con muy grandes penalidades del deseo de mi dios, señor, ¿qué hará vn alma metida en esta cárçel? ¡O, Jhesús qué larga es la vida del hombre, aunque se dize que es breue! Breue es, mi dios, para ganar con ella vida que no se puede acabar; mas muy larga para el alma que se desea ver en la presençia de su dios. ¿Qué remedio dais a este padesçer? No le ay sino que (2) quando se padesçe por vos.

¡O mi suaue descanso de los amadores de mi dios!; no faltéis a quien os ama, pues por vos a de cresçer y mitigarse el tormento que causa el amado a el alma que le desea. Deseo yo, señor, contentaros, mas mi contento bien sé que no está en ninguno de los mortales; siendo esto ansí, no culparéis a mi deseo. Veeisme aquí, señor; si es necessario viuir para hazeros algún seruiçio, no rehuso todos quantos trabajos en la tierra me pueden venir, como dezía vuestro amador sant Martín.

Mas ¡ay dolor de mí, señor mío! que él tenía obras; yo tengo solas palabras, que no valgo para más. Valgan mis deseos, bien mío, delante de vuestro acatamiento diuino, y no miréis a mi poco meresçer. Merescamos todos amaros, señor; ya que se a de viuir, víuase para uos, acábense ya los deseos e yntereses nuestros: ¿qué mayor cosa se puede ganar que contentaros a uos? ¡O, contento mío y

1 La edición príncipe: *pedir.*
2 La edición príncipe no trae esta palabra.

dios mío! ¿qué haré yo para contentaros? Miserables son mis seruicios, aunque hiziese muchos a mi dios; ¿pues para qué tengo destar en esta miserable miseria? Para que se haga la voluntad del señor. ¿Qué mayor ganançia, ánima mía? Espera, espera, que no sabes quándo verná el día ni la hora. Vela con cuydado, que todo se passa com breuedad, aunque tu deseo haze lo çierto, dubdoso, y el tiempo breue, largo. Mira que mientras más peleares, más mostrarás el amor que tienes a tu dios, y más te gozarás con tu amado con gozo y deleyte, que no puede tener fin.

* * *

¡O, verdadero dios y señor mío! Gran consuelo es para el alma que le fatiga la soledad de estar absente de vos, veer que estáis en todos cabos; mas quando la fuerça y furia (1) del amor y los grandes ímpetus desta pena cresçe, ¿qué aprouecha, dios mío, que se turba el entendimiento, y se absconde la razón para cognosçer esta verdad, de manera que no se puede entender ni cognosçer? Sólo se cognosçe estar apartado de vos, y ningún consuelo admite; porque el coraçón con que a muchos ama, no admite consejo, ni consuelo, si no del mismo que le llagó; porque de ay espera que a de ser remediada su pena. Quando vos queréis, señor, presto sanáis la herida que auéis dado; antes no ay que esperar salud ni gozo, si no el que se saca de padesçer tam bien empleado.

¡O, verdadero amador! ¡Con quánta piedad, con quánta suauidad, con quánto deleyte, con quánto regalo y con qué grandíssimas muestras de amor curáis estas llagas, que con las saetas del mismo amor auéis hecho! ¡O, dios mío, y descanso de todas las penas, qué desatinada estoy! ¿Cómo podía auer, mi dios, humanos que curasen los que a enfermado el fuego diuino? ¿Quién a de saber hasta dónde llega esta herida, ni de qué procedió, ni cómo se puede aplacar tan penoso y deleytoso tormento? Sin razón sería tan preçioso mal poder aplacarse por cosa tan baxa como es los medios que pueden tomar los mortales. Con quánta razón dize la sposa en los cantares: yo a mi amado y mi amado a mí; porque semejante amor no es possible començarse de cosa tan baxa como el mío.

Pues si es baxo, sposo mío, ¿cómo no para en cosa criada hasta llegar a su criador? ¡O, mi dios! ¿por qué yo a mi amado? Vos mi verdadero amador, començáis esta guerra de amor, que no paresçe otra cosa vn desasosiego y desamparo de todas las potençias y sentidos, que salen por las plaças y por los barrios, conjurando a las hijas de Jherusalem que la digan de su dios. Pues, señor, començada esta batalla, ¿a quién an de yr a combatir, si no a quien se a hecho señor desta fortaleza adonde morauan, que es lo más superior del alma, y hechádolas fuera a ellas, para que tornen a conquistar su conquistador? Y ya, cansadas de auerse visto sin él, presto se

---

1 *Cuando la reciedumbre,* dice la edición principe.

dan por vencidas, y se emplean perdiendo todas sus fuerças; pelean mejor, y en dándose por vençidas, vençen a su vençedor.

¡O, ánima mía! ¡Qué batalla tan admirable as tenido en esta pena, y quán al pie de la letra passa assí! Pues mi amado, ¿quién será el que se meta a despartir y a matar dos fuegos tan ençendidos? Será trabajar en ualde, porque ya se an tornado en vno.

* * *

¡O, dios mío, y mi sabiduría infinita, sin medida y sin taça (1), sobre todos los entendimientos angélicos y humanos! ¡Amor que me amas más de lo que yo me puedo amar, ni entiendo! ¿Para qué quiero, señor, desear más de lo que vos quisiéredes darme? ¿Para qué me quiero cansar en pediros cosa ordenada por mi deseo, pues todo lo que mi entendimiento puede concertar, y mi deseo desear, tenéis vos ya entendido sus fines? ¡yo no entiendo cómo me aprouechar! En esto que mi alma piensa salir con ganançia, por uentura estará mi pérdida. Porque, si os pido que me libréis de vn trauajo, y en aquel está el fin de mi mortificaçión, ¿qué es lo que pido, dios mío? Si os suplico me le déis, no conuiene por ventura a mi paçiençia, que aun está flaca, y no puede sufrir tan gran golpe; y si con ella le paso, y no estoy fuerte en la humildad, podrá ser que piense he hecho algo, y hazéislo vos todo, mi dios. Si quiero padesçer más, no querría en cosas que no parescen que no conuienen para vuestro seruiçio; perderé crédito; y ya que por mí no entienda en mi sentimiento de honrra, podrá ser que por la misma causa que pienso se a de perder, se gane más para lo que pretendo, ques seruiros.

Muchas cosas más pudiera dezir en esto, señor, para darme a entender que no me entiendo; mas, como sé que las entendéis, ¿para qué hablo? Despierta mi miseria, dios mío, y ciega mi razón, por veer si la hallase aquí en esto escripto de mi mano. Que muchas vezes me veo, mi dios, tan miserable y flaca y pusilánime, que ando a buscar, qué se hizo vuestra sierua, la que ya le paresçía que tenía rescebidas mercedes de vos para pelear contra las tempestades deste mundo. Que no, mi dios, no, no más confiança en cosa que yo pueda querer para mí; quered vos de mí lo que quisiéredes querer, que esso quiero, pues está todo mi bien en contentaros. Y si vos, dios mío, quisiéredes contentarme a mí cumpliendo todo lo que pide mi deseo, veo que yría perdida.

¡Qué miserable es la sabiduría de los mortales, y inçierta su prouidençia! Proueed vos por la vuestra los medios necessarios, para que mi alma os sirua más a vuestro gusto que al suyo. No me castiguéis en darme lo que yo quiero o deseo, si vuestro amor (que en mí va (2) siempre), no lo deseare. Muera ya este yo, y viua en mí otro que es más que yo, y para mí mejor que yo, para que yo le pueda seruir. El viua y me dé vida; él reyne y sea yo su cautiua, que no

1 Por *tasa*.
2 *Viva*, se lee en la edición príncipe.

quiere mi alma otra libertad. ¿Cómo será libre el que de el summo estuuiere ajeno? ¿Qué mayor ni más miserable cautiuerio que estar el alma suelta de la mano de su criador? Dichosos los que con fuertes grillos y cadenas de los benefiçios de la misericordia de dios se vieren presos e ynhabilitados para ser poderosos para soltarse. Fuerte es como la muerte el amor, y duro como el infierno. ¡O quién se viese ya muerto de sus manos, y arrojado en este diuino infierno, de donde ya no se esperase salir, o por mejor dezir, no se temiese veerse fuera! Mas ¡ay de mí, señor, que mientras dura esta vida mortal siempre corre peligro la eterna! ¡O vida enemiga de mi bien, y quién tuuiese liçençia de acabarte! ¡Súfrote porque te sufre dios; mantengote porque eres suya; no me seas traydora ni desagradesçida! Con todo esto, ¡ay de mí, señor! que mi destierro es largo: breue es todo tiempo para darle por vuestra eternidad; muy largo es vn solo día y vna hora para quien no sabe y teme si os a de offender. ¡O libre aluedrío, tan esclauo de tu libertad, si no viues enclauado con el temor y amor de quien te crió! ¡O, quándo será aquel dichoso día, que te as de ver ahogado en aquel mar infinito de la suma verdad, donde ya no serás libre (1), ni lo querrás ser, porque estarás seguro de toda miseria naturalizado con la vida de tu dios!

El es bienauenturado, porque se cognosçe y ama y goza de sí mismo, sin ser possible otra cosa; no tiene, ni puede tener, ni fuera perfeçión de dios poder tener libertad para oluidarse de sí y dexarse de amar. Entonçes, alma mía, entrarás en tu descanso, quando te entrañares con este summo bien, y entendieres lo que entiende, y amares lo que ama, y gozares lo que goza, y aquí (2) te vieres perdida tu mudable voluntad, ya ya no más libertad (3), porque la graçia de dios la a podido tanto, que te ha hecho partiçionera de su diuina naturaleza con tanta perfeçión, que ya no puedas, ni desees poder oluidarte del summo bien, ni dexar de gozar juncto con su amor.

Bienauenturados los questán escriptos en el libro desta vida. Mas tú, alma mía, sólo (4) eres, ¿por qué estás triste y me conturbas? Espera en dios, que aun agora me confessaré a él mis peccados y sus misericordias; de todo lo juncto (5) haré cantar de alabança con sospiros perpetuos al saluador mío y dios mío. Podrá ser venga algún día quando le cante mi gloria, y no sea por (6) compungida mi conçiençia, donde ya cessaron todos los suspiros y medios (7); mas entre tanto, en esperança y silençio será mi fortaleza. Más quiero viuir y morir en pretender y esperar la vida eterna, que poseer todas las criaturas y todos sus bienes, que se an de acabar. No me desamparéis, señor, porque en tí espero no sea confundida mi esperança; síruate yo siempre, y haz de mí lo que quisieres.

---

1 *Para pecar,* añade la edición príncipe.
2 *Ya que,* dice la edición de Fr. Luis.
3 *Mudanza,* se lee en la edición de Fr. Luis.
4 La edición príncipe: *sí lo.*
5 La edición de Fr. Luis: *y de todo junto...*
6 Esta preposición no se lee en la edición príncipe.
7 *Miedos,* dice Fr. Luis de León.

ALGUNOS FRAGMENTOS DE LAS «EXCLAMACIONES»

SEGUN EL MANUSCRITO DE GRANADA

ALGUNOS FRAGMENTOS DE LAS «EXCLAMACIONES»

SEGUN EL MANUSCRITO DE GRANADA (1).

¡O vida, vida! ¿cómo puedes sustentarte estando ausente de tu vida? En tanta soledad, ¿en qué templeas? ¿Qué hazes, pues todas tus obras son ymperfetas y faltas? ¿Qué te consuela, o ánima mía, en este tempestuoso mar? Lástima tengo de mí, y mayor del tiempo que no biuí lastimada. ¡O, señor, que vuestros caminos son suaves!; mas ¿quién caminará sin temor? Temo el estar sin serviros, y quando os boy a servir, no allo cosa que me satisfaga, para pagaros algo de lo que devo. Y parece que me querría emplear toda en esto, y quando bien considero mi miseria, veo que no puedo azer nada que sea bueno, si no me lo days vos.

¡O, dios mío y misericordia mía! ¿qué aré para que no desaga yo las grandezas que vos hazéys conmigo? Vuestras obras son sanctas, son justas, son de ynestimable valor, y con gran sabiduría; pues la mesma sabiduría soys vos, señor. Si en ella se ocupa mi entendimiento, quéxase la voluntad, porque querría que nayde la estorvase a amaros; pues no puede el entendimiento en tan grandes grandezas alcanzar quién es su dios; deséale gozar y no ve cómo (2), pues (3) en cárzel tan penosa como esta mortalidad todo la estorva, anque primero fué ayudada en la consideraçión de vuestras grandezas, adonde se allan mijor las ynumerables bagezas mías.

¿Para qué e dicho esto, mi dios? ¿A quién me quejo? ¿Quién me oye si no vos, padre y criador mío? Pues para entender vos mi pena, ¿qué necesidad tengo de ablar, pues tan claramente veo que stáys dentro de mí? Este es mi desatino. Mas, ¡ay, dios mío! ¿cómo podré yo saber çierto que no stoy apartada de vos? ¡O, vida, que as de bivir con tam poca seguridad de cosa tan ymportante! ¿Quién te deseará, pues la gananzia que de ti se puede esperar, que es contentar en todo a dios, está tan ynçierta y llena de peligros?

---

1 El manuscrito de Granada carece de puntuación y división de párrafos. En lo demás, se reproduce con entera fidelidad.

2 *Deséale gozar y no ve cómo*. Estas palabras se hallan repetidas en el códice.

3 *Puesta*, se lee en la edición de Fr. Luis de León y en la copia de Salamanca.

MEDITACIÓN (1).

Muchas vezes, señor mío (2), considero que, si con algo se puede sustentar el biuir sin vos, es en la soledad, porque descansa el alma con su descanso, puesto que como no se goza con entera libertad, muchas vezes se dobla el tormento; mas el que da el aver de tratar con las criaturas, y dejar dentender el alma a solas con su criador, aze tenerle por deleyte. Mas ¿qué es esto, mi dios, quel descanso cansa al alma que sólo pretende contentaros? ¡O amor poderoso de dios, quán diferentes son tus efetos del amor de el mundo! Este no quiere compañía, por parecerle que an de quitar (3) lo que posee. El de mi dios, mientra más amadores entiende que ay, más creze, y ansí sus gozos se tiemplan en ver que no gozan todos de aquel bien. ¡O, bien mío! que (4) esto aze, quen los mayores regalos y contentos que se tienen con vos, lastima la memoria de los muchos que ay que no quieran estos contentos, y de los que para siempre le (5) an de perder! Y ansí el alma busca medios para buscar compañía, y de buena gana dexa su gozo, quando piensa ser alguna parte para que otras (6) los procuren gozar.

Mas, padre çelestial mío, ¿no valdría más dejar estos deseos para quando esté com menos regalos vuestros y entonzes emplearse toda en gozarlos? ¡O, Jesús mío, quán grande es el amor que tenéis a los...

* * *

...por los peligros desta miserable vida, el que procurare sustentarse deste divino licor (7).

* * *

¡O, dios de mi alma, qué priesa nos damos a ofenderos! (8) ¡Y cómo os la days vos mayor a perdonarnos! ¿Qué causa ay, señor, para tan desatinado atrevimiento? ¿Si es el aver ya entendido vuestra gran misericordia, y olvidarnos de que es justa vuestra justicia? Cercáronme los dolores de la muerte. ¡O, o, o, qué grave cosa es el peccado, que bastó a matar a dios con tantos dolores! ¡Y quán çercado estáys, mi dios, de ellos! ¿Adónde podéys yr que no os atormenten? De todas partes os dan eridas los mortales.

---

1 Así viene en el códice. Es la exclamación segunda.
2 En el códice está borrado *que si con*, porque son palabras que se repiten en seguida.
3 *Quitarle*, había escrito el copista, y borró luego la última sílaba.
4 *Qs*, dice el códice, por error de copia.
5 *Le*, como la copia salmantina. *Los*, dice la edición príncipe.
6 *Otros*, se lee en la edición de Fr. Luis de León y en la copia de Salamanca.
7 Estas palabras pertenecen a la Exclamación IX, únicas que se conservan.
8 Exclamación X.

¡O, christianos! Tiempo es de defender a vuestro rey, y de acompañarle en tan gran soledad; que son muy pocos los vasallos que le an quedado, y mucha la multitud que acompaña a lucifer; y lo que peor es, que se muestran amigos en lo público, y véndenle en lo secreto; casi no alla de quién se fiar. ¡O, amigo verdadero, qué mal os paga el que os es traydor! ¡O, christianos verdaderos! ayudad a llorar a vuestro dios, que no es por solo lázaro aquellas piadosas lágrimas, sino por los que no avían de querer resucitar, anque su majestad los diese bozes. ¡O, bien mío, qué presentes teníades las culpas que e cometido contra vos! Sean ya acabadas, señor, sean acabadas, y las de todos. Resucitá a estos muertos; sean vuestras bozes, señor, tam poderosas, que, anque no os pidan la vida, se la deys, para que después, dios mío, salgan de la profundidad de los deleytes.

No os pidió lázaro que le resucitásedes. Por una muger peccadora lo ezistes; veysla aquí, dios mío, muy mayor; resplandezca vuestra misericordia. Yo, anque miserable, lo pido por los que nos (1) lo quieren pedir. Ya sabéys, rey mío, lo que me atormenta verlos tan olvidados de los grandes tormentos que an de padezer para sin fin, si no se tornan a vos. ¡O, los que estáys mostrados a deleytes y contentos y regalos y azer siempre vuestra voluntad, aved lástima de vosotros! Acordaos que avéys destar sugetos siempre, siempre, sin fin a las furias infernales. Mirá que os ruega aora el juez que os a de condenar, y que no tenéys vn solo momento sigura la vida; ¿por qué no queréys biuir para siempre? ¡O dureza de corazones humanos! Ablándelos vuestra ymmensa piedad, mi dios.

* * *

¡O, válame dios, válame dios! (2). ¡Qué gran tormento es para mí, quando considero qué sentirá vn alma que siempre a sido acá tenida y querida y servida y estimada y regalada quando, en acabando de morir, se vea ya [perdida] (3) para siempre y entienda claro que no a de tener fin; que allí no le valdrá querer no pensar las cosas de la fe, como acá a echo, y se vea apartar de lo que le parecerá que an no avía comenzado a gozar! Y con razón, porque todo lo que con la vida se acaba es vn soplo, y rodeada de aquella compañía disforme y sim piedad, con quien siempre a de padezer, metida en aquel lago ydiondo, lleno de serpientes, que la que más pudiere la dará mayor bocado; en aquella miserable escuridad, adonde vea todo lo que la de dar pena, sin ver luz, sino la de vna llama tenebrosa.

¡O, qué poco encareçido va para lo que es! ¡O, señor! ¿quiém puso tanto lodo en los ojos deste alma, que no aya visto esto asta que se vea allí? ¿Quién a atapado sus oydos para no oir las muchas vezes que se le avrá esto dicho y la eternidad destos tormentos? ¡O vida

1 *No os*, se lee en la edición de Fr. Luis.
2 Exclamación XI.
3 Falta en el manuscrito esta palabra, que tomamos de la edición príncipe.

que no se acabará! ¡O tormentos sin fin! ¡O tormentos... (1) [alcan]ze aora de vos luz, que sería para tenerla muchos. No por mí, señor, que no lo merezco, sino por los méritos de vuestro hijo; mirá sus llagas, señor, y pues él (2) perdonó a los que se las yzieron, perdonadnos vos a nosotros.

* * *

¡O, mi dios, y mi verdadera fortaleza! (3). ¿Qués esto, señor, que para todo somos cobardes, si no es para contra vos? Aquí se emplean todas las fuerzas de los hijos de adán. Y si la razón no estuviese tan ciega, no bastarían las de todos juntos para atreverse a tomar armas contra su criador, y sustentar gerra contina contra quien los puede vndir en los abismos en vn memento; sino, como ésta está (4) ciega, quedan como locos, que buscan la muerte, porque en su ymaginaçión les parece con ella ganan la vida; en fin, como gente sin razón. ¿Qué podemos azer, dios mío, a los questán con esta enfermedad de locura? Dicen que el mesmo mal les aze tener grandes fuerzas; ansí es en los que se apartan de mi dios, gente enferma, que toda su furia es con los que les azen más bien.

¡O sabiduría que no se puede compreender! Cómo fué necessario todo el amor que tenéys a vuestras criaturas para poder sufrir tanto desatino, y aguardar a que sanemos, y procurarlo con mil maneras de medios y remedios. Cosa es que me espanta, quando considero que falte el esfuerzo para yrse a la mano de vna cosa muy leve, y que verdaderamente se aze entender a sí mismos, que no pueden, anque quieren, quitarse de vna (5) ocasión, y apartarse de vn peligro adonde pierden el alma y que tengamos esfuerzo y ánimo para acometer vna tan gran... [á]nimo el vencido? ¿cómo siguen... (6) las riquezas çelestiales? ¿qué puede dar quien no tiene nada para sí, sino mucha desventura? ¿qué es esto, mi dios? ¿qués esto, mi criador? ¿de dónde vienen estas fuerzas contra vos, y tanta covardía contra el demonio? ¡An si vos, príncipe mío, no faboreciérades a los vuestros! An si deviéramos algo a este príncipe de las tinieblas, no llevava camino, por lo que para siempre nos tenéys guardado, y de ver todos sus gozos, y prometimientos falsos y traydores. ¿Qué a de azer con nosotros, quien lo fué contra vos?

¡O cegedad grande, dios mío! ¡o gran ingratitud, rey mío! ¡o qué incurable locura, que sirvamos al demonio con lo que nos days vos, dios mío! ¡Que pagamos el gran amor que nos tenéys con amar a quien ansí os aborreze, y a de aborrezer para siempre! ¡Que la sangre que derramastes por nossotros, y los azotes y grandes

---

1 Aquí faltan cinco líneas, que se cortaron tal vez para acomodar la hoja al cuadro.
2 *Que*, había escrito y lo sustituyó por *él*.
3 Exclamación XII.
4 *Sino, como está ciega,* dicen la copia de Salamanca y la edición príncipe.
5 *De una cosa,* había trasladado, y el mismo copista lo enmendó.
6 Aquí faltan unas cuatro líneas.

dolores que tuvistes, y los grandes tormentos que pasastes, en lugar de vengar a vuestro padre eterno, ya que vos no queréys venganza, y lo perdonastes de tan gran desacato como se vsó [con su] (1) hijo, tomemos por compañeros a los que ansí le trataron y por amigos! Pues sigimos a su ynfernal capitán, claro está que emos de ser todos vnos, y biuir para siempre en su compañía, si vuestra piedad no nos remedia con tornarnos el seso y perdonar lo pasado.

¡O, mortales, volved, volved en vosotros! Mirá a vuestro rey, que aora le allaréys manso; acábese ya tanta maldad; buélvanse vuestras furias y fuerzas contra quien os aze la gerra, y os quiere quitar vuestro mayorazgo. Tornad, tornad en vosotros, abrí los ojos, pedí con grandes clamores y lágrimas luz a quien la dió al mundo. Entendéos, por amor de dios, que vays a matar con todas vuestras fuerzas a quien por daros vida perdió la suya; mirad que es quien os defiende de vuestros enemigos. Y si todo esto no basta, básteos conoscer que no podéys nada contra su poder, y que tarde v temprano avéys de pagar en fuego eterno tan gran desacato y atrevimiento. ¿Es porque veys a esta majestad atado y ligado con el amor que nos tiene? ¿Qué más azían los que le dieron la muerte, si no después de atado darle golpes y eridas?

¡O, mí dios, cómo padecéys por quien tam poco se duele de vuestras penas! Tiempo verná, señor, adonde aya de darse a entender vuestra justicia, y si es ygual, de la misericordia. Mirá, christianos, considerémoslo bien y jamás podremos acabar dentender lo que debemos a nuestro dios, y las manificencias de sus misericordias. Pues si es tan grande su justiçia, ¡ay, dolor! ¡ay, dolor! ¿qué será de los que ayan merecido que se execute, y resplandezca en ellos?

* * *

¡O almas que ya gozáys sin temor de vuestro gozo, (2) y estáys siempre embevidas en alabanza de mi dios! Venturosa fué vuestra suerte. ¡O, qué gran razón tenéys de ocuparos siempre en estas alabanzas, y qué embidia os tiene mi alma, de que estáys ya libres del dolor que las ofenssas tan grandes quen estos desventurados tiempos se azen a mi dios, de ver tanto desagradecimiento, de ver que no se quieren ver esta multitud de almas que lleva satanás! ¡O bienaventuradas vosotras, ánimas çelestiales! ayudad a nuestra miseria, y sednos yntercesoras ante la divina misericordia, para que nos dé algo de vuestro gozo, y reparta con nosotras de ese claro conoscimiento que tenéys.

Dadnos, dios mío, vos a entender qué es lo que se da a los que pelean varonilmente en este sueño desta miserable vida. Alcançanos, ¡o ánimas amadoras! a entender el gozo que os da ver la eternidad de vuestros gozos, como es cosa tan deleytosa ber cierto que no se an de acabar! ¡O desventurados de nosotros, señor mío, que bien

1 Suplimos estas palabras que faltan en el códice granadino, tomándolas de la edición príncipe.

2 Exclamación XIII.

lo sabemos y creemos, sino que con la costumbre tan larga (1) de no considerar estas verdades, son tan estrañas ya de las almas, que ni las conoscen ni lo quieren conoscer. ¡O gente ynteresal, codiçiosa de sus gustos y deleytes, que por no esperar vm breve tiempo a gozarlos tan en abundançia, por no esperar vn año, por no esperar vn día, por no esperar vn ora, y por ventura no será más que vn memento, lo pierden todo por gozar de aquella miseria que vem presente!

¡O, o, o, qué poco fiamos de vos, señor! Quántas mayores riquezas y tesoros fiastes vos de nosotros, pues treynta y tres años de grandes trabajos, y después muerte tan yntolerable y lastimosa, nos distes [a vuestro hijo] (2) tantos años antes de nuestro nascimiento; y aun sabiendo çierto que no os lo avíamos de pagar, no quesistes dexarnos de fiar tan ynestimable tesoro, porque no quedase por vos, lo que nosotros grangeando con él podemos ganar con vuestro padre.

¡O ánimas bienaventuradas, que tam bien os supistes aprovechar y comprar eredad tan deleytosa y permanesçiente con este precioso preçio!, dezidnos: ¿cómo grangeávades con él bien tan sin fin? Ayudadnos, pues estáys tan cerca de la fuente; cojé agua para los que acá perecemos de sed.

* * *

¡O, señor, señor y verdadero dios mío! Quién no os conosce, no os ama. ¡O qué gran verdad es ésta! Mas, ¡ay dolor... (3).

---

1 *Tan grande*, se lee en la edición de Fr. Luis de León y en el códice de Salamanca.

2 Faltan estas palabras a la copia de Granada

3 Con estas palabras de la Exclamación XIV termina lo que de la copia de este escrito de Santa Teresa conservan las Carmelitas Descalzas de Granada.

DOS CAPITULOS DE «LAS MORADAS»

SEGUN LA COPIA DE CORDOBA

DOS CAPITULOS DE «LAS MORADAS»

SEGUN LA COPIA DE CORDOBA (1).

MORADAS QUARTAS

CAPITULO 1.º

DE LA DIFERENÇIA QUE AY ENTRE LOS CONTENTOS Y TERNURAS. EN LA ORACION.

Para començar a hablar de las quartas moradas, bien es (2) menester lo que he hecho, que es encomendarme al spíritu sancto, y suplicarle que de aquí adelante hable por mí, para decir algo de las que quedan, de manera que lo entendáys; porque comiençan a ser cosas sobrenaturales, y es difficultosíssimo de dar a entender, si su majestad no lo hace, como en otra parte que se escriuió, hasta donde yo auía entendido, catorce años ha, poco más o menos. Avnque vn poco más de luz me parece que tengo agora destas mercedes que nuestro señor hace a algunas almas, es differente el saberlas decir: hágalo su magestad, si ha de resultar algún prouecho, y si no, no.

Como ya estas moradas se llegan adonde está el rey, es grande su hermosura, y ay cosas tan delicadas que ver y que entender, que el entendimyento no es capaz para poder dar traça cómo se diga si quiera algo que venga tan al justo, que no quede tan obscuro para los que no tienen experiencia; que quien la tiene, bien lo entenderá, en especial si es mucha. Parecerá que para llegar a estas moradas, se ha de auer viuido en las otras mucho tiempo; y avnque lo ordinario es que se ha de auer estado en la que auemos dicho agora, no ay

---

1 Este y el siguiente capítulo, tomados de la copia del P. Gracián que se conserva en Córdoba, se publican en atención a los que deseen examinar por sí mismos las modificaciones que el Padre, con la autoridad que le había dado su autora, acostumbraba hacer en los escritos de la Santa. Se publican con la propia ortografía del P. Gracián, sin más variación que la acentuación y puntuación, que apenas tiene el códice, y la división de párrafos, de la cual también carece. Las diferencias que señalamos en nota, no son las únicas que existen, sino de las más considerables.

2 *He,* dice el autógrafo.

regla cierta, como ya auéys oydo muchas vezes; porque da el señor quando quiere, como quiere, y a quien quiere, como bienes suyos, que no hace agrauio a nadie.

En estas moradas pocas vezes entran las cosas ponçoñosas, y si entran no hacen daño, antes dexan con ganancia. Y tengo por muy mejor quando entran y dan guerra en este estado de oración; porque podría el demonio engañar, a buelta de los gustos que da Dios, si no ouiese tentaciones, y hacer mucho más daño que quando las ay, y no ganar tanto el alma, por lo menos apartando todas las cosas que le han de hacer merecer, y dexarla en vn embeuescimiento ordinario. Que quando lo es en vn ser, no lo tengo por seguro, ni me parece possible estar en vn ser el spíritu del señor en este destierro.

Pues, hablando de lo que dixe que diría aquí, de la differencia que hay entre contentos y gustos en la oración, los contentos me parece a mí podemos llamar los que nosotros adquirimos con nuestra meditación y peticiones a nuestro señor, que procede de nuestro natural, aunque, en fin, ayuda para ello Dios, que se ha de entender en quanto dixere, que no podemos nada sin él; mas nace de la misma obra virtuosa que hacemos, y parece que con nuestro trabajo lo hemos ganado, y con raçón nos da contento auernos empleado en cosas semejantes. Mas si lo consideramos, los mesmos contentos tenemos en muchas cosas que nos pueden succeder en la tierra. Ansí como vna gran hacienda que de presto le viene a alguno; y como de ver a vna persona que mucho amamos; y como de auer acertado en vn negocio importante y que dicen todos bien; y como si a vna le han dicho que es muerto su marido o hermano o hija, y le vee venir viuo. Yo he visto derramar lágrimas de vn gran contento, y aun me ha acaescido alguna vez.

Paréceme a mí que, ansí como estos contentos son naturales, ansí en (1) los que nos dan las cosas de Dios; sino que son de linaje más noble, avnque estos otros no eran tanpoco malos. En fin, comiençan de nuestro natural y acaban en dios; los gustos comiençan de dios, y siéntelos el natural, y goça tanto dellos, como goçan los que tengo dichos, y avn mucho más. ¡O, Jesús, y qué desseo tengo de saber declararme en esto! Porque entiendo, a mí parecer, muy conoscida differencia, y no alcança mi saber a darme a entender; hágalo el señor.

Agora me acuerdo en vn verso que se dice a Prima, en el fin del postrer psalmo, se dice al cabo: cum dilatasti cor meum. A quien tuuiere mucha experiencia, esto le basta para ver la differencia que ay de lo vno a lo otro; pero para quien no la tiene, es menester más. Los contentos que están dichos, no ensanchan el coraçón, antes lo más ordinariamente parece que aprietan vn poco, avnque con contento todo de ver que se hace por Dios; mas vienen vnas lágrimas congojosas, que en alguna manera parece les mueue la pasión (2).

---

1 Alguien, con una débil raya, parece que quiso tachar esta palabra, que se halla en el autógrafo.

2 Aquí omite el P. Gracián unas líneas que tachó en el autógrafo hispalense. (Vid. p. 48, nota primera).

Yo tengo experiencia deste estado, digo destos regalos y contentos en la meditación, que si començaba a llorar por la pasión, no sabía acabar hasta que se me quebraba la cabeça; y por mis peccados, lo mismo. Harta merced me hacía nuestro señor, que no quiero yo agora examinar quál es mejor, lo vno o lo otro; [sino la diferencia que hay de lo uno a lo otro] (1) querría saber decir. Para estas cosas algunas vezes van estas lágrimas y estos desseos ayudados del natural, y como está la disposición; mas, al fin, como he dicho, vienen a parar en Dios, aunque sea esto. Y es de tener en mucho, si ay humildad, para entender que no son mejores por esso; porque no se puede entender si son todos effectos del amor, y quando sea, es dado de Dios. Por la mayor parte, tienen estas deuociones las almas de las moradas pasadas, porque van casi continuo con obra de entendimiento, empleadas en discurrir y meditar, y van bien; porque no se les ha dado más, aunque acertarían en occuparse vn rato en hacer actos, y en alabanças de Dios, y holgarse de su bondad, y que sea el que es, y en dessear su honrra y gloria: esto como pudiere, porque despierta mucho la voluntad. Y estén con grande auiso, cuando el señor les diere estotro, no lo dexar por acabar la meditación que de costumbre se tiene.

Porque me he alargado mucho en esto en otras partes, no lo diré aquí. Sólo quiero que estéys aduertidas que, para aprouechar mucho en este camino y subir a las moradas que desseamos, no está la cosa en pensar mucho, sino en amar mucho; y ansí, lo que más os despertare a amar, esso haced. Quiçá no sabemos qué es amar, y no me espantaré mucho; porque está, no en el mayor gusto, sino en la mayor determinación de dessear contentar en todo a Dios, y procurar, en quanto pudiéremos, no le offender, y rogarle que vaya siempre adelante la honrra de su hijo y el augmento de la yglesia cathólica. Estas son las señales del amor, y no penséys que está el negocio en no pensar otra cosa, y que si os diuertís vn poco, va todo perdido.

Yo he andado en esta barahunda del pensamiento bien apartada (2) algunas vezes, y aurá poco más de quatro años que vine a entender por experiencia, que el pensamiento o ymaginación, que ansí la llamamos ordinariamente las mugeres (3), no es el entendimiento, y preguntélo a vn letrado, y díxome que era ansí, que no fué para mí poco contento. Porque como el entendimiento es vna de las potencias del ánima, hacíaseme recia cosa estar tan tortolica (4) algunas veces, y lo ordinario buela el pensamiento de presto, que solo dios puede atarle, quando nos ata a sí, de manera que parece que estamos en alguna manera desatados deste cuerpo. Yo veya, a mi parecer, las potencias del ánima empleadas en Dios y estar recogidas con él, y estar por otra parte el pensamiento alborotado: tráyame esto tonta.

1 Tomamos del autógrafo estas palabras, que el P. Gracián omite, sin las cuales no queda bien declarado el pensamiento de la Santa.

2 *Apretada,* dice el autógrafo de la Santa.

3 El P. Gracián incluye aquí una adición que puso al original de Sevilla. (Vid. página 49, nota).

4 *Tortolito,* dice la Santa.

¡O, señor, tomad en quenta lo mucho que pasamos en este camino por falta de saber! Y es el mal, que, como no pensamos que ay que saber más que pensar en Vos, avn no sabemos preguntar a los que saben, ni entendemos qué ay que preguntar, y pásanse terribles trabajos, porque no nos entendemos; y lo que no es malo, sino bueno, pensamos que es mucha culpa. De aquí proceden las afflictiones de mucha gente que trata de oración, y el quexarse de trabajos interiores, a lo menos mucha parte en gente que no tiene letras, y vienen las melancolías y la pérdida de la salud, y avn vienen a dexarlo del todo, porque no consideran que ay vn mundo interior acá dentro. Y ansí como no podemos tener el mouimiento del cielo, sino que anda apriesa con toda velocidad, tan poco podemos tener nuestro pensamiento, y luego metemos todas las potencias del alma con él y nos parece que estamos perdidos, y gastando mal el tiempo que estamos delante de Dios. Y estáse el alma por ventura toda junta con él en las moradas muy cercanas, y el pensamiento en el arrabal del castillo, padesciendo con mill bestias fieras y ponçoñosas, y meresciendo con este padescer; y ansí, ni nos ha de turbar, ni lo hemos de dexar, que es lo que pretende el demonio. Y por la mayor parte, todas las inquietudes y trabajos vienen deste no nos entender (1).

Y ansí no es bien, que por los pensamientos nos turbemos, ni se nos dé nada; que si los pone el demonio, cesará con esto; y si es, como lo es, de la miseria que nos quedó del peccado de Adam, con otras muchas, tengamos paciencia, y suffrámoslo por amor de Dios; pues estamos tan bien subjetas a comer y dormir, sin poderlo excusar, que es harto trabajo.

Conozcamos nuestra miseria, y desseemos yr a donde nadie nos menosprecie. Que algunas vezes me acuerdo desto que dice la esposa en los cantares, y verdaderamente que no hallo en toda la vida cosa adonde con más raçón se pueda decir. Porque todos los menosprecios y trabajos que puede auer en la vida no me parece que allegan a estas batallas interiores. Qualquier desasosiego y guerra se puede sufrir con hallar paz a donde viuimos, como ya he dicho; mas queremos venir a descansar de mill trabajos que ay en el mundo, y que quiera el señor aparejarnos el descanso, y que en nosotras mismas esté el estoruo; no puede dexar de ser muy penoso y casi insuffrible. Por esso, ¡lleuadnos, señor, a donde no nos menosprecien estas miserias, que algunas vezes parece que están haciendo burla del alma! Y avn en esta vida la libra el señor desto, quando ha llegado a la perfecta morada y postrera, como diremos, si Dios fuere seruido.

Y no darán a todas tanta pena estas miserias, ni las acometerán, como a mí hicieron muchos años por ser ruyn, que parece que yo misma me querría vengar de mí. Y como fué cosa tan penosa para mí, pienso que quiçá será para vosotras ansí, y no hago si no decirlo en vn cabo y en otro, para si acertase alguna vez a daros a entender cómo es cosa forçosa, y para que no os trayga inquietas y affligidas,

---

1 Aquí omite el P. Gracián el párrafo (pág. 50 del texto) que comienza: *Escribiendo esto, estoy considerando...*, y las cinco primeras líneas del siguiente. Son los mismos que se hallan acotados en el autógrafo, folio XXV, vuelto, y XXVI.

sino que dexemos andar esta tarauilla de molino, y molamos nuestra harina, no dexando de obrar nuestra voluntad y entendimiento.

Ay más y menos en este estoruo, conforme a la salud y a los tiempos. Padezca la pobre alma, avnque no tenga en esto culpa; que otras haremos, por donde es raçón que tengamos paciencia. Y porque no basta lo que leemos y que nos aconsejan, que es que no hagamos caso destos pensamientos, para las que poco sabemos, no me parece tiempo desaprouechado todo lo que gasto en declararlo más y consolaros; mas hasta que el señor nos quiera dar luz, poco aprouecha. Mas son menester y quiere su magestad que tomemos medios y nos entendamos, y de lo que hace la flaca ymaginación y el natural y demonio, no pongamos la culpa al alma (1).

---

1 Por descuido, junta el P. Gracián este capítulo con el que sigue en la copia.

MORADAS SEXTAS

CAPITULO IV

TRATA DE QUANDO SUSPENDE DIOS AL ALMA EN LA ORAÇION CON ARROBAMIENTO, EXTASI, O RAPTO, QUE TODO ES VNO, A MI PAREÇER, Y COMO ES MENESTER GRAN ANIMO PARA RESCEBIR TAN GRANDES MERCEDES DE SU MAGESTAD.

Con estas cosas dichas de trabajos y las demás, ¿qué sosiego puede traer la pobre mariposica? Todo es para más dessear goçar a el esposo; y su Magestad, como quien conosce nuestra flaqueça, va abilitándola con estas cosas y otras muchas, para que tenga ánimo para juntarse con tan gran señor, y tomarle por esposo.

Reyros heys de que digo esto, y paresceros ha desatino; porque a qualquiera de vosotras parecerá que no es menester ánimo, y que no aura ninguna muger tan baxa, que no le tenga para desposarse con el rey. Y ansí lo creo yo, mas será con el de la tierra y no con el del cielo; yo os digo que es menester más de lo que pensáys, porque nuestro natural es muy tímido y baxo para tan gran cosa, y tengo por cierto, que si no diesse dios ánimo, con quanto veys que nos está bien, sería impossible. Y ansí veréys lo que hace su magestad para concluyr este desposorio, que entiendo y debe ser quando da arrobamientos, que la saca de sus sentidos; porque si estando en ellos se viesse tan cerca desta gran magestad, no sería possible por ventura quedar con vida. Entiéndese arrobamientos que lo sean, y no flaqueças de mugeres, como por acá tenemos, que todo nos parece arrobamiento y éxtasis. Y como creo que dexo dicho, ay complexiones tan flacas, que con vna oración de quietud se mueren. Quiero poner aquí algunas maneras que yo he entendido, como he tratado con tantas personas spirituales, que ay de arrobamientos, avnque no see si acertaré, como en otra parte que lo escreuí. Esto y algunas cosas de las que van aquí, que por algunas raçones me ha parescido tornarlo a decir, avnque no sea sino porque vayan aquí las moradas todas juntas, es acertado.

Una manera ay, que estando el alma, avnque no sea en oración, tocada con alguna palabra, que se acordó que oyó de dios, paresce que su Magestad, desde lo interior del alma, hace crecer la centella que diximos ya, mouido de piedad de auerla visto padescer tanto tiempo por su desseo, que abrasada toda ella como vna aue phénix,

queda renouada y piadosamente se puede creer, estar perdonadas sus culpas (1). Y ansí limpia, júntala consigo, sin entender aquí nadie sino ellos dos, ni avn la misma alma entiende de manera que lo pueda después decir, avnque no está sin sentido interior; porque no es como a quien toma vn desmayo o paraxismo, que ninguna cosa interior entiende.

Lo que yo entiendo en este caso, es que el alma nunca estuuo tan despierta para las cosas de dios, ni con tan gran luz y conoscimiento de su magestad. Parescerá impossible esto, porque si las potencias están tan absortas, que podemos decir que están muertas, y los sentidos lo mismo, ¿cómo se puede entender que entiende este secreto? Yo no lo see, y por ventura ninguna creatura lo sabe, sino el mesmo criador, y otras cosas muchas que passan en este estado, digo en estas dos moradas; que ésta y la postrera se pudieran juntar bien; porque de la vna a la otra no ay puerta cerrada. Y porque ay cosas en la postrera, que no se han manifestado a los que avn no han llegado a ella, me paresció diuidirlas.

Quando, estando el alma en esta suspensión, el señor tiene por bien de mostrarle algunos secretos, como de cosas del cielo y visiones ymaginarias, esto sábelo después decir; y de tal manera queda imprimido en la memoria, que nunca jamás se oluida. Mas quando son visiones intelectuales, tan poco las sabe decir; porque debe de auer algunas en estos tiempos tan subidas, que no conuiene entenderlas los que viuen en la tierra para poderlas decir; avnque estando en sus sentidos, por acá se pueden decir muchas destas visiones intelectuales.

Podrá ser que no entendáis algunas qué cosa es visión, en especial las intelectuales. Yo lo diré a su tiempo, porque me lo ha mandado quien puede; y avnque parezca cosa impertinente, por ventura para algunas almas será de prouecho. Pues diréysme, si después no a de auer acuerdo dessas mercedes tan subidas que ay hace el señor al alma, ¿qué prouecho le traen? ¡O, hijas! que es tan grande, que no se puede encarescer; porque, avnque no las sabe decir, en lo muy interior del alma quedan bien escriptas, y jamás se oluidan. Pues diréys, si no tienen ymagen ni las entienden las potencias, ¿cómo se pueden acordar? Tan poco entiendo esso; mas entiendo que quedan vnas verdades en esta alma fijas de la grandeça de dios, que quando no tuuiera fee, que le dice quién es y que está obligada a creerle por dios, le adorara desde aquel puncto por tal, como hiço Jacob quando vió la escala; que con ella debía de entender otros secretos, que no los supo decir; que por sólo ver vna escala que baxaban y subían Angeles, si no ouiera más luz interior, no entendiera tan grandes misterios.

No see si attino en lo que digo, porque avnque lo he oydo, no see si me acuerda bien. Ni tan poco Moysén supo decir todo lo que vió en la çarza, sino lo que quiso dios que dixese; mas si no mostrara dios a su alma secretos con certidumbre, para que viesse y creyesse que era dios, no se pusiera en tantos y tan grandes trabajos; mas debía entender tan grandes cosas dentro de las espinas

1 Aquí suprime el P. Gracián unas palabras.

de aquella çarça, que le dieron ánimo para hacer lo que hiço por el pueblo de Israel. Ansí que, hermanas, a las cosas occultas de dios no hemos de buscar raçones para entenderlas, sino que como creemos que es poderoso, está claro que auemos de creer que vn gusano de tan limitado poder como nosotros, que no ha de poder entender sus grandeças. Alabémosle mucho, porque es seruido que entendamos algunas.

Desseando estoy acertar vna comparación, para si pudiesse dar a entender algo desto que voy diciendo, y creo que no la ay que quadre, mas digamos ésta. Entráys en vn aposento de vn Rey o grande señor, adonde tienen infinitos géneros de vidros (1) y barros y muchas cosas, puestas por tal orden, que casi todas se veen en entrando. Una vez me lleuaron a vna pieça déstas en casa del Duque de Alba (adonde, viniendo de camino, me mandó la obediencia estar, que me quedé espantada en entrando y consideraba que de qué podría aprouechar aquella barahunda de cosas, y veya que se podía alabar al señor de ver tantas differencias de cosas, y agora me cae en gracia cómo me ha aprouechado para aquí); y aunque estuue allí vn rato, era tanto lo que auía que ver, que se me olvidó todo de manera, que de ninguna de aquellas pieças me quedó más memoria que si nunca las ouiera visto, ni sabría decir de qué hechura eran; mas por junto, acuérdaseme que lo vi. Ansí acá, estando el alma tan hecha vna cosa con Dios, y metida en este aposento del cielo impíreo, que debemos tener en lo interior de nuestras almas; porque claro está, que pues dios está en ellas, que tiene alguna destas moradas; y avnque quando está aquí el alma en éxtasis, no debe siempre el señor querer que vea estos secretos (porque está tan enbebescida en goçarle, que le basta tan gran bien), algunas vezes gusta de que se desembeba, y de presto vea lo que está en este aposento; y ansí queda, después que torna en sí, con aquel representársele las grandeças que vió; mas no puede decir ninguna, ni llega su señal a más de lo que es sobrenatural aquello qviere dios que vea (2).

Luego ya me podréys decir: confieso que fué ver y que es visión imaginaria. No quiero decir tal, que no es ésta de que trato, sino visión intelectual; que, como no tengo letras, mi torpeça no sabe decir nada; que lo que he dicho hasta aquí en esta oración, entiendo claro que va bien (3), que no soy yo la que lo he dicho. Yo tengo para mí, que si algunas vezes no entiende destos secretos, en los arrobamientos, el alma a quien los ha dado dios, que no son arrobamientos; sino alguna flaqueça natural, que puede ser a personas de flaca complexión, como somos las mugeres, con alguna fuerça de espíritu sobrepujar al natural, y quedarse ansí enbeuescidas, como creo dixe en la oración de quietud. Aquellos no tienen que ver con arrobamientos; porque el que lo es, roba dios toda el alma para sí, y como cosa suya y esposa propia, la va mostrando alguna partecita del reyno que ha ganado, por serlo; que por poca que sea, es todo mucho lo

1 Por *vidrios*.
2 Véase cuanto mejor trae esta frase la Santa, (pág. 127, línea 11).
3 *Que si va bien,* dice la Santa.

que ay en este gran dios, y no quiere estoruo de nadie, ni de potencias, ni sentidos; sino de presto manda cerrar las puertas de todas estas moradas, y sólo en la que él está queda abierta para entrar ambos. Bendicta sea tanta misericordia, y con raçón serán maldictos los que no quisieren aprouecharse della y perdieren este señor.

¡O, hermanas mías! que es todo nada lo que dexamos, y es nada quanto hacemos y quanto podemos hacer por vn Dios que ansí se quiere comunicar. ¿Qué hacemos? ¿en qué nos detenemos? ¿qué cosa es bastante para que dexemos vn momento de buscar a este señor, como lo hacía la esposa por barrios y plaças? ¡Burlería es por cierto todo lo del mundo, si no es lo que nos llega y ayuda a esto, aunque duraran para siempre sus deleytes, riqueças y goços, quantos se pudieren imaginar! ¡qué es todo asco y basura, comparado a estos thesoros que se han de goçar sin fin, en comparación de tener por maestro al señor de todos los thesoros y de cielo y tierra!

¡O, ceguedad vana! ¿Hasta quándo, hasta quándo se quitará esta tierra de nuestros ojos? Que avnque entre nosotras no paresce que es tanta que nos ciegue del todo, veo vnas motillas y vnas chinillas, que si las dexamos crecer, bastarán para hacernos gran daño. Por amor de dios hermanas, que nos aprouechemos destas faltas, para conoscer nuestra miseria, y que ellas nos den mayor vista, como la dió el lodo al ciego que sanó nuestro esposo. Y ansí, viéndonos tan imperfectas, crezca más el suplicarle saque bien de nuestras miserias, para en todo contentar a su Magestad.

Mucho me he diuertido sin entenderlo. Perdonadme, hermanas, y creed que en llegando a hablar destas grandeças, no puedo dexar de lastimarme mucho de ver lo que perdemos por nuestra culpa. Porque, avnque es verdad que son cosas que las da el señor a quien quiere, si quisiéssemos a su Magestad como él nos quiere, a todos las daría. No está desseando otra cosa, sino tener a quien dar, que no por esso se disminuyen sus riqueças. Pues, tornando a lo que decía, manda el esposo cerrar las puertas de las moradas, y avn las del castillo y cerca; que en queriendo arrebatar esta alma, se le quita el huelgo de manera, que avnque dure vn poquito, y los otros sentidos velen, en ninguna manera puede hablar; y otras vezes todo se quita de presto, y se enfrían las manos y el cuerpo de manera, que no parece que tiene alma, ni se entiende algunas vezes si echa el huelgo. Esto dura poco espacio, digo para estar en un ser; porque quitándose esta gran suspensión vn poco, paresce que el cuerpo torna algo en sí, y se alienta para tornarse a morir, y dar mayor vida al alma, y con todo, no dura mucho este tan grande éxtasis.

Pero acaesce, avnque se quita, quedarse la voluntad tan embebida, y el entendimiento tan enagenado, y durar ansí días y días, que paresce que no es capaz para entender en cosa que no sea para dispertar la voluntad a amar, y ella se está harto dispierta para esto y dormida para arostrar a asirse a alguna creatura.

¡O, quando el alma torna ya del todo en sí, qué es la conffusión que le queda, y los desseos tan grandíssimos de emplearse en dios, de todas quantas maneras se quisiere seruir della! Si de las oraciones passadas quedan tales effectos como auemos dicho, ¿qué será de

vna merced tan grande como es ésta? Querría tener mill vidas para emplearlas en dios todas, y que todas quantas cosas ay en la tierra fuessen lenguas para alabarle por ella. Y los desseos de hacer penitencia, grandíssimos; y no hace mucho en hacerla, porque con la fuerça del amor, siente poco quanto hace, y vee claro que no hacían mucho los mártires en los tormentos que padescían, porque con esta ayuda de parte de nuestro señor, es fácil; y ansí se quexan estas almas a su Magestad, quando no se les offrece en qué padescer.

Quando esta merced les hace en secreto, tiénenla por muy grande; porque quando es delante de algunas personas, es tan grande el corrimiento y afrenta que les queda, que en alguna manera se desembebe el alma de lo que goçó con la poena (1) y cuydado que le da pensar qué pensarán los que lo han visto. Porque conocen la malicia del mundo, y entienden que no lo echarán por ventura a lo que es, sino que por lo que auían de alabar al señor, por ventura les será ocasión para echar juicios. En alguna manera me paresce esta poena y corrimiento, falta de humildad; mas ello no es más en su mano; porque si esta persona dessea ser vituperada, ¿qué se le da? Como entendió vna que estaba en esta affliction de parte de nuestro señor: «no tengas poena, que, o ellos han de alabarme a mí, o murmurar de ti; y en qualquiera cosa déstas ganas tú». Supe después que esta persona se hauía mucho animado con estas palabras y consoládose; y porque si alguna se viere en esta affliction se consuele, os las pongo aquí. Paresce que quiere nuestro señor que todos entiendan que aquella alma es suya, que no ha de tocar nadie a ella; en el cuerpo, en la honrra y hacienda toquen, en hora buena, que de todo se sacará honrra para su magestad; mas en el alma, esso no; que si ella, con muy culpable atreuimiento, no se aparta de su esposo, él la amparará de todo el mundo, y avn de todo el infierno.

No see si he dado algo a entender qué cosa es arrobamiento, que todo es impossible, como he dicho, y creo que no se ha perdido nada en decirlo, para que se entienda lo que es; porque ay effectos muy differentes en los fingidos arrobamientos. No digo fingidos, porque, quien los tiene, quiera engañar; sino porque ella lo está engañada. Y como las señales y effectos no conforman con tan gran merced, queda infamada; y ansí, con raçón, no se cree después a quien el señor, por su infinita y gran bondad y misericordia, hace estas mercedes. Sea por siempre bendicto, amén.

---

1 *Poena,* como en latín.

ALGUNOS FRAGMENTOS DE «LAS MORADAS»

ENTRESACADOS DE LA COPIA DE SALAMANCA

ALGUNOS FRAGMENTOS DE «LAS MORADAS»

ENTRESACADOS DE LA COPIA DE SALAMANCA (1).

Jhs

Aunque cuando començé a escreuir esto que aquí va, fué con la contradiçión que al principio digo, dispués de acabado, me a dado mucho contento, y doy por bien empleado el trabajo, aunque confieso que a sido harto poco (2). Considerando el mucho encerramiento y pocas cosas de entretenimiento que tenéis, mis hermanas, y no cosas tan bastantes como conuiene en algunos monasterios de los vuestros, me paresçe os será consuelo deleytaros en este castillo interior; pues sin licençia de las superioras podéis entrar y passearos por él a qualquiera hora.

Verdad es que no en todas las moradas podéis entrar por vuestras fuerças, avnque os parezca las tenéis grandes, si no os mete el mismo señor de el castillo (3). Por esso los auiso que ninguna fuerça pongáis, si halláredes resistencia alguna; porque le enojaréis de manera, que nunca os dexe (4) entrar en ellas. Es muy amigo de humildad. Con teneros por tales que no merescéis aún entrar en las terceras, le ganaréis más presto la voluntad para allegar a las quintas; y de tal manera le podéis seruir desde allí, acontinuando a yr muchas vezes a ellas, que os meta en la misma morada que tiene para sí, de donde no salgáis más si no fuéredes llamada de la priora (5) cuya voluntad quiere tanto este gran señor, que cumpláis, como la

---

1 A fin de que el lector pueda juzgar por sí mismo de las deficiencias de la copia salmantina y la exactitud de las correcciones del P. Francisco de Ribera y el H.º Antonio Arias, que le ayudó en este trabajo, reproducimos algunos párrafos de ella, por los cuales podrán apreciar lo restante del códice. Comienza éste por el epílogo; porque, según hemos notado en la Introducción, en el autógrafo y en muchas copias antiguas andaba a la cabeza del libro, hasta que Fr. Luis de León lo colocó al fin.

2 *Pero*, había escrito primero el copista, que el corrector enmienda.

3 Al margen escribe el P. Ribera: *Medio para entrar en las moradas de más adentro.*

4 La copia decía: *que no os cueste trabajo*, y los correctores enmendaron: *que nunca os dexe entrar en ellas.*

5 *Obediencia*, pone al margen de su letra el P. Ribera.

suya misma. Y avnque mucho estéis fuera por su mandado, siempre quando tornáredes, os terná (1) la puerta abierta. Vna vez mostradas a gozar de este castillo, en todas las cosas hallaréis descanso, aunque sean de mucho trabajo, con esperança de tornar a él, y no os lo puede quitar naide (2).

Avnque no se trata de más de siete moradas, en cada vna déstas ay muchas: en lo baxo y alto y los lados, con lindos jardines y fuentes y laberintios, y cosas tan deleytosas, que desearéis deshaceros en alabanças del gran dios, que le crió a su ymagen y semejança. Si algo halláredes bueno en la orden de daros noticia de él, creed verdaderamente que lo dixo su magestad por daros a uosotras contento; y lo malo que halláredes, es dicho de mí (3).

Por el gran deseo que tengo (4) de ser alguna parte para ayudaros a seruir (5) a este mi dios y señor, os pido (6) que, en mi nombre, cada vez que leyéredes aquí, alabéis mucho a su magestad, y le pidáis el augmento de su yglesia y luz para los luteranos; y para mí, que me perdone mis peccados y me saque de purgatorio; que allá estaré quiçá, quando esto se os diere a leer, si estuuiere para que se vea, después de visto de letrados. Y si algo estuuiere de error, es por más no lo entender, y en todo me sujeto (7) a lo que tiene la yglesia cathólica romana (8), que en ésta viuo y protesto y prometo viuir y morir. Sea dios nuestro señor por siempre alabado y bendito. Amén, amén. Acabóse esto de escreuir en el monasterio de st. Joseph de auila, anno de mill y quinientos y setenta y siete (9), víspera de sant Andrés, para gloria de dios, que viue y reyna por (10) siempre jamás amén.

* * *

Este tratado, llamado castillo interior, escribió la madre Teresa de Jhesús, fundadora de las descalças carmelitas, por mandado de su superior y confessor, a sus hermanas y hijas monjas de la dicha orden de nuestra señora del Carmen (11).

---

1 Los correctores, borrando el *tendrá* de la copia, enmiendan *terná*.
2 *Nadie*, había trasladado el copista y enmendaron los correctores.
3 *Dicho mío*, decía la copia, antes de ser corregida.
4 *Que tengo*. Estas palabras están puestas entre líneas por los correctores.
5 *Escriuir*, se leía en la copia antes de la corrección.
6 *Pídoos*, había trasladado el copista.
7 *Subjecto*, decía la copia, que el P. Ribera enmienda borrando dos letras.
8 *A lo que tiene la sancta iglesia de Roma*, se leía en la copia. El P. Ribera enmienda la frase tachando algunas palabras y poniendo al margen: *cathólica romana*.
9 Escribe al margen el P. Ribera de su letra: *Quando se acabó este libro*.
10 *Para*, decía la copia, que el P. Ribera corrige.
11 Estas líneas están tachadas, tal vez por el P. Ribera, que las había escrito ya en la primera página de la copia.

* * *

Pocas cosas que me a mandado la obediencia, se me an echo tan dificultosas como escreuir ahora (1) cosas de oración; lo vno, porque no me paresçe me da el señor espíritu para hazerlo (2), ni deseo; lo otro, por tener la cabeza tres meses a con vn ruido y flaqueza tan grande, que aun (3) los negoçios forçosos escriuo con pena. Mas entendiendo que la fuerça de la obediençia (4) suele allanar cosas que parescen impossibles, la voluntad se determina a hazerlo muy de buena gana, avnque el natural paresçe que se aflige mucho; porque no me a dado el señor tanta virtud que el pelear con la enfermedad continua y con occupaçiones de muchas maneras, se pueda hazer sin gran contradiçión suya. Hágalo el que ha hecho otras cosas más dificultosas por hacerme merced, en cuya misericordia confío.

Bien creo e de saber dezir poco más que lo que he dicho en otras cosas que me an mandado escreuir, antes temo (5) que an de ser casi todas las mismas; porque ansí como los páxaros que enseñan a hablar, no saben más de lo que les muestran o oyen, y esto repiten muchas vezes, soy yo al pie de la letra (6). Si el señor quisiere diga algo nueuo, su magestad lo dará o será seruido traerme a la memoria lo que otras vezes he dicho, que avn con esto me contentaua, por tenerla tan mala, que me (7) holgaría de atinar a algunas cosas, que dezían estauan bien dichas, por si se vuieren perdido. Si tan poco me diere el señor esto, con cansarme y acrescentar el mal de cabeza por obediençia, quedaré con ganançia, aunque de lo que dixere no se saque ningún prouecho. Y ansí comienço a cumplirla oy, día de la sanctíssima Trinidad, anno de mill y quinientos y setenta y siete (8), en este monasterio de sant Joseph de el carmen en toledo, a donde al presente estoy, sujetándome (9) en todo lo que dixere al (10) paresçer de quien me lo manda escreuir, que son personas de grandes letras. Si alguna cosa dixere que no vaya conforme a lo que tiene la santa (11) yglesia cathólica romana, será por ignorancia y no por maliçia. Esto se puede tener por çierto, y que siempre estoy (12) y estaré sujeta (13), por la bondad de dios, y lo e estado (14) a ella. Sea por siempre bendito, amén, y glorificado (15).

---

1 Sobre la *g*, ponen los correctores una *h*.
2 Aquí están borradas dos palabras, que huelgan: *ni espíritu*.
3 *Aun a,* decía la copia.
4 *Obediençia,* escribe al margen el P. Ribera.
5 Entre líneas se halla esta palabra, que sustituye a otra de la copia.
6 *Assí,* añade aquí la copia, pero los correctores borran esta palabra, que no se halla en el autógrafo.
7 *Me.* Entre líneas está puesta esta palabra por los correctores.
8 Al margen de letra del P. Ribera: *Cuándo se començó el libro.*
9 *Subjectándome,* se leía en la copia antes de ser enmendada.
10 El copista trasladó *a el.*
11 *Santa.* Esta palabra viene entre líneas, sustituyendo a otra tachada por los correctores.
12 *He estado,* trasladó el copista, a quien enmiendan los correctores.
13 *Subjecta.* Los correctores borraron la *b* y *c* de esta palabra.
14 *Estoy,* decía la copia antes de la corrección.
15 *Dios,* añade la copia, pero el P. Ribera tacha esta palabra.

Díxome (1) quien me mandó escreuir, que como estas monjas de estos monasterios de nuestra señora de el carmen tienen necessidad de quien algunas dudas (2) de oraçión las declare, y que le (3) paresçía que mejor se entienden el lenguaje vnas mugeres de otras, y con el amor que me tienen, les haría más al caso lo que yo les dixese, tiene (4) entendido por esta causa será de alguna importancia si se acierta a dezir alguna cosa; y por esto yré hablando con ellas en lo que escriuiré (5), y porque paresçe desatino pensar que puede hazer al caso a otras personas: harta merced me hará nuestro señor si alguna de ellas se aprouechare para alabarle algún poquito más. Bien sabe su magestad que yo no pretendo otra cosa; y está muy claro que, quando algo se atinare a dezir, entenderán no es mío, pues no ay causa para ello, si no fuere tener tan poco entendimiento como yo (6) habilidad para cosas semejantes, si el señor por su misericordia, no la da.

---

1 *Dicho me an*, trasladó el copista, y enmendaron los correctores.
2 *Dubdas*, se lee en la copia. Los correctores borran la *b*.
3 *Les*, copió el amanuense. Ribera borra la *s*.
4 La copia decía *tienen*. Los correctores tacharon la última letra.
5 *Escriuiere*, trasladó el copista.
6 *Y habilidad*, decía la copia. La conjunción fué tachada por los correctores.

SEPTIMAS MORADAS

CAPITULO I

...¡Oh, gran dios! paresçe que tiembla (1) vna criatura tam miserable como yo, de tractar en cosa tan agena de lo que meresco entender. Y es verdad, que he estado en gran confussión, pensando si será mejor acabar con pocas palabras esta morada; porque me paresçe que an de pensar, que yo lo sé por esperiencia, y házeme grandísima (2) vergüença, porque conociéndome (3) la que soy, es terrible cosa. Por otra parte, me ha paresçido que (4) es tentación y flaqueza, aunque más juycios destos hechéis (5). Sea dios alabado, y entendido vn poquito más y gríteme todo el mundo; quánto más (6), que estaré yo quiçá muerta quando se viniere a uer. Sea bendito el que viue y viuirá para siempre. Amén.

Quando nuestro señor es seruido auer piedad (7) de lo que padesçe y a padescido por su deseo esta alma, que ya spualmente (8) a tomado por sposa, primero que se consuma el matrimonio spiritual métela en su morada, ques esta séptima; porque ansí como la tiene en el çielo, deue tener en el alma vna estançia, adonde su magestad sólo mora, y digamos otro çielo. Porque nos importa mucho, hermanas, que no entendamos es el alma alguna cosa obscura; que como no la veemos, lo más ordinario deue paresçer que no ay otra luz interior, sino ésta que veemos (9), y que está dentro de nuestra alma alguna obscuridad. De la que no está en graçia, yo os lo confiesso, y no por falta del sol de justiçia, que está en ella dándole ser, sino por

---

1 Los correctores borran aquí estas palabras de la copia: *la tierra, cuánto más.*

2 *Gran,* decía la copia, que enmiendan entre líneas los correctores.

3 *Cognosçiéndome,* se lee en la copia. Los correctores tacharon la *g* y la *s.*

4 Esta palabra se lee entre líneas.

5 En la copia están borradas estas dos palabras: *por que* (por que sea Dios alabado...)

6 *Y gríteme todo el mundo, quánto más.* Estas palabras, que el copista omite, están suplidas al margen por los correctores.

7 *Auer piedad.* En vez de estas dos palabras que los correctores ponen entre líneas, el copista decía: *de apiadarse.*

8 *Espiritualmente.*

9 Por distracción repite aquí el copista las palabras *sino esta,* que los correctores tachan.

no ser ella capaz para rescebir la luz, como creo dixe (1) en la primera morada (2), que auía entendido vna persona: que estas desuenturadas almas es ansí que están como en una cárçel escura, atadas de pies y manos para hazer ningún bien que las aprobeche, y ciegas y mudas. Con raçón podemos compadesçernos de ellas, y mirar que algún tiempo nos uimos ansí, y que también puede el Señor auer misericordia de ellas.

Tomemos, hermanas, particular cuydado de supplicárselo, y no nos descuydar, que es grandísima limosna rogar por los que están en pecado mortal (3); muy mayor que sería (4) si viésemos vn christiano atadas las manos atrás con vna fuerte cadena, y él (5) amarrado a vn poste y muriendo de hambre; y no por falta de qué coma (6) que (7) tiene cabe sí muy extremados manjares (8), sino que no los puede tomar para llegar a la boca, y aun está con grande (9) hastío y ve (10) que ua a espirar, y no muerte como acá (11), sino eterna: ¿no sería gran crueldad estarle mirando, y no llegarle a la boca que comiesse? ¿Pues qué, si por vuestra oraçión le quitasen las cadenas? Ya lo véys (12). Por amor de dios os pido, que siempre tengáis acuerdo (13) en vuestras oraçiones de almas semejantes. No hablamos agora con ellas, sino con las que ya, por la misericordia de dios (14), an hecho penitençia por sus peccados, y están en graçia...

Esto os parescerá, hijas (15), desatino, mas verdaderamente passa ansí; que aunque se entiende que el alma está toda juncta, no es antojo lo que he dicho, que es muy ordinario. Por donde dezía yo que se veen cosas interíores, de manera que çierto se entiende ay diferençia en alguna manera (16), y muy conoçida (17), del alma al spíritu, aunque más sea todo vno. Conócese (18) vna diuisión tan delicada, que algunas vezes paresçe obra de diferente manera lo vno de lo otro, como el sabor que los quiere dar el señor. También me pa-

---

1 *Creo díxe.* En lugar de estas palabras de los correctores, el copista puso: *queda dicho.*

2 Lo que sigue, omitido por el copista, se halla en una adición marginal.

3 Hasta aquí la adición marginal. Las dos últimas líneas las había trasladado el copista en la siguiente forma: *Tomemos, hermanas, particular cuydado de rogar al señor por los que están en pecado mortal, que será gran limosna, muy mayor...*

4 Esta palabra viene entre líneas, y es de los correctores.

5 *Estar,* trasladó el copista. Los correctores enmendaron la falta.

6 *De manjares,* había escrito el copista.

7 Los correctores borran un *los* que trae aquí la copia y no se halla en el autógrafo.

8 El copista, por haber escrito antes esta palabra, la omite aquí. Los correctores restituyeron el texto a la fidelidad del original.

9 *Tanto* en vez de *grande,* escribió el copista.

10 *Y ve.* Estas palabras del autógrafo, que el copista omite, las suplen los correctores.

11 *Como acá.* Entre líneas escriben los correctores estas palabras, por *temporal* que había trasladado el copista.

12 *Ya lo veys.* Estas palabras son de los correctores.

13 *Memoria,* decía la copia antes de la corrección.

14 *Ya, por la misericordia de dios.* Estas palabras vienen al margen suplidas por los correctores.

15 *Hijas.* El P. Ribera suple al margen esta palabra que la copia omite.

16 *En alguna manera.* También estas palabras están puestas en nota marginal por los correctores.

17 *Y muy conoscida,* decía la copia. Los correctores borran la *s.*

18 *Cognóscese,* se leía antes de la corrección.

resçe quel alma es diferente cosa de las potencias, y que no es todo una cosa (1). Ay tantas y tan delicadas en lo interior, que sería atreuimiento ponerme yo a declararlas. Allá lo veeremos si el señor nos haze merçed de lleuarnos, por su misericordia (2), a donde entendamos estos secretos.

---

1 Al margen están suplidas por los correctores: *Y que no es todo una cosa.*
2 *Bondad,* escribió el copista.

CAPITULO SEGUNDO

PROCEDE EN LO MISMO. DIZE LA DIFERENÇIA QUE AY DE VNION SPIRITUAL A MATRIMONIO SPIRITUAL. DECLARALO POR DELICADAS COMPARAÇIONES EN QUE DA A ENTENDER COMO MUERE AQUI LA MARIPOSILLA QUE SE HA DICHO EN LA 5.ª MORADA (1).

Pues vengamos agora a tratar (2) del diuino y espiritual matrimonio, aunque esta gram merçed no deua cumplirse con perfeçión mientras uiuimos (3), pues si nos apartásemos de dios, se perdería este tan gran bien. La primera vez que dios haze esta merçed, quiere su magestad mostrarse al alma por vissión imaginaria de su sacratíssima humanidad, para que lo entienda bien y no esté ignorante de que rescibe tan soberano don. A otras personas será por otra forma; a ésta de quien hablamos, se le representó el señor, acabando de comulgar, con forma de gran resplandor y hermosura y magestad, como después de resusçitado, y le dixo que ya era tiempo de que sus cosas tomase ella por suyas y él ternía cuydado de las suyas, y otras palabras que son más para sentir que para decir.

Parescerá que no era esta nouedad, que otras vezes se auía representado el señor a esta alma en esta manera. Fué tan diferente, que la dexó bien desatinada y espantada: lo vno, porque fué con gran fuerça esta visión; lo otro, por las palabras que le dixo, y también porque en lo interior de su alma, adonde se le representó, si no es la vissión passada, no auía visto otras. Porque, entended, que ay grandísima diferençia de todas las passadas a las desta morada, y tan grande del desposorio spiritual a el matrimonio spiritual, como le ay entre...

Heme acordado, que esta salutaçión de el señor deuía ser mucho (4) más de lo que suena, y el dezir a la gloriosa magdalena, que se fuese en paz; porque como las palabras de el señor son hechas como obras en nosotras, de tal manera deuían hacer la operaçión en aquellas almas que estauan ya dispuestas, que apartase en ellas todo lo que es corpóreo en el alma, y la dexase en puro spíritu, para que se pudiese juntar en esta vnión celestial con el spíritu in-

---

1 *Que se ha dicho en la 5.ª morada.* Esta adición es del P. Ribera, puesta al margen para suplir la deficiencia de la copia.

2 *Tractar,* escribió el copista. Los correctores borran la *c.*

3 *En esta vida,* en lugar de *mientras uiuimos,* había trasladado el copista.

4 *Mucho.* Esta palabra está puesta al margen por los correctores.

creado (1); que es muy cierto que en uaziando nosotros (2) todo lo que es criatura, y desasiéndonos della por amor de dios, el mismo señor la ha (3) de henchir de sí. Y ansí, orando vna vez Jxo. nuestro señor por sus apóstoles, no sé a dónde es, dixo (4), que fuesen vna cosa con el padre y con él, como jesucristo nuestro señor está en el padre y el padre en él (5). ¡No sé qué mayor amor (6) puede ser que éste! Y no dexamos de entrar aquí todos, porque ansí dixo su magestad: no sólo ruego por ellos, sino por todos los que an de creer en mí también (7). Y dize: yo estoy en ellos.

¡O, válame dios, qué palabras tan verdaderas, y cómo las entiende el alma que en esta oración lo vee por sí, y cómo lo entenderíamos todos, si no fuese por nuestra culpa! Pues las palabras de Jhesuxpo nuestro rey y señor no pueden faltar; mas como faltamos en nos disponer y desuiarnos de todo lo que puede embaraçar esta luz no nos veemos en este espejo que contemplamos, a donde nuestra ymagen está esculpida (8).

Pues tornando a lo que dezíamos, en metiendo el señor al alma en esta morada suya, que es el centro de la misma alma (9), ansí como dizen que el cielo empíreo, a donde está nuestro señor (10), no se mueue como los demás, ansí paresçe no ay (11) los mouimientos en esta alma, en entrando aquí, que suele auer en las potencias y imaginaçión, de manera que la perjudiquen ni la quiten su paz. Paresce que quiero decir, que (12) llegando el alma a hazerla dios esta merçed, está segura de su saluaçión y de tórnar a caer. No digo tal; y en quantas partes tractare desta manera (13), que paresçe está el alma en seguridad, se entienda mientras la diuina magestad la tuuiere así de su mano, y ella no le offendiere. Al menos (14) sé cierto, que aunque se vee en este estado, y le ha durado annos, que no se tiene por segura; sino que anda con mucho (15) más temor que antes en (16) guardarse de qualquiera pequeña offensa de dios, y con tan grandes deseos de seruirle...

---

1 Toda la línea anterior está escrita al margen por los correctores.
2 *Uaciándonos de,* decía la copia antes de la corrección.
3 *La ha de.* Entre líneas se lee esta corrección.
4 *No sé a dónde es, dixo.* Estas palabras están puestas al margen por los correctores.
5 El copista había trasladado: *que fuesen una cosa con el padre.* Los correctores enmendaron el texto conforme al original.
6 Entre líneas está escrita esta palabra.
7 El copista alteraba el sentido, diciendo: *y también dize.* Los correctores lo enmendaron.
8 En estas cuatro líneas hay varias correcciones. La copia, antes de ellas, decía: *Mas como faltamos en nos disponer, en desuiar de nosotros todo lo que puede impedir nuestra luz, no nos veemos en este espejo que contemplamos, a donde nuestra imaginaçión está esculpida.* Las enmiendas hechas por los correctores no se ajustan del todo al autógrafo. (Vid. página 189, líneas 14-16).
9 La copia decía: *que es su centro della.*
10 *Dios,* por *nuestro señor,* se leía en la copia antes de la enmienda.
11 *Auer,* decía la copia.
12 *En,* añadía la copia y borraron los correctores.
13 La copia decía: *materia.*
14 En lugar de *al menos,* puso el copista *yo.*
15 *Mucho.* Esta palabra es de los correctores.
16 *De guardarse,* decía primitivamente la copia.

...como se dirá adelante, y con pena ordinaria y confusión de uer lo poco que puede hazer y lo mucho a que está obligada; que no es pequeña cruz, sino harto gran penitençia, porque el hazerla esta alma, mientras más grande (1) le es más deleyte. La verdadera penitençia es quando le quita dios la salud y fuerças para poderla hazer; que aunque en otra parte he dicho la gran pena que esto da, es muy mayor aquí y todo le deue venir de la raíz a donde está plantada; que ansí como el árbol que está cabe las corrientes de las aguas, está más fresco y da más fructo, ¿qué ay que marauillar de deseos que tenga esta alma, pues el verdadero spíritu della está hecho vno con el agua celestial que deximos?

Pues tornando a lo que dezía, no se entienda que las potencias y sentidos y passiones están siempre en esta paz; el alma sí. Mas en estotras moradas no dexa de auer tiempos de guerra y de trauajos y de fatigas, mas son de manera, que no se quita de su paz y puesto (2): esto es lo (3) ordinario. Este centro (4) de nuestra alma, o este espíritu, es vna cosa tan dificultosa de dezir, y aun de creer, que pienso, hermanas, por no me saber dar a entender, no os dé alguna tentaçión de no creer lo que digo; porque dezir que ay trauajos y penas, y que el alma se está en paz, es cosa dificultosa. Quiero poneros una comparaçión o dos: plega a dios que sean tales, que diga algo; más si no lo fueren, yo sé que digo verdad en lo dicho.

Está el rey en su palaçio, y ay muchas guerras en su rreyno, y muchas cosas penosas, mas no por esso dexa de estarse en su puesto: ansí acá, aunque en estotras moradas anden muchas barahundas y fieras ponçoñosas (5), y se oye el ruydo, nadie entra en aquélla, que la haga quitar de allí; ni las cosas que oye (6), aunque le dan alguna pena, no es de manera que la turben y quiten la paz; porque las passiones están ya vençidas (7) de suerte que an miedo de entrar allí, porque salen más rendidas. Duélenos todo el cuerpo, mas si la cabeça está sana, no porque duele el cuerpo, dolerá la cabeça. Riéndome estoy destas comparaciones, que no me contentan, mas no sé otras. Pensad lo que quisiéredes; ello es verdad lo que he dicho (8).

---

1 *Mayor,* decía la copia antes de la corrección.

2 *Y puesto.* Estas palabras son de los correctores.

3 *Lo.* Otra corrección que suple la omisión del copista.

4 *Puesto en este centro,* trasladó defectuosamente el copista.

5 Aquí tiene borrada la copia una línea, que dice: *Mas no por esso dexa de estarse en su puesto.*

6 Al margen, los correctores: *ni las cosas que oye.*

7 *Avecindadas,* decía la copia.

8 En la copia, antes de la enmienda de los correctores, las cuatro últimas línes de éste capítulo decían: *Mas si la cabeza está sana, no por esso padesce detrimento. Ríome destas comparaciones, que no me satisfazen, mas no sé otras. Pensad lo que quisiéredes; ello es verdad lo que he dicho.*

CAPITULO TERÇERO

Aora, pues, dezimos que (1) esta mariposica ya murió, con grandíssima alegría de auer hallado reposo, y que viue en ella Xo. Veamos qué vida haze, o qué diferençia ay de quando ella viuía; porque en los effectos veeremos si es verdad lo que queda dicho. A lo que puedo entender, son los que diré.

El primero, vn oluido de sí, que verdaderamente paresçe ya no es, como queda dicho; porque toda está de tal manera, que no se conoçe (2) ni se acuerda que para ella a de auer çielo, ni vida ni honrra, porque toda está empleada en procurar la de dios; que paresçe que las palabras que le dixo su magestad hizieron effecto de obra, que fué que mirase por sus cosas, que el miraría por las suyas. Y ansí, de todo lo que puede succeder, no tiene cuydado, sino vn estraño oluido, que, como digo, paresce ya no es, ni querría ser en nada, nada (3), si no es para quando entiende que puede auer por su parte algo en que acresçiente (4) vn punto (5) de honrra y gloria de dios, que por esto pondría muy de buena gana su vida.

No entendáis, hijas, por esto que (6) dexa de tener quenta con comer y dormir, que no le es poco tormento, y hazer todo lo que está obligada conforme a su estado; que hablamos en cosas interiores, que de obras exteriores poco ay que dezir; que antes essa es su pena, veer que es nada lo que ya pueden sus fuerças. En todo lo que puede y (7) entiende que es seruiçio de nuestro señor, no le dexaría de hazer por cosa de la tierra.

Lo segundo, vn deseo de padesçer grande, mas no de manera que la imquiete, como solía; porque es en tanto extremo el deseo que queda en estas almas de (8) que se haga la voluntad de Dios

---

1 *En,* añadía la copia y tacharon los correctores.

2 *Cognosce,* decía la copia. Los correctores, como ya hemos visto otras veces en casos análogos, borraron la *g* y la *s*.

3 La copia, sin las correcciones, decía: *ni quería ser nada.*

4 Las palabras *auer por su parte algo en que acresçiente,* están puestas al margen por los correctores, que borran: *de su parte acrescentar.*

5 *Puncto,* se lee en la copia. La *c* está borrada por los correctores.

6 Esta palabra también es de los correctores.

7 *Puede y,* son palabras escritas por los correctores.

8 Esta palabra, puesta entre líneas, es de los correctores.

en ellas, que todo lo que su magestad haze, lo (1) tienen por bueno: si quiere que padescan, en hora buena: y si no, no se mata (2) como solía (3).

Tienen también estas almas vn gran gozo interior quando son perseguidas, con mucha más paz que lo que queda dicho, y sin ninguna enemistad con los que las hacen mal o desean hazer (4); antes las cobran amor particular, de manera que si los veen en algún trauajo, lo sienten tiernamente, y qualquiera tomarían por librarlos de él (5), y encomiéndalos a Dios muy de gana, y de las merçedes que les haze su magestad (6) olgarían perderlos...

---

1 *Lo*, se halla entre líneas y es de los correctores.

2 *Matan*, decía la copia. El P. Ribera tachó la *n*.

3 En lugar de *solía*, que los correctores enmiendan, decía la copia *otras veces*.

4 Los correctores, borrando la palabra *persiguen*, pusieron al margen: *Hazen mal* o *desean hazer*.

5 *Y qualquiera tomarían por librarlos de él*. Estas palabras hacen una adición marginal, puesta allí por los correctores.

6 *Que les haze su magestad*. Estas palabras, entre líneas, sustituyen a *resciben de nuestro señor*, de la copia, que los correctores tachan.

CAPITULO IV

...es razón, poco se deue de acordar de sy, toda la memoria se le ua en cómo más contentarle (1), y en qué o por dónde le mostrará el amor que le tiene. Para esto es la oraçión, hijas mías; desto sirue este matrimonio spiritual: de que nazcan siempre obras.

Esta es la verdadera muestra de ser cosa y merçed hecha de dios, como ya os he dicho (2); porque poco me aprouecha estarme (3) muy regozijada a solas, haziendo actos con nuestro señor, proponiendo y prometiendo de hazer marauillas por su seruicio, si en saliendo de allí, que se (4) offresce la occasión, lo hago todo al reués. Mal dixe que aprouechará poco, que (5) todo lo que se está con dios aprouecha mucho; y estas determinaçiones, aunque seamos flacos en no las cumplir después, alguna vez nos dará su magestad cómo lo hagamos, y aun quiçá aunque nos pesse, como acaesçe muchas vezes: que como vee una alma muy cobarde, dale vn muy (6) gran trauajo, bien contra su voluntad, y sácala con ganançia, y después, como esto entiende el alma, queda más perdido el miedo para offrescerse más (7) a él. Que sé dezir que es poco en comparaçión de lo mucho más, que es que conforman (8) las obras con los actos y palabras, y que la que no pudiere por juncto, sea poco a poco. Vaya doblando su voluntad, si quiere que le aproueche la (9) oración; que dentro destos rincones no faltarán hartas occasiones en que lo podáys hazer (10).

Mirad (11) que importa mucho más que yo os sabré encaresçer. Poné los ojos en el crucificado, y todo se os hará poco. Si su magestad nos mostró el amor con tan espantables (12) obras y tormentos, ¿cómo

---

1 En lugar de estas palabras que los correctores escriben al margen, decía la copia: *es razón, gran oluido sería de sí, todo su acuerdo es cómo contentar a su señor.*
2 Al margen están puestas estas palabras por los correctores: *como ya os he dicho.*
3 *Estar,* decía la copia.
4 *Que se.* Los correctores añaden entre líneas estas palabras.
5 La copia decía: *pues.*
6 Esta palabra se halla entre líneas. Es de los correctores.
7 *Más.* Entre líneas añaden esta palabra los correctores.
8 *Consuenen,* había escrito el copista.
9 *Su,* decía la copia, que los correctores rectifican.
10 En vez de *lo podéis hazer,* que los correctores enmiendan, decía la copia: *exercitarla.*
11 *Mirad.* La *d* es de los correctores. Sin embargo, el autógrafo dice: *mirá.*
12 *Espantosas,* decía la copia antes de ser enmendada.

queréis contentarle con sólo palabras? ¿Sabéis qué es ser espirituales de ueras? (1). Hazerse esclauos de dios, a quien señalados con su hierro, que es el de la cruz, porque ya ellos le han dado su libertad, los (2) pueda vender por esclauos de todo el mundo, como él lo fué (3), que no les haze (4) ningún agrauio ni pequeña merçed. Y si a esto no se determinan, no ayan miedo que aprouechen (5) mucho, porque todo este hedificio, como he dicho, su cimiento (6) es humildad; y si no hay ésta muy de veras, aun por vuestro bien (7), no querrá el señor subirle muy alto, porque no dé (8) todo en el suelo (9). Assí, hermanas, para que lleue buenos cimientos, procurá ser la menor de todas, y esclaua suya, mirando cómo o (10) por qué vía las podéis hazer plazer y seruir; pues lo que hiziéredes en este caso, hazéis más por vos que por ellas, poniendo piedras tan firmes, que no se os caiga el castillo.

---

1 Antes de corregida la copia, decía: *Sabéis qué es ser verdaderos espirituales*. Al margen, escribe el P. Ribera: *Verdadero espiritual.*

2 Los correctores escriben al margen esta adición: *Porque ya ellos le han dado su libertad los.*

3 Los correctores borran estas palabras de la copia: *pues le aueis dado vuestra libertad.*

4 *Hará,* decía la copia.

5 Entre líneas enmiendan los correctores: *no hayan miedo que aprouechen.*

6 En conformidad con el autógrafo, los correctores sustituyen la palabra *fundamento* de la copia, que se olvidaron de borrar, por la de *cimiento,* que ponen al margen.

7 *Aun por vuestro bien.* De los correctores son estas palabras que faltan en la copia.

8 *Con todo,* decía la copia. Los correctores borraron la primera palabra.

9 Los correctores borran estas palabras de la copia: *y esto será por vuestro bien.*

10 *Como y por que,* escribió el copista. Los correctores enmendaron la copia incompletamente. El texto de la Santa dice: *cómo u por dónde.*

DOS CAPITULOS DE LA EDICION DE FR. LUIS DE LEON

DOS CAPITULOS DE LA EDICION DE FR. LUIS DE LEON

MORADAS PRIMERAS

CAPITULO I

EN QUE TRATA DE LA HERMOSURA Y DIGNIDAD DE NUESTRAS ALMAS, PONE VNA COMPARACION PARA ENTENDERSE, Y DIZE LA GANANCIA QUE ES ENTENDERLA, Y SABER LAS MERCEDES QUE RECIBIMOS DE DIOS, Y COMO LA PUERTA DESTE CASTILLO ES ORACION (1).

Estando yo suplicando a nuestro Señor hablasse por mi, porque yo no atinaua cosa que dezir, ni como començar a cumplir esta obediencia, se me offrecio lo que aora dire para començar con algun fundamento, que es considerar nuestra alma, como vn castillo todo de vn diamante, o muy claro cristal, a donde ay muchos aposentos, ansi como en el cielo ay muchas moradas. Que si bien lo consideramos hermanas, no es otra cosa el alma del justo, sino vn parayso a donde el Señor del tiene sus deleytes (2). Pues que tal os parece, que sera el aposento a donde vn Rey tan poderoso, tan sabio, tan limpio, tan lleno de todos los bienes se deleyta? no hallo yo cosa con que comparar la gran hermosura de vn alma, y su (3) gran capacidad. Y verdaderamente a penas deuen llegar nuestros entendimientos por agudos que fuessen a comprehenderlo (4). Ansi como no pueden llegar a considerar a Dios, pues el mismo (5) dize que nos crio a su imagen y semejança. Pues si

---

1 Reproducimos dos capítulos de la edición príncipe, tal como en ella salieron. En notas se ponen las discrepancias entre esta edición y el autógrafo de Sevilla. Por ellas se podrá apreciar el mérito de la edición de Fr. Luis de León, y el alcance que ha de darse a lo que respecto de la integridad e intangibilidad de estos escritos dice el insigne Maestro en su célebre carta a la M. Ana de Jesús y monjas carmelitas de Madrid, que publicamos en el tomo II, página 466. Hemos escogido estos capitulos, no porque tengan más o menos variantes que los demás, sino porque así nos ha parecido conveniente.

2 Esta última frase viene así en el autógrafo: *adonde diçe el tiene sus deleytes.*

3 *La,* dice el autógrafo.

4 *Compreenderla,* dice el original.

5 El autógrafo: *mesmo.*

esto es ansi como lo es, no ay para que nos cansar en querer comprehender la hermosura deste (1) castillo: porque puesto que ay la differencia del (2) a Dios, que del Criador a la criatura, pues es criatura, baste (3) dezir su Magestad que es hecha a su imagen, para que (4) podamos entender la gran dignidad (5) y hermosura del anima. No es pequeña lastima y confusion, que por nuestra culpa no entendamos a nosotras mesmas (6). No seria gran ignorancia (7), hijas mias, que preguntassen a vno quien es, y no se conociesse, ni supiesse quien fue su padre, ni su madre, ni de que tierra? pues si esto seria gran bestialidad, sin comparacion es mayor la que ay en nosotras, quando no procuramos saber que cosa somos, sino que nos detenemos en estos cuerpos, y ansi a bulto, porque lo hemos oydo, y porque nos lo dize la fe, sabemos que tenemos almas: mas qué bienes puede auer en esta alma, o (8) quien esta dentro de esta alma, o el gran valor della (9), pocas vezes lo consideramos: y ansi se tiene en tan poco procurar con todo cuydado conseruar su hermosura: todo se nos va en la grosseria del engaste, o cerca deste castillo, que son estos cuerpos. Pues consideremos que este castillo tiene, como he dicho, muchas moradas, vnas en lo alto, otras en lo baxo (10), otras en (11) los lados, y en el centro y mitad de todas estas tiene la mas principal, que es a donde passan las cosas de mucho secreto entre Dios y el alma. Es menester que vays aduertidas a esta comparacion, quiça sera Dios seruido pueda por ella daros algo a entender de las mercedes que es Dios seruido hazer a las almas, y las differencias que ay en ellas, hasta donde yo vuiere entendido que es possible, que todas sera impossible entenderlas nadie, segun (12) son muchas, quanto mas quien es tan ruyn como yo. Porque os sera gran consuelo, quando el Señor os las hiziere saber que es possible: y a quien no, para alabar su gran bondad. Que ansi como no nos haze daño considerar las cosas que ay en el cielo, y lo que gozan los bienauenturados, antes nos alegramos, y procuramos alcançar lo que ellos gozan, tan poco no nos le hara ver (13) que es possible en este destierro communicarse vn tan gran Dios con vnos gusanos tan llenos de mal olor, y amarlos (14) vna bondad tan buena, y vna misericordia tan sin tassa. Tengo por cierto que a quien hiziere daño

---

1 *De este,* se lee en el autógrafo.
2 El autógrafo: *de el.*
3 *Basta,* dice la Santa.
4 *Apenas,* añade el original.
5 El autógrafo: *dinidad.*
6 *Nosotros mesmos,* dice el autógrafo. Además omite Fr. Luis de León estas palabras: *ni sepamos quien somos.*
7 El autógrafo: *inorançia.*
8 El autógrafo: *u.* Por lo regular, la Santa emplea siempre esta conjunción en vez de *o.* Téngase en cuenta para no repetir notas análogas.
9 El autógrafo: *de ella.* De estas contracciones se hallan muchas en la edición príncipe que no están en el autógrafo. Lo advertimos en evitación de nuevas notas acerca de esto.
10 El autógrafo: *en bajo.*
11 *A,* se lee en la Santa.
12 El autógrafo: *sigún.*
13 El autógrafo: *tan poco nos ara ver...*
14 *Amar,* se lee en el original.

entender que es possible hazer Dios esta merced en este destierro, que estara muy falta de humildad, y del amor del proximo; porque si esto no es, como nos podemos dexar de holgar de que haga Dios estas mercedes a vn hermano nuestro, pues no impide para hazer nos las a nosotras: y de que su Magestad de a entender sus grandezas, sea en quien fuere, que algunas vezes sera solo por mostrarlas, como dixo (1) del ciego que dio vista, quando le preguntaron los Apostoles si era por sus peccados, o de sus padres. Y ansi acaece no las hazer por ser mas santos a quien las haze, que a los que no, sino porque se conozca su grandeza, como vemos en san Pablo, y la Magdalena (2): y para que nosotros le alabemos en sus criaturas. Podrá se dezir que parecen cosas impossibles, y que es bien no escandalizar a los flacos. Menos se pierde en que ellos no lo crean, que no en que se dexe (3) de aprouechar a los que Dios las haze: y a los que se regalaran (4), y despertaran a mas amar a quien haze tantas misericordias, siendo tan grande su poder y Magestad. Quanto mas que se que hablo con quien no aura este peligro, porque saben y creen que haze Dios aun muy mayores muestras de amor. Yo se que quien esto no creyere, no lo vera por esperiencia (5), porque es muy amigo de que no pongan tassa a sus obras, y ansi hermanas, jamas os acaezca, a las que el Señor no lleuare por este camino. Pues tornando a nuestro hermoso y deleytoso castillo, hemos de ver como podremos entrar en el. Parece que digo algun disparate (6), porque si este castillo es el anima, claro esta que no ay para que entrar pues se es ella (7), el mesmo: como pareceria desatino dezir a vno que entrasse en vna pieça estando ya dentro. Mas aueys de entender que va mucho de estar a estar, que ay muchas almas que se estan en la ronda del castillo, que es a donde están los que le guardan, y que no se les da nada de entrar dentro, ni saben qué ay en aquel tan precioso lugar, ni quien está dentro, ni aun que pieças tiene. Ya aueys (8) oydo en algunos libros de oracion aconsejar al alma que entre dentro de si pues esto mesmo es lo que digo (9). Deziame poco ha vn gran letrado, que son las almas que no tienen oración como vn cuerpo con perlesia, o tullido (10), que aunque tiene pies y manos, no los puede mandar, que ansi son, que ay almas tan enfermas y mostradas a estarse en cosas esteriores, que no ay remedio que entren dentro de si (11): porque ya la costumbre las tiene tal, de auer siempre tratado con las sauandijas y bestias, que estan en el cerco del castillo, que ya casi esta hecha como ellas: y con ser de natural tan rica, y poder tener su conuersacion no me-

---

1 El autógrafo: *dijo.*
2 El original: *Madalena.*
3 *Dejen,* escribe Santa Teresa.
4 El autógrafo: *y se regalaran.*
5 El autógrafo: *espiriençia.*
6 *Disbarate,* dice el original.
7 *Ella.* Falta esta palabra en el autógrafo.
8 El autógrafo: *abreis.*
9 *Lo que digo.* Estas palabras no se hallan en el autógrafo.
10 *Tollido,* escribe la Santa.
11 El autógrafo: *que no ay remedio ni pareçe que pueden entrar dentro de sí.*

nos que con Dios, no ay remedio. Y si estas almas no procuran entender y remediar su gran miseria, quedarse han hechas estatuas de sal, por no boluer la cabeça hazia si: ansi como lo quedo la muger de Loth por boluerla. Porque, a quanto yo puedo entender, la puerta para entrar en este castillo, es la oracion y consideracion, no digo mas mental, que vocal, que como sea oracion, ha de ser con consideracion: porque la que no aduierte con quien habla, y lo que pide, y quien es quien pide, y a quien, poco tiene de oracion (1), aunque mucho menee los labios (2); porque, aunque algunas vezes si sera, aunque no lleue este cuydado, mas es auiendole lleuado otras: mas quien tuuiesse de costumbre hablar con la Magestad de Dios como hablaria con su esclauo, que ni mira si dize mal, sino lo que se le viene a la boca, y tiene deprendido, por hazerlo otras vezes, no lo (3) tengo por oracion, ni plega a Dios que ningun Christiano la tenga desta suerte: que entre vosotras hermanas espero en su Magestad no la aura, por la costumbre que ay de tratar de cosas interiores, que es harto bueno para no caer en semejante bestialidad. Pues no hablemos con estas almas tollidas (4), que sino viene el mesmo Señor a mandarlas se leuanten, como el que auia treynta años que estaua en la picina, tienen harta mala ventura, y gran peligro: sino con otras almas que en fin entran en el castillo, porque aunque estan muy metidas en el mundo, tienen buenos desseos que alguna vez, aunque de tarde en tarde, se encomiendan a nuestro Señor: (5) consideran quien son, aunque no muy de espacio: alguna vez en vn mes rezan, llenos de mil negocios el pensamiento: casi lo ordinario es esto, porque estan tan asidos a ellos, que, como a donde esta su thesoro, se va alla el coraçon: ponen por si algunas vezes de desocuparse, y es gran cosa el proprio conocimiento, y ver que no van bien, para atinar a la puerta, en fin entran en las primeras pieças de las baxas (6), mas entran con ellos tantas sauandijas, que ni les dexan ver la hermosura del castillo, ni sossegar, harto hazen en auer entrado. Pareceros ha hijas que es esto impertinente; pues, por la bondad del Señor, no soys destas. Aueys de tener paciencia, porque no sabre dar a entender como yo tengo entendido algunas cosas interiores de oracion, sino es ansi, y aun plega al (7) Señor que atine a dezir algo, porque es bien difficultoso, lo que querria daros a entender, sino ay esperiencia (8), si la ay, vereys que no se puede hazer menos de tocar, en lo que plega al Señor no nos toque, por su misericordia.

---

1 En vez de *poco tiene de oracion,* dice el autógrafo: *no la llamo yo oraçion.*

2 *Labrios.* Nosotros, por tratarse de un error material, pues no lo emplea la Santa en más casos, hemos impreso en nuestra edición *labios.*

3 El autógrafo: *la.*

4 El autógrafo aquí, contra lo que acaba de leerse arriba, dice *tullidas.*

5 *Y,* añade el autógrafo.

6 El autógrafo: *bajas.*

7 *El,* escribió Santa Teresa.

8 Véase la nota 5 de la página 411.

MORADAS QUINTAS

CAPITULO IV

PROSIGUE EN LO MESMO, DECLARANDO MAS ESTA MANERA DE ORACION: DIZE LO MUCHO QUE IMPORTA ANDAR CON AUISO, PORQUE EL DEMONIO LE TRAE GRANDE PARA HAZER TORNAR ATRAS DE LO COMENÇADO.

Pareceme que estays con desseo de ver que se haze esta palomica, y adonde se assienta (1), pues queda entendido que no es en gustos espirituales, ni en contentos de la tierra, mas alto es su buelo, y no os puedo satisfazer (2) hasta la postrera morada. Plega a Dios (3) se me acuerde, o tenga lugar de escriuirla (4), porque han passado (5) cinco meses desde que lo comence hasta aora, y como la cabeça no esta para tornarlo a leer, deuen yr dichas las cosas dos vezes: como es para mis hermanas, poco va en ello. Toda vía quiero declarar mas (6) lo que parece que es esta oracion de vnion: conforme a mi ingenio porne vna comparacion, despues trataremos (7) mas desta mariposica que no para, aunque siempre frutifica haziendo bien a si, y a otras almas, porque no halla en si (8) verdadero reposo. Ya terneys oydo muchas vezes que se desposa Dios con las almas espiritualmente, (bendita sea su misericordia que tanto se quiere humillar) y aunque sea grossera comparacion no hallo (9) otra que mas pueda dar a entender lo que pretendo, que el Sacramento del matrimonio: aunque es en differente manera de esto que tratamos, por ser todo espiritual, que diffiere mucho de lo corporeo: porque todo es amor con amor, y sus operaciones son limpissimas, y tan delicadissimas y suaues, que no ay como se dezir, mas sabe el Señor dar las a sentir (10). Pues pareceme (11) que la vnion aun

---

1 *Y adonde asienta,* se lee en el original.
2 *De este deseo,* añade aquí la Santa.
3 *Y aun plega,..,* dice el autógrafo.
4 *Escrivirlo,* dice el original.
5 *Casi,* añade la Santa.
6 *Quiero mas declararos,* dice el autógrafo.
7 El autógrafo: *diremos.*
8 *En sí.* Estas palabras no se hallan en el autógrafo.
9 *Yo no hallo,* se lee en el autógrafo.
10 Esta y las cuatro líneas anteriores se hallan muy alteradas en esta edición. Véase el texto que nosotros publicamos, pág. 94, líneas 4-7.
11 *Dues pareceme a mi,* dice el autógrafo.

no llega a desposorio espiritual, sino como por aca quando se han de desposar dos, se trata si son conformes, y que el vno y (1) otro quieran y se vean para que mas se satisfagan los dos (2): ansi aquí presupuesto (3) que el concierto esta ya hecho, y que el alma esta bien informada (4) quan bien le esta, y determinada a hazer en todo la voluntad de su esposo, (5) y su Magestad, como quien bien entiende (6) si es assi, lo esta della, y ansi haze esta misericordia que quiere (7) le entienda mas, y que, como dizen, vengan a vistas, y juntarla consigo. Podemos dezir que es ansi esto, porque passa en breuissimo tiempo. Alli no ay mas dar, ni (8) tomar, sino (9) ver el alma por vna manera secreta quien es este esposo que ha de tomar, porque por los sentidos y potencias en ninguna manera podra (10) entender en mil años lo que aqui entiende en breuissimo espacio (11): mas como es tal el esposo de sola aquella vista la dexa mas digna de que se vengan a dar las manos (12): porque queda el alma tan enamorada que haze de su parte lo que puede, para que no se desconcierte este diuino desposorio. Mas si esta alma se descuydasse (13) a poner su affición en cosa que no sea el, perderlo ha todo (14), y es tan grandisima perdida, como lo son las mercedes que va haziendo, y mucho mayor que se puede encarecer. Por esso almas Christianas, a las que el Señor ha llegado a estos terminos por el os pido, que no os descuydeys, sino que os aparteys de las ocasiones, que aun en este estado no está el alma tan fuerte que se puede (15) meter en ellas, como lo esta despues de hecho el desposorio, que es en la morada que se sigue (16): porque la communicacion no fue mas de vna vista (17), y el demonio anda (18) con gran cuydado a combatirla, y a desuiar este desposorio, que despues que la ve del todo rendida al esposo, no se atreue tanto, porque la teme, (19) y tiene esperiencia que si alguna vez lo haze, queda con gran perdida, y ella con (20) ganancia. Yo os digo hijas que he conocido personas (21) muy

---

1 *El,* añade la Santa.
2 *Y aun que se vean, para que más se satisfaga el uno del otro,* se lee en el original.
3 El autógrafo: *ansí aca prosupuesto.*
4 En el autógrafo se lee: *Y que esta alma está muy bien informada...*
5 Aquí suprime Fr. Luis de León estas palabras: *de todas quantas maneras ella viere que le a de dar contento.*
6 El autógrafo: *entendera.*
7 El original dice: *que quiere que...*
8 *Mas dar y tomar,* dice el autógrafo.
9 *Sino un ver,* dice la Santa.
10 El autógrafo: *podía.*
11 *Tiempo,* dice el autógrafo.
12 *Como dicen,* añade la Santa.
13 *Descuida,* dice el original.
14 *Piérdelo todo,* se lee en el autógrafo.
15 El autógrafo: *pueda.*
16 *Que es en la morada que diremos tras esta,* dice el autógrafo.
17 *Como dicen,* añade aquí la Santa.
18 El autógrafo: *andara.*
19 *No osa tanto porque la a miedo,* escribe la Santa.
20 El autógrafo: *con más.*
21 *A personas,* dice el original.

encumbradas, y llegar a este estado, y con la gran sutileza (1) y ardid del demonio tornarlas a ganar para si, porque deue juntarse (2) todo el infierno para ello: porque como he dicho (3), no pierden vn alma sola, sino muchas (4). Ya el tiene esperiencia en este caso: porque si miramos la multitud de almas que por medio de vna trae (5) Dios a si, es para alabarle mucho, los millares que conuertian los martyres: ¿quantas lleuo al cielo vna donzella como santa Vrsula? Pues, las que aura perdido el demonio por santo Domingo, y san Francisco, y otros fundadores de ordenes? que todos estos, como lo leemos, recibian mercedes semejantes de Dios (6). Que fue esto, sino que se esforçaron a no perder por su culpa tan diuino desposorio. O hijas mias (7), tan aparejado esta el (8) Señor a hazernos merced aora como entonces, y en parte, si ansi se puede dezir, mas como necessitado de que las queramos recebir (9), porque ay pocos que miren por su honra, como entonces auia, queremonos mucho, ay mucha cordura (10) para no perder de nuestro derecho, o que engaño tan grande: el Señor nos de luz para no caer en semejantes tinieblas por su misericordia. Podreys me preguntar, o estar con duda de dos cosas. La primera, que si esta el alma tan puesta con la voluntad de Dios, como queda dicho, como (11) se puede engañar, pues ella en todo no quiere hazer la suya? La segunda, porque vias puede entrar el demonio tan peligrosamente que se pierda vuestra alma, estando tan apartadas del mundo, y tan llegadas a los Sacramentos, y en compañía podemos dezir de angeles, pues por la bondad del Señor todas no tienen (12) otros desseos, sino de seruirle (13) en todo? que (14) los que estan metidos en las ocasiones del mundo no es mucho? Yo digo que en esto teneys razon, que harta misericordia nos ha hecho Dios: mas quando veo (15) que estaua Iudas entre los Apostoles (16), y tratando siempre con el mesmo Dios, oyendo (17) sus palabras, entiendo que no ay seguridad (18). Respondiendo a lo primero (19). Si esta alma estuuiere (20) siempre asida a la voluntad de Dios, esta claro

---

1 El autógrafo: *sotileza.*
2 *Debe de juntarse,* escribe Santa Teresa.
3 El autógrafo: *porque como muchas veces digo.*
4 El autógrafo: *sino gran multitud.*
5 *Trai,* dice el autógrafo.
6 Véase este famoso párrafo, que ha dado ocasión a críticas algún tanto duras, en el texto que nosotros publicamos, pág. 95.
7 *Que,* añade el autógrafo.
8 El autógrafo: *este.*
9 El autógrafo: *y aun en parte mas neçesitado de que las queramos reçibir.*
10 El autógrafo: *ay muy mucha cordura.*
11 El autógrafo: *que como.*
12 *No train,* dice Santa Teresa.
13 *Y agradarle,* añade aquí el autógrafo.
14 *Que ya,* dice el autógrafo.
15 El autógrafo añade: *como e dicho.*
16 *Que estava Judas en compañía de los apóstoles,* dice el original.
17 El autógrafo: *y oyendo.*
18 *Que no ay siguridad en esto,* dice el autógrafo.
19 El autógrafo: *Respondiendo a lo primero digo que...*
20 El autógrafo: *se estuviese.*

que no se perdera (1): mas viene el demonio con vnas sutilezas (2) grandes, y debaxo de color de bien va la desquiziando en poquitas cosas della, y metiendo en algunas que el la haze entender, que no son malas, y poco a poco escuresciendo el entendimiento, y entibiando la voluntad, y haziendo crecer en ella el amor proprio, hasta que de vno en otro la va apartando de la voluntad de Dios, y llegando a la suya. De aquí queda respondido a lo segundo, porque no ay encerramiento tan encerrado adonde el no pueda entrar, ni desierto tan apartado adonde el dexe de yr (3). Y aun otra cosa os digo que quiça lo permite (4) el Señor para ver como se ha esta alma (5), a quien quiere poner por luz de otras, que mas vale que en los principios si ha de ser ruyn lo sea, que no quando dañe a muchos (6). La diligencia que a mi se me offrece mas cierta, despues de pedir siempre a Dios en la oración que nos tenga de su mano, y pensar muy contino, que (7) si el nos dexa seremos luego en el profundo, como es verdad, y jamas estar confiadas en nosotras, pues sera desatino (8); es andar con cuydado y auiso particular (9), mirando como vamos en las virtudes, si mejoramos, o desminuymos en algo (10), en especial en el amor vnas con otras, y en el desseo de ser tenida por la menor, y en cosas ordinarias, que si miramos en ello, y pedimos al Señor luz, luego veremos nuestro bien, o daño (11). Que no penseys que alma que llega Dios a tanto, la dexa tan presto de su mano (12), que no tenga bien el demonio que trabajar, y siente su Magestad tanto que se le pierda (13), que le da mil auisos interiores de muchas maneras, ansí que no se le podrá esconder (14) el daño. En fin, sea la conclusion en esto, que procuremos siempre yr adelante, y si esto no ay andemos con gran temor, porque sin duda algun salto nos quiere hazer el demonio, pues no es possible, que auiendo llegado a tanto dexe de yr creciendo, que el amor jamas esta ocioso, y ansi sera harto mala señal: porque alma que ha pretendido ser esposa del mesmo Dios, y tratadose ya con su Magestad, y llegado a los terminos que queda dicho, no se ha de echar a dormir. Y para que veays (15) lo que haze con las que ya tiene por esposas, comencemos a tratar de las sextas moradas, y vereys como es poco todo lo que pudieremos seruir y padecer, y hazer para disponer nos a tan grandes mercedes; que podra ser auer ordenado el Señor (16) que

---

1 *Que está claro que no se perdería,* dice Santa Teresa.
2 *Sotilezas,* dice el original.
3 El autógrafo: *adonde deje de ir.*
4 El autógrafo: *primite.*
5 El original: *aquel alma.*
6 *A muchas,* dice el autógrafo.
7 El autógrafo: *como.*
8 *Pues será desatino estarlo,* dice el original.
9 *Con particular cuidado y aviso,* dice el autógrafo.
10 El autógrafo: *si vamos mejorando u disminuyendo en algo.*
11 El autógrafo: *que si miramos en ella y pedimos al señor que nos de luz, luego veremos la ganançia u la pérdida.*
12 *La deja tan apriesa de su mano,* dice el original.
13 El autógrafo: *tanto en que se le pierda.*
14 *Asconder,* dice la Santa.
15 El autógrafo: *y para que veais hija.*
16 El autógrafo: *nuestro señor.*

me lo mandassen escriuir, para que puestos los ojos en el premio, y viendo quan sin tassa es su misericordia: pues con vnos gusanos quiere ansí communicarse y mostrarse, oluidemos nuestros contentillos de tierra, y puestos los ojos en su grandeza, corramos encendidas en su amor. Plega a el, que acierte yo a declarar algo de cosas tan difficultosas, que si su Magestad no menea la pluma (1), bien se sera impossible, y sino ha de ser para vuestro prouecho, le suplico no acierte a dezir nada, pues sabe su Magestad que no es otro mi desseo, a quanto puedo entender de mi, sino que sea alabado su nombre, y nos esforcemos (2) a servir a vn Señor, que ansí paga aun (3) en la tierra, por donde se colige algo de lo que nos dara en el cielo, sin los sinsabores de los trabajos y peligros que ay en esta vida; porque a no le auer de perderle y offenderle, descanso seria que no se acabassen hasta la fin del mundo, padeciendo por tan buen Dios, y Señor, y esposo nuestro (4). Plega a su Magestad merezcamos hazerle algun seruicio, sin tantas faltas como siempre tenemos, aun en las obras buenas, Amen.

---

1 El autógrafo: *que si su majestad y el Espíritu Santo.*

2 El original: *y que nos.*

3 El autógrafo: *aun acá.*

4 El autógrafo: *por donde podemos entender algo de lo que nos a de dar en el çielo, sin los intrevalos y trabajos y peligros que ay en este mar de tempestades. Porque, a no le aver de perderle y ofenderle, descanso sería que no se acabase la vida asta la fin del mundo, por trabajar por tan gran dios y señor y esposo.*

PROLOGO, SUMA Y EPILOGO

DE LA PRIMERA EDICION DE «LOS CONCEPTOS»

PROLOGO

A LOS RELIGIOSOS Y RELIGIOSAS CARMELITAS DESCALZOS,

FR. GERONYMO GRACIAN DE LA MADRE DE DIOS (1).

Por quatro (2) razones las personas espirituales suelen escriuir los buenos conceptos, pensamientos, desseos, visiones, reuelaciones, y otras interiores mercedes que Dios les comunica en la oracion. La primera, porque *cantan eternamente las misericordias del Señor,* dexandolas escritas, para que se lean, y sepan en los siglos venideros, a fin que este Señor sea mas glorificado y ensalçado. La segunda, porque teniendolos escritos, los tornan a traer a la memoria, quando quisieren refrescar su espiritu: y esta escritura les causa mas prouecho, deuoción, oracion y feruor que otros libros, por la qual causa los antiguos Padres del yermo trayan siempre consigo estos sus conceptos de oracion, o algunos nombres dellos que llamauan *Nomina.* La tercera, porque la charidad les fuerça a no esconder la luz y talentos recebidos en la oracion, *sino ponellas sobre el candelero,* para alumbrar otras almas, especialmente de sus subditos. La quarta, porque sus superiores mandaron los escriuiessen, y aunque por humildad los quisieran callar, la obediencia las fuerça a manifestarlos. Por estas causas escriuo la gloriosa Sancta Hildegardis Abbadesa de vn Conuento de Benitas en Alemania la alta muchos libros de sus conceptos y reuelaciones. Y esta doctrina y libros aprueuan los Papas Eugenio tercero, Anastasio quarto, Adriano quarto, y el glorioso San Bernardo, como se colige de sus epistolas escritas a la mesma gloriosa Santa. Y los Papas Bonifacio nono, Martino V. el Cardenal Turrecremata, y otros grauissimos Authores dizen lo mismo de lo que escriuio S. Brigida, como se lee en las Bullas de su Canonizacion, y en el Prologo del libro de sus reuelaciones. En tiempo del mismo Papa Eugenio en la Diocesis de Treueris, en vn Monasterio llamado Sconau-

---

1 Este *Prólogo* y la *Summa* y *Epílogo* que se siguen, están tomados literalmente de la primera edición de *Los Conceptos del Amor de Dios* que el P. Gracián publicó en Bruselas por primera vez en 1611. Son muy devotos y contienen excelente doctrina y algunas noticias curiosas, que no huelga conocer. Dan estos documentos nuevo y elocuente testimonio de cariño del P. Gracián a la Santa y a su Reforma, que no consiguieron jamás enfriar los sucesos adversos que hubieron de ocurrirle, muerta la esclarecida Doctora.

2 *Quatros,* dice la edición, por error de imprenta.

gia, huuo vna gran sierua de Dios, llamada Isabel, que el año de 1152 le mandó su Abad, llamado Hildelino, que dixesse todas sus reuelaciones, y los conceptos de su oracion al Abad Egberto, para que las escriuiesse: el qual Abbad Egberto escriuio dellas vn libro muy prouechoso para las almas, muy agradable al Papa, y a toda la Iglesia. Y segun escriue Iacobo Fabro, en vna carta a Machiardo, Canonigo de Maguncia, y a otros sus amigos, que se halla al principio del libro intitulado, *Libro de los tres varones, y tres virgines espirituales.* El bienauenturado San Rhenano loa y engrandece mucho lo que escriuio la gloriosa S. Macthildis, assi de sus extasis y reuelaciones, como de otras espirituales mercedes que de Dios recibio. Fue esta Santa Alemana, de la orden de San Bernardo, en vn Monasterio cabe del Rhin, cerca de Flandes. Pudiera dezir de otras muchas, pero basta lo que el Papa Pio segundo, escriue de la vida y doctrina de la gloriosa S. Catharina de Sena, a la qual Fray Raymundo de Capua su Confessor, y otros Perlados, mandaron escriuiesse lo que le passaua en la oracion, de que quedaron libros de gran prouecho.

Esto mismo acaecio a la Beata Madre Theresa de Iesus, que (obedeciendo a sus Confessores y Perlados) para *cantar eternamente las misericordias del Señor,* como trae por blason, *Misericordias Domini in aeternum cantabo,* y para prouecho de su alma, y de las de sus hijas, ha escrito libros de lo que ha recibido en el espiritu, que han hecho, hazen, y haran mucho fruto en la Iglesia de Dios: como se colige de la Bula del Papa Sixto V. en que confirma sus Constituciones, y de los Remistoriales (1), y Rotulo que el Papa Paulo V. ha embiado para hazer los processos de su Canonizacion.

Entre otros libros que escriuio, era vno de diuinos conceptos, y altissimos pensamientos del amor de Dios, y de la oracion, y otras virtudes heroicas, en que se declarauan muchas palabras de los Cantares de Salomon, el qual libro (como pareciesse a vn su Confessor cosa nueua, y peligrosa, que muger escriuiesse sobre los Cantares se le mandó quemar, mouido con zelo, de que (como dice San Pablo) *Callen las mugeres en la Iglesia* de Dios, como quien dize, no prediquen en pulpitos, ni lean en Cathedras, ni impriman libros. Y el sentido de la Sagrada Escritura (principalmente de los Cantares de Salomon) es tan graue, profundo y dificultoso, que los muy grandes letrados tienen bien que hazer para entender del alguna cosa, quanto mas mugeres. Y como en aquel tiempo que le escriuio, hazia gran daño la heregia de Luthero, que abrio puerta, a que mugeres, y hombres ydiotas leyessen y explicassen las diuinas letras, por la qual han entrado inumerables almas a la heregia, y condenadose al Infierno, pareciole que le quemasse. Y assi al punto que este Padre se lo mandó, ella hechó el libro en el fuego, exercitando sus dos tan heroicas virtudes de la humildad, y obediencia.

I Cor. 14. *Mulieres in Ecclesia taceant.*

Bien creo yo, que si este Confessor huuiera leydo con atencion todo el libro, y considerado la doctrina tan importante que tenia, y que no era declaracion sobre los Cantares, sino conceptos de espiritu

1 Remisoriales.

que Dios le daua, encerrados en algunas palabras de los Cantares, no se lo huuiera mandado quemar. Porque assi como quando vn Señor da a su amigo vn preciosissimo liquor, se le da guardado en vaso riquissimo: assi quando Dios da a las almas tan suaue liquor como el espiritu, le encierra (las mas vezes) en palabras de la Sagrada Escritura, que es el vaso que viene bien para la guarda de tal liquor, por lo qual dezia Dauid. *Confesarete Señor en los vasos del Psalmo,* llamando vasos a las palabras del Psalterio.

Psal. 70. *Confitebor tibi in vasis Psalmi.*

Permitio el diuino Maestro, que vna monja trasladó del principio deste libro vnas pocas hojas de papel, que andan escritas de mano, y han llegado a mis manos, con otros muchos conceptos espirituales, que tengo en cartas, que me enbió escritas de su mano la misma Beata Madre, y muchos que supe de su boca, en todo el tiempo que la traté, como su Confessor y Perlado, que fueron algunos años, de que pudiera hazer vn gran libro, mas contentome agora con hazer imprimir estos pocos conceptos del amor de Dios. Y assi como el Platero (aunque sea pobre, y no possea oro, perlas, ni piedras preciosas) puede (si le dan algunas riquissimas) labrar vna muy buena y preciosa joya, poniendo las piedras por orden en el oro, y adornandolas con algun esmalte: assi yo (aunque pobre y miserable de espiritu) del oro, perlas, y piedras preciosas que contienen estos conceptos de la Beata Madre Theresa de Iesus, diuidiendolos en capitulos y añadiendo el esmalte de algunas anotaciones a la margen, pienso con el diuino fauor, que saldrá vna joya agradable, y de mucho prouecho a vuestras almas, y que estos conceptos que aquella buena Monja libró del fuego, encenderan fuego de amor de Dios en vuestros coraçones, lo qual haga nuestro Señor, como yo desseo y rogare.

SUMMA

DE LO QUE EN ESTE TRATADO SE CONTIENE PARA MAYOR CLARIDAD DE LA DOCTRINA (1).

En estos conceptos escriue la Beata Madre Theresa seys maneras que ay de amor de Dios, que nacen de otras seys maneras de oracion, y declara cinco authoridades de los Cantares de Salomon, y toda esta doctrina diuideré en siete Capitulos.

Capit. I. del sentido de los Cantares.

En el primero (para declarar bien este verso, Beseme el Señor etc., y los demas) dize, quan dificultosa cosa sea hallar el verdadero sentido de la sagrada Escritura, y que buscalle no es de mugeres, sino de hombres muy letrados: pero si Dios se le diere en su oracion y espiritu, no le han de desechar, sino manifestarle, para mayor honrra y gloria de Dios, y prouecho de las almas. Y que ay algunas palabras en los Cantares de Salomon, que aunque parezcan baxas y humildes, y no de tanta pureza, bien entendidas, son de altissimos mysterios, dignas de la boca de Dios, y de la esposa de Christo.

Capit. 2. del amor falso.

En el segundo Capitulo (porque el mejor camino de entenderse vna cosa graue e importante, es por sus contrarios, para declarar el verdadero amor de Dios, y la verdadera paz que el alma tiene con Christo significada por el beso que pide la esposa) declara nueue maneras de paz falsa, y amor engañoso e imperfeto. Es doctrina muy importante, para el examen de la consciencia del que quisiere llegar a la perfecion, escardando de su alma las faltas que le impiden y detienen.

Capit. 3. del amor verdadero.

En el tercero, declara que sea paz, y amor de Dios verdadero, y la vnion y rendimiento de nuestra voluntad con la de Christo, que nace de la buena y verdadera oracion, con que se declaran estas palabras, *Beseme el Señor con el beso de su boca* etc.

Capit. 4. del amor dulce.

Deste verdadero amor, y assistencia de Dios en el alma, que siente ser amada del mismo Señor, nace vna dulçura, vn gusto, vna suauidad, y vn deleyte tan grande en el coraçon, que no ay contento temporal, ni espiritual que se le compare: y el alma llega a la oracion de quie-

---

1 Esta *Summa* viene, en dos hojas y media, a continuación del *Prólogo*.

tud, por donde esta dulçura se alcança: y assi se trata en el quarto capitulo deste amor dulce, declarandole en estas palabras de la esposa, *mejores son tus pechos, que el vino que dan de si fragancia de bonissimos olores.*

Capit. 5. del amor firme.

En el quinto Capitulo se trata del amor seguro, firme y perseuerante, que suele suceder al amor dulce. Porque assegurada ya el alma de que Dios la quiere bien, y viendose tan enriquecida de gustos y regalos diuinos, descansa debaxo de la sombra y amparo de su amado, recibiendo frutos del arbol de la vida Christo Iesus: y quando aqui llega, auiendo passado por el rendimiento de su voluntad a la de Dios (que es el beso) y gozadose con los pechos del amor dulce, entra en vna oracion confiada y magnanima, y en vna alteza de coraçon, que qualquier cosa que pida a Dios, le parece alcançará, y con esta oracion confiada, y amor seguro, se declaran aquellas palabras de los Cantares, *Senteme debaxo de la sombra del que desseaua, y su fruta es dulce para mi garganta.*

Capit. 6. del amor fuerte.

No lleua Dios a todas las almas por vn mismo camino: porque reparte sus dones, y distribuye sus gracias a quien quiere, y como quiere. En algunas no ay arrobamientos, ni extases, con alienacion de sentidos, como en las almas de Christo, de la Virgen María, y de otros Santos, mas en otras lleua esta orden que del amor dulce, firme y seguro les crece tanto el Espiritu, y se viene a vn amor tan fuerte, que no lo pudiendo sufrir el natural le saca de si, y dexa arrobada y enajenada.

Este Amor fuerte prouiene de dos partes, la vna es la fuerça y grandeza del Espiritu, y la otra la flaqueza del natural, que (como no puede sufrir tanta luz) queda ciega, y deslumbrada, hasta que se le caen las escamas de los ojos y buelue en si, como acontecio a San Pablo en su rapto, y entrando en la bodega deste vino diuino, es tan grande el tuffo, quando hierue este amor, en el coraçon, y la fuerça deste vino, de que se harta, que queda embriagada y fuera de si, y llega a la oracion que llaman extatica, o de arrobamiento, mas el entendimiento y voluntad siempre estan recibiendo luz y amando, y Dios obrando la más alta obra, y mas prouechosa que es, ordenar la charidad, y assi se declara aquella authoridad, *metiome el Rey en la bodega del vino, y ordeno en mi la charidad,* y desto trata el sexto Capítulo.

Capit. 7. del amor prouechoso.

El fin cumbre y remate de todo el amor, y perficion es hazer obras grandes por Dios, endereçadas a la pureza de la propia alma, gloria y honrra deste Señor, y prouecho de las almas de los proximos, y sufrir con paciencia y amor los trabajos quien los tiene, o deseallos para imitar a Christo, quien no los tuuiere. Este es el amor prouechoso, que se declara con flores y mançanas, y viene en la oracion mas meritoria. Pide este amor la Esposa quando dize, *sustentadme con flores, y fortalecedme con mançanas que me desmayo de amor*; del qual se trata en el septimo y vltimo Capitulo.

EPILOGO Y RECAPITULACION

DE TODA LA DOCTRINA DEL AMOR DE DIOS (1).

Qué sea amor de Dios.

Es el amor de Dios el hijo primogenito de la gracia, vida del alma, thesoro escondido, preciosa Margarita, oleo de las lamparas de las Virgenes prudentes, medida de la gloria, vestidura de bodas, oro encendido, escala de Iacob, fin de los mandamientos, cumbre de las perficiones, y el primero y mayor de los preceptos, como dize el Espiritu Santo en muchos lugares. Los sagrados Doctores le ponen muchos nombres. San Agustin le llama fuente de donde manan todas las virtudes y perficiones de la conciencia. San Prospero Aquitanico calor natural que da vida al alma, y el mismo dize, que es la librea de los justos en que se conocen, y distinguen de los pecadores. San Maximo, termino de la contemplacion y de todo buen conocimiento. San Gregorio Nazianzeno le llama piedra iman, que atrahe los corazones de los hombres a Dios. San Basilio, lazo con que Dios enlaza el coraçon de su esposa con Christo. San Dorotheo, circulo cuyo centro es Dios, de donde salen todas las lineas de los actos amorosos. Cassiodoro le llama fuego que se enciende de la leña de todas las virtudes y buenos desseos. San Bernardo dize, que es el amor de Dios moneda, que con sola ella podemos pagar a Dios todo lo que deuemos, pues no quiere de nosotros otra paga, sino ser amado. Eusebio Emisseno le llama vinculo de perfecion para con Dios, y con los hombres. Y Laurencio Iustiniano le compara a los clauos, con que se fabrica la morada de Dios, en el alma.

August. sup. Psal. Prosper. lib. de vita contemplatiua. Idem Maxim.o lib. 2 de charitate. Gregor. Nazian. orat. de seipso. Basilius, epist. 68. Doroth. doctri. 6. Cassiod. sup. Psal. diligam te Domine. Bernard. sup Cant. Euseb. Emiss. sup. illud quassa arund. &. Laurent. Iust. ca. 22 de disciplina Monast.

Todos estos nombres, y otros inumerables tiene el amor de Dios y del proximo, y dame gusto llamarle arbol de la vida en medio del Parayso terrenal, o arbol plantado a las corrientes del rio de agua viua, en medio de la ciudad de Hierusalem, que este sentido se puede dar a los dos lugares del Genesis, y Apocalipsis (aunque buscar los sentidos de la sagrada escritura no es de mugeres, ni de los que no fueron letrados, mas quando Dios los da graciosamente, bien se pueden recibir y comunicar). Tiene este arbol seys partes, conuiene a saber, rayzes, tronco, ramos, hojas, flores, y fruto, que se llama mançanas.

Genes. 2. Apoc. 21.

Cap. 1.

1 Páginas 184-189 de la edición de Bruselas.

Las rayzes son las virtudes y disposiciones, por donde se alcança la gracia, y el amor, contrarias a la falsa paz con que se quitan los estoruos, y estropieços de caminar a la perfecion. Y aunque ay muchas, quiero contar nueue. La primera, verdadera penitencia, y frequentia de Sacramentos, con que se quita el pecado mortal. La segunda, obseruancia de leyes y constituciones religiosas, que nace del remordimiento de consciencia contraria a la relaxacion. La tercera, temor de Dios, que procura el alma, para no tornar (1) luego a caer en los pecados que confessó. La quarta, mortificacion de passiones y apetitos, para no hazer de proposito pecados veniales. La quinta, recato y recogimiento con que se aparta de las ocasiones. La sexta, verdadero examen de consciencia, para entender los pecados ocultos, en que suele estar endurecido el coraçon. La septima, humildad profunda con que se huye de agradar a los hombres. La octaua, obediencia y rendimiento a los Superiores, siguiendo parecer ageno, y no el proprio. La nouena y vltima, misericordia, y cuydado de los hermanos, de donde nace el zelo de almas, contrario al menosprecio de su saluacion. Cap. 2 De las 9. rayzes del amor de Dios. Cap. 3.

El tronco deste arbol es el verdadero rendimiento de nuestra voluntad a la voluntad de Dios, que pide la Esposa, diziendo, *Osculetur me osculo oris sui,* beseme con el beso de su boca; que este beso es la vnion de las dos voluntades que viene de Christo, pues la Esposa no tiene valor natural para llegar a ella. Cap. 5.

Los ramos deste diuino arbol se coligen destas palabras, *sub vmbra illius quem desiderabam sedi, et fructus eius dulcis gutturi meo.* Debaxo de la sombra del que desseaua me senté, y su fruto es dulce para mi garganta. Porque *sombra* que nace del Sol, que deslumbra, se llama el primer ramo, que es la *fee viua,* y el segundo ramo es, la *confiança verdadera,* que nace del amparo de Dios, que (como arbol fresco) haze *sombra* al alma, que en el confia. La tercera manera de ramos, son los encendidos desseos, firmes propositos, y actos interiores que el alma continuamente haze, para venir al verdadero amor diuino, y esso quiere dezir *quem desiderabam.* El quarto ramo es la *perseuerancia,* y constancia en el amor con que el alma se asienta debaxo deste arbol, por que de asiento, y de proposito (y no como *cañaheja* (2) *mouida a todo viento*) perseuera en el amor de Dios. El quinto ramo es, mostrar el amor con *obras,* que son la fruta, pues como se dize, obras son amores, y haziendolas nace mayor amor. El sexto es el *gusto* y contento con que el alma sirue a Dios con alegria contrario a la tristeza y desabrimiento, que sienten en el seruicio de Dios los que no le aman de veras. Y por essa causa se llama *fruto dulce.* Y assi como la garganta que no esta sana no, gusta la dulçura del buen manjar, assi el alma que no es pura no recibe en si este verdadero amor, y por essa causa la *pureza* del alma es el septimo ramo deste diuino arbol. Luc. 17. Arundinem ven. agitatam.

Las hojas que (aunque no son essenciales al arbol) adornan mu- Cap. 4.

1 Por error tipográfico se lee: *tomar.*

2 La cañaheja es una planta delgada, como de dos metros de altura. De sus tallos se hicieron en otro tiempo artísticos estuches para guardar objetos de valor.

cho, son las nueue gracias gratis datas, y dulçuras interiores, que el alma enamorada recibe, significadas en los pechos del Esposo, de quien la Esposa dize. *Meliora sunt vbera tua, vino fragantia vnguentis optimis,* mejores son tus pechos, que el vino que dan fragancia de bonissimos olores. De las nueue gracias gratis datas, habla la escritura divina, y hemos escrito largo en otras partes (2), las dulçuras interiores son de muchas maneras, entre otras se cuentan los jubilos, alegria espiritual, ternuras, lagrymas dulces, y sobre todas ellas es la dulçura de plenitud, que nace del assistencia de Christo en el alma, declarada por los pechos del Esposo.

Cap. 6. Tambien son hojas (2) las *extasis y raptos,* con alienacion de sentidos, que declara la Esposa en estas palabras, *Introduxit me Rex in cellam vinariam,* metiome el Rey en la bodega del vino, y llamo a todas estas cosas hojas, porque en el inuierno de la sequedad de espiritu, y tribulacion interior, se caen estas mercedes (como se caen las hojas del arbol) quedando entero el amor de Dios, si queda entera la gracia.

Cap. 7. Las flores deste arbol son las obras y virtudes heroicas que el alma enamorada tiene, assi las flores blancas, que pertenecen al bien de la propia consciencia, como son los tres votos religiosos de obediencia, castidad y pobreza, como tambien las coloradas de la honrra y gloria de Dios, quales son la oracion vocal y mental, alabanças diuinas, y el sacrificio, y las azules del zelo de las almas con que se gouiernan los subditos, y se exercitan las siete obras de misericordia corporales, y las siete espirituales, y destas flores pide la Esposa, quando dize, *fulcite me floribus,* sustentadme con flores.

Las mançanas finalmente que es el fruto deste diuino arbol, son los trabajos, afliciones, tribulaciones, y persecuciones que el alma sufre con paciencia, quando Dios se las da, o procura algunas dellas para mas le seruir, imitando a Christo en el padecer, y destas habla la Esposa, quando dize, *stipate me malis, quia amore langueo,* fortalecedme con mançanas, que me desmayo de amor, denosle nuestro Señor por su infinita bondad y misericordia.

---

1 Cfr. *Dilucidario del verdadero espíritu,* c. XV.

2 *Hoijas,* dice la edición.

FE DE ERRATAS

Pág.	Línea	Dice	Léase
XIV	15	transformarlos	transformados,
»	30	formar	tomar
XVI	19	contradecirla y probarla	contradecirlas y probarlas
XXXI	24	la	lo
XXXII	9	epigo	epílogo.
88	23	dicho	dicho!
213	24	Báñez	Bañes
230	36	tranta	tanta

INDICE ALFABETICO DE MATERIAS [1]

1 Comprende este Indice *Las Moradas, Conceptos del amor de Dios* y *Las Exclamaciones.*

C

D

E

F

G

H

I

J

R

S

T

U

V

INDICE ALFABETICO DE NOMBRES DE PERSONAS MENCIONADAS EN ESTE TOMO

P

Q

R

S

T

U

V

Y

Z

INDICE DE CAPITULOS

Páginas

CUARTAS MORADAS

MORADAS QUINTAS

MORADAS SEXTAS



